Antonio Jesús Fuentes García

El Secreto del Wadi Rum

Prólogo

Abdeb llevaba ayuda ese día. Con él iba Nami, un primo de su mujer. Ella se había empeñado en que se lo llevara consigo, por que decía que al chico también le hacía falta el dinero que iban a ganar con ese trabajo. Abdeb, que no había querido en un principio, tuvo que ceder ante la insistencia de su mujer, pero la idea de mezclar a Nami en este trabajo no le hacía gracia en absoluto.

El chico era buena persona y sabía que el dinero que ganaría con aquel trabajo le hacía mucha falta, pero en esta ocasión no se trataba de un encargo rutinario, como habían hecho miles de veces, sino que era algo mucho más peligroso en lo que Abdeb no quería inmiscuir a nadie, y menos de la familia.

Subieron por la ladera norte del monte,-que Abdeb conocía como la palma de su mano- para que nadie los viera.

El monte Nebo siempre estaba lleno de gente de todos los países. En torno a sus escarpadas colinas solían verse desde profesores de arqueología dando clases a grupos de estudiantes llenos de fascinación, hasta extranjeros de todas las nacionalidades, que seguían a unos guías que se desgañitaban bajo el sol abrasador, mientras que los turistas sin prestarles ni la más minima atención, giraban los cuellos hacia una y otra parte, tal vez esperando ver a Moisés, donde se dice que divisó por primera vez la tierra prometida.

Pero el monte Nebo no es solo un lugar de turismo, también hay diseminados a lo largo de éste, un hervidero de excavaciones y campamentos con la función de descubrir un poco más de historia, de la que se dispone en el presente.

Abdeb había previsto hasta el más mínimo detalle, por eso ascendieron por la cara norte, pues el hombre sabía que por su escaso interés estaría prácticamente desierta.

Abdeb y Nami llegaron a un repecho en el que hicieron un alto para descansar, pues llevaban más de una hora caminando sin parar, cargados con sus alforjas y escondiéndose cada vez que veían a alguien .Nami sudaba sin parar y preguntó una vez más que cuando iban a llegar, pero Abdeb estaba absorto en sus propios pensamientos y ni lo escuchó. Siguieron subiendo hacia una serie de cuevas más pequeñas que las de el lado sur, pero en las que sabían

que había cosas más interesantes que en las otras, en las que se centraban casi todos los trabajos de recuperación de antigüedades, y por lo que prácticamente aparecían saqueadas.

Todo el mundo buscaba en el lado sur, por que las cuevas eran más grandes, pero Abdeb llevaba mucho tiempo jugando allí, desde que era pequeño, y sabía que las cosas más bonitas y valiosas siempre las había encontrado en el lado norte.

Cuando llegaron a una serie de cuevas, que más bien parecían madrigueras de animales, Abdeb indicó a Nami que metiera las alforjas primero y después pasara él, - que obedeció a regañadientes,- al que no le parecía en nada una buena idea meterse en esa ratonera. Pero bueno, pensó, "al menos la recompensa económica que le habían prometido merecería la pena".

Al chico- que de atlético no tenía nada- le costó bastante trabajo entrar por el primer tramo de la gruta, pero una vez lo hubo pasado, ésta se ensanchaba hasta permitir ponerse de pie a un hombre. Justo después apareció Abdeb que entró sin dificultad alguna, pues no era la primera vez que lo hacía, y cuando se puso de pie al lado de Nami, volvió a echar un vistazo a aquella maravilla de la naturaleza que había descubierto un día por error.

La cueva, que solo permitía el paso a su interior arrastrándose, se ensanchaba hasta una altura de unos dos metros de alto al principio, y dos metros y medio más al fondo. Las paredes eran de roca caliza, pero con incrustaciones de algún mineral, posiblemente cuarzo, que hacía brillar la gruta en miles de puntos, y de manera diferente según desde donde la mirases.

Nami estaba asombrado por aquella belleza, y tenía la boca tan abierta que parecía una serpiente a punto de tragarse un ratón, cuando Abdeb lo sacó de su asombro y le indicó que cogiese las alforjas y lo siguiese hasta el fondo de la cueva. Así lo hizo, pero sin dejar de mirar paredes y techos, como un niño mira una tienda de golosinas. Abdeb le dijo una vez más a Nami que no tocase nada, que el americano lo había dejado muy claro, si rompían algo todo su esfuerzo no habría valido para nada.

Cuando llegaron hasta el fondo, Nami vio lo que el marido de su prima estaba observando y casi se queda sin respiración cuando se dio cuenta de lo que aquello significaba.

Al fondo, en la ultima pared, medio escondido por la oscuridad y el polvo, justo donde no brillaban las diminutas esquirlas de cuarzo como si estuviese ahí por ese motivo, descansaba casi oculto a primera vista un fresco en la pared, en el que se veían unos

dibujos muy raros y se podía admirar unas secuencias de iconos que parecían contar una historia. En el principio del mural se veían unos hombrecillos que portaban una caja, después había una batalla y ahora la portaban otros, que parecían reyes pues todos ellos en la cabeza llevaban algo parecido a unas coronas, y así se sucedían una serie de dibujos que se ocultaban allí donde la oscuridad era impenetrable.

Abdeb sacó de sus alforjas una cámara fotográfica de pequeño tamaño pero muy sofisticada, que permitía a Nami ver lo que Abdeb iba fotografiando, por una pequeña pantalla. Cada vez que disparaban la cámara, el flash iluminaba toda la cueva y permitía ver durante una fracción de segundo el mural completo.

Una vez que Abdeb terminó de hacer las fotos, dejó la cámara en sus alforjas con mucho mimo como si fuera un tesoro, y sacó unos guantes de látex, que se puso con alguna que otra dificultad. Luego sacó una paleta de las que llevan los arqueólogos, con la cual y con sumo cuidado, casi tan despacio que Nami creía que se iba a quedar quieto, empezó a rascar una parte del fresco de la pared. El chico estaba impresionado pero también un poco nervioso, allí había un filón, y no entendía por que tenían que conformarse con lo que el extranjero les había prometido, aunque fuese una cantidad tan suculenta, ya que pensaba que solo con la mitad de lo que había en la cueva ya ganarían el doble de lo que les pagaba el americano.

Mientras tanto Abdeb seguía enfrascado en su tarea, ya que el profesor extranjero le había enseñado como hacerlo y no quería defraudarlo.

Cada vez que pensaba en el profesor sentía un hormigueo en el cuerpo que hasta el momento le había sido desconocido, ya que no lo había sentido antes por nadie. Esas sensaciones eran respeto y gratitud. Abdeb nunca había admirado a nadie, por que nadie le había dado motivos para ello, y nunca se había sentido agradecido con nadie por que nadie nunca le había dado nada, pero el profesor era un hombre muy sabio y le había enseñado muchas cosas sin pedirle nada a cambio, y a eso Abdeb, no estaba acostumbrado.

Se acordó de cómo había llegado a conocerlo, ya que fue por pura casualidad. Abdeb estaba dando uno de sus frecuentes paseos, ya que desde que no tenía trabajo era la única forma que podía relajarse, cuando metió el pie en un agujero en el suelo que no había visto. Con un dolor terrible en el tobillo, se sentó en una piedra cercana, para ver lo que se había hecho y fue entonces cuando lo vio. No fue inmediatamente por que pensaba que se había roto el pie y estaba tanteándolo, cuando al levantar la

mirada, no muy lejos vio un pequeño destello, al que en un primer momento no dio importancia, creía que sería un desecho de los que tiran los turistas, pero al cabo de un rato cuando ya no le dolía tanto el pie, fue a echar un vistazo, y vio un surco en la piedra del monte, apenas un rendija , pero que le extrañó sobremanera ya que él llevaba toda su vida subiendo a ese monte y nunca la había visto hasta ese momento. Después de un rato de apartar piedras y tierra descubrió lo que parecía una entrada, aunque algo estrecha para que él pudiera pasar, y como estaba cansado y el pie le seguía doliendo se marchó a casa.

Al día siguiente todavía intrigado, volvió al lugar de su descubrimiento, y esta vez se aventuró a entrar, pero después de intentarlo durante un rato no pudo, ya que la entrada era todavía muy estrecha, así que decidió marcharse, pero fruto de su curiosidad – y también a falta de otra cosa que hacer- siguió volviendo para hacer la entrada más ancha, hasta que fue lo suficiente grande para que pudiera pasar. Después arrastrándose pudo entrar hasta lo que parecía un pasillo aún estrecho como para poder caminar, y vio algo en el suelo que le hizo detenerse, para con cuidado, cogerlo. Era un trozo de algo muy ligero de marrón oscuro y de apenas un palmo, que limpió cuidadosamente con un trapo, lo metió en sus alforjas -que siempre llevaba cuando daba sus paseos por si como era este caso encontraba algo que pudiese ser de valor-, y se marchó.

Decidió volver a casa para examinarlo mejor y poder así determinar el valor de su hallazgo. Cuando llegó a casa, lo dejó encima de una mesa y comenzó a limpiarlo con una brocha que compró hacía ya unos años para este tipo de casos, y fue cuando descubrió realmente que aquel objeto podía ser valiosísimo. Lo que en principio pensó que era de madera resulto ser de cerámica, pero tan pulido que parecía cristal. También le impresionó el detalle de que era la primera vez que veía unos grabados con tanta perfección, ya que los que habitualmente se encontraban por esa región eran muy abundantes pero un poco toscos, como si lo que importase fuese el mensaje que querían transmitir y no de que forma ni en que material estuviesen escritos. También el tipo de mensaje lo inquietó, puesto que nunca había visto ni la lengua ni los signos que contenía aquella tablilla, que desde luego no eran de la región.

Excitado por su descubrimiento fue corriendo a enseñárselo a Sina su mujer, que inmediatamente lo convenció para que fuese al mercado a venderlo y conseguir algo de dinero que tanta falta le hacía. Aunque algo reacio, accedió ya que sabía que de nada le

serviría discutir con su mujer, que después de tantos años ya sabía lo que tenía que decirle en cada momento para que él simplemente lo hiciese.

Allí fue donde conoció al profesor, que nada más ver la cerámica lo invitó a comer y se la compró. Durante la comida el profesor Smith -que así se llamaba- le preguntó todo lo referente sobre el lugar donde Abdeb había encontrado la tablilla, y escuchó toda la historia con sumo interés, dejando que él hablara sin interrumpirle, solo para hacerle alguna pregunta de vez en cuando. En un principio Abdeb era reacio a contarle a aquel extraño detalles sobre su descubrimiento, pero algo en aquel hombre, tal vez su forma de escucharlo o su agradable personalidad, terminaron por convencer a Abdeb que se lo contó todo, desde su reciente situación en el paro, hasta el momento en que se habían conocido.

Una vez que se hubo explayado, el profesor le propuso un trato que consistía en que él debería volver a la gruta y hacer fotos de todo cuanto allí hubiera, y luego contarle todo lo que no hubiese podido fotografiar. Abdeb aceptó de inmediato ya que el extranjero le ofreció mucho dinero. Además de que le hacía falta, el hombre no vio nada en la forma de ganarse ese dinero que fuese indecorosa o sencillamente ilegal. Una vez cerrado el trato y hubieron determinado la forma en que debían de actuar, ambos se relajaron y se dedicaron solo a comer y hablar.

Abdeb disfrutó mucho a partir de ese momento, ya que el profesor era un interlocutor excepcional que contaba todas las historias con una pasión insuperable, por lo que además de aprender cosas interesantísimas de su país que Abdeb desconocía, se divirtió escuchándolas como nunca se había divertido escuchando a nadie.

Una vez terminaron de comer quedaron en verse dos días después, para que Smith le entregara el material necesario para el trabajo que le había encargado, además de el primer pago por ello, no sin antes repetirle hasta la saciedad que no debía de contárselo a nadie, ya que allí en Jordania el robo y contrabando de antigüedades estaba penado con la cárcel.

Como acordaron, se vieron dos días después, el profesor le entregó el material y el dinero acordado, y dijo que se verían una semana después. Dicho esto se marchó por una callejuela adyacente al lugar de encuentro, por lo que Abdeb se quedó un poco azorado ya que esperaba poder conversar con él un rato más, pero también por que había notado algo extraño en el profesor, como si estuviera nervioso, ya que no paraba de mirar a un lado y a otro como si lo

estuviesen vigilando y sudaba profusamente- incluso más de lo que se espera en el desierto- como si lo persiguieran los cuatro jinetes del Apocalipsis.

Un tremendo golpe hizo volver a Abdeb de sus recuerdos, a tiempo de ver como Nami cogía algo de sus alforjas y tiraba éstas al suelo después. El joven se encaminaba hacia la pared donde Abdeb estaba tomando fotos del fresco de la parte éste de la cueva. Nami llevaba un cuchillo en la mano e iba directo a él, que se puso en pie de un salto sangrando por la cabeza debido al golpe que el chico le había propinado un momento antes. Al árabe le dio un vuelco el corazón que casi le hizo perder el equilibrio:

-Pero ¿que vas a hacer? – logró balbucear Abdeb-.

-Pues asegurarnos nuestro futuro- contestó Nami que ya estaba casi en la pared con el cuchillo en alto-.

-¡Es que estás loco, el profesor dijo que si tocábamos algo no nos pagaría!- contestó Abdeb que ya se había repuesto del susto y comprendió que el cuchillo no era para él, sino para arrancar un trozo de la pared- ¡No lo toques!

-Me da igual lo que dijo ese extranjero, lo quiere todo para él y nosotros lo necesitamos más- chilló Nami que ya estaba a menos de un metro de la pared.

-¡Pero es que te has vuelto loco, si nos pillan con estas cosas iremos a la cárcel!

-Pero no te das cuenta de que si vendemos estas antigüedades nos podemos hacer ricos- dijo en un tono casi lastimero, aunque sus ojos mostraban un brillo que nada tenía que ver con la suplica-.

Abded se abalanzó sobre él con la intención de quitarle el cuchillo, e intentar hacerlo entrar en razón, pero nada más ver sus ojos, supo que no iba a ser tan fácil. Abdeb imaginó que por la cabeza de Nami ya desfilaban los años de pobreza y desgracias, que hasta ahora había padecido, y que gracias a lo que había en la cueva, esos años pasarían a la historia.

Abdeb llegó hasta él justo en el momento en que Nami iba a descargar el cuchillo contra el mural de la pared, lo cogió del brazo antes de que lo hiciera y forcejearon duramente, pero Abdeb aunque más delgado, era más fuerte que Nami, y consiguió quitarle el cuchillo, y de una patada lo mandó al suelo, lejos en la oscuridad. Abdeb se encaró con Nami mirándole a la cara, pero entonces vio algo que le heló la sangre en las venas como si le hubiesen inyectado nitrógeno líquido. Los ojos de Nami eran un cúmulo de codicia, desesperación y lo peor, lo que más miedo le dio a Abdeb,

locura. Una locura que hacía que sus ojos pareciesen a punto de saltar de sus cuencas y salir corriendo de allí.

Nami aprovechó el momento de vacilación que había sentido Abdeb para, con un fuerte empujón mandarlo al suelo a casi un metro de distancia.

-¡No te interpongas en mi camino si no me vas a ayudar, quiero compartir esto contigo pero si intentas impedirme que me haga rico no dudaré en matarte!- dijo Nami con una furia en la voz que terminó de dejar sin aliento a Abdeb-.

Nami cogió el cuchillo después de buscarlo a tientas por el suelo arenoso de la cueva, y lo aplicó al fresco de la pared con fuerza.

El mural estaba increíblemente firme en la pared, y por más que Nami tiraba de él con la punta, no conseguía desplazarlo ni un milímetro. Entonces puso una mano en la parte del mural donde se veían a los porteadores con una caja, pero apenas había rozado el fresco con la mano, cayó al suelo como un fardo, presa de unas convulsiones horribles que amenazaban con desencajar todos los huesos de su cuerpo.

Abdeb corrió hacia él gritando y desencajado por el pánico, lo cogió y le dio la vuelta, pero en los ojos de Nami ya no había odio, ni furia, ni codicia, simplemente estaban blancos como una hoja de papel, y por la boca le salía una especie de baba del mismo color lechoso. Abdeb lo tumbó en el suelo e intentó reanimarlo dándole golpes y gritando como un poseso, pero era inútil Nami había muerto.

1

Cameron bajó del BMW que había aparcado justo en la puerta de la oficina, no por estar más cerca de la entrada, sino por que le gustaba que al terminar la jornada de trabajo, los compañeros pudieran admirar su coche nuevo. Cameron no era vanidoso, pero le gustaba ver las caras que sus compañeros ponían al verlo. Aunque nadie se lo había tomado a mal, por que entre otras cosas le caía bien a todos, y en la oficina sabían que no lo hacia por vacilar ni por que se creyera más que nadie, sino por que era la primera adquisición que Cameron se había comprado solo y sin la ayuda de su padre.

Entró en el enorme vestíbulo de la empresa, que en tres de sus cuatro paredes lucía del suelo al techo unas enormes e inmaculadas cristaleras, que permitían a todo el que pasaba por la calle contemplar la magnificencia del recibidor y el bullicio que allí tenía lugar a todas horas.

Se acercó a la recepción canturreando y con su habitual sonrisa en la cara, todavía asombrado (como casi todos los días) por el buen trabajo que el diseñador había hecho con el vestíbulo, y lo bien que había captado la idea exacta de cómo lo quería Cameron.

-Buenos días Raquel- le dijo a la recepcionista sin borrar su sonrisa- ¿tenemos algo para hoy?

-Buenos días señor Smith hoy tiene la reunión con los socios sobre el nuevo descubrimiento hecho en Perú y su posible nuevo destino- dijo ésta con la misma sonrisa que lucia él – espero que eso no le borre su sonrisa.

-Primero dos cosas Raquel – dijo fingiendo un falso tono de enfado-.La primera ya te he dicho desde que trabajas aquí hace dos años, que no me llames de usted. Y la segunda ya sabes que yo a esos me los como para desayunar.

-¡Bueno, bueno señor guerrillero – dijo ésta con las manos en alto en señal de rendición- solo lo decía por si acaso!

-Vale, y ¡ah y que no se vuelva a repetir! – Contestó Cameron con exagerada afectación y una sonrisa todavía más grande.

Dicho esto enfiló el pasillo que llevaba directamente a una sala de espera, donde estaban situados los ascensores. Apretó el botón de su oficina, por lo que tuvo que introducir su llave en un panel que había entre los botones de los pisos, para que el ascensor acatara la orden, ya que solo a él le estaba permitido llegar hasta el

último piso que lo dejaba directamente en su despacho.

Se acomodó tras su gran mesa de escritorio y se permitió disfrutar, como cada día, de unos segundos de relax en su oficina. Subió los pies a la mesa y contempló su santuario. Le encantaba ese espacio. No solo era su lugar de trabajo, desde el que realizaba las dos tareas que más le gustaban en el mundo, era el único sitio donde se podía permitir el lujo de dedicarse a la vida empresarial y a la arqueología, sin excluir la una de la otra.

Al principio, cuando su padre le propuso la idea no le entusiasmo demasiado, ya que no sabía si debido a su corta edad y a la falta total de experiencia iba a poder manejarse bien con tamaña responsabilidad, pero debido a las constantes reiteraciones por parte de su padre y a la confianza que este le demostró, terminó por acceder, y debía reconocer que gracias a dios que lo había hecho, pues ahora le parecía la mejor decisión de su vida.

Su padre necesitaba una forma de poder vender todas las adquisiciones que encontraba, ya fuesen hechas por él en las excavaciones o compradas a algún cliente en algún mercado exótico. Luego existía la otra causa, ya que su padre era un excelente arqueólogo, pero odiaba como ninguna otra cosa en el mundo los números y cualquier clase de operación matemática. Eso le llevó a pensar en la persona que más confianza le inspiraba en el mundo y que además reuniese las dos características, su hijo Cameron.

Ya a la edad de doce años su padre le había dicho que no conocía a nadie con dos aficiones tan distintas como la arqueología, que desde pequeño había mamado con su padre en infinidad de viajes, y las matemáticas, aunque ambas le entusiasmaban. Eso era lo que lo hacia tan bueno en su trabajo.

En ese momento sonó un agudo pitido que casi le hace caerse de la mesa. Por un momento ni siquiera se acordó de donde estaba, tan metido en sus recuerdos que le había hecho olvidar cualquier otra cosa, pero le duro solo un instante, que fue el que tardó en ver el enorme punto rojo intermitente de su teléfono. Lo pulsó e inmediatamente sonó la voz de su secretaria personal:

-Señor Smith, el señor Perelló, el señor Ramos, el señor Miralles y el señor Rubio le esperan en la sala de reuniones, el señor García ha llamado y dice que ha tenido complicaciones, que llegará mas tarde y que empiecen sin él – anunció Sandra, en ese tono de voz que a Cameron le recordaba tanto a la que informa de los vuelos en el aeropuerto-.

- De acuerdo señorita Sandra, comunique a los socios que bajaré

en un momento- contestó él, poniendo adrede la misma voz de anuncio que la de ella-.

- Bien, ah y recuerde que no les gusta que les hagan esperar- dijo ella esbozando una sonrisa aunque Cameron no podía verla- y gracias por la imitación de mi voz si quiere le busco trabajo en un programa de televisión de un amigo.

-¡Ah, vale gracias! si esto no sale bien nos vamos juntos a ver a ese amigo tuyo - dijo y cortó la comunicación aún sonriendo.

Fue hacia su silla, se sentó y volvió a subir los pies a la mesa para seguir con su momento de relax diario interrumpido por su secretaria. Sabía que a los socios no les gustaba esperar y aunque pareciese una actitud un poco infantil, por eso los dejaba cociéndose mas de lo debido, no por demostrar que el que mandaba allí era él, por que sin decirlo ellos ya lo tenían claro, sino por que le gustaba entrar cuando el ambiente estaba un poco tenso, ya que él mismo había comprobado que se desenvolvía mejor en situaciones en que la gente con quien iba a discutir se mostraba un poco hostil.

Volvió a pulsar la extensión de Sandra que contestó de inmediato:

-¿Si señor? – contesto servicialmente.

-Sandra tráigame un café solo con dos sobres de azúcar

-¿Perdón?- contesto ella un poco titubeante.

-Que me traigas un café , de esos que solo tú sabes preparar

-Pe...pero es que los socios est...

-Sandra ya sabes que sin mi dosis de cafeína diaria no soy nadie, además ya te dije que solo te contraté por lo bien que hacías los cafés, no querrás que me pierda ese placer

-¡Ah solo por eso! entonces ya no valen para nada los años de universidad ¡que desperdicio!- dijo con un exagerado tono dramático-.

-Sabes que también influyó esas bonitas piernas que tienes

-Señor se esta ganando un viaje al maravilloso mundo del juzgado por acoso sexual- dijo en un tono ofendido que no le salió muy creíble-.

-¡No por dios! Anda tráeme el café que ya lo empiezo a necesitar- dijo y cortó la comunicación-.

Estaba de muy buen humor, como casi siempre que iba al trabajo, pero ese día se había levantado más optimista, casi eufórico (y eso que todavía no se había tomado el café) y nadie podía fastidiárselo, ni siquiera ese grupo de chupatintas llorones que lo esperaba en la sala de reuniones, él sabría como manejarlos.

Al cabo de unos minutos entró Sandra con un café todavía humeante, y lo dejó con sumo cuidado en la mesa delante de él.

-Aquí tiene el señor su café, si no necesita más de mis servicios de camarera seguiré con mi otro trabajo, el de secretaria.- dijo, y sin esperar respuesta se dio la vuelta y se fue hacia la puerta-.

-Perdona Sandra lo de antes era broma ¿lo sabes no?

Sandra se volvió ya con el pomo de la puerta cogido, lo miró de una forma un poco pícara, y poco faltó para que se echase a reír debido al sentimiento de culpa que su jefe mostraba en la cara.

-¡Ah si!, ¿lo de mis piernas también?- dijo con un tono de voz de lo mas sensual-.

-¿Qué?… bueno... ah eso no- dijo Cameron que por un momento se había quedado en blanco, pero que ya volvía a tener esa esplendorosa sonrisa suya en la cara- eso lo decía de corazón.

-¡Ah bueno! ya me había sentido un poco herida- contestó sin dejar de mirarlo- ah y otra cosa, si se me permite decirlo.

-Y ahora que, no me digas que le has echado algo al café

-No, solo que le aconsejo que se lo tome deprisa y vaya a la sala de reuniones- dijo y salió-.

Cameron cogió su café, aspiró el delicioso aroma que desprendía y le dio un breve pero intenso sorbo. Le supo a gloria. Le gustaba aquello, un trabajo que le encantaba, un personal que lo adoraba (o eso creía él), y un buen café. Definitivamente estaba de buen humor.

Terminó el café y decidió que ya era hora de empezar a trabajar, por lo que cogió su americana que había dejado en el perchero, se la puso y cogió el ascensor que lo llevaría a la segunda planta donde lo esperaban los socios. Enfiló el largo pasillo enmoquetado en el que se veían cuadros en blanco y negro de hallazgos hechos por su padre, al igual que imágenes de excavaciones y fotografías de compañeros de trabajo que habían participado en ellas.

Cuando llegó a la puerta de la sala de reuniones, escuchó murmullo dentro por lo que dedujo que al final si que habían empezado sin él. Agarró el tirador de mármol pulido de la puerta y entró.

Todas las miradas de la sala se volvieron hacia el inmediatamente, y vio las conocidas caras de sus colegas. Sin decir ni una sola palabra fue directamente a su silla, que estaba en el encabezamiento de la mesa y se sentó. El primero en hablar fue el doctor Miralles:

-Señor Smith estábamos empezando a revisar el caso de Perú, supongo que usted ya tiene todos los detalles, pero algunos de

nosotros solo hemos recibido un pequeño dossier con los pormenores del caso.

-Por supuesto que yo conozco los detalles señor Miralles y para eso estoy aquí, para exponérselos a ustedes – dijo Cameron sin inmutarse y con el tono de voz neutro que utilizaba para este tipo de reuniones- y ahora mismo empezaremos.

Se levantó y fue hacia un extremo de la sala, tiró de una cuerda y se desplegó una cortina totalmente blanca. A continuación apagó las luces, e hizo una seña hacia un punto de la habitación, donde apareció un hombre que hasta ahora a todos les había pasado inadvertido, y que de inmediato accionó un interruptor. Apareció en la cortina una diapositiva de lo que parecía ser un pueblo en ruinas.

-Señores este es el yacimiento de Pueblo Chico en Perú, esta fotografía nos muestra su estado antes de nuestra llegada, que como ya saben descubrimos por medio de un pastor de la zona, cuando intentó venderle a mi padre un trozo de vasija de la época precolombina. – Cameron hizo otro gesto y la imagen cambio-. Aquí pueden ver nuestro campamento una semana después.- En la imagen aparecía el mismo pueblo sembrado de tiendas de campaña, hizo otro gesto-. Aquí tienen al profesor Pérez con el primer hallazgo, una olla en perfecto estado de conservación que suponemos era para cocinar, debido a las marcas de tizne de la base.

-Ejem… perdón señor Smith –interrumpió el señor Rubio- creo que a mi, tanto como a los demás nos fascinan los interesantes descubrimientos de la expedición, pero creo que debemos discutir otro tema que nos tiene más preocupados antes de seguir con esto.

Cameron hizo otra señal y en el acto las imágenes desaparecieron de la cortina. Encendió la luz, y se sentó de nuevo en su silla. Cameron los observó a todos y sufrió un súbito y renovado desprecio por aquellos avariciosos que en lo único que pensaban era en los suculentos beneficios monetarios que les reportaría aquella expedición, sin importarles en lo más mínimo de los detalles arqueológicos de ésta. Pensó cuando aquella gente habría perdido su devoción por lo artístico para inclinarse hacia lo monetario, y se juró a si mismo no ser jamás así.

Bueno señores supongo que lo que querrán saber es, una vez terminada la excavación que parte de beneficios ha dejado ¿verdad? .Todos asintieron sin decir una palabra, pero con una mirada de ambición en la cara,- otro acceso de desprecio le subió desde el estomago hasta la garganta-.

Bueno pues les alegrara saber que la cosa no ha estado fácil. Como ya sabían, todo se ha hecho sin el consentimiento de el gobierno peruano, ya que si hubiésemos solicitado el permiso nos lo habrían dado, claro esta, pero a los tres meses y Pueblo Chico habría sido desmantelado al día siguiente por el mismo gobierno, o por alguien contratado por ellos. También nos ha sido favorable el tremendo desconocimiento de su propia cultura que allí tienen, ya que si supieran el valor real de los hallazgos jamás hubiésemos salido del país con ellos. Dicho lo cual les presento un informe de lo que les estoy contando para que se hagan una mejor idea. Sandra que ya les estaba dejando una carpeta delante a cada uno, terminó y se fue sin decir ni una palabra cerrando la puerta al salir.

Cada uno se apresuró a abrir su carpeta, en la que se veían un montón de cifras, cada una con su respectiva aclaración.

-Verán – empezó Cameron- que el gasto mas importante viene reflejado con las siglas GP, que quiere decir gobierno Peruano, pero aunque crean que es una suma desorbitada, sobornar al gobierno de un país no sale barato, y además les aseguro que en proporción con lo que nos hemos llevado, ha sido como darle una propina a un camarero para coger de su bar lo que nos venga en gana.

Los socios no hacían más que mirar las páginas llenas de números con un renovado interés con cada página que leían, y entonces Cameron decidió darles la puntilla.

-Caballeros –dijo a la vez que se levantaba- estoy seguro que sus respectivos asesores leerán el informe y quedaran gratamente satisfechos, pero antes les voy a adelantar algo,- hizo una pequeña pausa para crear expectación y ya de paso asegurarse toda la atención posible, entonces continuó-. La inversión realizada por cada uno de ustedes fue en principio de un millón de euros, cifra que debido a diversos “problemillas” tuvo que ampliarse medio millón mas. Hasta el momento y por supuesto ya sufragados todos los gastos, tenemos para cada uno de ustedes tres millones y aún nos queda la mitad de la colección.

En ese momento se alzó por toda la sala un murmullo de satisfacción y todos los presentes empezaron a darse la mano y abrazos felicitándose por su buena gestión. Cameron seguía en pie mirando la escena y regodeándose de su triunfo, al fin y al cabo la operación llegó a buen puerto gracias a él y solo a él.

En ese momento entró en la sala Sandra, algo que lo extrañó sobremanera, ya que ella solo entraba si el la demandaba y le entregó un papel color Manila pulcramente doblado. Sandra le susurró al oído que acababa de llegar y que se había permitido el

lujo de sacarlo de un gran sobre con las palabras “URGENTE” en grandes letras rojas. Cameron lo desdobló y al instante el color de su cara huyó, pasando a un tono blanco como la cera.

Cayó pesadamente en su silla y se guardó la nota en el bolsillo interior de su traje. Todo el animo que durante el día había manifestado, se fue y se abatió sobre su pecho un peso que le hacia imposible respirar. Empezó a sudar copiosamente y a sentir que poco a poco la sala se desvanecía ante sus ojos, y en ese momento se desmayó.

Abrió los ojos lentamente y empezó a ver caras a su alrededor. Creyó escuchar, posiblemente a Sandra aunque no lo podía asegurar, gritar que todo el mundo se apartara, que le dejaran espacio para respirar, pero nadie le hacia caso, pues él seguía viendo las mismas caras arracimadas en torno a su cuerpo.

Poco a poco empezó a enfocar la vista con más claridad, vio a sus colegas, y recordó lo que había pasado, entonces de un salto se puso en pie. Se dio cuenta de que lo habían tendido encima de la mesa y le habían desabrochado la camisa. Buscó a Sandra con la mirada y una vez la hubo localizado le dijo:

- Sandra por favor llama a mi hermano, dile que es urgente, ¡que lo necesito aquí ya! Ah esta en casa de mis tíos en Murcia, localízalo y que venga de inmediato.

Dicho esto salió de la habitación haciendo caso omiso de las preguntas de sus colegas. Llamó al ascensor y subió a su despacho, puso el cartel de no molestar y cerró con llave por dentro.

2

Joan estaba en la playa. Hacía un día estupendo, y a él le gustaba estar allí con su primo.

Antonio era de su misma edad y se lo pasaban realmente bien en las vacaciones de verano, pero ese año Joan no lo estaba disfrutando como de costumbre, pues su padre le había prometido que si aprobaba la selectividad con buena nota, ese verano con motivo de su mayoría de edad, lo llevaría a uno de sus viajes.

Joan esperaba con ansia ese viaje, ya que le encantaba estar con su padre y además aprendía mucho cada vez que iba con él.

Joan quería ser arqueólogo como su padre, lo llevaba en la sangre, y además se le daba realmente bien. Había estado en numerosos viajes, en especial desde que su madre había muerto, pero debido a eso, y pese a que era un estudiante de los mejores, su padre había decidido que debía sacar sus estudios primero, y después se podría dedicar a la arqueología.

Habían decidido que se quedase con su tía a vivir en Barcelona, y desde hacia tres años Joan se dedicaba a estudiar intensamente, por la mañana en el instituto, y por la tarde en la academia privada de arte, que gracias a su padre había decidido inscribirlo aunque no tuviera la edad para ello. Pero justo cuando llevaba meses planeando su viaje con su padre, le llegó una carta explicándole que no podía realizarlo ya que a su padre le había surgido un viaje importantísimo, al que no podía llevarlo debido a su peligrosidad. Joan lloró desconsoladamente el contratiempo pero tubo que aceptarlo junto con la promesa de su padre de que se lo compensaría con creces.

-Joan vamos, ¿o es que tienes miedo? – gritó Antonio que ya estaba subido en su tabla de surf.

-Miedo si, de que te caigas y tenga yo que rescatarte- reaccionó Joan- que inmediatamente saltó al mar bajo su tabla y empezó a bracear para alcanzar a su primo.

-¡Ja… venga hombre que nos vamos a perder las mejores olas!- dijo Antonio mientras braceaba como loco para llegar a la zona donde empezaban a remontar las olas.

En Águilas, en la playa de El Hornillo, a partir de las siete de la tarde se formaban unas olas formidables que Joan y Antonio buscaban día si y día también. Siempre tenían la precaución de no acercarse hasta las rocas, ya que allí se formaban unas terribles

corrientes, que en una ocasión ya los pusieron en dificultades.

Antonio ya había llegado a su punto de destino y ahora esperaba a que llegara Joan, que alcanzó a su primo y le hizo una señal. Ambos se pusieron en pie en las tablas. La ola llegó y los empujó con fuerza hacia la orilla, pero ambos resistieron de pie hasta que rompió y los lanzó al agua. Los dos se levantaron, se quitaron el agua de la cara, se miraron y empezaron a reírse como dos presos el día de su absolución.

-¡Tío has visto que ola! – balbuceaba Antonio entre carcajada y carcajada-. ¡Ha estado que te cagas, y además he aguantado más que tú!

-¡Pero serás fantasma si has sido tú el que me ha tirado cuando te has caído!- dijo Joan todavía riendo y escupiendo agua-.

-Primito eres bueno pero todavía te falta para mucho para alcanzarme, algún día te enseñaré todo lo que sé, pero hasta que ese día llegue, asume que eres el número dos- dijo Antonio con un tono típico del mejor James Bond- y ambos se echaron a reír otra vez.

Inmersos en la discusión miraron hacia la orilla, y vieron que alguien los llamaba. El primero en darse cuenta fue Joan:

-Tío esa que nos esta haciendo señas no es la tía Maribel – dijo mientras seguía frunciendo el ceño para intentar verlo mejor-. Parece que nos esta llamando

-Si joder es mi madre ¡que tripa se le habrá roto ahora! Seguro que quiere que hagamos más tareas ¡joder macho estoy harto de esta esclavitud!- dijo en tono melodramático llevándose el dorso de la mano a la frente-.

Ambos se echaron a reír de nuevo y empezaron a nadar hacia el lugar donde su tía los seguía llamando insistentemente. Cuando estaban a pocos metros de la orilla Joan ya se dio cuenta de que algo raro pasaba, su tía los seguía llamando pero ahora veía la preocupación reflejada en su rostro. Nada más llegar a la orilla su tía se abalanzó hacia él y le dijo que había pasado algo en Barcelona, que lo habían llamado desde la oficina de su hermano, y que debía de regresar cuanto antes. Joan asustado salió corriendo seguido de su primo y de su tía.

Cuando llegaron al piso Joan cogió el teléfono y marcó el número de la oficina, pues su hermano no llevaba móvil, y sabia que el único sitio donde lo localizaría seria allí. Al segundo timbrazo sonó una voz de mujer que Joan reconoció como la secretaria de su hermano.

-Sandra soy Joan ¿que es lo que pasa?- dijo atropelladamente-.

-Hola Joan siento fastidiarte las vacaciones pero tu hermano me

ha dicho que te localizara inmediatamente…

-¡Pero es que le ha pasado algo a mi hermano!- la cortó Joan.

-Pues es que no lo se. Esta mañana ha llegado a la oficina una carta, y después de leerla se ha encerrado en su despacho, ha dicho que te localizara y que vinieras a Barcelona inmediatamente.

-¿Donde esta él ahora?- contestó Joan, que cada vez se estaba poniendo más nervioso-.

-Todavía esta en su despacho, no ha salido en todo el día, y no contesta a las llamadas.

-Vale Sandra gracias por llamarme, y si lo ves dile que salgo hacia Barcelona ahora mismo, que estaré allí por la noche- y colgó-.

Nada mas colgar su tía y su primo lo acosaron con miles de preguntas, pero él ya no los escuchaba, solo pensaba que algo realmente malo debía de haber sucedido para que su hermano actuara de esa forma. Cameron siempre lo tenía todo bajo control, así que no imaginaba a santo de que necesitaba de su presencia con esa urgencia

-Joan hijo dinos algo por dios, nos tienes preocupadísimos – dijo su tía con un tono de voz que realmente indicaba que así era.-

-Pero tío que ha pasado ¿es algo grave?- preguntó su primo que también se estaba poniendo nervioso.-

-Lo siento me tengo que marchar ya mismo- dijo Joan casi para sí mismo que subió sin decir una palabra mas a su habitación-.

Joan hizo la maleta en tiempo record ya que solo llevaba ropa ligera para el verano, y bajó al piso de abajo, donde ya lo esperaba su tía para llevarlo a la estación de tren, que estaba junto a la de autobús, lo que les venia muy bien pues a Joan le daba igual tren o autobús, solo quería salir lo más pronto posible para Barcelona. En la estación les dijeron que tanto en autobús como en tren tenían que ir primero a la estación de Murcia y desde allí coger el destino hasta Barcelona, así que Joan cogió el autobús ya que el tren tardaría todavía dos horas en llegar.

Se despidió de su primo y de su tía, prometiéndoles que cuando supiera que había pasado les llamaría de inmediato.

Joan tardó una hora y media en llegar a Murcia, y una vez allí otra hora para coger el autobús hacia Barcelona. El tiempo de espera se le hacia cada vez mas insoportable. No entendía que podía haber pasado para que su hermano lo reclamara con esa prisa pero tenia que ser algo importante, de eso estaba seguro.

Durante las seis horas que duró el viaje la incertidumbre pudo con él. En la estación de autobuses de Murcia Joan compró varias revistas de deporte y arqueología, pero fue incapaz de leer ni una

sola de ellas. La idea de que algo malo había sucedido cada vez lo atormentaba más, pero no le quedaba más remedio que esperar hasta su llegada a Barcelona para hablar con su hermano.

Por fin a las nueve de la noche llegó el autobús a la estación sur de Barcelona, donde Joan se apeó, busco un taxi y le dio las señas de la oficina de Cameron.

3

La oscuridad era casi absoluta. La única luz que había en la sala era la que salía de un pequeño flexo que estaba en la mesa delante de su silla, pero que enfocaba en la dirección opuesta de la habitación, por lo que él quedaba sumido en la penumbra.

Los gritos habían cesado por fin hacia más o menos media hora, aunque en esa situación era difícil precisar el tiempo.

Le dolían las manos debido a sus ataduras. Había intentado mover los brazos, pero por la postura en que se los habían atado se le habían dormido, y sentía unos tremendos aguijonazos en cada movimiento. La sangre de su cara ya se le había secado junto con la que manchaba su camisa casi por completo, y aún sentía un tremendo dolor en todos los sitios en que le habían golpeado. Pese a ello podía sentirse afortunado, ya que con él no se habían ensañado ni la mitad, que con el otro pobre desgraciado que yacía tirado al otro lado de la habitación.

No sabía quienes eran sus captores, no sabía quien era su compañero de tortura, ni lo que andaban buscando las personas que los tenían allí retenidos, por que hasta ahora solo les habían chillado cosas ininteligibles y golpeado. Con un tremendo esfuerzo levantó la cabeza, miró donde estaba, y aunque llevaba en esa habitación muchas horas, todavía le resultaba difícil de creer que aquello estuviera pasando de verdad.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad vio que el hombre al que habían torturado delante de él, estaba tendido en el suelo totalmente inmóvil, no sabía si todavía vivo o muerto. No podía verle la cara y estaba cubierto de sangre por todo el cuerpo. A los pies del hombre había un objeto alargado, que parecía ser una porra de policía, seguramente con lo que los habían golpeado hasta hartarse, pero aparte de eso en aquella habitación solo estaban ese hombre, la vieja mesa que estaba justo delante, y enfrente una vieja lamparilla que iluminaba la estancia. Además de él mismo atado a aquella incomoda silla.

En ese momento se oyó el cerrojo de la puerta al descorrerse, y la luz penetró dentro dañándole los ojos y haciendo que su visión se quedara en blanco momentáneamente. Oyó como le hablaban pero no sabía lo que le decían, ni podía ver a nadie todavía. Poco a poco recuperó la visión y pudo ver a escasos centímetros de su cara a un hombre que le heló la sangre en las venas e hizo que le recorriese

un escalofrío por toda la medula.

Era la primera vez que lo veía, no era alto y fuerte como los otros pero la visión de su cara le dio más miedo que los músculos de sus compañeros. Tenía la cara llena de cicatrices como las que deja la enfermedad de la viruela. Los ojos ratoniles que tenía muy separados, eran negros como una noche sin luna. Una nariz larga y picuda que en nada concordaba con el resto de su cara, parecía puesta allí solo para romper la armonía de aquel rostro, y una boca en la que apenas se distinguían unos labios finos y blancos, que tenían cierta semejanza con los de un pez.

-Buenos días señor Smith- dijo con un marcado acento alemán- disculpe a mis compañeros pero es que por más que lo he intentado no parecen entender el significado de la palabra civismo, ¿esta cómodo?

-Verá, estar atado, golpeado y sin beber nada desde hace horas no es lo que tengo entendido por estar cómodo- balbuceó el viejo-.

-Bueno, bueno, ya les dije a estos animales que no hacía falta atarlo ¿verdad?, por que usted colaboraría en todo ¿verdad que si profesor?- y en ese momento dio unas ordenes en alemán y dos hombres se apresuraron a desatarlo.

El alivio que sintió en los brazos casi lo hizo gemir de placer, pero sin darle tiempo de disfrutarlo el hombre volvió a la carga

-Bueno profesor ahora que yo he demostrado mis buenas intenciones, usted tiene que demostrarme las suyas- dijo en un tono conciliador-¿ahora me dirá lo que quiero saber?

-Pero es que todavía no se lo que quiere

El rostro del hombre cambió de repente, se levantó, hizo un gesto y acto seguido le propino un puñetazo que casi lo hizo caerse de la silla. Lo cogió de la cara y se acercó a unos centímetros de él, y de su boca salió un intenso olor a caramelos de menta.

-Verá señor Smith no soy un hombre muy paciente y la poca que me queda se está acabando, ¿va a colaborar ahora?

-Si… si, le diré lo que quiere saber en cuanto me diga que es.

-Bueno profesor eso ya me gusta más, quiero que me explique con todo lujo de detalles lo que el bueno de ese hombre- señalo hacia el hombre que yacía en el suelo sin moverse- y usted han encontrado recientemente.

-Pe… pero si yo no conozco a ese hombre, se lo ju…

Otro tremendo golpe le dio de lleno entre los ojos, y casi le hizo perder la consciencia, pero de nuevo lo sujetaron por la cara y le hicieron recuperar el equilibrio.

-Señor Smith ya le he dicho que no soy muy paciente y a partir

de este momento ya no tiene más margen de error en sus respuestas, o me dice ahora mismo lo que quiero o le diré a Claus- señaló hacia un mastodonte rubio que le devolvió el saludo- que se ocupe él de sonsacarle la información que deseo, y le aseguro que no es tan diplomático como yo.

Dijo unas palabras en alemán, y en ese momento entró otro hombre con una silla que puso justo a su lado. El hombre la acomodó frente a la mesa, y se sentó.

-Vamos a ver profesor, lo pondré al corriente por si de verdad algún golpe de los animales de mis amigos le ha hecho perder la memoria- dijo acomodándose en la silla y casi pegándose otra vez a la cara del viejo-. Estamos en Jordania, ¿lo recuerda verdad?, - al ver que el profesor afirmaba levemente, continuó- pagó a un nativo llamado Abdeb para realizar un trabajo, ya que usted es persona "non grata" en este país y no podía dejar que las autoridades lo vieran, hasta ahí bien ¿verdad? Ese tal Abdeb encontró algo, pero las cosas no salieron bien, ya que su compañero murió extrañamente y la policía Jordana ha hecho desaparecer el cuerpo y a ese nativo, por lo que nadie sabe que pasó exactamente, o que es lo que encontraron. En ese momento perdimos su pista y quedamos bloqueados, pero entonces alguien, en un bar de el centro, oye que un hombre alardea de que es socio de un americano, y que se va a hacer rico por que sabe donde está el Arca de la Alianza,- y señaló hacia el lugar donde estaba tendido el hombre- pero cual seria mi disgusto que después de encontrarlo, traerlo aquí y preguntarle amablemente, se niega a contestar y me dice que solo estaba vacilando con sus amigos, que solo sabe el nombre del americano, por que Nami el nativo muerto se lo dijo. Entonces lo buscamos a usted y… el resto ya lo sabe.

-O sea ¿que es por eso por lo que estoy aquí?- dijo y entonces emitió una carcajada, que más bien pareció el graznido de un cuervo, y que resonó en la pequeña habitación- siento decepcionarlo, pero lo que usted ha oído es producto de habladurías,- y volvió a reír-. Es cierto que contraté a un nativo llamado Abdeb, lo hago antes de iniciar cualquier excavación, y es cierto que llevó consigo a Nami un primo de su mujer, y que algo le sucedió pues ya no he sabido de ellos nada, pero siento decirle que no era el Arca lo que buscaba, sino vasijas, porcelana y demás cosas que después pueda vender en mi país, el Arca que usted busca no es más que una leyenda y algo de lo que yo no se nada.

El hombre se levantó de la silla con una expresión de evidente odio en su cara, lo miró durante largo rato sin decir nada, y después

se acerco a su oído y le dijo en un susurro:

-Querido profesor espero por el bien suyo y el de su familia que eso no sea cierto.

Dicho esto se marchó, cerrando la puerta y dejándolo otra vez sumido en una profunda oscuridad.

4

El detective Rashid entró en la comisaría -si es que a aquel cuchitril infecto podía llamársele comisaría- y avanzó por el largo pasillo de entrada, que conducía a la sala principal, donde estaban las mesas de los policías que trabajaban allí. Como siempre estaban atestadas de gente correteando de un lado para otro, con montones de papeles en las manos, y gritando que necesitaban una cosa u otra.

A Rashid no le gustaba para nada estar allí, por eso llevaba trabajando desde su casa desde hacía ya tres años. La única pega era que, después de utilizar sus influencias para lograr escapar de la obligación de trabajar desde comisaría, los informes tenía que entregarlos en persona en la oficina del capitán diariamente, algo que le costaba un esfuerzo indecible. Por lo menos no tenia que aguantar todo el día allí arriesgándose a sufrir varios ataques cardiacos al día.

La comisaría estaba situada en el barrio viejo de la ciudad desde hacía cincuenta años, en una casa que el estado Jordano había donado para tal cometido, por lo que, sumados a los treinta que ya tenía cuando se donó, sumaban una comisaría en estado ruinoso que solo verla desde fuera ya daba lastima, pero cuando se estaba dentro trabajando, a la lastima inicial se sumaba una tremenda depresión.

Las paredes estaban resquebrajadas hasta tal punto que los compañeros bromeaban diciendo que se podía ver a la gente que pasaba por la calle a través de ellas. Tenía un olor que nunca supieron identificar mezcla de viejo, sudor y podredumbre. Cuando llevabas allí más de dos horas, la cabeza te dolía como si te la estrujaran y en la boca se sentía un picor y un sabor a hierro, probablemente debido al mal estado de las cañerías o del gas.

Había poco espacio, así que tenían las mesas apiñadas unas con otras, y poco equipo tecnológico, así que el solo hecho de sacar unas fotocopias se convertía en una lucha a muerte con los compañeros.

Rashid cruzó la sala donde estaban situadas las mesas sin levantar la mirada, pues no tenía ganas de entablar conversación con nadie, quería entregar su informe y salir de allí a la velocidad del rayo, pues ya empezaba a notar el calor sofocante y opresivo de la comisaría.

Cuando llegó a la oficina del capitán dio un pequeño toque en la

puerta y entró sin esperar confirmación.

El capitán Azid estaba sentado tras su mesa ojeando unos papeles y ni siquiera levantó la vista de ellos, indicando con un gesto a Rashid que se sentara. A su enorme cabeza calva le caían gruesos goterones de sudor que le bajaban hasta la barbilla, sin embargo su camisa blanca estaba inmaculada, sin un rastro de humedad que delatase el tremendo calor que hacía allí dentro. Sin levantar la mirada de los papeles que estaba leyendo y en un tono de voz seco le preguntó a Rashid que le traía por allí.

-Capitán aquí tengo el informe de los objetos robados en la casa de Abdul el joyero- dijo Rashid, en el mismo tono seco que antes había usado el capitán con él.

-Bien déjalos ahí encima- dijo señalando un rincón de su mesa que milagrosamente estaba despejado-¿tienes ya alguna pista sobre el autor?- preguntó este en un tono de voz que no dejaba lugar a dudas de que le traía sin cuidado la respuesta.

-Oficialmente no, pero el joyero dice que el único que sabe donde estaban guardadas esas joyas es su empleado, que además sabe la combinación de la caja fuerte donde se guardan.

- Bien dale el informe a Sunni, a partir de ahora el caso es suyo,- y entonces desde que Rashid entrase en el despacho, el capitán levantó la mirada de su mesa y lo miró a los ojos por un rato que a Rashid se le hizo incómodamente largo-. Tengo otra cosa para ti.

En ese momento fue cuando Rashid se dio cuenta de la cara que tenia el capitán, e intuyó que algo no iba bien. Azid, que por lo general cuidaba mucho de su aspecto aparecía totalmente demacrado, con los ojos inyectados en sangre signo de falta de sueño, y un gesto de preocupación tan grande en la cara que se le hacia imposible ocultarlo. Parecía diez años más viejo que desde la última vez que lo había visto hacía tres días.

-Capitán, con el debido respeto no quiero que ese imbecil de Sunni se quede con este caso, está prácticamente acabado y ese gilipollas seguro que lo jode- dijo con un tono que demostraba la rabia que empezaba a sentir-.

-¡Me importa una mierda el puto joyero, te he dicho que le pases el caso a Sunni y no hay más que hablar!

Azid empezó a ordenar papeles de encima de su mesa compulsivamente, mientras la blanca camisa se le empezó a poner más oscura a causa del sudor por la zona de las axilas.

Rashid que conocía ya muchos años al capitán se empezó a poner nervioso de verle en ese estado, y decidió contraatacar.

-Capitán, creo que podré tener cerrado el caso de el joyero

mañana o pasado y entonces podré empezar de pleno con el nuevo, que seguro que puede espe…

-Mira Rashid no me toques más los huevos o te despido ya mismo,- dijo en tono cansino, y entonces levantó la mirada que hasta ahora la tenía ocupada en un papel de su mesa-. Tú no lo comprendes, esta orden no la he dado yo, viene de arriba y…

-¿Como que desde arriba?, yo no estoy para...

-¡Coño no te puedes callar un rato cojones!- dijo el capitán que ya estaba al borde de lo que parecía un colapso-. Te estoy diciendo que esto es prioridad absoluta para el que nos paga a los dos, así que cállate, se buen chico y escucha atentamente ¿vale?

Rashid asintió y por primera vez supo que no tenia escapatoria, que aquel caso, fuese el que fuese, le iba a tocar a él, y por mucho que se quejara no podría hacer nada para impedirlo. El capitán se echó hacia atrás en su silla en un gesto que decía " ahí va, te lo voy a soltar sin anestesia ni nada, y luego ya lo rumiaras"

-Rashid sabes que yo no te pediría nada si no fuese algo delicado, y solo te puedo decir que esto lo es- dijo y se removió incomodo en su silla-. Te voy a dar unos informes, los lees, y mañana a primera hora te quiero aquí dispuesto para empezar el caso.

-Vale ponme en antecedentes… espera un momento, has dicho que esté aquí mañana, ya sabes que no trabajo desde comisaría Azid yo…

-No tengo tiempo para estupideces, durante este caso volverás a trabajar aquí – dijo mirándolo a los ojos con una expresión que no dejaba lugar para replicas y que así lo entendió Rashid.- léete el informe, pero ya te lo digo antes, es un informe algo vago, ya que no tenemos nada más de lo que pone ahí.

Rashid cogió un dossier en color Manila de encima de la mesa del capitán, lo abrió por la primera página y leyó:

Investigación nº 341- Jordania

Prioridad del caso absoluta. Dirige el capitán Azid comisaría nº1

- Sujeto desaparecido el doce de junio de 2008
- Nombre Abdeb Karim, edad 31 años, casado y con una hija.

HECHOS

El día doce de junio apareció en el hospital Arab Medical Center Clinics, sito en el 5º circulo de Amman, un sujeto llamado Nami que presentaba signos de contusiones y golpes por todo el cuerpo. No fue necesario intervenciones médicas, pues el sujeto a su entrada en el hospital ya había fallecido. La persona que lo llevó al hospital firmó con el nombre de Abdeb, que decía ser un familiar. Dado el raro estado del cadáver una enfermera llamó a la comisaría de policía de la zona, pero en el momento en que aparecieron los guardias el hombre llamado Abdeb había desaparecido.
El estado de la autopsia determinó que Nami no murió a causa de sus múltiples golpes y contusiones, que fueron producidos "post Morten", sino a causa de un envenenamiento producido por un tipo de sustancia desconocida.
Por tanto se busca como principal sospechoso al sujeto antes descrito con el nombre de Abdeb para ser sometido al interrogatorio preceptivo.

Se ruega búsqueda y captura inmediata de dicho sujeto, y la puesta en conocimiento de cualquier avance de la investigación a este organismo.

Rashid cerró el dossier, se quedó mirando fijamente a su capitán, y empezó a notar como una ira ciega le crecía desde lo mas hondo de su estomago. Justo cuando creía que la podría dominar estalló:

-¡Pero se puede saber que coño es esto joder!, ¿acaso creen que somos gilipollas o que?, ¡esto no es un informe ni nada que se le parezca coño!, parece que está escrito por un niño de colegio, ¡me cago en la puta, pero si ni siquiera dan un detalle de la autopsia!- hizo un paron por que ya se había quedado sin aire y se estaba poniendo más rojo que un cielo al atardecer, cuando intervino el capitán.-

-Ya sé que es lo que piensas y no necesitas decirme nada por que yo me quedé igual de sorprendido que tú- contestó Azid bastante azorado- pero es una petición de un caso, mandado desde arriba y… ¡joder que quieres que haga que les diga que no lo voy a investigar!, tu haz lo que sabes hacer y encuentra a ese desgraciado.

-¡Pero Azid coño, es que no me creo ni una puta palabra de lo que dicen!, vamos prioridad absoluta ¡por un simple caso de envenenamiento de un puto desconocido!- dijo Rashid que sentía que su furia se iba desatando por momentos- aquí ahí algo más y tú lo sabes

Azid sacó un pañuelo, se secó la frente, que a esas alturas chorreaba como si fueran unas cataratas, y con dedos temblorosos sacó un marlboro de una cajetilla aplastada y arrugada hasta el punto de que parecía que la habían pisado varios elefantes, y lo encendió cosa que no le resultó del todo fácil, pues las manos le temblaban de manera bastante perceptible, y ofreció uno a Rashid

que lo denegó con un enérgico gesto de la cabeza.

-No gracias, no me apetece ahora mismo, y tú tampoco deberías, ya sabes lo que te dijo el medico.

-¡Me importa un huevo lo que dijera ese matasanos!, si no me fumo uno ahora mismo podría despellejar vivo al próximo que pase por la puerta.

-Ya – dijo y sintió que ese pequeño comentario por estupido que fuese le calmó un poco, Azid era buen tío y se notaba que él también las estaba pasando putas-. Pero no quiero que te mueras y que yo me tenga que ocupar de esta cochiquera.

-Ya te gustaría – Rashid notó como también se relajaba un poco- ahora en serio, me están apretando mucho con esta mierda, haz lo que puedas ¿vale?, ya sé que este caso es una jodida mierda, casi más gorda que mi suegra, pero encontremos a ese tío y se irán a joder a otro honrado capitán de policía.

-De acuerdo Azid haré lo que pueda pero me debes una y gorda, tan gorda como tu suegra

-¡Joder eso si que es una deuda de por vida!-dijo éste y de repente soltaron una carcajada al unísono que se escuchó en toda la comisaría y relajó el ambiente entre ellos-

Rashid se secó las lágrimas, miró al capitán a los ojos largo rato, se levantó y se encaminó a la puerta del despacho. Cuando estaba a punto de salir se dio la vuelta y le dijo al capitán:

-No te preocupes encontraré a ese cabron.

Y dicho esto salió del despacho, cruzó la comisaría que bullía de gente y bajó las escaleras hacia la calle. Necesitaba respirar aire fresco más que nada en este mundo.

5

Despertó de repente, sentía un regusto como de metal en la boca, y no podía mover los brazos. Le dolía todo el cuerpo como al día siguiente de haber hecho ejercicio, y no podía ver con claridad por su ojo derecho. En realidad no podía ver nada. La poca luz que tenía se había ido extinguiendo y ahora solo quedaba un tenue resplandor. Le costó casi un minuto recordar donde se encontraba y no con poco esfuerzo, pero cuando lo hizo fue como si una losa de cien kilos le hubiese caído en el pecho.

El hombre que yacía en el suelo había muerto. Lo sabia por la experiencia que le daba el haber visto morir a mucha gente de una simple gripe, una fiebre o de simple inanición, pero lo del hombre que yacía a solo un metro de él le impacto más de lo que hubiera visto hasta ahora, pues no había muerto por una causa natural.

No le podía ver la cara, pero el cuerpo semidesnudo estaba cubierto casi por completo, por unos hematomas horriblemente hinchados, allí donde había recibido los golpes. Tenía cortes profundos en la cara interna de los muslos, que se habían puesto de un color blanco debido seguramente a una infección, pero lo que más le asqueaba era la posición en la que el cuerpo yacía, una posición inverosímil, como si ningún hueso encajara bien con los demás.

Sintió una pena tremenda por aquel hombre y por lo que debía de haber sufrido, solo por haber querido alardear un poco delante de sus amigos.

Entonces en aquel momento oyó pasos y el inconfundible sonido de un cerrojo al descorrerse. Alguien venía de nuevo a visitarle, y sintió un miedo atroz.

6

Joan llegó a la Avenida Diagonal, donde su hermano tenía la oficina, pagó al taxista, cogió su maleta y se dirigió hacia el vestíbulo del edificio. El estomago le hizo un ruido como si fuese el motor de un camión, y se preguntó como en aquella situación podía tener hambre. Miró su reloj y vio que ya eran las diez de la noche, además no había comido nada desde las doce del mediodía, a pesar de la insistencia de su tía. Bueno ya comería algo en la oficina de Cameron, él siempre tenía cosas allí, como si temiese quedarse encerrado, y lo aprovisionaba como si de un bunker se tratara.

Tiró de las pesadas puertas de cristal, pero estas ni se movieron. Por un momento le pareció que era victima de una broma, pero un instante después se dio cuenta de lo que sucedía. Allí no había nadie, ya era muy tarde y la gente se había marchado. Llamó al timbre, y se quedó esperando, hasta que vio aparecer al guardia de seguridad que no era otro que Pere. Sacó un manojo de llaves y con la ventaja que le daba la experiencia, cogió una como si la hubiese escogido al azar, casi sin mirar, y la hizo girar en la cerradura.

-¡Hombre señor Smith! ¿que hace por aquí a estas horas?, es que ha pasado algo malo- dijo con ese acento suyo tan catalán.

-No, es que mi hermano quiere verme – contestó de forma que no se le notara mucho la preocupación-.Cosas de familia

-Ah bueno, si es eso vale- dijo en un tono que demostraba que no se había tragado una palabra-.

Lo condujo por el amplio vestíbulo en dirección a los ascensores que estaban al fondo, delante de una gran habitación en la que ponía sala de espera, aunque bien podría llamarse cafetería, pues tenía maquinas expendedoras de todo tipo. Al ver la de los pastelillos el estomago le hizo otra vez un ruido, como si le quisiera avisar de que no le quedaba mucha paciencia.

-Si tiene hambre le puedo traer algo señor Smith- dijo Pere-.

-No gracias Pere, ya comeré en el despacho de mi hermano- dijo cuando llegaron a los ascensores-. Ah y a propósito como me vuelvas a llamar señor Smith le digo a mi hermano que te despida, joder ¡que juego con tus hijos!

-De acuerdo, pero como digas otra palabrota te lavo la boca con jabón como hacía mi abuela, ¿tenemos un trato?- dijo sonriendo y alargándole la mano para rubricarlo-.

-Trato hecho- dijo estrechándole la mano, que luego le pasó por el pelo y se lo revolvió como a un niño-.

Pere le caía muy bien, casi lo había visto mas a él en la ultima década que a su padre. Pere era la persona de confianza de Richard desde que llegase a España. Había trabajado para su padre de casi todo, desde contable hasta ayudante en alguno de sus viajes.

Cuando se abrió la oficina Pere le pidió a su padre el trabajo de vigilante nocturno, y por más que él había intentado convencerlo de que cogiera otro trabajo mejor, Pere no había querido.

Desde que era pequeño recordaba a Pere como si fuese un tío suyo, ya que cuando su padre se iba de viaje y su tía no podía hacerse cargo de él, Pere se quedaba al cuidado de Joan, cosa que le encantaba, pues se llevaba de maravilla con sus hijos, y durante esos días Joan se sentía parte de una familia normal.

Con todos los agradables recuerdos de la casa de Pere no se había dado cuenta de que habían llegado a la puerta del despacho de su hermano, lo que le hizo volver a la realidad y recordar por que estaba allí, que no seria por nada bueno. Dentro de poco lo descubriría para bien o para mal.

Llamó a la puerta de roble macizo que su hermano se había hecho instalar exclusivamente para él, y esperó respuesta. Después de lo que a Joan le pareció una eternidad, volvió a golpear la puerta con más fuerza esta vez, pero no se oía nada que delatase que allí había alguien. Cuando a punto estuvo de darse la vuelta para seguir a Pere por donde se acababa de marchar, escuchó el cerrojo de la puerta.

Cameron apareció por una rendija de la puerta y le hizo un gesto para que entrase. Cuando Joan estuvo en el despacho, su hermano ya estaba otra vez detrás de su escritorio, y le hizo un gesto brusco para que cerrara la puerta.

Joan hacía tiempo que no entraba en el despacho de su hermano, pero se acordaba del mueble bar.

-Cameron voy a coger algún pastelillo, me muero de hambre- dijo abriendo ya la puerta de la nevera-.

-¡Pero como puedes tener hambre!, es que no te das cuenta de que…

Al ver la expresión en la cara de su hermano pequeño, Cameron se detuvo un momento y se dio cuenta de que realmente lo estaba asustando y de que nada serviría que los dos estuviesen histéricos. Él debía de calmarse e intentar conducir la situación lo mejor posible, que para eso era el mayor.

-Lo siento Joan, coge lo que quieras que ya hablaremos después- dijo levantándose y acercándose a su hermano-. ¿Como estas hermanito?, ven dale un beso a tu hermano mayor.

Se abrazaron y se dieron un beso, que a los dos les alivió un poco la tensión inicial.

-Me tenias muy preocupado por la llamada y la urgencia de que viniera a verte, ¿es que ha pasado algo malo?- dijo Joan que ya se estaba comiendo un palo catalán con verdadero entusiasmo-.

-Bueno ya hablaremos de eso después-dijo Cameron con un gesto que indicaba que podía esperar-. Bueno cuéntame ¿como han ido las vacaciones, como están la tía y el primo Antonio?

-Pues la tía, como siempre con esa manía suya de tener controlado hasta a el perro, y el primo Antonio cada día la pone mas histérica.

-Eso esta bien, me alegro de que te diviertas con ellos- dijo en un tono de voz que denotaba que no se estaba enterando de nada de lo que le decía su hermano, y que Joan cogió al vuelo-. Son buena gente.

-Vamos hermano a ti te importa muy poco la tía y el primo. Me vas a contar ya lo que pasa o nos vamos a tirar toda la noche dando rodeos.

Cameron puso cara de sorprendido, pero al cabo de un instante su expresión cambió de forma radical y pasó a la de preocupación. Cameron caminó junto a su hermano por la amplia sala que era su oficina, rodeó el enorme escritorio de roble y se sentó en su silla dejándose caer de golpe, hundiéndose como si se le escapara el aire, un sonido que a Joan le recordó el ruido que hace una colchoneta de playa al deshincharse. Al cabo de un rato suspiró y miró a su hermano directamente a los ojos.

-Tienes razón hermanito, no te he hecho venir para preguntarte por la tía y el primo, la razón por la que te he llamado es que necesito que estés aquí y me ayudes a decidir que hacer, ya que esto es un tema que nos concierne a los dos.

-Mira Cameron, no estas hablando con tus inversores, no necesito que me expliques las cosas de una manera bonita, suelta lo que tengas que decir y punto ¡joder que me estas asustando!

-Tienes razón, pero como vuelvas a decir tacos te arreo ¡que todavía soy tu hermano mayor!- dijo con la intención de relajar un poco la situación, pero que ni aun así lo consiguió-. Bueno esto es lo que pasa- dijo desdoblando un trozo de papel color Manila que llevaba en el bolsillo de su americana, y poniéndolo encima de la mesa-. Esto me ha llegado hoy mientras estaba en una reunión, y desde ese momento estoy aquí encerrado decidiendo que hacer

-Pero que coñ… ¿pero que es esto?, ¡por una nota me haces interrumpir mis vacaciones!- Joan notó que la ira subía a sus

mejillas-. ¡Es que te has vuelto loco o que es que no…!

-Joan por favor mira la nota.

Joan se levantó de la silla, miró el trozo de papel que su hermano había dejado encima de la mesa, y se fijó en la escritura demasiado inclinada y con un tipo de caracteres que parecía querer imitar a la de los monjes del siglo XVII. Al principio le costó enfocar la vista y centrar su atención en la lectura, pero solo duró unos segundos. Al cabo de un minuto había leído la nota tres veces sin levantar la cabeza, y cuando lo hizo el color había desaparecido de su cara. Sintió un mareo que le hizo perder el equilibrio y se sentó de golpe. Tenia ganas de vomitar.

7

Rashid se dirigió al bar que estaba al lado de la comisaría. Era un sitio que empezó siendo una taberna de mala muerte, pero que por eso exactamente le gustaba. A la mezcla de olor a comida, tabaco y alcohol había que añadirle ese ambiente, como de bar de tipos duros, que a Rashid le recordaba a los de las "pelis" que veía en la tele cuando era pequeño. Ahora debido a que estaba en una calle bastante concurrida, se había ido dedicando más a los turistas hasta el punto de que ahora cuando entraba, el que parecía extranjero era él y eso lo requemaba. ¡Pero es que la comida estaba de puta madre!

Empujó la puerta, que ahora era de dos hojas- y que nada tenía que ver con la miserable puertucha casi carcomida, que había estado toda la vida custodiando la entrada de la taberna- y nada mas entrar le embargó el olor a comida y té que flotaba en el aire. El estomago le hizo un ruido que dejaba claro quien mandaba en ese momento. Se dirigió a la barra, que ahora era de color naranja y había sustituido a la que hasta hace poco era de madera de un color oscuro, y que contenía miles de frases escritas sobre ella a cuchillo. Detrás de la barra nada había cambiado, seguía estando el mismo dueño que era el doble de ancho y de alto que Rashid, y eso que el policía era un tipo más bien grande. Tenía un bigote que recordaba a las películas del oeste antiguas, donde siempre aparecía algún mejicano con grandes mostachos, que no dejaban ver el labio superior, y que a Rashid le parecía que había nacido con el puesto, ya que no recordaba habérselo visto nunca afeitado. Al igual que esa expresión de pocos amigos que Rashid creía que le acompañaría hasta el fin de su vida, por que como camarero era excelente, pero como persona dejaba mucho que desear.

También detrás de la barra estaba la hija del dueño, que aparte de la comida era lo único que merecía la pena de aquella taberna reconvertida a restaurante. Rashid no sabía su nombre real porque todo el mundo desde siempre la había llamado Dakota, y nunca supo el porque de aquel mote, ni se había molestado en preguntárselo.

-Buenos días capitán que sorpresa verlo tan temprano por aquí- dijo Dakota que ya le estaba limpiando la barra con un trapo mojado- ¿que va a ser hoy?

-Dakota ya te he dicho mil veces que no soy capitán, pero si

quieres puedes seguir llamándomelo- le contestó este que ya sabía que ella lo llamaba así a posta para romper el hielo-. Pero que no te escuche Azid o me despide.

-Sssss… ni una palabra, esto queda entre usted y yo

Los dos se echaron a reír, pero entonces el padre de Dakota los miró a los dos con esa cara de "no me gustan las tonterías en mi bar, y menos con mi hija", que ella entendió a la perfección, y en un tono más serio le preguntó a Rashid otra vez que iba a tomar.

En la vitrina delante de él vio en una cazuela de barro, un plato que al instante le hizo rugir el estomago más fuerte de lo que hubiera deseado. Miró alrededor, un poco avergonzado, por si alguien lo estaba mirando, pero nadie parecía haberlo oído.

-Dakota ponme un poco de Muskan y una taza de té

-Capitán hoy viene con más hambre de lo habitual, ¿es que ha tenido un buen día?- dijo con una sonrisa, pero sin mirarlo a la cara, por si se repetía la escena del padre protector otra vez-.

-No nada de eso, pero es que todo lo cocináis tan bien que a uno se le abre el apetito.

-Adulador, eso se lo dirás a todas- dijo con un acento picaron y se alejó con un montón de platos sucios hasta el fregador-.

Rashid fijó la vista en la vitrina de platos preparados y el estomago le volvió a meter prisa quejándose esta vez mas sonoramente.

Al lado de la cazuela de Muskan, había otra de Mansaf, su plato preferido, y el de casi todo el país. Rashid lo hubiera pedido, pero ese plato lo asociaba con las comidas en familia y no le pareció bien disfrutarlo solo en un bar. La única pega es que él no tenía familia directa con quien disfrutarlo.

Dakota llegó con la tan ansiada comida que traía en una cazuela idéntica a la de barra pero más pequeña, en plan individual.

-Aquí tiene capitán espero que le guste, ya sabe que el Muskan sabe diferente según las especias, ya me dirá si este es de su agrado- dijo dejando la cazuela con la comida, y una taza de té justo al lado-.

- Seguro que me encanta, gracias – dijo Rashid que ya notaba como se le hacia la boca agua-.

Cuando se echó el primer trozo a la boca sintió como su cuerpo se lo agradecía mandándole suaves calambres desde el estomago. Las pequeñas cebollas que acompañaban a la carne estupendamente preparada de pollo, eran excelentes. La mezcla de especias estaban agregadas en su justa medida, ni flojas ni muy fuertes, y el pan sobre el que iba montado estaba tremendamente crujiente.

Una vez hubo terminado de comer se sintió tan bien que decidió probar el Konafa, un pastel de queso con confituras que era su debilidad. No era de extrañar que el bar siempre estuviera tan concurrido, y sobre todo de turistas, ya que además de tener todo lo más representativo en gastronomía Jordana, como el Mansaf el Muskan o el Konafa lo preparaban todo tan estupendamente.

Rashid le estaba dando el ultimo bocado a su pastel, cuando recordó la conversación de hacía un rato con el capitán Azid.

Pensó que el siguiente paso que debía dar estaba muy claro: el depósito de cadáveres donde guardaban al desgraciado que había muerto en la montaña. El absurdo informe que le había dado el capitán no incluía la autopsia y si algo sabía por su propia experiencia, es que a veces los muertos hablan más y mejor que los vivos.

Pagó la cuenta a Dakota, no sin antes darle la enhorabuena por la comida, y se encaminó hacia la puerta. Compró una cajetilla de "Chester" y salió a la calle. El calor que ya hacia su aparición a esas horas de la mañana le golpeó en la cara sin piedad. Quitó el envoltorio de su cajetilla de tabaco, y encendió uno. Era el primero del día y debido a que ya no fumaba mucho se mareó un poco, pero aun así le supo a gloria. Se quitó la fina chaqueta de hilo que llevaba puesta, pues una hora antes todavía hacia frío, y llamó a un taxi.

-Lléveme al deposito de cadáveres de la calle de las cortes- dijo Rashid una vez estuvo montado en un taxi sin calefacción que olía a cuadra-.

-Bonito sitio señor, para una bonita mañana- dijo el taxista que era kurdo y tenía un acento extraño.-

-Mira guapo-dijo Rashid que no estaba de humor y se propuso cortar la conversación desde el principio- soy policía y estoy en un caso importante, como no estemos en la dirección que te he dado en diez minutos, los dos juntos revisaremos tu documentación y nos haremos mucho más amigos ¿ de acuerdo?

El taxista no dijo ni media, miró hacia delante, y con sumo cuidado, como si estuviera haciendo de nuevo el examen de conducir, cambió de marcha, miró por todos los espejos de su coche, puso el intermitente y salió al bullicioso trafico de las calles de Amman.

8

Estimados colegas, sobran las presentaciones, solo diré que nos interesa hacernos buenos colaboradores, ya que yo tengo algo que ustedes quieren y por medio de una fuente fiable, sé que ustedes tienen algo que yo quiero. Por esa razón entréguenme lo que les pido y yo les entregaré a su padre el señor Richard Smith, que en estos momentos tengo en mi poder. Si no se cumplen mis ruegos me temo que el señor Smith tendrá un final que a nadie de nosotros le gustaría.

Atentamente un amigo

P.D.: Esto no es un juego, tienen 48 horas

-¡Pero que coño es esto!, ¿tiene que ser una broma verdad?- dijo Joan que alternaba la mirada de la carta, a su hermano una y otra vez.

-Eso creía yo, pero lo he revisado todo y parece que no. Lo primero que hice fue ver el remitente y lógicamente no aparece. Llamé a correos. Ha sido enviada desde Jordania, o sea, descartado que sea una posible broma de nuestros amigos. Lo siguiente que hice fue llamar a Mario el ayudante de papa, y después de varios intentos conseguí hablar con el…

-¡Pero bueno me quieres decir que te crees toda esta gilipollez de una carta en plan película de las malas eh, y que hay por ahí un tío con un plan maléfico para apoderarse del mundo y que nosotros y papa somos los únicos capaz de detenerlo y que!

-¡Joder Joan cállate de una vez!- gritó Cameron, que dejó a su hermano boquiabierto-. Papa ha desaparecido.

Los dos se quedaron mudos. Joan intentaba digerir todo lo que su hermano le estaba contando, y Cameron dejaba pasar un poco de

tiempo para que su hermano lo asimilara todo.

El primero en romper el incomodo silencio que se había formado fue Cameron.

-Bueno no es nada del otro mundo, solo tenemos que darle lo que quiere y dejarán a papa en paz- trató de suavizar-. Solo tienes que darme lo que están buscando.

- ¿Y que te hace pensar que yo tengo lo que buscan esos tíos?- dijo Joan casi en un susurro- no tengo ni idea de que me estas hablando.

-Joan déjate de tonterías, si papa le ha dado algo a alguien, es a ti

-¿Por que dices eso?

-Vamos hermanito todos sabemos quien es el ojo derecho de papa y si…

-¿Que quieres decir?, no es a mí a quien le ha puesto una empresa con todo su dinero.

-Eso no es cierto, la empresa no es mía yo solo trabajo aquí

-Ya, en una empresa hecha a medida para ti, en la que no has tenido que escalar puestos como todo el mundo, solo pasearte por aquí con un traje de firma y sonreír un poco.

-Eres un gilipollas, lo sabes Joan- repuso Cameron que empezaba a sentir que de un momento a otro podía explotar-. Lo único que quiero es que me des lo que buscan esos hombres y te largues de vacaciones otra vez.

-Sabes que te digo, que como eres tan perfecto lo busques tú y no me molestes más. Seguro que si hay alguien capaz de hacerlo sin ayuda ese eres tú.

Joan se levantó de la silla y sin mirar atrás salió del despacho de su hermano, que inmediatamente corrió tras el llamándolo a voz en grito.

Cuando a punto estaba de cruzar el vestíbulo Cameron lo alcanzó cogiéndolo del brazo más fuerte de lo que hubiera deseado.

-No eres más que un crío, pero solo por eso no voy a dejar que a papa le hagan daño. Si sabes algo o papa te dijo algo sobre este viaje dímelo y déjate de niñerías.

-L o único que papa me dijo de este viaje era que no podía llevarme con él.

Joan tiró fuertemente de su brazo y se desasió de su hermano, lo miró fugazmente a los ojos, y salió del edificio.

El taxi llegó a la puerta de la casa diez minutos después. Ya era muy tarde y apenas había trafico en Barcelona a esas horas. El

taxista saludo a Joan, que correspondió al saludo pero en un tono totalmente ausente, ya que desde que vio la nota que le había enseñado su hermano apenas podía pensar en otra cosa.

Sacó las llaves del bolsillo de su pantalón, y abrió la puerta. La casa, más que nunca parecía deshabitada desde hacía muchos años, aunque simplemente llevaba diez días cerrada. Dejó la maleta en la entrada y fue directo a su habitación. Rosario había colocado las zapatillas de Joan al pie de la cama y su pijama bien doblado encima de la almohada, como a él le gustaba tenerlo cuando era pequeño. No en vano Rosario llevaba trabajando para su padre más de un década.

Se colocó el pijama y bajó por la enorme escalera hasta el piso de abajo. Estaba preocupado, pero su estomago parecía que no se había enterado, pues no paraba de gruñir. Entró en la cocina para prepararse algo de cenar y comprobó que Rosario había limpiado el frigorífico con la idea de que la comida no se pudriese. En teoría, en la casa no tenía que haber nadie hasta dentro de dos meses.

Sacó una lata de raviolis del armario de las conservas y se los preparó.

Después de cenar se acostó y se quedó pensando en la absurda historia que le había contado su hermano hasta que el sueño pudo con él y lo venció.

A la mañana siguiente se levantó deprisa, había dormido bien y no quería perder tiempo. Quería solucionar el tema de su padre y volver con su primo a la playa. No le gustaba estar tan solo en esa casa enorme.

Se duchó, se vistió y desayunó unos cereales a secas, ya que no había leche ni zumo, y salió a la calle.

Abrió el buzón de las cartas, no esperando encontrar algo, sino por pura costumbre. Allí en el fondo, casi como si quisiera pasar desapercibido, había algo que le creó tal desazón que durante unos minutos estuvo quieto mirándolo, como si esperara que en algún momento desapareciese.

Marcó el número del móvil de su hermano que lo cogió al segundo tono.

-Joan lo siento pero es que…- se disculpó Cameron nada más coger la llamada-

-Cameron no es culpa tuya, pero ya lo discutiremos después, tenemos que hablar.

-Que ha pasado es que has…

-Ven a recogerme a casa de papa, tienes que ver algo- y colgó el teléfono-.

9

Estaba oscuro. El terreno era muy abrupto, y hacía difícil la escalada pero no impidió que siguiera su ascenso rápido y experto. Quería llegar a su destino antes de que llegara el terrible frío de la noche del desierto. Poca gente sabía lo frías que podían ser las zonas desérticas por la noche. Todo el mundo creía que el desierto era calido a todas horas, pero la realidad era que si la noche te atrapaba al descubierto podías pasarlo realmente mal.

Divisó a unos cien metros la enorme roca de pared lisa que llevaba buscando desde que empezó la subida, y se apresuró aún más. Los últimos treinta metros le costaron una barbaridad. No había comido nada, salvo unas raíces insípidas desde la mañana y eso, junto a la tremenda sed y el enorme cansancio, estaba pudiendo con él. Los ojos le pesaban como una losa, y sentía que podía desmayarse en cualquier momento, pero sabía que eso seria su fin. Cuando alcanzó la enorme roca que era su destino, la rodeó con un tremendo esfuerzo, pero sentía que el calvario que estaba pasando pronto iba a acabar y eso le insufló un poco más de energía. Cuando por fin consiguió llegar a la pequeña roca pegada a la pared vertical de piedra, la empujó con las últimas reservas de fuerza que le quedaban. Al principio no cedió, y eso lo inquietó sobremanera, ya que no recordaba que nunca le hubiese costado tanto antes. Cuando por fin lo hizo el alivio que sintió fue tal, que casi lo hizo desfallecer y tuvo que sentarse un rato, pues estaba un poco mareado.

La pequeña cueva estaba tal y como él la recordaba. Era apenas un agujero en la roca, pero lo suficiente como para estar cómodo. En las paredes de caliza todavía se veían algunas de sus marcas de pasos anteriores, pero lo más importante para él, era comprobar si sus reservas seguían todavía allí.

Empujó una pequeña piedra que estaba apoyada contra el muro más alejado de la entrada y sí, allí estaba su vieja manta metida en una bolsa de plástico, y algunas latas de conserva junto con dos velas, una de ellas ya bastante usada y a punto de llegar a la base de metal.

Empujó la roca de la entrada por dentro hasta devolverla a su posición original. No recordaba que fuese tan pesada antes, quizá se debía a su escasa reserva de fuerzas y a lo agotado que se sentía. Sacó la raída manta de su bolsa, se apoyó contra el muro de la

cueva más caliente que encontró, y con dificultad abrió un bote de carne de cordero enlatada, que debía de llevar caducada ya un tiempo, pero que le supo a gloria. Aunque tenía hambre como para acabar con un buey entero, solo comió un tercio de la lata de carne y un pequeño trago de una botella de agua que ya no era incolora. No sabía el tiempo que pasaría allí, así que tenia que racionar bien sus provisiones.

Una vez hubo comido y bebido se sintió bastante mejor, aunque el sueño lo estaba venciendo. Acomodó su cuerpo en un rincón más o menos cómodo, donde había una pequeña formación de arena que le serviría de colchón, y se tapó con la manta. Poco a poco fue cayendo en el dulce sopor del sueño, a la misma vez que se preguntaba como era posible que se hubiera metido en aquel lío.

10

Cameron aparcó el BMW en el camino de entrada de la casa, en la que hasta hace solo un año vivía con su padre y su hermano. No se preocupó de aparcar correctamente como siempre hacía, sino que dejó el coche de cualquier manera y salió a toda velocidad hacia la puerta de entrada. Antes de que llamara al timbre Joan le abrió y le hizo un gesto de que entrara.

-¡Que demonios pasa!, ¿has encontrado algo, o es que lo tenías y no me lo querías decir?- bufó Cameron en cuanto entró-. Por que si es así que sepas que papa corre peligro y por tu cul…

-¡Calla de una vez coño! A ver si me dejas que te explique que...

-No me hables así Joan

-Vale lo siento solo es que necesito decirte algo y no me dejas- se disculpó Joan- esta mañana cuando salía de casa miré en el buzón, más que nada por costumbre, aunque no esperaba correo, y encontré..

-No me digas que me has hecho venir por que has recibido una carta. ¡Espera te han mandado a ti la misma carta que a mi!, pero quien puede...

-Bueno ¿me vas a dejar que te lo explique?- dijo Joan fulminando con la mirada a su hermano-. No se trata de eso, lo que he encontrado es esto.

Joan le mostró lo que había recibido, y esperó para ver la reacción de su hermano. Cameron se quedó mirando la postal como si le hubiesen enseñado una ecuación aritmética incomprensible. La miró durante mucho rato hasta que al fin dijo:

-¡Me estas tomando el pelo Joan! – dijo Cameron que todavía no había comprendido lo que su hermano le estaba mostrando-. Es una postal de navidad ¡que coño me importan a mi tus felicitaciones navideñas!-dijo alzando la voz.

-¡No entiendes nada joder!, ya te he dicho que…

-¡Te he dicho que no me hables así coño!- se exaspero Cameron, que ya estaba empezando a ponerse nervioso por las tonterías de su hermano-. Explícame que tiene que ver esto con papa.

-Si te callas de una vez te lo explico. A ver ¿no te parece raro una postal de navidad en junio?

-Eso no quiere decir nada Joan, podría haberse extraviado

-Vale te lo acepto, pero después miré el remite y es del tío Fred.

-Como va a ser del tío Fred si murió hace tres años y ade…-

entonces se dio cuenta de golpe-. ¡Es una carta en clave, como las que papa nos mandaba por navidad para que descubriésemos donde tenia escondidos nuestros regalos!

-Hombre por fin ¡ y eso que se supone que tu eres el listo de la familia- bromeó Joan, lo que alivió un poco la tensión de su hermano.-

-Anda déjate de tonterías- aunque no pudo evitar sonreír- ¿que más has descubierto?

-Pues verás, lo próximo que hice fue mirar el código que más utilizaba papa en sus bromas, el de la primera palabra de cada frase, ¿te acuerdas?, ese que juntando las primeras silabas, te daba como resultado otra frase con la solución.

-Si, dejó de utilizarlo cuando también lo descubrió el primo Antonio

-Si, bueno. Después me decidí por su viejo truco de la sopa de letras escondida, pero salvo alguna palabra, nada tenia sentido.

-Has probado con el de leer las frases del final al principio

-Si, pero esa tampoco es

-Bueno vale ya de adivinanzas señor Holmes, has adivinado el código o no.

- Ahhh mi querido e impaciente Watson, me duele esa desconfianza por tu querido hermano pequeño- dijo con un teatral acento ingles que hizo que los dos estallasen en carcajadas a pesar del malestar que sentían.-

-Bueno ahora en serio, dime ¿que has encontrado?

-Pues me ha costado un poco, por que no ha utilizado ningún código conocido, tal vez por miedo a que los secuestradores conozcan los juegos a los que nos sometía y conociesen los códigos.

-Vale, ah por favor no digas la palabra secuestro, todavía no la acepto del todo.-dijo compungido Cameron-.

Vale perdona. Bueno a lo que vamos después de repasarme la postal una y otra vez lo vi claro. Las fechas que vienen en la carta no concuerdan con las reales, mira.

Joan extendió la postal en la mesa para que su hermano pudiese verla bien:

Querido Joan:

Te escribo esta postal para pedirte perdón por no estar el día de tu cumpleaños, que no me perdía

desde que eras pequeño, pero es que este año el 22 de marzo estaba en un viaje imposible de aplazar. Pero no te preocupes, te lo compensaré. Espero poder viajar a Barcelona para celebrar mi 50 cumpleaños el 13 de enero, y esta vez te llevaré un regalo muy especial. Da recuerdos a tu padre y a Cameron de mi parte.

TU TIO QUE TE QUIERE, FRED

Cameron terminó de leer la postal por tercera vez, y luego se volvió lentamente hacia su hermano con el ceño fruncido.

- ¿Y eso que quiere decir Joan?-preguntó Cameron que seguía sin comprender lo que su hermano le intentaba mostrar-.

-Ohh me ofendes ¿no sabes cuando es mi cumple?

-Si, tu cumpleaños es el 19 de diciembre, ¿y eso que tiene que ver?- dijo todavía sin entender nada.-

-Pues que el tío Fred dice en la postal que mi cumpleaños es el 22 de marzo, y el tío no se equivocó en mi fecha de cumpleaños ni una sola vez.

En ese momento una luz pareció iluminar el cerebro de Cameron, que hasta entonces no había comprendido ni una palabra de todo aquello.

-¡Claro, la clave esta en las fechas! No son las correctas y ahí es donde papa nos esconde el código, ¿verdad?- preguntó a Joan esperando la confirmación.

-Elemental mi querido hermano, al principio pensé que era un desliz, que en realidad si que se habían equivocado con la fecha de mi cumpleaños, pero la del cumpleaños del tío Fred tampoco era correcta, entonces investigué más a fondo el tema de las fechas. Fue entonces cuando encontré un clarísimo código de sustitución.

-¿Un código de sustitución?, refréscame la memoria hermanito, tengo el tema de los códigos un poco olvidado.

-Bien –dijo Joan que cogió un papel en blanco y un bolígrafo y comenzó a escribir.- un código de sustitución es el que como su nombre indica se sustituye algo por otra cosa, ya puede ser palabras por números, o viceversa. También se hace con series nemotécnicas, como puede ser un dibujo al que se puede asociar con una palabra, como por ejemplo un dibujo de un lago para decir la palabra agua,

pero ese no es nuestro caso.

-O sea, que lo que papa nos quería decir con las fechas de cumpleaños incorrectas, es que sustituyamos los números por letras para obtener el mensaje oculto.

-Vaya veo que al fin lo entiendes.

-Si, pero solo a medias, como lo hacemos para asignar a cada numero su palabra correcta.

-Ahí es a donde vamos, papa no tenía mucho tiempo en inventarse un código enrevesado- hizo una pausa esperando que su hermano le preguntase porqué, pero viendo que no lo hacía continuó-. Por que no ha sido muy sutil con respecto a lo de las fechas, cualquier experto lo habría descifrado en segundos, lo que me hace pensar que lo hizo con poco tiempo, o adrede para que no tardásemos mucho en descifrarlo nosotros.

-Ya, las explicaciones para después, que has descubierto-dijo Cameron en un tono un poco cortante, dejando claro que se empezaba a impacientar-.

-Bueno, vale, un poco de paciencia, mira así lo entenderás mejor.

Joan empezó a escribir en el folio en blanco, el abecedario en letras mayúsculas muy grandes, y debajo le asignó a cada número una letra. Cuando lo hubo terminado se lo mostró a Cameron que durante un momento lo miró como si del papel fuese a surgir la respuesta por si sola.

A B C D E F G H I J K L M N Ñ O P Q R S T U V W X Y Z.

1 2 3 4 5 6 7 8 9 0 1 2 3 4 5 6 7 8 9 0 1 2 3 4 5 6 7.

Entonces viendo que su hermano no daba con la solución, y sabiendo que el reloj podía ir en su contra decidió dejárselo masticado por completo.

-Cameron no te recordaba tan estupido- dijo aunque se arrepintió nada más haberlo dicho-. Quiero decir, que cuando éramos niños casi siempre lo descifrabas tú antes que yo.

-Ya, lo siento Joan, pero es que tengo la cabeza en otro sitio.- repuso mirando al suelo-.

-¿Pensando en papa?- contestó con la voz mas lastimera de lo que hubiera querido.

-Si

-Bueno no te preocupes, pronto daremos con lo que tiene escondido papa, se lo daremos a los que lo tienen retenido y lo dejaran en libertad- adujo intentando levantarle la moral.

-Vale, descifremos esto de una vez.

-Bien, si cogemos los números que se dan en la postal, nos queda algo así como esto: 22 de marzo, que es 22-03, ¿hasta ahí bien no? Vale después la siguiente fecha es la del 13 de enero del cumpleaños del tío Fred, que nos deja 13-01, de acuerdo. Y la siguiente fecha que se da es la de su 50 cumpleaños, o sea que nos queda el 50. esto lo sumamos y nos queda esta serie: 22-03-13-01-50, que son todos los números que hay en la postal. Y aquí entra el código de sustitución el primer numero es un 2, al que se le asocia la letra B, para hacerlo mas rápido te diré que cada numero puede tener más de una letra, pero yo ya he escogido la que tiene más sentido. El segundo es otro dos que será la U, el tercero es un cero que es la S, y así sucesivamente, y la respuesta al filtrar el código ha sido ésta- Joan cogió el bolígrafo otra vez y escribió unas palabras debajo de el abecedario que había escrito antes-.

BUSCACOAEA

-Bueno, lo único que tiene sentido es la palabra BUSCA que la dejamos tal como está. Lo siguiente que nos queda es COAEA, pero así tampoco tiene ningún sentido. Lo siguiente que nos queda es combinar estas palabras con números por ejemplo C6150, o CO150, o C…

-¡Que!. Repíteme esta última – dijo Cameron que empezó a registrarse en los bolsillos de la americana como un loco-.

-¿Que CO150?- repitió Joan con cara de asombro, que pensó que su hermano había perdido la cabeza definitivamente-.

-Si esa, es que creo…, si la tengo por aquí- dijo sacando una cartera de piel marrón con aspecto de ser carísima, de su bolsillo interior de la chaqueta-. Mira, esta tarjeta me la dio papa hace unos meses-le enseñó a Joan una tarjeta amarilla con unos números y el signo de correos-.

-¿Y eso que tiene que ver con esto Cameron?

-Papa me dio esta tarjeta, y me dijo que para los envíos digamos…Umm, complicados de pasar por la aduana, y que fuesen de un tamaño pequeño, me los mandaría a esta consigna que abrió a nombre de la empresa, pero nunca se ha usado y hasta ahora no me había vuelto a acordar de ella.

-No me gusta repetirme, ¿pero eso que tiene que ver con lo nuestro?- dijo Joan que se empezaba a impacientar-.

-¿Es que no lo ves?, mira el numero de la consigna- dijo mostrándole la tarjeta-.

En la esquina superior de la tarjeta estaba impreso el sello de correos en relieve, de un color distinto al resto. Justo debajo había un holograma, con un signo que Joan no reconoció. En el centro estaba el nombre de la empresa de Cameron y de su padre, y debajo de los nombres estaba, y esto es lo que le heló la sangre a Joan, el número de su consigna la CO150.

-Pero esto..., esto…- balbució Joan- esto lo explica todo, papa nos ha mandado un correo a la consigna de tu empresa.

-Exacto, ves hermano como todavía soy capaz de pensar- se regocijo Cameron- vamos, tenemos que irnos-.

-Yo conduzco, dame las llaves- dijo Joan-.

-Eso no te lo crees ni tú-repuso Cameron que ya corría hacia su coche-.

Cameron aparcó justo delante de la oficina de correos de la calle la princesa, que estaba en el barrio de san Pere. Cameron explicó que a su padre le gustaba esa oficina por que le recordaba a su gran amigo el guarda nocturno Pere.

Cameron entró en la oficina como un ciclón, y se fue directo hacia un hombre tan enjuto que casi resultaba cómico, con unas gafas que le cubrían la mitad superior de su cara casi en su totalidad.

-Hola buenos días tengo que revisar mi correo- le dijo al funcionario con cara de ratón que estaba detrás de las rejas-.

-Bien dígame el número de su consigna, por favor- contesto el cara de ratón-.

-El 150, a nombre de Cameron Smith

-Su d.n.i por favor – contestó el funcionario con un tono de voz tan monocorde, como si estuviera leyendo una frase para si mismo.-

-Aquí tiene – dijo Cameron sacando su carnet de la lujosa cartera de piel marrón-. Por favor se puede dar un poco de prisa es que llego tarde a un sitio y …

-Rellene este impreso con letra de imprenta- dijo el cara-ratón con la misma alegría de una viuda en un funeral-. Y luego firme abajo, en el recuadro.

Cameron cogió el papel que le tendía el cara-ratón, con no mucha sutileza, y Joan intuyó que a su hermano- que siempre era todo serenidad- aquel funcionario le estaba empezando a tocar un

poco los huevos.

Una vez lo hubo rellenado lo pasó por debajo de la reja del funcionario y lo deslizó hacia dentro. El hombrecillo miró el papel y luego a Cameron.

-¿La consigna no la abrió usted verdad? – dijo con el tono de voz cansino que ahora también estaba poniendo nervioso a Joan-

-No, la abrió mi padre para mí, ¿hay algún problema?- dijo Cameron que ya se le notaba que iba a estallar de un momento a otro.

-No ninguno, simplemente que si la consigna no es suya necesito una autorización de la persona que la abrió para usted.

-¡Oiga, déme la llave de mi puto buzón ahora mismo!- bramó Cameron que acababa de perder definitivamente los nervios-¿Me ha escuchado bien?, por que si no tengo en mi mano la llave en diez segundos lo hundo.

-Pero esto que…

-No escúcheme que no he terminado, me voy a ir, vendré en cinco minutos con la autorización de mi padre, e inmediatamente después iré al juzgado, lo denunciaré a usted y a su empresa y ganaré, créame tengo dinero y contactos para ello, así que hasta dentro de cinco minutos- dijo dándose la vuelta hacia la puerta-.

-Espere un momento señor-. Llamó a un chico granujiento que estaba ordenando unos paquetes postales en una especie de estantería- Juan, lleva a estos señores a las consignas y ayúdales con su correo- se volvió hacia Cameron y esbozó lo que pretendía ser una sonrisa que no le salio muy natural-. Espero señor que lo comprenda, no podemos dejar que cualquiera mire el correo de otros así por que así.

-Lo comprendo señor…-hizo una pausa para que el funcionario dijera su nombre-

-Gutiérrez

-Bien Gutiérrez, lo comprendo y le haré saber a mi padre lo eficientes que son en esta oficina con el fin de renovar su contrato de correo- dijo Cameron en un tono condescendiente que al cara-ratón pareció agradarle mucho-. Ahora si me hace el favor, tenemos algo de prisa.- y extendió la mano para coger la llave, a lo que el cara-ratón respondió dándole la llave a Juan el mozo granujiento.

-Juan los llevará hasta su consigna y les ayudará en lo que precisen,- e hizo un gesto con la cabeza hacia el chico que cogió las llaves y se encaminó hacia un pasillo angosto que quedaba a la derecha de la entrada-. Síganlo a él.

Dicho esto volvió a bajar la cabeza y siguió trajinando con unos

papeles que tenia en su mesa.

Juan los condujo por un pasillo con los azulejos de un color marrón ocre horrorosos, que dejaba claro que la finalidad de aquel pasillo no era la de agradar a los visitantes. A ese color feísimo se le añadía el intenso olor a lejía y productos de limpieza que flotaba en el ambiente, y que hacía si cabe, el estrecho pasillo más opresivo. Joan se estaba empezando a marear, y a eso se sumaba Juan que no paraba de hablar, con una voz chillona de lo más irritante.

El chico les explicó que esa sección de consignas era todo un misterio, ya que no se conocía a los dueños de ninguna de ellas. Todas estaban alquiladas por teléfono, y pagadas por todo un año mediante transferencias bancarias o cheques contra reembolso. Además siempre recogía el correo algún agente con la autorización pertinente, que luego entregaba al salir.

Por fin llegaron a una hilera de cajas empotradas en la pared a derecha e izquierda, de un color plata muy bruñidas, por lo que todas parecían nuevas. En el centro de la estancia había una mesa alargada cuan larga era la habitación, con bancos aterciopelados de un color Burdeos muy intenso a ambos lados de la mesa. En el lado de la derecha estaban las cajas de la consigna 100 a la 200 y en la de izquierda estaban los de las 201 a la 300. La que buscaban la encontraron en la mitad de la derecha, a la altura de la cara. El chico les entregó la llave, que Cameron recogió enseguida, y se apresuró a abrir la consigna. Dentro solo había un sobre de color marrón claro, de los acolchados que se usan para enviar cosas frágiles. En aquel momento Joan se dio cuenta de Juan y con una mirada lo despachó al instante.

Una vez que el chico se fue, se sentaron en la mesa y abrieron el sobre que pesaba un poco.

El nerviosismo hizo que Cameron estuviese a punto de dejarlo caer al suelo, pero solo fue un susto, ya que en un alarde de reflejos lo atrapó en el aire, y lo dejó en la mesa.

Cameron abrió el sobre, que contenía una escueta nota en la que reconocieron la singular escritura de su padre.

> “Queridos Cameron y Joan, hijos míos, estoy en un apuro, alguien me persigue por que he encontrado algo que puede ser el descubrimiento más grande de la historia. Siento meteros en esto, pero no sabia como mandar el mensaje que quería desde aquí

sin ser descubierto. Necesito que me hagáis un favor, llevad esta nota y lo que contiene el sobre a Ben, un antiguo amigo mío y el único en quien confío para este trabajo. Encontrareis a Ben en el barrio gótico de Barcelona, tiene una tienda de antigüedades. Por favor dadle este sobre y luego olvidaros de todo esto. Gracias a los dos, y os quiero mucho, pronto nos veremos.

A ti Ben, te mando este trozo de cerámica para que la identifiques. Si es lo que pienso, y creo que si, ven a Jordania y busca a Rahmmat, él te dirá lo que tienes que hacer. Lo encontraras en el bar Mushadan cerca de la comisaría nª 2 de Amman. A mi no me busques, debo esconderme por que las facciones del gobierno Jordano me buscan, además de otros que todavía no sé para quien trabajan. Cuando estés aquí ya buscaremos la manera de comunicarnos".

P.D. Ten cuidado y sé cauto

Leyeron la carta varias veces, pero no daban crédito a lo que decían aquellas letras. Con sumo cuidado Cameron sacó del interior del sobre, algo que iba envuelto en plástico con burbujas. Dentro, con un pañuelo que ambos reconocieron como uno de los de su padre, había un trozo de cerámica del tamaño de una tableta de chocolate, y aproximadamente del mismo grosor.

Cameron dejó el trozo de cerámica en la mesa con mucha delicadeza, como si de una bomba se tratase, para que los dos pudieran admirarla bien.

Era de una belleza excepcional, con grabados que se terminaban abruptamente en la cara derecha, lo que indicaba que había sido arrancada de un trozo mucho mayor. Era bastante antigua aunque no pudieron definir cuanto, aún así se conservaba en excelente estado, como si no hubiese sido expuesta a los elementos en

bastantes años.

Se podía ver con claridad unos dibujos grabados, en los que aparecía un grupo de personas con mascaras transportando lo que parecía ser una caja grande, con barras a los lados a modo de asidero. A su alrededor había una multitud de gente que, por lo que parecía festejaban el evento. Ahí se terminaban los dibujos y empezaba una escritura desconocida por ambos.

-¿Pero que es esto y por que tiene tanto valor?- preguntó Cameron rompiendo el silencio-.

-Por lo visto es un trozo de fresco que cuenta la historia de algo, que no tengo ni idea de que es- respondió Joan encogiéndose de hombros.

-Bueno a nosotros no nos importa, solo tenemos que contactar con los que tienen a papa y entregarles esto.

-¡Pero que dices!- dijo Joan mirando a su hermano directamente a los ojos-. ¡Es que te has vuelto loco!, lo que tenemos que hacer es lo que papa nos ha pedido en la carta, que para eso se ha tomado la molestia de enviárnosla.

-Si Joan pero entiéndelo, desde que papa nos la envío la situación para él puede haber cambiado radicalmente.

-Tu conoces a papa,¿ crees realmente que si él tuviera este trozo de cerámica en la mano se lo daría así por las buenas a alguien, aunque lo tuvieran retenido?- preguntó Joan que seguía mirando a su hermano directamente a los ojos.-

-No, no lo creo- respondió después de pensarlo brevemente.-

-Pues entonces, en marcha tenemos un paquete que entregar- dijo Joan que ya se había levantado y estaba recogiéndolo todo.

11

En ese momento Rashid estaba empapado de sudor y necesitaba salir de aquel infecto taxi. El taxista por miedo a Rashid, o por que se aburría mucho, no cerró la boca en todo el trayecto. Solo decía frases como: “me encanta este país” y “los malditos turistas se creen los jodidos amos”, y otras variantes de las mismas frases, pero con el mismo significado. Rashid había desayunado estupendamente, pero ahora deseaba no haberlo hecho. Había comido demasiado, mucho más de lo que él acostumbraba, y ahora con la mezcla del calor soporífero, el olor a cuadra de aquel taxi y la insulsa cháchara de aquel kurdo le estaban entrando unas ganas terribles de vomitar.

El taxista seguía con su particular guerra contra los turistas, unas veces hablando, y en alguna que otra ocasión insultándoles desde el coche. Rashid no pudo más.

-¡Mira jodido cabron de mierda, o estamos en dos minutos en el deposito o te juro por mis hijos- Rashid no tenia hijos, pero siempre lo decía por que daba mas credibilidad a sus amenazas- que te meto entre rejas antes de que puedas abrir tu bocaza de mierda, ¿entendido, o me quieres poner a prueba?!

-No señor, lo siento creía que lo de ser poli era una broma – dijo con la voz de un niño al que acaban de regañar-¿es verdad lo del caso importante?

-Si, y ya llego tarde.

-No se preocupe que en dos minutos estamos allí- dijo con un evidente dramatismo como si estuviera en una película-.

Aquel taxista era un bocazas, pero había que reconocer que cuando quería, podía hacer bien su trabajo pues Rashid miró el reloj cuando aparcaron frente al depósito y habían llegado en dos minutos y medio.

Salió a toda velocidad del coche y pagó al taxista por la ventanilla, que le dijo que si alguna vez le hacia falta un chofer para alguna” misión” contara con él. Rashid ni le contestó, solo se dio media vuelta y se encaminó hacia la entrada del depósito de cadáveres de la zona sur de Amman.

Desde luego no pudo negar que para él, fue un alivio saber que el cadáver había ido a parar al deposito de la zona sur, ya que en el que estaba en el centro de la ciudad y al que iban a parar la mayoría de los cadáveres, a punto estaban, si no lo habían hecho

ya, de nombrarle persona “non grata”.

Desde luego sabía que no le podían negar ningún tipo de información, pero le sería infinitamente más difícil para él conseguirla.

Hacía un año más o menos, un caso especialmente desagradable, le había llevado al depósito de cadáveres de la calle Rey Zaid. Este depósito llevaba en funcionamiento solo un año, por lo que los procedimientos, y las reglas de seguridad e higiene, se cumplían a rajatabla. El director del centro por aquel entonces, era un reputado patólogo- forense americano llamado Douglas Carnival, que se ocuparía del depósito hasta que él mismo designara a su sucesor. Douglas era un tipo muy pagado de si mismo, y con el agravante de que era tan necesario y bueno en lo que hacía, que nadie le discutía nada, y a nadie parecía molestarle sus muchas y feas extravagancias.

Hacía un calor de mil demonios, Rashid llevaba todo el día buscando alguna pista que pudiera darle alguna información sobre el hijo de puta que había violado y después asesinado a doce niños en lo que iba de año,- y solo estaban en mayo-, pero el cabron era extremadamente escrupuloso y nunca dejaba nada al azar. Le quedaba lo peor del día, que era ir al depósito de cadáveres y ver si el cuerpo de los hermanos Adim y Sara le podían decir algo que al asesino se le hubiese escapado.

Entró en el edificio, que a pesar de los aparatos de aire acondicionado, parecía un planeta a punto de iniciar una supernova. El calor era asfixiante. No entendía como los médicos que trabajaban allí podían aguantar todo el día así. Se desabrochó la camisa hasta la mitad, y se arremangó los puños, pero aun así se ahogaba. Nunca le había sucedido nada parecido. Rashid había soportado muchos días de calor más intensos y feroces que el que hacía ese día, pero allí plantado en el vestíbulo del depósito de cadáveres de Amman, sentía como si estuviera experimentando una combustión espontánea y en cualquier momento pudiesen empezar a salir llamas de todos los poros de su piel. El caso de los niños le estaba afectando demasiado. Que clase de persona podía hacerles eso a unos niños. A Rashid se le revolvía el estomago solo de pensarlo. Sentía una mezcla de angustia, impotencia, y sobre todo de ira. Cuando atrapara a ese hijo de puta lo mataría, aunque eso diese con sus huesos en la cárcel.

Entró en la sala de autopsias acompañado por un guardia, que lo llevó hasta un hombre gordísimo con barba blanca que llevaba una bata verde. Este se presentó como el doctor Carnival, a lo que acto

seguido se dio la vuelta y le dio la espalda. Rashid no sabía si estaba haciendo algo importante, por lo que no quería molestar, pero al cabo de un rato, el hombre le dijo:

-¿Ha venido usted solo para mirar, o también para preguntar algo?

Rashid salió de su ensimismamiento y le dijo que si había descubierto algo extraño que no hubiesen apreciado a simple vista en el caso de los chicos. El hombre que estaba inclinado sobre el cuerpo pequeño y tremendamente blanco de uno de los niños, hizo una mueca que a Rashid le heló la sangre, y después soltó una sonora carcajada, similar al graznido de un cuervo.

- ¿Algo extraño?- preguntó con una sonrisa que dejaba ver casi toda su blanca dentadura-. En este caso todo es extraño, los cuerpos no tienen nada donde debería estar- dijo y se hizo a un lado para que Rashid pudiera ver mejor lo que le iba a mostrar-. Mire esto, el pulmón izquierdo del niño está donde debería estar el hígado, y en la niña… ohhh, esto le va a encantar- dijo cogiendo algo gelatinoso que Rashid nunca llegó a ver, ya que en ese momento desvío la mirada y empezó a sentir nauseas-.

Todo sucedió muy rápido, y aunque a Rashid lo que pasó le produjo un problema muy gordo, nunca se arrepintió de lo sucedido. Estaba doblado sobre si mismo, con grandes arcadas, y oía como aquel doctor o lo que fuese le preguntaba cosas como: que le pasa ¿nunca ha visto un muerto?, o ¿acaso tiene algún problema con las vísceras humanas?, mientras se acercaba hacia él, todavía con aquello gelatinoso en la mano. Quizá el estrés, quizá el calor que sentía, y que le anunciaba que se iba a poner enfermo, quizá la total impunidad con la que aquel forense manoseaba los cuerpos de aquellos inocentes niños, o el sádico brillo de sus ojos al hablar de ellos, lo impulsó a hacer lo que hizo. Nunca supo la verdadera razón de por que actúo así, pero no se arrepintió de haberlo hecho.

Cuando el doctor Carnival seguía con su asedio de preguntas, y ya solo estaba a un palmo del detective, este se irguió con una velocidad inusual para su estatura y propinó un puñetazo en la boca del forense que en décimas de segundo se llenó de sangre. La boca del doctor era de un rojo vivo en el que era imposible distinguir algo que no fuese aquel líquido que manaba sin cesar. La camisa de Rashid estaba salpicada de motitas del mismo color, y en el suelo ya se estaba formando un pequeño charco de la misma sustancia.

Sin decir ni una palabra el detective se dio la vuelta y se fue hacia la salida por donde había entrado. Cuando estaba a punto de cruzar la puerta oyó una voz amortiguada y pastosa que le decía:

- ¡No sabe lo que acaba de hacer. Esto lo va a pagar muy caro, le juro que esto le va a costar su puesto grandísimo hijo de puta!- dijo Carnival con una mano en la boca por la que chorreaba una sangre rojísima-.

Rashid se dio la vuelta despacio, lo miró a los ojos por un instante y con una sonrisa que más parecía una mueca le dijo:

-¿Sabe que? Debería estarme agradecido ahora podrá hacer su trabajo como le gusta, con sangre en la boca, como un animal carroñero.- se dio la vuelta y se marchó.

Pensando en aquel desagradable recuerdo, había entrado en el depósito sin darse ni cuenta y ya se encontraba delante de Nayim, el joven patólogo encargado de las autopsias policiales.

- Rashid ¿te pasa algo?- le estaba preguntando el joven que lo miraba con los ojos muy abiertos-¿estas bien hombre?, ¡¡ que no soy tan feo joder!!- bromeó-.

- ¿Ehh…? que..., ahh, no perdona es que…- balbució Rashid-solo un mal recuerdo. Bueno, que tenemos por ahí, ¿has encontrado algo que me pueda ayudar?- preguntó el detective con la intención de alejar los feos recuerdos que tan de repente le habían asaltado-.

- Bueno, creo que mejor entramos y analizas tu mismo el cadáver,- dijo Nayim señalando una puerta de aluminio al final del pasillo- vamos.

Se encaminaron los dos hacia la puerta que había señalado antes el forense, sin decir una palabra, cosa que al joven forense le extrañó, ya que el detective era una persona muy locuaz y siempre estaba de broma. Nayim intuyó que a Rashid le pasaba algo y decidió romper el incomodo silencio.

- Verás, te he dicho que entres para verlo, por que no se explicarte muy bien lo que pasa con este cadáver.

- ¿Cómo que no sabes lo que pasa con este cadáver? ¿es que al final eso que fumas te ha derretido los sesos por completo?

- No, no es eso- dijo Nayim sonriendo, que se alegraba de ver como el detective iba recuperando poco a poco su forma de ser habitual- es que el cadáver tiene unas “características” que no había visto nunca.

- Pues no lo entiendo una muerte debe de ser por algún motivo, asfixia, paro cardiaco, golpes de cualquier tipo, hay miles, y tu eres forense deberías de saber por que ha sido.

- No, si el problema es justo el contrario, lo que tengo es…como decirlo, varias muertes-sentenció Nayim con un encogimiento de hombros -.

- Espera ¿Qué es eso de varias muertes?, a mi me habían dicho que solo era un cadáver.

- Si, solo es un cadáver, pero no es eso lo que quiero decir, será mejor que te lo explique dentro de la sala de autopsias.

Empujaron la pesada puerta que daba acceso a la sala de autopsias y entraron en una habitación que más que una sala era una ratonera. Olía a desinfectantes, alcohol y otras sustancias que a Rashid le recordaron una sala de curas pero amplificado por mil. Nayim se acercó a una mesa metálica que había en el centro de la sala. En ella se encontraba lo que parecía un cuerpo tapado de pies a cabeza con una sabana. El joven forense tiró de la sabana con cierto aire teatral y dejó al descubierto el cadáver de aquel desgraciado que se llamaba Nami. El cuerpo estaba blanquísimo (por otra parte natural en los muertos), pero la blanqueza de este cadáver era más antinatural de lo normal.

- Bien empecemos detective, pues supongo que usted estará muy ocupado.

- Menos gilipolleces Nayim que no estoy para que me toquen los huevos- dijo malhumorado Rashid que ardía en deseos de saber lo que había matado al chico que tenia en la mesa- y dime ya que cojones le ha pasado a este imbecil.

- Bueno, bueno, ¿es que no me va a dejar disfrutar de unos minutos de gloria?- lo dijo riendo, pero al ver la expresión de el policía mudó su cara y decidió explicárselo cuanto antes-. Bueno pues lo curioso del caso, es como le dije antes, la causa de la muerte, que además de ser anómala, juega al despiste y…

- ¿Como que al despiste?, ¿de que coño estas hablando?, creo que te estas riendo de mi, y me estoy empezando a cabrear- dijo el policía que de verdad se estaba impacientando-. Solo dime de que ha muerto y no me jodas más.

- Eso intento, pero es que hoy ha venido usted muy poco sociable- replicó el forense que también se estaba cansando de la actitud de Rashid-.

- Bueno,… vale, lo siento es que no he tenido un buen día, perdona, pero sigue por favor.

- De acuerdo, pues verá, lo que le estaba diciendo, aquí observamos la coagulación de la sangre, vea acérquese- le hizo un gesto para que lo viese desde mas cerca- en el brazo le hemos practicado un corte transversal en la muñeca, para recoger una muestra de sangre, pero no ha salido ni una gota.

- Y eso como puede ser, ¿es que lo han sangrado?- pregunto perplejo Rashid.

- No nada de eso, tiene toda la sangre, pero esta tan coagulada que parece gelatina. Eso detective, como bien sabe, es por que este hombre murió envenenado con algún tipo de veneno muy potente y coagulante, como puede ser el veneno de una serpiente. El veneno de una víbora actúa como coagulante debido a una enzima protelitica que segrega al morder a su presa, y que hace que la coagulación de la sangre se produzca de forma increíblemente veloz.

- Joder así que este desgraciado ha muerto por la picadura de una víbora, vaya misterio, un primo mío murió así, y no salió en los periódicos.

- Si, eso es lo que podría parecer, pero el veneno de la víbora produce una coagulación de la sangre más o menos según que individuos, pero esta sangre esta coagulada casi al doble de lo normal. Lo que yo le decía, parece gelatina.

- Pero y eso ¿como es posible?- pregunto Rashid al que ya se le veía mas interesado-.

- Pues en ese momento es donde me puse a investigar llevado por la curiosidad, y encontré esto- le hizo un gesto de que se acercara más al cadáver- entre el dedo índice y anular encontré estos pequeños pinchazos apenas visibles- le señaló los dedos, y Rashid vio una serie de puntitos casi invisibles en la yema de ellos-. Al principio pensé que eran unos pinchazos producidos por algún matojo de la montaña, ya que además encontré pequeñas esporas en las yemas de los dedos, luego tomé una pequeña muestra y la analicé, pero no conseguía ubicarla con ninguna planta, matojo, o arbusto de la región, por eso decidí ampliar la búsqueda, y lo mas sorprendente es que no coincidía con ninguna planta conocida, por lo que decidí enviarla a un colega mío que trabaja en toxicología de plantas en España.

- ¿Y bien?- adujo Rashid que de puro nervio se estaba mordiendo las uñas- que te dijo.

- Me llamó dos días después, muy asombrado por la muestra que le había mandado, me dijo que aquello lo había tenido dos días sin parar de trabajar, por que, como a mi me pasó no encontraba nada que se asemejara con lo que le había mandado. Al fin, me dijo que había descubierto que lo le había mandado era una mezcla de plantas y hongos. Algunos de ellos ya desaparecidos hace mucho tiempo, y que por eso le costó tanto identificarlos. La cuestión es que mi colega decidió analizar las esporas que le mande por separado y lo que encontró le ha dejado mas dudas de las que ya tenia.

- ¿Y eso por que? , no me vengas que son de una variedad de plantas que no existían – adujo malhumorado Rashid que aquello ya le estaba poniendo de mala leche.

- No, no exactamente, el caso es que las esporas están compuestas de Psilocybe, o más conocido por “hongo sagrado”, un hongo que usaban los mayas como alucinógeno en sus rituales, ya desde la época precolonial.

- ¡Genial!, ¿me estas diciendo que estaba drogado cuando lo envenenaron?

- Eeehh… no exactamente, las esporas también contenían rastros de beleño, adormidera y cáñamo indio.

- ¿Y eso que coño es, más drogas?

- No, son venenos que se usaban muy comúnmente en la antigüedad. Pero lo mas raro del caso es que mi amigo dice que es imposible que esa mezcla pueda funcionar por si sola.

- Si, pues que se lo digan a él- dijo señalando al muerto.

- Martín, mi amigo, dice que para que estas sustancias actúen es necesario algún producto para inhibir una mientras actúa, para que cuando deje de hacerlo actúe la siguiente.

- O sea, recapitulemos, me estas queriendo decir que este tío sube a una montaña, y cogen y lo envenenan, pero como no están seguros de que el veneno actúe, pues van y le meten dos o tres tipos mas de venenos diferentes, que mas da, alguno le hará efecto, como cuando te duele la cabeza y te tomas tres pastillas diferentes para que alguna actúe. Encima los venenos no son normales, para que envenenarlo con lejía si tienes plantas y hongos que ya no se usan desde que colon descubrió America. Además los asesinos, que son caritativos, piensan: esto es una putada, ¡lo hemos envenenado!, ¡joder por lo menos que se lo pase bien!, y entonces le meten un hongo alucinógeno que te cagas. En estas que el tío envenenado (pero puesto hasta las cejas de hongos), se escapa de los malos y entonces le pica la madre de todas las víboras, el tío tiene la suerte de que como solo le han metido en el cuerpo dos o tres venenos, más los hongos, le pica la mas hija de puta de las víboras, una que tiene el veneno el doble de potente que sus primas. Es eso lo que me estas diciendo- dijo el policía que se había puesto de un rojo tirando a morado, y que poco a poco había ido alzando la voz-.

- ¡Vaya te explicas como un libro abierto detective!- río con sorna el forense-.

- ¡No me jodas Nayim, que no estoy para bromas! Lo único que quiero es una autopsia normal, con síntomas normales de cómo murió este tío, y tú me vienes con historias de venenos tribales y

paparruchadas de ese estilo.

- Ya se detective que no es lo que buscaba, pero es lo que hay- dijo el forense que ya se estaba poniendo un poco mas serio- es un caso raro pero las pruebas a las que he sometido confirman todo lo que le he contado.

- Vale, vale, lo siento Nayim, solo es que no veo la forma de sacar algo en claro de esto- se sosegó Rashid-.

- Detective si quiere que le cuente mi opinión- dijo el chico bajando un poco el tono de voz y a la espera de algún exabrupto por parte del policía-.

- Si claro Nayim, todo la ayuda que obtenga buena será- repuso Rashid que estaba desmoralizándose un poco-.

- Pues verá- empezó el forense- para mi que los venenos están mezclados al azar por alguien que quería que el que lo tomase muriera al instante, y la mejor forma de asegurarse de eso es con los venenos mas mortales que existen- hizo una pausa, y viendo que Rashid no decía nada, continuó- claro que para ello debieron de utilizar un componente muy potente para mantener los venenos activos. El hecho de que el veneno de víbora sea tan potente probablemente se deba a este producto que además de mantener activos todos los venenos, los potencia. No se como descubrieron ese compuesto, quizá por suerte o debido a un conocimiento de las sustancias que estaban utilizando, pero el caso es que lo hicieron. Bueno el tema detective, es que los que hicieron esto, además de buscar la muerte del sujeto, buscaban llamar la atención o dar espectáculo.

- Espera, espera ¿que dices?, no te entiendo, ¿que es eso de dar espectáculo?- pregunto Rashid con cara de no comprender nada-.

- Si, verá detective, la entrada en escena de los hongos alucinógenos no es casual, lo que se consigue con esa clase de hongos es ver cosas que nadie más puede ver, de ahí que lo utilizaran los mayas para sus rituales, creían que eso los acercaba más a su dios, que las sustancias que tomaban eran una clase de llave para acercarse a la divinidad, que unido a los venenos antes mencionados causan espasmos, paro cardiaco, y variantes de ataques epilépticos.

- ¿Pero para que iba a querer nadie hacer eso?- pregunto extrañado el policía-.

- Creo, y esto solo son conjeturas, que puede ser una especie de aviso para los demás que buscasen lo que buscaba este hombre- dijo señalando el cadáver de encima de la mesa-. Imagínelo, la mejor forma de guardar algo y además hacer desistir a otros para que no

lo busquen, es crear miedo. Imagine el impacto que puede producir que alguien toque algo prohibido, y al instante caiga al suelo diciendo que ve visiones y echando espuma por la boca, además de poner los ojos en blanco y morir al cabo de unos segundos. La impresión que crearía seria brutal.

- Eso tiene sentido- dijo pensativo el policía, que miró a Nayim, que parecía orgulloso de la conclusión a la que había llegado-. Creo que este pobre hombre encontró algo que no debía y le costó la vida.

- ¿Y que va a hacer detective?- pregunto Nayim.

- Encontrar lo que sea que buscaba este hombre, y a los que se tomaron tantas molestias para que no se encontrara, y creo que sé por donde empezar a buscar- dijo mientras se daba la vuelta y salía de la sala de autopsias-. Gracias Nayim, si te enteras de algo más sobre este asunto, no dudes en llamarme.

Cuando Nayim iba a decir algo Rashid ya había desaparecido de la sala de autopsias, y estaba saliendo a las calidas calles de la ciudad.

12

No fue difícil encontrar la tienda de Ben, el amigo del padre de Cameron y Joan, ya que era la única tienda de antigüedades del barrio gótico de Barcelona. La tienda, según les dijeron unos amables viejecitos que tomaban el sol en la concurrida avenida de la catedral, estaba en la calle del Call.

Dejaron atrás la atestada avenida con cientos de curiosos admirando la catedral, y se adentraron por la no menos atestada Porta del Bisbe. Tanto Joan como Cameron, no ocultaban en sus rostros la fascinación que les suponía pasear por esa zona de Barcelona, por la que hacía tanto tiempo que no pasaban. Sin duda para Cameron y Joan era la zona más bonita de Barcelona, con sus estrechos callejones llenos de historia y sucesos, que hacían retroceder en el tiempo a la mente de una persona según el edificio o monumento que mirases. En ese momento pasaban por la preciosa plaza de Sant Felip Neri con su maravillosa fuentecita en el centro, que le daba ese aire tan especial. Estaban llegando al Carrer dels Banys Nous, llamados así por que en esta calle, como su nombre indica, estaban los baños nuevos haciendo esquina con la boquería, cuando Joan le preguntó a su hermano, si después de hablar con el amigo de su padre podían visitar la plaza de Ramón Berenguer el Gran, ya que en ese momento necesitaba sentirse un poco más cerca de su padre, y esa plaza le traía muchos y muy buenos recuerdos de él.

Cameron recordó que cuando era pequeños su padre, en sus frecuentes visitas a la tienda de su amigo Ben, solía llevarlos antes a esa plaza, les compraba unas chucherías y se sentaban en un banco a comérselas, mientras les explicaba la historia de Barcelona. A los dos niños les entusiasmaba, tanto por las golosinas de las que disfrutaban, como por las historias fenomenales de Romanos, árabes y demás etnias tan dispares que habían frecuentado ese barrio de Barcelona tan mágico. Cameron le dijo a Joan que no había ningún problema, que después pasarían por allí, y si todavía estaba el puesto de chocolate con churros de la esquina de la calle se tomarían uno. A Joan esto pareció contentarlo mucho ya que la expresión de preocupación que tenía en la cara, se le transformó al instante en una sonrisa, no de las mejores de Joan, pero al fin y al cabo una sonrisa.

Llegaron al estrecho callejón que era la calle del Call, en la que

solo habían un par de tiendecitas de comestibles y la tienda del amigo de su padre, que era más grande que las demás, pero que aún así se antojaba un sitio muy pequeño para albergar la cantidad de antigüedades que su padre contaba que allí tenia su amigo Ben.

Al cruzar la puerta un característico olor les golpeó inmediatamente. Un olor a moho, a madera y a papel viejo, pero que para nada era desagradable, sino mas bien al contrario.

Un hombre estaba al fondo de la tienda, detrás de un mostrador de color verde oscuro, atestado de punta a punta de libros y papeles, y encorvado sobre uno de ellos con una gran lupa en la mano, miraba y remiraba un libro de gran tamaño. No levantó la vista del libro que estaba observando, y así siguió durante un rato como si no los hubiera oído entrar. Cuando Cameron estaba a punto de decirle algo, el hombre sin levantar la vista del libro dijo:

- Es increíble lo ingenuas que son algunas personas, son capaces de gastarse un montón de dinero en manuscritos supuestamente antiguos sin ni siquiera mirarlos por encima- en ese punto levantó la vista por primera vez, y se caló unas pequeñas gafas de montura metálica, entrecerrando los ojos para aclararse la vista- pero oh… pasad, perdón por mi mala educación, es debido a mi edad, ya no me funciona la cabeza como antes- se disculpó-.

- Hola buenos días- empezó Cameron- hemos venido por que…

- Acercaos- le interrumpió- es que no soy muy amigo de las luces fuertes y desde aquí no os veo bien.

Ciertamente la tienda estaba bastante en penumbra, lo que hacía que al dueño solo lo distinguieran borrosamente. Se acercaron hasta el mostrador en el que estaba el hombre, y se miraron durante unos segundos sin decirse nada.

- ¿Os conozco?- preguntó mirando incesantemente a los dos hermanos- juraría que os conozco de algo, pero mi memoria ya no es lo que era, ¿quienes sois?- preguntó mordiendo una pata de las gafas que se había quitado-.

- Verá, por eso estamos aquí, es usted amigo de nuestro padre- continuó Cameron- y hemos venido para darle un mensaje suyo.

- Ahhh, pues si sois hijos de un amigo os tratare como tal, pasad, sentaos aquí y me contáis ese mensaje mas tranquilamente- dijo señalándoles una puerta tras el mostrador, que estaba cubierta por un trozo de tela-.

- La verdad es que tenemos algo de prisa- inquirió Joan que era la primera vez que hablaba- es muy importante que vea el mensaje de papa enseguida.

- Hummm….., un chico impaciente- dijo mordisqueando otra vez

la pata de las gafas- bueno pues no se hable más, a ver, cual es ese mensaje.

Cameron le tendió la nota al viejo, que se caló otra vez las gafas y empezó a leer. A medida que iba leyendo, al hombre se le transformaba la cara como un trozo de plástico se retorcía cuando lo quemaban. Releyó la carta varias veces como les había pasado a ellos anteriormente, y paso largo rato sin decir nada, y con la cabeza cada vez mas gacha. A Joan la espera lo estaba matando, y cuando a punto estaba de decir algo, el viejo salió de detrás del mostrador, y se los quedó mirando fijamente, a uno y otro.

- Espero que esto no sea una broma – preguntó con una voz que parecía haberse hecho mucho mas grave desde la ultima vez que había hablado- por que si lo es…

- ¿Tenemos cara de broma?- saltó Joan que se estaba empezando a irritar- esa carta nos ha llegado hoy, y tal y como nos pide nuestro padre hemos venido a verle.

En ese momento, sucedió algo que tanto a Cameron como a Joan los dejó boquiabiertos. El rostro de aquel hombre que hasta ahora había sido mezcla de tensión y de incredulidad se transformó en la total y absoluta alegría. Se abalanzó sobre Cameron y lo estrechó entre su enorme cuerpo, para casi instantáneamente hacer lo mismo con Joan. Más bien parecía una abuelita que no ve a sus nietos desde hacia mucho tiempo, que un hombre del que hacía mucho que no sabían nada.

- ¡Pero si tu eres Cameron, y tu Joan!, ¡pero como habéis crecido dios santo, si parece que fue ayer cuando os acunaba en mis brazos! No sabéis la alegría que me da veros otra vez- dijo mientras los miraba a uno y otro alternativamente con una sonrisa que parecía se le iba a salir del rostro-¡¡ohh Cameron eres clavadito a tu madre!! y tu Joan no hay duda de que has salido con la belleza española de la tuya.

Cameron y Joan eran hermanos, pero solo por parte de padre. Cameron era fruto de una relación que su padre había mantenido con una profesora de arte sueca, a la que había conocido en una excavación en el valle de los reyes en Egipto. Se enamoraron al instante, y se casaron seis meses después. Ella quedó embarazada. Ante la insistencia de ella por no renunciar a su trabajo aún estando muy avanzado el embarazo, el padre de Cameron cedió y la dejó acompañarlo a una excavación en Perú, donde se habían encontrado objetos muy bien conservados de la época prehispánica, que era la especialidad de su mujer. A la tercera noche de su llegada, por todo el campamento se escucharon unos gritos y unos

lamentos que helaban la sangre, el padre de Cameron salió de su tienda gritando que necesitaba un coche, que su mujer estaba de parto. El niño llegaba con dos meses de antelación. Carlos, el capataz encargado, le comunicó muy nervioso que el coche se iba todas las noches y venia a la mañana siguiente con alimentos y el material necesario para el día siguiente, y que no había otro medio de transporte. El padre de Cameron se volvió loco, empezó a gritar y a destrozar todo lo que encontraba a su paso, pero al cabo de un rato se calmó, pidió disculpas y entró en la tienda con su mujer, dejando dicho que en cuanto apareciera el coche lo llamaran de inmediato. El coche llegó siete horas después y ante lo avanzado del parto decidieron no continuar hasta Lima y quedarse en el siguiente pueblo que encontraran. Tuvieron que ingresarla en un hospital cercano a la reserva nacional de Lachay donde estaban trabajando. El parto se complicó y ella murió en el paritorio, dejando un niño recién nacido, y a un padre destrozado.

El viejo seguía mirándolos de hito en hito con una amplia sonrisa de felicidad, cuando de repente, su cara se volvió a transformar y esta vez apareció en su rostro la mueca mas triste que habían visto en la cara de un hombre.

- Bueno, bueno, dejemos para mas tarde la cháchara de nuestro reencuentro y pasad dentro, quiero saber todo lo referente a este asunto ya mismo – dijo encaminándose hacia la trastienda en la que antes les había ofrecido entrar-.

Entraron tras él, a la sala contigua y soltaron una exclamación al unísono, que hizo dar media vuelta al viejo y sonreír de pura satisfacción. En la habitación en la que esperaban encontrarse un almacén polvoriento con todo tipo de trastos inservibles, había una estancia de al menos cien metros de estanterías desde el suelo hasta el techo, cubiertas a rebosar de libros de todas las formas y tamaños. Joan se acercó a una de las estanterías más cercanas y en un brusco movimiento se encaró con el anciano, con la cara lívida y abriendo y cerrando la boca sin parar como si le faltase el aire. El viejo se acercó a él y observo lo que le había causado tanto impacto a Joan, y acto seguido soltó una carcajada que trono en toda la sala.

- No te asustes querido Joan no es lo que te imaginas- dijo todavía riendo a mandíbula batiente- es solo una buena imitación.

Joan se había quedado sin aire al observar una cartografía que Johannes de Armsshein había copiado de un documento cartográfico creado en el siglo II por el greco-egipcio Claudio Ptolomeo, y que había sido devuelto después de haber sido robado y después incautado a un anticuario en Sidney, a la Biblioteca

Nacional de Madrid.

- Joan yo no me dedico a las obras robadas, pero en este mundo, y tu padre lo sabe bien, hay que buscar obras de valor donde no crees que existan, por ejemplo este- se dirigió hasta una estantería cercana y extrajo un rollo de cartón de donde sacó una lámina- se lo compré a la famosa anciana de Oxford que tenia en su casa más de tres millones y medio de euros y no lo sabia- mostró un incunable de Geoffery Chaucer, en perfecto estado- aunque quise hacerme con la colección completa, los familiares batallaron mucho, y al final no los conseguí, me mataba la idea de que los tuvieran escondidos, sin saberlo en un guardarropa-cuando dijo esto fue en el único momento en que por, primera vez desde que habían visto al viejo cruzó un atisbo de furia por su cara-.

Cameron y Joan seguían con la boca abierta viendo el incunable que les mostraba el viejo y que era de un valor extraordinario, cuando este con un veloz movimiento lo guardó en su rollo de cartón, cogió del brazo a Joan y lo condujo hacia una mesa de trabajo que había al fondo de la sala. Era una pequeña mesa de trabajo como la que usan los arquitectos o delineantes, con la pequeña particularidad de que a esta le habían añadido una lupa gigante, con un soporte similar a las lámparas de estudio. La mesa era la zona mas iluminada de toda la sala, ya que situados justo encima, había dos enormes plafones que emitían una azulada y fría luz.

Cuando el viejo se sitúo justo debajo, y se dispuso a limpiar apresuradamente la atestada mesa de papeles arrugados libros y libretas con anotaciones, la luz de los fluorescentes le dio de lleno y entonces fue el momento en que Joan y Cameron notaron el gran parecido físico que tenia con su padre. Advirtieron que ni mucho menos era el anciano débil que les había parecido en un principio, sino todo lo contrario. Era bastante alto, pero caminaba un poco encorvado cuando entraron en la tienda y eso los había despistado, el pelo, que le caía hasta la altura de los hombros, era de un gris acerado como el de su padre, los ojos de un profundo color azul estaban surcados por unas arrugas alrededor que le daban un aspecto de hombre sabio, todo ello remarcado por un rostro curtido y moreno que dejaba entrever que era un hombre que había viajado mucho, quizás en una época anterior.

El hombre una vez hubo limpiado la mesa a conciencia, levantó la mirada hacia ellos y advirtió que los dos hermanos lo miraban con interés, y eso pareció crearle cierta desazón, pero al instante se sentó en uno de los pequeños taburetes que tenia distribuidos

alrededor de la mesa, y los instó para que hicieran lo mismo con un gesto de la mano que denotaba cierta impaciencia. Un segundo después estaban los tres sentados alrededor de la estrecha mesa examinando otra vez más la carta que les había mandado el padre de Cameron y Joan.

- Bueno vuestro padre habla aquí de un trozo de cerámica que me tenéis que mostrar ¿no es así?- los dos hermanos asintieron y el anciano se puso unas gafas bastante grandes y justo después coloco un trozo de tela sobre la mesa- pues bien donde está.

Joan abrió una pequeña mochila que tenia colgada a la espalda y sacó de ella un paquete envuelto en plástico de burbujas, que desenrolló con sumo cuidado. Una vez el trozo de cerámica estuvo al descubierto, se lo entregó al hombre que tenia los ojos abiertos como platos y era presa de una tremenda excitación. El anciano cogió el trozo de cerámica y lo puso con mimo encima del tapete que había colocado en la mesa. Al cabo de un instante ya estaba enfrascado en el reconocimiento de la cerámica con un ritmo frenético. Lo medía, le daba la vuelta y lo volvía a medir, repasaba con el dedo la textura, y la profundidad del surco de las palabras escritas en él, e inmediatamente lo apuntaba todo en una libreta minúscula que llevaba en el bolsillo de la camisa.

Al cabo de unos quince minutos y tras un minucioso examen, que sin duda se hubiera alargado bastante más de no estar los hermanos allí, levanto la mirada hacia Cameron y Joan que estaban los dos observando expectantes, y comenzó a reír histéricamente.

¡Esto es increíble! ¡Una autentica maravilla! exclamaba mientras se levantaba de la mesa y empezaba a pasearse nerviosamente murmurando cosas incomprensibles.

- Señor nos puede explicar que es lo que pasa- dijo Joan que se estaba empezando a impacientar-.

- ¡Esto es el hallazgo mas grande de la historia!-voceaba paseando por la sala de arriba abajo, mientras movía los brazos como un autentico loco.

- Señor, nos esta poniendo nerviosos, queremos saber de que va todo este asunto- siguió diciendo Joan, ya bastante mas alterado-. Hemos venido aquí para averiguar que le ha pasado a mi padre y usted solo sabe preocuparse por un trozo de cerámica antigua –voceo Joan que se estaba poniendo más rojo a medida que hablaba-.

- ¿Ehh?… es cierto, perdonad chicos, pero es que esto…-dijo un poco aturdido al recobrar la compostura-. Vale, vale, lo siguiente que haremos será intentar averiguar en que está metido Richard, a

ver ¿Cameron tu tenías noticias de lo ultimo que andaba buscando tu padre?-preguntó el viejo que ya se había sentado a la mesa con ellos y había cogido su pequeña libreta de notas-.

- No, no lo sé, yo trabajo con él pero solo desde la oficina, él no me pide explicaciones y yo no se las pido a él.

- Bueno, eso es muy típico de Richard, y tu Joan ¿estás enterado de que buscaba tu padre?

- No sé donde estaba ni lo que andaba buscando, solo sé que me prometió que este verano me llevaría de viaje con él, y a última hora cambió de opinión diciéndome que le había surgido un viaje peligroso y no podía ir.-contestó Joan con un gesto adusto-.

- Bien, eso nos deja con la única posibilidad de creer que, como me indica en su carta todavía esté en Jordania, que encontró algo gordo, y que alguien se enteró y quiere saber donde esta situado su hallazgo.

- ¿Pero, que ha podido encontrar que haga que alguien cometa un secuestro?-pregunto Cameron extrañado-.

- Querido Cameron, en este mundo ni siquiera se tiene que encontrar algo de verdad para que aparezcan individuos dispuestos a todo por un hallazgo que los haga ricos y famosos.

- ¡O sea que puede que nuestro padre esté en manos de algún loco dispuesto a cualquier cosa, con el fin de sacar una información que ni siquiera existe!-adujo Joan que la situación le parecía de película de las malas- y entonces ¿Qué hacemos?

- Pues elemental mi querido Joan, vosotros os quedareis aquí por si Richard decide contactar con vosotros, y yo me iré a Jordania a cumplir con las indicaciones que vuestro padre me da en su carta-dijo el viejo levantando su enorme corpachón de la mesa y dirigiéndose a la salida-.

- Ni siquiera sueñe que me voy a quedar aquí sin hacer nada mientras mi padre me necesita- dijo Joan cogiendo del brazo al viejo y obligándolo a girarse hacia él-, ¡ni se atreva a proponerlo!

- Joan tú no lo entiendes, si es cierto lo que representa ese trozo de cerámica que me habéis traído, y lo que tu padre me indica en esa carta, este es un tema muy peligroso y tu padre nunca me perdonaría que os pasase algo.

- Pues bien hay dos opciones, la primera nos vamos con usted y salvamos a mi padre, o nos vamos nosotros por nuestra cuenta y lo salvamos sin su ayuda- concluyó Joan con una determinación apabullante que no dejaba lugar a la discusión-.

- Cameron pon un poco de cordura en esto- dijo el viejo girándose hacia el mayor con un tono de suplica en la voz-.

- Verá, mi hermano es muy cabezón y si él ha dicho que irá, tendremos que ir- argumentó Cameron, que la determinación de su hermano le había impactado sobremanera- además se perderá más tiempo en disuadirle que en cargar con él en este viaje.

El viejo bajó la cabeza y recogió la carta y el trozo de cerámica que estaba en la mesa, y acto seguido se fue hacia la salida de aquella sala. Cuando salía dijo en voz muy baja:

- Mañana a las ocho de la mañana en el aeropuerto, y llevad lo indispensable.

Salio de la habitación, y justo cuando cruzaba la tela que hacia las veces de puerta, dijo algo en voz casi inaudible. Cameron juraría que le había oído decir: ¡¡ es clavadito a su padre!!

13

Era noche cerrada y las estrellas brillaban en el cielo con una intensidad que solo era posible en puntos muy remotos del planeta. La suave brisa mecía la arena formando onduladas crestas en las dunas que asemejaban la superficie de un océano en calma. En medio de aquella absoluta calma y tranquilidad, se movía una figura entre matorrales y piedrecitas con una ligereza y un sigilo propios de un animal. La figura ascendió en un ángulo imposible alrededor de una enorme roca situada al borde de una ladera, luego continuó subiendo por un estrecho sendero, y por fin llego a un pequeño claro que quedaba al extremo de un abrupto corte en la montaña. La pequeña figura se quedo inmóvil un rato admirando la preciosa vista de las interminables dunas y de aquel límpido cielo estrellado.

En un movimiento rápido, pero muy preciso, la silueta se acercó al borde del acantilado y se sentó con las pequeñas piernas colgando en el vacío. De una pequeña bolsa que llevaba colgada alrededor del cuerpo, sacó un pequeño envase envuelto en papel de plata que procedió a desenvolver con sumo cuidado. Colocó encima del papel plateado un pequeño trozo de cecina, y cortó un pedazo bastante pequeño que luego se llevo a la boca. Estaba bastante salado, por lo que decidió darse un pequeño lujo y beber un poco de un agua sucia y marrón, que llevaba en una pequeña botella de plástico.

Una vez saciado su apetito con tan sucinto banquete, lo volvió a guardar todo en la bolsa que traía colgada y contempló el infinito desierto que se extendía bajo sus pies. Era un amante de su tierra. Amaba las interminables dunas doradas cambiantes constantemente a capricho del viento. Amaba la cultura de su tierra, con tantos años de historia, y que en tiempos remotos había sido alguna vez, cuna de tantas y tantas civilizaciones. Amaba su religión, que en incontables ocasiones le había dado consuelo por todos sus pecados. Amaba a la gente que lo rodeaba, a sus amigos que tantos ratos buenos le habían hecho pasar, y con los que no hacía mucho había jugado a las cartas con un buen vaso de té helado y unos cigarros de tabaco importado.

Se llevó las manos a la cara y empezó a llorar desconsoladamente durante un buen rato, y solo cuando notó que un gran peso de su alma se descargaba, cesó su llanto. Amaba por

muchas razones a su país, pero sobre todas las cosas, amaba, y con una pasión que traspasaba su razón de ser, a su familia. Su mujer, con una belleza y una bondad incomparables a ninguna otra cosa de este mundo, y su preciosa hija que le hacía que el corazón se le encogiese con solo pensar en ella. Volvió a llorar. Al rato Abdeb borró los restos de su paso en aquel remoto llano, y volvió a su obligado exilio en su pequeña cueva.

14

Rashid decidió que le apetecía andar, por lo que no llamó a un taxi. También le había influido la desagradable situación anterior con el taxista idiota de antes. Creyó que pasear por las atestadas calles de Amman le despejaría la cabeza de lo que acababa de ver en el depósito, pero se equivocaba. La idea de que un pobre ciudadano jordano hubiese aparecido asesinado por un veneno que en teoría ni siquiera existía, y que ese veneno tuviese tantos y tan complicados componentes, se le antojaba una idea difícil de aceptar.

Su siguiente paso estaba claro, debía averiguar todo lo referente a la persona que había visto con vida a la victima por última vez, y que tal vez pudiese ser el asesino. Sabía por lo que le había dicho el capitán, que el individuo en cuestión era el primo del cadáver y que se llamaba Abdeb, y no conocía mejor sitio en toda Amman para encontrar a alguien que el bar del turco.

El turco era un bar de mala muerte, que regentaba un sucio personajillo de Estambul, que trapicheaba con todo lo que se pudiera vender, legal o no. El turco gustaba de pavonearse diciendo que nada sucedía en Amman que él no conociese, y era verdad. Rashid, que conocía alguno de sus secretos más oscuros, sacaba valiosa información de él muy a menudo. Cuando ya solo se encontraba a pocos pasos el bar, lo adelantaron a empujones dos tipos bastante altos y con pinta de duros, que se metieron en el local. No le dio más importancia, ya que tipos así eran los habituales amigos del despreciable turco, pero cuando entró en la taberna y vio a los dos tipos duros de antes, cambió al instante de opinión. Los dos tipos, altos como postes de la luz, estaban al final de la barra hablando con el turco, pero con una diferencia que a Rashid le llamó poderosamente la atención, ya que en el bar del pequeño hombre de Estambul nadie hablaba con el dueño si él no quería, y en la conversación el turco siempre llevaba la voz cantante con una altanería que lo hacia insoportable, mientras los demás callaban, pero en esta ocasión el que callaba era el turco con la mirada fija en el suelo, y los dos tipos hablaban.

La voz cantante la llevaba el más grande de los dos, un personaje que parecía salido de una película de ciencia ficción. Parecía un master del universo, pues tenía músculos hasta en las

cejas, y un pelo tan rubio que parecía albino. El rostro se le ponía rojo cada vez que hablaba, a excepción de una fea cicatriz que le cruzaba el rostro en su parte inferior de la cara, desde la comisura de los labios hasta la nuez, y que se mantenía blanca como la cal.

Su compañero era un poco más bajo, pero aún así pasaba sobradamente el metro noventa y tenia el pelo del mismo tono blanquecino de su compañero. Éste no hablaba, pero no perdía detalle de lo que el grandote le decía al turco, y el único movimiento que hacía era asentir cuando el otro terminaba de hablar.

Rashid decidió que la conversación que mantenían los dos mastodontes con el turco le interesaba mucho y decidió acercarse un poco. El hueco más cercano a ellos era un sitio en la barra junto a un joven, que parecía que ya había tomado alguna cerveza de más. Se sentó junto a él, y pidió un té verde con un trozo de pastel de fresas, que aunque no le apetecía nada, creyó conveniente pedir para no llamar mucho la atención.

La conversación entre el turco y los dos hombretones parecía tensa, pero hablaban en voz tan baja que el policía no podía escuchar ni siquiera sus voces, por lo que decidió pasar a la acción. Se acercó al joven que estaba más cerca de ellos con su té y el trozo de pastel, y se sentó junto a él.

- Hola compañero, ¿me das fuego?- le espetó sacando un cigarrillo, y ofreciéndole otro para él- es que con la cabeza que tengo se me ha olvidado el mechero en algún sitio- el joven que parecía algo aturdido, aceptó el cigarrillo que le ofrecía Rashid y con algún esfuerzo sacó un mechero pequeño y mugriento.

- Gracias tío ya no fumo, pero llevo mechero por si alguien lo necesita, ¡además que carajo este si me lo voy a fumar!- contestó el joven que hablaba con algo de dificultad-.

- ¡Muy bien tío, así me gusta!- coreó Rashid imitando su forma de hablar-, ¡y ahora déjame que te invite a una cerveza colega!- siguió el policía levantando el dedo y pidiendo otra ronda al camarero-.

Siguió un momento de silencio donde parecía que el joven aún meditaba sobre el ofrecimiento de Rashid, entonces el policía aprovechó para escuchar con más atención la conversación de los tres en el otro extremo de la barra. El más alto de los dos albinos, y el que parecía llevar la voz cantante hablaba en un extraño acento que Rashid no supo descifrar, pero que parecía del este de Europa. Hablaba pausado, con un tono de voz monocorde, pero en su cara se reflejaba un mohín de rabia, que su voz no dejaba translucir, y

que sin embargo ponía los pelos de punta. Rashid aguzó más el oído y pudo distinguir como éste le decía al turco:

- Muy bien, y ahora nos dejaremos de tontas excusas y nos dirás la verdad sobre lo que queremos saber ¿verdad?- el tono de el grandillón se había vuelto amenazador, y su rostro también- ahora dinos turco, ¿donde esta ese tal Abdeb?- preguntó con su peculiar tono de voz, alargando mucho las erres-.

- ¡De verdad que no lo sé, si lo supiera os lo diría lo juro!- contestó el turco con la vista fija en la barra del bar y con un tono de voz que dejaba translucir el pánico que sentía- solo sé que es primo de Nami, el chico que murió el otro día, y que después de eso ya no se le ha vuelto a ver por ningún sitio.

- De acuerdo, pongamos que eso me lo creo, lo que si sabes es donde vive ese hombre ¿verdad?- dijo el albino bajando bastante el tono de voz, por lo que Rashid casi no lo pudo oír-.

- Si claro, eso si que lo sé, vive en la zona baja de Amman, en las casas blancas que hay en el antiguo barrio de los chatarreros. Su mujer se llama Sina, y tiene una hija preciosa que se llama Yanira- soltó toda la retahíla de golpe y muy rápido, lo que indicaba el miedo que el turco le tenia a aquellos hombres-. Eso, y que el maldito Abdeb me debe dinero es lo único que sé- esto último lo dijo casi escupiendo-.

- De acuerdo-dijo el albino en un tono casi paternal posando una mano en el hombro del turco- eso lo vamos a comprobar, y ¿sabes que volveremos si nos has mentido y en realidad sabes algo más, verdad?

- ¡Os juro que es verdad!, eso es lo único que sé de ese miserable de mierda, si supiera algo más, ¿de que me serviría encubrirlo?- dijo en un tono bastante lastimero- solo es un desgraciado que me debe dinero. En ese momento levantó la vista y vio en la barra a Rashid muy interesado en la conversación, y que debido a la curiosidad no había tomado precauciones para pasar desapercibido, con lo que se había ido acercando bastante al trío del final de la barra. El turco lo vio, y se puso nerviosisimo mirando alternativamente a los dos gigantones y al policía, con lo que estos se dieron cuenta de que algo sucedía.

- ¿Que pasa turco?- dijo el albino cogiendo al hombrecillo por la solapa de su zarrapastrosa camisa- ¿es que hay algo que yo debiera saber?- dijo alargando mucho la ultima erre- si es eso ya sabes que no soy muy permisivo con los mentirosos, ya sabes que pasará si me has mentido, ¡no hace falta que te lo explique estupido turco de mierda!- el albino estaba perdiendo la calma que hasta el momento

había mantenido-.

- ¡No es eso Claus, de verdad que no es eso!, es…- miro hacia el policía y volvió a mirar a los ojos al albino- es que me parecía haber visto a una persona que me debía dinero, pero me he equivocado, de verdad Claus que no…

- ¡Calla idiota!- bramó el hombretón que todavía sujetaba al turco por la camisa-¡no me llames por mi nombre grandísimo estupido!

El albino al darse cuenta de que todo el bar estaba mirándolos soltó al turco, le dijo unas palabras al oído, pagó las dos cervezas, que estaban en la barra todavía sin tocar, y se fue hacia la salida. Al pasar por delante de Rashid se rozaron brevemente, y el rubio dirigió una mirada helada y penetrante que al policía le puso los pelos de punta.

Cuando todo había vuelto a la normalidad, y los borrachos estaban otra vez pendientes de sus cervezas, Rashid se acercó al turco, que todavía estaba temblando, y con la cabeza le hizo una seña, que el hombrecillo todavía mirando hacia la puerta, comprendió al instante.

El turco sacó unas llaves del bolsillo de sus vaqueros, abrió una pequeña puerta situada detrás de la barra, y entró dejando la puerta abierta. Inmediatamente Rashid pasó detrás de la barra, entró y cerró con un pequeño pestillo que había por dentro.

- ¡Es que eres estupido!, ¡no sabes el problema que me podías haber creado!- bramó el turco, que había dejado de temblar y estaba hecho una furia-. No sabes lo peligrosos que son esos tíos.

- Vale turco, dos cosas, la primera no, no sé quien son esos tíos, pero tú me lo vas a decir, ¿a que si? Y la segunda, como me vuelvas a llamar estupido te meto en chirona tan rápido, que antes de que te empieces a quejar ya tendrás un compañero de celda que te llamara cariño y por las noches te dará todo su amor, ¿de acuerdo?

- Vale lo siento Rashid, pero es que esos tíos me ponen nervioso, y ya sabes que eso conmigo no es nada fácil.

- Nada turco lo pasado, pasado está- dijo el detective que le convenía que el turco se tranquilizase y se pusiera a cantar de una vez- entonces, ¿quien eran esos animales y que querían?

- No debería decírtelo, ¿sabes lo que me harán si se enteran de que colaboro con un policía?, pues yo te lo diré, ¡me despellejaran vivo!, de verdad tío esos hombres son unos animales.

- No te preocupes turco, que nadie se va a enterar de esta conversación, y ahora dime que es lo que querían, y quienes son.

- Exactamente no se quienes son, por que yo los conocí por

medio de un contacto que me los envío para que les hiciera…, ya sabes un trabajito sin importancia, ah y legal del todo- se apresuró a matizar-. Debía averiguar algo acerca de un norteamericano que estaba aquí en Amman realizando no se que trabajos de excavaciones en el monte, lo de siempre, alguien hace el trabajo y algún mercenario le roba las cosas de valor ¡pasa todos los días por aquí! Yo se lo dije a un tío que me hace ese tipo de encargos, y el les dio la información que buscaban. Después algo pasó, mi hombre desapareció, y ellos vinieron a buscarme, eso es todo.

- A ver turco, esa historia me parece bien, pero es que creo que tiene algunas lagunas que me encantaría que me solucionases, como por ejemplo, quien era ese americano al que buscaban, y por que después de darles tu "hombre" lo que querían han vuelto otra vez a ti – en este punto Rashid sacó un cigarrillo del bolsillo y se lo encendió- no me concuerda del todo esa historia.

- Rashid ya sabes que aquí no puedes fumar, soy muy sensible al olor del tabaco, me sienta fatal.

- ¡Te jodes!

- Que agradable eres colega, da gusto hablar contigo- espetó el hombre con cara de disgusto-.

- Es lo que hay, sigue.

- Bueno vale, pues lo que pasó es que mi hombre los engañó. Les dijo que el americano ya se había ido del país, que había encontrado algo y había salido por patas, pero lo que pasó en realidad es que encontró a ese hombre. El americano había tropezado con algo gordo, no sé que era, pero algo que valía mucho dinero. Mi amigo es imbecil y planeó engañar a esa gente y robar al americano para quedárselo él, ¡es que no puedes apagar esa mierda!

- ¡Que no coño!, y sigue que no tengo todo el día.

- Bueno, pues mi amigo cometió un error, se fue a un bar y con el dinero que le habían pagado esos energúmenos, se emborrachó y fue contando que era socio de un americano y que se iba a hacer de oro. Después de eso desapareció, y a los tres días se lo encontraron despellejado y con todos los huesos fuera de su sitio.

- ¡Joder con los albinos!, ¿y quien coño son esos tíos?

- ¿Sabes que tienes un lenguaje que no es propio de un policía Rashid?- bromeó el hombre- te van a echar del cuerpo.

- ¡No me jodas!, y sigue contándome más cosas que esto todavía no me ha quedado claro.

- Pues eso, que se enteraron de que mi socio les había mentido, que el americano estaba todavía en Amman y había contratado a un tío de aquí para buscar algo en las montañas. A los pocos días

vinieron me preguntaron si había visto al americano, y se fueron. Luego me enteré de la muerte de ese chaval, Nami creo que se llamaba, y de que el primo de su mujer, Abdeb había desaparecido.

- Espera, espera ¿has dicho Nami?, ¡joder esto se pone interesante por momentos!, ¿y que es lo que buscaban de ese tal Abdeb?- preguntó Rashid que empezaba a encajar algunas de las piezas de el rompecabezas- y sobre todo quiero que me digas quienes son esos tíos.

- Pues esta claro que es lo que ha pasado- dijo el turco torciendo el gesto al ver que el policía tiraba la colilla al suelo y después la pisaba-. Ese americano contrató a Nami o a su primo Abdeb para buscar algo en las montañas, lo encontraron y esos cabrones blanquitos se enteraron, se cargaron al chico y el otro se acojonó tanto que ha desaparecido.

Rashid ya no escuchaba al turco, su cabeza daba vueltas a un ritmo vertiginoso. La policía buscaba a ese tal Abdeb, y además por mandato de las más altas esferas.

Por otro lado también lo buscaban unos tipos que parecían ser algún tipo de mercenarios superdesarrollados y bastante peligrosos.

Además tenía por un lado un cadáver de un chico relacionado con el hombre que andaban buscando todos y asesinado de una forma bastante extraña, y un hombre que había tenido contacto con los mercenarios, también asesinado brutalmente. Rashid empezaba a pensar que si no se hacía algo rápidamente los cadáveres seguirían apareciendo sucesivamente.

Le dijo al turco que si averiguaba algo más sobre ese tema que se lo comunicara inmediatamente, y salió del bar.

Ya en el sofocante calor de la mañana de la capital Jordana, Rashid seguía dándole vueltas al extraño caso que tenia entre manos. Una cosa era que alguien en su país encontrara alguna reliquia de valor, y que algún ladrón tratase de robárselo, eso pasaba todos los días, pero otra cosa era que la policía mostrase tanto interés en ese caso en especial. Además estaba el tema de los cadáveres tan extrañamente asesinados.

Lo que si tenia claro el policía era el próximo paso que debía dar en ese momento, y no era otro que encontrar al tal Abdeb antes de que los animales albinos lo hicieran. Para Rashid estaba claro, si no puedes localizar a una persona en concreto, lo que tienes que hacer es buscar a sus personas más cercanas, eso quería decir a su mujer y a sus hijos.

El policía se quitó la americana, se la puso por encima del hombro, y encendió otro cigarrillo, acto seguido se encaminó hacia

la comisaría. Era la primera vez en años que necesitaba ir allí sin que nadie se lo pidiese.

15

El aeropuerto del Prat parecía despedir fuego de sus entrañas a pesar de que la hora era bastante temprana.

Las personas corrían de un sitio para otro con enormes maletas en la mano, o grandes bolsos de viaje colgados del hombro.

A Joan siempre le había parecido divertido observar a las personas en los aeropuertos, siempre había gente con las caras desencajadas por el esfuerzo de arrastrar grandes pesos por interminables pasillos, y desorientadas buscando sus puertas de embarque. Sin embargo ese día él no se fijaba en estas cosas, ya que la mente la tenia puesta solo en el viaje que les esperaba, y en lo que se encontrarían al llegar.

Estaba sentado en la puerta numero sesenta que era la de su vuelo. Había llegado bastante antes de lo que debía, pero es que estaba bastante nervioso y no podía esperar más tiempo en su casa.

Había venido solo, a pesar de que Cameron había insistido hasta la saciedad en pasar la noche con él, pero Joan prefirió estar solo, además su hermano lo ponía aún más nervioso.

A pesar de llevar unos pantalones cortos bastante frescos y una camiseta sin mangas, el calor lo estaba matando. El sudor le corría por la espalda en ríos que solo se detenían al llegar al borde del pantalón y por la cara le caían gruesos regueros de sudor que le bañaban las sienes y las comisuras de los labios y la frente.

Por todo equipaje llevaba una bolsa de viaje con muchos bolsillos que su padre le había regalado en un viaje que hicieron juntos a Egipto, y que descansaba a su lado en un asiento vacío.

En ese momento apareció Cameron, vio a su hermano sentado en la puerta de embarque y se dirigió hacia él.

Cuando lo vio Joan sintió dos cosas a la misma vez, la primera alivio de estar con alguien conocido ya que no le apetecía estar por mas tiempo solo, y la segunda una enorme vergüenza.

Cameron portaba una maleta que hubiera servido para esconder a una persona dentro. Vestía unos pantalones de lino fino tan cortos, que no debían de medir mas de un palmo, con lo que dejaba al descubierto sus largas y musculadas piernas. Llevaba una camisa color verde militar sin mangas que marcaba claramente sus torneados brazos, y a modo de remate una gorra del mismo color coronaba su cabeza.

Se acercó hasta él con su perfectísima y blanca sonrisa, lo miró

con sus preciosos ojos azules y le dijo “hola campeón”. Definitivamente Cameron sacaba de quicio a Joan.

- ¿Pero de que vas tío?, pareces Clark Gable en la película de Mogambo- reprendió Joan a su hermano-.

- Hermanito, la comodidad no esta reñida con la elegancia- contesto Cameron mostrando una vez más su perfecta sonrisa de anuncio de dentífrico-, algún día lo entenderás.

- ¡Paso de ti tío!, eres más hortera que un cerdo con un lazo- sentencio Joan desviando la mirada-.

Cameron le dio un pequeño golpe en el brazo a modo cariñoso, y los dos empezaron a reír. Aunque Cameron era más presuntuoso que un actor de cine, a Joan le encantaba tenerlo a su lado.

Los dos sentían una ansiedad por el viaje que se avecinaba, y la mitigaban bromeando el uno con el otro, aunque sin muchas alegrías.

Los dos mantuvieron un silencio necesario, durante un rato. Cada uno necesitaba ordenar sus propias ideas sobre la extraña situación que les estaba aconteciendo, y reflexionar sobre ella.

Las llamadas por megafonía alertando de los sucesivos vuelos sacaba un poco de sus pensamientos a Joan, que cada vez que oía una llamada de un vuelo próximo a despegar, se tensaba como una cuerda de guitarra, esperando la llamada para el vuelo que los iba a llevar a la búsqueda de su padre. Si todavía era posible encontrarlo.

Joan no paraba de mirar su reloj continuamente, estaba nervioso y que faltasen menos de veinte minutos para la salida de su vuelo y no supiera nada del viejo no le ayudaba a mantener la calma.

- ¿ Crees que nos ha engañado y no va a venir?- preguntó Joan a su hermano

- No te preocupes, vendrá- contesto Cameron tocando suavemente el hombro de su hermano en tono tranquilizador.

- ¿Y tú como lo sabes, si no lo conoces?- le reprochó Joan.

- Si papa confiaba en él, yo también.- cortó Cameron que así zanjo la cuestión.

Como si hubiera estado escuchando la conversación y hubiera esperado justo al momento adecuado, Ben el amigo de su padre apareció por la puerta que daba el acceso a la sala de espera donde estaban Cameron y Joan.

El aspecto del viejo les sorprendió tanto que no pudieron ocultar su sorpresa con sendas exclamaciones. El hombre al ver sus rostros soltó una sonora carcajada que trono en la sala de espera, y que hizo que las pocas personas que estaban allí fijasen sus miradas en él.

El hombre que les había parecido un viejo demacrado en la tienda del barrio gótico de Barcelona, aparecía ahora con unos pantalones oscuros a la altura de la rodilla con numerosos bolsillos laterales y que dejaban al descubierto unas formidables y fuertes piernas. Una camisa blanca de una conocida marca se le ceñía al pecho mostrando unos poderosos pectorales, dejando al descubierto unos fuertes brazos. El pelo completamente blanco aparecía ahora peinado hacia atrás, lo que le daba cierto aspecto distinguido, en lugar de la maraña despeinada que lucía en su primer encuentro en la tienda. Incluso sus ojos, que en Barcelona les habían parecido de un azul acuoso que denotaba cierta tristeza, se veían ahora de un azul vivo que irradiaba alegría y vivacidad.

- ¿Que pasa chicos, asombrados por el cambio?- preguntó Ben con una amplia sonrisa en la cara- es que con esta ropa gano mucho.

- Pero Ben ¿que te ha pasado?, en la tienda parecías más…

- ¿viejo? Ya lo se chicos pero es que no me conviene mostrar mi verdadero aspecto en una tienda como la mía, ¿lo comprendéis verdad?, me va mejor aparentando ser un viejo débil que una persona vivaz.

- Pues la verdad, no lo entiendo- pregunto Joan con cara de no entender nada de lo que decía el viejo-.

- Mira Joan, en Barcelona a la gente que va a una tienda de antigüedades le incomoda más una persona con aspecto juvenil, que un viejo débil y con achaques, no se, será por que creen que una persona antigua le va mejor a una tienda antigua.

- Bueno eso da igual Ben, lo que nos interesa ahora es coger el vuelo y como tardemos un poco más, se nos va a escapar el avión- dijo Cameron cogiendo su maleta y levantándose de la silla- ¿llevas a mano los billetes?

- Si aquí los llevo Cameron, no te preocupes – le espetó Ben que se encaminó hacia la puerta de embarque- venga chicos vámonos que nos espera un viaje movidito.

Una preciosa chica revisaba los billetes de avión, que luego cortaba, y daba paso hacia el interior del túnel de embarque a los pasajeros. La cola avanzaba con rapidez pero en un silencio sepulcral, como una marcha de robots autómatas. Los tres se pusieron en la cola dispuestos a realizar el viaje posiblemente más peligroso de sus vidas.

Se despertó sobresaltado, desorientado y dolorido. Los calambres que sentía en los brazos lo devolvieron a la realidad sobre el lugar donde se encontraba. Los últimos días habían sido los más tranquilos desde que estaba en aquel confinamiento forzoso, ya que prácticamente se habían olvidado un poco de él, y eso, lo estaba agradeciendo a cada minuto que pasaba.

No recordaba bien el tiempo que llevaba en aquella habitación, por que ya hacia días que había perdido la noción del tiempo, pero lo que si tenia claro era que estaba al borde de lo que su cuerpo y su mente podía soportar.

Un par de días atrás- o podían ser más- se había derrumbado por completo, cuando en el momento de la comida, que siempre consistía en un tipo de papillas incomibles, le habían levantado la capucha de la que no se había desprendido desde su reclusión allí, y le pusieron en la boca un gajo de naranja. Era una fruta que no le agradaba demasiado, pero acostumbrado a la papilla horrorosa que comía, le produjo una explosión de sabor y sensaciones que le crearon un éxtasis casi indescriptible. Justo en ese momento empezó a sollozar primero, y luego se vio arrojado a un incontrolable llanto que no pudo sofocar ni los gritos, casi inhumanos de su vigilante. La sensación que le había producido la fruta le hizo recordar las cosas buenas de la vida, que a buen seguro a partir de ahora ya no iba a disfrutar jamás. Iba a morir, de eso estaba seguro. Aquellos hombres nunca lo iban a dejar libre, y lo peor de todo es que moriría solo en una habitación sin poder decirle a sus seres queridos lo mucho que los quería. Lloró una vez más, en lo que se había convertido en la tónica constante en su vida en los últimos días. A primera hora de la mañana lo sometían a una serie de preguntas a las que no podía contestar por que no conocía las respuestas, luego lo desataban de la silla a la que estaba atado con los brazos por detrás del respaldo, y lo dejaban caminar por la sala- siempre con la capucha- , luego lo amordazaban otra vez y le daban por debajo de la capucha y ya sin la mordaza la papilla que ya había aprendido a odiar con toda su alma, para acto seguido volver a acosarlo con el intenso interrogatorio.

Richard rezaba cada día para que ese fuese el último, para que acabaran con aquella pesadilla cuanto antes y no se alargara más el sufrimiento al que lo estaban sometiendo, pero aquellos hombres todavía querían, a su modo de ver, hacerlo sufrir un poco más, puesto que no solo no acababan con él, sino que además cada día se encargaban de recordarle que hasta que no les contestara lo que ellos querían saber, iba a permanecer en aquella sala.

Ese día, después de los interrogatorios y el pequeño “paseo” que le permitían dar por su habitación- siempre con el guardia y con la dichosa capucha- paso algo que cambio el rumbo de los acontecimientos.

Los cerrojos de la puerta se descorrieron y Richard empezó, como siempre que esto ocurría, a temblar incontroladamente. Oyó el rumor de unos pasos por la sala, una silla al ser arrastrada, y que fue situada justo frente a la suya. El suave murmullo que hace un cigarro al ser prendido, y al instante el peculiar olor del tabaco negro que inundó la sala.

De un limpio tirón le sacaron la capucha de la cabeza, por lo que durante unos segundos y debido a la luz que lo enfocaba directamente al rostro, quedó cegado.

Cuando consiguió enfocar la vista, deseó volver a cerrar los ojos, y así lo hizo, pero dos fuertes garras se los abrieron al instante y sin ningún miramiento.

Justo delante de él estaba aquella cara que no olvidaría en lo poco que le quedaba de vida. Esos ojillos profundos de aspecto ratonil, esa cara plagada de agujeros producidos por la viruela o alguna otra enfermedad, esa nariz aguileña que parecía contrahecha, y esos finos labios de un tono blanquecino que parecían los de un enfermo en fase terminal.

- Hola Richard, ¿que tal estas?, espero que bien, ¿lo habéis tratado bien verdad?- preguntó a dos tipos grandes como armarios que flanqueaban la puerta- si me dices que te han tratado mal me voy a enfadar bastante con ellos, dime ¿como te va?

- De lujo, estoy pensando en volver el año que viene de vacaciones- dijo casi sin ganas Richard con la boca algo pastosa- pero me voy a quejar del servicio de habitaciones, ¡tu crees que no hacerme hoy la cama!

- ¡Esto es genial!- dijo el hombre con una sonora carcajada que tronó por toda la habitación y que puso los pelos de punta al hombre- me encanta que estés de buen humor Richard por que así sabrás tomarte mejor la noticia que te voy a dar, y que a buen seguro te va a encantar – hizo una pausa, se giró y dio algunas ordenes a sus dos gorilas de la puerta, que al punto se esfumaron- ¿tienes sed Richard?

- Hombre la verdad, un Martini me tomaba- volvió a contestar con sarcasmo el hombre que a duras penas se podía mantener- pero si no tienes me conformo con algo de ginebra o vodka.

- Lo siento, pero solo tengo agua, ¿si te vale?- en aquel momento entró uno de los hombretones que habían salido, y le dio un vaso

con agua a aquel tipo- ¡venga, que sé que te apetece, además te vendrá bien para tragar la noticia que tengo que darte!- le puso el vaso en los labios y Richard bebió con fruición hasta que se acabó-. Verás Richard, hasta ahora no has cooperado mucho la verdad, pero creo que a partir de ahora lo harás mucho mejor, ¿y sabes por que lo sé?

- Creo que si, por que ya somos colegas, ¿no es eso?- dijo Richard que se sentía mucho mejor después de haber bebido un poco-.

- Eso es- dijo el hombre otra vez riendo- pero además ahora también entran en escena otros factores digamos… técnicos ¿sabes? El tipo se puso en pie desató las manos a Richard y se volvió a sentar en la silla. Espero que ahora que somos amigos no intentes hacer una estupidez que acabe con nuestra reciente confianza mutua.

- Nada más lejos de mi intención, y ahora para estrechar lazos, ¿por que no salimos los dos solos a tomarnos unas copas? ya sabes, en plan de amigos.

- Me encantaría, de verdad Richard, pero me temo que no puede ser por que ahora tengo cosas que hacer, pero lo apunto en mi agenda.

- Hecho, mañana lo tengo libre si te va bien te espero en mi hotel.

- De acuerdo, pero antes resolvamos unas pequeñas cosillas- el semblante de aquel tipo cambió de repente y Richard supo que algo malo iba a pasar-, mira ahora te pongo en antecedentes, todavía estamos en Jordania, donde te encontramos, pero eso creo que ya lo sabias. Estas aquí con nosotros un mes, pero gracias a tu escasa colaboración nos hemos visto obligados a abrir otras fuentes de acción, y sabes, no me arrepiento, tus hijos son de lo más interesantes.

- Que dices de mis hijos, ¡ni se te ocurra acercarte a ellos hijo de puta!- gritó alterado Richard, que intentó levantarse de la silla, pero que al instante un par de fuertes brazos lo devolvieron a ella- ellos no tienen nada que ver en esto- casi sollozó-.

- No me malinterpretes Richard, yo no les he hecho nada, solo los he observado, y ahora son ellos los que vienen hacia aquí, supongo que quieren buscarte.

- Pero que… que es…- Richard se desmoronó y se dejó caer en la silla como un fardo-, a ellos no… te diré todo lo que quieras saber- sentenció en un susurro-

- Eso esta muy bien Richard, colaboración ¿a que no es tan

difícil?, pero sabes, en verdad pienso que me has dicho la verdad y tu no sabes nada, así que creo que iré a por tus queridos Cameron y Joan y veré lo que ellos me pueden ayudar- dicho esto se levantó de la silla y se volvió hacia el grandullón que estaba en la puerta al que gritó algo en alemán.

Richard, que hasta ahora había estado derrumbado en la silla actúo en décimas de segundo, y se fue hacia el hombre con el que había estado hablando aprovechando que estaba de espaldas, y lo pilló por sorpresa.

El golpe que le propinó en la espalda lo tumbó automáticamente en el suelo, donde empezó a retorcerse con las manos puestas en los riñones y aullando de dolor.

En ese momento el grandullón que estaba en la puerta abrió los ojos de par en par producto de la sorpresa, y dio un paso hacia él, pero Richard, mucho más rápido ya había iniciado el contraataque. Bajó la cabeza, y arremetió como un toro contra el grandullón estampándolo en la pared. Se produjo un "BUUFF" producto del aire saliendo de sus pulmones y acto seguido se derrumbó en los brazos de su agresor.

Richard desorientado se levantó rápidamente a la espera de que entraran más hombres, que a buen seguro habían oído el escándalo que se había producido allí, pero al cabo de un minuto no apareció nadie.

Con sumo cuidado cruzó la puerta de lo que hasta ahora había sido su celda, y se encontró con un pasillo enorme de paredes de hojalata pintado de verde, que se perdía en una esquina que enlazaba con otro pasillo. Con cuidado pero con rapidez alcanzó el otro pasillo, que lo llevó hasta otro más largo, y éste a otro aún más largo.

La desesperación en Richard creció a cada paso que daba por aquellos larguísimos pasillos en los que creía que no encontraría el final, pero justo cuando ya empezaba a pensar que no saldría de allí, llegó a una sala enorme de la que partían numerosos pasillos. En aquella sala había una cinta transportadora que ya hacia tiempo había dejado de ser útil para su cometido. A su alrededor miles de ganchos colgaban oxidados de una cadena para lo que en su día debió de ser una cadena de despieze de carne, pero que estaba en desuso desde hacia algunos años. Miles de cajas se apilaban unas encima de otras de forma desordenada, y en una esquina de la enorme sala estaba ubicada la oficina, que en otro tiempo albergaba seguramente los pedidos y la contabilidad de la empresa. A ella se accedía por medio de unas ruinosas escaleras situadas en un lateral

de la oficina que descansaba a unos tres metros del suelo sostenida por unas endebles vigas.

Richard oyó movimiento a sus espaldas, se giró y no vio a nadie, pero sabía que no tardarían mucho en aparecer. Se encontraba un poco mareado y algo desorientado, le dolían mucho las piernas por todo el tiempo que había pasado sentado y atado a la silla, y le sangraba la herida que le habían hecho en la cabeza.

Las voces se hicieron ahora más audibles y sintió la cercanía de sus perseguidores, por lo que se impuso la obligación de moverse.

Con un tremendo esfuerzo logró empezar a caminar, y al poco a correr, pero no hacia la salida, que ya divisaba desde su posición, sino hacia la destartalada oficina que tenia a su derecha. La posibilidad de ir hacia la salida le atraía inmensamente, pero sabía que no lograría llegar a tiempo a ella sin ser visto, y una vez lo hubiesen localizado solo era cuestión de tiempo que lo atraparan.

Subió por la desvencijada escalerilla a una velocidad que a él mismo le sorprendió, y una vez arriba asió el pomo de la oxidada puerta y rogó por que no hiciese ruido cuando la abriese. La puerta giró sobre sus goznes con absoluta limpieza y entró sin hacer el menor ruido. Dentro todo parecía llevar años sin haber sido tocado excepto por el polvo, que había sido limpiado recientemente, y entonces divisó una enorme mesa de escritorio y corrió hacia ella, se escondió debajo entre unos cajones abiertos y aguantó la respiración.

Los gritos inundaron la sala en ese momento, en lo que Richard distinguió ahora con más claridad como un marcado acento alemán. Descubrió que si se asomaba un poco desde la posición donde estaba alcanzaba a ver la sala de despieze. Se asomó, aunque con sumo cuidado.

En el centro estaba uno de los gorilas que lo habían custodiado en su pequeña" celda", pero no veía por ninguna parte a los dos a los que antes había dejado fuera de combate. El gorila estaba dando ordenes a gritos, y a cada orden suya un hombre salía corriendo en una dirección.

Empezó a sentir sueño, y todo el cuerpo le estaba empezando a doler horrores debido a la posición en la que estaba escondido. No entendía como en aquella situación y luchando por salvar su vida podía tener sueño, pero así era, tenía un sueño terrible y luchaba con todas sus fuerzas por mantener los ojos abiertos.

No pudo decir si fueron cinco segundos o cinco minutos, el caso es que se había quedado dormido. Lo despertaron unos pasos muy cerca de él, tan cerca que el polvillo que levantaban a su paso se le

metió por los orificios de la nariz. Sintió unas tremendas ganas de estornudar, pero las reprimió. Haciendo un esfuerzo titánico recogió un poco más las piernas agazapándose debajo del escritorio, lo que inmediatamente le produjo unos tremendos pinchazos que le recorrieron todo el cuerpo. Los pasos resonaban en su cabeza como si se tratasen de tambores, y un temblor incontrolable le recorrió la espina dorsal. Los pasos pasaron por delante de él, y pudo distinguir las botas militares negras que calzaban los hombres que lo habían secuestrado. Las botas se dirigieron hacia el final de la oficina, miraron por las ventanas sin cristales, y se dieron la vuelta hacia la salida. Cuando el hombre se encontraba a su altura se quedó quieto como una estatua, y Richard se preparó para la inminente confrontación. En ese momento se oyó una voz peculiar que Richard reconoció al instante, y las botas -con la persona que las llevaba puestas- salieron corriendo de la oficina a toda velocidad.

Richard se asomó al borde de su escondrijo y vio en la explanada de la fábrica de despieze al tipo al que había golpeado antes y que parecía ser el jefe. Lo vio dando una orden y todos los hombres que estaban desperdigados por la fabrica acudieron a su llamada, y a otra orden suya todos desaparecieron como si nunca hubiesen estado allí.

Richard esperó hasta que no oyó ningún ruido, y aún así siguió esperando. Cuando hubo pasado un tiempo que creyó más que conveniente abandonó su escondrijo, y salió de la oficina bajando las escaleras como si lo estuviese haciendo a cámara lenta.

Una vez estuvo en la explanada de producción, vio la salida, vio el sol que había al final del pasillo, y rompió a correr. Corrió como nunca en su vida, y a pesar de los dolores que sentía no se permitió ni en una sola ocasión mirar atrás.

Cuando salió a la calle el sol lo cegó durante unos segundos que se le hicieron eternos, pero al recuperar la visión siguió corriendo y ya no paró hasta que el cuerpo se lo permitió.

De pie desde una ventana de la vieja fábrica estaban el hombre con la cara marcada, y a su lado el gigantón rubio que miraba con cara de odio como Richard corría entre viejas fábricas abandonadas alejándose.

- ¿Seguro que ha sido una buena idea jefe?- preguntó el grandullón arrastrando mucho las erres-.

- Confía en mi Claus- dijo el mas bajo con una gran sonrisa en la cara- debes saber sacar partido de todas las situaciones, y convertir los posibles inconvenientes en situaciones favorables. Con estrategia querido amigo, es como se ganan las batallas.

- Ya, eso ya lo sé, pero es que…

- Mira Claus nuestra investigación estaba llegando a un punto muerto, y ese hombre hubiera muerto antes que decirnos algo, así que le he dado la información necesaria y ahora seguro que me será más útil fuera que dentro de esta vieja fabrica.

- Si usted lo dice…

- Lo digo, lo digo, y ahora avisa a tus hombres que el que lo pierda de vista mas le vale desaparecer.

Los dos hombres miraron por última vez como Richard corría entre los viejos edificios, se dieron la vuelta y se marcharon.

16

La camisa blanca de Rashid mostraba zonas oscuras allí donde el sudor había marcado su territorio. El día estaba siendo realmente caluroso, y aún estaba lo peor por llegar. En Amman era muy fácil llegar a temperaturas de 45 grados por el día y bajar casi a la mitad por la noche. Aquel día a Rashid se le estaba haciendo bastante más difícil disfrutar de los paseos con los que ordenaba su cabeza.

Entró en la comisaría sin mirar a nadie, pues no quería perder el tiempo con banales conversaciones. Se sentó en la mesa que tenia asignada y en la que llevaba sin utilizar más de un mes.

Sus compañeros lo respetaban bastante, ya que no habían osado tocar nada de su mesa, y todo descansaba tal y como lo había dejado. Encendió el ordenador, un trasto viejo que ocupaba casi la mitad de su mesa. El aparato empezó a zumbar y por el monitor desfilaron miles de números y letras. Rashid sabía que al ordenador aún le quedaban un par de minutos para estar operativo, por lo que decidió ir a buscar un café.

Se encaminó hacia la sala de las fotocopias donde también se había ubicado una pequeña maquina de café, donde la variedad era café solo o té, y si tenías suerte también podías coger algún sobre de azúcar.

Junto a la maquina estaba Azid, que apoyado sobre la fotocopiadora saboreaba un pequeño vaso con un liquido negro como el alquitrán.

- ¡Hombre Rashid! ¿como tú por la oficina dos veces en un mismo día?- le preguntó en un tono mas distendido de lo que había tenido esa misma mañana cuando habló con él- sabes, si la semana que viene sigo siendo capitán, hago que cambien esta mierda de maquina y traigan una de esas que hacen hasta expresos.

- Hola Azid, eso lo llevas diciendo desde que estoy de servicio contigo al mando, y sabes que es una de las promesas que nunca llegaras a cumplir.

- Me subestimas Rashid, aunque creo que tienes razón ya soy demasiado viejo para pelearme con los de recursos por una puñetera maquina de café- dijo sonriendo y mirando el pequeño vaso de plástico marrón-, pero bueno ¿me vas a decir a que viene este arrebato de profesionalidad viniendo a la comisaría dos veces en un día?

- Pues verás, sobre lo que me has dicho esta mañana- Rashid

bajó el tono de voz viendo la cara de susto que ponía su jefe mirando para todos lados- he estado investigando y hay algunas cosas que me intrigan de este caso.

- Yo solo sé lo que ya te he dicho esta mañana, no sé porqué, ni lo que habrá hecho ese tío, pero a los de arriba les va a dar un ataque si no lo encontramos ya.

- Pues por eso estoy aquí, en este caso hay algo raro y voy a descubrir lo que pasa.

Rashid terminó de tomar el café que estaba realmente fuerte, y se despidió de Azid, para luego volver a su ordenador, que ya estaba en plenas condiciones para ser utilizado. Marcó el nombre del sujeto al que buscaba, pero no le salió nada pues no debía de estar fichado, luego lo intentó con los programas de ayudas que a veces impartía la policía, y tampoco asistió nunca a reclamar nada de alimentos o medicinas, por lo que decidió llamar a una amiga que le debía un favor.

Marcó el número de teléfono que tenía apuntado en su agenda, e inmediatamente empezaron a sonar los tonos de llamada.

- Hola buenos días catastro de Amman ¿en que puedo ayudarle?- contestó al otro lado de la línea una mujer con la voz aflautada y con un tono muy poco animado-.

- Hola Berta, ya podrías animar un poco la voz esa tan bonita que tienes- le recriminó de broma Rashid-.

- ¡Rashid!- gritó al otro lado del teléfono la mujer- ¡grandísimo sinvergüenza!, ¿debajo de que piedra has estado escondido?, no me has llamado desde hace una eternidad.

- Lo sé y lo siento Berta, pero es que he estado liadísimo y cuando quedemos yo quiero que sea sin prisas- se disculpó Rashid que siempre le contaba la misma milonga-, pero oye ahora necesito que me hagas un favor.

- ¡No, si eso ya lo sabia yo!, solo me llamas cuando te conviene- le contestó la mujer en tono de reproche-, a ver ¿que quieres ahora?

- Necesito saber una dirección.

- ¿Una dirección?- preguntó la mujer asombrada- ¿de quien?

- De un tal Abdeb abdulab, y también si es posible saber con quien vive.

- Claro eso es fácil, espera un momento- Rashid oyó que al otro lado de la línea la mujer tecleaba algo, y al cabo de unos segundos volvió a oír aquella voz tan peculiar- si aquí esta ¿ Rashid?.

- Si estoy aquí.

- Bien, pensaba que ya me habías dejado tirada. Aquí tengo a varios Abdeb, ¿me puedes dar más información?

- Si claro, espera un momento, preciosa.

- Adulador.

- A ver trabajaba en una empresa de textiles llamada Zaid, pero lo despidieron hace un tiempo, ¿te vale con eso?

- Un momento- Berta volvió a teclear algo y al cabo de un instante- si aquí esta, vive con su esposa y su hija en la zona baja del quinto circulo, donde los edificios bajos, ¿necesitas que te diga algo más?

- No gracias encanto, con eso tengo más que suficiente, y Berta, esta vez te aseguro que te llamaré pronto, de verdad.

- Si claro, siempre dices lo mismo- contestó la mujer en un tono que dejaba claro que ya había perdido la esperanza hacia tiempo- venga canalla cuídate, y espero tu llamada.

- Gracias Berta, hasta pronto- dijo el policía y colgó.

Rashid cogió la americana y se levantó a toda prisa de su mesa, se guardó el papel con la dirección en el bolsillo trasero de su pantalón, y atravesó la comisaría a toda velocidad hacia la puerta. Cuando casi estaba en la puerta escuchó su nombre y se dio la vuelta.

- Oye Rashid- el capitán Azid venia al trote entre las mesas y parecía algo nervioso- me acaban de llamar por la radio, un amigo tuyo ha llamado a la policía, al parecer dos tíos le han destrozado el bar.

- Y eso que tiene que ver conmigo- contesto Rashid que no quería perder más tiempo- que lo solucione una patrulla.

- Rashid ese amigo tuyo le ha dicho al policía que te llame y te diga que el turco te mandaba un mensaje, que los dos conejos blancos ya saben donde tienen que buscar, ¿eso que coño significa Rashid?- preguntó extrañado el capitán.

- ¡No me jodas!- dijo Rashid que había perdido el color de la cara- lo siento capitán, me tengo que ir cagando leches- dijo y desapareció por la puerta a toda velocidad-.

Rashid escuchaba como su jefe lo llamaba a gritos, pero él solo pensaba en los dos albinos y en la mujer de ese tal Abdeb. Si esos animales la encontraban antes que él, solo dios sabía que podrían hacerle.

Salio al sofocante calor de la calle y llamó a un taxi. Se subió de un salto, y dijo la dirección a la que deseaba ir. Cuando el taxista se dio la vuelta sintió como le subía el calor a las mejillas. El taxista era un viejo conocido, el kurdo.

17

Aerolíneas Jordanas, que era la compañía en la que Ben había comprado los billetes de avión, informó que harían una breve parada para repostar en Ginebra, y que acto seguido se dirigirían a Amman directamente.

Joan estaba en el asiento de ventanilla, distraído con unos folletos que la compañía suministraba a todos los viajeros y que estaban en un compartimento del asiento junto con unos auriculares para escuchar música. A su lado Cameron dormía placidamente con su mp3 colgado del cuello, y en el asiento del pasillo Ben leía con toda tranquilidad un libro sobre civilizaciones mayas.

La tranquilidad que expresaban tanto Cameron como su acompañante de viaje exasperaba a Joan, que no entendía como podían estar así de relajados con la situación tan complicada que tenían.

Joan no sabía que iban a hacer a su llegada a Jordania. Lo más lógico era que fuesen a visitar a ese amigo que su padre les había dicho que tenia en Amman, ¿pero luego que iban a hacer?, ni siquiera lo del hombre del bar podían tenerlo seguro. No sabían lo que había pasado desde que su padre escribiera esa carta, incluso a lo mejor ese amigo del que les había hablado y del cual recomendaba a Ben que fuese a ver, también estaba secuestrado.

A las 20.00 h llegaron al aeropuerto internacional de Amman Queens Alía, donde con una amplia sonrisa los tripulantes del avión les deseaban una grata visita.

El aeropuerto era una inmensa mole, mucho más sofisticado de lo que Joan se había imaginado. Una gigantesca cúpula de cristal coronaba una gran sala donde los familiares esperaban a los pasajeros que salían del avión un poco aturdidos. Entre gritos de júbilo y abrazos de la gente, pasaron con sus maletas de mano por una estrecha pasarela mecánica que los llevaría hasta la cinta donde tenían que recoger sus maletas.

Alrededor de la pasarela había cientos de comercios destinados a las primeras compras de los turistas que se movían apretados en los estrechos locales.

Después de un rato de espera, sus maletas salieron por la cinta una detrás de otra, con algún arañazo más del que llevaban cuando las dejaron. Cogieron sus pertenencias y las montaron en un carrito que Cameron había tenido la prudencia de coger mientras

esperaban. Decidieron comer en alguno de los muchos locales de comida que abundaban en el aeropuerto, ya que en el avión no les habían servido nada y estaban hambrientos. Después de alguna discusión entre los tres, decidieron comer en un restaurante de comida local, que era apenas más grande que un quiosco de revistas, pero que tenia unas fotos de unos kebab que les abrieron todavía más el apetito.

- Bueno, ¿y cual es el plan?- dijo Joan con la boca llena, y casi sin poder hablar-.

- Pues de momento comernos esta delicia- contesto Ben dando un enorme mordisco a su kebab- y luego irnos al hotel a descansar un poco.

- ¿Que?, pero que dices hombre, ¿es que no vamos a buscar a mi padre?- protestó Joan que había dejado de comer de repente-.

- Calma joven Joan, a tu padre no le ayudará nada que no seamos prudentes y aquí anochece a las 18.30 o a las 19.00, y ya no es hora de ir por ahí haciendo preguntas impertinentes- respondió el viejo, que con toda calma dio otro bocado a su comida-.

- Tal vez tenga razón hermano. Yo también quiero encontrar a papa igual que tú, pero hemos de tener cuidado o nosotros tampoco podremos ayudarle- contestó Cameron que ya había terminado de comer.

- Si, es verdad, tal vez tengáis razón, pero es que esto cada vez me pone más nervioso. No saber que puede haber sido de papa me…

- Calma Joan, lo encontraremos- sentenció Ben que se levantó de la mesa y pagó la cena-. Bueno chicos vamos a descansar y mañana será otro día, ¡ya veréis que hotel he reservado!- dijo con una gran sonrisa que a todos les relajó un poco-.

Salieron por una enorme puerta de cristal con dos hojas, que daba a una gran avenida ajardinada, donde turistas de todos los países corrían de un lado a otro en busca de taxis que los llevaran a sus destinos. La suave brisa de la calle contrastaba con el enorme bochorno que hacia dentro del aeropuerto, por lo que los tres agradecieron mucho la agradable sensación de frescor que los invadió.

Ben se acercó a un chico con cara de pocos amigos, y al poco de hablar con él le dio algo que a Joan y a Cameron les pareció dinero. El chico salió disparado hacia una caseta que había unos metros más abajo, y a los dos minutos apareció con un teléfono móvil.

Ben volvió al lado de los hermanos y les informó que en breve tendrían un taxi. Al cabo de cinco minutos un destartalado Seat

amarillo aparcó delante de ellos, y en un ingles perfecto le preguntó a Ben que si era “el hombre generoso”, a lo que Ben respondió dándole un arrugado billete. El taxista hizo con un gesto de cabeza indicando que subieran al coche, y así lo hicieron ellos.

El taxi olía a una mezcla de ambientador malo y tabaco. Por el suelo habían desperdigados restos de lo que probablemente había sido la cena del taxista mezclados con finas hebras de tabaco y papeles de fumar arrugados.

El conductor se giró hacia ellos y les preguntó en ingles cual era el destino, con lo que Joan se fijó por primera vez en su cara picada completamente de viruela y un enorme bigote que le tapaba por completo la boca.

- Al Grand Hyatt Amman por favor- contestó Ben, a lo que el taxista se giró metió la primera, que hizo un ruido espantoso y comenzó a moverse-.

Justo en ese momento un hombre enorme con uniforme militar se plantó delante del taxi, e hizo que parara. Dos tipos ataviados con la misma indumentaria abrieron las puertas y los sacaron a tirones del coche. Otro hombre más bajito los observaba con cara de pocos amigos y al momento empezó a vociferar algo en árabe. El hombretón que había parado el taxi se acercó a ellos y cogió a Cameron por los brazos, haciéndolo girar sobre si mismo a la misma vez que le gritaba algo en árabe. Ben no paraba de preguntar en varios idiomas que sucedía, pero el hombre que lo tenía cogido le dio un suave golpe en la espalda y lo obligó a caminar en dirección a la entrada del aeropuerto por la que habían salido.

Joan estaba paralizado por el miedo, y aún se asustó más cuando se fijó en las enormes metralletas que portaban los militares sobre el costado. El hombre que lo tenía cogido por los brazos le dio un pequeño empujón, pero Joan estaba bloqueado y no se movió. El militar se puso nervioso y le dio un golpe más fuerte, esta vez en las costillas, lo que dejó a Joan sin respiración durante unos segundos en los que el militar no paraba de empujarlo.

Los ojos de Joan se encontraron con los de Ben, y este en voz alta le dijo:

- Joan, haz lo que te digan y no abras la boca, que yo me encargo de esto.

Joan asintió y se dejó llevar.

Joan llevaba media hora sentado en una incomoda silla, en una

habitación que por toda decoración contaba con una mesa de aluminio, la silla donde estaba sentado y un póster enorme de un escuadrón del ejercito Jordano, con todos sus miembros perfectamente colocados haciendo un saludo militar a la cámara.

Al rato entró en la habitación un hombre al que Joan no había visto hasta el momento. Llevaba el sempiterno traje militar, pero este iba tocado en su cabeza con una boina roja. El hombre se acercó a Joan, lo miró a los ojos durante largo rato, y después, como si se hubiese acordado de algo de repente empezó a buscar entre sus múltiples bolsillos. Sacó de uno de ellos un fajo de papeles y los dejó cuidadosamente en la mesa, frente a Joan y acto seguido apareció entre sus manos una pluma de punta fina que ofreció a Joan.

- ¿Pero esto que es?- se extraño Joan-.

- Esto señor, es un formulario de rutina que se les hace rellenar a algunos de los turistas- contesté el hombre en un perfecto español-, pero por favor léalo y después nos dice si lo quiere rellenar- continuó el militar-.

- Pero que coñ…, pero bueno para rellenar un put… formulario me traen hasta aquí como si fuese un terrorista, el formulario lo va a rellenar tu pu…- Joan se mordió la lengua una vez más. Le estaba costando horrores no decir lo que estaba pensando, pero ya tenia demasiados problemas como para enfrentarse a un militar-.

- Le entiendo señor, pero todo esto ha sido un desagradable malentendido, y le agradeceríamos que lo olvidase. El caballero que viaja con usted se parece mucho a un terrorista que buscamos y como comprenderá mis hombres han actuado como creían conveniente. Una vez más le pido disculpas- volvió a decir el hombre que hablaba en un tono conciliador- y si quiere rellenar el formulario se podrá reunir en breve con sus compañeros de viaje, que ya lo esperan fuera.

Joan al oír lo del terrorista que estaban buscando, y que se parecía mucho a Ben pensó automáticamente en su padre. Pero eso no era posible, ¿podía ser que a su padre lo estuvieran buscando en ese país como si de un terrorista se tratase?, no eso no era posible. Por otro lado Joan había escuchado que en este país era perfectamente habitual ser sometido a unos controles enormes por parte del ejercito, y que aquí si ellos te mandaban callar era mejor que obedecieses, pero la manera en que los habían tratado a ellos había sido totalmente desmedida, por lo que supuso que algo de verdad le estaba contando aquel militar que ahora lo observaba con curiosidad.

Decidió cumplir con lo que le habían pedido y rellenó los formularios que tenía encima de la mesa, que por otra parte resultaron ser una tremenda tontería. Contestó a cosas como por que estaba en el país, que le había decidido a viajar allí, y otras muchas chorradas por el estilo que rellenó sin mucho esmero. Una vez cumplido el ritual, el militar, con una amplia sonrisa le devolvió su pasaporte y las demás pertenencias que llevaba en el bolsillo cuando lo habían detenido.

El militar le indico que a modo de disculpa habían hecho enviar sus maletas al hotel y que ya estaban allí, cosa que Joan le agradeció.

Lo condujeron por una serie de pasillos estrechos hasta una sala en la que lo esperaban sentados su hermano y Ben.

Cameron fue hacia él como una bala y se interesó por su estado, a lo que Joan le contestó que estaba bien. Decidieron salir de allí cuanto antes.

Dos militares los escoltaron a la salida, para que ya no tuvieran que pasar por más controles. Llegaron a la puerta en la que habían estado hacía un rato, y en la que se había producido su detención. Allí les esperaba un taxi por cortesía del aeropuerto, y después de volver a aceptar las disculpas de los militares se subieron a él.

Media hora después cada uno descansaba placidamente en la habitación de su hotel.

El hombre de la boina roja entró en una sala en la que había una cantidad enorme de cámaras de seguridad. Allí sentado ante una mesa de madera, estaba un hombre con un traje negro impecable mirando con detenimiento una serie de papeles que tenía esparcidos por toda la mesa. El del traje no levantó la mirada de los papeles en ningún momento, y el de la boina roja se acercó hasta él y se sentó a su lado.

- Señor, aquí tiene los formularios que han rellenado cada uno de los…" turistas"- dijo el de la boina en tono sumiso-.

- Esta bien déjelos ahí- el del traje le señaló un lado de la mesa vacío, pero sin levantar la mirada de la mesa-.

- Señor, permiso para hablar- dijo el de la boina en un tono muy peliculero-.

- ¡Por dios hombre pregunte y ya está!- contestó el del traje- esto no es una película americana hombre.

- Señor ¿ cree que saben algo?- preguntó este en un tono aún más sumiso que antes-

- Bueno, eso sargento lo sabremos dentro de muy poco- contestó el del traje que seguía sin levantar la vista de la mesa-.

- Ya, pero es que los hemos dejado marchar sin…

- Sargento, Alejandro Magno decía que si querías ganar una guerra, tenias que ir ganando pequeñas batallas- en ese momento levantó la vista directamente hacia los ojos de su interlocutor- y en este preciso instante, aunque usted no lo sepa apreciar, ya hemos ganado la primera.

Omar se levantó de la silla y observó por un monitor como los chicos y el viejo tomaban el taxi.

18

El kurdo sorteaba los coches como si se tratasen de conos situados en la carretera. En ese momento inició un giro brusco que tumbó a Rashid en el asiento trasero del sucio taxi.

- ¡Eh maldito Kurdo, quiero llegar rápido pero de una pieza!- bramó Rashid con rudeza-.

- Señor, usted encárguese de que no me pongan ninguna multa como me dijo, y yo lo llevaré a su destino sano y salvo- contestó el taxista que no desviaba la mirada del intenso trafico que a esas horas atestaba Amman-.

Rashid sudaba como un cerdo dentro de aquella maldita cafetera, pero se alegró -después de su cabreo inicial- de que el kurdo lo hubiese estado esperando en la salida de comisaría, pues eso le estaba haciendo las cosas más fáciles.

Desde que Azid le diese la noticia que el Turco le había mandado, Rashid no hacía otra cosa que abrirse la cabeza pensando en como resolvería aquel entuerto. Si al llegar a la casa de la esposa de ese desgraciado de Abdeb, los albinos no habían llegado, se la llevaría, la pondría a salvo y punto, pero como esos animales ya estuvieran allí…

El Kurdo seguía sorteando vehículos a toda velocidad, y en ocasiones cuando el trafico se hacia demasiado denso para eso, cogía un atajo bruscamente por calles paralelas, en las que se hacía difícil imaginar un coche circulando por ellas. El taxista no desviaba la mirada de la carretera, y conducía con una pericia propia de un piloto de carreras, lo que no influía para que Rashid se aferrara a las barras de sujeción de las puertas con todas sus fuerzas. El policía no quería ni mirar por la ventanilla del coche, ya que cada vez que lo hacía los bloques de edificios y casas bajas pasaban ante él a toda velocidad, y se le ponía la carne de gallina. Llegaron a la quinta redonda (o círculos como los conocen en Amman), que el taxista cogió con rapidez para luego girar a toda prisa por unas calles paralelas en las que ya el trafico era bastante más fluido.

En Amman casi todo el tráfico se distribuye gracias a unas redondas o círculos, que son las que regulan el tráfico y desde donde se pueden ir a cualquier punto de la capital.

El kurdo que se había desviado por el quinto círculo, había ganado ahora en velocidad, debido a que el tráfico se distribuía paralelamente a las calles por donde ellos circulaban en ese

momento. A medida que avanzaban hacia su destino el aspecto de las calles cambiaba paulatinamente. El bonito panorama de edificios color marfil, dejaba paso cada vez más, a una serie de casas de dos plantas con la fachada que en un pasado debían de haber tenido ese bonito color, pero que ahora aparecían desconchadas y con un color más parecido al gris. En las calles ya no se apreciaba esa limpieza que podías ver en cualquier punto del resto de la ciudad, sino que aquí se amontonaban los desperdicios en los cubos de la basura, y se podían ver ocasionalmente zonas en que las casas, por su extrema vejez habían sido deshabitadas.

El kurdo inicio otro de sus bruscos giros y en ese momento avisó a Rashid de que en la próxima bocacalle estaba la dirección que le había dado. El policía se desabrochó los puños de la camisa, que ya estaba empapada casi por completo, y se los subió hasta los codos. Acto seguido sacó la pistola de la funda trasera de su cartuchera y la revisó de forma meticulosa, después la volvió a dejar en su sitio.

Aparcaron a unos cincuenta metros de donde estaba la casa de ese tal Abdeb. Todo parecía estar en calma, pero aún así Rashid notó el duro acero de la pistola sobre sus riñones y eso lo tranquilizó un poco. No se fiaba que en un barrio así la quietud fuese la que imperase.

Bajó del taxi, y le dijo al kurdo que lo esperara allí, y que no se le ocurriese bajar del coche, a lo que el taxista puso una expresiva cara de disgusto.

Avanzó hacia la casa que estaba casi al final de la calle con la espalda siempre pegada a la fachada de los demás pisos, pero intentando no llamar la atención.

Llegó a la puerta del edificio de dos plantas y visiblemente más cuidado y ordenado que los de sus vecinos. La puerta de entrada al edificio no estaba cerrada, por lo que empujó y subió los escalones con la vista siempre fija en los tramos de escaleras superiores. La calma era total y por ello Rashid estaba tan nervioso. Si algo había aprendido después de tantos años era que el dicho de “la calma que precede a la tempestad” era una verdad como un templo.

Llegó a un rellano que dejó paso a un largo pasillo, en el que en tiempos mejores había estado vestido con una moqueta de color verde manzana, y de la que ahora solo quedaban algunos vestigios. La casa del hombre que buscaba estaba al final del pasillo. En la puerta había un pequeño cartel de latón que rezaba “que Ala sea con nosotros”, y debajo una pequeña mirilla que parecía un ojo escrutador. Rashid iba a apretar el botón del timbre cuando se le ocurrió, por simple instinto pegar la oreja a la puerta. El color se le

fue de la cara y al instante se puso a sudar copiosamente.

Había escuchado unas voces que le habían parecido familiares. Rápidamente corrió a la puerta contigua y llamó con mucha suavidad. Casi al instante una anciana sin dientes le abrió la puerta y acto seguido intentó volver a cerrarla de inmediato, pero Rashid se le adelantó y poniendo el pie lo evitó, empujo la puerta y la cerró. Una vez dentro le mostró la placa a la anciana que se tranquilizó un poco. Rashid estaba actuando a la mayor velocidad que podía, pero aun así le pareció ir a cámara lenta.

Corrió hacia la ventana de la vieja, que era de esas antiguas con un marco de madera enorme, y la subió hasta arriba. Una repisa asomaba justo debajo, de un tamaño considerablemente grande, algo por lo que Rashid dio las gracias para sus adentros. Con mucho cuidado puso un pie en la repisa, y cuando lo hubo asegurado sacó el otro.

El aire venia ardiendo, pero Rashid sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Pegado a la pared fue acortando los pocos metros que le separaban de la ventana contigua. Justo cuando estaba a solo unos centímetros, sacó la pistola de su funda y la sujetó con firmeza tratando siempre de no mirar abajo. En realidad la caída no era muy grande, solo de unos diez metros, pero Rashid sentía un pánico terrible a las alturas.

Con sumo cuidado se asomó a la ventana intentando hacer el menor ruido posible. Lo que vio casi le hizo caer de la repisa, hasta el punto de que tuvo que sujetarse con firmeza a uno de los salientes de piedra que decoraban los marcos enormes de las ventanas, y casi deja caer la pistola por el esfuerzo de agarrarse.

En la habitación estaban dos mujeres en el centro de un pequeñísimo salón, atadas a una silla y de espaldas una contra la otra. Parecían madre e hija, pero era difícil saberlo desde la posición en la que se hallaba Rashid. La menor de las dos estaba completamente amordazada, y la que parecía la madre estaba atada con las manos a la espalda, pero con la boca libre. Lloraba desconsoladamente mientras le decía algo -que Rashid no pudo oír- a los dos hombres que en ese momento se estaban ensañando con la casa.

Uno de los albinos, el que parecía el jefe, dejó de buscar y se acercó a las mujeres, se puso muy cerca de la mayor, y después de hablar con ella, le propinó un tremendo golpe en la cara que la hizo caer de la silla. La sangre comenzó a brotar de la boca y la nariz de la mujer mientras seguía en el suelo tendida y llorando como una magdalena. La otra mujer le gritó algo al animal rubio y este la

miró por un segundo con una cara de desprecio que hasta a Rashid le dio asco.

El albino levantó la silla del suelo con la mujer atada, como si no le costara esfuerzo alguno, y se puso a hablarle a escasos centímetros de su cara, pero la mujer ya no lo oía y solo lloraba y miraba hacia otro lado para no encontrarse cara a cara con su atacante. El hombre levantó otra vez la mano para descargar lo que a buen seguro era otro tremendo golpe, pero en ese instante todo se precipitó con tal rapidez que ni Rashid - a toro pasado- supo describir con claridad.

La puerta de la casa en la que Rashid había estado tan solo unos minutos antes, se abrió con fuerza estrellándose en la pared con un sonoro golpe. De ella apareció un hombre pequeño y demacrado que con la cabeza gacha embistió hacia el albino con la velocidad de un rayo, golpeándolo con la cabeza en la mandíbula y derribándolo al suelo entre una maraña de cacharros de cristal que cayeron de la mesa que había detrás del gigante.

Rashid reaccionó de inmediato, tal vez por instinto, tal vez movido por los años de experiencia y que le hacían reaccionar con una rapidez que ni el mismo se esperaba. El caso es que rompió el cristal de la ventana con la culata de su arma e irrumpió en la sala con un estruendo de cristales, sin pensar levantó la pistola hacia el segundo de los gigantes albinos, que había dejado de rebuscar entre los cajones y ahora apuntaba al hombre desconocido que había entrado en la casa por sorpresa pillando desprevenido a su compañero.

- ¡Alto, policía!- gritó Rashid esperando que la voz no le fallara-.

Durante un segundo todos los presentes lo miraron con cara de desconcierto, pero el primero en reaccionar fue el hombre con pinta de vagabundo, que se giró hacia el albino que lo apuntaba con su pistola y de un certero golpe de muñeca se la arrebató casi sin que el hombretón tuviese tiempo de mover un músculo. El albino abría y cerraba la boca como un pez fuera del agua, presa de su desconcierto, y buscando con la mirada a su compañero, que tendido en el suelo y sin sentido poco podía ayudarlo.

Cuando comprendió que no las tenia todas consigo, bajo los brazos dejándolos inertes a ambos costados, y bajando la cabeza esperó a que el pequeño hombre lo amordazara. En cuestión de segundos el hombre que Rashid había visto entrar como una bala por la puerta, había atado con pericia al gigante albino, y ahora se disponía a inmovilizar al otro tipo, que aún yacía inconsciente. Apoyando una rodilla en la espalda del rubio que seguía en el suelo

sin moverse, le ató las manos a la espalda con un trozo de cuerda de nailon, que antes había sido usada para amordazar a una de las mujeres, y acto seguido hizo lo propio con los pies del gigante. Una vez que se aseguró que estaba bien atado, se dirigió hacia la mujer más joven, y en un abrir y cerrar de ojos la había liberado de sus ataduras. Hizo lo propio con la segunda mujer, que ahora lloraba, pero sin emitir sonido alguno y no le quitaba la mirada de encima a su libertador. Les indicó con un gesto de la cabeza que se apartaran, y ellas sin vacilar ni un segundo se apiñaron en una esquina de la habitación, abrazadas y en total silencio.

Rashid seguía con la pistola en alto, pero ahora sin encañonar a nadie, y miraba boquiabierto como actuaba el pequeño hombre desconocido que había irrumpido en la casa de manera tan impactante.

El hombre se afanaba ahora en subir al gigante a la silla para atarlo a ella, pero el albino pesaba demasiado para levantarlo el solo.

Rashid vio como el hombre lo miraba suplicándole con la mirada una pequeña ayuda, pero el policía no estaba dispuesto a bajar la guardia, ni siquiera cuando uno de los albinos ya estaba atado en la silla y el otro inconsciente. El hombre comprendió que no iba a tener un compañero muy cooperativo en Rashid, e hizo un esfuerzo somero para aupar al albino a la silla. Con la cara congestionada por el esfuerzo y el gigante ya subido a la silla, el hombre procedió a inmovilizarlo tal y como hizo antes con su compañero, y en cuestión de un minuto ya había terminado.

Justo en ese momento, cuando ya los atacantes habían sido debidamente neutralizados, el hombre se volvió hacia las dos mujeres y abriendo los brazos las llamó. Las dos corrieron hacia él y se enzarzaron en un tremendo abrazo a tres bandas.

- ¿Pero cariño donde te habías metido?, creía que habías… ohhh y mi primo, pobrecito, ya os dije que…- balbució la mujer de mas edad que seguía llorando desconsoladamente- te quiero mi amor- añadió besándolo por toda la cara-.

- Esta bien cariño, no te lo puedo explicar ahora- decía el hombre que ahora también estaba llorando-. Necesito que me prestes mucha atención y sigas al pie de la letra lo que te voy a decir.

- ¡Noo!- gritó la mujer- ¡ni siquiera pienses que nos vas a dejar solas otra vez!, ¡quítatelo de la cabeza!- y apartándose de él se echó a llorar otra vez-.

- Sina cariño, mírame- y la sostuvo un momento mirándola

directamente a los ojos- ¿crees que yo haría algo que pudiese perjudicaros a ti o a Yanira?- la miró suplicante-. Lo único que te puedo decir es que en poco tiempo esto habrá pasado y los tres volveremos a estar juntos, pero debes hacer lo que yo te diga- continuó-.

- Prométemelo- contesto ella casi en un murmullo-.

- Te lo prometo- dijo él ahora con mas seguridad-, y ahora tú y Yanira debéis iros a…- hizo una pausa y miró a Rashid con un deje de desconfianza-, ¿y usted quien es?

- Soy Rashid, detective de la policía de Amman- reaccionó el policía que todavía seguía con la pistola en alto- y usted debe de ser Abdeb.

- Si soy yo, ¿va a detenerme?- respondió abatido-.

- Me temo que si, pero antes desearía hacerle unas preguntas- siguió Rashid ahora en un tono más… oficial- ¿de acuerdo?

- Estoy de acuerdo, pero con una condición.

- No esta usted en posición de poner condiciones, ¿no cree?

- Si, ya lo sé, pero es que…- miró hacia las dos mujeres- ya ha visto lo que ha pasado aquí, y no me importa lo que me suceda a mi, pero a ellas… entiéndalo- casi suplicó Abdeb- ellas no tienen nada que ver en esto.

- Hummm……- Rashid se rascó el mentón en claro gesto que indicaba que lo estaba meditando, cuando chocó con la mirada de la mujer de más edad, que casi estaba al borde del llanto otra vez- está bien y que me propone.

- Le contaré todo lo que sé, y después iré con usted a donde quiera, si me promete protección policial para mi familia.

- Hecho- exclamó Rashid- y ahora usted y yo deberíamos sentarnos y ponernos al día- dijo sacando un móvil enorme del bolsillo del pantalón-. Me puedo fiar de usted- señaló Rashid a su arma-

- Si señor, no pondré ningún problema.

- De acuerdo, si decidiera…- Rashid se interrumpió por que al otro lado de la línea una conocida voz le contestó con ansiedad-.

- Rashid que coño esta pasando has salido a toda veloc…

- Azid ahora no puedo hablar, pero necesito que mandes inmediatamente una patrulla a la dirección que te voy a dar, es importante.

- De acuerdo tomo nota, pero que es lo que…

- Capitán solo tome nota y mande la patrulla cuanto antes- cortó Rashid -. Después le haré un informe completo, se lo prometo.- y dicho esto le dio la dirección de la casa de Abdeb- y capitán en la

casa hay dos sujetos ya reducidos, pero que son extremadamente peligrosos, y dos mujeres que necesitan protección inmediata.

- Entendido Rashid, la patrulla ya esta de camino, no te voy a hacer más preguntas, pero espero ese informe, ¡y por dios ten cuidado!- y colgó-.

Abdeb que había seguido la conversación con interés, les dedicó una intensa mirada a las dos mujeres y las besó. Con cara de enorme pesar se dirigió hacia el policía y con las muñecas hacia arriba se ofreció para ser esposado. El policía dirigió una mirada al hombre totalmente hundido y sumiso y luego a las dos mujeres que otra vez estaban abrazadas, y desdeño el ofrecimiento.

- Hasta que se demuestre otra cosa no estas acusado formalmente, así que si me das tu palabra de que no vas intentar escapar, eso no será necesario- dijo señalando a las muñecas que Abded le ofrecía -.

- Tiene mi palabra señor- contesto Abdeb con la cara iluminada por la alegría de no tener que ser esposado delante de su familia-.

- De acuerdo entonces, y ahora tenemos que irnos si no queremos que mis compañeros nos vean aquí, y no nos dejen un momento de intimidad a usted y a mí- sentenció Rashid que cogiendo del brazo suavemente al hombre- y ustedes, dijo mirando hacia las mujeres, les aconsejo que bajen a la calle y esperen a la policía allí, donde hay más gente, y ah, por el bien de su marido no le digan a mis compañeros que él ha estado aquí.

Bajaron por las escaleras y se dirigieron hacia la esquina donde el kurdo esperaba con su taxi fumándose un enorme puro.

- ¡Vaya hombre!, parece que hemos pescado bien hoy ¿verdad detective?- preguntó con una sonrisa que le ocupaba media cara, y en la que dejaba ver una dentadura bastante descuidada, mirando hacia Abdeb-.

- Calla maldito Kurdo y arranca ese trasto al que llamas coche- dijo Rashid en un tono duro y que no daba opción a replica- y apaga ese asqueroso puro, o te lo meto por donde más te duela.

El taxista se montó en el coche con la sonrisa aún más ancha, arrancó y salió a toda velocidad por las estrechas callejuelas de Amman.

19

Joan se levantó muy temprano. Por un momento, al abrir los ojos le costó saber donde se encontraba, pero eso le pasaba cada vez que viajaba y se levantaba el primer día en un hotel que no conocía. Embutido entre los enormes almohadones de su cama, logró distinguir el reloj digital que había encima de la mesita de noche de su derecha. Marcaba las 6.30 de la mañana. No era habitual en él despertarse tan temprano, pero tampoco lo era acostarse a las 21,00 como lo había hecho esa noche. Se levantó y fue al enorme baño, en el cual tenia preparadas y ordenadas perfectamente unas muestras de aseo personal al lado del lavabo. Se decidió por probar la lujosa ducha y para ello se agenció de una muestra de gel y champú, dispuesta en preciosas botellitas de plástico azul.

Después de la reparadora ducha se cepilló los dientes con otra muestra de pasta dentífrica y cepillo metido en una bonita funda con el logotipo del hotel y se vistió rápidamente.

Su habitación era la 216. En la contigua estaba su hermano, pero supuso que aún no se habría levantado, así que decidió explorar un poco por su cuenta.

Se metió en el enorme ascensor y pulso la letra B que lo llevaría hasta el vestíbulo. El amplio salón de recepción con sus grandes columnas de color marfil apareció ante su vista cuando el ascensor abrió sus puertas, y por un momento se quedó quieto en medio de la sala admirando la bella decoración.

La amplia sala estaba decorada con un gusto austero pero exquisito. El color del techo y el suelo, que era del mismo tono que el de las grandes columnas que lo flanqueaban, le daba un aspecto de amplitud y sosiego, que junto al hecho de que a esa hora no había nadie por allí, hicieron sentir a Joan una increíble sensación de paz. En el centro de la sala, como para romper un poco la sensación de vacío, estaban situados unos cómodos sillones alrededor de una pequeña mesa de color caoba, y más al fondo se situaba el mostrador de recepción que estaba completamente vacío.

- ¿Le puedo ayudar en algo?- preguntó una voz a su espalda.

Joan se giró bruscamente sobresaltado, y a su espalda estaba un muchacho no mayor que él con la cara granujienta y vestido con un traje de terciopelo rojo salpicado aquí y allá de grandes botones dorados. El chico sonreía con cara de bobalicon a la espera de las instrucciones de Joan, y al ver la expresión no muy amigable en la

cara de éste añadió:

- Lo siento señor si le he asustado, es que… es que creía que me había llamado, lo siento de veras- dijo el chico verdaderamente compungido.

- No pasa nada, de verdad, es que no le he visto y creía que no había nadie- respondió Joan al ver la cara de culpabilidad del chico-.

- No señor, aquí tenemos servicio 24 horas, y si me dice lo que le hace falta yo se lo traeré enseguida- respondió solicito-.

- No gracias, solo voy a dar un paseo para despejarme y vuelvo enseguida- hizo ademán de marcharse pero se dio la vuelta, miró al chico que aún lo observaba, y le dijo- ah bueno, si que puede hacer algo, si pregunta por mí un chico joven o un señor mayor con el pelo blanco, ¿les podrías decir que no tardaré en volver?

- Si claro, señor ningún problema, yo se lo digo- respondió encantado de poder ayudar-.

- Gracias-contestó Joan que se dio la vuelta hacia la puerta del hotel-.

Pasó por debajo de una de las enormes lámparas de araña colgadas del techo, y una vez más admiró el buen gusto de la decoración del hotel. Bajó por unas escaleras en espiral bellamente decoradas con dibujos en hierro forjado y se plantó en la calle, donde nada más salir una ráfaga de viento frío le puso la piel de gallina.

Pensó que como era posible que en un país, donde dentro de tres horas podrían estar fácilmente a 35 o 40 grados, hiciese ese frío por las mañanas. Caminó por la acera del hotel al amparo de unas preciosa palmeras y mirando la bonita fachada del hotel pensó: “vaya con el viejo Ben, desde luego se ha lucido eligiendo el hotel”, y acto seguido comenzó a caminar por calles desiertas y mal iluminadas.

Cameron se puso en pie de un salto, como si alguien invisible le hubiese descargado un buen chorro de corriente eléctrica por el cuerpo. Miró el reloj de la mesilla auxiliar y abrió los ojos como platos.

- ¡Las 9 de la mañana!, pero que me ha pasado.

Se fue directamente a la ducha, y en menos de diez minutos se había afeitado, duchado y vestido. Cogió una bolsa de estilo bandolera (lo que su hermano llamaba maricona), y salió disparado por el pasillo, camino del ascensor.

El ascensor tardó lo que a Cameron le pareció una eternidad, y cuando llegó saltó dentro pulsando repetidas veces la letra B, como si eso fuese a conseguir que el ascensor fuese más rápido. Un pitido agudo hizo saber a Cameron que el ascensor había llegado a su final, y en cuanto se abrieron las puertas salió a toda velocidad hacia el vestíbulo. En su camino se encontró de frente con un chico, que por su atuendo debía de ser empleado del hotel, y frenó su carrera para preguntarle:

- Perdón, ¿ha visto por aquí a un hombre mayor con el pelo blanco, y a un chico joven que iba con él?

- Ah si, usted debe ser el señor Umm… Cameron ¿verdad?- contestó el chico con una gran sonrisa-.

- Si soy yo, ¿los ha visto?- insistió Cameron con impaciencia-.

- Si señor, el señor mayor esta en el comedor, y el señor más joven salió hace ya unas horas.

- ¿Como que salió?, pero a donde…, bueno da igual por donde se va al comedor.

- Pues baje usted por esas escaleras y justo al llegar abajo la sala de la derecha, si quiere le llevo hasta allí- indicó el chico haciendo ademán de acompañarlo-.

- No gracias, no será necesario- dijo Cameron que ya estaba poniendo un pie en las escaleras, y sin mediar mas palabras se giró y empezó a bajar los escalones de dos en dos-.

Al llegar al final de las escaleras, se encontró con una gran puerta corredera con ladrillo visto alrededor en forma de marco y la atravesó, para luego encontrarse con una gran sala en la que en el centro estaba dispuesta una gran mesa con multitud de comida. Más al fondo una serie de mesas redondas estaban perfectamente dispuestas para acoger a los comensales, y casi en el fondo de la estancia se encontraba Ben. Estaba solo y leía tranquilamente un periódico de tamaño más grande de lo habitual. Cameron corrió más rápido hacia él, y Ben cuando lo vio se levantó dejando a un lado el periódico, y con una amplia sonrisa le dio los buenos días y le invitó a tomar asiento.

- Que tal ha pasado la noche joven Cameron, espero que bien por que yo he dormido como hacia años que no lo hacía- dijo éste en un tono totalmente jovial-.

- ¿Donde esta mi hermano?- soltó a bocajarro- ¿por que me ha dicho un chico del hotel que ha salido?

- Buenos días a usted también- dijo con una amplia sonrisa Ben-. Efectivamente su hermano no podía dormir y esta dando una vuelta para conocer un poco más de esta formidable ciudad. A mi tampoco

me avisó, pero dejó un recado rogando que nos lo dijesen si nos veían.

- ¡Pero bueno este crío!- se exaltó Cameron- ¡pero que le pasa!, le podría pasar algo, y luego…

- Tranquilízate Cameron, aquí nadie nos busca, nadie sabe que estamos aquí, y además nadie en su sano juicio intentaría nada a plena luz del día contra un turista, ¡y menos en este país!

- Tienes razón- asumió Cameron que se tranquilizó un poco- además ya es mayorcito, sabe cuidarse solo.

- Exacto, además estamos en uno de los mejores servicios de catering del país, prueba esto- dijo señalando un trozo de una masa redondeada que sostenía envuelta en papel de celofán verde- esta estupendo- añadió mientras le daba un enorme bocado-.

- ¿Que es?, ¿es como una pizza verdad?- pregunto Cameron ya un poco más relajado y poniéndose la extraña masa circular en su plato-.

- No querido Cameron es Za' atar – dijo con una sonrisa- es un plato típico de muchos países árabes.

Cameron cortó una pequeña porción de su plato y se la llevó a la boca sin pensárselo mucho. No era una de esas personas que a la hora de la comida son un poco especiales, a él le gustaba experimentar. Al primer bocado le cambió la cara por completo y volvió a cortar otro trozo, este más grande que el anterior. De dos bocados más dio cuenta de la pequeña pizza en miniatura.

- Esta buenísimo, ¿como me habías dicho que se llamaba?- exclamó Cameron que ya estaba echándole el ojo al trozo que tenia más cercano-.

- Za' atar, y es común aquí en Jordania y también en países como Turquía, el Líbano o el Magreb entre otros.

- ¿Y de que esta hecho?- preguntó curioso Cameron que ya se había agenciado de otro trozo de la mezcla redondeada-.

- Pues en realidad se usa como condimento de comidas, pero mezclado con aceite de oliva sale también este exquisito manjar- y dicho esto dio otro enorme bocado al suyo-. Cada sitio lo hace a su manera, pero se suele hacer con tomillo, zumaque, que aquí se llama Rhus coriania, semillas de sésamo y sal. Generalmente con esta mezcla se hacen anillos de sésamo, que luego mojas en distintas salsas, pero en ocasiones, sobre todo en las cocinas de Oriente Medio se hacen estas pequeñas "pizzas".

- Sea como sea, esta de vicio- contesto Cameron comiendo a dos carrillos, pues la noche antes apenas había probado bocado y tenia un hambre de lobo-.

Hubo un momento que los dos comensales no despegaron la boca nada más que para comer, y en el momento en que Ben le iba a comentar algo a Cameron, una voz familiar sonó justo detrás de ellos:

- Muy bonito, los dos moliendo a mandíbula batiente y sin esperar a un pobre chico que ha salido a dar un pequeño paseo- dijo Joan con los brazos en jarras y simulando cara de cabreo-

Cameron al verlo hizo ademán de levantarse de su silla, pero se lo pensó mejor y se quedó donde estaba echándole otra ávida mirada a otra torta de Za' atar que había en la mesa.

Joan cruzó la gran puerta doble que daba acceso al comedor, y a grandes zancadas se plantó en la mesa con una gran sonrisa en la cara. Cameron abrió la boca para preguntarle algo a su hermano, pero levantó el brazo y con un gesto le indicó que esperase un poco.

Se fue hacia uno de los expositores con comida y cogió un plato en el que seleccionó un trozo de lo que parecía una tarta de queso, un trozo de pan blanco, y una pequeña tetera con un cuenco que contenía una especie de semillas. Una vez surtido con su pequeño botín se dirigió a la mesa y se acomodo en el sitio que quedaba libre.

- ¡Esta ciudad es increíble!- soltó entusiasmado- he estado paseando desde las 7 de la mañana y en dos horas casi la he visto entera.

- Así es Joan, es una ciudad de ensueño- contesto Ben con una sonrisa displicente- no obstante todavía te quedan algunas cosas, que a buen seguro no has podido apreciar en un solo paseo, pero ya las verás.

- He estado en el teatro romano- continuó como si no hubiera escuchado al viejo- ¡que esta excavado en la misma roca!, y además me han dicho que antes era un antiguo cementerio, y luego he paseado por la ciudadela romana, que es donde he visto el museo Arqueológico Nacional que es…

- Alto hermanito- contestó Cameron con una mano levantada- tendrás tiempo de hacerme de guía cuando esto se termine y tengamos localizado a papa, o mejor aún, que nos haga de guía él a nosotros dos ¿que te parece?

La mención de su padre hizo que Joan se diese cuenta de nuevo de porqué estaban allí, y se sintió apesadumbrado.

- Ehh hermanito, no te preocupes que ya he estado hablando con Ben de ese tema y creemos que mañana a lo sumo, tendremos otra vez a papa con nosotros- mintió- pero ahora es hora de desayunar bien y hacer lo que papa nos pidió en su carta ¿ bien?- al ver que su

hermano asentía ya un poco más animado decidió cambiar de tema- ¿ pero que es eso que te has pedido, tarta de queso?, con la de cosas raras que hay aquí y tu vas y te pides tarta de queso.

- Ahora ya sé porqué según nuestra asistenta eres tan guapo, por que la inteligencia se la reservó papa para dármela toda a mí- bromeó Joan- esto, mi querido, guapo, pero ignorante hermano se llama Konafa- concluyó Joan imitando la voz de un mayordomo ingles-.

- Ahh bueno, pues a mi me parece tarta de queso pero con nombre árabe- sentenció Cameron, que con este comentario hizo que los tres prorrumpieran en sonoras carcajadas-.

Joan se comió el dulce de tres rápidos bocados y a continuación cogió la tetera y sirvió tres pequeñas tazas de té oscuro y humeante. Seguidamente dejó la tetera y como si fuera un experto mayordomo añadió unas semillas de cardamomo que antes había molido con las manos previamente. Una vez que hubo distribuido las tacitas delante de cada comensal añadió unas hebras casi diminutas, que olían como el tomillo, y que Joan explicó que le daba al té un aroma más “salvaje”.

- Anonadado me dejas hermanito, ¿cuando has hecho tú un curso sobre como servir el té?- preguntó Cameron divertido-.

- Hay cosas en mi pasado que es mejor que no sepas- dijo este en un tono melodramático. Otra vez rieron a gusto-.

Una vez saciados, Ben se levantó de la mesa y les informó que iba al mostrador de recepción para que le indicaran donde estaba el puesto de cambio de divisas, y que cuando volviera se marcharían, ya que tenían cosas que hacer. El comentario fue bien acogido por Joan que estaba como loco por empezar ya aquella aventura.

Al cabo de diez minutos apareció Ben y les hizo un gesto para que lo siguieran hacia la salida. Solo en ese momento Cameron y Joan observaron detenidamente lo que el viejo había cambiado desde su primer encuentro.

Una camisa y un pantalón corto, todo ello de color negro, contrastaba intensamente con la cabellera leonina y la barba de intenso color blanco. Su cara, en la que apenas se podía distinguir una sola arruga, tenia un color blanquecino. Lo único que rompía la armonía de esa cara, eran unos penetrantes ojos azules, que según desde el ángulo que los mirases tenían un color más intenso o más claro. De aquel anciano enclenque de Barcelona nada quedaba ya, es más, parecía que rejuvenecía a cada momento que pasaba.

La camisa negra se abultaba un poco en la zona de la barriga indicando que ya no era un chaval, pero por el contrario los brazos

eran del tamaño del tronco de un árbol joven. Su aspecto físico era envidiable, y una vez más se sorprendieron del asombroso parecido físico que guardaba con su padre.

Los tres salieron a la calle y el bochorno de la capital del reino Hachemita les golpeó en plena cara. Un taxi de un color amarillo muy chillón ya les esperaba a pocos metros y Ben le dio la dirección del bar Mushadan, donde los esperaba el tal Rahmmat.

20

Las fachadas de los edificios pasaban ante sus ojos a una velocidad que los hacia prácticamente invisibles. Llevaban una media hora conduciendo sin sentido por toda la ciudad de Amman, en la que nadie, a excepción del conductor había hablado ni una sola palabra.

Cuando pasaron por uno de los desvíos de las afueras, uno de los dos hombres que iban sentados en la parte trasera del coche murmuro unas palabras al oído del conductor, que rápidamente se desvió por una salida de la autovía en un brusco giro de volante. Llegaron a un polígono comercial, donde centenares de naves industriales en ruinas yacían derruidas aquí y allá. Otra orden al oído del conductor, y otro giro de volante más. En medio de lo que en su día había sido una gran empresa de marroquinería, se alzaba imponente una nave con todas sus ventanas desnudas, y desprovistas de cristaleras. Las maquinas oxidadas aun se agolpaban en la amplia explanada, a la espera de que algún chatarrero se las llevase de allí. El coche giro en el descampado, rodeo el amasijo de hierros retorcidos de lo que había sido una gran maquina de coser industrial y aparco junto a una gran puerta de entrada de color azul, salpicada de arriba a abajo de manchas de robín.

Inmediatamente después de que el coche apagara el motor, del interior de la nave aparecieron tres hombres que se quedaron plantados a dos metros de la puerta. Acto seguido del interior del coche salio un hombre, vestido con un impecable traje negro. Llevaba un objeto en la mano del tamaño de una caja de puros. Se acerco lentamente al grupo de tres hombres que estaban a unos metros, y cuando llego a su altura, y sin mediar una sola palabra, le entrego al más bajo de ellos un aparato negro, que este miro con sorpresa, y luego con una súbita explosión de ira miro fijamente al hombre del traje negro.

-¿Pero que coño es esto?, ¿es que ni siquiera se va a dignar a hablar conmigo?- dijo el hombre menudo, al que literalmente le salían chispas de los ojos.

El hombre que le había dado el móvil ni pestañeo, y con un gesto lo remitió al móvil que le había dado segundos antes. El tipo se llevo el aparato a la oreja como movido por un resorte y rojo de ira empezó a farfullar por el.

- Oiga, no se que se ha creído usted que…

- ¡Cállese y escuche!- bramo el auricular al otro lado- usted es una mera marioneta, ¿lo comprende? Si usted no quiere acatar mis normas, buscare a otro, pero si decide no hacer mas preguntas de las necesarias, será un hombre muy rico- el aparato se quedo mudo un instante, y al segundo crepito de nuevo-. Bien, y ahora que nuestros papeles están mas claro, pasemos a la acción, no tengo mucho tiempo.

- Esta bien- aceptó a regañadientes- dígame que quiere.

- En la caja que le va a entregar Ross, hay algo por lo que puede empezar a investigar, siga la pista y no me falle- dicho esto y como si el hombre lo hubiese oído, el del traje negro le entrego al otro la caja que hasta ahora portaba en las manos-.

Cuando el hombre hizo ademán de abrirla un grito a través del auricular, lo dejo paralizado.

- No, espere a estar en un sitio a cubierto y usted solo, nadie mas debe ver el contenido de esa caja.

- Pero si mis hombres son como…

- Le he dicho que no, ¿o es que no le ha quedado claro que usted debe hacer lo que yo le mande?

- Si señor- dijo este en un tono sumiso-.

- Bien debemos seguir el plan tal cual ya se lo había explicado, ahora Ross le dará algo que si puede abrir- y acto seguido el del traje negro le entrego un sobre muy abultado-. Bien, como acordamos todo en euros, ¿no es así?

- Así es se…- el hombre se quedo paralizado al abrir el sobre y con una sonrisa de estupefacción hablo por el móvil otra vez- pero señor, esto es… mas de lo que…

- Es para, digamos… “gastos imprevistos”, ¿le parece suficiente?

- Ohh si, es mas que suficiente, gracias.

- Bien, además el paquete contiene algo mas, sáquelo- ordeno la voz-.

El hombre rebusco en el interior, y entre fajos de billetes de 500 euros localizo un sobre color manila, que con dedos temblorosos rasgo por el borde. Dos hojas escritas con letra inclinada y muy refinada, salieron a la luz, y el móvil volvió a emitir aquella voz.

- Bien, esas son mis instrucciones, debe seguirlas al pie de la letra, y recuerde que de donde ha salido el sobre con el dinero hay mucho más.

- De acuerdo señor, no se preocupe, hasta ahora todo marcha según usted predijo, y mis hombres lo tienen todo controlado.

El hombre se dio la vuelta, buscando al del traje negro para devolverle el móvil, pero este ya había desaparecido. El aparato

vibro por ultima vez y dijo unas palabras que solo él pudo escuchar y que le helaron la sangre. Estas últimas palabras sonaron en un fuerte acento alemán, y acto seguido la comunicación se cortó.

21

Le habían dicho mil veces que los taxis de color amarillo, eran los mejores de aquel país. No quería ni imaginarse como eran los peores. El sudor marcaba ya, por zonas, la mayor parte de su camiseta, (una de las miles) de hockey sobre hielo que había comprado en alguno de los viajes con su padre al país de las oportunidades, America. En la ajustada camiseta de Cameron también se apreciaban unas pequeñas marcas color parduzco bajo sus axilas, que por otra parte eran los únicos indicios de calor que mostraba su hermano. Sin embargo aquel calor infernal, parecía no hacer mella en el viejo Ben que lucía su inmaculado rostro, sin una sola arruga visible, limpio y seco como un anuncio de cremas para la piel.

El taxi giró por una estrecha calle, en la que un conductor con menos pericia a buen seguro se habría dejado los laterales en el intento, y con un suave frenazo el taxi paró justo enfrente del bar del amigo de su padre.

Ben pagó al taxista con un pequeño fajo de billetes que parecían recién planchados y acto seguido se bajó del coche por su lado, dejándolos momentáneamente solos con el dueño del taxi.

La calle, terriblemente atestada de pequeños puestos de venta ambulante, bullía de frenética actividad. Joan aspiró los olores clásicos del cuero recién cortado de los puestos de marroquinería. Las fuertes especias que aparecían alineadas unas junto a otras, convirtiendo los puestos en un mosaico de alegres colores, la carne recién cocinada de los puestos provisionales de comida para llevar, unido al murmullo incesante de la multitud, puso por un instante los pelos de punta Joan, que en ese momento pensó que sin mucho esfuerzo podría llegar a amar a ese país.

Cameron y Ben ya estaban entrando en el bar, por lo que Joan dejó atrás sus pensamientos y fue tras ellos.

El bar estaba casi tan atestado como la calle, por lo que renunciaron a sentarse en una de las pequeñas mesas que había dispuestas al fondo. Justo en la zona donde la barra hacia un ángulo de 90 grados para seguir su recorrido hasta el otro extremo, encontraron un sitio donde arrinconarse los tres. Un hombre enorme, que parecía tener pelo en todas partes de su cuerpo excepto en la cabeza, les preguntó con una gran sonrisa algo en árabe. Ben se apresuró a contestarle en ingles, pero inmediatamente

y en un perfecto español les respondió:

- ¿De que parte de España sois?

Los tres se miraron sorprendidos, abriendo la boca sin llegar a contestar.

- No se sorprendan, llevo 40 años viendo turistas todos los días, y he desarrollado un sexto sentido para reconocer, solo por las caras y los gestos de que país vienen- dijo sonriendo divertido al ver las caras de los tres, que miraban al camarero con incredulidad- además de aprender a "chapurrear", ¿se dice así?, en varios idiomas.

- Pues si, yo me tomaría un delicioso té verde de los que tanto presumen en esta tierra- contestó Ben con una amplia sonrisa- y mis amigos tomaran lo mismo.

- Ahh perfecta elección. Lo prefieren aromático o normal.

- Aromático, gracias.

Dicho esto el árabe se fue hacia el centro de la barra, donde empezó a preparar las tres tazas de té.

- Pero que pasa, ¿es que estamos de turismo?- preguntó algo consternado Joan- ¿por que no le decimos de una vez para que estamos aquí?

- Tranquilo Joan primero debemos asegurarnos de que nadie nos esta espiando, y para ello lo mejor es pasar desapercibido- contestó con calma el viejo- además el té verde es una delicia, ya verás.

- ¡Como que espiando!, es que te has creído que esto es la nueva peli de James Bond en versión árabe- dijo Joan que se puso un poco tenso por el comentario de que alguien los podía estar siguiendo-.

- No, no es eso, pero verás, tenemos que tomar algunas precauciones, podría ser que la carta de vuestro padre no solo la hubieseis recibido vosotros, o que además de vosotros la pueda haber visto alguien más antes de ser enviada.

- Tiene razón Joan, no sabemos nada de lo que pasó aquí con papa, y debemos ir con cuidado.

- Si, es verdad, lo siento pero es que me encanta este país y me jode tener que visitarlo de esta manera- se disculpó Joan-.

El camarero volvió, siempre con la sonrisa pintada en la cara, y les dejó delante de ellos tres tazas muy pequeñas con símbolos de color azul dibujados y una enorme tetera humeante de color plata, y después de decir con un cortés "espero que les guste", se dirigió a sus quehaceres detrás de la barra.

Ben tomó un sorbito minúsculo de su té, murmuró algo y acto seguido sacó una estilográfica Inoxcrom del bolsillo interior de su pantalón negro, cogió una servilleta de papel de la barra y

garabateó algo. Un minuto después llamó al alegre camarero y le pidió la cuenta. Para pagar Ben sacó un billete bastante más de lo que era la cuenta, y enrolló la servilleta en él. Llamó otra vez al camarero, que discretamente después de decirles la cuenta había seguido con su trajinar detrás de la barra, y se lo dio con una amplia sonrisa diciéndole que se quedara con la vuelta.

El camarero visiblemente agradecido miró el billete y entonces se dio cuenta del papel enrollado que traía como regalo el dinero de Ben. Sin decir nada, lo arrugó junto con el billete y se los metió al bolsillo como si nada hubiese pasado, y siguió moviendo cachivaches detrás de la barra.

A los dos minutos el camarero se metió en un pequeño almacén que tenía para guardar las bebidas, leyó el papel que le había dado Ben y se lo volvió a guardar en el bolsillo, arrugándolo tanto que parecía como si lo quisiese hacer desaparecer.

El camarero volvió a la barra, donde todavía esperaban Ben y los dos hermanos, abrió la caja registradora, cogió un dinar y se fue hacia Ben con una sonrisa forzadísima.

- Tome su cambio caballero, y gracias por la propina- hizo ademán de marcharse, pero se dio la vuelta y dijo con otra gran sonrisa- ahh, a propósito sobre el té, si le gusta, en el puesto de mercadillo de aquí atrás venden unas bolsitas excelentes- dicho esto se marchó a fregar unos vasos que se le amontonaban en el fregadero-.

Ben le dio las gracias y se levantó ante la mirada atónita de Cameron y Joan, que lo observaban sin comprender nada.

- Pero bueno es que no vamos a…

- Vamos Joan que si quieres te compro una bolsa de té para ti también.

Joan lo miró sorprendido, pero por la expresión de la cara del viejo supo que allí pasaba algo y desistió de preguntar más.

- De acuerdo abuelo, si lo pagas tu si que quiero esa bolsita de té- dijo haciendo énfasis en la palabra abuelo para intentar chinchar a Ben- ahh y tenga cuidado que con la cadera como la tiene se puede hacer daño con ese escalón.

Ben comprendió la broma de Joan y a punto estuvo de echarse a reír, pero se aguantó la carcajada. Desde luego aquel chaval era calcado a su padre.

Salieron a la calle y caminaron hacia la esquina del bar, que era donde estaba el mercadillo callejero que antes había estado admirando Joan. Doblaron a la izquierda rodeando el edificio viejo y desconchado y se encontraron de repente con una marabunta de

gente que iba y venia correteando por los puestos. En esta parte del mercadillo las tiendas se arracimaban más unas a otras casi dejando espacio solo para que pasara una persona entre ellos, pero aún así, la calle bullía de frenética actividad.

A duras penas vislumbraron a un hombre que les hacía señas desde una pequeña puerta de hierro oxidado detrás de un puesto de pequeñas carteras de piel.

El camarero les llamaba con nerviosos gestos, mientras que los turistas y comerciantes seguían con sus acalorados regateos y disputas intentando obtener un precio conveniente para ambos. Se apresuraron hacia el lugar donde los esperaba el camarero sin parar de hacer señas y mirar alternativamente a derecha e izquierda. Una vez llegaron a su altura los empujó por la puerta y con rapidez cerró tras ellos, dejándolo todo tan oscuro como la boca de un lobo. La idea de una trampa cruzó por la cabeza de los tres instantáneamente, pero rápidamente fue desechada cuando las luces de un intenso color amarillento hicieron acto de presencia.

El camarero visiblemente nervioso, sudaba a mares y se retorcía las manos con fuerza. Después de mirarlos a la cara uno por uno, les indicó con un gesto que lo siguieran para conducirlos a otra sala más oscura y con mucha menos luz que la anterior. Una vez allí se acercó a una desvencijada mesa llena de polvo, y le dijo a Ben que le mostrara lo que habían venido a enseñarle. El viejo sacó una caja de puros cubanos de la mejor calidad, la abrió y extrajo de su interior algo envuelto en paños de cocina de lo más normales, los colocó encima de la mesa y como si de una bomba se tratase, fue retirando los paños con el mayor cuidado posible. Una vez hubo descubierto por completo el objeto, se retiró para que el camarero lo admirase.

El hombre se acercó a la mesa, y nada más ver el objeto que descansaba en ella, abrió los ojos de tal forma que Joan al verlo casi no pudo reprimir una carcajada. El camarero se retorcía ahora las manos hasta el punto que Joan pensó que si le colocaba dos naranjas en ellas exprimiría un zumo en cuestión de segundos, y otra vez sintió un ataque de risa que a duras penas pudo reprimir.

Durante varios minutos el camarero observó la pieza de cerámica tan de cerca que la punta de su nariz se llenó de polvo rojizo, y cuando levantó la vista la sonrisa que tenía en la cara dejó fuera de combate durante unos segundos a sus anonadados invitados.

- ¡Esto es maravilloso, maravilloso, sin duda es maravilloso!- decía fuera de si el hombre, que continuamente se daba la vuelta y

examinaba otra vez la cerámica- un hallazgo…no, sin duda el mayor hallazgo…

- Eh eh, espera un momento fitipaldi y no corras tanto- cortó Joan que ya se estaba hartando de los desvaríos del árabe- que es, y por que mi padre lo considera tan valioso como para correr algún riesgo por él.

La mención de Joan de su padre y la de correr algún riesgo tocaron algún mecanismo dentro del camarero, que otra vez empezó con el tic de las manos y a mirar nerviosamente hacia todos los rincones del almacén, como si detrás de las cajas de bebidas fuese a salir alguien en cualquier momento.

- ¿Que le ha pasado a Richard?- preguntó con la voz entrecortada el hombre-.

- De momento nada, pero es importantísimo averiguar que es ese trozo de cerámica para que eso siga así.

- ¿Le habéis matado?- preguntó con horror el camarero con la cara descompuesta- yo no… yo no se nada, solo…

- Que no hombre, que no es lo que crees- terció Cameron que por primera vez intervenía en la conversación- Richard es nuestro padre, y nos envió esta…cosa a mí hermano y a mi con instrucciones de verlo a usted.

- Si eso es, pero además recibimos una carta hace unos días diciendo que lo tenían…"retenido", y que les diésemos lo que buscaban o si no…- en este punto Joan no pudo continuar y Ben siguió con la explicación-.

- Si, y ahora necesitamos saber que es esto y quienes son los hombres que tienen prisionero a Richard.

Tras esta explicación Rahmmat pareció serenarse un poco, se sentó en una caja de Sprite vacía y bajó la vista al suelo mirándose los zapatos de piel que ya estaban en su segunda o tercera vida. Ben y los dos hermanos lo imitaron y se hicieron con sendas cajas de coca cola vacías a modo de taburetes.

- Así que comprenderás por qué este asunto es tan importante- dijo Cameron-.

- Ya le dije que este asunto era peligroso- contestó Rahmmat con la vista todavía en la suela de sus zapatos- me dijo que tenia algo increíble, y yo no le creí.

- ¿Cuando habló por última vez con nuestro padre?- preguntó Joan-.

- Siempre me decía lo mismo- siguió el camarero que hizo como si no hubiese oído a Joan- siempre me decía que había encontrado el mayor hallazgo de la historia, por eso ya nunca le creía, pero esa

vez…

- ¿Que pasó esta vez?- preguntó intrigado Joan-.

- Esta vez vinieron esos hombres, esos… animales- su voz se quebró en la ultima palabra- me hicieron preguntas, pero yo no les di importancia, muchos extranjeros hacen preguntas.

- ¿Y que pasó Rahmmat? ¿quienes eran esos hombres?

- No lo sé, solo sé que esa noche entraron a mi bar, cuando ya no quedaba nadie y estaba cerrando dos encapuchados- sollozó un poco- y me destrozaron todo lo que se podía romper.

- ¿Y que te dijeron?- preguntó Cameron que de puro nervio estaba sentado al borde de la caja de bebidas-.

- Nada.

- ¿Como?, te destrozan el bar y no te dicen nada, pero eso no…

- No, si que dijeron pero no a mi. Como ya os he dicho llevo muchos años en este bar y he aprendido a escuchar a mucha gente. Cuando se cansaron de dar palos a todo el bar, se pusieron a hablar entre ellos, pensando que yo no los entendía, pero si que los entendí.

- ¡Pero coño, dinos ya lo que dijeron de una vez!- saltó Joan que estaba de los nervios, pero una mirada de reproche de su hermano lo hizo callar-.

- Vale, lo siento- se disculpó el camarero-. Hablaban alemán, pero con un acento muy marcado, posiblemente Austriaco, no lo sé, el caso es que nombraron a Richard y también a un tal Abdeb. Yo estaba muy nervioso, y por eso no me fije más en la conversación, pero si que escuché que allí no estaba lo que buscaban, que si no, yo ya me hubiera…" cagado" si, así es exactamente como lo dijeron. Para asegurarse, uno de ellos se acercó hasta mí, y me preguntó por la "guía" del doctor Smith. Yo no entendía lo que querían, así que les dije que yo no tenía nada de Richard, entonces me golpearon hasta que se hartaron y después se fueron.

- ¿No dijeron nada más?- interrogó Cameron-.

- Si, si que dijeron y eso que dijeron después es lo que más me asustó.

- ¿Y?- dijo impaciente Joan-.

- Después de golpearme todo lo que les dio la gana, uno de los dos hombres recibió una llamada por un teléfono móvil, solo capté algo de la conversación que estaba manteniendo por telefoto, pero lo que si escuché, y muy claramente, fueron las palabras: "aquí no hemos encontrado la tablilla, el camino hacia el arca aun no esta decidido".

- Un momento, ¿eso que se supone que quiere decir?- preguntó

Joan que no entendía nada de lo que decía el árabe-.

- Esta muy claro joven Joan- dijo con la cara muy seria Ben- la gente que tiene a tu padre busca el Arca de la Alianza, y creen que Richard sabe donde está.

Tras las palabras pronunciadas por Ben un silencio incomodo hizo acto de presencia. Cada uno parecía necesitar su momento de reflexión para poder digerir aquellas palabras del viejo, y sacar cada uno sus propias conclusiones.

El silencio solo duró un momento, por que el camarero, como si despertara de un sueño, se levantó de su improvisada silla y se acercó a la mesa donde descansaba el trozo de cerámica que Ben había dejado antes allí. Unos segundos después el ánimo del árabe volvió a cambiar repentinamente.

- Pero esto es… esto es maravilloso, si desde luego es maravilloso- no cesaba de repetir otra vez fuera de sí-.

- Otra vez tío, te repites más que el ajo- sentenció Joan con aire cansino-.

- ¿Perdona que has dicho?, no te he entendido- respondió el árabe con extrañeza-.

- Nada tío, no he dicho nada- contestó Joan-.

- Señor acérquese- instó el árabe a Ben- tengo algo que enseñarle.

Ben se levantó con aire cansino, mezcla de preocupación mezcla de impotencia ante la difícil situación que se les presentaba. Se acercó al camarero que tenía otra vez la punta de la nariz pegada a la tablilla de cerámica.

- Dime ¿que es lo que quieres Rahmmat?

- Señor, ve usted estos puntos pequeñísimos aquí, y aquí- dijo el árabe señalándole unos diminutos puntos en las esquinas de la tablilla- los ve eh, señor mírelos bien.

- Si… claro, son estos que hay aquí, a ver… estos me dice- dijo Ben señalando las pequeñas incisiones-.

- Si señor esos son- el árabe miraba ahora fijamente a Ben con una gran sonrisa en su muy regordeta cara, y viendo que Ben no decía nada decidió continuar él mismo- eso señor son… como decirlo…coordenadas, si, así se dice creo.

Por los rostros de Joan, Cameron y Ben cruzaron una especie de incomprensión, y extrañeza, que al árabe no le pasó inadvertida. Sabiendo que ese era su momento de gloria el árabe dejó trascurrir unos segundos paladeando su gran momento, y después comenzó a dar las pertinentes explicaciones.

- Verán señores, este trozo de cerámica no es único en si mismo,

es parte de un trozo mucho más grande- hizo otra pausa, realmente estaba saboreando ese momento-. Si, lo averigüe cuando vi estos pequeños puntitos.

- ¿Que son esos puntitos Rahmmat?- preguntó Cameron-.

- Pues verá señor, antes, hace muchísimos años no existían los mapas como tal, pero si que existían muchas cosas que esconder. Los egipcios inventaron, aunque casi todo el mundo sabe que ya se utilizaba este método mucho antes, las salas secretas llamadas "cámaras de mapas". El papel era fácilmente detectable y destructible, así que los antiguos egipcios pensaron en otra forma más a su "estilo".

Los egipcios, como todo el mundo sabe, eran adoradores del dios Ra, el sol y todo lo relacionado con él, era siempre visto desde un punto de vista, digamos divino. Un consejero de la corte ideó un sistema que podía solucionar el problema de la ocultación de tesoros de forma divina, y entonces inventó esas salas de mapas, los cuales mostraban a todo aquel que supiera la forma de verlo el emplazamiento de los tesoros utilizando reflejos del sol, por medio de espejos o cristales estratégicamente colocados.

- Si eso esta muy bien Rahmmat, pero que tiene eso que ver con la tablilla que tenemos aquí, no estamos buscando tesoros egipcios- argumentó Cameron-.

- ¡ Pero bueno joder!, es que nadie se da cuenta de que eso solo pasa en las películas, todo esto no son más que paparruchas- dijo Joan visiblemente enfadado con el cariz que estaba tomando la conversación-.

- Disculpen si mi entusiasmo hace que me desvíe del tema que nos ocupa, pero es que solo lo decía a modo de introducción- se disculpó el árabe-. Señor Joan no son cosas de película, las cámaras de mapas existen y la más representativa esta en Abu Simbel como sin duda conocerán- dicho esto hizo otra corta pausa para dar tiempo a los tres a recordar, y luego continuó- pero éste no es el caso. Antes, como ya he dicho ya se utilizaban estos métodos, imaginen en la época del profeta Moisés un mapa del tesoro tallado y transportado en piedra, seguro que era muy difícil de llevar en cualquier bolsa de viaje- ironizó el árabe- por lo que en aquellos tiempos se utilizaban las grutas, cuevas y rendijas como improvisados mapas, que se disponían de tal forma que solo los pudiese descifrar un erudito en el caso de ser descubiertos.

- Que quiere decir, que Moisés, o Salomón o cualquiera que tuviera algo valioso que esconder lo iba dejando por ahí tirado en una cueva, esperando que el más listo que llegara se lo llevara a su

casa- dijo Joan en tono irónico que a nadie se le escapó-.

- Así es señor, pero con algún matiz. Solo se escondían piezas realmente valiosas, y no se dejaban en el olvido. Esas salas de mapas solo decían algo si eras capaz de interpretarlo, y naturalmente el código utilizado en cada caso solo era conocido por el mismo que lo diseñaba o en su defecto por alguien designado para ello.

- Bien Rahmmat, entonces suponiendo que lo que tenemos aquí es una pieza de una sala de mapas, ¿como lo interpretamos?, quiero decir que no sabemos donde esta el resto de la tablilla y tampoco como interpretar esas coordenadas- preguntó Ben-.

- Eso es algo que yo no puedo contestar, tal vez solo lo pueda hacer mi buen amigo Richard- comentó bajando los ojos al suelo visiblemente apenado-.

Tras este comentario, todo quedaba dicho, así que Ben recogió la tablilla con mucho cuidado y le dio las gracias a Rahmmat.

Cuando ya estaban cerca de la puerta de salida el árabe cogió a Ben del brazo y le dijo:

- Señor, lo que usted lleva bajo el brazo es algo muy importante créame, y siento no haber sido de más ayuda, pero lo que si les puedo decir es que los símbolos que aparecen en la tablilla son de origen antiguo, no se distinguen bien pero lo que si sé es que están escritos en Arameo, la lengua del Señor, que necesitan algo para descifrarlos, y que un sitio tan bueno como cualquier otro para buscar puede ser el museo arqueológico nacional de Amman. Allí se encuentran soluciones a muchos enigmas.

- Bien, gracias Rahmmat así lo haremos, cuídese.

- No soy yo el que corre peligro.

Y dicho esto se marchó hacia la parte interior del almacén que comunicaba con su bar. Salieron de la habitación y de inmediato un súbito estallido de olores, calor y griterío les llegó procedente del mercadillo de la calle. Llamaron a un taxi y se marcharon del local de Rahmmat, sin saber que esa sería la última vez que verían al árabe con vida.

La mujer gritaba en árabe sujetando una enorme manzana en su huesuda mano, pero el turista apenas la miraba. Su atención estaba centrada en los tres hombres que acababan de salir de una pequeña puerta de hierro situada a la espalda de uno de los puestos. El hombre compró la manzana dejando una buena propina a la mujer, que se lo agradeció con ostentosas inclinaciones al estilo árabe

aunque el turista ya se había alejado sin prestarle mucha atención.

El hombre caminó despreocupadamente entre la maraña de turistas y nativos que iban y venían por el mercadillo regateando con los comerciantes a grito pelado. Las oscuras gafas de sol marca Rayban ocultaban sus ojos. Caminó lanzando la manzana al aire y recogiéndola con la misma mano con aire ausente. Se dirigió hacia un puesto donde vendían artículos como zapatos, carteras, bolsos e incluso alfombras. Al verlo acercarse, un niño de unos doce años lo llamó a gritos mostrándole una alfombra de intrincados dibujos de color rojo sobre un fondo negro, pero el turista ni lo miró a la cara. En lugar de ello lanzó una moneda al suelo que el niño se apresuró a recoger, pero cuando levantó la cabeza contemplando su botín, el turista ya no estaba.

Tras la tela del puesto de alfombras, al resguardo de miradas indiscretas, el hombre sacó de su fino tres cuartos de piel una pequeña cajita similar a una pitillera, tiró la manzana al suelo, y con la rapidez y presteza de un mago de televisión, sacó dos pequeñas varillas de metal muy brillantes, casi del mismo tamaño, pero con diferentes formas. Introdujo una de ellas por la parte superior de la oxidada cerradura, y otra un poco curvada en su extremo, por la parte inferior. Con dos ligeros movimientos de muñeca hacia arriba y hacia abajo sonó un “clack” perfectamente audible, y con toda la tranquilidad del mundo guardó las varillas metálicas en la cajita, empujó la puerta y entró en el almacén de bebidas de Rahmmat.

22

El taxista, apoyado en su coche se afanaba en liar un enorme cigarrillo, esparciendo pequeñas briznas de tabaco por el capó del coche. Unos cincuenta metros más abajo, y con el sonido de los vehículos que circulaban por la autovía cercana, Rashid y Abdeb hablaban sin que el taxista pudiera escuchar nada de lo que decían.

- Bien Abdeb, dame una sola razón por la que no debería meterte ahora mismo entre rejas- preguntó el policía que se estaba encendiendo uno de sus Marlboro, con algo de dificultades por el aire que corría bajo el puente donde estaban-.

- La única razón que le puedo dar detective, es que yo no he hecho nada malo- declaró Abdeb casi en un susurro-

- Ya- dijo el policía dando una profunda calada a su cigarrillo- eso es lo que dicen todos, lo siento pero no me vale, necesito algo más.

- Está bien, pero solo le puedo contar lo que me ha sucedido, y luego usted juzgue- contesto Abdeb mirando esta vez al policía a los ojos-

- De acuerdo habla.

- Vale, pues todo empezó con el profesor americano…

- ¿Que profesor es ese del que me hablas?- preguntó intrigado Rashid que ya era la segunda vez que oía hablar de ese supuesto americano que no conocía- y Abdeb, cuéntame la verdad, por que lo único que me ha impulsado a no meterte en la cárcel hasta ahora es que tengo muchas dudas sobre este caso y necesito respuestas de verdad.

- ¿De que me serviría mentirle detective?, mi situación ya es bastante mala en este momento como para mentirle a usted- dijo apesadumbrado el hombre-.

- Esta bien comienza y desde el principio- dijo Rashid en un tono que intento que fuese condescendiente aunque no le salio del todo bien-.

Abdeb se sentó en una gran piedra olvidada allí por los constructores del gran puente que cruzaba la autovía y se dispuso a relatarle al policía su historia.

Comenzó por el principio, cuando descubrió la pequeña cueva en el monte. Luego continuó con su encuentro con el profesor americano y el encargo que éste le había realizado. En el punto de la muerte de Nami, hubo de detenerse, por que aún después de

haber pasado ya unos días todavía le asustaba recordar la escena. Lloró. El policía lo escuchaba con absoluta displicencia y no intervino en ningún momento en el relato, ni siquiera para consolar al pobre de Abdeb, al que se le estaba haciendo difícil contar por primera vez su historia. Luego relató como había bajado el cuerpo de Nami desde el monte, con mucho trabajo, y como lo había llevado al hospital.

En este punto Abdeb se puso un poco nervioso, y Rashid adivinó que el hombre claramente sabía que al huir del hospital había cometido un error, convirtiéndose en el principal sospechoso. El policía decidió intervenir para saber el por qué de la huida.

- Abdeb, ¿si no habías hecho nada malo, por que huiste del hospital?- preguntó Rashid-.

- ¿Cómo?- dijo el hombre con cara de verdadero asombro- ¿huir? ¿del hospital?, yo no huí del hospital, sería lo ultimo que hubiese hecho, de no ser…

- ¡Venga Abdeb no me vengas con monsergas!- bramó el policía- me estoy cansando de las mentiras, y eso no te conviene.

- Le digo la verdad detective, no huí del hospital- contestó muy azorado el hombre- nunca hubiese abandonado a Nami, debe creerme.

Rashid miró al rostro del hombre que tenía delante, y por primera vez se dio cuenta de que en aquel asunto había algo gordo, y el menos culpable de todos era el hombre que tenía delante. No sabía como lo sabia, pero así era, y en esas cosas Rashid pocas veces se equivocaba. Decidió actuar de otra forma.

- Esta bien, ¡llámame loco!, pero te creo, y entonces ¿que pasó?

Abdeb se tranquilizó un poco después del súbito ataque de confianza del policía y le pidió a Rashid un cigarrillo.

- ¿ Pero tu fumas?- preguntó Rashid-

- No, ya no, lo dejé hace unos meses, pero ahora lo necesito más que un vampiro la sangre.

Rashid se le quedó mirando, y como si los dos lo hubiesen ensayado desde hace meses explotaron al mismo tiempo en una carcajada que resonó en todo el apartadero donde estaban. Casi al instante, el taxista que estaba cómodamente instalado en el capo de su coche, saltó hacia arriba y echó a correr hacia ellos con la cara desencajada.

Rashid le indicó con un gesto que se detuviese:

- ¡Donde coño vas maldito kurdo ignorante!- aúllo Rashid aun con una gran sonrisa en los labios-

- Yo pensaba que… es que he escuchado gritos y…- balbució el

taxista-.

- Pues no eran gritos, vuelve al coche y espéranos allí, y… ¡espero que eso que estas fumando sea solo tabaco o te voy a meter un paquete que te vas a cagar!

El taxista se quedó un instante sin moverse y cuando comprendió que todo estaba bien, gritó un insulto en árabe, y riendo a mandíbula suelta volvió al capó de su taxi y tendido boca arriba siguió fumando con la cara vuelta al sol de la mañana. Rashid y Abdeb volvieron a estallar en carcajadas, y ese pequeño momento contribuyó mucho a descargar la tensión que había entre ellos. El policía sacó un paquete de Marlboro totalmente nuevo, tiró del fieltro de plástico que lo recubría y le dio un cigarrillo a Abdeb, luego se caló otro entre los labios y como si de la nada hubiese surgido una pequeña llama apareció ante los ojos del árabe.

- Sabes lo más gracioso, ¡yo me estaba dejando esta mierda!- dijo con amargura el policía- pero cada vez que lo dejo el reenganche es mayor que antes.

- Te entiendo, yo solo siento placer cuando me fumo uno a escondidas o cuando no debo hacerlo- admitió Abdeb dando una enérgica calada- supongo que en eso consiste el vicio y la culpabilidad, que a veces van unidas con el placer.

Abdeb y el policía se miraron, y por un momento se sintieron conectados, como si se conociesen. Tal vez en otras circunstancias podrían haber sido buenos amigos.

El policía hizo un gesto a Abdeb de que continuase con su historia y el hombre dando una última y fuerte chupada al cigarrillo, continuó donde lo había dejado:

- Si, a ver… íbamos por…- intentó retomar el hilo de la conversación donde lo habían dejado- por lo que sucedió en el hospital ¿verdad?- tras el gesto de asentimiento del policía Abdeb continuó-. Pues lo que pasó allí fue la confirmación de que en algún lío gordo me había metido.

- ¿Y eso por que?

- Pues por que cuando llegué con Nami al hospital, no me preguntaron nada en especial, solo que quien era yo y cual era mi parentesco. Yo pensé entonces que una persona que lleva un muerto a un hospital, aunque en ese momento no sabía que Nami había muerto ya, seria interrogada más a fondo. Luego estuve una hora en la sala de espera sin ninguna noticia, y yo ya estaba desesperado, así que me fui a la sala donde estaba información y me encontré a dos hombres enormes hablando con la enfermera que me había atendido.

- ¿Dos hombres, eran nuestros amigos los albinos?

- Si, los mismos que estaban esta tarde en mi casa. Al principio no le di importancia, pero después de una hora ninguno de los dos me había quitado el ojo de encima, y yo me empecé a poner más nervioso de lo que ya estaba.

- Entonces fue por lo que huiste ¿verdad?, esos hombres te asustaron- dijo comprensivamente el policía-.

- No, ya le he dicho que yo no huí. Lo que pasó después no lo tengo muy claro por que fue muy rápido, pero se lo explicaré lo mejor que pueda. Mi nombre sonó por la megafonía del hospital diciendo que si quería ver a Nami fuese a la consulta numero 5. Yo me alegré mucho, por que al parecer ya estaba mejor, y corrí hacia la consulta. Los dos hombres rubios se levantaron de un salto, y me siguieron por todos los pasillos. Al llegar a la sala donde tenían a mi primo sentí un golpe tremendo en la parte de atrás de la cabeza y me desmayé. Antes de perder el conocimiento, y desde el suelo vi como detrás de mí entraron los hombres rubios y al momento también estaban en el suelo conmigo. Uno de ellos intentó decirme algo, pero antes de que pudiera hacerlo se desmayó, y después lo hice yo.

- ¡No entiendo una mierda de lo que me estas contando! Me quieres decir que te golpearon, y encima después de llamarte para ver a tu primo, ¡que ya estaba muerto!

- Si, eso es lo que…

- Y además ¡ni siquiera fueron los albinos!- cortó Rashid que ya se estaba poniendo de color morado de la furia que lo estaba empezando a invadir- entonces ¿quien coño eran, los médicos que estaban cabreados por que no habías llevado la tarjeta de la seguridad social?, ¡venga hombre no me jodas! Con lo bien que íbamos, y ya empezamos a tocar los huevos con las mentiras.

- ¡Te vas a callar la boca de una puta vez!- explotó Abdeb, rojo de ira- ¡te estoy intentando contar lo que pasó, y tu no paras de joder la marrana!- nada más pronunció la ultima palabra bajó la cabeza y lleno de arrepentimiento dijo en voz muy bajita- lo siento, pero es que…

El policía lo miro de hito en hito, sacó otro Marlboro de su cajetilla y después de darle una enorme calada explotó con una carcajada que pilló de sorpresa hasta a los pájaros que habían en un poste de la luz cercano.

- Esta bien ¡joder ya somos amigos! y debería concederte más margen de duda, lo siento, continua- e hizo un gesto indicando a Abdeb que siguiese con la historia-.

- Ejem… vale- carraspeó Abdeb atónito ante la reacción de Rashid- pues como te iba diciendo, el golpe me llegó desde atrás y no vi quien lo hizo. No sé el tiempo que pasó desde que me golpearon, pero no tuvo que ser mucho por que cuando me desperté vi con el rabillo del ojo la fachada del hospital. Justo a mi lado, tendido, estaba uno de los hombres rubios que antes había visto en la sala de espera del hospital. Yo no levanté la cabeza, por miedo a que me volviesen a golpear, pero abriéndolos de vez en cuando supe que estábamos dentro de una ambulancia.

- ¿Una ambulancia?- el policía puso los ojos en blanco- pero que mierda es esta, ¿quien querría secuestrarte y meterte en una ambulancia?, ¡esto es de locos!

- Eso es lo que yo me preguntaba tendido en el suelo de aquella ambulancia, pero no tardé mucho en enterarme, pues ellos pensaban que yo todavía estaba inconsciente y escuché retales de la conversación que estaban manteniendo y…

- ¿Escuchaste lo que decían? ¿Quiénes eran? ¿quien es capaz de secuestrar a alguien en un hospital, y por qué?- preguntó Rashid cada vez más intrigado e incapaz de contener la curiosidad-.

- Solo escuché trozos de conversación por que yo estaba tirado en el suelo en la parte trasera de la ambulancia, y ellos estaban en la parte delantera, pero lo que si oí claramente fue…

Un agudo pitido sonó justo en ese momento, y los dos dieron un respingo asustados. El pitido sonó más fuerte y más penetrante otra vez, y tubo que ser en el tercer pitido cuando Rashid se dio cuenta de lo que pasaba. Su móvil estaba sonando. Enfadado lo sacó de la funda de piel negra donde lo llevaba colgado de la cintura, miró la pequeña pantalla donde aparecía un numero bastante conocido y pulsó el botón verde para aceptar la llamada. Casi sin dar tiempo a contestar, una voz nerviosa vibró al otro lado del aparato.

- ¡Rashid donde coño estas, llevo intentando llamarte desde hace diez minutos!- tronó la voz de Azid desde el otro lado del móvil-.

- Lo siento jefe debe de ser la cobertura, ya sabe… esta mierda de los móviles nunca son fiables- contestó azorado Rashid-.

- ¡Me importa una mierda tu móvil y la cobertura!, no sé donde estas, ni lo que estas haciendo, pero te quiero junto a la comisaría numero dos en diez minutos.

- Pero jefe estoy muy ocupado, además estoy haciendo muchos progresos en lo de…

- Si no quieres estar patrullando mañana mismo vestido con el traje de los domingos de mi mujer ¡MUEVE EL CULO YA!- gritó como un poseso Azid- ahh y cuando llegues allí me llamas al móvil-

y colgó-.

Rashid guardó el móvil dentro de su funda con los labios muy apretados, producto de la rabia, fue hacia Abdeb y le dijo:

- Vámonos, ya me contarás el resto por el camino.

Sin esperar respuesta se dirigió hacia el taxi, donde todavía estaba el kurdo fumando boca arriba en el capó del coche.

- Arranca este maldito trasto o te meto ese cigarro por el culo, perezoso de mierda- espetó de malos modos Rashid-.

El taxista se levantó de repente, en su cara se formó una amplia sonrisa, y mirando hacia Abdeb que venía corriendo detrás a pocos metros dijo:

- Que pasa detective ¿problemas con su novio?

- ¿Sabes que? Estoy deseando meterte algo, lo que sea, por ese asqueroso y gordo culo tuyo, así que si dices otra palabra más, me daré ese gustazo, anda di algo por favor- pidió el policía en tono suplicante-.

- Bueno… creo que lo de mi culo lo dejamos para después, ahora arranco ¿vale?

- Vale – contestó Rashid metiéndose ya dentro del taxi-.

El taxista esperó hasta que Abdeb llegara hasta ellos y con una sonrisa le dijo:

- ¡Buff madre mía no quiero ni saber como se pondrá cuando le cuentes que no le vas a regalar nada para vuestro aniversario!

- ¿Queee?- dijo extrañado Abdeb-.

- Nada, que te metas en el coche.

El kurdo arrancó el taxi, y salió a toda velocidad del terraplén de tierra donde hacia unos segundos había estado aparcado, creando una gran nube de polvo, y se perdió de nuevo en el caótico tráfico de la capital Jordana.

El calor era insoportable. Los pies estaban por completo llenos de ampollas y los labios ya hacía rato que se le habían agrietado. Por culpa de la ropa, que estaba hecha pedazos, no había sido capaz de conseguir que ningún coche lo recogiese, aunque también había podido influir el parecer un loco peligroso.

El pelo, que normalmente le caía sobre la nuca, ahora aparecía apelmazado y formando greñas debido a la suciedad y el calor, y la barba de varios días contribuía a completar el aspecto de un vagabundo. El hambre y la sed tampoco ayudaban, ya que los mareos constantes que sentía, lo hacían parecer un borracho.

Él estaba acostumbrado a situaciones extremas, pero las malas

condiciones en las que había permanecido en los últimos días, habían mermado bastante su condición física. Lo único que lo mantenía caminando sin parar ni un segundo, era la idea de que sus hijos corrían peligro, un peligro hacia el que él mismo los había conducido. Por ese motivo no se permitía el lujo de desfallecer, pese a que tenía unas ganas enormes de dejarse caer en el suelo y dormir hasta que alguien lo encontrase allí tirado.

El olor de la comida cocinada en plena calle le despertó el estomago con unos aullidos bastante fuertes. Sintió nauseas y durante un segundo se le nubló la vista. Era increíble como tu cuerpo te avisaba de que estaba llegando al límite de su resistencia.

Reconoció la zona por donde estaba caminado. Ya quedaba poco, y cuando llegara a su destino toda esta situación cambiaría por fin.

Dos enormes maceteros situados a la puerta de un cine le indicaron que el final de su camino estaba al doblar la esquina de esa calle. La primera vez que vio esos maceteros pensó que eran horribles, ahora su simple visión le había provocado una alegría tan profunda que casi se le doblan las piernas.

Llegó al final de la calle, dobló la esquina y lo que vio le hizo perder el equilibrio, vomitó y se dejo caer en un portal derrotado. Todo se había acabado para él, ahora ya no tenia donde ir, ni a quien recurrir. Alzó la mirada otra vez y lloró desconsoladamente.

En la puerta del bar de Rahmmat una ambulancia con las luces encendidas centelleaba en el centro de una nube de curiosos y personal sanitario.

Su última opción, en la que Richard Smith había depositado sus esperanzas, salía por la puerta de su establecimiento en camilla y con una sabana plateada cubriéndole por entero.

23

El personal medico había esperado hasta su llegada, como mandaba la ley. En medio del polvoriento almacén una nube de policías se arremolinaba en torno al cadáver. Los de la policía científica empolvaron hasta el ultimo rincón de la salita, por lo que el lugar tenia un siniestro parecido a un jingle de navidad de esos que tenían nieve por todos sitios. Dos camilleros de la ambulancia que habían sido los primeros en llegar, permanecían atentos a la frenética actividad que se desarrollaba en el almacén sin poder empezar a hacer su trabajo hasta que la policía no terminase el suyo.

En medio de la habitación, un hombre de unos cincuenta años, gordo y medio calvo, gritaba instrucciones a diestro y siniestro, poniéndose de un intenso color bermellón cuando alguno de sus policías más jóvenes no cumplía al pie de la letra con su cometido.

Rashid se acercó hasta él con paso decidido entre la multitud que se agolpaba allí, y le tocó en el hombro:

- Bueno ¿que tenemos aquí?- preguntó el policía a su homónimo-.

El calvo se giró y durante un segundo Rashid pudo ver la perplejidad en sus ojos.

- ¿Que coño haces tu aquí?- contestó éste en tono cortante-.

- Pues ni lo sé, ni me importa, solo sé que Azid me ha mandado aquí, lo que eso nos deja en una situación delicada. Si yo estoy aquí, tu sobras- le respondió igualmente cortante Rashid- así que no me toques más los huevos hoy, ponme en antecedentes y ya te puedes marchar a comer donuts a la cafetería del centro.

El gordo empezó a ponerse de un color rojo chillón, hasta el punto de que Rashid temió que le daría un ataque y tendría que acabar en el hospital acompañándolo. Durante unos segundos en los que varios colores desfilaron por la cara del gordo, nadie dijo nada, pero de repente, como si de un truco de magia se tratase, la aptitud del gordo cambió radicalmente.

- Está bien, si lo ha dicho Azid será mejor así- dijo en tono comprensivo-. Pues verás, lo que ha pasado aquí es que Rahmmat, el dueño del bar Mush…

- Lo conozco sigue- cortó Rashid-.

- Emmm, de acuerdo. Pues lo dicho el tipo ha aparecido en el almacén de su bar hecho rodajitas como si de una piña se tratase. Lo encontró una empleada suya que extrañada por la tardanza de su jefe vino aquí abajo y lo vio así- hizo un alto sacó un cigarrillo de

tabaco egipcio y después de encenderlo continuó-. La pobre chica está con el psicólogo de la policía, pero no te canses, esa no te va a decir nada, por lo menos hoy.
- ¿Bajó con alguien aquí, alguien vio si tenía compañía o si había hablado con alguien fuera de lo corriente esta mañana?.
- No te hagas ilusiones, no te va a resultar tan fácil- dijo sonriendo el gordo mientras chupaba con avidez el cigarro- nadie ha visto nada, o por lo menos nada extraño.
- ¿Este almacén solo tiene esa entrada?- dijo señalando hacia la puerta que comunicaba el almacén con el bar-.
- No, esa es por la que el dueño del bar bajó hasta aquí, pero se puede entrar por otra que hay ahí detrás de esas cajas de coca cola- hizo un gesto con la cabeza indicando el lugar donde estaba la puerta por la que Ben y los dos hermanos habían entrado solo unas horas antes-.
- ¿Que hay al otro lado?- se interesó Rashid-.
- Es la calle que rodea el edificio por la parte oeste, en la que ponen el mercadillo de especias- matizó el gordo-.
- Espera espera, ¿dices que esa puerta da al mercadillo verdad?
- Si y eso que…
- Y no vieron entrar por aquí a nadie ¿verdad?
- Eso es.
- Y tampoco entró nadie por el bar hasta aquí.
- Eso dice la chica que lleva toda la mañana detrás de la barra.
- ¡y entonces como coño lo han matado si aquí no ha estado nadie joder!- explotó Rashid.
- Ahhh disfruta de tu caso, y dale las gracias al capitán de mi parte- el gordo se dio la vuelta, soltó una carcajada y desapareció por la puerta que daba al bar-.

Rashid se acercó hasta un hombre con una camisa impecablemente planchada de la policía que examinaba el cuerpo, lo saludó y le hizo algunas preguntas sobre como había sido asesinado el pobre Rahmmat.
- Lo más increíble de todo ha sido la serenidad que mostró la persona que ha hecho esta barbaridad- comentó el policía-.
- ¿Que quieres decir Zaid?- preguntó Rashid que empezaba a sentir dolor de cabeza.
- Pues que este pobre desgraciado ha sufrido durante un largo rato. Primero lo han atado a una silla, lo sé por las marcas de ataduras de sus muñecas, luego le han hecho cientos de pequeñas incisiones que…
- ¿Incisiones?- se extrañó Rashid-.

- Si, con algo bastante afilado como un escalpelo o un bisturí, ¿lo ve?- Zaid le mostró un pequeño corte muy recto en uno de los brazos- la agonía tuvo que ser brutal, pero eso no es todo, también tiene quemaduras probablemente de cigarrillo en la cara interna de los muslos y los brazos y adem…
- Espera Zaid, me estas contando lo que ha pasado aquí o lo que viste anoche en una película de gángster de la tele ¡joder esto no tiene sentido, era un simple camarero de bar no un espía del gobierno!
- Lo sé Rashid pero es lo que ha pasado- contestó compungido el policía- además la tortura debió de prolongarse por lo menos una hora, ya que hemos encontrado el cuerpo hace solo veinte minutos y todavía está caliente.
- Esto no tiene ningún sentido- dijo Rashid pasándose las manos por los ojos como si quisiera despertar de una pesadilla- ¿quien coño iba querer torturar a Rahmmat?, solo trapicheaba de vez en cuando y nunca con nada serio.
- Además señor… lo peor es que esto no fue hecho por algún matón sin cerebro. Al pobre le practicaron toda clase de cortes y quemaduras, además de golpes con algún objeto contundente, pero con tal precisión que Rahmmat solo murió cuando el asesino se cansó de jugar y le metió una bala en la cabeza. Hasta ese momento el asesino lo mantuvo con vida y totalmente consciente.
- Gracias Zaid si descubres algo más házmelo saber de inmediato.
- Así lo haré señor.

Rashid sentía un enorme dolor de cabeza, y el aire parecía no querer entrar a sus pulmones. De repente necesitaba salir de allí. No era algo que pudiera aplazar, si no salía de ese almacén en ese mismo momento se desmayaría, estaba seguro.

Alcanzó la puerta que comunicaba con el bar de Rahmmat, donde la clientela ya había sido desalojada desde la llegada de los servicios de policía. Rashid vio apostados en el lado de la barra más cercano a la puerta del almacén a dos policías con sendos trajes inmaculados que al verlo se acercaron para decirle algo, pero Rashid no estaba para charlas, a sus pulmones no llegaba aire y necesitaba salir de aquel lugar cuanto antes. Con un gesto de la mano disuadió a los dos jóvenes policías, que captaron el mensaje y lo dejaron pasar.

El sol de la mañana ya estaba muy alto y el calor caía a plomo sobre las cabezas de los curiosos que rodeaban el bar. Rashid no notó el calor sofocante de la capital jordana, solo el aire que invadía de nuevo sus pulmones. Con una gran bocanada, aspiró todo el aire

de que fue capaz, y se dirigió con la cabeza gacha hacia el taxi que lo esperaba a la vuelta de la esquina.

A unos metros de distancia una voz pronunciaba su nombre a gritos, pero Rashid no la escuchaba, solo quería salir de allí. La visión de los cientos de cortecitos que ya empezaban a ponerse de color púrpura le volvió de lleno a la memoria. “Pobre Rahmmat era un buen hombre y además, un buen amigo” pensó mientras caminaba a toda prisa hacia el taxi.

“Señor, señor” no cesaba de escuchar, pero por alguna razón no quería escuchar y le apetecía más que nunca llegar al mugriento taxi de aquel maldito kurdo que lo esperaba en la esquina.

”Señor, señor” y “detective Rashid, señor” escuchaba a su espalda, cuando una mano lo agarró con suavidad del codo, y lo obligó a girarse.

Un policía uniformado de apenas unos veintidós años respiraba agitado mientas intentaba decirle algo a Rashid atropelladamente.

- Tranquilo chico, ¿que es lo que quieres?- se serenó Rashid- respira hondo y cuéntame lo que has venido a decirme.

- Lo…lo siento.. es que…como no me oía he tenido que…- se excusó con el pecho todavía subiendo y bajando, buscando algo de oxigeno- le he buscado por todos sitios, pero ya se había largad… ido, y es que…

- A ver, cuénteme de una vez que pasa, tengo un poco de prisa- dijo Rashid que empezaba a impacientarse-.

- Señor hay una testigo, pero solo hablará con usted, dice que o lo hace con usted personalmente o no dirá nada.

El taxista ya no soportaba más el calor, y a pesar de que el poli le había dicho que se quedara en el coche, y vigilara al hombre que se sentaba detrás, el no era policía, así que no tenía por que obedecer a ese cabrón. Abrió la portezuela de su lado y luego la de detrás donde el hombre esperaba sentado sin moverse.

- ¿Tío quieres un pitillo?- ofreció el kurdo-.

- Pero el policía ha dicho…

- ¡Que le den a ese mamon!, no querrás asarte dentro del coche, además tu no te vas a ir a ningún lado¿ verdad que no?- interrogó el taxista-

- No, claro que no.

- ¡Pues entonces sal del puto coche y vamos a echar un pito!- viendo

que Abdeb seguía dudando continuó- venga que yo invito.

Abdeb lo dudó durante un segundo más, pero la verdad es que le apetecía muchísimo salir del coche, y también fumarse otro cigarrillo. Salió del taxi, y el sol de la mañana lo reconfortó.

- Yo siempre he dicho que lo más triste después de comer solo, es fumar solo, y yo ya he comido, así que no me apetece hacer las dos cosas solo en un mismo día- dijo tendiéndole un cigarrillo arrugadísimo a Abdeb-.

- Gracias- dijo Abdeb cogiendo el cigarro- la verdad es que no he fumado en meses, y hoy de golpe me fumo dos.

- Estas cogiendo malas costumbres, empiezas a fumar, te detiene la policía…- ironizó el taxista-.

Hacía bastante calor a esa hora de la mañana, pero Abdeb se sentía más vivo de lo que lo había estado en muchos días. El fuerte cigarro que le ofreció el kurdo lo mareó un poco, pero aún así, le sentó de maravilla.

No sabía que había pasado, ni por que el policía los había llevado hasta aquel lugar, pero desde la posición en la que estaban distinguía con claridad que algo había pasado en el bar de un hombre que Abdeb conocía poco, pero que sabía que se llamaba Rahmmat.

Ya se disponía Abdeb a volver a la relativa seguridad del taxi, cuando vio algo que por un segundo no creyó que fuese realidad. No, no podía ser, sus ojos lo estaban engañando, pero a la misma vez ahí estaba. Se frotó los ojos, intentando dirimir si lo que sus ojos veían era ficción o realidad.

Caminó lenta y pesadamente, como en un sueño, hacia la esquina de un edificio grande, encalado recientemente que estaba a solo unos metros. Los pies le pesaban repentinamente como si tuviese unas botas de acero puestas, y le costaba mantener el equilibrio. No, no podía ser, o si.

Un vagabundo lloraba en el portal del edificio. El pelo enmarañado le caía en sucias greñas sobre los hombros, y la ropa, aunque hecha jirones, dejaba a las claras que no era un vagabundo corriente. Las manos le tapaban por completo el rostro, sumergido en ellas mientras continuaba con su lamento. Pero para Abdeb había algo familiar en aquel vagabundo.

El taxista, que había corrido detrás de Abdeb lo cogió del hombro y lo miró directamente a la cara:

- Oye amigo, si te quieres escapar por mi ningún problema, pero no mientras estas a mi cargo, solo me faltaba buscarme un jaleo con ese poli cabron- masculló el kurdo mirando a los ojos desvaídos de

Abdeb-.
- Tranquilo que no tengo intención de escapar- contestó el árabe pausadamente- solo que…creí haber visto algo que…¿ me acompañas?
- Oye tío que me caes de puta madre, pero no quiero líos…
- Solo es hasta esa esquina- señaló Abdeb- quiero hablar con ese hombre.

El taxista se encogió de hombros, pero indicó a Abdeb que adelante, y los dos fueron derechos hacía aquel hombre que todavía se lamentaba, con la cara embutida entre las manos.
- ¿ Profesor… Smith? ¿ es…es usted?- preguntó temeroso Abdeb-

El hombre retiró las manos lentamente de su rostro, alzó la mirada y su cara se iluminó con una expresión de indescriptible alegría.

Rashid se acercó con el joven policía hasta la esquina donde se situaba el mercadillo, y que daba directamente a la puerta de atrás del almacén del malogrado Rahmmat.

Los puestos habían sido desalojados, pero alguno de los comerciantes aún recogía su mercancía lenta pero minuciosamente. Los más rápidos en recoger habían sido a buen seguro, los de los puestos ilegales.

El chico dirigió a Rashid hasta un puesto, el más cercano a la puerta del almacén, donde una mujer de unos sesenta y cinco años recogía un canasto hecho de esparto, lleno de manzanas. El joven policía señaló con el dedo a la mujer, y le indicó que aquella era la testigo. Rashid se fue hacia ella y una vez la tuvo delante le habló con bastante más calma de la que él mismo había experimentado tan solo unos segundos atrás.
- Hola buenos días señora, buenas manzanas- dijo el policía cogiendo de un canasto una enorme manzana verde- ¿son reinetas?.
- No, esas no son reinetas, si quiere reinetas se las puedo conseguir- contestó la anciana en un tono bajo, casi un quejido-.
- Perfecto, me encantan las manzanas ¿sabe?, mi madre me las daba de pequeño para el desayuno. Encantado de conocerla soy el detective Rashid- se presentó- ¿ y usted?.

La mujer lo miró de arriba abajo con gesto de desconfianza, soltó el canasto que todavía llevaba en las manos y se acercó mucho al policía, escrutándole el rostro de manera concienzuda.
- ¿ Usted es el jefe?¿ no es un poco joven?- preguntó recelosa la anciana-.

- Hombre, pues gracias por el cumplido, pero si, soy el “jefe”, y me han dicho que tiene algo que contarme.
- Ha sido algo horrible lo que le ha pasado al pobre Rahmmat¿ verdad?, era un hombre tan bueno- dijo entristecida la mujer-.
- Si, terrible, pero por eso es muy importante que me cuente todo lo que sepa o si ha visto algo- interpeló Rashid-
- Yo solo sé lo que he visto, y no sé si le será de gran ayuda- terció humilde la anciana- pero esta mañana por esa puerta han pasado varias visitas para el señor Rahmmat.
- ¿ Conoce a las personas que han estado aquí esta mañana?- preguntó Rashid que se estaba poniendo tieso como una rama de olivo-.
- No, la verdad es que no conocía a ninguna de las personas que he visto, pues todas, a mi modo de ver, eran extranjeras.
- ¿ Como eran señora?.
- Pues los primeros en llegar fueron tres a los que Rahmmat invitó a pasar llamándolos desde esta puerta- señaló la entrada al almacén- no los vi bien, pues yo estaba ocupada con el puesto, pero eran dos jóvenes y un señor mayor con el pelo del color de la ceniza. Estuvieron poco tiempo, así como unos veinte minutos, pero cuando salieron otro señor volvió a entrar.
- ¿ Otro?, pero ¿este también iba con los que entraron primero?.
- No no, el otro hombre estaba solo, además me compró una manzana- dijo con una gran sonrisa- y me dio propina. Iba muy bien vestido, y yo estaba muy contenta con la propina, pero sus ojos…
- ¿ Que le pasaban?- instó Rashid.
- Al principio no los vi por que el hombre llevaba unas gafas oscuras, pero cuando me pagó por la manzana, se las bajó un poco para ver el dinero que me daba, y entonces los pude ver- un escalofrío recorrió a la pequeña mujer- esos ojos no eran de una buena persona.
- ¿ Pudo ver algo más señora? Es muy importante- aseguró el policía-.
- Si, antes no era más que un simple turista, por aquí pasan muchos todos los días¿ sabe?, pero después de ver esos ojos…
- ¿Que hizo después de comprarle a usted la manzana?.
- Pues merodeó un poco por aquí, luego se acercó a la puerta y al rato entró. Al poco me olvidé de él, y volví al puesto, pero mucho después salió sonriendo mucho y se fue por allí- la anciana señaló el extremo de la calle desde donde se salía a avenida principal-.
- ¿ Cuanto tiempo cree que pasó hasta que salió?- volvió a

preguntar Rashid-.
- Huuyy mucho, no sé, a lo mejor dos horas, por que yo ya estaba con el puesto casi vacío.
- ¿ Me puede describir como era ese extranjero?.
- Si claro. Lo que más me llamó la atención eran sus ojos, de un color negro como la noche, era moreno y no muy alto, más bajito que usted. Su cara… su cara también era rara, así como… a trozos.
- ¿ Como?- se extrañó el policía.
- Quiero decir… ayyy perdone a esta vieja que ya no sirve para nada- se lamentó la anciana-.
- No pasa nada, lo esta haciendo usted muy bien- la tranquilizó Rashid-.
- Lo que quería decir es que era como si hubiese tenido alguna enfermedad. Tenia toda la cara marcada por agujeros, desde la frente hasta la barbilla, como…como…si eso, como si fuese viruela- acertó a decir la anciana- perdona hijo es que ya no me acuerdo bien de los nombres de todas las cosas-.
- Muy bien gracias. Se lo agradezco mucho señora me ha sido de gran utilidad- la mujer esbozó una gran sonrisa de satisfacción-. Ahhh señora, póngame un cesto de esas preciosas manzanas- la sonrisa de la mujer se amplió enormemente-.

Rashid salió cargado con el cesto de manzanas, y el policía joven se le acercó como una flecha, sin duda esperando un reconocimiento por su labor. Sin decir ni una palabra Rashid le dejó caer encima el cesto de manzanas y le dio instrucciones para que se las entregara a los policías que buscaban pistas dentro del almacén. “Dile a Zaid que es un regalo por su buen trabajo”, y dicho esto se marchó en dirección al taxi, dejando allí plantado al joven policía.

Cuando Rashid llegó hasta la esquina donde lo esperaba el taxista con Abdeb, se encontró con una estampa que no esperaba. El kurdo y Abdeb estaban fuera del taxi, apoyados en el capó, hablando con un sucio vagabundo, que abrazaba constantemente al árabe. Rashid aceleró el paso y una vez llegó hasta ellos preguntó con voz grave:
- ¿ Que coño pasa aquí? ¡ quien os dado permiso para salir del coche!- bramó el policía-.

Los tres giraron las cabezas en su dirección, el taxista con una mueca divertida y tanto el árabe como el vagabundo con preocupación en el rostro.
- Señor le presento al profesor Richard Smith- soltó Abdeb-.

Rashid se quedó petrificado allí mismo. Parecía que su suerte había empezado a cambiar, o eso pensó él, aunque se equivocaba de medio a medio.

24

Los grandes carteles de las tiendas de la ciudad desfilaban ante sus asombrados ojos. Las calles abarrotadas de gente de todos los estilos posibles, formaban procesiones incluso entre el abundante trafico de las carreteras. Ni un milímetro de acera quedaba libre ante una ciudad que en apenas unos años, había visto como su población se multiplicaba hasta alcanzar los cerca de millón y medio de personas que habitaban la capital del reino Hachemita. La variedad de étnias y nacionalidades, quedaba patente con solo echar una mirada a una de las calles más concurridas, donde se mezclaban egipcios, sudaneses, pakistaníes…, además de los nativos jordanos. A Joan le sorprendió especialmente, que una gran mayoría de la gente que paseaba por las calles no superaba los cuarenta o cuarenta y cinco años, por lo que decidió preguntar por este motivo al taxista, un árabe de grandes bigotes. Éste, muy contento de poder hablar un poco sobre su tierra, le indicó a Joan que el reino Hachemita tal y como era conocido ahora, era bastante joven aunque tuviera una gran historia a sus espaldas, por lo que en Jordania en su gran mayoría, no se superaba la edad de los cuarenta años, con una esperanza de vida de hasta los setenta más o menos. Joan volvió de nuevo la mirada a través del cristal del taxi, para sumergirse un poco más en esa maravillosa tierra en la que gente con ropas de marca de ultima generación, se mezclaban con mujeres tapadas de los pies a la cabeza.

El taxi hizo una suave maniobra de aparcamiento y anunció el final de su destino, el Museo Arqueológico de Amman. Había otro museo en la ciudad universitaria, pero Ben creyó que este les sería de más utilidad para el fin que buscaban ellos.

El museo situado en la ciudadela de Amman estaba emplazado en Down Town, cerca del templo de Hércules al que se accedía por unas preciosas calzadas romanas. Más a lo lejos se distinguía majestuosa la cúpula azul de la gran mezquita, y Joan se juro silenciosamente que no se marcharía de aquel país sin visitarla.

Ben pagó lo convenido con el taxista, que inmediatamente arrancó el motor de su coche y se marchó en busca de nuevos clientes.

El edificio del museo, a pesar de ser de nueva construcción parecía una casa antigua y bastante más pequeño de lo que Joan

había imaginado. Subieron por los escalones de color marfil, hasta la entrada. Una puerta pesadísima de doble hoja, que flanqueaba el paso al vestíbulo, y de inmediato los sobrecogió un frío que helaba los huesos. Joan se acordó entonces de la casa que su abuela tenía en Barcelona, y de que a pesar de estar en pleno verano, cada vez que entraba un gélido frío le recorría la medula espinal. Era algo que Joan tenía comprobado, en todas las casas viejas hacía siempre frío.

Una mujer con cara de salir poco de fiesta, los recibió detrás de un mostrador enorme, y les preguntó el motivo de su visita, a lo que Ben le contestó que querían ver el museo. Con un rictus agrio les mostró el inicio del recorrido y le dio un folleto explicativo a cada uno.

Uno a uno fueron recorriendo salas llenas de vasijas, jarrones y material de menaje encerradas en urnas con unos cartelitos explicativos debajo de cada pieza. Joan se estaba empezando a impacientar, por que no entendía como ver jarrones iba a ayudar a su padre ¡si hubiera querido ver vasos y platos me hubiera ido a una tienda de Barcelona!. A punto estuvo de replicar, cuando llegaron a una sala con una inscripción que rezaba que allí estaba la única muestra expuesta de los rollos de Qumrán.

Una mesita situada en un lateral de la entrada ofrecía folletos explicativos sobre los manuscritos y los tres cogieron el suyo. Una vitrina mostraba cuatro paginas de los manuscritos, uno de ellos casi entero, los otros tres totalmente fragmentados en trocitos muy pequeños. El folleto explicaba que los pastores que descubrieron los primeros manuscritos los habían partido así para aumentar su valor en el mercado vendiéndolos por separado.

- Ben, la forma en la que están escritos se parece bastante a nuestra tablilla ¿ verdad?- preguntó Cameron-.

- Bueno, estos rollos están redactados en hebreo y arameo y nuestra tablilla parece más un tipo de escritura… cuneiforme

- ¡ Pero que dices!- soltó Joan- estoy de acuerdo que no se parece al arameo que estamos viendo aquí, pero ¡escritura cuneiforme!.

- ¡Bueno me vais a explicar de que habláis!- bufó Cameron-.

- Verás Cameron, la lengua que se hablaba en tiempos de Jesús era casi sin duda el Arameo, en uno de sus dialectos, pero antes de eso se hablaba el acadio representado en sus comienzos por la escritura cuneiforme y …

- ¡ Ohh vamos Ben!, sabes que eso es imposible ¿ sabes de la época de la que estas hablando?- cortó Joan-.

- ¡Vamos Joan piénsalo!, escritura de signos sobre tablillas de arcilla o barro- contestó Ben totalmente entusiasmado-.

- ¿ Eso que quiere decir Ben?- preguntó Cameron-.

- ¡Esa era la forma en que los asirios plasmaban sus escritos, en tablillas de barro!.

- Pero, pero…Ben eso no es posible…-dijo Joan ahora menos convencido-.

- ¿ y cual es el problema?¿por que no puede ser escritura cuneiforme?- preguntó Cameron-.

- Pues el problema hermanito es que esa escritura se utilizaba si, pero en el año ¡ 2400 A.c.!

Cuando terminaron la visita del museo, volvieron a la sala donde esperaba la mujer con cara de tener ulcera de estomago, que los miró con total indiferencia.

- ¿ Les ha gustado la visita señores?-preguntó más por compromiso que por que realmente le interesara la respuesta-.

- Si gracias, ha sido de gran utilidad- respondió amablemente Ben- nos ha impresionado mucho.

- Ahh, pues me alegro -replicó la mujer volviendo la vista hacia un libro que estaba leyendo-.

- Ahí está la prueba viviente del entusiasmo por su trabajo- masculló Joan por lo bajo-.

- ¿ Como dice joven?- preguntó la mujer, que había vuelto a levantar la vista-.

- Que si le podíamos hacer una pregunta- respondió rápidamente Cameron que le echó una mirada asesina a su hermano-.

- Adelante pregunte lo que quiera- dijo la mujer sin mucha alegría-.

- Verá, nos interesan mucho los idiomas y escrituras antiguas, y nos preguntamos si hay alguien en Amman que nos pudiese hablar sobre ese tema, es para un trabajo, somos periodistas- puntualizó Cameron-.

- Bueno, hay alguien…pero dudo que puedan hablar con él. Es un erudito llamado Mohammed ed-tanah que ha escrito varios libros sobre lenguas muertas y escritura antigua, pero como ya he dicho es un hombre muy ocupado.

- Bien gracias, pero de todos modos lo intentaremos, no perdemos nada- dijo Cameron sacando a pasear su famosa sonrisa- y nos puede indicar donde vive.

- Muy cerca de aquí, en una gran casa justo enfrente del templo de Hércules.

- Muchas gracias, nos ha sido de gran ayuda.

La mujer ni se dignó a responder, y ya había vuelto a la lectura del libro que tenía abierto encima de su mesa.

- Gracias, y no se olvide de su escoba o tendrá que coger un taxi para llegar a casa- bromeó Joan cuando salían por la puerta del museo-.

El lugar que la empleada del museo les había indicado no tenia perdida. La casa, situada a unas manzanas del museo era realmente una mansión. Lo único que asemejaba con las demás casas vecinas era el sempiterno color marfil de la fachada, que obligaba a " elegir" ese color por decreto ley. La casa de construcción joven, había sido envejecida adrede para parecer más antigua. Los enormes ventanales estaban protegidos con unas rejas de forja de color oscuro, mientras que las de la entrada a la finca, también de forja, eran de un tono marrón claro. Un inmenso jardín rodeaba la casa. La única zona del grandísimo patio que no era verde, era un camino empedrado que llegaba desde la puerta de la calle, hasta la puerta principal de la casa.

Con los ojos abiertos como platos Ben llamó al portero automático de la puerta, que a los pocos segundos crepitó, saliendo de él una educada voz de señora.

- Residencia del profesor Mohammed ed-tanah ¿ en que puedo ayudarles?- preguntó la voz-.

- Hola buenos días, deseamos ver al profesor- dijo también de forma educada Ben- es algo importante.

- Seguro que lo es, todos los que vienen a ver al profesor tienen algo importante que decirle- matizó la voz con algo de sorna- ¿ tienen cita para hoy?.

- Ejem verá, es que no tenemos cita por que ha sido algo repentino, pero seguro que el profesor estará encantado de ver lo que le venimos a enseñar- se excusó Ben-.

- Ahh, ya veo, en ese caso lo siento, el profesor esta muy ocupado, los verá otro día- y sin esperar respuesta colgó el auricular, que emitió un ruido sordo antes de dejar de sonar-.

La reacción pilló por sorpresa a Ben que se quedó con la boca abierta y muy cerca del portero, como si por acercarse más a él, el aparato fuese a cobrar vida propia y volviese a funcionar por si solo.

- Pero que coño…- masculló Joan que volvió a pulsar en botón del interfono-.

Otra vez el ruido de descolgar el auricular, y otra vez la misma

voz de antes.

- Oigan ya les he dicho que…

- ¡ Escuche arpía!- bramó Joan- no somos vendedores ambulantes, no repartimos publicidad y no venimos pidiendo limosna, así que dígale a ese profesor Mohammed como se llame, que tenemos una pieza escrita en una lengua muerta que podría tener 2400 años A.C. y que si quiere verla, perfecto, y si no seguro que otros cientos de profesores pierden el culo por hacerlo.

La mujer dio varios gritos de asombro perfectamente audibles a través del aparato, y cuando se disponía a contestar, unos murmullos apagados, y después un prolongado BEEEP sonó para franquearles el paso a la finca. Cameron y Ben miraron a Joan con la boca casi a la altura de la barbilla, sorprendidos de lo que acababa de suceder.

- Que os puedo decir chicos ¡ el encanto español!- dijo Joan sonriendo de oreja a oreja y cruzando la enorme verja de dos puertas, que daba acceso al camino de entrada- ¿vais a entrar o que?

En el salón de la casa el tiempo parecía haber retrocedido décadas. Ben lo recorría de lado a lado entusiasmado por la cantidad de antigüedades que estaban repartidas por toda la estancia. Ben, como anticuario que era les iba describiendo los objetos, sus procedencias y el año en que fueron construidos.

Un suave carraspeo a su espalda, hizo que se volviesen, y allí, en el dintel de la puerta corredera que comunicaba el salón con el recibidor, estaba su anfitrión.

El primer pensamiento que cruzó por la mente de Joan, fue que parecía más bien un burgués de Inglaterra, que un profesor de lengua antigua árabe.

El tal Mohammed era un hombrecillo enjuto de unos sesenta años. Vestía un jersey de cuello de pico color verde y rombos rojos, que discordaba bastante de los pantalones de pitillo de lino color crema, demasiado grandes para su estatura. Unos mocasines que brillaban con luz propia daban el toque perfecto a una indumentaria propia de un jugador de golf. Unas gafas redondas, bastante pequeñas, con montura metálica coronaban el aspecto de sir del pequeño erudito árabe.

Se acercó hasta ellos y después de darles la bienvenida y estrecharles las manos educadamente, les indicó que pasasen a su estudio donde a su parecer estarían más cómodos.

El estudio, como toda la casa, parecía sacada de alguna película

de los años cincuenta. Una gran mesa de escritorio con patas de león color wengé, dominaba majestuosa una sala cubierta desde el suelo al techo y de pared a pared, con estanterías colmadas hasta los topes de millones de libros de todos los tamaños y edades posibles, donde una preciosa armadura medieval situada en un rincón, parecía velar por ellos. En la pared del fondo, justo encima de la gran mesa, una enorme litografía de lo que parecía una excavación, daba el toque de color en aquel agobiante espacio.

El profesor les mostró unas sillas colocadas frente a la mesa, y él tomó asiento en la que estaba situada al otro lado del escritorio.

- ¿ Y bien, que es eso tan importante que desean mostrarme?- dijo por fin, con un acento que Joan no supo identificar, pero que a buen seguro no era árabe-.

- Perdone las molestias, pero nos gustaría hacerle unas preguntas- tomó la palabra Ben-. Tenemos algo que nos gustaría identificar, y a ser posible descifrar y nos han dicho que usted es una eminencia en estos temas.

- Habladurías, no es para tanto- agitó la mano restándole importancia y continuó - pero díganme, ¿que es lo que tienen?.

Ben saco, por segunda vez ese día, el paquete que llevaba consigo en la bolsa, repitió la misma operación como ya hiciera esa mañana con Rahmmat y dejó la tablilla encima de la gran mesa de escritorio. El hombre cogió la tablilla con sumo cuidado, la puso a la altura de sus ojos, y se ajustó las gafas subiéndoselas más arriba en el puente de la nariz.

- ¿ Donde han comprado esta imitación? El que se la ha vendido ha hecho un gran trabajo, es muy buena- dijo en un tono que destilaba desprecio-.

- No señor, no es una imitación, échele otro vistazo más a fondo- se apresuró a contestar Cameron-.

El hombrecillo dejó la tablilla con desgana encima de la mesa y abrió un cajón de su escritorio, extrajo un pequeño punzón metálico y con mucha suavidad rascó una esquina de la parte superior de la tablilla. Luego con el filo romo del punzón recogió el polvillo que había obtenido y lo introdujo en un frasquito pequeño. Se dirigió hacia una esquina de la habitación, donde tiró de una sabana blanca que cubría un objeto y que dejó al descubierto. Introdujo el frasquito en la maquina y la encendió. Un intenso murmullo creció desde el interior de aquel trasto corroborando que estaba en funcionamiento.

- Bueno, señores esto tardará un poquito, ¿les apetece un café?- ofreció sonriendo por primera vez desde que lo habían conocido-.

El café que les preparó la señora encargada del hogar, que al entrar dirigió a Joan una mirada asesina, estaba delicioso. Preparado al estilo árabe con sus semillas de cardamomo, y un intenso aroma a vainilla, despertó en Joan las ganas de repetir.

La charla con el profesor se tornó distendida en cuanto empezaron a hablar, tal vez por que ya no les consideró del todo analfabetos. Ben y él tenían gustos afines sobre las antigüedades y el tema entre los dos dio mucho que hablar. El tiempo pasaba y tanto Joan como Cameron, que al principio se habían sentido atraídos por la conversación, ahora daban sonoros bostezos, con la consiguiente reprimenda de Ben.

- Oye, y digo yo que el aparetejo ese en el que has metido, no sé qué… ¿ no habrá terminado ya?- pregunto Joan-.

- ¡ Huy si!, perdón es que habitualmente no hablo de temas que me interesen con la gente de aquí- dijo dándose un pequeño golpecito en la frente-. Vamos a comprobar el resultado.

El hombrecillo se levantó de la mesa, dejó la taza de café y les indicó que le siguieran hasta el estudio, del que habían salido para tomar el pequeño dispendio del que habían disfrutado.

- Voy a confirmar la datación de la tablilla- informó el profesor-.

- ¿ Que?, ¡no me diga que tiene una maquina para hacer la prueba del carbono catorce en su casa!- preguntó Cameron asombrado-.

- No no, ni mucho menos- contesto agitando la mano, y con una gran sonrisa - la prueba del C14 solo se realiza en veinte lugares en todo el mundo, y este no es uno de esos veinte.

- ¿Entonces que es eso?- dijo Cameron señalando la maquina- ¿y como que lo va a datar?.

- Verás jovencito, la prueba del C14 , a veces es compleja, pero básicamente consiste en bombardear un objeto con radioactividad, y luego ver la cantidad de carbono que aún queda en él, estableciendo así la edad del mismo.

- ¿ Radiación?, no me dirá que ese aparato es radioactivo- dijo Joan señalando la maquina-.

- ¡Oh no, por dios!- exclamó el profesor- ésta maquina mía es solo un…prototipo.

- Pero ¿como que un prototipo?- preguntó Joan que cada vez entendía menos lo que decía aquel tipo-.

- Verás, la prueba del C14 es como un reloj biológico, que empieza a funcionar en el momento en que muere su huésped. Los átomos de carbono que existen en cada cuerpo, dejan de ser reemplazados por el carbono atmosférico y el isótopo radiactivo va

menguando conforme pasan los años. Los científicos, que ya conocen la edad de desintegración del compuesto, la comparan entonces con el C12 que es carbono estable del objeto en cuestión. A esta técnica se le denomina AMS(espectrometría acelerada de masa).

- ¿ Y eso es lo que hace el aparato que tiene usted ahí?- volvió a preguntar Cameron-.

- No exactamente. Un físico amigo mío, cansado de tener que hacerme favores, se ofreció a construirme este aparato que desprende una pequeña cantidad de CO2, y con pequeños contadores de ondas radio métricas y pequeñas cantidades de nitrógeno hacen la función que haría un contador radiactivo, pero bastante menos peligroso. Ni que decir tiene que es también bastante menos efectivo, pero yo lo utilizo sobre todo para datar papiros y cerámicas, con lo que reduce el periodo a conocer a tan solo 5000 años más o menos, muchos menos años que por ejemplo para datar la fecha de la muerte de un animal fosilizado que puede ser de hasta 70.000 años.

Después de la explicación, el profesor cortó una hoja en la que habían quedado impresos los datos obtenidos de las pruebas, y se ajusto las gafas muy arriba en el puente de la nariz. Una mirada al papel, y otra vez el gesto mecánico de subirse las gafas.

De repente la hoja que sostenía en sus manos cayó al suelo, y al instante el hombre hizo lo mismo. El batacazo que se dio, fue tal que las pequeñas gafas salieron despedidas. Los tres se levantaron de sus sillas como un resorte y fueron al encuentro del profesor.

25

La casa de Rashid era bastante pequeña, pero estaba muy bien ordenada. Una estantería con algunos libros, una mesa pequeña y un sofá eran los únicos muebles que poblaban el salón. Una televisión de 21 pulgadas descansaba sobre una mesita auxiliar, y bajo ella un reproductor de VHS se asentaba sobre una pila de revistas. Un aseo, una diminuta cocina y una sola habitación con espacio para una cama y un armario, componían el resto de la casa.

Abdeb descansaba en el sofá de dos plazas junto al policía, mientras que el americano se estaba dando una larga ducha, que falta le hacía. Rashid no estaba cómodo con la idea de haber llevado a su casa a dos hombres que estaban perseguidos, tanto por la policía, como a buen seguro por algún tipo de organización mafiosa, pero era el único sitio donde podría ponerse al día de la extraña situación que estaba sucediendo.

Rashid ofreció un refresco y unas galletas de chocolate a Abdeb, que éste aceptó de buen gusto. Habían pospuesto la charla hasta que los dos hombres estuvieran, en condiciones de hablar más cómodamente.

Ahora el turno de la ducha pasó al árabe y la de llenar un poco el estomago al americano. Durante todo el proceso Rashid solo abrió la boca para preguntar si les hacia falta algo más, el resto lo pasó pensativo. El americano se había vestido con unos pantalones y una camisa del policía, que eran más o menos de la misma altura. El problema vendría con el árabe, mucho más pequeño y enjuto que ellos dos.

Una vez que ambos estuvieron cómodamente sentados en el sofá, Rashid cogió una silla, se plantó justo enfrente de ellos y los miró a la cara.

- Ahora contadme que coño esta pasando aquí, y sed convincentes u os llevo a la comisaría antes de que podáis protestad- sentenció Rashid-.

Tanto Abdeb como Richard se miraron decidiendo mentalmente quien iba a empezar. El árabe tomo la palabra en primer lugar.

- Como ya le conté antes lo sucedido en el hospital, seguiré a partir de ese punto ¿ de acuerdo?- busco la afirmación del policía, que asintió con la cabeza-. Pues como le había dicho estaba tendido en el suelo de la ambulancia, cuando escuché algo así como: “que vamos a hacer con el rubio” y “ a mi que mierda me importa ese

tío, tíralo por la puerta en la autovía". Yo estaba muy asustado, casi no escuchaba lo que decían por que estaba afanado en encontrar una forma de escapar. Confiaron mucho en el golpe que me habían dado, por que las ataduras de mis muñecas no eran muy fuertes. Mi oportunidad la tuve cuando decidieron parar para comprar tabaco en una estación de servicio. Me deshice de las cuerdas que me amordazaban las manos, y abrí la puerta trasera de la ambulancia. Corrí como alma que lleva el diablo, y he estado escondido en las colinas hasta que ya no pude más y fui a ver a mi familia. Lo que pasó a continuación ya lo sabe.

- ¿ Y por que me dijiste que sabias quien eran esos hombres?- preguntó Rashid-.

- Ah si. Cuando estaban aparcando uno de ellos me miró y le dijo al otro: para que querrá el servicio de inteligencia a un mugroso como este tío, y el otro le contestó que eso a él no le importaba, que eran ordenes de muy arriba y las iba a cumplir sin preguntar.

- ¿ El servicio de inteligencia de Jordania? ¡ esto se pone cada vez más interesante!- bufó Rashid-.

El policía dirigió ahora la mirada hacia el americano y con un gesto de la cabeza le indicó que era su turno.

- A mi me han tenido encerrado muchos días, no sé cuantos, pero no eran del servicio de inteligencia- empezó a decir Richard-. Yo conocí a Abdeb en un mercado al que suelo ir cuando estoy en Jordania. No sabe la cantidad de cosas valiosas que se venden en esos mercados. Me ofreció una tablilla de cerámica, la compré, y lo contraté para que buscase más de ese material por mí. Visite a un amigo para recabar información acerca de esa tablilla, que contenía unos signos extraños para mí, aunque parecidos a una lengua muerta que conozco. No supo decirme nada, así que se la envié a mi hijo, que vive en Barcelona. después de eso lo único con sentido que puedo recordar es que durante unos días me sentí perseguido, no sabía por qué, pero al cabo de dos días de encontrar la tablilla de Abdeb, unos hombres me cogieron a la salida de mi hotel y poco después estaba encerrado en una habitación de una fábrica abandonada. Pasé varios días allí, sin saber nada de lo que pretendían de mí, hasta que conseguí escapar. Lo único con certeza que sé de esa gente es que son asesinos. Mataron a un hombre delante de mí, y con total seguridad hubiesen echo lo mismo conmigo. Son mercenarios, o algún tipo de organización mafiosa, de Europa, posiblemente alemanes o austriacos a juzgar por su acento.

Cuando ambos terminaron de exponer sus historias, Rashid se

levantó se acercó a su pequeña cocina y volvió al salón con una jarra de café que había preparado antes, sirvió una taza a cada uno de sus acompañantes y luego hizo lo propio con él mismo. Durante todo el proceso nadie dijo ni una palabra, hasta que el policía rompió el hielo.

- En resumen, tenemos por un lado una banda de asesinos albinos que no tienen pudor de cargarse al primero que se les ponga por delante. Luego en la puerta dos aparece el servicio de inteligencia, suponemos que Jordano, aunque bien podría ser de cualquier país del mundo, secuestrando a un ciudadano normal de a pie. Por la puerta tres aparece la policía, que me mete enormes petardos por el culo, para localizar cuanto antes y con la mayor prioridad a ese ciudadano, al que también buscan los señores del servicio de inteligencia antes nombrado. Aunque la aparición estelar de la noche la hace, por la puerta cuatro, un profesor de arqueología secuestrado por los albinos hijos de puta que se cargan a todo lo que se mueve. ¡¡ Esto es una increíble puta mierda, joder!!- bramó el policía que se levantó de la silla y se puso a dar vueltas por todo el salón como si fuese un león enjaulado-. Voy a llamar ahora mismo al capitán y le voy a contar esta milonga, y que el muy cabron decida lo que hace con vosotros- cogió el teléfono de la mesita auxiliar y comenzó a marcar el numero de la comisaría-.

- Por favor, espere- le pidió suplicante Richard- sé por qué nos busca esa gente, incluido el gobierno.

Rashid se quedó congelado con el teléfono en la mano. La voz de la recepcionista sonó al otro lado preguntando cual era el motivo de la llamada a la policía, pero Rashid no dijo nada, y al rato colgó.

- ¿ Que has dicho?- preguntó el policía muy despacio-.

- Emm, solo son suposiciones, pero creo que sé el motivo por el cual nos persiguen- contestó dubitativo Richard-.

- ¿ Que sabes?- preguntó cortante Rashid-.

- Bueno… la tablilla que me vendió Abdeb mostraba unos símbolos que para mí eran conocidos, pero que no supe interpretar, por eso la mandé a Barcelona. En el trozo de cerámica aparecían símbolos de escritura cuneiforme, y algunos de arameo antiguo. El jefe de los mercenarios que me retuvieron no hacía más que preguntarme acerca de un tema, que yo al principio deseché por absurdo, pero que después, con tiempo para pensar, creo que podría tener sentido.

- ¿ De que coño me estas hablando?- preguntó el policía mientras se sentaba en la silla y se acercaba mucho a Richard-.

- Sé que le parecerá una tontería, pero aquel tipo me preguntó

en varias ocasiones sobre El Arca de la Alianza, y creo que ese es el motivo de ésta persecución.

- ¡ Ah claro como no lo había pensado antes!¡ El Arca!, venga hombre no me joda, en Jordania salen tipos todos los días afirmando haberla encontrado, y no por eso el gobierno y la policía los busca y detiene a todos.

- No lo entiende, no hemos encontrado el Arca- se defendió Richard- solo el camino.

- ¡ Esto es el colmo!.

- Mi supuesto amigo debió copiar los símbolos cuando le llevé la tablilla para que la identificara, y de algún modo el gobierno y esos mercenarios se hicieron con la información. Lo que buscan no es la tablilla, ella por si sola no vale nada, lo que buscan es a Abdeb- hizo una pausa y miró al árabe- para que los lleve hasta el lugar donde la encontró.

Después de estas palabras todos callaron meditando lo que Richard había dicho, pero el profesor volvió a hablar:

- Abdeb, ¿sabría volver usted a la gruta donde encontró esa tablilla?- preguntó Richard-.

- Claro, ya he estado varias veces allí- contestó el árabe-.

- ¿Me puede describir más ampliamente lo que vio en la gruta?- volvió a preguntar el profesor-.

- Si, creo que si. Era una cueva pequeña en la entrada, pero más grande en el interior. Las paredes brillaban como miles de cristales y en una de ellas, la del fondo que era la más grande, un mural de cerámica como el que le entregué cubría todo el extremo de la gruta. El trozo de cerámica que le vendí lo arranqué de uno de los extremos de aquel mural.

- Pues bien Abdeb, creo que ha hecho usted el descubrimiento más grande de la historia. Un mapa de la ruta del Arca de la Alianza.

Un viejo Land Rover con la pintura desconchada por el sol estaba aparcado delante de una tienda de comestibles. Uno de sus ocupantes mataba el tiempo haciendo crucigramas de una revista, mientras el otro comía a dos carrillos un pastel de crema de queso que había comprado antes en la tienda.

Un zumbido los sobresaltó, y a punto estuvo uno de dejar caer un trozo de pastel en el salpicadero del Land Rover. Masculló una maldición, cogió el enorme móvil con las manos grasientas y llenas

de crema de queso, y contestó. Segundos después colgó y arrancó el motor del coche.

- Vamos compañero, tenemos trabajo que hacer- dijo limpiándose las manos en la tapicería del automóvil- a casa de ese policía.

- ¡ Por fin! Ya estaba empezando a aburrirme, ¿cuales son las instrucciones?.

- Solo interesa el árabe,… y el viejo si colabora.

Una gran sonrisa apareció en el rostro de su compañero, que por fin podría desquitarse con el policía, y vaya si lo haría. Ese cabron no le caía nada bien. Además se había buscado una buena reprimenda por parte de su jefe, por culpa de ese policía. Vaya si se lo iba a hacer pagar.

Rashid decidió que aquella historia se había acabado. Llevaría a los dos hombres a comisaría, se los entregaría al capitán, y a él le darían palmaditas en la espalda. Si tenia suerte igual le aumentaban el sueldo, y esa noche lo podría celebrar, quien sabe igual se emborrachaba y todo.

Cogió su pistola y la metió en la funda que colgaba en su costado, se puso la americana y llamó al servicio de radiotaxi para pedir uno. Una chica con una voz muy sensual le confirmó la llegada de un taxi a su puerta en unos minutos. Los dos hombres le habían pedido por favor que se lo pensara un poco, pero no tenía nada que pensar, los llevaría a comisaría y punto.

Al cabo de unos minutos un pitido de un taxi sonó en el exterior. Rashid se asomo a una de las ventanas y distinguió a un taxista alto y muy delgado haciéndole señales. Señaló a los dos hombres el camino hacia la puerta, y los tres salieron a la calle.

El taxista se apresuró a saludarles y preguntó si llevaban algún tipo de equipaje, y al confirmar que no, les abrió la puerta del coche educadamente. Abdeb y Richard se sentaron detrás, y Rashid en el asiento de delante con el taxista.

Apenas hubieron avanzado unos metros, un enorme y viejo Land Rover se cruzó en la carretera delante de ellos. Dos tipos salieron, y detrás de las puertas abiertas del coche empezaron a disparar.

El primer disparo sonó en la chapa del taxi como si un autobús le hubiese golpeado con toda su furia, y el segundo hizo añicos la luna delantera. Rashid se arrebujó todo lo que pudo en su asiento y

de un grito indicó a los dos hombres que estaban detrás que hiciesen lo mismo. El taxista sacó un walkie talkie y grito por el auricular:

- Aquí el agente especial Hussein, numero 2215 del servicio Jordano de inteligencia, necesito refuerzos inmediatamente en la calle…- un ruido atronador cortó la conversación del hombre por el walkie, que cayó al suelo del coche-.

Rashid no podía creer lo que estaba pasando. El supuesto taxista era en realidad un agente encubierto del servicio de inteligencia, que ahora "descansaba" la cabeza destrozada sobre el volante del coche. La sangre manaba a chorros por todo el taxi, y mientras los disparos seguían lloviendo sobre el capó del coche. El policía había sido entrenado para estas situaciones, pero ya hacía mucho tiempo que no participaba en un tiroteo. Además ellos estaban en ventaja, eran por lo menos dos y los tenían acorralados.

La desesperación lo embargó durante un instante y le costó respirar. Urgía un plan de huida, pero cual. Otro cañonazo sonó, y la antena del taxi desapareció. Richard y Abdeb estaban extrañamente callados, y Rashid temió lo peor.

- Abdeb, profesor ¿ estáis bien?- pregunto en un susurro, y por primera vez de verdad sintió miedo, miedo a estar en aquella situación solo-.

- Si… Rashid estamos bien, pero ¿como vamos a salir de ésta?- contestó Richard también entre susurros-.

En ese momento los disparos cesaron. El silencio, después del atronador ruido de los disparos se les antojó extraño, pero duró poco.

- ¡Ehhh madero!, deja que salgan el viejo y el moro, y nadie más morirá- se oyó desde una de las puertas del Land Rover.

- Si dejo que se vayan me matareis a mí, y después de hacer con ellos lo que queráis, los matareis también- respondió Rashid-

- Es posible, pero si no salen ahora mismo, os matamos a los tres- el comentario creó una carcajada entre los dos asesinos que heló la sangre del policía-.

- ¿ Por que hacéis esto?- en el tono de Rashid se notó cierta desesperación y se maldijo por ello- lo que buscáis es una fantasía, no existe el …

- ¡ Cállate hijo de puta!- bramó uno de los hombres, y comenzó otra ráfaga de disparos que hicieron que el taxi se traquetease de un lado para otro-. ¡ Eres hombre muerto poli de mierda!.

Rashid estaba realmente asustado. Los dos hombres no parecían atender a razones, y además su comentario sobre su búsqueda aún

los había enfurecido más. La situación empeoraba por momentos, y lo peor es que no se le ocurría nada para salir de allí, a no ser en una caja de pino.

Los disparos cesaron de nuevo, y la voz de uno de los hombres se volvió a hacer audible.

- Rashid, no tienes nada que hacer, envía al viejo y al otro ya. ¡ Mi paciencia se esta acabando!- gritó por encima de la puerta del Land Rover que le servía de parapeto-.

- Esta bien, esta bien, solo dejadme un minuto para decidirlo y hablarlo con ellos- gritó a su vez el policía-.

Rashid no tenía intención de entregarle a nadie a aquellos pistoleros, pero necesitaba tiempo para decidir como iba a salir de aquel embrollo.

- Abdeb, ¿me oyes?- preguntó Rashid en un susurro-.

- Si, le oigo

- Y tu Richard, ¿me oyes también?.

- Si, también estoy aquí- contestó el viejo con una voz apenas audible-.

- Bien, escuchad lo que quiero que hagáis- bajó un poco el tono de voz- vamos a salir de aquí, primero yo, y detrás de mí vosotros dos, siempre por detrás de mí, ¿ me entendéis?.

- Si - contestaron los dos al unísono-.

- Bien, en cuanto yo os de la señal, corréis como alma que lleva el diablo hasta esa casa de enfrente- y señaló con la mirada una casa pequeña al otro lado de la acera-, cuando lleguéis allí, y sin mirar atrás corréis en dirección a mi casa, y os encerráis en ella. Cuando estéis en mi casa, cerrad todas las puertas y llamáis a este numero, es el de mi capitán en la policía y le contáis la situación. No tardará en llegar alguien, ¿ me habéis entendido?.

- Si- contestó Richard-, pero y tú ¿ que vas a hacer?.

- No os preocupéis por mí, solo tenéis que hacer lo que os he dicho, y vendrán a por mí también.

Unos metros más allá una voz rompió la charla.

- Se acabó el tiempo, ¿ vais a salir o vamos nosotros a buscaros?- sentenció la voz de uno de los hombres-.

- Esta bien, ya salimos, pero ¿tengo vuestra palabra de que no nos matareis?- preguntó Rashid-.

- Si, tienes mi palabra poli- contestó la voz, y Rashid creyó oír risas apagadas desde detrás del Land Rover-.

Rashid quitó el seguro de su arma, se la embutió en la parte de atrás de los pantalones y se dispuso a abandonar el taxi como habían acordado.

Ni de lejos se imaginaba el curso que los acontecimientos iban a tomar, pero en nada se parecían al plan que minutos antes había trazado con Abdeb y el profesor.

26

Eva, que así se llamaba la encargada del hogar que tenía contratada el profesor Mohammed, movía un enorme abanico con símbolos chinos a escasos milímetros de la cara del profesor. Éste, sentado en una cómoda butaca de terciopelo rojo, seguía aún sin sentido y derrumbado como un muñeco tirado en el suelo por un niño. Cameron, Joan y Ben seguían observándolo preocupados por el estado del hombre, cuando de repente un espasmódico movimiento de todo su cuerpo pareció devolverlo a la vida.

El profesor se levantó de un salto del sofá, los miró a todos un instante y acto seguido echo a correr hacia su estudio. Solo un segundo después apareció por la puerta que comunicaba la sala con el salón en el que estaban los cuatro, Eva, Cameron, Joan y Ben todavía sin reaccionar ante la súbita vuelta a la vida de Mohammed.

Llevaba el papel que antes de desmayarse había soltado de sus manos, y lo movía frenéticamente arriba y abajo mientras farfullaba cosas ininteligibles. Les indicó que lo siguiesen y mandó a Eva volver a sus ocupaciones en la casa. Otra vez acomodado en su estudio, sentado en su silla, pidió a Ben que le mostrase otra vez la tablilla. Ben así lo hizo, y con los ojos desorbitados se puso a estudiarla concienzudamente. Solo levantaba la vista del trozo de cerámica para mirar una hoja que había dejado encima de la mesa, la cual contenía una especie de alfabeto con dibujos a un lado y palabras a otro. Durante unos minutos no pronunció palabra alguna, y solo se dedicaba a mirar la tablilla, el alfabeto y a garabatear unas palabras en una hoja en blanco.

Cuando Joan ya se disponía a protestar, el profesor alzó la mirada, y con una sonrisa de satisfacción dio por concluida su tarea.

- Pero, pero…¿sabéis lo que habéis encontrado?- era una pregunta retórica, pues no esperó respuesta- ¡esto es el mayor hallazgo de la historia!.

- ¿ Ah si?, pues a eso hemos venido, para saber exactamente lo que es- contestó Joan un poco enfadado por el súbito entusiasmo del profesor, y por que aún no les había contado nada-.

- Vamos a ver, la datación se ha salido de mi esquema, lo que quiere decir que es más antigua de lo que mi maquina puede fechar, ¡ que son 5000 años!- exclamó exultante-

- Entonces eso quiere decir que es verdadera,¿ verdad?- preguntó Cameron-.

- Eso es.

- ¿Bueno a descifrado lo que dice?- volvió Cameron-.

- No, es imposible descifrarla por completo por que faltan trozos, pero lo que si he averiguado es el idioma en que esta escrita, ¡y es asombroso!- la alegría lo desbordaba como si el descubrimiento lo hubiese realizado él mismo- ¡son dos idiomas!.

- ¿ Como que dos idiomas?- se extrañó Joan-.

- Si, eso es. Veréis el idioma antiguamente utilizado en Mesopotamia era el Acadio, que data del II milenio A.c. y que utilizaban principalmente Asirios y Babilonios, que utilizaban la escritura cuneiforme como medio para redactar sus escritos. Mirad, aquí tengo unas copias de un manuscrito realizado en escritura cuneiforme- revolvió en el interior de uno de sus cajones y sacó una hoja que dejó encima de la mesa para que pudiesen verla bien-.

La hoja que les dejó encima de la mesa estaba llena de signos iguales a los que contenía la tablilla que les había enviado el padre de Cameron y Joan. Se quedaron sorprendidos por la complejidad de esa escritura llena de símbolos y dibujos. Una cosa era ver unos pocos que contenía la tablilla, y otra bien distinta era ver un escrito completo.

- Vale, pero no entiendo esa excitación, hay textos de escritura cuneiforme bastante mejor conservados que la de nuestra tablilla-

dijo Cameron-.

- Si, eso es cierto, pero con una pequeña particularidad- el profesor hizo un silencio teatral para dar más emoción a sus palabras y continuó- jamás se había encontrado una que también incluyera escritura en arameo.

Las palabras del profesor surtieron efecto y los cuatro callaron durante unos segundos intentando pensar en lo que eso suponía.

- No lo entiendo, ¿ y que tiene eso de especial?- preguntó por fin Joan-.

- ¡No lo entendéis!, el Acadio se utilizaba ya como forma oficial allá por el año dos mil A.c., pero para los escritos religiosos o legales se seguía utilizando el sumerio. En esta tablilla encontramos claramente el símbolo AN, lo veis aquí- dijo señalando un pequeño triangulo invertido- que significa Dios.

- Profesor o se explica mejor o nos van a dar aquí las uvas- sentenció Joan-.

- Si, a eso voy. En esta tablilla también se encuentran restos de Arameo Asmoneo, que es la escritura de los rollos de Qumran y que…

- Abreviando profesor, no nos dé más la brasa con clases de historia y resuma el contenido de la tablilla- cortó Joan-.

- Bien, vale…es que…lo siento, para mí es el descubrimiento más importante de mi carrera, quiero decir que he visto en mi vida- matizó el profesor-.

- Vale, no pasa nada, entienda a mi hermano profesor es que tenemos algo de prisa- se disculpó Cameron-.

- Ahh bien, entiendo. Pues lo que quería decir, es que esta tablilla no es única, y tampoco es una tablilla- viendo la cara de extrañeza de los tres se explico mejor-, quiero decir, que de donde viene esta tablilla hay más. Ésta solo es un trozo de un gran mural, donde una parte, la más antigua esta escrita en Acadio, y la otra, más nueva, en Arameo. Eso solo puede ser posible en un lugar sagrado, donde se cuente una tradición de padres a hijos, de generación en generación, y así hasta nuestros días.

- ¿ Y eso es tan importante?- volvió a preguntar Joan-.

- Si, lo es por que el hecho de que la escritura Acadia para un texto que contenga la palabra “Dios”, solo se podía haber realizado por alguien importante, como un alto religioso o un faraón o un rey. Todo ello mezclado con el tipo de arameo que se utilizó en esta tablilla, me da a entender que lo que sea que cuente ese mural es algo tan importante, que solo los “más grandes” podían conocer su significado.

- ¿ Por qué sabe que solo lo pueden haber escrito personajes importantes?- preguntó Ben-.

- Pues por que la escritura no solo nos cuenta lo que dice el texto, sino también la persona o personas que lo escribieron. Los símbolos de esta tablilla son Acadios, pero en ella utilizan símbolos fonéticos o lingüísticos muy avanzados, los cuales solo estaban al alcance de estudiosos, religiosos y personalidades importantes. También el arameo utilizado era el que solo se escribía en temas muy venerados, como la Biblia y textos religiosos importantes.

Cuando Ben, Cameron y Joan dieron la charla por terminada, le agradecieron al profesor la ayuda prestada. Cuando ya estaban a punto de marcharse el profesor los detuvo.

- Señores solo quiero pedirles una cosa- dijo en tono de suplica- si realizan otro hallazgo como este, o consiguen encontrar el mural del que forma parte esa tablilla, agradecería mucho que me llamasen para analizarla, significaría mucho para mí.

- No se preocupe por eso, si descubrimos algo mas, será el primero en saberlo- respondió benévolo Cameron-.

- Ahh, y una cosa más los símbolos que he podido distinguir hablan acerca de Dios, y también sobre como encontrarlo.

- Ya pero eso es muy normal en estos textos- concedió Joan-.

- Si, pero no en uno escrito por Reyes y oculto durante más de dos mil años.

27

Rashid salió del taxi por la puerta del copiloto. Hubiese querido hacerlo por la otra, pero el cadáver del supuesto taxista le impedía hacerlo. Junto a él, también abandonaron el taxi Abdeb y Richard, tal y como lo tenían planeado, siempre por detrás del policía.

- ¡Ehhh mirad tíos no voy armado!- gritó Rashid, y a modo de comprobación levantó los dos brazos por encima de la cabeza- no disparéis.

- Tú tranquilo, venid hacia aquí los tres y no hagáis ninguna estupidez- voceó uno de los hombres.

Rashid reconoció ahora con más claridad a los dos hombres que habían dejado fuera de combate en la casa de Abdeb. Uno de ellos lucía un tremendo moretón en el pómulo derecho, seguramente fruto del golpe que Abdeb le había propinado en la trifulca. Fue solo una impresión, pero Rashid creyó ver que los dos hombres sonreían.

Cuando los hombres bajaron un segundo la guardia, producto de la seguridad que les daba tenerlos a tiro y desarmados, Rashid dio la señal. Abdeb y Richard salieron escopeteados hacia la parte delantera de la casa situada a su derecha, y el policía con un gesto veloz abrió la portezuela del baqueteado taxi, parapetándose detrás. Los dos hombres habían bajado las armas durante un segundo, que fue valiosísimo para Abdeb y Richard. Rashid comenzó a disparar. No era mal tirador, a pesar de no haber utilizado en varios años su pistola nada más que en campo de tiro, por lo que el primer disparo que realizó voló una de las ventanillas de Land Rover donde se ocultaba uno de los hombres, y el segundo hizo lo propio con la otra. Ese momento en que los pistoleros se ocultaron detrás de las puertas, poniéndose a cubierto, fue el que aprovecharon Abdeb y Richard para cruzar de la casa en la que se ocultaban a la puerta de la casa del policía.

Una vez repuestos de la sorpresa inicial los dos hombres comenzaron una maniobra de tiro, habitual en el ejército, la cual consistía en disparar a discreción al enemigo potencial, que en este caso era el policía, mientras que el compañero lo intentaba con el otro blanco.

Mientras Richard se afanaba con las llaves de la casa del policía, los disparos volvieron a retumbar, y esta vez muy cerca. Un ruido atronador les dejó los oídos con un agudo pitido, mientras que de la

puerta saltaron astillas de madera, allí donde el disparo había hecho blanco.

- ¡Joder date prisa con eso, que nos están disparando!- gritó aterrorizado Abdeb-.

- Hago lo que puedo, pero es que esta maldita cerradura no se quiere abrir- contestó Richard mientras forcejeaba frenéticamente con las llaves-.

Otro rugido surgió desde la zona donde estaba el taxi aparcado y un grito desgarrador rasgó el aire. Rashid había acertado. Uno de los disparos del policía impactó en pleno hombro de uno de los pistoleros, que salió despedido hacia atrás. Un instante después los disparos finalizaron y en la calle solo se oían insultos y gritos de dolor por parte del hombre herido. Unas palabras amortiguadas dejaron claro a Rashid que el compañero había declarado una tregua momentánea y se preocupaba ahora del estado de su compañero, momento que aprovechó para salir de su escondrijo. No dio más de dos pasos, ya que el pistolero aparte de preocuparse por su compañero también tenía la vista clavada en la zona donde estaba el policía, y nada más salir de ella un disparo rebotó a los pies de Rashid a escasos milímetros de su zapato izquierdo, levantando esquirlas de asfalto y haciéndolo volver tras la puerta del taxi. Dos disparos más avisaron a Rashid de la mala idea que era abandonar el refugio del coche. Miró en dirección a su casa, Abdeb y Richard ya no estaban allí, así que por lo menos la primera parte de su plan había funcionado. Decidió ir a por todas, apuntó y disparó hacia su atacante, pero falló por muy poco, levantando un trozo de pintura del capó del coche donde la bala había rebotado. La replica no se hizo esperar y el pistolero descargó una ráfaga de disparos, que a punto estuvieron de volarle la cabeza al policía. Otra vez más Rashid apuntó y disparó, pero de su arma no salió más que un chasquido metálico. ¡ Mierda! La puta pistola se había quedado sin balas.

El pistolero tardó varias ráfagas más en entender por que su adversario no correspondía a los disparos, pero cuando lo supo una sonrisa iluminó su rostro.

- ¿ Que pasa Robocop, es que no te quedan más balas?- gritó con sorna el pistolero-.

- No te preocupes por mí, todavía me quedan suficientes para meterte una en la cabeza- mintió Rashid-.

- Ahh si, me alegro por que ahora mismo voy para allá.

El pistolero salió desde detrás del coche y con un rápido movimiento se apostilló en la rueda delantera del automóvil.

- Ahora sé que no te quedan más balas Robocop, si te quedara alguna habrías intentado dispararme cuando me he asomado- gritó el hombre-.

Rashid se sabía perdido si no encontraba una solución, y rápida. El pistolero salió de su escondite, y con paso firme y la pistola levantada, fue al encuentro de Rashid. El compañero herido voceaba frases como: " mata a ese cabron" o " métele una bala a ese moro de mierda". El pistolero se encontraba ya a tan solo unos metros, cuando el milagro se obró para el policía.

Un chirrido de neumáticos vibró en el aire, y como un rayo amarillo un taxi aceleró por la calle. En su desconcierto el pistolero había detenido su avance en medio de la calle sin saber que estaba sucediendo, cuando el taxi, a toda velocidad, lo embistió. Un golpe sordo, junto con el ruido de chapa abollada, dejaron paso a un escalofriante chillido de neumáticos derrapando. La portezuela del acompañante se abrió y el kurdo apareció ante los ojos de Rashid.

- Que¿ estas esperando una invitación para el baile?- dijo el taxista entre risas histéricas- ¡sube de una vez hombre!.

El policía no se lo pensó dos veces, y saltó dentro del taxi. Un olor familiar a rancio y sudor, lo envolvió por completo.

- Pero bueno ¡ eres un cerdo!, deberías lavar más a menudo este coche- dijo Rashid arrugando la nariz-.

- Si, era lo que tenía pensado hacer justo después de salvarte el culo amigo- contesto el kurdo, todavía entre risas- ¿cierras la puerta, o nos quedamos a charlar con tus amigos un rato más?.

El policía cerró de un golpe y se acomodó mejor en el taxi. El kurdo dio media vuelta y salió chillando ruedas en dirección contraria. Justo en el momento en que Rashid iba a decirle al taxista que parase en la puerta de su casa, Abdeb y Richard salieron a toda velocidad, y se plantaron delante, abrieron la puerta y saltaron dentro del coche.

- Ohhh lo siento amigos, el taxi esta ocupado- bromeó el taxista, pero viendo la expresión en las caras de sus ocupantes desistió de seguir con la broma y aceleró saliendo de la calle a toda velocidad-.

- ¿ Por que coño has tardado tanto?- rugió Rashid.

- Ohh lo siento, es que estaba tirándome a una mulata que…- se relamió-.

Las risas de los cuatro destensaron un poco el ambiente, mientras que el taxista se metía de lleno en el bullicio de la ciudad de Amman.

28

Se encontraban en un punto muerto. Sabían que tenían algo muy valioso entre manos, pero no tenían ni idea de cual debía ser el siguiente paso que tenían que dar. La tablilla que les había mandado Richard era solo una pequeña parte de un gran descubrimiento, pero no sabían donde estaba el profesor, ni donde tenían que empezar la búsqueda, tanto del mapa del supuesto tesoro, como la del padre de Cameron y Joan. Los tres caminaban con la cabeza gacha bajo un sol de justicia, absortos en sus pensamientos. Su contacto allí, Rahmmat, no les había sido de gran ayuda, probablemente por que cuando su padre propuso esa idea aún no lo habían secuestrado, y el bar del árabe solo debía haber sido un punto de encuentro. No habían vuelto a recibir noticias de los secuestradores, tal vez por que ya no necesitaban nada de ellos. La única persona que había tenido contacto con su padre había sido ese jordano, al que su padre había comprado la tablilla, pero no sabían ni quien era, ni donde se encontraba. En definitiva, estaban bloqueados.

La idea se le ocurrió a Ben, casi como caída del cielo, y tanto Cameron como Joan la secundaron contentos de tener una nueva dirección en la que moverse.

- Chicos, he pensado que la forma más rápida de llegar hasta vuestro padre es encontrar a ese hombre, al Jordano que le vendió la tablilla, y a mi solo se me ocurre un sitio al que sé con seguridad que vuestro padre asistió. Él nunca visita Jordania sin pasar por el mercado negro de reliquias.

La simple mención de un mercado negro originaba pensamientos sucios, como contrabando, extorsión y demás, pero ellos tres sabían que no era así. Hay varios tipos de mercados ilegales, y en los que se movía Richard solo eran mercados en los que pobres con pocos recursos, intentaban vender objetos que de sacarlos a la venta en cualquier otro lugar el gobierno de sus países los requisaría en propio beneficio. Richard era partidario de este tipo de mercados, por la simple razón que los objetos que aquí se vendían, eran objetos valiosos, algunos de ellos bastante, y además el dinero iba a parar a gente que realmente lo necesitaba para sobrevivir. Este tipo de mercado daba de comer a muchas familias humildes, en las que su única fuente de ingresos consistía en buscar durante todo el día restos en viejas excavaciones e intentar venderlas. Además solo

buscaban en los restos de excavaciones ya cobradas por el gobierno.

Ben sabía donde se montaba el mercado, en realidad todo el mundo lo sabía, incluso el gobierno que se dejaba engañar a cambio de ciertas piezas con un valor significativo para ellos. El resto se podía vender sin muchos problemas.

Llegaron al mercado caminando, pues quedaba bastante cerca desde donde ellos estaban. En principio no era más que un mercado, que a simple vista parecía de mercancías de lo más normal, como manzanas dátiles, higos y demás, pero si uno sabía preguntar no era difícil encontrar otros artículos más exóticos.

Ben no tardó mucho en dar con un puesto en el que conocían a Richard, que en realidad era bastante famoso por aquellos círculos. El hombre entabló una agradable charla con Ben en la que les contó que si, que el padre de Cameron y Joan había estado por allí no hacia mucho, pero que en esta ocasión no compró nada. Solo se le había visto tratar con un hombre nuevo en ese negocio que se llamaba Abdeb, pero que a juicio del buen hombre, tampoco le compró nada a él. Desde hacía varios días no se habían visto en el mercado ni al americano, que era como todos conocían a Richard, ni al tal Abdeb. Tampoco fue muy difícil conseguir la dirección de ese tal Abdeb, con unas monedas y mucha labia, Ben consiguió la dirección y una punta de flecha de hierro oxidado.

El siguiente paso estaba claro. Encontrar a ese tal Abdeb, e intentar averiguar si sabía algo que pudiese darles alguna pista del paradero de Richard, o incluso de quienes lo tenían retenido. Era una pista muy vaga, pero al fin y al cabo, lo único que tenían.

Un taxi los llevó hasta la dirección que Ben había obtenido, y en la que se suponía que vivía ese hombre. Pagó al taxista, y le prometió una buena propina si los esperaba allí hasta que salieran. Éste acepto encantado.

Una serie de casas encaladas, donde las fachadas ya mostraban signos de desconche de la pintura, se abrieron en abanico, para dejar paso a un barrio tranquilo, donde varios niños jugaban al futbol en un cercano parque. La casa del tal Abdeb era una de las más nuevas de la zona, aunque tampoco era el palacete de un jeque. Una moqueta raída de un color que en alguna ocasión debió de ser verde, los recibió en un amplio pasillo con puertas a los lados. La puerta de la vivienda se había reparado hacia poco, pues el marco, de diferente color del resto aún conservaba señales de barniz húmedo.

Llamaron insistentemente varias veces, sin obtener respuesta, hasta que a la cuarta vez una voz de mujer contestó al otro lado.

- ¿ Quien es?- pregunto en un tono que a los tres le pareció demasiado titubeante-.

- Somos amigos de su marido, nos gustaría hablar con él un momento- mintió Ben-.

- Mi marido no está, y no creo que vuelva mas- fue la corta respuesta de la mujer-.

La contestación los dejó un poco helados, pero Ben decidió volver a la carga, con una opción bastante más efectiva.

- Señora tenemos información que puede salvarle la vida a su marido. En este momento puede estar en peligro.

Un momento de silencio, y al poco unos cerrojos se descorrieron y una mujer les franqueó el paso. La habitación, que hacía las veces de salón, aparecía totalmente destrozada. Unas sillas partidas por la mitad reposaban amontonadas, a la espera de ser reparadas. Un sofá viejo de color avellana mostraba un relleno de espuma blanco como si fuese un animal herido y destripado. La mujer les indicó que tomasen asiento en unas sillas de lona, mientras ella se sentaba en una alfombra en el suelo.

- Perdonen por el desorden, pero es que recientemente nos han robado y no han dejado títere con cabeza- se disculpó la mujer-

- No se preocupe señora, solo la molestaremos unos minutos- afirmó Cameron-.

- Bien gracias.¿ Y cual es esa información sobre mi marido que poseen?-.

- Pues verá, su marido es amigo de mi padre, que ha desaparecido hace poco aquí, en Jordania- empezó Cameron- y la ultima persona con quien se le vio, fue con su marido y…

La mujer se puso lívida, y su respiración se agitó haciéndole bajar y subir el pecho de forma preocupante. Se estaba híper ventilando.

- Señora, ¿ se encuentra bien? – preguntó Cameron-.

De un salto Cameron se acercó hasta ella, la tumbó en el suelo, y empezó a hablarle muy suave.

- Señora respire hondo, así, uno, dos, tres, ahora expire- hablaba Cameron mientras le sujetaba la nuca con una mano-. así, muy bien… expire.

La mujer, poco a poco fue recuperando la compostura, pero la expresión asustada de la cara no le cambió. De repente, se echó a llorar. Lloró desconsoladamente en los brazos de Cameron, que miraba sin comprender nada, el rostro descompuesto de la mujer. Las palabras consoladoras de Cameron no parecían hacer mella en la mujer, que hipaba constantemente dejando salir sus emociones

por medio de las lágrimas.

Un sonido rompió la extraña situación. La cerradura de la puerta hizo un "CLICK" y el cerrojo que atravesaba la puerta con el marco se descorrió. Cameron notó que la mujer se ponía tensa en sus brazos, pero cuando vio la persona que cruzó el umbral se volvió a relajar.

Una chica, de unos diecisiete años entró a la vivienda cargada con algunas bolsas de la compra. Al ver allí a Cameron, Joan y Ben, soltó la compra, que se estrello en el suelo, y salió corriendo en dirección a Cameron. De un empujón aparto al chico de la mujer, y tomó ella el relevo en el abrazo.

Al cabo de unos segundos, la chica se apartó de su madre y se encaró con los tres desconocidos, que ahora la miraban con cara de no comprender nada.

- ¿ Quienes sois?, nosotras no sabemos nada,¡ dejadnos en paz!- gritó desafiante-

- No hija, ellos no son…como los otros. Ellos son familia del americano, y también lo están buscando- explicó la mujer a su hija intentando calmarla-.

La chica, todavía no bajaba la guardia, y los seguía mirando como si aquellos tres hombres fuesen el mismísimo demonio. Con cierta reticencia se volvieron a sentar, y la chica les explicó el incidente que habían tenido hacia solo unas pocas horas con los dos hombres que habían irrumpido en su casa. A cada palabra que decía la chica, le seguía una exclamación de horror de los tres hombres, que ahora la miraban con preocupación.

Una vez la chica hubo terminado de contar su historia, Cameron empezó con lo que hasta ahora les había acontecido a ellos, desde la carta recibida en Barcelona, hasta lo que les había contado solo unos minutos antes el profesor Mohammed.

- Es evidente que su marido descubrió algo importante en esas montañas, que alguien se enteró y se quiere hacer con el descubrimiento a toda costa- expuso Ben-. Por eso tienen a nuestro amigo y persiguen a su marido.

- Abdeb es un hombre bueno, se lo aseguro- dijo la mujer al borde de las lágrimas otra vez-. Solo subió a la montaña por el dinero. Estamos en una mala situación y Abdeb ha perdido su trabajo, pero no es un mal hombre y sobre todo es honrado.

- Señora, esa no es la cuestión, mi padre también es un hombre honrado, pero los que lo tienen a él, y los que persiguen a su marido no lo son- dijo Joan-.

- Volvamos otra vez a una cosa que ha mencionado antes- terció

Ben-. Usted dijo antes que su marido se marchó con un policía, y que ese policía les ayudó a dejar fuera de combate a los dos hombres que vinieron a por su marido ¿verdad?

- Si eso es, parecía un policía de aquí, de Jordania- contestó la mujer-.

- ¿Mencionó su nombre en algún momento?- preguntó Ben-.

- Si, si que lo dijo- saltó la chica-. Se llama Rashid y dijo que era policía de Amman.

- Ese policía, ¿tenía pinta de policía?-

- ¿Qué si tenía pinta de policía?- se extrañó la chica que no sabía adonde quería ir a parar Ben-. ¡Claro que tenía pinta de policía!, no sé que quiere decir con eso.

- No me malinterprete solo quiero saber si ese hombre era un policía de verdad, o solo se hizo pasar por uno- se explicó Ben-.

- Si, si que era policía, además nos enseñó su placa y ayudó a mi padre- concluyó la chica-.

- Vale, cerrada esta opción pasemos a otra. Los hombres que las atacaron, ¿pronunciaron en algún momento algún nombre?- volvió Ben-.

- No, además no hablaban nuestro idioma- sentenció la chica-.

- ¿Reconocisteis el idioma en que hablaban?.

- No, además estábamos muy asustadas ¡nos pegaron!- bufó la chica con rabia-.

- Vale, vale. ¿Su marido no se ha puesto en contacto con ustedes desde que sucedió la agresión?

- No. además estamos muy preocupadas por él, por que la policía nos ha dicho que han hablado con el tal Rashid y dice que mi marido no está con él- dijo apenada la mujer-. ¿no creerán que le ha pasado algo malo verdad?

- Seguro que no- sentenció Cameron-. Los que lo buscan lo quieren por una sencilla razón, necesitan saber donde encontró su marido el objeto que le vendió a mi padre, así que no le harán ningún daño.

La charla transcurrió durante unos minutos más sopesando todas las opciones sobre la situación de Abdeb y de Richard, y viendo que no llegaban a ninguna conclusión, decidieron marcharse y dejar tranquilas a las mujeres.

La chica, Yanira que así se llamaba, se ofreció a acompañarles hasta el taxi, por que como ella misma les explicó, era un barrio “difícil” si no conocías a los vecinos.

Ya en la puerta Yanira les pidió por favor, que si se enteraban de algo sobre su padre las mantuvieran informadas. Cameron le

contestó que así lo harían, y que no se preocuparan.

De repente un ruido fortísimo sonó justo al lado de Cameron. Durante unos instantes, ninguno de ellos supo de su procedencia, hasta que Joan se percató de ella.

Un Toyota Land Cruiser entró por el callejón donde ellos se encontraban a toda velocidad. Casi sin tiempo para reaccionar, Ben empujó a Joan, y se lanzó al suelo, y Cameron rodeó con los brazos a Yanira, empujándola con él hacia el portal de la casa. El Toyota frenó en seco a unos metros de ellos y por las dos puertas de atrás del coche aparecieron tres hombres vestidos enteramente de negro. En sus manos dos de ellos portaban armas de gran calibre, y el tercero blandía por encima de su cabeza una porra similar a la que utiliza la policía. En unos segundos los tres desconocidos ya estaban a su altura, y el de la porra, que iba al frente gritó unas palabras, que se perdieron en medio del tumulto. Cameron fue el primero en hacer frente a los desconocidos, interponiendo su cuerpo entre la chica y el atacante. El hombre dijo algo, y sin dar tiempo para la replica, levantó la porra e intentó golpear a Cameron en la cabeza. El golpe se perdió por centímetros, pero poco le duró la alegría a Cameron, ya que el hombre golpeó otra vez, y esta si que le dio de lleno al chico en el estomago, dejándolo en el suelo tirado intentando respirar un poco del aire perdido.

Los gritos de Yanira eran lo único que se oía en la calle, que parecía haber perdido durante un momento toda la vida que tan solo unos segundos antes tenía.

Joan se abalanzó hacia el hombre que había golpeado a su hermano, lanzándole una patada a la pierna, que golpeó al atacante en el gemelo izquierdo. Ya sea por el elemento sorpresa, o por los años de Joan jugando al futbol, la patada tuvo un buen resultado, ya que el tío de la porra acabó con los huesos en el suelo, junto a Cameron, que ya se estaba levantando con una mano apretándose el estomago.

Los otros dos compañeros, los que portaban armas, se mantenían a la espera, como si estuviesen esperando que su compañero con la porra terminara de reducir a Cameron, Joan y Ben.

El hombre que había caído al suelo producto de la patada de Joan, ya se estaba levantando, pero Cameron le propino un fuerte golpe con el antebrazo en la nuca que derribó por completo al tipo entre unos arbustos que crecían junto a la acera. Los dos compañeros armados, viendo el cariz que tomaba la situación, decidieron tomar cartas en el asunto, y se fueron directamente hacia ellos con las armas en ristre, y dispuestos a disparar. Cameron

fue el primero en darse por vencido, y levantó los brazos por encima de la cabeza en señal de rendición. Yanira y Ben lo imitaron casi al instante, pero Joan decidió no hacer lo mismo, y simplemente se quedó paralizado.

Probablemente esa fue la razón de que a Joan fuesen el primero en ponerle unas grandes y relucientes esposas, y también de que los acontecimientos se desarrollaran de la forma que sucedieron después.

Mientras uno de los dos hombres que quedaba en pie esposaba a Joan, el otro vigilaba muy quieto a Cameron, Ben y Yanira con el arma levantada en su dirección.

Con un rápido movimiento Joan giró sobre si mismo quedando de cara al hombre que lo estaba esposando, bajó los hombros, y cargó como un jugador de futbol americano intentando hacer un Touch Down. El hombre salió despedido, junto con Joan y arrastro en su caída a su compañero. Los tres quedaron enredados en una maraña de piernas y brazos, y la pistola que sostenía uno de los hombres cayó rodando y fue a quedar oculta entre unos rosales cercanos a la entrada de una casa.

Cameron no reaccionó de inmediato, pero al instante intentó ayudar a su hermano, hasta que éste le gritó que se marchara de allí. Cameron hizo oídos sordos, pero Ben tiró de él y a gritos y empujones consiguió alejarlo un poco.

- ¡Mierda Cameron escúchame!- vociferó Ben-. Hay que largarse de aquí, ¿me escuchas?

- ¡Vete a la mierda joder!, no voy a dejar a mi hermano aquí- sentenció Cameron, que ya estaba otra vez avanzando hacia el lugar en el que su hermano luchaba con los dos individuos de negro-.

- Cameron, escúchame- dijo Ben que giró a Cameron poniéndolo frente a él- Joan esta haciendo esto para darnos tiempo de escapar, si nos quedamos nos cogerán a todos, y no tendremos más opciones. Esos hombres nos quieren vivos, si no ya nos habrían matado, pero si nos cogen a los tres, ninguno de nosotros estará a salvo, ¡me entiendes!

Cameron reflexionó durante un segundo, pero un rugido atronador lo sacó de lleno de sus cavilaciones. El hombre que todavía portaba su pistola había disparado. El disparo había sido hecho al aire, ya que a esa distancia era casi imposible fallar, pero el aviso quedaba claro.

Cameron recibió un fuerte tiron, y casi sin darse cuenta, se encontró dentro del taxi que los había estado esperando en la esquina. Un grito de Ben hizo reaccionar al taxista que metió la

marcha y salió disparado calle arriba.

Cameron se recompuso, miró a su lado y se encontró dentro del taxi con Ben y con la chica que había conocido unos minutos atrás.

Desesperado, miró por la ventanilla del coche y durante un segundo vio como los tres hombres que les habían atacado metían en el Toyota a Joan con las manos atadas a la espalda. La visión de su hermano le duro poco, pues en ese momento el taxi tomo una curva y Joan desapareció de su vista.

La vieja sala, que en otra época había servido de oficina, estaba totalmente llena de papeles y fotos colgadas de las paredes. Un viejo escritorio rebosaba lleno de mapas, fotos y notas de información por toda su superficie. Una silla giratoria de cuero, había sido lo único nuevo que habían colocado en la sala, junto con un teléfono con fax incorporado.

En ese momento un sonido mecánico y continuo anunciaba la llegada de un fax. La hoja terminó de plasmar el mensaje recibido y cayó al suelo, al no tener bandeja que la recogiese.

La puerta de la oficina se abrió de golpe, y un hombre se acercó hasta el teléfono que servía también como fax, recogió la hoja que había caído al suelo, y sin alterar ni un músculo del rostro la releyó varias veces. Después formó una pelotita con ella y la tiró con bastante estilo a una papelera situada junto a la mesa.

- ¡Claus, Claus!- llamó a voces-.

Por la puerta apareció un hombre altísimo, que traía la respiración agitada después de subir los escalones a toda prisa para atender a la llamada de su jefe.

- Si, ¿me llamaba jefe?- contestó el grandullón-.

- Si, te he llamado Claus. Acabo de recibir un mensaje de que no somos los únicos que están en este juego ¿tenías constancia de ello Claus?, por que yo no- comenzó sosegadamente el hombre-. Además, me acaban de informar que nuestro…pequeño plan acaba de tomar… un giro inesperado, y todo ello sin que yo haya sido… alertado- el hombre hablaba haciendo pequeñas pausas eligiendo sus palabras, y aunque su tono de voz era bastante calmado, las marcas de viruela de la cara se le estaban poniendo de un color morado cada vez que acababa una nueva frase-. Supongo que esta pequeña circunstancia será también nueva para ti, por lo que no voy a tomar medidas en contra, mi fiel Claus.

- Lo siento jefe, la noticia de que hay nuevas partes implicadas

también me ha llegado hoy, pero le aseguro que voy a tomar parte personalmente en esta investigación- concluyó nerviosamente el gigante, que ahora parecía más bien un niño asustado-.

- Bien Claus, bien. Me gusta tu actitud, y ya sabes que debes tenerme informado de todo, no obstante serás algún día mi sucesor- apostilló el hombre echando el brazo por encima de los hombros al grandullón, para lo que se tuvo que poner de puntillas-. Sabes que eres mí apuesta personal ¿verdad que lo sabes?, pero necesito confiar en ti.

Los dos hombres salieron de la vieja oficina a un pequeño rellano que había entre el despacho y las escaleras de madera medio podridas por las que se accedía a ella. La oficina daba a una enorme nave, donde en otro tiempo estaban las maquinas en las que se trabajaba. Aquella sala estaba comunicada con la zona de trabajo, pero a una altura desde donde los antiguos jefes podían observar a los empleados trabajar desde una posición elevada. Abajo, a unos seis metros por debajo de ellos, varios de los hombres de Claus se afanaban en montar un taladro enorme, al paragolpes delantero de una vieja furgoneta.

- Claus, lo que quiero ahora es ver como te haces de respetar entre tus hombres- dijo el hombre con una sonrisa maliciosa-.

Claus lo miró a su vez a los ojos y con una sonrisilla se acercó hasta el borde de la barandilla y con un grito espeluznante llamó la atención de sus hombres.

En ese momento, con todos sus hombres mirándolo, Claus abrió la boca para decir algo, pero un sonido apagado como un tapón descorchándose en la lejanía, dejó congeladas sus palabras. Claus se aferró a la barandilla, y se giró hacia su jefe, el cual le apoyo la mano en el pecho, y con un leve empujón lo lanzó por encima.

El cuerpo de Claus cayó, y fue a estrellarse seis metros más abajo en medio de un charco de sangre. Un gran agujero en la espalda, del que seguía saliendo sangre a borbotones manchaba el suelo de la fábrica.

Ninguno de los hombres que estaban abajo hizo ademán de moverse, no fuera que otro disparo se escapara.

- Jurgen- llamó a voces el hombre de la cara picada desde lo alto-. Enhorabuena, has ascendido. Sube aquí inmediatamente.

Un hombre que en ese momento sujetaba una gran llave de Allen entre unas manos llenas de grasa, subió por las escaleras a toda velocidad, rumbo a la oficina.

- Caballeros- vociferó el hombre de la cara picada desde su improvisada atalaya en lo alto de la oficina-. Hemos sufrido una

desagradable baja por “depresión” en nuestra empresa. Todos sabéis lo unido que estaba a Claus, y ya habéis visto como ha terminado nuestra bonita amistad, así que os sugiero que no descuidéis el tema por el que estamos todos aquí, y que es tan importante para nuestra nación- el hombre se dio la vuelta y entró en la oficina seguido de Jurgen, poniéndole el brazo por encima de los hombros como hiciera solo unos minutos antes con el malogrado Claus-. Hola Jurgen, ¿estarás contento por tu ascenso verdad?

Entraron en la oficina y cerraron la puerta tras ellos.

29

-Esto es más grave de lo yo pensaba- dijo Rashid en la parte de atrás del taxi-. Además creo que no solo nos buscan esos…rubios hijos de puta, creo que hay alguien más.

- Alguien, ¿como quien?- preguntó Richard-.

- Ese hombre que se hacía pasar por taxista, creo que era del gobierno- concluyó Rashid bajando un poco el tono de voz-.

- Ehhh ¿he escuchado bien, habéis llamado a otro taxista?, ¿me habéis sido infieles?- gritó el kurdo desde la parte delantera del coche-.

- ¡Cállate de una maldita vez kurdo ignorante!- bramó Rashid-.

Durante un rato nadie más dijo nada, pero al cabo de unos minutos Abdeb rompió los pensamientos que tenían al policía abstraído.

- Oye, espera, si han ido a por nosotros, también pueden haber ido a por mi familia ¡tenemos que ir a por ellas!- gritó desesperado el árabe-.

- No podemos ir otra vez allí, seguro que nos están esperando- gruñó el policía-. además mis compañeros de la policía seguro que las están vigilando.

- Ohh vamos, ¡eso es una gilipollez!, ¿por que iban a estar vigilándolas la policía?- se impacientó Abdeb-. Ya hemos visto hace un momento como protegen tus amigos de la policía.

- Abdeb no te preocupes van a por nosotros, no a por ellas- tranquilizó Rashid-.

- Si, pero si no nos localizan iran a por ellas, para que nosotros aparezcamos- siguió Abdeb cada vez más agitado-.

- De acuerdo, de acuerdo, mandaré a una patrulla de reconocimiento a tu casa para ver que están bien- dijo en tono conciliador Rashid-. Y además hablaré con mi capitán para que asigne una patrulla de vigilancia permanente.

Las palabras de Rashid parecieron tranquilizar al árabe, pero de inmediato otro frente de preocupación se le abrió al policía.

- ¡Oh dios mío, mis hijos!- saltó Richard-. No me había acordado de ellos por culpa de todo este revuelo.

- ¿Pero que coño dice usted ahora, joder?- se empezó a impacientar el policía-. No me dé más quebraderos de cabeza, que lo que tenemos encima ya es gordo por si solo.

- ¡Usted no lo entiende!, no le había contado nada por que con

todo lo que nos ha sucedido se me había ido por completo de la cabeza, pero esos tipos quieren a mis hijos.

- ¡Pero para que van a querer esos tíos a sus hijos!- se desesperó Rashid-. además sus hijos están muy lejos de aquí.

- Eso es lo que yo pensaba, pero ese…ese hombre me dijo que ya que yo no quería ayudarlo, mis hijos si lo harían – afirmó con pesadumbre-. No lo entiende yo les mandé a mis hijos una carta, es posible que hayan venido a Jordania a buscarme y que esos hombres lo sepan.

Rashid empezó a sentir un fuerte dolor de cabeza. Los acontecimientos lo desbordaban, y no sabía que paso debía de dar en aquel momento. ¡Por dios, el servicio de inteligencia!, y para colmo unos asesinos europeos. Intentó poner en orden su cabeza, y solo se le ocurrió ir paso a paso.

- Bien, ehhh…

- Abdullah- contestó el taxista con una de sus grandes sonrisas-. Me llamo Abdullah, como el rey- matizó-.

- Si, le va al pelo- ironizó el policía-. Bien Abdullah, detenga el coche frente a esos grandes almacenes de ahí- indicó el policía señalando un centro comercial con un cartel rojo luminoso cargado de letras árabes de punta a punta-. Solo tardaré un segundo, no se muevan del coche, ¡ninguno de los tres!

Rashid se bajó del taxi, y entró en el centro comercial, que rezaba: “el mejor centro de ocio de Amman, cuenta con tiendas, cines y toda clase de actividades alternativas para una tarde de placer”.

El policía apareció por la misma puerta por la que había entrado al centro minutos antes, cargado con un paquete de llamativos colores. Entró en el taxi, y ordenó al kurdo que se marchara de allí.

Abdeb y Richard lo miraban desconcertados, ora al paquete, ora al policía, pero éste de momento no desveló el secreto que guardaba en aquella bolsa de chillones colores.

- Que, una paradita para el regalo de aniversario de la señora - bromeó el taxista-. Eso esta bien, si se le olvida el aniversario no volverá a mojar hasta que el pelo se le ponga blanco.

- ¡Conduce y calla, estupido!- contestó secamente el policía-.

- Vale, vale, si yo se lo digo por su bien- y añadió por lo bajo-.Desagradecido.

El policía quitó la bolsa de colores, y la arrojó al suelo del taxi sin ningún miramiento. El paquete que contenía era de colores igual de chillones que la bolsa, y mostraba una caja en la que aparecía una conocida marca de telefonía con grandes letras de color

amarillo.

Rashid sacó de ella un pequeño teléfono móvil de color negro y comenzó el ritual exigido para poder utilizarlo.

- ¿Pero bueno, se puede saber para que ha comprado un móvil?- preguntó extrañado Abdeb-.

- No he comprado uno, sino tres- y para dar más fe a sus palabras, de la caja surgieron otros dos modelos idénticos al otro que tenía Rashid en sus manos-. Actívenlo, y memoricen los números de los otros. Estos móviles son de prepago, por lo que los hace ilocalizables- aclaró Rashid-. A partir de ahora serán nuestro medio de comunicación, por lo que les aconsejo tirar por la ventanilla del coche cualquier otro móvil que tengan en su poder.

Abdeb nunca había tenido un móvil, y Richard había perdido de vista el suyo desde que lo secuestraran, por lo que no hubo necesidad de tirar ningún aparato. Rashid si lanzó su teléfono por la ventanilla, que fue a estrellarse contra el suelo y se hizo añicos. Los tres cumplieron con los formalismos para activar sus respectivos aparatos, y memorizaron el número de los demás.

- Y usted, ¿por que ha tirado el suyo?- preguntó Abdeb-.

- Estando el servicio de inteligencia detrás de todo esto, seguro que ya habrán localizado el chip GPS del móvil, o lo hubieran hecho nada más llamar con él- aclaró el policía-. Y ahora llame a sus hijos- le indicó a Richard-. Sabe el número de memoria?.

- Si, claro, son los únicos números de teléfono que recuerdo de memoria- contestó Richard marcando el número de móvil de su hijo Joan-.

Al segundo tono, una voz mecánica de mujer apareció por los altavoces del aparato, indicando que el número al que llamaba Richard no estaba disponible en ese momento. Repitió la operación, pero ahora con el numero de su hijo Cameron. El teléfono en este caso si dio tono de llamada, pero nadie contestó.

Richard bastante nervioso, repitió la operación, primero marcando el número de Joan. La misma voz mecánica volvió a sonar a través de los altavoces del pequeño teléfono, y Richard empezó a impacientarse.

Volvió a marcar el número de Cameron. Dos tonos, tres, cuatro…, y cuando el nerviosismo empezó realmente a hacer mella en el profesor, una voz contesto con bastante cautela un ¿sii?

- ¡¡ Hijo!!, ¿eres tú Cameron?- clamó por el aparato Richard, que era la viva imagen del alivio-. ¿Donde estás? ¿y tu hermano, esta contigo?, no me coge el teléfono-.

Durante un minuto entero, Richard avasalló a Cameron por el

teléfono, que seguía sin decir palabra. Las palabras salían de su boca como un torbellino. El alivio que sentía era tal, que no se dio cuenta de que no había dejado hablar a su hijo todavía.

- Oye, escucha, si estás en peligro solo dime algo sobre mi madre- dijo Cameron titubeante-. así sabré que estas amenazado.

- ¿Como?, no, no, hijo mío, no estoy amenazado por nadie- contestó Richard con una sonrisa que Cameron no podía ver-. Solo estoy preocupado por vosotros.

- Ahh, pensaba que te estaban apuntando con una pistola y que te habían obligado a llamar, por eso lo de mi madre- se excusó Cameron-. Pero, pero no lo entiendo, tu estabas secuestrado.

- Si, lo estaba, ¡pero me escapé!- dijo exultante-. Y dime, ¿donde estáis?

- Papa, me alegra mucho escucharte, pensaba que… pensaba que tu…

- Ya lo sé hijo, pero ya ha pasado. Estoy bien, oye y tu hermano, ¿por que no me contesta al teléfono?

Un silencio al otro lado de la línea indicó a Richard que algo, algo malo había pasado. La sensación de alivio que sentía hasta entonces, empezó a menguar, como menguan los terrones de azúcar en el café. La línea seguía en silencio y el nerviosismo de Richard crecía a cada segundo que pasaba sin escuchar la respuesta de Cameron.

- Hijo, contesta, ¿y tu hermano?- una terrible sensación invadía al viejo profesor, que sentía que a cada momento la sangre se le helaba en las venas-.¡¡ Contesta!!- se alteró-.

- Papa- dijo Cameron casi en un susurro-. Tienen a Joan.

La venda que le tapaba los ojos no le dejaba apenas respirar, ya que se la habían puesto tan a conciencia que casi le tapaba la nariz y la boca. No había oído ni el más leve susurro, nada. Los hombres que lo llevaban en aquel enorme coche no habían dicho una sola palabra. Ni siquiera el hombre que había resultado herido en la pelea se quejaba.

Las manos, atadas a su espalda con algún tipo de cuerda, se le habían entumecido. Al principio intentó liberarse de sus ataduras, pero al cabo de un rato, las tremendas rozaduras que le había producido la gruesa cuerda, habían hecho que desistiese de ello.

El tiempo parecía avanzar a otro nivel, como si estuvieran en una realidad paralela, casi en otra dimensión. Calculó que llevaban viajando una media hora, aunque a Joan le parecían días.

Un estado de duermevela había cogido de improviso a Joan, que

se estaba quedando dormido sin apenas darse cuenta, cuando un ligero movimiento lo sacó de su ensoñación. El Toyota estaba parando. No supo decir si aparcaban en medio de la ciudad, o en algún paraje dejado de la mano de dios, pues no oía ni un solo sonido. Se preguntó si en algún momento, sin que se diese cuenta, le habrían colocado unos tapones en los oídos.

En la parte de atrás del coche donde lo habían dejado había espacio suficiente para estirar las piernas, aunque cuando lo sacaron de allí, y le indicaron que caminase, un ligero cosquilleo le recorrió desde la parte superior del muslo hasta los tobillos, hasta el punto de casi hacerle caer al suelo.

Anduvieron en total silencio por un suelo lleno de grandes piedras, que a Joan se le clavaban en las zapatillas de suela fina como si fueran espadas. La marcha duró solo unos minutos, pues al poco una ligera parada y el oscilar de una puerta de hierro en sus goznes oxidados, marcaron el final del camino.

En aquel sitio hacía frío, bastante como para ponerle a Joan los pelos de punta, o por lo menos el creyó que era a causa del frío.

El sonido de otra puerta, ésta mejor engrasada, y una sala donde el eco reverberaba en las paredes y devolvía el sonido de los pasos de los hombres, amplificados por mil, indicó a Joan que el sitio donde se encontraban debía de estar desierto.

Lo obligaron a sentarse en una incomoda silla, y sin decirle ni media, salieron dejándolo solo en aquella oscuridad.

Increíblemente no tenía miedo, solo sentía ira. El haber sido tan tonto como para dejarse coger, lo cabreaba más que cualquier otra cosa. Suponía que le preguntarían acerca de la tablilla, y sobre lo que habían descubierto hasta ahora, pero ya había tomado una decisión, no diría nada. Tampoco era que pudiera decir mucho, pero por poco que fuese no lo sabrían por medio de él.

El mismo estado de duermevela que sintió en el coche hizo acto de presencia otra vez, pero ahora, lo pilló de lleno. Durmió en la incomoda silla, con el cuello doblado en un ángulo torcido, que sin duda le acarrearía dolores cuando se despertase.

De repente, un frío terrible le recorrió la espina dorsal haciéndolo estremecerse y tiritar como un autentico poseso. Una terrible sensación de quemazón le recorría las puntas de los dedos de los pies y de las manos, y un incontrolable castañeteo se apoderó de sus dientes, que parecían tener vida propia. Durante unos segundos no sabía que estaba pasando, y solo fue consciente del extremo frío que sentía, pero al cabo de unos segundos, cuando consiguió enfocar bien la vista, se dio cuenta de que sus ropas

estaban mojadas. Le habían tirado por encima un cubo de agua.

- Buenos días querido Joan, ¿verdad que no hay nada mejor que el agua helada para un buen despertar?- preguntó sonriendo un hombre a escasos centímetros de su cara-. Es lo que siempre le digo a mis amigos," si queréis tener los sentidos bien despiertos, no hay nada como un buen chorro de agua fría" ¿no estas de acuerdo Joan? Y que conste que te doy este buen consejo por que ya te considero un buen amigo mío.

- Muérete- dijo Joan entre castañeteos de los dientes-.

- ¡Oh vaya, si nos ha salido respondón!

El hombre hizo un gesto a uno de los dos guardaespaldas que esperaban a ambos lados de la puerta, y uno se acercó y le dio un papel. El tipo leyó la nota que le habían entregado, y después se quedo mirando a Joan con suspicacia. La mirada penetrante del hombre hizo que Joan sintiese miedo por primera vez desde que lo habían secuestrado.

- Bien Joan, me voy a presentar, soy Ali Boushiki, miembro de una organización que trabaja conjuntamente con el gobierno Jordano- el hombre hizo una pausa para ajustarse el pelo lacio que le colgaba por los hombros en una cola de caballo-. ¿Sabes por que estas aquí?

- Si, ¡por que son ustedes unos asesinos y unos ladrones!, ¿donde tienen a mi padre escondido?- bramó Joan intentando levantarse de la silla-.

- ¿A tu padre?- preguntó el hombre extrañado-. Nosotros no tenemos a tu padre, y creo que te has confundido de personas.

- ¡Venga hombre no me joda!, estamos en este país por que habéis secuestrado a mi padre, y hemos venido a liberarlo.

- No, no te confundas jovencito, los que han secuestrado a tu padre no hemos sido nosotros, y si os hubieseis portado como es debido, no habríamos tenido que secuestrarte a ti- otra pausa para ajustarse la coleta-. Joan, solo queríamos hablar con vosotros, por que creo que no sabéis donde os habéis metido, pero en vista de que no erais muy accesibles, hemos tenido que llegar hasta el lamentable extremo del secuestro.

- ¿Me esta tomando el pelo verdad?, ¡espera que me crea esa mierda!- terció Joan-.

- Créete lo que quieras jovencito, a mi realmente me da igual, pero si no colaboras, tu padre y tu hermano lo pueden pasar muy mal.

Las palabras que había dicho aquel hombre no habían sonado como una amenaza, pero a Joan le parecieron igualmente

inquietantes. Si era verdad que este hombre no era el responsable del secuestro de su padre, ¿quien lo era? Debía averiguarlo, y para ello pasó al ataque.

- Bien, supongamos que lo que dice es cierto, ¿como puedo confiar en que son ustedes realmente los buenos?- preguntó Joan-.

- No lo puedes saber jovencito, solamente puedes confiar en mi palabra- sentenció el hombre-.

- Vale, ¿quien me ha dicho que eran ustedes?- volvió Joan-. Por que si tengo que confiar en alguien, por lo menos tendré que saber en quien estoy depositando mi confianza.

El hombre realizó maquinalmente el gesto de atusarse la coleta otra vez más, y con una gran sonrisa se puso en cuclillas, para estar a la altura de Joan, y comenzó a desatarle las cuerdas de las muñecas.

- Confío en que no hagas que me arrepienta de esto- dijo el hombre mientras dejaba caer al suelo las cuerdas ya desatadas-. ¿Te parece un buen gesto de confianza?

- Si, puede valer.

- Bien, y ahora haz que confíe yo en ti, cuéntame para que estáis aquí, y que habéis descubierto hasta ahora- el tono del hombre se endureció un poco, como si con ese gesto quisiese indicar a Joan que las tonterías ya se habían terminado-.

Joan comenzó a relatar una historia, que en algunos puntos tenía cierta verdad, como lo del secuestro de su padre, de la nota que habían recibido conminándoles a no hacer estupideces, y de que hasta ahora solo habían dado tumbos desde que llegaran a Jordania. Por supuesto evitó contar lo de la tablilla, lo que había descubierto el profesor, y lo de la desaparición de Abdeb, el hombre que estaba trabajando con su padre, y seguramente pieza fundamental del caso. Una vez que hubo terminado de hablar, el hombre torció la cara en un gesto de decepción, y Joan decidió jugarse su última carta.

- Eso es todo lo que sé, yo solo quiero encontrar a mi padre y a mi hermano y salir de este país- y dicho esto comenzó a llorar desconsoladamente-.

El hombre de la coleta recibió los llantos de Joan con una mezcla de compasión y de repugnancia, que se reflejaron perfectamente en su cara. Se dio la vuelta y habló con uno de sus hombres y acto seguido volvió al lugar donde Joan seguía jadeando.

- Bien jovencito, creo que lo que me has dicho es cierto, y quiero que sepas que encontraremos a tu padre, pero para eso tienes que colaborar.

El tipo de la coleta se giró hacia la puerta y salió sin decir nada más, y después hicieron lo mismo los otros dos hombres que estaban apostados en la salida.

El hombre de la coleta se sentó en una de las dos sillas que había en la pequeña sala verde, y comenzó a hojear unos folios escritos en árabe que estaban encima de su mesa. Un hombre moreno y con una gran nariz aguileña entro en la sala, e hizo una especie de "saludo-reverencia" al hombre de la coleta.

- ¿Alí, crees en lo que te ha dicho el chaval, que realmente no saben nada?- preguntó el hombre que acababa de entrar-.

- Shaykh, es solo un niño, y si, creo que no saben nada, ni él, ni sus amigos, pero también creo que este niño nos puede servir de mucho en nuestra empresa- se alisó la coleta y con una sonrisa que dejaba entrever sus dientes amarillos dijo: prepáralo para llevárnoslo a la reunión.

El hombre de la gran nariz salió de la sala y dio una orden a uno de los hombres que estaban apostados fuera, que inmediatamente fue corriendo en dirección a la sala en la que estaba Joan.

- Alí, otro tema que me preocupa es el de los alemanes.

- Eso, amigo mío no es un problema por ahora- dijo el de la coleta-. Lo único que hacen de momento esos imbéciles nazis, es llevarnos hasta nuestro destino como el pueblo elegido por Dios.

30

El nerviosismo entre Abdeb y Richard crecía a pasos agigantados, y Rashid decidió que tenía que cortarlo de raíz. La reciente conversación de Richard con su hijo, lejos de calmarlo lo había puesto bastante más alterado, y a ello se le sumaba la desesperación de Abdeb por la posible situación de su familia.

Había intentado llamar sin éxito al número de móvil privado de Azid para pedirle algún tipo de explicación, pero el teléfono daba la señal de apagado. El siguiente paso que habían acordado, era el de localizar un sitio seguro y quedar con el hijo del profesor, por lo decidieron reunirse en un lugar publico, con bastante gente, y para ello habían elegido la gran mezquita azul.

Abdullah había aparcado el taxi en una zona libre para taxistas, y había colgado el cartel de ocupado. Cameron, el hijo de Richard les había dicho que también llegarían en taxi, por lo que, lo más seguro era verse directamente en la parada que tenían reservada los conductores.

Solo cinco minutos tuvieron que esperar hasta que un taxi utilizó la plaza de aparcamiento situado junto a ellos. Un hombre con una espesa mata de pelo blanco se apeó de el, y buscó con la mirada a su alrededor. Acto seguido hizo su aparición Cameron, que al igual que Ben, paseaba su mirada por todos los taxis aparcados en las inmediaciones.

- ¡Hijo, Cameron hijo!- gritaba Richard con los brazos abiertos, que ya había salido del taxi, pese a que Rashid se lo había prohibido-¿Como estas hijo?

Cameron y su padre se fundieron en un largo abrazo, ante la mirada de Ben y de Rashid que también había salido del taxi apresuradamente. La serie de abrazos se prolongó cuando Richard soltó a su hijo, y se fundió en otro cariñoso saludo con su amigo Ben.

- Lo siento Richard, no he podido cuidar de tus hijos como me habías pedido- dijo quedamente Ben al oído del profesor-.

- No te preocupes por eso ahora amigo, lo encontraremos- respondió Richard igualmente a su oído-.

- Bueno, lamento tener que ser yo quien corte este emotivo reencuentro, pero tenemos que irnos de aquí- dijo Rashid-.

- Ah bueno, Ben, Cameron, os presento a Rashid. Es policía de Amman, y sin él no estaría vivo en este momento.

- Encantado.

- Que tal- respondieron los dos dándole la mano al policía-.

- Bien gracias, pero debemos irnos, aquí no estamos seguros- replicó Rashid inquieto-.

- De acuerdo, pero no estamos solos- dijo Cameron que viendo la mirada extrañada del policía, se explicó rápidamente-. En el taxi está con nosotros una chica llamada Yanira, que es la hija del hombre que estuvo con mi padre antes de ser secuestrado.

- ¡La hija de Abdeb!- exclamó Richard-.

- Si, es que fuimos a su casa para intentar encontrar alguna pista de tu paradero, y allí fue donde nos enfrentamos a los hombres que se han llevado a Joan- explicó Cameron, y a modo de disculpa añadió: Nos pareció que era mejor que viniese con nosotros.

- Vale, seguidnos- dijo Rashid, y se fue hasta el taxi de Abdullah-.

Cada uno volvió a sus respectivos taxis, y cuando Rashid le explicó a Abdeb que su hija estaba en el otro coche, el móvil del policía sonó con fuerza haciéndolo saltar del susto. Descolgó sin mirar el numero, y una voz nerviosa le contestó al otro lado.

- ¿Quien es?, soy el capitán de policía Azid y tengo una llamada perdida desde este móvil- contestó apresuradamente-.

- Azid soy Rashid, necesito…

- ¡Rashid, por dios donde estabas! ¡llevo toda la mañana llamándote! ¿y que numero de teléfono es este?- soltó de carrerilla el capitán-.

- Azid deja que te expli…

- ¡No hay tiempo para explicaciones!- cortó el capitán-. Tenemos que vernos ahora mismo, ¡es muy urgente!

- Diga el lugar- contestó el policía sin replicar-.

- Ven a mi casa, yo estaré allí en cinco minutos. Si llegas antes que yo, espera en el coche y no salgas hasta que yo llegue ¡entendido!-.

- Si.

- Pues adiós- dijo y cortó la comunicación-.

Rashid dio las pertinentes señas de la dirección de la casa de su capitán a Abdullah, y observó como el taxi con el resto de la comitiva partía detrás de ellos. A los pocos minutos los dos coches cruzaban la ciudad en dirección a la zona sur de Amman.

Un Jeep negro bastante desvencijado y con las ventanas cubiertas de polvo, aparcó entre dos coches después de haber dado

dos vueltas a la manzana buscando un sitio donde aparcar el enorme vehiculo. Del coche bajaron dos hombres que sin dirigirse la mirada, se fueron cada uno por su lado.

La zona era un bonito barrio residencial, y justo en el centro se alzaba majestuosa una casa, que en comparación con la de sus vecinos, parecía un castillo. El hombre se ajustó las gafas de sol Rayban, y se acercó a la gran puerta de dos hojas de hierro de color marrón de la entrada de la casa.

Por entre las rejas se divisaba el enorme y bonito jardín que rodeaba la mansión. Unos macizos de rosas rojas como la sangre, brillaban esplendidas a ambos lados de la entrada principal. En otro extremo del jardín una fuente manaba agua desde un precioso querubín que montaba a lomos de un caballo encabritado, mientras que los pájaros, ajenos al ruido del tráfico de la ciudad, se humedecían las patas y los picos casi como si estuvieran bailando una danza de ballet. Un camino empedrado con una fila de palmeras pequeñas a cada lado, bajaba desde la puerta principal de la casa, hasta la que daba acceso al jardín. Por el estrecho camino de piedra bajaba ahora el hombre que minutos antes desapareciera por el otro lado de la acera. Llegó hasta la pesada puerta de hierro de color marrón, y con un preciso movimiento liberó el cerrojo de su cierre, franqueando el paso a su compañero, que aún esperaba fuera observando el amplio jardín.

- Vaya vaya, no le va nada mal a este doctor- dijo el hombre que acababa de abrir la puerta.

- No es un doctor imbecil, es un profesor de arqueología- contestó seco el otro-. Y además no estamos aquí de turismo, ¿por que coño has tardado tanto?

- Es que he tenido que dar casi la vuelta completa a la manzana hasta encontrar un lado del muro desde donde pudiera saltar- se excusó el hombre-. Además por esta zona siempre pasa mucha gente.

Su compañero no se molestó en escuchar las excusas que le daba el hombre, sino que ya había empezado a andar en dirección a la puerta de la casa. La cerradura de la entrada principal constaba de un sencillo mecanismo que el hombre no tardó más de veinte segundos en forzar. Las cuatro barras de hierro del cerrojo se descorrieron al unísono, y dejaron al descubierto un enorme salón decorado al más puro estilo rococó. Una agradable sensación de frescor salió a su encuentro contrastando con el calor bochornoso de la calle. Un silencio sepulcral llegaba desde todos los rincones de la casa, y los dos hombres se preguntaron si sus inquilinos habrían

salido, aunque un ruido apagado de cacerolas les llego justo en ese momento. Sin decir ni una palabra los dos hombres tomaron caminos distintos. Uno se fue hacia donde se oían los ruidos de cacharos en la cocina, y el otro se fue en dirección al amplio salón que estaba anexo a la sala de entrada.

En la cocina una mujer colocaba cacerolas de acero en amplios cajones, mientras canturreaba una canción por lo bajo. El ruido de los cacharros, unido a la abstracción que tenía la mujer concentrada en su tarea, hizo que no se percatara de que un hombre con una cuerda entre sus manos se acercaba por detrás.

A la misma vez, en otro lado de la casa, sentado tras la enorme mesa de madera con patas de león, un hombre embutido en una bata de llamativos cuadros de color rojo, levantó la mirada, y en el dintel de la puerta de su biblioteca un hombre lo miraba con curiosidad.

- Hola profesor, me llamo Jurgen, y usted será Mohamed ¿verdad?- preguntó el hombre con una sonrisa maliciosa-. Tenemos que hablar de algunas cosas usted y yo.

Joan volvió a ser trasladado con la sempiterna venda sobre los ojos, pero esta vez no iba en la parte trasera del enorme Toyota, sino en la parte delantera, embutido entre dos enormes hombres que olían a sudor y colonia barata, hasta el punto de hacerle dar arcadas en más de una ocasión.

No sabía donde lo llevaban esta vez, pero había escuchado una breve conversación entre los dos hombres encargados del traslado, y entre algunas palabras pudo rescatar cosas como: “sede principal” y “organización”.

El calor que hacía dentro del coche, unido a los olores tan fuertes que desprendían aquellos tipos, estaban poniendo malo a Joan. Para colmo, con la venda en los ojos había perdido por completo el sentido de la orientación, y la brusca forma de conducir de aquellos hombres hizo el resto.

La primera arcada le llegó sin avisar y acertó de pleno en los muslos del conductor. La segunda la reprimió, pero ahora el olor dentro del coche era poco menos que insoportable, y ya no se pudo contener por más tiempo.

Los dos hombres lanzaron un grito asqueados, y pararon el

Toyota bruscamente, llevándose por ello una salva interminable de pitidos e insultos de los demás conductores.

El tipo soltó el volante, y sacó a Joan a empellones por la puerta del Toyota obligándole a doblarse por la mitad, ejerciendo una fuerte presión en el estomago y la espalda, con lo que a Joan le sobrevinieron otra vez unas fuertes nauseas.

- ¡Échalo todo ahora maldito crío!- gritó exasperado el hombre- ¡Mira como me has puesto los pantalones imbecil!

El otro hombre también había bajado del coche, y desde una distancia prudencial miraba la escena entre carcajadas.

- ¿Y tú de que te ríes gilipollas?- bramó el hombre a su compañero que miraba divertido la escena-.

- Ya te dije que no era buena idea llevar trajes de Armani para este trabajo- estalló en carcajadas, lo que irritó aún más a su compañero-.

- ¡Este maldito crío me las va a pagar a base de bien!- amenazó-. Antes de llegar a la sede lo voy a blandear un poquito, para que aprenda a ser un hombre.

- Ten cuidado con lo que haces, ya sabes que Alí nos advirtió que le trasladáramos sin causarle ningún daño- advirtió el otro ahora más serio-.

- No te preocupes que no lo voy a matar, solo le voy a dar una pequeña lección.

Cuando los espasmos del estomago remitieron un poco, Joan trató de incorporarse, pero el hombre que lo sujetaba por la nuca lo obligó a arrodillarse. Un fuerte empujón dio con el chico de bruces en el suelo, y al instante un dolor agudo le ascendió por el costado. El hombre lanzó otra patada a las costillas de Joan que hizo blanco justo por debajo de la axila derecha, y provocó que el aire se escapara de sus pulmones.

Los espasmos del estomago volvieron a aparecer, que junto con el dolor ascendente del costado, hicieron que Joan gimiese convulsivamente. Otra patada alcanzó a Joan en los riñones, y otra más en el culo.

- Oye Yasin, creo que ya está bien- dijo el otro hombre-. Ya ha aprendido la lección.

- Chico, ¿vas a volver a vomitarme encima otra vez?- preguntó Yasin a Joan que se retorcía en el suelo-.

- ¡Ya vale Yasin!- bramó su compañero que se había acercado hasta ellos-. Ya te has divertido bastante.

La gente que paseaba por el parque cercano donde se habían detenido, los miraba con cara de reproche y disgusto cuando

observaban a los dos hombres junto a Joan tendido en el suelo.

El hombre que estaba golpeando a Joan, se dio cuenta de esto, y decidió que la lección había acabado, por lo que cogió al chico de malas maneras por la nuca y lo levantó de un fuerte tiron. Joan se tambaleaba fruto de los espasmos producidos por el estomago, los golpes y la desorientación, y los dos hombres lo sujetaron con firmeza.

De repente Yasin, el hombre que había golpeado a Joan, se echó mano al bolsillo interior de su americana salpicada de vómito, y puso cara de asombro. Los ojos bailaron por todo el parque, y por un momento se olvidó de su compañero, y del estupido crío que le había echado la papilla encima.

- ¿Pero que pasa Yasin, es que te has vuelto loco?- preguntó extrañado su compañero-.

- ¡Me han robado joder! – bramó Yasin-. ¡Me han robado la puta cartera!

- Pero que dices tío, te la habrás dejado en el coche.

Yasin corrió hacía el Toyota y rebuscó por todo el interior del vehiculo, pero al cabo de un minuto apareció desesperado buscando por el suelo.

- ¡No esta en el puto coche! ¡joder tengo mucho dinero en esa cartera!

- Busca allí en el suelo, donde has golpeado al chico, tal vez se te ha caído con el ajetreo- indicó su compañero mientras sujetaba a Joan para que no cayera -.

Yasin se acercó con la mirada clavada al suelo hasta el lugar donde Joan había caído, y en ese momento se dio cuenta de algo, puso los ojos en blanco y soltó una maldición con un grito desgarrador.

- ¡Joder, también estaba mi acreditación en la cartera!- y luego como para sí mismo- . Alí me va a despellejar vivo si pierdo esa acreditación.

Un agudo silbido llamó la atención de Yasin, que se volvió para ver de donde provenía, y de inmediato la cara se le puso de un color púrpura horrible. Los labios, de tan apretados, parecían dos líneas finísimas de un color blanco, que contrastaba enormemente con el color morado de su rostro, y una mirada asesina surgió de sus ojos.

Un chico vestido con una especie de tunica blanca manchada de barro, lo llamaba desde la esquina de la calle mostrándole en alto algo pequeño y rectangular de color marrón claro. El chico, de unos trece años, sonreía maliciosamente y sacaba papeles de la cartera,

que iba arrojando al suelo ardiente de la calle. Durante unos segundos Yasin permaneció inmóvil con el rostro congestionado y pequeñas pompas de saliva saliéndole de los labios apretados, hasta que reaccionó de repente y echó a correr.

- ¡Ese hijo de puta tiene mí cartera!- gritó en dirección a su compañero trastabillándose al iniciar la carrera hacia donde lo esperaba el chico-. ¡Ven aquí pequeño cabron! ¡te voy a despellejar vivo!

El chico permaneció impasible durante unos segundos, solamente sonriendo, pero de repente, miró a Joan fijamente y se perdió por la esquina de la calle. Yasin ya corría en dirección al lugar que antes había ocupado el chico haciendo caso omiso de las llamadas y los gritos de su compañero.

Joan aprovechó el momento de desconcierto, y pilló desprevenido a su captor que miraba incrédulo hacia la esquina en la que había desaparecido su compañero.

Un fuerte golpe con la rodilla hizo blanco allá donde los hombres sufren más dolor. El tipo cayó como un saco de patatas al suelo, y soltó el brazo de Joan, que no esperó a recibir una invitación y echó a correr como un desesperado.

Las piernas aún le temblaban pero no por ello aflojó el ritmo. Corrió todo lo que sus piernas le permitían, sin mirar hacia donde se dirigía, pero con la única idea de alejarse de allí. En ningún momento echó la vista atrás para ver si lo perseguían, pues eso no le importaba, solo le importaba correr, correr sin mirar atrás.

Pasó a toda velocidad por una acera atestada de gente que lo miraba como a un loco. Lo más inteligente habría sido entrar en una de las muchas tiendas que abarrotaban las calles y pedir ayuda, pero no podía. La inyección de adrenalina que sentía en aquel momento, era más fuerte que una tortilla de esteroides, y de algún modo se sentía bien por eso. Corría como un loco, y por primera vez echó la vista atrás. Nadie venía tras él, entonces una risa incontrolada se apoderó de su cuerpo, pero no por ello dejó de correr. Corría y reía, sin darse cuenta de que alguien lo esperaba en el próximo callejón.

Una mano apareció por la esquina de un viejo edificio, y lo agarró de la manga de su camiseta de hockey. El impulso de la carrera hizo que el tiron fuese demasiado violento, y dio con sus huesos en medio de una montaña de basura y cubos de desperdicios. Levantó la vista desde el suelo, y allí rodeado de cáscaras de fruta y botes de comida vacíos, se encontró con unos ojos escrutadores que lo miraban desde la oscuridad del callejón.

31

La casa de Azid tenía todos los toldos bajados para evitar que el tremendo sol de la mañana golpeara de lleno la fachada. Unos bonitos maceteros con flores de color muy rojo, inundaban el pequeño porche delantero de la casa, confiriéndole un aspecto acogedor, que sin duda, no había creado el capitán de la policía.

Los dos taxis aparcaron frente al porche delantero, pero nadie bajó de los coches, hasta que segundos después, una mujer bajita y con bastantes kilos de más los llamó desde la puerta agitando una de sus pequeñas manos.

El primero en salir fue Rashid, seguido de Richard y Abdeb. El policía hizo un gesto al taxi que esperaba detrás de que permanecieran dentro del coche, hasta que los demás estuvieran dentro de la casa. Una vez que Richard y Abdeb entraron en la casa, Rashid sacó del coche a Cameron, Ben y Yanira, e indicó a los dos taxistas que esperaran allí. En la casa estaba Azid, sentado en un viejo sofá con marcas del paso del tiempo. Sobre la mesita que estaba delante de él, había tres botes de cerveza de importación alemana vacíos y aplastados, y en la mano del capitán había una cuarta. Azid daba tragos cortos y continuos a la cerveza, mientras miraba unos papeles diseminados por toda la superficie de la mesa de cristal del salón. No se movió, ni se inmutó cuando Rashid hizo su entrada con todo su sequito detrás. El policía rompió el hielo.

- Capitán, tenemos que hablar- se adelantó el policía-.

- Siéntate- dijo Azid sin levantar la vista de los papeles, mientras que le indicaba un viejo sillón situado frente a él-. Ah y ellos, pueden ir al salón. Marta ha preparado unas excelentes galletas, y algo de té.

La señora que les había abierto la puerta tomó el relevo de la conversación, y se presentó como Marta, la esposa del capitán Azid. Les hizo pasar al salón con la proposición de tomar algo de té y galletas, aunque todos sabían que era una burda excusa para dejar solos a los dos policías. Durante un minuto Azid no dijo nada, y Rashid, que conocía bien a su capitán, no abrió la boca a pesar de que estaba deseando hablar. Por fin el capitán levantó la mirada de los papeles que tenía encima de la mesa, y mirando directamente a Rashid le dijo:

- Rashid, estoy muy preocupado con este tema, por eso te he hecho venir sin darte ninguna explicación- comenzó el hombre, al

que se le veía bastante envejecido-. Seguramente no comprendas en que estás metido, pero quizás ahora te quede un poco más claro.

- Eso espero, por que cada vez tengo más preguntas- contestó Rashid-.

- Ya…, ante todo quiero que sepas que yo no sabía nada de todo esto, y que de haberlo sabido, ni loco te habría metido en este asunto- contestó apenado el capitán-. Desde el principio el caso era bastante raro, los mandamás se tomaban demasiado interés en buscar a un civil buscado por supuesto asesinato a otro civil primo suyo. En principio algo normal, debía ser investigado, como todos, pero pronto noté cierta ansiedad, por un caso como tantos otros diarios que se nos presentan. Al poco, los datos de la investigación fueron robados, y suplantados por otros que parecían una broma, recordarás la autopsia del cadáver que parecía realizado por un niño.

- ¿Me quiere decir que los jefes, los de ahí arriba, están manipulando investigaciones?- repuso escandalizado Rashid-.

- Eso, querido Rashid solo es el principio- contestó el hombre bajando la cabeza casi hasta tocarse el pecho con la barbilla-.

El silencio que se instauró entre los dos les dejó oír los parloteos que llegaban desde la cocina por parte de la esposa del capitán, haciendo a la perfección su tarea de entretener a los acompañantes de Rashid. Azid retomó la conversación:

- El caso Rashid, es que poco a poco me fui enterando de cosas anómalas, y decidí investigar por mi cuenta. Acudí a un viejo compañero amigo mío que trabaja bastantes años manejando papeles importantísimos para la administración del gobierno jordano, que al fin y al cabo es el que maneja todos los departamentos, tanto en materia de la policía como del estado. Mi amigo me prometió investigar el tema por mí, y al cabo de unos días recibí cierta información suya, que me desveló la tremenda situación en la que nos encontramos.

Rashid se removía inquieto en el sillón frente a su capitán. Azid siempre había sido un policía de los de antes, de los pies a la cabeza, y aunque nunca lo manifestaría abiertamente, el capitán era el espejo en el que se miraba diariamente Rashid. Verlo abatido de la forma en la que lo veía ahora lo estaba preocupando de verdad.

- Rashid, tengo que pedirte una cosa, y creo que me condenaré en el fuego eterno por meterte aún más en este caso, pero es imprescindible que encuentres a ese hombre que todo el mundo esta buscando- continuó abatido Azid-. Es realmente importante que continúes con la investigación…aunque si después de contarte el

resto de la historia no quieres hacerlo, lo entenderé perfectamente.

- Azid, tengo que contarte algo que…- siguió el detective intentando decirle que el hombre que estaba en la cocina con su esposa, era el tío que todo el mundo buscaba-.

- Déjame continuar Rashid ahora que he cogido fuerzas para hacerlo, o creo que no seré capaz de terminar- cortó Azid-. Mi amigo me envió unos informes que había interceptado, y que estaban destinados a un alto cargo del gobierno Jordano. En el informe se mostraban datos, transcripciones y conversaciones sobre este caso, y en una de ellas figuraba una conversación telefónica entre Omar Meshad, y Alí Boushiki.

Un incomodo silencio trascurrió entre los dos, mientras Azid esperaba a que Rashid procesará la información. El policía miraba a los ojos de su capitán con la boca abierta en una mueca, casi teatral, de sorpresa por la mención de esos dos nombres ¡y además juntos!

- Azid no entiendo lo que me estás diciendo, como va a haber una conversación entre Omar y Alí, eso sería…- no fue capaz de acabar la frase-.

- Exactamente eso es lo que es Rashid- acabó por él, transmitiéndole que comprendía lo que quería decir-. Yo tampoco lo creí de inmediato, llamé a mi amigo pensando que se había equivocado, tenía que haberse equivocado, pero me confirmó que esos informes los había interceptado de la mesa de Omar directamente.

- Pero, ¿que es tan importante para que estos dos se vuelvan a unir?- preguntó asombrado Rashid, que no salía de su asombro-.

- Bueno, el tema es que ¡es una locura!- contestó Azid moviendo la cabeza a un lado y otro en señal de incomprensión-.

- Parece ser que creen que ese hombre ha encontrado algo gordo- dijo en voz muy queda Azid-.

De repente se hizo la luz en la mente de Rashid. Hasta ahora había descartado la idea por que le parecía una tontería, pero lo que le acababa de decir Azid, le daba un giro inesperado a esa teoría.

Recordó lo que Richard le había contado en su casa sobre que Abdeb había descubierto una especie de mapa de un tesoro en las montañas. Para Rashid era una tontería, pues había oído esta clase de historias sobre descubrimientos de tesoros desde que era niño, pero todo encajaba. El secuestro de Richard, el posterior intento de secuestro de Abdeb, el ataque contra la familia del jordano, el tiroteo frente a su propia casa. Todo giraba en torno a Richard y Abdeb, puesto que eran los únicos que habían visto de cerca el

misterioso mapa del tesoro. O mejor dicho en torno de Abdeb.

Para Rashid eran tonterías, pero parecía ser que Omar Meshad, jefe del servicio de inteligencia jordano, y Alí Boushiki, antiguo dirigente de los comandos más mortíferos del Mossad, no lo creían así.

Rashid quiso contarle enseguida a su capitán lo que sabía, que el hombre al que buscaba todo el mundo estaba en su cocina, lo de la cueva con el "supuesto" mapa del tesoro, el tiroteo frente a su casa, y de paso recibir algún consejo…pero nunca llegó a decírselo.

Un tremendo estallido sonó a menos de tres metros. Las enormes ventanas que daban luz al salón, explotaron con una lluvia de cristales rotos que aterrizaron sobre la alfombra de color rojo oscuro que había debajo.

Tanto Rashid como Azid salieron despedidos de los sillones, y aterrizaron en el duro suelo de mármol blanco de la sala de estar del capitán.

Rashid fue el primero en levantarse, pero no tenía consciencia de haberlo hecho. Estaba sentado en el suelo mirando sin ver, hacia la enorme polvareda que venía del salón. Un cristal se le había clavado en la palma de la mano, seguramente en la caída, pero Rashid no lo vio. Azid no se movía, y de la cocina llegaban gritos desgarradores pidiendo explicaciones.

Rashid cogió por debajo de los brazos a la altura de las costillas, a Azid y lo arrastró hasta la cocina. Allí se encontró con Marta que gritaba desesperada, pero Rashid no la oía. Seis caras lo miraban interrogantes, y Rashid les indicó que por nada del mundo salieran al salón. Cameron se adelantó y le dijo que lo ayudaría, pero Rashid se negó y le encomendó la protección de los que estaban en la cocina. Cameron lo entendió y se puso a dar órdenes a Ben, Abdeb y los demás. Despacio y con mucho cuidado, el policía salió de la cocina, y desenfundó su pistola.

Lo que en principio creyó que era una explosión, había sido un alunizaje. Un enorme todoterreno descansaba placidamente en el salón, como si una feria de coches usados se estuviese celebrando en el salón de casa de su capitán. Una mezcla de cristales y yeso poblaba todo el capó, por lo que no pudo ver si sus ocupantes seguían dentro, o ya habían salido y estaban desperdigados por la casa.

Algo lo embistió, lanzándolo contra miles de cristales rotos sobre la alfombra. Un tremendo golpe a causa de la caída le provocó un dolor horroroso en las costillas, y un peso muerto lo inmovilizaba contra el suelo. Con la cara apoyada entre esquirlas de vidrio no

podía distinguir qué o quién lo había golpeado, pero en respuesta a sus preguntas una voz ronca, seguida de un aliento calido en su nuca reverberaron en el silencio de la sala.

- Hola detective, no intente levantarse o le rompo el cuello- dijo la voz-. Ahora sin su pistola ya no es tan gallito ¿verdad? Se acuerda del tipo al que disparó en la calle, pues es mí hermano, y por su culpa ahora esta en un hospital con el brazo destrozado.

- Ahórreme la cháchara de película barata y acabe con esto antes de que me ponga a vomitar- terció Rashid entre jadeos-.

- No, eso sería demasiado rápido, tengo otros planes para usted- concluyó la voz, que le plantó la rodilla a Rashid en la base de la espalda haciéndole gemir-.

- Lothar ya está bien, hagamos lo que hemos venido a hacer- dijo a su espalda otra voz en tono impaciente-.

- ¡Cállate!- bramó el hombre que estaba encima de Rashid-. Ve a la otra habitación y trae a los demás.

El hombre echó a correr en dirección a la sala donde hace pocos minutos Rashid y Azid conversaban tranquilamente, y sus pasos se perdieron a lo lejos.

- Quiero que sepas algo, voy a matar a todos a excepción del viejo y del moro, y lo voy a hacer delante de ti, y después empezaré contigo- ejerció más presión con la rodilla sobre la espalda- y el primero va a ser el vejestorio ese del capitán de la policía.

- Te voy a dar un consejo y deberías seguirlo al pie de la letra. Hazlo bien, por que si me dejas con vida no te vas a poder esconder en ningún lugar de la tierra- amenazó Rashid-.

- ¿Quien es ahora el que dice chorradas de película barata?- dijo el hombre que estalló en una sonora carcajada-. No te preocupes por eso, soy un profesional.

El hombre que había ido en busca de los demás apareció ante su compañero con Ben maniatado y avanzando a empujones.

- Lothar, en la casa solo queda este viejo, su mujer, y el policía, pero parece que éste está más muerto que Elvis.

- ¿Y que has hecho con la mujer?- preguntó contrariado-.

- La he atado a un mueble de la cocina, pero creo que no va a ir a ningún sitio- y arrojó al suelo a Ben- está llorando junto al viejo muerto. A este lo he encontrado junto a ella intentando llevársela. Creo que han salido por la puerta de la cocina.

- ¡Joder! El puto moro se nos ha escapado. ¡Sal a la calle y búscalos!- rugió-.

El hombre salió disparado otra vez en dirección a la cocina en busca de los fugitivos. El que estalló esta vez en carcajadas fue

Rashid, lo que enfadó bastante al hombre que lo tenía aprisionado que le golpeó con la culata de la pistola en la sien derecha. La sangre brotó de inmediato de la brecha, y en el suelo apareció un pequeño charco de color bermellón.

- No te des palmaditas en la espalda tan pronto poli de mierda, por que ten por seguro que los encontraremos tarde o temprano, y tú no vas a poder hacer nada por impedirlo, por que no vas a salir vivo de aquí- dijo visiblemente enfadado el hombre-.

- ¿Sa…sabes lo mejor?- balbució el policía- que ya estás muerto, pero tu aún no lo sabes.

El hombre ejerció más presión con la rodilla sobre la espalda de Rashid, y el policía dio un grito de dolor que quedó amortiguado cuando se mordió el labio inferior. El dolor de la espalda se le estaba haciendo insoportable al policía a cada momento que pasaba, pero como por arte de magia, la presión desapareció, y el hombre que le había estado sujetando cayó encima de él como un fardo.

Durante unos segundos Rashid no se movió. Sentía el peso del hombre encima de su cuerpo, pero era incapaz de reaccionar. La cabeza le daba vueltas, y la espalda lo estaba matando. Una voz le dijo algo al oído, pero por un instante creyó que el hombre se había dejado caer encima de él, y ahora le susurraba al oído. Solo que la voz le era ligeramente familiar.

Un fuerte tiron acabó por levantarlo del suelo, pero no podía enfocar bien la vista, así que se dejó llevar. Alguien pasó un brazo por debajo de sus axilas, y alguien más hizo lo propio por el lado contrario. Dos personas le llevaban en volandas, mientras que no dejaban de darle gritos en el oído. Logró escuchar las palabras “por allí viene el otro”, y “llévate tú al poli, que yo me encargo”.

Avanzaban ahora con más dificultad debido a que todo el peso muerto que era el cuerpo de Rashid, lo cargaba una sola persona, por lo que el policía arrastraba más los pies que caminaba. Un gruñido de sobreesfuerzo sonó en el oído izquierdo de Rashid, e inmediatamente lo apoyaron contra una pared. Poco a poco la vista se le estaba aclarando, pero de repente se mareó, y vomitó encima de sus pantalones increíblemente bien planchados. Eso fue mano de santo, pues una vez hubo dado las pertinentes arcadas finales, el mundo recobró la normalidad. Era como si hubiese tenido hasta entonces una gasa hipodérmica en los ojos y se la hubiesen quitado de golpe.

El salón de la casa de Azid estaba destrozado, y junto a él estaba el viejo amigo de Richard llamado Ben. El hombre estaba lívido, y

se le notaba cansado, pero lo sujetaba por las costillas con fuerza para evitar que Rashid se cayese al suelo. Frente a ellos, Cameron, el hijo de Richard, estaba mirando la puerta de la cocina. Su postura recordaba un poco a las películas de Bruce Lee que Rashid veía de pequeño, con ambas piernas un poco separadas y los brazos pegados a los costados. El policía no entendía lo que estaba esperando, pero no tuvo que esperar demasiado para averiguarlo.

Un hombre entró por la puerta de la cocina a toda prisa. Su primer impulso fue quedarse quieto y paseó la vista por la habitación. Miró a Cameron, luego a nosotros, y después a su compañero tendido en el suelo, pero aquel tío era un profesional y no se dejó amedrentar.

Con un bufido cargó hacia Cameron que lo recibió sin moverse. El choque fue espectacular, y los dos cayeron al suelo entre una maraña de piernas y brazos. Rápidamente se pusieron en pie, y el rubio atacó el primero, lanzando un puñetazo que no alcanzó a Cameron en plena cara por centímetros. El contraataque no se hizo de esperar y Cameron intentó golpearlo con el puño derecho, pero con la mala fortuna de que el golpe impactó en el cráneo de su rival haciéndole perder eficacia. El rubio, que ni se había inmutado, golpeó esta vez con el antebrazo e impactó de lleno en la boca de Cameron, que empezó a manar sangre como una fuente. El rubio esbozó una sonrisa lobuna, y atacó de nuevo, esta vez con un directo que golpeó en la mandíbula del chico. Cameron sabedor de que estaba perdiendo terreno ensayó una jugada digna de un combate de Taekwondo. Fintó con un golpe directo a la cara de su adversario, pero en el último momento, y con un giro de cadera espectacular, lanzó una patada lateral que hizo blanco en pleno lado derecho de la cara del rubio.

Un gritito poco varonil se escapó de la boca del hombre, que se fue al suelo golpeándose la cara al caer. Cameron decidió rematar la jugada acercándose a él, y golpeándole furiosamente en la nuca. El hombre ya no se movió más.

Tambaleándose, Cameron volvió al lugar donde Rashid y Ben lo esperaban sorprendidos.

- Joder, ¿quien eres tú Van Damme?- preguntó el policía-.

Cameron esbozó una sonrisa, y mostró una dentadura perfecta manchada de rojo brillante. La sangre que le chorreaba por la barbilla, parecía una tétrica perilla formando surcos en las comisuras de la boca, donde ya se empezaba a secar.

- Jamás pensé que las clases de artes marciales me fuesen a servir de algo- dijo Cameron con un aspecto cansado-. Me alegro de

haber asistido a ellas.

Por la puerta contigua al salón, que daba directamente a la cocina, aparecieron Abdeb, su hija Yanira y Richard, que se sobresaltó al ver la sangre en la cara de su hijo.

- ¿Que te ha pasado?- preguntó preocupado el profesor acercándose a examinar a su hijo-.

- No es nada papa, un pequeño accidente con un delincuente- bromeó-.

Richard paseó la mirada por el salón, y vio a los dos hombres fuera de combate. Miró a su hijo con renovada admiración. Rashid por su parte hizo un recuento mental de los presentes, y se dio cuenta de que faltaba alguien.

- ¿Donde esta Azid?- preguntó- ¿y Marta?

No obtuvo respuesta de inmediato, pero mirando las caras de todos se dio cuenta de lo que había pasado.

Intentó andar, pero todavía se sentía algo mareado, y a punto estuvo de caer. Recuperó la verticalidad, y fue con pasos inseguros hasta la cocina.

Marta estaba en el suelo, llorando sobre el pecho de Azid, que estaba tendido sin moverse. No supo que decir, pero aún así, lo intentó.

- Marta, lo siento, lo siento de veras- la mujer ni lo miró-. Yo… yo no se…

En ese momento un gorgoteo, un ruido como de alguien haciendo gárgaras, resonó en la habitación. Marta levantó la cabeza del pecho de su marido, y lo miró fijamente. Unas pequeñas burbujas de saliva salían de la fina boca del capitán de la policía.

Rashid se olvidó de su mareo y corrió hacía Azid, levantándolo suavemente por la nuca.

Azid abrió los ojos levemente y escupió. Trató de decir algo, pero se atragantó.

- No Azid, no digas nada- replicó suavemente Rashid-. Luego hablamos.

Rashid indicó a Marta que sujetase a su marido por la nuca, como lo estaba haciendo él, y ella obedeció sin rechistar. El policía sacó su recién estrenado móvil y marcó un numero. Casi al instante una voz educada de señora le indicó que estaba llamando al servicio de urgencias, y le preguntó el asunto de su llamada.

- Soy el detective de la policía Rashid, tengo un herido, y necesito una ambulancia ahora mismo- dijo atropelladamente-.

- Señor quien es…

- ¡Déjate de cháchara coño!- rugió Rashid-. Manda esa

ambulancia ya!.

La chica no respondió, y se dedicó simplemente a informarle de que la ambulancia llegaría a la casa en tres minutos. El policía colgó.

En la puerta de la cocina Cameron y los demás observaban la escena sin abrir la boca, mientras que Marta se afanaba en hablarle a su marido palabras tranquilizadoras al oído.

De repente un grito ahogado resonó al fondo de la casa, y todos se volvieron como un resorte en esa dirección. Los dos sicarios habían desaparecido. Durante unos segundos nadie hizo nada, hasta que un grito los sobresaltó.

- ¡Yanira!- gritó desesperado Abdeb-. ¡Donde esta mi hija!

Sin pensárselo dos veces salió corriendo en dirección a la puerta de la casa, seguido muy de cerca por Cameron. Abdeb llegó a la calle justo a tiempo de ver como metían a su hija en la parte trasera de uno de los taxis, y el coche salía chillando ruedas calle abajo.

Abdeb corrió gritando el nombre de su hija por la calle en la dirección por la que había desaparecido el taxi, pero ya era inútil.

Cameron lo alcanzó a unos cincuenta metros de la casa de Azid, y vio los ojos surcados de lágrimas y desesperación del hombre, que se había dejado caer en medio del asfalto.

- No te preocupes, la encontraremos- dijo Cameron en tono bajo y mirando a los ojos de Abdeb-. Y también a mí hermano.

Mientras tanto, en la casa del capitán de la policía, Marta comenzó a gritar. Azid se movía violentamente, presa de espasmos tan brutales, que la espalda se le arqueaba de una forma horriblemente imposible.

Rashid se apoyó en el suelo junto a él, y comenzó a desabrocharle los botones de su camisa color azul. Una mano de acero se aferró a la nuca del detective, y un pensamiento horrible se cruzó por la mente de Rashid: ¿como es posible que esté a punto de morir y tenga tanta fuerza?. Se odió por ello casi al instante de pensarlo.

Pequeños puntitos color morado asomaban por toda la cara del capitán, mientras que éste se afanaba por respirar. Azid acercó la boca llena de saliva hasta el oído de Rashid, y casi en un susurro le dijo las palabras: “por dios, no dejes que la encuentren”, y de repente empezó a boquear como un pez fuera del agua.

Un tiron en la camisa de Rashid obligó a este a volverse, y entonces más enérgicamente, fue apartado por Richard que ocupó su lugar.

- Esta sufriendo un parada cardiorrespiratoria- explicó el

profesor mientras colocaba el cuerpo de Azid en posición supina y extendida en el suelo-. Ben, te necesito.

El viejo se acercó hasta él.

- Richard dime lo que tengo que hacer.

- Sujétale el mentón hacia atrás- dijo arremangándose- hay que evitar que se atragante.

Richard abrió la boca de Azid, y comprobó que la lengua estaba en su sitio y no bloqueaba el paso del aire. Metió los dedos dentro, y los movió a un lado y a otro, buscando objetos que estuviesen creando un tapón. Acercó el oído a la boca del capitán, y empezó a contar en voz baja. Richard repetía para si mismo los pasos a seguir, como si estuviera estudiando para un examen, intentando memorizar bien los tiempos de la preanimación. Desde que había hecho el último masaje cardiovascular había llovido bastante.

Colocó la palma de la mano en la parte inferior del esternón, y con sumo cuidado puso la otra encima, con el fin de ejercer más fuerza. Aspiró profundamente y expiró en la boca del capitán lenta, pero rítmicamente. Contó hasta cinco, y volvió a expirar otra bocanada.

Repitió la operación diez o quince veces en un minuto, comprobó el pulso en la carótida y después comenzó con el masaje cardiaco. Efectúo quince compresiones rítmicas seguidas de dos expiraciones en la boca del capitán. Continuó así durante dos minutos hasta que las sirenas de la ambulancia retumbaron en la puerta de la casa.

Las luces rojas se filtraron por las ventanas, ahora sin cristales, e inundaron la sala. Al cabo de unos segundos, la casa estaba llena de hombres de blanco dando gritos y ordenes a diestro y siniestro. Subieron al pobre Azid a una camilla, y salieron disparados por la puerta. Marta los acompañó como sonámbula, y apenas abrió la boca cuando le preguntaron si quería ir en la parte de atrás de la ambulancia, solo se limitó a sentarse junto a su marido.

Rashid estaba siendo atendido también de sus contusiones, pero no desvió la mirada de la ambulancia ni un solo instante. A Cameron le habían limpiado la barbilla de sangre seca, y le habían cosido con grapas una herida en el mentón.

La ambulancia desapareció por la esquina de la calle, y todos se quedaron contemplándola sin decir una palabra, pero con el corazón encogido. Ahora se daban cuenta realmente de la peligrosa situación en la que se encontraban, por que si a esos matones les había dado igual atentar contra la vida del capitán de la policía de Amman, que no harían a unos ciudadanos normales como ellos.

32

Un niño andrajoso lo miraba desde la oscuridad con una sonrisa traviesa. El chico, de unos trece años, vestía una tunica, que en algún momento fue blanca, y en su bronceado rostro ardían como dos carbones al rojo, unos ojos color esmeralda que emitían luz propia en las tinieblas del callejón. Joan se puso en pie, y sacudiéndose la porquería que se le había pegado a la camiseta, se encaro con él.

- ¿Tu quien coño eres?- preguntó molesto- ¿Y por qué me has empujado?

- Me llamo Khalid- contestó divertido el niño-. Y te he salvado la vida.

- ¡Pero que coño me vas a salvar tú la vida!

- ¿Por que dices tanto "coño", que significa?- preguntó curioso-.

- Significa qué o me dejas en paz, o te meto una patada en tus pequeños y musulmanes huevos.

- No soy musulmán, soy cristiano- y añadió con una gran sonrisa-. En Jordania somos un 6% ¿sabes?

- Pues me alegro por tu Dios, y ahora me tengo que ir- giró sobre sus talones y comenzó a caminar hacia la acera que estaba fuera del callejón-.

- Si sales ahora esos hombres te cogerán otra vez.

Joan se volvió de nuevo hacia el chico y lo miró con ojos interrogantes. El chico seguía sonriendo, pero esta vez Joan pudo distinguir en sus ojos algo más que el brillo de picardía que antes observara en ellos, esta vez en los ojos color esmeralda del chico se veía ansiedad.

- ¿Por que me estas ayudando?- preguntó Joan-. No tengo dinero que darte, si es eso lo que buscas.

- No busco dinero, a Khalid también le han pegado hombres malos- dijo bajando la mirada hasta sus desgastadas sandalias-. Solo quería que esos hombres malos no te pegaran más.

- Oye, no me estaban pegando, solo…- no pudo continuar por que realmente no sabía que decir-.Gracias.

- Oh no pasa nada, yo no he hecho nada- dijo el chico, que otra vez volvía a sonreír de nuevo-. ¿Ahora somos amigos?

En ese momento Joan comprendió la cruda realidad. Khalid era uno de los muchos chicos que vagabundean por las calles de Amman, y que solo buscaba un poco de compañía. Por eso la ansiedad de antes en sus ojos. No quería quedarse solo. Joan se

acercó hasta él, y con un suave golpe en el hombro le dijo:

- Oye mira, tengo una idea, como yo no conozco esta ciudad ni la mitad de bien que tú, te propongo un trato- la sonrisa del niño se ensanchó aún más-. Tú me llevas a una dirección que te voy a decir, y cuando lleguemos allí, te daré ropa y dinero, y si quieres, algo de comer ¿de acuerdo? Me harás de guía.

- De acuerdo, pero que sepas que si te tengo que llevar a ver los museos, cobro más - dijo burlón-.

Los dos se echaron a reír, y juntos salieron por la parte de atrás del callejón, donde había una puerta metálica, que los condujo hasta un almacén abandonado. Saltaron una verja con manchas de oxido, y se mezclaron con la multitud de la calle.

Mohamed se sentía mareado y la venda de color negro que le tapaba por completo los ojos no mejoraba su situación. Las nauseas habían hecho su aparición unas cuantas veces antes, por lo que su ropa desprendía un olor agrio, que agravaba aún más las arcadas. No recordaba lo que había pasado desde que oyó gritar a su ama de llaves y vio a aquel gigantón en la puerta de su despacho. Dedujo que le habían golpeado, y después de perder el conocimiento, lo habían trasladado al lugar donde se encontraba. No sabía quien eran esos tipos, ni por qué querrían secuestrarlo. Nadie pagaría un rescate por él, a no ser él mismo.

El sonido de una puerta al abrirse hizo que se pusiera tenso, y que los calambres en su estomago volvieran con renovado ímpetu. Unas voces apagadas llegaron hasta sus oídos, pero no pudo reconocerlas como familiares, ni escuchar con claridad lo que decían. No hacía falta, dentro de poco se enteraría, muy a su pesar.

Un suave tiron hizo que la venda volara de sus ojos. La luz impactó de lleno contra ellos antes de que el reflejo de cerrar los parpados actuase, por lo que al cerrarlos, solo vio miles de puntitos de color blanco.

Un hombre con marcas de viruela lo miraba curioso, y Mohamed vio entre las lágrimas que inundaban sus anegados ojos, como esbozaba una sonrisa lobuna que le puso la piel de gallina.

- ¿Que queréis, dinero?- dijo atropelladamente-. Aquí no tengo nada, pero si me lleváis a casa os daré todo lo que tengo.

- ¡Por Dios Mohamed! ¿tan materialista me considera?- dijo el hombre con voz aterciopelada-. Mis planes para usted son más… digamos que…importantes.

- ¿Pero que quiere?, yo no soy rico, solo me gano la vida con…

- ¡Ya sé con lo que se gana la vida profesor!- gritó el hombre-. Y eso es lo que quiero de usted, sus conocimientos.

Mohamed parpadeó considerablemente, en parte por las molestias que aún sentía en sus retinas, y en parte por la incomprensión ante lo que acababa de decirle el hombre de la cara picada.

- Pe…pero para eso no hacía falta traerme hasta aquí, solo tenía que llamar a mi casa y pedir una…

Un sonoro bofetón resonó en la estancia, y al momento más lágrimas cayeron del ojo derecho de Mohamed, en el mismo lado donde el carrillo empezaba a ponerse rojo.

- A partir de ahora vamos a jugar a un juego, yo hago las preguntas y usted calla hasta que yo le dé permiso para hablar, mueva la cabeza de arriba abajo si lo ha comprendido.

Mohamed hizo un tímido movimiento de cabeza, indicando que lo había entendido.

- Muy bien, así me gusta- dijo el hombre otra vez con la voz tranquila-. Me gusta que mis amigos cooperen. Ahora quiero que me diga que le enseñaron el viejo y los dos chicos esta mañana en su casa.

De repente la luz se hizo en la mente de Mohamed, y comprendió la gravedad de la situación. Decidió cooperar con aquel loco.

- Ahhh eso, pues es cierto que esta mañana me visitaron dos chicos y un hombre mayor, querían que les datase una tablilla de cerámica que…

- ¿Como era?

- ¿El qué, la tablilla?

- Si, quiero saber como era y que ponía en ella.

- Bueno, la tablilla que traían esos hombres era algo asombroso- por un momento se olvidó de donde estaba, y la emoción lo embargó de nuevo-. ¡Tenía una edad de más de seis mil años!, y además estaba escrita de una forma inverosímil que…

- Que ponía-cortó tajante el hombre de las marcas en la cara-.

- No lo sé, se lo juro- contestó aterrorizado Mohammed, que había visto algo en los ojos de aquel hombre que le hizo tener otra arcada-. Estaba escrita en cuneiforme, y además le faltaban varios trozos que hacían la lectura imposible.

- De acuerdo, le creo- dijo tranquilizándose el hombre, mientras se daba la vuelta hacia la puerta-. Enhorabuena profesor, acaba de entrar en la nomina de trabajo de un nuevo Reich. ¡Alégrese!, no

todos los días va a tener la oportunidad de realizar el hallazgo más grande de la historia de la humanidad.

En otra sala una mujer gritaba a voz en cuello que la soltasen. Las lágrimas caían como gruesos ríos por la cara de color chocolate de Yanira. Una pequeña abertura en la puerta metálica se abrió, y por ella asomaron dos ojos negros como la noche. Los gritos de Yanira se intensificaron, pero el dueño de aquellos ojos volvió a cerrar la abertura con un sonido metálico.

- Jurgen- llamó el hombre de la cara picada-. Confío en que soluciones el último fleco de la primera parte de nuestro plan.

- Señor, no se preocupe, ese tema estará arreglado para mañana- contestó marcialmente el gigante rubio-.

- Así me gusta Jurgen, pero…tienes hasta esta noche. ¿Ya sabes que ese punto es imprescindible para llevar a buen puerto el inicio de la Replubica verdad?, pues no me falles.

Sin esperar contestación el hombre con marcas de viruela desapareció por otra de las puertas metálicas del enorme pasillo, dejando solo al gigantón que aún se cuadraba al estilo marcial ante la puerta metálica por donde había desaparecido su superior.

El Toyota negro avanzaba muy despacio entre la feroz marabunta que era la capital Jordana, ganándose con ello numerosos pitos de reprobación de los demás conductores. Yasin sostenía en una de sus velludas manos, un aparatito con una pantalla de color verde que emitía un agudo pitido intermitente, y en el cual brillaba un punto de color rojo parpadeante.

- Yasin, ¿tú entiendes este plan?- preguntó el conductor-.

- Pues claro imbecil- contestó malhumorado-. El chico no sabe nada de nada, pero nos va a llevar hasta alguien que sí lo sepa.

- Joder tío parece que hasta lo habíamos ensayado

- ¿El qué?- preguntó Yasin extrañado, que no sabía de que hablaba su compañero-.

- De lo del robo de la cartera, para que el chico lograra escapar.

- No, si yo siempre he dicho que nuestra abuela no podía ser la misma mujer, por que pareces idiota- repuso Yasin-. Lo de la cartera no estaba planeado, de hecho cuando cojamos a ese pequeño cabron le voy a sacar la piel a tiras.

El pequeño aparato que Yasin llevaba entre las manos emitió un agudo pitido constante, lo que puso a los dos hombres en alerta.

- Vigila bien por tu lado no vaya a ser que se nos escape- apuntó Yasin-. No sé que sería capaz de hacernos Alí si lo perdemos.

El conductor tembló involuntariamente imaginándose la idea, y puso atención al lado izquierdo de la acera. El pitido se acentuaba a medida que avanzaban, y de repente Yasin ordenó a su compañero que aparcara el Toyota. El conductor dio un brusco volantazo y aparcó en línea amarilla, en un lugar destinado para carga y descarga.

Bajaron del coche sin decir ni una palabra. Yasin seguía con la vista fija en el aparato que emitía zumbidos como un loco, mientras que su compañero sacaba una pequeña mochila del maletero, y cerraba las puertas.

Yasin guiaba la pequeña expedición por entre los transeúntes que abarrotaban las estrechas aceras sin molestarse en mirar por donde iba, para ello ya estaba su compañero, que abría paso a codazos entre la gente. Yasin levantó un brazo con la palma extendida, haciendo una señal a su compañero de que se detuviese.

A unos cincuenta metros, Joan y el pequeño Khalid miraban con cara de hambre el escaparate de una pastelería dándose codazos y sonriendo. Aquel buen humor de los dos niños, puso enfermo a Yasin que se juró a sí mismo desollar con sus propias manos a los dos mocosos en el mismo momento en que Alí le diese permiso.

El hombre apagó el aparato que sostenía en sus manos, y se lo guardó en el bolsillo de su americana manchada. Rebuscó en su pantalón, y sacó un pequeño móvil que se iluminó de inmediato con una vistosa luz azul, que dejaba bien a la vista las opciones disponibles en la pantalla de cristal líquido. Un solo nombre figuraba en la lista de contactos. Apretó el botón verde, y el móvil empezó a realizar la llamada.

- Dime.

- Jefe, el plan ya está en marcha, los tengo localizados justo delante de mí.

- ¿Localizados?

- Si, verá…es que un niño lo ayudó a escapar…

- No me falles Yasin, síguelo y tráeme a su padre.

- Hecho- cuando ya se disponía a cortar la comunicación añadió-. Señor… ¿puedo pedirle un favor?

- Dime.

- Los niños… cuando cumplan su propósito… ¿me los puedo quedar?

- Yasin.

- ¿Si señor?

- Me das asco- dijo y colgó-.

El hombre estiró los finos labios hacia atrás, en una mueca que pretendía ser una sonrisa, pero que se asemejó más a la de una hiena que a la de un hombre.

- Ya sois míos- dijo mirando en dirección a los dos chicos que seguían ante la pastelería, y relamiéndose como un animal a punto de saborear a su presa-.

33

La casa de Rashid parecía un funeral. El policía hacía guardia ante las ventanas en vista de un posible nuevo ataque, aunque su pensamiento estaba lejos de allí en aquel momento.

En el sofá Abdeb lloraba desconsolado con la cara oculta bajo sus manos, mientras que en la mesa junto a él, Richard y Cameron revisaban una y otra vez los posibles puntos a seguir. Ben había subido a una de las habitaciones de Rashid y dormía para reponer fuerzas, ya que la próxima guardia le tocaba a él.

Nadie hablaba, excepto Richard y Cameron, y estos lo hacían en voz muy baja. Abdeb se levantó de repente y con los ojos rojos e hinchados, anunció que era su hora de rezar, y que debía estar solo para ello, por lo que subió al piso de arriba para tener más intimidad. Ahora que el árabe se había marchado, tanto Richard como Cameron subieron un poco el tono de voz, y Rashid se unió a ellos, apartándose por un instante de su atalaya en la ventana.

- Creo que lo mejor que podemos hacer es buscar ese tesoro- estaba diciendo el profesor-. Luego, si lo encontramos, ya tendremos algo con lo que negociar con esos asesinos.

- Pero es un riesgo enorme, piensa que nos están siguiendo, y si consiguen encontrarlo ellos antes, entonces no les quedará nada que les impida matarnos a nosotros, y después a Joan y Yanira.

- Quizá debamos buscarlo para ellos- respondió Richard-.Eso nos daría margen de maniobra, y durante el tiempo que empleemos en encontrarlo, por lo menos no atentaran contra nosotros ni contra Joan y Yanira.

- ¡Son asesinos por Dios!- rugió Rashid-. No atenderán a razones, y si lo hicieran, nos matarían a todos poco después de haberles hecho el trabajo sucio.

- ¿Alguna idea mejor?- respondió Cameron-. Lo que está claro es que no podemos quedarnos de brazos cruzados como si no pasara nada.

Rashid volvió sin contestar a su puesto de vigilancia tras la ventana, pero Richard y Cameron sabían que el policía estaba devanándose los sesos para encontrar alguna solución, por lo que esperaron una respuesta en silencio.

La tarde cayó y el cielo se oscureció, sin encontrar una solución viable, ni un plan de acción valido.

El relevo de Rashid se produjo a la hora convenida, y Ben tomó

las riendas de la nueva vigilancia. Richard y Cameron también decidieron dar por terminada la jornada y se retiraron a descansar. El próximo relevo le tocaba a Cameron.

En la casa solo se oía el murmullo del crujir de los viejos muebles, pero por lo demás el silencio imperaba. Ben, que se había arrinconado en un viejo sillón frente a la ventana, dominaba la entrada de la casa y casi toda la calle. Era el único sitio por donde se podía esperar un ataque, pues la parte trasera de la casa daba a un patio comunitario, desde donde era casi imposible acceder a la vivienda.

La noche ya hacía tiempo que había caído, y el barrio tranquilo iluminaba con farolas altísimas el viejo asfalto de la calle. Ben, que estaba aburridísimo de tanta espera, cogió una revista de pesca de un revistero. Ben tubo un pensamiento que lo hizo sonreír, y con el que alivio parte de la tensión que acumulaba: “al poli le gusta la pesca, quien lo diría”. Lo que no vio, fue el coche que aparcó a unos cincuenta metros de la casa, y que había llegado con las luces apagadas.

El que si lo vio fue Abdeb, que llevaba sentado en el alfeizar de la ventana llorando desde que acabase sus oraciones. Se fijó en el viejo Land Rover, se fijó en sus dos ocupantes, y se fijó en que ellos también le habían visto. No se explicaba como era posible, pero lo habían visto. En ese momento, la luz interior del coche se encendió, y una gran cartulina asomó por una de las ventanas. Uno de los hombres había encendido una linterna a modo de iluminación del improvisado cartel, que parecía una mala imitación al de un club de alterne. Abdeb no podía ver desde allí lo que ponía en el cartel, lo que si vio fue la palabra “hija”.

Un súbito nerviosismo le atenazó el estomago, y decidió actuar. Se calzó las viejas zapatillas, y bajó las escaleras lo más despacio y silencioso que pudo. En el salón no quedaba nadie, y recordó que los había escuchado irse a dormir hacía una hora. Bueno si que quedaba alguien, quedaba Ben. El sofá en el que descansaba el hombre, estaba orientado de espaldas a las escaleras, ya que su intención era la de vigilar el exterior de la casa, no el interior. Con sumo cuidado cruzó por detrás de él hacía la puerta que daba acceso a la calle, y la abrió. Se acercó corriendo hasta donde esperaba el enorme todoterreno, pero antes de que pudiera llegar, un hombre con el pelo casi blanco salió a su encuentro.

- ¡Donde esta mi hija desgraciados!- gritó con los ojos abnegados en lagrimas-. ¡Si le ha pasado…!.

- Tranquilo morito, que como alguien se despierte tu hija lo va a

sentir mucho- contestó el grandullón-.

Abdeb hizo ademán de golpearle, pero el hombre más fuerte y más rápido, atrapó su mano como si fuera la de un niño pequeño. Abdeb se derrumbó y lloró frente a aquel mastodonte que lo miraba divertido.

- Morito, no llores- dijo con sorna-. Si haces lo que te digamos en unos días tu preciosa hija y tú, estaréis otra vez rezando hacia la meca.

- ¿Que queréis? Haré lo que sea.

- Solo tienes que llevarnos hasta ese lugar que descubriste y ya está, tu niña y tú libres los dos.

- De acuerdo, iré con vosotros- dijo cabizbajo Abdeb-. Pero como sé que decís la verdad y no nos matareis cuando os haya enseñado el lugar?.

- No lo sabes- contestó el rubio riéndose-. Pero en este momento no tienes otra cosa que nuestra palabra.

Abdeb no dijo nada más y entró en el coche, pero aunque estaba desesperado por su hija no era tonto y se guardó una baza por si acaso a aquellos hijos de puta les daba por no cumplir su parte. El pequeño móvil que Rashid le había comprado descansaba sobre su bolsillo derecho. Lo cogió con todo el cuidado que pudo poner en ello, y separó la tarjeta del aparato. Se guardó la tarjeta en los calcetines, bajo el pie, y el móvil en los calzoncillos. El coche arrancó, y se perdió en la calurosa noche de Amman.

Alí se desnudó por completo y abrió uno de los dorados grifos de la bañera redonda de su casa, dejando que fluyera el agua. Se soltó la cola de caballo, y pasó varias veces las manos por su melena alisándolo. Extendió un precioso tapiz con motivos arabescos del tamaño de una alfombrilla de baño, y lo colocó junto a la bañera, que ya estaba a la mitad de su capacidad. Cerró el grifo, y comenzó con el ritual.

Se lavó la boca tres veces y escupió los restos de agua que le quedaron en una palangana de plástico, ya que no estaba permitido para la purificación objetos hechos de oro o plata. Después pasó a la nariz, lavándola igualmente tres veces. Luego se frotó la cara hasta llegar al cuello otras tres veces. Seguidamente metió la mano izquierda en la palangana, y se frotó enérgicamente otras tres veces hasta llegar al codo. Repitió la misma operación con el brazo y la mano derecha. Una vez hubo terminado, ahuecó las manos y dejó caer agua sobre el pelo, frotándoselo con las yemas de los dedos y

pasando luego los pulgares hasta las orejas. Finalmente se lavó los pies llegando hasta los tobillos.

Alí realizaba el ritual con una dedicación infinita. Se sentía bien haciéndolo y mejor aún cuando terminaba. Se sentía puro y listo para conversar con Alá. El ritual siempre lo llevaba a cabo en su cuarto de baño, que también estaba habilitado como sauna, y minutos antes de comenzar la purificación, conectaba el sistema de vapor, por que como decía su sabio abuelo, sudando también se desechaba las impurezas del cuerpo en aquellos sitios donde no llegaba el ritual.

Su cuerpo tenso brillaba con miles de gotitas, que le daban el aspecto de una bailarina llena de purpurina. Su fuerte torso y sus firmes brazos aparecían perlados de sudor, que luego secó concienzudamente con una toalla. Estaba listo para hablar con Alá.

Justo en ese momento sonó un agudo pitido que lo sobresaltó, hasta que se dio cuenta de donde provenía. El pequeño móvil sonaba encima de uno de los tocadores donde guardaba las toallas. No recordaba haberlo traído, de hecho nunca lo llevaba cuando iba a hablar con Alá. En ese instante recordó que Yasin lo había llamado unos instantes antes de su ritual y había entrado en la sauna llevándolo consigo, dejándolo luego olvidado encima de la mesita. Yasin recibiría un buen castigo por molestarlo cuando estaba en el momento más sagrado del día para él.

Miró la pantalla del móvil en el que salía un número de teléfono junto a dos campanitas moviéndose alternativamente. No era Yasin, mejor para él.

- ¿Que quieres?- contestó secamente-.

- ¡Vaya forma de responder a un colega!- dijo la voz al otro lado de la línea con sorna, aunque al momento se endureció-. ¿Como va el caso?.

- Omar, te he dicho que yo sería el que te llamaría.

- ¡Joder no digas mi nombre por teléfono, el servicio de inteligencia tiene escuchas!- soltó una carcajada-. ¡Vaya pero si yo soy el servicio de inteligencia!

- Mira Omar el caso lo llevo yo, y te dije que no me llamaras…

- Eh muchacho espera un segundo, estas hablando con…

- Con un gilipollas de mierda- terminó Alí-. Te he dicho que en este caso mando yo, así que cuando te necesite ya te llamaré- colgó-.

Alí comenzó a hacer ejercicios de relajación, y cuando estuvo calmado comenzó a rezar. Necesitaba hablar largo y tendido con Alá. Necesitaba que lo aconsejara sobre la mejor forma de devolver

la hegemonía perdida al pueblo Israelí cuando encontrara el objeto sagrado, que a punto estaba de reaparecer dos mil años después.

34

Cuando ya había amanecido, Rashid tocó el timbre de la casa para que todos los que aún dormían bajaran al salón. Ya era hora de decidir que iban a hacer, y cual iba a ser el siguiente paso.

A los pocos minutos estaban en el salón Ben, que se había vuelto a la cama después de que Cameron le diese el relevo, Richard con los ojos todavía enrojecidos por el sueño, y el propio Cameron que seguía de guardia. Rashid los miró y propuso desayunar mientras acordaban el siguiente movimiento, cuando cayó en la cuenta de que faltaba alguien.

- ¡Abdeb baja ahora mismo!- esperó respuesta sin conseguirla-. ¡Pero será gandul!.

Subió las escaleras de dos en dos y se dirigió hasta la pequeña habitación que había destinado para el pequeño árabe. Abrió la puerta de golpe esperando encontrarlo en la cama, pero ésta no estaba ni deshecha. Nervioso miró en el pequeño reducto que era el cuarto de baño, pero allí tampoco estaba. Recorrió el resto de la casa gritando el nombre del árabe, pero sin hallar respuesta. A grandes saltos bajó al salón, donde los demás aún caminaban con los ojos entornados y tambaleantes como si estuviesen borrachos.

- ¿Alguien ha visto a Abdeb?- preguntó nervioso-.

- No, desde que subió anoche a rezar- contestó Cameron-.

- Ni yo.

- Yo tampoco lo he visto.

Rashid se fue como una bala hacía la cocina con la esperanza de que Abdeb hubiese sentido hambre, y se encontrara desayunando, pero allí no había más que cacharros sucios.

- ¡Joder!- gritó el policía-. ¡Ese maldito imbecil lo va a fastidiar todo!

Los demás acudieron corriendo alarmados por los gritos del policía, y preguntaron que era lo que pasaba.

- ¡Ese gilipollas de Abdeb ha desaparecido!- voceó-. ¡Me cago en la puta!

- Ha debido de ir en busca de su hija- expuso Richard-.

- ¿Pero no ve que lo van a matar?- contestó Cameron-. ¡Y también a Yanira!.

Los cuatro quedaron sumidos en un absoluto silencio, hasta que Richard habló de nuevo.

- No podemos dejar que lleguen hasta la cueva- afirmó con

rotundidad-. Eso supondría una catástrofe.

- ¡Eso si en esa cueva existe de verdad lo que decís que hay dentro!- explotó Rashid-. Todavía no sabemos ni siquiera si de verdad existe la dichosa cueva.

- Existe- afirmó Richard-. Y en el peor de los casos, aunque no esté dentro el objeto que buscan esos hombres, está el mapa que muestra donde se halla.

Los cuatro rumiaron en silencio la idea de Richard.

- En marcha- dijo Rashid firmemente-.

- ¿Donde vamos?- preguntó Cameron-.

- A buscar a ese maldito imbecil de Abdeb.

Abdeb se encontraba en una silla de madera vieja delante de un escritorio lleno de papeles. Estaba solo, y llevaba esperando varios minutos en los que la angustia que sentía le atenazaba el cuello como si se le hubiese quedado atrancado en la traquea un hueso de pollo. Sudaba copiosamente aunque todavía no había salido el sol, y marcas redondas y oscuras habían empezado a aparecer bajo sus axilas.

La puerta de la oficina- puesto que eso debía de haber sido en otro tiempo- se abrió de golpe, y por ella apareció un hombre menudo con el pelo cortado al estilo militar, los ojos pequeños y más negros que un pozo de petróleo, y la cara llena de marcas de viruela. Rodeó el escritorio y se sentó delante de él.

- Usted debe de ser Abdeb ¿verdad?- preguntó cadenciosamente aquel tipo-.

- Si, soy yo, donde tienen a mí…

- Con calma Abdeb, todo a su debido tiempo- cortó el hombre-. Usted solo debe preocuparse por hacer lo que yo le diga, y tiene mí palabra de que usted y su hija no sufrirán daño alguno.

- Haré lo que me pida, pero por Alá no…

- ¡Cállese!, aquí Alá no tiene poder- gritó alterado el hombre, y en su cara las marcas de viruela tomaron un color parecido al de las ciruelas maduras-. Todo irá bien si no menciona a su…Dios.

- De acuerdo, de acuerdo- respondió asustado Abdeb-. Solo quiero que a mí hija no le pase nada malo.

- Eso esta mejor. Saldremos dentro de una hora hacia la cueva que encontró, y nos mostrará el camino hasta ella. Después usted y su hija, estarán libres de marcharse.

Una vez hubo dicho esto se levantó de su silla de cuero, salió a

la puerta y llamó a un hombre a gritos. De inmediato se presentó el tipo que había llevado a Abdeb hasta allí, y el hombre de las marcas en la cara le susurró algo.

- Señor Abdeb, Friedrich le mostrará su…habitación hasta que partamos. Adiós.

35

Joan y Khalid paseaban entre risas por uno de los barrios principales de Amman, donde los grandes carteles de colores chillones se arracimaban unos contra otros, y la gente miraba incesantemente los escaparates.

A Joan le sorprendió la calidez de la gente que, aunque conocía de nada, lo saludaba por la calle. Khalid le explicó que en Amman actuaban así con los extranjeros en parte a la hospitalidad, y en parte por que eran una enorme fuente de ingresos para todos los habitantes, y por eso había que cuidarlos.

Un enorme escaparate atrajo la atención de los dos chicos. Una pastelería mostraba miles de pequeños dulces colocados en bandejas y atados con un lazo. El estomago de los dos emitió un rugido señalándoles que a él también le apetecían unas cuantas de esas delicias.

- ¿Sabes?, lo primero que voy a hacer cuando lleguemos al hotel, va a ser pedir un par de bandejas de éstas al servicio de habitaciones- dijo Joan señalando el escaparate-.

- ¡Eh, no te olvides de mí, que habíamos hecho un trato!- bufó Khalid-.

- Hummm……bueno no sé, a lo mejor les digo que te pongan algo rápido, como un trozo de pan.

Los dos se miraron y explotaron a reír dándose codazos. La gente que pasaba por su lado los miraba divertidos “por Alá, un árabe y un niño blanco jugando juntos” debían de pensar, pero todo el mundo ponía cara de alegría por ver tal diversidad de culturas mezcladas en dos niños.

Siguieron caminando por la estrecha acera repleta de transeúntes, hasta que Khalid decidió tomar otra calle menos transitada, “no vaya a ser que esos dos tipos aún nos estén buscando” dijo.

El resto del trayecto hasta el Hyatt transcurrió sin problemas, y en cuanto hubieron cruzado la puerta, un recepcionista, que no era el mismo con el que Joan había charlado la última vez, les cerró el paso.

- No limosnas, solo clientes- dijo con altanería poniendo una mano en el pecho de Joan-.

- Oiga, estamos cansados así que déjese de chorradas a lo James Bond y dénos la llave de mí habitación- contestó el chico-.

- ¿Que…cliente?- contestó confuso el recepcionista granujiento del mostrador visiblemente confundido-.

- Si, tome- Joan le lanzó el DNI que el recepcionista cogió al vuelo-. Estoy en la 216, compruébelo.

El chico hizo lo que le decía Joan, y al cabo de unos segundos puso los ojos como platos, y empezó a carraspear intentando suavizar la garganta, que sin duda se le había quedado reseca.

- Perdone señor, es que…compréndalo yo…

- No pasa nada hombre, esto se puede arreglar con una buena bandeja de esos pasteles tan estupendos que tenéis en este país- concluyó Joan-.

En menos de cinco minutos estaban en la habitación riendo y con la boca llena de hojaldres recién hechos.

El cerrojo de la puerta volvió a descorrerse, y por ella apareció otra vez ese hombre que a Mohammed le inspiraba un miedo visceral. Se acercó lentamente hasta ponerse a la altura del árabe, y le soltó las cuerdas que lo mantenían atado a la vieja silla.

- Prepárese profesor, salimos en una hora- dijo con esa voz suave tan peculiar-.

- Pero oiga, ya se lo he dicho- se quejó lastimeramente Mohammed-. Yo solo soy un simple paleógrafo, no soy Bernardo de Montfaucon, ni Francesco Scipione, yo…

- ¡Oh vamos, no sea tan modesto!- respondió el hombre con la cara picada-. además tanto Bernardo como Francesco ya están muertos, y que ellos inventaran esto de la paleografía no quiere decir que usted no sepa hacer bien su trabajo.

- Pero no comprendo para que me quiere en un trabajo de campo si yo no…

- Pues es bien sencillo profesor, vamos a encontrar manuscritos, cerámicas y demás objetos que necesitan ser leídos y entendidos, y dado que los paleógrafos se dedican a interpretar y traducir textos antiguos, me encaja usted bastante bien en el perfil ¿no cree?, además tómeselo como un reto, va a formar parte del mayor descubrimiento de la historia, ¡miles de paleógrafos matarían por estar en su situación!

- Ya, pero es que el trabajo de campo a mi me…

- Salimos en una hora, estése preparado para entonces.

El hombre se dio la vuelta y salió de la habitación. Inmediatamente después entró otro tipo- éste mucho más grande y

fuerte-, y le dejó ropa limpia y útiles de aseo personal encima de la cama. Después salió y cerró la puerta, dejando solo a Mohammed.

Alí estaba en la habitación de su casa que hacía las veces de oficina cuando recibió la llamada. Yasin le comunicaba que los dos chicos habían vuelto al hotel, pero que allí no había ni rastro de los demás. “Bueno ya era hora de empezar a moverse en serio” pensó Alí. Marcó un número en su móvil, y esperó la contestación.

- Dime- dijo la voz sin más-.

- Omar empieza la fiesta.

- No puedes hablarme como lo has hecho antes yo…

- Oye Omar, yo no te busqué a ti, tú me buscaste a mí, y creo que quedó bastante claro en nuestro trato como se iban a hacer las cosas.

- En eso estamos de acuerdo, pero soy el director del servicio de inteligencia de este país, y si no fuese con mi ayuda, tú nunca tendrías oportunidad de realizar una operación como esta, así que se me debe un respeto- contestó Omar ofuscado-.

- De acuerdo Omar, pero ahora mismo es necesario pasar a la acción y dejarse de estupidos reproches ¿no crees?- sentenció Alí-.

- Dime que tengo que hacer.

- Lo primero, movilizar a tus hombres. Tengo entendido que los…alemanes- dijo escupiendo esta ultima palabra- se están organizando para comenzar la operación hoy mismo.

- ¡Hoy!- levantó la voz incrédulo-. Pero si todavía no tienen…

- Tienen lo que necesitan- cortó Alí-. Han encontrado al árabe, y también tienen a un paleógrafo local para descifrar “el muro”.

- ¡Joder, esos putos alemanes!- exclamó furioso-.

- Tranquilo Omar, no sabes esa frase que dice: “Deja que otros hagan por ti el trabajo que tú no quieres hacer”, pues aquí nos viene de perlas.

Dos enormes camiones de la marca MAN UNICAT EX70 esperaban la salida de los hombres, para el viaje por el desierto. Los grandes vehículos, que contaban con todo lujo de detalles como ducha, cama, y hasta cafetera, habían sido modificados para que a sus 480 CV de potencia se les unieran otros 40 CV extras. En la parte delantera habían sido montadas torres de iluminación

frontales- como si un concierto de rock se fuese a celebrar encima de ellos- y en los guardabarros, ya de por si enormes, se habían acoplado unas estriberas de hierro para las dunas especialmente difíciles.

Junto a los enormes camiones también descansaban tres Jeep Wrangler Rubicon negros impecables. Se habían decidido por este modelo especialmente por su sistema de bloqueo de los diferenciales trasero y delantero, o la desconexión de la barra estabilizadora, lo que lo hacía perfecto para terrenos abruptos y difíciles como el desierto duro y pedregoso del Wadi Rum.

Dos Hummer H2 de un color naranja chillón, flanqueaban los dos enormes camiones, y varios hombres se afanaban en meter todo tipo de cosas en sus amplios maleteros. Un torbellino de acción se desarrollaba en torno de los vehículos. Varios hombres introducían dentro de los camiones ordenadores Mac con el procesador integrado para ocupar menos volumen, mientras que otros ajustaban las emisoras de radio y sónar en las cabinas de aquellos enormes mastodontes. Unas plataformas móviles de aluminio salían de los costados de los dos camiones, donde se habían montado dos pequeños Quads azules con la marca Yamaha pintada en los laterales.

De pie y dando instrucciones a gritos estaba el gigante rubio Jurgen. Una sonrisa de satisfacción inundaba su blanca cara. Se quitó un segundo sus Rayban negras, y después de limpiarlas del polvo que se había levantado con el movimiento de los hombres trabajando, se las puso de nuevo.

Justo a su espalda apareció el hombre de la cara picada, que observó con suficiencia como se estaba llevando a cabo la preparación del instrumental.

- Hola Jurgen, ¿como va la cosa?- preguntó por detrás-.

El rubio se sobresaltó durante una milésima de segundo, pero al ver a su superior sonrió y volvió la cara hacia donde trabajaban sus hombres.

- Perfectamente señor- contestó marcialmente-. Los trabajos de electrónica en los camiones ya casi están acabados. Se han instalado las maquinas de prospección en el camión numero dos, donde trabajaran conjuntamente el profesor en geofísica Shulze, que se encargará de la geología y la biométrica del terreno en general, y el profesor Müller, encargado de la recuperación de datos y la excavación en si.

- Excelente, supongo que todo el equipo del profesor Shulze y el de Müller trabajaran desde un solo camión, ya le dije que yo

necesito uno solo para mí y mis colaboradores.

- Sin ningún problema señor, hay espacio más que suficiente en los camiones como para meter a todo un equipo entero dentro.

- Excelente- volvió a repetir frotándose las manos enlazadas a su espalda-. ¿Cuanto tiempo calcula que se necesitará para que todo este listo?

- En tres horas todo estará dispuesto señor.

- Muy bien Jurgen, pero me harías muy feliz si pudiésemos partir en una hora- dijo calmadamente-. Y ya sabes lo generoso que soy con las personas que me hacen feliz ¿verdad?

- Haré lo que pueda señor.

Dicho esto el gigante se puso a dar órdenes aún más enérgico que antes, con el fin de acelerar los trabajos.

Jaled Kadi ex-comandante de las fuerzas del ejercito jordano dio un pequeño respingo cuando una música sonó dentro de uno de los bolsillos de su pantalón militar. El enorme hombre sacó a toda velocidad el pequeño móvil, que en su descomunal mano parecía de juguete y contestó la llamada.

- ¿Diga?

- Jaled soy yo- contestó la voz al otro lado de la línea-. Prepara a tus hombres, ha llegado el momento.

- Estupendo, necesitaba algo de acción, ya me estaba quedando oxidado con tanta espera- contestó ansioso-.

- No quiero ninguna metedura de pata Jaled, o yo mismo me ocuparé de que no vuelvas a trabajar más en este país.

- Estése tranquilo jefe. Sé las normas y sé ceñirme a ellas.

- Por eso te he contratado- dijo la voz-. Debes esperar atento a que te de la orden, mientras tanto deja trabajar a los alemanes.

- De acuerdo Omar pero…

- Te he dicho que no menciones mi nombre.

- Lo siento, pero no entiendo por que no podemos nosotros realizar el trabajo, y quitar de en medio a los putos nazis de una vez- contestó airado-.

- Jaled, tú no eres más que un mercenario, no entiendes nada sobre excavaciones y arqueología. Deja que los alemanes trabajen, que nosotros ya cosecharemos el fruto.

- Está bien- replicó resignado-. Espero tus órdenes.

- Prepárate, te llamaré en breve.

El móvil de Jaled quedó en silencio y el hombre levantó su copa

de ginebra y se marcó un buen latigazo.

36

El kurdo conducía con temeridad, como siempre que creía estar en una película de policías. Rashid junto a él, le indicaba la dirección, y en los asientos de atrás Richard, Ben y Cameron seguían discutiendo la mejor manera de salir de aquel embrollo recuperando a Joan, Abdeb y Yanira sanos y salvos.

El siguiente paso a seguir solo lo tenía claro el policía, ya que se había negado a declarar sus intenciones a los demás. Todas las personas a las que se les podía preguntar como encontrar el sitio donde Abdeb había descubierto la cueva, estaban secuestradas o muertas.

En principio Cameron había propuesto encontrar la cueva y esperar allí a los hombres que habían secuestrado a su hermano y a los demás, pero ninguno tenía ni idea de donde buscar, excepto… había dicho Rashid, y allí había terminado la discusión.

El taxi se detuvo en la puerta de la comisaría de policía donde trabajaba Rashid, aunque ninguno comprendió en ese momento que podían buscar allí. El policía salió del coche, y ordenó a los demás que lo esperasen allí y no saliesen del taxi bajo ninguna circunstancia.

Habían pasado cinco minutos desde que Rashid entrara en la comisaría, cuando el policía salió por la puerta como una exhalación y se metió al taxi, ordenando al kurdo que saliera pitando en dirección a la salida de Amman.

- ¿Que es lo que has averiguado?- preguntó Richard-.

- Nada, solo son especulaciones y no hay…

- Bueno, eso nos da igual, y como estamos todos metidos en este lío, tenemos derecho a saber que es lo que piensan los demás.

- De acuerdo- respondió resignado el policía-. La mujer de Abdeb esta custodiada por mis compañeros en la comisaría, así que le he preguntado si ella sabía el lugar donde Abdeb encontró esa cueva.

- ¿Y lo sabe?- preguntó esperanzado Cameron-.

- No, pero por lo menos me ha dado una idea de por donde empezar a buscar.

- ¿Y cual es esa idea?- volvió a preguntar Richard-.

- En el monte Nebo.

- ¡Pero eso ya lo sabía yo!, ¿que información es esa?- se alteró Richard-. además el monte Nebo es extensísimo, no encontraríamos a Abdeb allí aunque pasásemos delante de sus narices.

- Eso ya lo sé, pero la mujer de Abdeb me ha dicho que su marido siempre hacía el viaje hasta el Monte en una pequeña motocicleta, y que siempre ascendía por la ladera norte, así que les esperaremos allí- y como para sí mismo añadió-. Una expedición que tiene intención de encontrar lo que buscan esos asesinos no pasará desapercibida.

- ¿Como?

- Lo que quiero decir es que he visto multitud de expediciones al desierto en busca de tesoros, y para llevarlas a cabo se necesita desplazar material de gran envergadura, por lo que deberán llevar camiones o coches grandes. Además, nadie busca en la ladera norte por lo que si vemos ese tipo de convoy sabremos que son ellos.

La idea de Rashid pareció calar entre los demás miembros del taxi, por lo que el silencio se impuso mientras cada uno pensaba en los "pros y los contras" del plan. Nadie tuvo una mejor idea, por lo que el razonamiento de Rashid cogió fuerza.

El taxi atravesó lentamente el tráfico de Amman, y puso rumbo hacia Madaba, el punto más cercano al Monte, y donde se podían aprovisionar de las cosas necesarias para la espera de los captores de Abdeb, Yanira y Joan.

Los grandes camiones abrían la marcha del grupo. Tras ellos marchaban los Jeep y los enormes Hummer sin guardar el orden para dar la impresión de que no viajaban juntos. El camión que abría la comitiva era el de los equipos y material electrónico, en donde también viajaban los expertos en el terreno, informática y excavaciones. En el segundo camión viajaban Abdeb, Yanira, el hombre de la cara picada, su ayudante el albino Jurgen, y un hombre con un aspecto cadavérico que aún no había pronunciado palabra alguna y que se pasaba las horas muertas delante de un ordenador portátil. Abdeb sintió curiosidad por aquel individuo y una de las veces se levantó para ir al lujoso cuarto de baño del camión y echó una ojeada por encima del monitor del pequeño ordenador. En la pantalla solo se mostraban miles de cuadriculas marcadas por líneas de color azul, que se movían en pequeñas parcelas cuadrangulares según las ordenes que introducía aquel hombre. Pronto una mirada gélida de los ojos grises de aquel tipo hizo que Abdeb desistiera de su curiosidad.

El camino hacia el Monte Nebo era más bien corto, y Abdeb lo había hecho a menudo solo con una pequeña, pero muy potente

moto de la marca Ossa. No sabia en que país fabricaban aquellas motos, o incluso si las seguirían fabricando, pero había sido un regalo de su padre, y Abdeb la cuidaba como el mayor de los tesoros. Además ella le había correspondido a los cuidados profesados por él árabe con dureza y sin ninguna rotura.

Aunque el camino hasta Madaba era relativamente corto, los camiones avanzaban muy despacio, ya que a pesar de ser verdaderas bestias, sobrepasaban su tonelaje en muchos kilos.

Habían acordado salir de Amman por caminos diferentes. Cada vehiculo debía de salir sin llamar la atención, y de forma desordenada, para luego volver a unir el convoy en alguna carretera secundaria.

Abdeb y Yanira habían permanecido juntos desde que los sacaran de aquella enorme fábrica abandonada donde los habían tenido recluidos, dejándoles más intimidad en un sofá apartado de una esquina del camión. Mientras, el hombre de la cara picada y su ayudante el albino, discutían puntos sobre la expedición que iban a llevar a cabo.

El árabe había tenido bastante miedo de que descubrieran el pequeño móvil que llevaba escondido en su cuerpo, pero ni una sola vez lo habían registrado, y supuso que para aquellos hombres, en su infinita arrogancia, ni por asomo se habrían imaginado que aquel pobre hombre asustado intentaría algo que fuese llorar y gimotear.

A las dos horas de camino los camiones hicieron un alto, y a Abdeb se le hizo un nudo en el estomago. El hombre de la cara picada se acercó hasta él y con una amplia sonrisa le dijo:

- Abdeb, ahora empieza tu trabajo, espero que cumplas tu parte del trato.

Joan y Khalid descansaban sobre la gran cama del hotel todavía extasiados por la comilona de la que habían disfrutado, cuando un sonido extraño los hizo levantarse de un salto. La puerta de la habitación se había abierto. Estaban seguros, había sido el inconfundible sonido de una tarjeta al accionar el mecanismo de apertura de la puerta. Joan quería correr, quería esconderse, pero sus piernas no le obedecían. Además podía ser Cameron, o Ben, ¿quien si no? Khalid lo miró a la cara esperando respuesta sobre lo que debían hacer, pero Joan estaba petrificado.

Un chico de la edad de Joan entró empujando un carrito cargado de pasteles iguales a los que acababan de devorar.

- ¡Huy perdón!, me habían dicho que no había nadie en la

habitación, lo siento- dijo azorado el chico-. Es que me han encargado…

- ¿Quien te ha dicho que subieses esos dulces?, a nosotros ya nos han subido los que habíamos pedido- cortó Joan a la defensiva-.

- Pues verá señor, no se quien…

De repente otra vez sonó el BEEP de la cerradura digital de la puerta, y esta vez Joan si que reaccionó con rapidez. Cogió del brazo a Khalid y entraron en el cuarto de baño, cerrándolo por dentro. Voces apagadas llegaron hasta los oídos de Joan. Voces que decían "quien son ustedes" y "lo siento pero…". La frase quedó suspendida en el aire cuando un tremendo golpe sonó en la habitación. Los llantos del chico del carrito no tardaron en hacerse audibles entre la gruesa madera del cuarto de baño, y gritos de ¿donde están? resonaron en las cuatro paredes de la 216 del hotel Hyatt.

Joan no lo oyó, pero supuso que el chico les había dicho a aquellos hombres lo que deseaban saber, pues un golpe tremendo resonó en la puerta del cuarto de baño, que hizo caerse hasta el botecito de champú de encima del lavabo. Una voz familiar resonó con autentica furia, y Joan, por segunda vez en pocos segundos se quedó petrificado. Fue Khalid el que reaccionó y gracias, por que Joan era incapaz de mover un solo músculo. El pequeño tiró de él hacia una ventana situada encima de la enorme bañera con grifos dorados, e intentó abrirla en vano. Estaba cerrada por fuera para evitar posibles intrusiones, y solo se podían accionar con una pequeña manecilla que hacía levantar la hoja en tres partes para la ventilación.

- Por ahí no podemos salir- dijo Khalid extrañamente sereno-. Tendremos que buscar algo con lo que romper el cristal.

- ¡Estas loco, estamos en una tercera planta!

- Prefieres quedarte a charlar un rato con esos hombres, por que yo prefiero estrellarme contra el suelo antes de que me cojan esos tíos.

Como para corroborar esa idea un ruido fortísimo volvió a golpear la madera, y esta vez un listón del marco cayó al suelo hecho añicos.

- ¡Cuando os atrapé vais a suplicar que os mate rápido!- gritó con furia el hombre del otro lado de la puerta-. ¡Os voy a despellejar vivos, y después, después…!- otro golpe aún más violento que hizo crujir la madera-.

Khalid cogió uno de los botes de champú y lo lanzó contra el cristal, pero este rebotó y cayó sobre la bañera. Desesperado lanzó

todo lo que encontró a su alcance, peines, más champú, pasta de dientes, un vaso de cristal, pero todos los intentos fracasaron estrepitosamente y la ventana seguía igual de entera. Estaban perdidos, y un nuevo golpe arrancó un trozo de madera, dejando al descubierto la cara roja de furia del hombre del traje de Armani al otro lado de la puerta. De haber sido más abajo el trozo roto de la puerta, el hombre habría podido alcanzar el pomo desde el otro lado y entrar, pero la ira ciega que sentía aquel tipo no lo dejaba pensar demasiado.

- Bueno bueno, ahí estáis, esperadme que dentro de muy poco podremos jugar todos juntos- exclamó el hombre, y Joan vio con horror que se relamía de gusto con solo de pensarlo-.

Ese gesto quizá, fue lo que por fin movilizó al joven que se puso frenético buscando cosas que arrojar contra la ventana. El hombre, que desde fuera los observaba, parecía divertido con la escena, y en su fuero más interno se excitó. Siempre le había gustado que sus victimas, ya fuesen mujeres o niños se resistiesen, tenía más morbo.

Las toallas caían por el suelo del cuarto de baño, junto con los rollos de papel higiénico, pero nada sólido con lo que golpear. De repente algo cayó al suelo con un tintineo metálico, y entre las toallas, apareció un mastodontico secador de pelo. Joan lo cogió al instante y sonrió mirando la expresión atontada del hombre del traje.

- Dios bendiga a llongueras- recitó Joan con la mano en el pecho-.

- ¿A quien? – preguntó extrañado Khalid-.

- Oh, nadie, un visionario de mi país- contestó Joan que lanzó el secador con todas sus fuerzas contra la ventana-.

Esta vez si obtuvieron el resultado que esperaban, y el cristal estalló en mil pedazos haciendo un ruido de repiqueteo en la suave superficie de la bañera. El hombre del traje salió de su estupor, y comenzó a golpear la puerta con más fuerza haciendo saltar tablones de madera por todo el cuarto de baño. Khalid casi ni tocó el marco metálico de la ventana, saliendo a toda velocidad al exterior. Joan se encaramó sobre el borde y unos cristalitos que se resistían a abandonar la que había sido hasta entonces su casa, se le clavaron en las palmas de las manos. No se detuvo por ello, y sacó la cabeza al otro lado. Khalid ya lo esperaba junto a él en una estrecha cornisa situada entre balcones, haciéndole gestos con la mano de que se diese prisa.

Ya estaba casi fuera, cuando la pernera de su pantalón se enganchó con algo. Tiró hacia fuera con todas sus fuerzas, pero su

pierna no se movió ni un centímetro. Desesperado miró hacia atrás para ver donde se había enganchado, y la sangre se le heló en las venas. El hombre del traje lo tenía sujeto por los bajos de su pantalón, mirándolo con una feroz sonrisa lobuna.

37

El kurdo había tardado menos en llegar a Madaba que en salir de la caótica ciudad de Amman. Madaba estaba a tan solo unos 35 Km. de Amman, y además las carreteras, aunque transitaban entre areniscas, estaban muy bien asfaltadas por lo que el taxi solo tardó en llegar menos de una hora.

Rashid se había dirigido junto con el taxista a comprar suministros a un pequeño supermercado en la zona centro, y Richard, Ben y Cameron habían pedido permiso para visitar la ciudad a pie. El policía, en vista de que consideraba que les llevaban bastante terreno a los secuestradores de Abdeb se lo concedió, pero siempre imponiendo que no se separaran, y que permanecieran juntos los tres.

El primer lugar que visitaron fue la famosa iglesia bizantina de San Jorge. En el templo, admiraron con asombro el famoso mapa-mosaico que se conservaba en perfecto estado, y a la salida de la iglesia, una guía explicaba más minuciosamente los lugares que el mosaico representaba. La iglesia era bastante sencilla, pero solo de pensar en los años de historia que cargaba a sus espaldas, hacía que se te pusiesen los pelos de punta.

Después de un breve paseo, decidieron entrar al museo de la ciudad, donde admiraron mosaicos bellísimos y de todas las facturas.

El policía llamó poco después de que los tres abandonaran el museo, y les propuso ir a comer. Los tres asintieron con entusiasmo, pues ya era cerca de mediodía y tenían los estómagos anhelantes.

El lugar elegido para comer fue cosa del kurdo, y hay que reconocerle que acertó de pleno. El restaurante Haret Jdoudna gozaba de dos plantas al aire libre, por lo que ellos eligieron la segunda, donde la suave brisa hacia más agradable la comida.

Empezaron con el tradicional Hummous cocinado a base de berenjena, y continuaron con otra delicia de la tierra como es el pollo con yogurt, rematando la faena con un gran trozo de Konafa. Éste último era la debilidad de Cameron. La mezcla de queso y confituras lo volvía loco.

Rashid pagó la cuenta, y les preguntó a los demás si querían conocer el Monte Nebo. Todos asintieron con gusto, y Rashid les comunicó que la visita les serviría de reconocimiento.

Montaron en el taxi, que iba cargado hasta los topes, y llegaron

hasta el Monte en tan solo diez minutos, aunque a Cameron le parecieron horas debido a la incomodidad de su posición en el coche.

Aparcaron el taxi en la entrada, y el policía pago los cuatro JD que costaban los accesos para todos. Caminaron durante un pequeño trecho por una suave pendiente, hasta que llegaron a la cima, donde se encontraron de frente con la ermita que los jordanos aseguran que guarda los restos mortales de Moisés.

Estaba atardeciendo, por lo que Rashid los condujo hasta la cruz que dominaba el mirador, donde pudieron contemplar las fabulosas vistas del Valle del Jordan. Allí arriba el horizonte parecía fundir el cielo anaranjado, con la tierra del mismo color rojizo, y mostraba la impresionante vista del cielo y la tierra unidos. No era de extrañar que Moisés eligiese aquel sitio para ser la tierra prometida. ¿Desde que lugar del mundo se podía ver mejor la tierra elegida por Dios, si no era desde aquel mismo mirador?

Solo se rompió el silencio cuando Rashid anunció que desde allí mismo se podía ver Jerusalén, indicándoles el lugar en el horizonte. Una extraña sensación de paz envolvió sus corazones, y por primera vez en su vida, Cameron experimentó lo que era la fe para los creyentes.

Habían detenido la marcha en la falda del monte, y aunque los vehículos podrían subir sin dificultad hasta la cima, el hombre de la cara picada decidió acampar allí esa noche, y por la mañana ascender hasta el lugar de la cueva con los Quads.

En pocos minutos la explanada se fue llenando de tiendas de campaña de color verde militar, y unas extrañas antenas en forma de V fueron colocadas en un promontorio por los expertos de la expedición. Jurgen estaba en mitad de la explanada del improvisado campamento, con una camiseta verde ajustada a su cuerpo y empapada en sudor, dando las ultimas instrucciones de montaje de los equipos.

Los camiones se habían situado en el centro, siendo rodeados por las tiendas de campaña en círculo, y los hombres aprovechaban el ligero descenso de la temperatura para hidratarse y asearse en la duchas portátiles que sobresalían a ambos lados de los enormes vehículos. A pesar de ser un campamento improvisado nada se había dejado al azar, como por ejemplo los hombres apostados en

los cuatro puntos cardinales del campamento, que portaban armas de largo alcance ante la posible aparición de intrusos no deseados.

- Señor, el campamento ya está montado por completo, y los hombres de guardia ya están ocupando sus puestos, solicito permiso para dar descanso al resto- anunció Jurgen a su superior-.

- Jurgen no hace falta que me llames señor todo el rato, llámame Ernest que ya nos conocemos- contestó el hombre de la cara picada-. De acuerdo, puedes darle permiso a tus hombres, que descansen.

- Gracias señ…quiero decir Ernest- y con un giro casi cómico, Jurgen se aprestó a salir del camión-.

- Jurgen- llamó el de la cara picada, que estaba cómodamente instalado en un sofá de cuero blanco en una esquina de uno de los camiones-. Buen trabajo.

El rubio sonrió imperceptiblemente, hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza, y salió para dar permiso de descanso a sus hombres. En ese momento sonó el móvil de Ernest que lo descolgó rápidamente.

- Diga señor.

- ¿Como van las cosas por ahí?

- Hemos acampado y mañana a primera hora subiremos hasta la cueva.

- Bien, y recuerda que no debe haber fallos, el futuro de la República está en juego.

- Soy consciente señor y no permitiré fallo alguno.

- Bien Ernest, en breve estaré con usted en el campamento, pero por el momento sigue mis instrucciones al pie de la letra y no tendremos de qué preocuparnos.

- Señor, cuando venga hasta aquí ¿como sabré quien es usted?, hasta ahora solo nos hemos conocido por teléfono.

- Lo sabrás a su debido tiempo, hasta que llegue ese momento recuerda que ésta expedición fue el sueño de tu padre, y que yo solo la estoy continuando. Si nosotros triunfamos, no solo lo hará el nuevo régimen alemán, sino tu padre.

La mención del padre de Ernest era una baza que el “Mecenas” como se autodenominaba aquel hombre utilizaba mucho, sabiendo que era un punto al que el hombre con la cara picada imponía mucho respeto.

- De acuerdo, pues esperaré su visita.

- Hablaremos pronto- dijo la voz del otro lado y colgó-.

Ernest se sentía importante en aquella empresa hasta que hablaba con el Mecenas, que se encargaba de recordarle

constantemente que él había iniciado esta revolución, y que como era el que financiaba todo el proyecto, era él quien mandaba. En su fuero interno Ernest sentía admiración por aquel hombre al que no conocía y que manejaba todos los hilos desde la sombra, pero a la misma vez sentía un odio visceral hacia él.

Rashid, Ben, Cameron y Richard seguían mirando a través de los prismáticos hacia el campamento al pie de la colina. La actividad se había reducido a algunos hombres que pululaban entre las tiendas, pero el policía sabía que solo era una cuestión de apariencia. Había visto a los hombres con las potentes armas alejarse hasta sus lugares de vigilancia, y sabia que un simple conejo del desierto no llegaría más lejos del circulo de tiendas si osara adentrarse en el.

Rashid reconoció que le había sorprendido el despliegue que habían llevado a cabo aquellos hombres, y comentó que se habían equivocado al pensar que eran simples asesinos o secuestradores. En aquella formación se veía bastante más de lo que se espera de unos simples asesinos.

Empezaba a refrescar, así que Rashid decidió disponer los turnos de vigilancia y que cada cual descansara en su Haima, una especie de tienda rudimentaria utilizada por los beduinos, y que Rashid había comprado en Madaba.

Cameron decidió desechar la manta que su padre le tendía, pero este le aconsejó cogerla, pues por la noche las temperaturas en el desierto descienden de forma increíble, y añadió que además le protegería contra las posibles picaduras de escorpiones. Después de la palabra “escorpión” Cameron decidió coger la manta.

El primero en el turno de vigilancia seria Richard, ya que a su edad le costaba más trabajo mantenerse despierto a altas horas de la madrugada, por lo que los demás se retiraron a sus tiendas sin hacer ni el más mínimo ruido.

Había sido una suerte que a Rashid se le ocurriera la idea de esperar a aquellos hombres allí, por que el polvo que levantaban los camiones se veía a muchos kilómetros de distancia, y les daba la posibilidad de anticiparse en los movimientos.

Cameron había distinguido la caravana en la cima del monte, mientras contemplaban la fantástica puesta de sol, y en unos minutos habían tomado la posición correcta para seguirlos. El policía había mandado al kurdo de vuelta a Amman, ante la posibilidad de que aquellos hombres viesen el taxi allí, sin

ocupantes, y sospechasen. El taxista había accedido a regañadientes, pero al final con las promesas de Rashid de que lo llamaría si volvía a necesitarlo, se había marchado. Sin duda se había cruzado en el camino de aquellos hombres, pero pensarían que había llevado hasta Madaba a algún turista empeñado en ver el famoso Monte Nebo.

Richard se devanaba los sesos mientras se arrebujaba en la manta y miraba el campamento situado bajo ellos. Buscaba una y otra vez la forma de rescatar a su hijo y a los demás, y secretamente, y aunque no se lo había mencionado al resto del grupo, buscaba la forma de impedir que esos asesinos se hiciesen con el descubrimiento más grande de la historia. Pero ¿que podían hacer dos viejos, un joven y un policía, contra un “mini ejercito” de asesinos despiadados?

38

El rostro de Joan era del color de la cera. Curiosamente contrastaba con la cara del hombre que a base de empujones lo estaba introduciendo de nuevo en el cuarto de baño del hotel. El rostro de aquel hombre había perdido cualquier rastro de humanidad que hubiera podido tener hasta ahora, y estaba deformado en una horrible mueca de furia. Un color rojo-morado mezcla de esfuerzo y de ira, se había apoderado por completo de su cara desde la frente hasta el cuello. Los gritos que emitía su garganta con cada tiron al cuerpo de Joan, tenían más de animal que de persona. Hasta el compañero de aquella mala bestia se había quedado boquiabierto en forma de estatua, fuera del cuarto de baño, con una pistola colgando de su mano derecha.

Joan intentaba liberarse de la presa de aquel hombre, pero le era imposible. Incluso había intentado quitarse los pantalones, pero un tremendo golpe de aquel animal en la espalda a modo de advertencia, lo había hecho desistir de aquella idea.

Khalid seguía en el borde de la ventana gritando con insistencia y tirando de los brazos de Joan, pero la fuerza del niño poco podía hacer contra la furia descontrolada del tipo que tiraba de las piernas del joven.

Una patada de Joan impactó en pleno rostro de Yasin, que ni se inmutó. Por el contrario tiró aún más fuerte de la pierna de Joan, introduciendo el cuerpo del chico hasta la mitad en el cuarto de baño.

Joan casi había arrojado la toalla, cuando recibió una pequeña ayuda divina. El móvil de Yasin emitió un bufido, y seguidamente empezó a salir una canción árabe por su pequeño altavoz. El instante de duda de Yasin sirvió para que Joan afianzase las manos en el alfeizar de la ventana, clavándose algunos cristales que aún sobresalían de ella, y golpeara con todas sus fuerzas en la cara de Yasin con ambos pies. El hombre perdió el agarre de las piernas de Joan por un instante, y casi al segundo siguiente éstas habían desaparecido por la ventana.

Yasin indignado descolgó el teléfono, se lo puso en la oreja derecha, y conectó el manos libres. Aún sin contestar asomó medio cuerpo por la ventana por la que habían desaparecido los dos chicos. Estaban encaramados a una pequeña cornisa que recorría la fachada conectando los balcones. Para él era casi imposible salir por

la pequeña ventana, pero podía ver desde allí a los dos chicos con la espalda pegada a la pared y con la cara desfigurada por el miedo.

- ¿Que coño estas haciendo?- clamó una voz por el altavoz-. ¡Yasin contesta ahora mismo!

Casi se había olvidado por completo del móvil, y de la llamada que había recibido segundos antes.

- Alí…perdona es que estoy…ocupado- contestó entre jadeos-.

- ¡Pues deja de una puta vez lo que estés haciendo, te necesito ya!

Los chicos estaban a menos de medio metro, casi podía tocarlos, pero el miedo que sentía hacia Alí lo obligó a contestar.

-Dime donde tengo que ir, y estaré allí en una media hora- contestó Yasin-.

- ¡Te quiero en la sede en diez minutos!- bramó Alí-. Y como llegues tarde te colgaré desnudo de un poste en medio del desierto- amenazó-.

- Allí estaré.

- Salimos en veinte minutos hacia el Monte Nebo, hemos localizado a ese profesor americano- informó Alí-. Van en busca de los alemanes.

- No te preocupes Alí estaré allí en cinco minutos.

Cortó la comunicación, y miró con furia hacia el lugar donde estaban encaramados los niños.

- Y vosotros, sabed que esto no ha terminado- dijo casi vomitando las palabras-. Os encontraré, y os aconsejo saltar desde aquí antes de que yo os ponga la mano encima.

Les echó una última mirada, y desapareció por la ventana. Joan y Khalid aún estuvieron en la estrecha cornisa por lo menos media hora más, y volvieron a la habitación del hotel por que el agarrotamiento en las piernas amenazaba con hacerles caer.

Allí ya no había rastro de los dos hombres, aunque decidieron no arriesgarse, y salieron a toda velocidad de la habitación.

Más tranquilos una vez que comprobaron que aquellos asesinos se habían marchado, Joan decidió subir de nuevo a su habitación a coger algunas cosas.

- ¿Pero donde vas otra vez?- preguntó Khalid-. Debemos irnos de aquí, por si deciden volver.

- Nos iremos enseguida, pero antes tengo que coger algunas cosas de mi habitación.

- ¡Deja tus cosas, ya volveremos!

- Khalid, no voy a volver- contestó Joan muy serio-.

- ¿Que dices?

- Que no voy a volver al hotel, me voy al Monte Nebo.

- Al Monte Nebo, ¿para que?

- ¿Es que no has oído a esos hombres?, mi padre esta allí. Voy a buscarlo.

- Voy contigo- anunció decidido Khalid-. No tengo nada mejor que hacer.

- De eso nada. Es peligroso y tú ya has corrido bastante peligro por mi culpa.

- Da igual lo que digas, se donde vas, y voy a ir aunque sea sin ti- dijo testarudo-. así que es mejor que vayamos los dos juntos.

Joan miró al joven con la cara sucia, y supo que decía la verdad, que lo seguiría por que sencillamente había encontrado a un amigo, y no quería separase de él.

- Esta bien niñato cabezón, pero a la más minima te vuelves a Amman ¿de acuerdo? Esa es mi condición.

- De acuerdo- sonrió el niño-.

A los diez minutos caminaban por las ruidosas y sofocantes calles de la capital Jordana.

Alí tenía los brazos en jarras, y sus poderosos antebrazos resaltaban bajo la camiseta sin mangas, que ya empezaba a marcar círculos negros allí donde se acumulaba el sudor del mediodía.

El Israelí observaba como las tropas del pequeño ejercito que le había proporcionado Omar, se distribuían los trabajos de abastecimiento con precisión militar. En teoría aquellos hombres seguían siendo militares a pesar de que ya no formaban parte del gobierno. Los rudos hombres que acarreaban bultos de un lado para otro, eran en su mayoría mercenarios, al igual que Alí, aunque las razones de Alí en esta misión, distaban mucho de ser monetarias igual que las de sus hombres. Para Alí acababa de empezar a reescribirse la infausta historia de los Israelitas. Todos los hombres de Israel que se habían convertido en mártires, ahora podrían reclamar su derecho absoluto como el pueblo elegido. Y él sería el causante del nuevo resurgimiento de su pueblo.

Jaled se le acercó sudando como un cerdo en un día de matanza, y le hizo un saludo marcial.

- Jaled déjate de tonterías, ya no estamos en el ejército.

- Bueno, yo siempre seré militar Alí- contestó el gigante árabe-. Señor, los equipos ya están preparados.

- Perfecto saldremos en media hora.

Alí se retiró a meditar antes de la salida y dejó a Jaled a cargo de los últimos preparativos. Un cosquilleo familiar recorría el cuerpo entero del Israelí. “Necesitaba volver a la acción”, pensó.

Joan y Khalid decidieron alquilar un coche, ya que el autobús llegaba hasta Madaba, y también hasta el Monte, pero no sabían donde tendrían que buscar a su padre, por lo que un vehiculo privado les sería más útil. Utilizaron la tarjeta de crédito de Joan. Al principio el joven se había resistido a la idea de su padre de hacérsela, pero debía reconocer que le había sido muy útil hasta ahora.

El modelo más adecuado y económico que encontraron fue un viejo Lada Niva. Joan tenía el carnet de conducir desde hacía bien poco, pero había aprendido a conducir desde que cumpliera nueve años, cuando su padre insistió en enseñarle. El viejo Lada renqueó al arrancar, pero nada más haberlo hecho demostró el por qué de la fama de aquel coche. Joan pisó el acelerador y el vehiculo salió zumbando para mezclarse con el trafico intenso del mediodía.

Richard se tapaba con la manta hasta las cejas. A veces parecía increíble que en el mismo lugar donde horas atrás caldease el sol hasta los cuarenta y cinco grados, hubiesen descendido tan bruscamente las temperaturas.

El campamento dormía allá abajo, en la falda de la colina, y solo el incesante ruido del viento del desierto, rompía la absoluta calma en la que se sumía aquella parte del mundo por las noches. El profesor no había podido relajarse con la tranquilidad del silencio, al contrario parecía más inquieto, y es que la hora decisiva, la hora en la que tendría lugar el desenlace de miles de hipótesis durante más de dos mil años, estaba cercana. Se sentía culpable por pensar en eso, y no en rescatar a su hijo, pero no podía evitarlo. Además confiaba en que esos hombres solo tenían a Joan como seguro, y que por lo tanto no le harían ningún daño.

No dejaba de intentar encajar las piezas de éste rompecabezas. Había puntos o mejor dicho lagunas, en las que no había tenido tiempo de pensar, pero ahora en la soledad de la noche, empezaban a encajar. El hallazgo de Abdeb no dejaba de ser el más grande de la historia hasta el momento, pero por ahora no habían encontrado nada más que arrojase un poco de luz, y dudaba de que esos

desgraciados alemanes lo encontraran en la cueva. Él no había estado en esa gruta, pero llevaba demasiados años en este mundo como para saber que esto no funcionaba de esa forma. Nunca se hacía un hallazgo tan importante en un solo lugar. Normalmente los grandes tesoros históricos que habían sido escondidos adrede, tenían varias secuencias de actuación, como por ejemplo: se encontraba un lugar que te ponía sobre la pista del hallazgo principal, se estudiaba, y por medio de muchas investigaciones, se podía determinar un nuevo sitio donde buscar. Sin contar con que este tesoro que buscaban ahora, había sido el más anhelado, no solo en este tiempo, sino también desde la misma época en la que fue fabricado.

Quería comprender la cronología de los hechos, pero no lo conseguía. No creía que después de tantos años de búsqueda, realmente el Arca pudiese estar en el sitio donde todo el mundo la daba por perdida. Richard tenía la teoría de que el Arca nunca hubiese sido dejada en el sitio donde con más seguridad se la buscaría. Bueno, el caso es que de una forma u otra todo se aclararía pronto.

Joan y Khalid llegaron a Madaba en tan solo veinte minutos. Decidieron comer algo, aunque todavía tenían el estomago lleno a causa de los pasteles que habían comido en el hotel, nunca se sabia cuando se podría volver a comer caliente.

Escogieron un pequeño bar donde Joan pidió un gran plato de Mansaf, y Khalid con los ojos abiertos como platos engulló en un abrir y cerrar de ojos un enorme Kebak de cordero. Khalid emitió un sonoro eructo dando el visto bueno a la comida, a lo que el camarero sonrió en insistió en invitarlos a un café. Joan contempló el líquido espeso y negro, y lo bebió de un trago. Cuando el camarero le acercó la cafetera para servirle más café, Joan denegó con la mano, lo que hizo que el hombre frunciese el ceño visiblemente molesto. Khalid habló unas palabras en árabe con el dueño del bar, y luego explicó a Joan, que en caso de no querer más café, debía mover la taza en círculos indicándolo, pero nunca denegar la invitación con la mano. “Es un gesto de mala educación” señaló el niño. Khalid acercó la taza hacia la tetera, y el hombre le sirvió otro chorro del aquel liquido espeso, que el chico bebió con gusto. Khalid indicó a Joan, que así se debía hacer cuando se quería pedir más.

Joan pagó la cuenta, y dejó la respectiva propina al dueño del bar, que los despidió con una inclinación a modo de saludo. Tras la reparadora comida, comenzaron un rumbo errático por la ciudad de Madaba, intentando descubrir si alguien había visto al padre de Joan. No obtuvieron respuestas hasta que entraron en un supermercado pequeño, pero que sin embargo vendía de todo. El dueño no había visto al padre de Joan, pero unas horas antes un hombre había comprado equipos de supervivencia para cuatro personas. El dueño del supermercado añadió que le había preguntado al tipo algo sobre si iban a acampar en el Monte, y él no contestó, pero luego había visto subir al hombre con tres personas más en un taxi, y dirigirse hacia el Monte Nebo. Joan le dio las gracias, compró algunas cosas, y montaron en el viejo Lada en dirección al Monte Nebo, tras la pista de Richard.

La noche había transcurrido con absoluta normalidad, pero con los primeros rayos de sol, el campamento volvió a cobrar vida con una actividad frenética alrededor de los trabajos que se realizaban, previos al traslado a la cueva. En la explanada del centro del campamento habían sido preparados los cuatro quads que transportaban los enormes camiones, y un equipo de hombres se había congregado también alrededor de uno de los Jeep. Apoyados contra el capó del coche descansaban cuatro tipos que fumaban y reían, a la espera de la inminente salida.

Un hombre moreno y con la cara picada salió al centro de la explanada, y se acercó hasta los hombres que fumaban tranquilamente al sol de la mañana. Cuando lo vieron acercarse, los hombres arrojaron los cigarrillos al suelo, y adoptaron una pose marcial saludando con el brazo alzado. El hombre dio una orden y los cuatro, que segundos antes daban enérgicas caladas a sus cigarrillos, salieron desperdigados corriendo por la explanada del campamento.

Richard, Ben, Cameron y Rashid miraban desde lo alto de su posición con los prismáticos que había comprado el policía en Madaba. Richard observó atentamente al hombre que daba las órdenes en mitad de la explanada, y reconoció al tipo que lo había tenido secuestrado.

- ¡Ese es el tío que me secuestró!- comunicó a los demás-.

Todos fijaron sus lentes en aquel hombre, que sonreía mientras daba órdenes en el centro del campamento.

- ¿Quienes serán esos tíos?, ¿buscadores de tesoros,

mercenarios?- preguntó Cameron-.

- Lo más probable es que sean las dos cosas- respondió el policía-.

Más abajo, en el campamento, ya rugían los motores de los quads calentando los motores. De una gran tienda de campaña apareció el tipo enorme que parecía estar al mando del pequeño ejército, y entró en otra tienda aún mayor. Al poco salió acompañado de otros dos tipos que cargaban con mochilas y carteras de ordenadores portátiles. De otra tienda más pequeña salieron dos tipos que sujetaban del brazo a otros dos hombres. Las siluetas de aquellos hombres se hizo visible por encima de la polvareda que levantaban los vehículos, y tanto Rashid como los demás, dejaron escapar un gemido.

Uno de los hombres empujaba al pobre Abdeb, mientras que el otro hacía lo propio con el profesor Mohammed.

Rápidamente montaron a cada uno en un quads, y las potentes motos salieron disparadas. En el primer quads viajaba Abdeb, mientras que en el segundo lo hacía el profesor árabe. Seguidos muy de cerca, en el tercer quads viajaba el tipo de las marcas en la cara, y cerrando la marcha viajaba solo en su quad el tipo alto que había estado dando órdenes a sus hombres. A unos cincuenta metros de ellos marchaba el Jeep con cuatro hombres más levantando una enorme polvareda de polvo rojizo. Abdeb marcaba el camino, mientras que el conductor del quad manejaba a toda velocidad entre piedras, arenisca, y matorrales.

En varios puntos la ascensión se hacía muy empinada, pero aquellos monstruos de cuatro ruedas no parecían enterarse de ello, y subían la colina con la rapidez del rayo.

Durante mucho rato el equipo de las motos y del Jeep fue visible, pero al doblar un recodo de la colina, dejaron de verse desde la posición de Rashid y su grupo.

- ¡Debemos de hacer algo!- vociferó Cameron-. Abdeb esta con ellos, y cuando encuentren esa cueva no se que podrán hacer con él.

- Cameron, ellos son cuatro del Jeep, más el tío que viaja con Abdeb, el que viaja con Mohammed, y los tres que van en las otras dos motos, ¡y además llevan armas!

Un pesado silencio cayó entre el grupo mientras que cada cual analizaba la situación.

- Además de eso, no hemos visto a tu hermano por ninguna parte- añadió el policía-. Igual lo están utilizando de rehén junto con la hija de Abdeb para que éste colabore. Quien sabe lo que harían con ellos si nos descubren a nosotros.

- Tiene razón hijo- se sumó Richard-. Solo podemos contar con que encuentren lo que desean, y los dejen libres.

Todos callaron, pero Cameron todavía no estaba de acuerdo en darse por vencido. Si no tenía ayuda de los demás actuaría por su cuenta, pero no iba a dejar que aquellos animales le hiciesen daño a su hermano.

39

Abdeb hizo un gesto con el brazo levantado, y la comitiva frenó en seco su avance. El hombre de la cara picada bajó de su quad y fue directamente hacia el árabe.

- ¿Que pasa Abdeb?

- Es aquí- sentenció el hombre-.

Con una rápida orden desmontaron todos de sus motos, e hicieron lo propio los tipos del Jeep.

De un pequeño agujero en uno de los laterales de una roca, aparecían diseminados algunos objetos que habían sido olvidados allí por Abdeb en su precipitada huida del lugar. Rápidamente tres hombres se pusieron a excavar alrededor del agujero, mientras que uno de los hombres sacaba de su maletín un pequeño ordenador portátil, e indicaba el lugar donde tenían que abrir la entrada.

El hombre de la cara picada contemplaba los trabajos desde la distancia prudencial de unos diez metros, mientras que el grandullón miraba impasible a su lado. Poco a poco la entrada a la cueva se fue haciendo más visible, y en menos de media hora ya se podía entrar en ella con facilidad. Aun así, el tipo que dirigía la pequeña excavación no quiso arriesgarse, y mandó a los hombres a reforzar la entrada con vigas de aluminio que habían sido trasladadas hasta allí en el Jeep. Una vez se hubo reforzado la entrada, el hombre insistió en entrar el primero, y continuar con los trabajos de protección contra derrumbes, pero el tipo de la cara picada no estaba muy por la labor.

- Buen trabajo señor Shulze, pero por ahora su trabajo ha terminado.

- Pero señor, es peligroso, un derrumbe acabaría en pocos segundos con lo que quiera que haya dentro de esa cueva- replicó acaloradamente el geólogo-. Y además también…

- ¡He dicho que ha terminado!- le cortó-. Ahora es mi turno, y el del profesor Mohammed, ¿verdad?- dijo mirando al nervioso profesor-.

Sin esperar respuesta, ni más quejas, Jurgen cogió del brazo a Mohammed y lo arrastró hacia el interior de la cueva. El tipo de la cara picada se adelantó poniéndole el brazo en el pecho a Jurgen, y avanzó él primero. En la entrada de la cueva suspiró y se dijo a si mismo: “por fin Ernest Baver va a hacer historia”, y se adentró en la oscuridad de la gruta.

Joan estaba asustado, pero no por el hecho de que estaba solo en un desierto que no conocía, sino por la razón de que no sabía el alcance de lo que aquellos hombres le pudiesen hacer a su padre. Joan ya había observado la maldad de la que podían hacer gala algunos de esos asesinos. Lo había visto en los ojos del hombre que lo había intentado coger en Amman. Había mirado en aquellos ojos, y se había dado cuenta de que aquel tipo realmente quería matarlo.

Khalid había sido el encargado de buscar el lugar más adecuado para montar la pequeña tienda que Joan había comprado en Madaba. El niño había decidido hacerse cargo de la colocación de la tienda añadiendo con sorna que no quería dormir en una Jaima montada por un niño pijo señalando a Joan. Lo cierto es que Joan estaba aprendiendo muchas y buenas cosas de aquel niño. Por ejemplo, a Joan nunca se le hubiese ocurrido montar la tienda en la dirección en la que soplaba el viento, y Khalid le explicó que en el desierto siempre era mejor estar a favor del viento que en contra. “Ya sabrás esta noche por que lo digo” añadió el niño sonriendo maliciosamente.

Habían pasado toda la tarde por las inmediaciones del monte Nebo, pero no habían encontrado ni rastro de Richard, ni de los hombres que se suponía que lo tenían secuestrado. La espera y la incertidumbre estaban poniendo de los nervios al joven, que tampoco sabía que había podido suceder con su hermano Cameron y con Ben. Aún no se había podido poner en contacto con ellos, y lo que era peor todavía, no tenía ni idea de como hacerlo.

La noche estaba cayendo sobre las claras arenas del desierto, e inexplicablemente a Joan le entró un frío helado por los huesos. La fría noche del desierto hacia su aparición.

La pequeña tienda estaba perfectamente montada y orientada sobre uno de los lados de un montículo de piedras grandes, que la resguardaba en buena parte del viento frío que empezaba a soplar. Los dos niños se refugiaron dentro para dar buena cuenta de la cena que habían preparado. Unas latas de conservas estaban dispuestas en platos de plástico, y una botella de agua mineral descansaba en medio de ellas.

-¡Bon apetit!- exclamo Joan sonriendo-. No es el buffet del Palace, pero nos servirá.

Los chicos acabaron con las latas en un santiamén, y luego charlaron un rato hasta caer dormidos, pero un ruido hizo despertar bruscamente a Joan. Había oído el motor de un coche.

Miles de puntitos de un color blanco brillante destellaban desde todos los ángulos visibles. La tenue luz que entraba por la boca de la cueva, se reflejaba directamente en una roca de cuarzo de gran tamaño, que lanzaba rayos de sol, que a su vez eran recogidos por miles de diminutas esquirlas de cuarzo incrustadas en las paredes a lo largo de toda la caverna. Ernest Baver, de pie frente al gran mural que brillaba de un lado a otro de la gruta, abría y cerraba la mandíbula boqueando como un pez fuera de su riachuelo. La vista de aquella cueva era un espectáculo formidable que, durante varios minutos dejó a toda la expedición, incluyendo al siempre hablador profesor Shulze con los ojos como platos, y sin poder pronunciar una palabra. Los ojos ávidos de Baver bailaban entre el esplendoroso mural de la pared, hasta los restos de dibujos que salpicaban las paredes de una punta a otra y que parecían brillar con luz propia gracias a las incrustaciones de minerales que inundaban la estancia. Shulze rompió el encanto, y Baver casi lo manda fusilar allí mismo. Desde ese momento, el profesor Shulze, una eminencia en su campo, había firmado su sentencia de muerte.

- Baver, creo que lo más aconsejable es que todos dejemos de mirar como estupidos, y movamos el culo para salvar esta maravilla- dijo el profesor alemán-.

- Querido profesor Shulze, creo que usted no ha entendido todavía que esto no es una de sus expediciones- dijo pausadamente el hombre de la cara picada-. ¡Y ahh, como me vuelva a hablar así, le meto una bala en medio de esa gorda cabeza suya!¿ comprendido?.

Shulze no dijo ni media palabra más, pero su actuación hizo que Baver reaccionase, y empezasen los trabajos de recuperación. La amplitud de la cueva no era mucha, aunque lo bastante para permitir el paso de varios hombres trabajando a la vez.

Mohammed se ocupaba del mural de la pared soltando exclamaciones cada varios segundos, mientras que Shulze se encargaba de asegurar todos los rincones de la gruta para que aquello no se les viniese encima en cualquier momento. Todo el mundo trabajaba con celeridad, mientras que Baver seguía absorto con sus pensamientos en un rincón alejado.

Al cabo de dos horas tanto Mohammed como Shulze habían terminado sus trabajos, y aguardaban a que Baver diese la orden de salir de allí. Diez minutos después los vehículos regresaban al

campamento para cotejar los resultados de las investigaciones realizadas en la gruta.

Alí encabezaba la marcha junto con Jaled en uno de los dos pequeños Jeep sin capota, seguido por otro vehiculo igual en el que viajaban dos de los hombres de Jaled. Los dos coches viajaban solos, aunque a varios kilómetros por detrás un pequeño ejército esperaba sus órdenes. Alí no había querido levantar sospechas, por lo que había decidido mandar una pequeña avanzadilla con el fin de saber por anticipado los movimientos de los alemanes.

- Alí, ¿Por qué no han venido con nosotros el resto de mis hombres?, si nos pillan a nosotros solos esos alemanes…

- Jaled, te he dicho mil veces que más vale una victoria tardía que una derrota anticipada.

- Perdona ¿Qué?

- Jaled, simplemente no quiero que los alemanes sepan que estamos tras sus pasos hasta que sea demasiado tarde para ellos.

- Pero es que simplemente no lo entiendo- replicó extrañado el gigantón árabe-. Nuestros hombres son capaces de hacerlos picadillo en cuestión de segundos.

- Guarda tus energías para cuando te las pida buen amigo- contestó Alí sonriendo-. Además, dejemos que los alemanes trabajen, así no tendremos que arrastrarnos mucho por el sucio suelo del desierto.

Los dos vehículos avanzaban a buen ritmo por las áridas carreteras del desierto del Wadi Rum, levantando grandes nubes de polvo a su paso, en dirección a Madaba y a su encuentro con el destino del pueblo israelí.

Cameron resbaló inesperadamente con una piedra suelta de la ladera que descendía, e hizo rodar pequeños guijarros hacia la base de la colina. Le había costado desmarcarse de los demás, pero al fin lo había conseguido. Había aprovechado un momento en que los demás se habían resguardado en sus tiendas del sol intenso de la mañana para refrescarse, momento que él aprovechó para lanzarse ladera abajo en una loca operación de rescate.

Cameron sabía que lo que estaba a punto de hacer era una locura, pero también sabía que aquellos asesinos no iban a dejar libre a su hermano una vez que encontraran lo que estaban

buscando. Ese no era el estilo de aquella gente. A su padre no le iba a gustar que Cameron decidiese emprender la guerra por su cuenta, pero si salía bien y volvía con Joan, seguro que se le olvidaba echarle el puro. El momento que había elegido Cameron era el más adecuado pues, los dos hombres que parecían mandar en aquella pequeña tropa estaban en la colina en busca de su tesoro, y los mercenarios que habían quedado en el campamento se habían relajado, al menos en apariencia. Ya se sabe el dicho, "cuando no esta el gato, los ratones salen a jugar", y por primera vez desde que Cameron viese el asentamiento del campamento, varios de los hombres bromeaban y fumaban sin el miedo que causa el tener al jefe en una tienda cercana.

Cameron alcanzó al fin la base de la ladera, que quedaba a menos de cincuenta metros de una de las zonas del campamento. Estudió la disposición de las tiendas de campaña, y observó la distribución de los hombres. Cuatro hombres jugaban a las cartas encima del capó abrasador de uno de los coches, mientras que otros tres jugaban con una pelota en el centro de la explanada dando gritos de júbilo cuando alguno lograba pasar el balón por debajo de las piernas de sus compañeros. En una zona más alejada, en una de las tiendas más grandes, dos hombres montaban guardia en la puerta lanzando miradas de envidia a los compañeros que jugaban con el balón. Cameron supuso que en esa tienda debían de retener a su hermano junto con Yanira. Esperó el momento adecuado en que ninguno de los hombres podía verlo, y cruzó como una exhalación semiagachado los cincuenta metros que lo separaban de una de las tiendas más pequeñas, seguramente de alguno de los hombres con menos rango.

Sudaba a mares, y aunque hacia un calor asfixiante, no creyó que fuese por aquel motivo. Él era un buen matemático, y también un buen conocedor de las culturas antiguas, pero lo que no se consideraba de ninguna manera, era una especie de Rambo, por lo que la empresa que se disponía a emprender lo atenazaba en el estomago como si tiraran de sus intestinos con unas gruesas pinzas de cocina. Trató de reponerse y recuperar el control de sí mismo por el bien de su hermano y el suyo propio. Si lo encontraban sería el fin para él, y sin duda alguna también para Joan. Corrió agachado por detrás de la línea de tiendas que bordeaban el campamento, casi hasta llegar al centro de la explanada, donde jugaban todavía divertidos aquellos tipos con el balón. Respiró profundamente, y evalúo la situación. Llegar hasta donde se encontraba había sido relativamente fácil, pero otra cosa bien

distinta iba a ser llegar hasta la tienda de campaña donde custodiaban a su hermano. Para ello debía cruzar por el centro mismo del campamento y enfrentarse a los dos guardias, cosa que alertaría a los demás. No podía permitirse aquel lujo. Las opciones de que disponía eran mínimas, y no podía quedarse esperando en aquel lugar o tarde o temprano lo descubrirían. El nerviosismo empezó a hacer mella en Cameron, que impaciente descartaba las posibles opciones una tras otra, mientras que su cerebro empezaba a colapsarse fruto de aquel calor insufrible y de la terrible encrucijada en la que se hallaba.

De repente el panorama cambió radicalmente. Los hombres que reían y fumaban al sol de la mañana encima del capó del coche, desparramaron las cartas por el suelo, y salieron desperdigados por el campamento. Los hombres que jugaban al balón se apresuraron a esconderlo, y tomaron posiciones con las armas en ristre junto a uno de los caminos que llegaban hasta el campamento. Los dos guardias que estaban en la entrada de la tienda donde previsiblemente encerraban a Joan, se cuadraron y endurecieron su gesto.

El corazón de Cameron empezó a martillear con fuerza dentro de su pecho, y sudaba por todos los poros de su piel. No sabía a que venía tal reacción, pero de seguir donde estaba, solo era cuestión de segundos que acabaran localizándolo.

Uno de los hombres que había estado jugando a las cartas se dirigía directamente hacia el lugar donde Cameron estaba tendido junto a la tienda de campaña. No podía cambiar de posición, pues sería descubierto de inmediato, pero tampoco podía quedarse allí, o aquel tipo tardaría apenas unos segundos en dar con él. Las ideas se le agolpaban en la cabeza, y en las sienes le latía con fuerza el pulso. El hombre cada vez estaba más cerca, y en cuestión de unos metros llegaría hasta su posición. Cameron barajó la posibilidad de atacarlo, pero supo enseguida que aunque consiguiera dejarlo fuera de combate, serían alertados sus compañeros y lo capturarían. Cada vez le quedaba menos tiempo y no se le ofrecían soluciones, aquel hombre prácticamente estaba encima de él.

De repente un grito resonó en todo el campamento, y el hombre se giró para ver de qué se trataba. Un instante precioso que Cameron no pensaba desaprovechar.

Salió a toda velocidad y se lanzó en plancha debajo de uno de los dos camiones que estaban aparcados en medio de la explanada. Durante unos segundos su visión quedó cegada por el polvo que se le había metido en los ojos, pero el alivio inmenso que sentía por

haber salido de aquella situación casi le hizo sentirse incapaz de respirar con facilidad. En ese momento supo el por qué de los gritos, y el alma se le cayó a los pies. Ahora el alivio había dejado paso a la desesperación.

Cuando la ausencia de Cameron fue descubierta por Richard, una creciente desazón corrió por su estomago. Nadie sabía donde estaba el joven hasta que al fin Rashid encontró la respuesta.

Armado con los prismáticos el policía quiso constatar la base de sus miedos y enfocó las lentes hacia el campamento. No le costó demasiado encontrar a Cameron oculto tras una tienda de campaña, y el corazón le dio un vuelco. “Maldito estupido” soltó por lo bajo. El chico estaba a punto de ser descubierto por uno de aquellos asesinos, y si lo encontraban sería el fin para ellos también. No tardarían en buscarlos y encontrarlos, y entonces les darían caza como a unos vulgares animales. Tenía que actuar, y rápido si no querían morir todos en aquel desierto abandonados después para pudrirse al sol.

Dejó los prismáticos en el suelo y saltó hacia la ladera de la colina. Un primer traspiés dio con sus huesos en la abrasadora arena, pero se levantó de inmediato y siguió bajando a toda prisa.

- Por Dios haced lo posible para que no os descubran- gritó en dirección a Richard y Ben, y siguió bajando por la ladera trastabillando pero sin caer-.

Richard y Ben habían descubierto la situación, pero demasiado tarde como para replicar, además no habría servido nada más que para retrasar los hechos, lo que hubiese resultado fatal para Cameron, y con toda probabilidad para ellos también.

Rashid llegó sudoroso hasta el pie de la colina, y corrió hasta hacerse visible desde el campamento. Con un grito alertó a uno de los hombres, que rápidamente lo encañonó con su arma. Menos mal que el policía había tenido la prudencia de dejar su pistola en, su hasta entonces atalaya de vigilancia, pues la visión de un arma habría acabado con su cuerpo repleto de plomo.

- ¡Eeeyyy, amigo!, ¿por casualidad no tendría usted un poco de agua para un beduino perdido?- preguntó inocentemente Rashid con las manos levantadas hacia el cielo-.

- ¿Quien es usted y que hace aquí?- preguntó a su vez el hombre sin dejar de encañonarlo-.

- Pues verá, soy de Amman, y he venido con mi esposa a visitar

el monte sagrado, pero me he perdido y estoy muerto de sed- contestó inocentemente el policía-.

El hombre después de mirarlo y comprobar que aquel tipo no representaba una amenaza, bajó el arma y se acercó hasta él.

- Tome, pero beba lo que quiera y desaparezca de aquí, esto es terreno prohibido- dijo el hombre suavizando el rostro-. Cosas del gobierno.

- ¡No joda!- exclamo Rashid sorprendido-. Joder, es la primera vez que veo una operación del gobierno.

El policía tomo la cantimplora que le alargaba el tipo, y dio un largo trago.

- Gracias por el agua, y disculpe que ya me voy- se excusó Rashid que estaba loco por salir de allí-. No quiero meterle en un lío.

- No es nada, el agua se le ofrece hasta a el enemigo- contestó el hombre que estalló en una carcajada-.

Rashid quedó mudo durante un segundo al escuchar la palabra "enemigo", pero al instante se echo a reír junto con el hombre.

- Bueno pues gracias otra vez, voy a ver si encuentro a la idiota de mí esposa- dijo el policía comenzando a darse la vuelta-. ¡La que le espera esta noche va a ser de aupa!

El comentario de Rashid hizo que el hombre estallara otra vez en carcajadas, pero el policía ya no lo escuchaba, por que estaba poniendo pies en polvorosa lo más rápido que podía.

Cuando ya estaba al pie de la colina, casi a salvo, una voz ronca sonó junto a su oreja izquierda haciendo que Rashid diese un pequeño saltito presa del susto.

- Hola detective, ¿no se queda a cenar con nosotros esta noche?

La pequeña expedición había vuelto de la cueva. Ese era el motivo de que los hombres dejasen sus juegos y volviesen a la actividad con la rapidez que había sorprendido a Cameron, pero el motivo que había provocado su huida no había sido la llegada de los jefes de aquellos mercenarios, sino la aparición en el campamento de otra persona: Rashid. El policía se había delatado con la intención de que no lo descubriesen a él, y casi le había salido bien.

Cameron vio la escena desde debajo del camión, y había apretado los dientes cuando Rashid había iniciado la vuelta a la colina camino de su escondite, pero la inoportuna llegada de Jurgen había frustrado los planes del policía. El gigantón rubio había reconocido a Rashid y lo había detenido, esposándolo y llevándolo

hasta la tienda a la que Cameron había pretendido llegar tan solo unos minutos antes. ¡Pero por Dios que estupido había sido!, como había pretendido hacerse pasar por un valiente combatiente sin tener idea de lo que hacía. Ahora por su culpa Rashid estaba preso y él, bajo las ruedas de un camión en medio del campamento de unos asesinos.

La angustia le estaba atenazando el pecho, y le costaba respirar. Tenía que hacer algo para salvar a su hermano y a sus amigos de aquella situación, pero no sabía que método emplear.

Entre tanto, el movimiento en el campamento había regresado en todas sus facetas. La captura de un intruso, y la llegada de los jefes con nuevos datos sobre la cueva, habían terminado de activar el movimiento en la explanada, justo delante de donde él estaba tumbado. Entonces, de repente se hizo la luz en la mente de Cameron, que vio claro cual era su único movimiento si quería salir de aquella situación con vida.

Desde la posición bajo el camión lo había estado viendo todo el rato, pero el nerviosismo había puesto un velo sobre sus ojos. Delante de él, a pocos metros, había un enorme tanque de agua que servía para abastecer las necesidades humanas, y también para los radiadores maltratados por el calor de los vehículos. En la base de la cisterna había un pequeño compartimento destinado para el motor de la bomba de agua que ejercía la presión suficiente para que el líquido saliese por el surtidor. Cameron sabía por experiencia propia, que en aquel compartimento había espacio para un hombre, pues una vez jugando en el campo de su tía de pequeño, se había refugiado en uno igual tratando de esconderse de su padre después de haber realizado una trastada. Trataría de llegar hasta el compartimento, y una vez allí esperaría la llegada de la noche. Solo rogaba por que no estuviera cerrado con llave.

El movimiento por la explanada era constante, y aunque no lo separaba del tanque de agua nada más que unos metros, salir en aquel momento hubiese sido un suicidio, sin duda. Esperó agazapado bajo el camión un tiempo que se le hizo eterno, y hasta entró en un estado de duermevela debido al calor asfixiante que salía del suelo ardiente, cuando al fin el movimiento de hombres cesó unos segundos debido al cambio de turnos para comer. Sin pensarlo dos veces salió de debajo del camión, y corrió tanto como pudo hasta llegar al deposito de agua. Nadie lo había visto gracias a Dios, pero no tardaría mucho en aparecer alguien que se percataría de su presencia. Asió el tirador con ambas manos y tiró de él con fuerza. La portezuela no se movió ni un solo centímetro. Unas ganas

tremendas de vomitar lo asaltaron de inmediato, pero intentó controlarse, y lo volvió a intentar. Nada, aquella condenada puerta no se movía. Cameron creyó que se desmayaría allí mismo, sentimiento que se acentúo cuando las voces de un grupo de hombres llego hasta él. Se había realizado el cambio de turnos, y allí estaba, en medio de la explanada a punto de desmayarse. Sintió que se le desvanecía la visión cuando al fin cayó en la cuenta de lo que estaba pasando. En la pequeña puerta del tanque había un pequeño cerrojo. Casi vomitando de alivio, lo descorrió y saltó al caliente interior del compartimento, donde el motor descansaba hasta la próxima vez que fuese accionado. Cameron se apresuró a cerrar la puerta y atrancarla por dentro con un trozo de madera que encontró en el suelo. La primera parte del plan había terminado con éxito, pero por poco. En adelante tendría que mantener la calma mucho más si no quería terminar con una bala en el cuerpo. Se acomodó lo mejor que pudo entre las ruedas dentadas del rudimentario motor, y se dispuso a esperar la noche.

40

Rashid sufría un dolor terrible en la cara y no veía por su ojo derecho. En realidad le dolía el cuerpo entero, pero la cara lo estaba matando. La lengua y los labios estaban totalmente inflamados y no tenía en ellos sensibilidad. Le costaba respirar por la nariz a causa de la sangre seca que se le había acumulado en las fosas nasales. No estaba atado, pero esos asesinos considerarían que después de la tunda que le habían dado, al policía no le quedarían fuerzas para intentar escapar. Había intentado tragar una insípida sopa que le habían llevado, pero había desistido después del primer sorbo. Prefería morir de inanición antes que tener que tragar cualquier cosa. Lo había intentado, de verdad que si, pero es como si tragara cuchillas de afeitar. Aquellos cabrones no se habían andado por las ramas y lo habían dejado hecho una pena. La hija de Abdeb, Yanira, dormía a tan solo unos metros de él, pero a ella no le habían tocado ni un pelo, pero por el contrario la habían obligado a mirar mientras a Rashid le daban la del pulpo. Después de gritar durante horas, la chica había caído rendida en un sueño intranquilo del que a veces despertaba sobresaltada, para volver a dormirse sollozando.

Al pobre Abdeb no lo había visto, pero Yanira le había comentado cuando estuvieron solos, que estaba en el campamento, obligado a ayudar al cabron que mandaba allí.

La lona de un lateral, que hacía las veces de puerta, se abrió de golpe dejando entrar una suave brisa fría que el policía agradeció en silencio. El hombre con marcas de viruela en la cara se arrodillo junto a él, y lo miró fijamente a los ojos.

- Dígame Rashid ¿que estaba haciendo usted aquí?- preguntó el hombre-.

- Ya se lo he dicho a su novio, he salido a comprar tabaco y me he perdido- contestó Rashid con voz pastosa-.

- Ah, ya veo, no ha perdido usted el sentido del humor, y eso es bueno en un hombre, denota carácter y en determinados casos valentía, pero le voy a decir una cosa Rashid, en estos momentos no le sirve de mucho ¿no cree?

- No sé lo que entiende usted por valentía, pero estoy seguro de que ni usted ni ninguno de sus animales la ha visto jamás ni de cerca.

- Mire Rashid, ¿puedo tutearle?

- No.

- Ah no, ¿y eso?

- Por que yo no sé quien es usted, y a mí no me tutea nadie a quien no conozca.

- Ahh bueno, perdón por mis modales, pero creo que me estoy volviendo un poco maleducado al estar todo el día entre brutos. Me llamo Ernest Baver.

- Encantado, y ahora que nos conocemos mejor, ¿me deja que le invite a una cerveza?, conozco una tasca que esta aquí cerca que es una gozada.

- Me temo que no va ser posible, pero tal vez si me dice donde esta nuestro amigo Richard quizá podamos ir los tres.

- ¿Richard, quien coño es Richard?

- Rashid, está acabando usted con mí paciencia, y no se lo recomiendo.

- Mire señor…Baver, sus hombres mataron a mí capitán de policía y a Richard y su hijo Cameron cuando nos atacaron en la casa de Azid, y por eso le digo, y yo nunca miento, que estoy aquí por que voy a matarlo, y no solo a usted sino también al pichacorta de su novio rubio, así que ya puede usted ir despidiéndose de sus amigos, si es que tiene alguno.

- Rashid, si mis hombres hicieron eso que usted dice, le aseguro que pagaran por ello, de eso me encargaré personalmente, pero usted no va a matarme.

- Ah no, ¿como esta tan seguro?

- Por que Dios tiene planes más importantes para mí que morir en un desierto inmundo a manos de un vulgar policía jordano-sentenció con desprecio Baver-. Y si usted no quiere formar parte de ese destino, morirá aquí mismo, en el desierto, así que piénselo, tiene hasta mañana.

Baver se dio la vuelta y dejó solo al policía, que empezaba a sentir que su final estaba cerca si un milagro no lo remediaba.

Richard y Ben estaban desesperados. Habían visto el sacrificio de Rashid para evitar que cogiesen a Cameron. Habían visto como el chico se había escondido en el tanque para el agua, y como había llegado Abdeb con el hombre de la cara picada, seguramente de la cueva, y lo habían metido a empujones dentro de uno de los camiones. Richard sentía una impotencia tal, que estaba a punto de volverlo loco. Aquellos asesinos habían capturado a sus amigos y a sus hijos, al menos a uno de momento, y solo quedaban ellos dos,

Ben y él. Dos viejos que nada podían hacer contra el ejército que aguardaba allí abajo. La noche estaba a punto de caer y debía de pensar en algo, y pronto, o sería demasiado tarde para todos a los que quería. Tomo la única decisión que le pareció sensata.

Aquellos hombres seguían allí por que todavía no habían encontrado lo que buscaban en la cueva de Abdeb, y él tenia que encontrar algo con lo que poder negociar con aquellos asesinos, algo que ellos querían. Después tendría opciones de negociar con los alemanes, algo que ellos querían por algo que él quería, así de simple.

Comunicó a Ben sus planes, a los que de inmediato se opuso rotundamente.

-¡Pero estas loco!, si nos pillan en esa maldita cueva ya nadie podrá salvar a Joan, Cameron y los demás- repuso Ben alterado-.

- Y si no lo hacemos morirán sin que por lo menos yo haya intentado hacer algo para evitarlo. No te pido que lo apoyes, solo que vigiles por si pasa algo allí abajo.

- Ah no, de eso nada, si te vas a suicidar, nos suicidamos los dos- cortó tajante-. Además me asusta la oscuridad, no quiero quedarme solo aquí.

- Pero eso no…

- He dicho que voy contigo y no hay más que hablar.

Richard sonrió y abrazó a su amigo. En ese momento sintió que estaba más unido a él de lo que lo había estado en treinta años desde que lo conocía. Las desgracias y los momentos difíciles, unían como nada a las personas.

Cogieron lo necesario para subir a la montaña y lo metieron en sus mochilas. A los pocos minutos ya estaban emprendiendo la subida a la colina por la que horas antes Abdeb había guiado a los alemanes.

Una musiquilla conocida sonó en el bolsillo de su pantalón. Baver cogió el pequeño aparato y se lo llevó a la oreja con cara de pocos amigos. Una voz familiar resonó en el altavoz del teléfono:

- Hola Baver, tengo nuevas noticias para ti- lanzó la voz grave directa al grano-. Toma nota, y no me falles.

El alemán apunto las nuevas instrucciones en una pequeña libreta, y cortó la comunicación. Aquella tontería ya le estaba enfadando bastante. No conocía a la persona que había empezado toda aquella historia, pero debía seguir sus instrucciones al pie de la

letra solo por que era el que mandaba, ¿y por que no aparecía de una vez ese tipo? Baver tenia ganas de saber quien era aquel misterioso hombre que manejaba el destino del mundo en el anonimato, pero no iba a desobedecerlo, ¡claro que no! Hasta ahora, Baver no sabía como conseguía la información, pero lo hacía. Todas las cosas que el confidente misterioso le había contado habían resultado ser ciertas, y sus ordenes muy oportunas, así que seguiría obedeciéndolo hasta que su jefe decidiese dar la cara.

Cameron estaba mareado, y decidió volver a coger aire otra vez. Había necesitado abrir la portezuela varias veces para respirar, pero cada vez que lo hacía, un nuevo escalofrío le recorría la espalda. Si lo pillaban allí, se podía dar por muerto.

Retiró la madera que le servía para atrancar el cerrojo, y con una lentitud casi cómica, abrió la puerta metálica de la bomba de agua, rogando que no chirriase.

El aire fresco de la noche le dio en plena cara con una frescura deliciosa. El pecho de Cameron aumentó a medida que el chico se llenaba los pulmones con aquel aire maravilloso, y luego sin hacer el más mínimo ruido, lo fue exhalando.

En ese momento unas luces se encendieron y le dieron de lleno en la cara. Petrificado no pudo ni moverse, y casi esperó el impacto inminente de una bala. La bala no llegó, pero lo que si llegó fue el murmullo de voces que daban ordenes. Al fin descubrió que las luces no eran por él, sino los faros de uno de los Jeep, que estaba en el centro de la explanada arrancado y listo para partir. Dos hombres subieron al coche e iniciaron la maniobra para salir del campamento, cuando otro tipo los hizo parar, y dos hombres más subieron al Jeep. Cameron apostó a que aquellos hombres, con casi total seguridad irían a comprar víveres a Madaba, y decidió intentar la oportunidad que se le presentaba con la falta de vigilancia en el patio de las tiendas, pues varios hombres se habían acercado al Jeep, seguramente para hacer algún encargo personal a sus compañeros.

Se acuclilló como si fuese a tomar parte en una carrera, y cuando todos estaban descuidados con los del Jeep, echó a correr en dirección a la tienda más cercana que tenía. Gracias a dios llegó sin ser visto por ninguno de los guardias, que ahora se apiñaban en torno a sus compañeros pidiéndoles que les compraran tabaco y bebida. Estaba a tan solo unas tiendas de campaña de distancia de

la grande, que era su objetivo, en la que ahora no se veían dos guardias, sino solo uno. El pequeño revuelo que se había formado en torno a los hombres que se iban a acercar hasta Madaba para comprar, y las pocas amenazas que se intuían en ese desierto, habían hecho que uno de los guardias creyese que se podía prescindir de sus servicios durante al menos unos minutos, para reclamar también él su parte del pedido de tabaco y bebida. Cameron lo agradeció en silencio, pero sin perder ni un segundo que se le antojaba precioso, siguió avanzando, casi reptando, en dirección a la tienda grande en la que el guardia miraba con anhelo a sus compañeros del Jeep. Cuando estaba a tan solo unos pocos metros por detrás de la tienda, sopesó la opción de atacar al guardia, pero la desechó casi al instante, no por que no creyera poder con él, sino por que el más mínimo grito de este, alertaría a sus compañeros, que se echarían encima de él sin perder ni un segundo.

Sacó de su pequeña mochila un machete de combate que siempre llevaba en las expediciones contadas que realizaba para su empresa, y rasgó la parte de la tela inferior de la tienda de campaña. Al principio solo hizo un pequeño corte que le permitiera observar lo que sucedía dentro. Desde la posición en la que se encontraba, lo único que podía distinguir con claridad eran confusos contornos de objetos como sillas, las patas metálicas de una mesa, y pocas cosas más, así que decidió abrir un poco la brecha en la tela. Un ruido de desgarro sonó cuando la abertura se abrió bastante más de lo que Cameron hubiese querido, y el muchacho rogó que nadie hubiese escuchado aquel sonido. Ya era hora de dejarse de vacilaciones, por lo que entró por la brecha que había hecho en la tienda, pero la encontró vacía. Allí no había más que una mesa, una silla y un ordenador. Cameron desconcertado dudó sobre su siguiente paso, pues estaba seguro de que aquel era el sitio en que custodiaban a Joan y a los demás.

Un sonido lo hizo ponerse en guardia, pero allí no había nadie. Aquel extraño ruido volvió a sonar en la quietud de la tienda, pero ahora más claro. ¡Era un gemido, y venía de algún lugar justo al lado de él!. Corrió por la ancha tienda, y descubrió otra tela que servía para separar una habitación de otra, y lo que encontró allí lo hizo tener un instante de vacilación.

En el suelo, sobre el aislante de un saco de dormir, estaba Yanira. La chica sollozaba con la cara entre las manos, y tenía los pies atados con una cuerda bastante gruesa.

Junto a ella, en una silla, estaba Rashid. La simple visión del

policía hizo que el estomago de Cameron le produjera un pinchazo producto de la compasión y la culpabilidad. El rostro de color café con leche del policía había cambiado al morado rojizo que le producían los hematomas que tenía por toda la cara. El labio inferior estaba inflamado y retorcido en un ángulo imposible, producto de los golpes, y uno de sus ojos estaba cerrado y amoratado por completo.

El policía lo miró con el ojo sano que le quedaba, y la pupila color oscuro se dilató. Rashid pareció ponerse nervioso, pero ya que estaba muy débil, su reacción apenas parecía la de un ligero picor. Cameron comprendió que intentaba llamarlo, pero las manos atadas a la parte de atrás de la silla le dificultaban aún más los movimientos.

El chico corrió hacia él, y se arrodilló hasta ponerse a la altura de su cara. A Cameron la visión de las magulladuras del policía lo estaba poniendo enfermo, ya que él había sido el causante de que Rashid estuviese en aquella situación.

- Ca…Cameron, ¿eres tú?- preguntó el policía con voz pastosa-.

- Si Rashid soy yo, aguanta que te voy a sacar de aquí- contestó Cameron nervioso intentando desatar las cuerdas que lo sujetaban a aquella silla-. Aguanta.

- No, deja…- el policía hacía un esfuerzo terrible para poder hablar, pues tenía el labio tremendamente inflamado-. Déjame aquí, no podrás arrastrarme, y yo… ahora no tengo fuerzas para moverme.

- ¡Estás loco si crees que voy a dejarte!- sentenció Cameron-. ¡Vas a venir conmigo aunque te tenga que arrastrar por todo este maldito desierto!

Cameron sacó su cuchillo y cortó las cuerdas que ataban al policía. Lo sujetó para que no cayese al suelo, y lo apoyó contra una mesa. Había que liberar a más gente.

- ¿Podrás aguantar aquí de pie hasta que vuelva?- susurró Cameron a la oreja de Rashid-.

El policía asintió, y se sujetó a la mesa para confirmarlo. Cameron salió disparado hacia el lugar donde había visto a Yanira, que había dejado de llorar y lo miraba con los ojos llenos de esperanza.

- ¿Estás bien?- preguntó Cameron-.

- Si, a mí no me han hecho ningún daño, solo me quieren para chantajear a mí padre- contestó la chica a punto de echarse a llorar de nuevo-.

- Pues bien, nos vamos.

Cameron cortó las cuerdas que la mantenían maniatada, y rápidamente la ayudó a levantarse.

- ¿Donde está mi hermano?- preguntó agitado Cameron-.

Yanira lo miró con un gesto extraño en el rostro, que denotaba que no entendía bien la pregunta.

- ¿Tu hermano?, aquí no esta, o por lo menos yo no le he visto- contestó Yanira sin comprender-.

- ¡Como que no está!, ¡mi hermano Joan, tiene que estar aquí!- imploro el chico-.

Rashid llamó a Cameron desde su posición agarrado a la mesa. El chico se acercó hasta él a toda velocidad.

- ¿Rashid donde está Joan?- preguntó casi suplicando una respuesta del policía-.

- Cameron, tu hermano no está aquí- contestó el policía en tono bajo-. Quizá lo dejaron en Amman con algún otro escuadrón, o quizá lo dejaron en libertad…

- No, sabes que estos animales no harían eso…

Entonces en esos momentos la tela de la tienda se abrió, y entró el guardia que alertado por las voces había decidido comprobar que pasaba. La cara del guardia mostraba su sorpresa al encontrarse con aquella situación, que no se había imaginado, por lo que perplejo, no actuó de inmediato.

La cara de Cameron había cambiado a un tono rojo muy intenso, y sus labios aparecían como dos finas líneas blancas debido a la presión que ejercía sobre ellos. Los músculos de su pecho se habían hinchado mostrando sus marcados pectorales, y los puños apretados dejaban ver un contorno de venas gruesas en sus antebrazos. El cuerpo de Cameron era la viva imagen de la ira.

El guardia no tubo ninguna opción ante la feroz acometida del joven, que en unos segundos había ganado la distancia que lo separaba de aquel individuo, y le había colocado un directo a la mandíbula que había hecho trastabillar al tipo. Cameron no detuvo ahí su ataque, sino que golpeó con la pierna extendida en una patada lateral, el rostro desencajado del guardia, que cayó al suelo como un fardo. Ya en el suelo Cameron se subió a su pecho a horcajadas, y siguió golpeándole el rostro con furia, hasta que una mano le sujetó el puño en el aire.

El policía había dejado su cómodo asidero de la mesa, para sujetar al chico, que fuera de sí golpeaba el rostro ensangrentado del guardia.

- ¡Cameron déjalo ya!- gritó el policía-. ¡así no ayudas a tu hermano!, tenemos que salir de aquí para buscarlo, muerto no le

servirás de nada a Joan.

El chico detuvo su ataque, y pareció meditar las palabras del policía unos instantes. Se levantó de encima del guardia que estaba inconsciente, y pareció recuperar su aplomo.

- Esta bien, salgamos de aquí- contestó escueto-.

Un vistazo por la puerta de la tienda confirmó a Cameron lo que ya temía. El compañero del guardia se acercaba otra vez hasta su puesto. Cameron consideró el dejarlo fuera de combate, pero la bajada de adrenalina, y el revuelo que se podía formar con aquella pelea, hizo que desechase esa idea.

Corrió hasta el fondo de la tienda, por donde había entrado, sujetando a Rashid y con Yanira pegada a sus talones. Atravesó la tela con el cuerpo del policía, y esperó a que la chica hiciese lo mismo. Agachados, recorrieron varios metros por detrás del perímetro de las tiendas, hasta que el sonido de gritos y voces les hicieron lanzarse al suelo intentando buscar algún refugio. El guardia había descubierto el cuerpo inconsciente de su compañero, y había dado la voz de alarma. Unos potentes focos de luces iluminaron la explanada del campamento, y grupos de hombres salieron con cara de asombro de sus tiendas. Algunos de ellos todavía iban a medio vestir, muestra de que les había cogido la alarma durmiendo en sus tiendas.

Poco a poco el campamento se puso en pie, hasta que al cabo de pocos minutos casi todos los hombres formaban ya en posición de alerta, con su arma en ristre buscando a los intrusos.

Cameron se estaba poniendo cada vez más nervioso, y el mal estado físico del policía no mejoraba la situación. Si no hacían algo rápidamente aquellos hombres los descubrirían en cuestión de segundos. Un grito resonó en alemán por toda la superficie del campamento, y Cameron pudo distinguir desde su refugio en el suelo, tras una de las tiendas, que el gigante alemán que tan familiar le era, estaba lanzando órdenes a sus hombres a diestro y siniestro.

Con la precisión suiza de un reloj, los hombres se organizaron por grupos para peinar distintas áreas del campamento. Un grupo de seis hombres formaron una línea y empezaron a buscar desde una punta del campamento, entre las tiendas de campaña. Otros seis peinaban el perímetro por las inmediaciones, buscando sin duda alguna grieta en las rocas o algún escondrijo donde los prisioneros podrían haberse ocultado, y otros cuantos montaron en dos de los Jeep, y se dirigieron por carretera un poco más lejos, por si la huida se había llevado a cabo en un automóvil. Cameron

sudaba a mares a pesar de ser noche cerrada y correr una brisa ligera muy agradable. La situación se ponía fea. Los hombres que peinaban alrededor de las tiendas no tardarían mucho en dar con ellos, y si salían de su aparente refugio en la oscuridad, los demás hombres que permanecían con la búsqueda en la explanada también los verían. Cameron pensó en la opción de la bomba de agua, pero la desechó casi de inmediato. Allí no había sitio para él solo, pues mucho menos para los tres, además Rashid estaba herido y necesitaba un medico. Los seis hombres que buscaban entre las tiendas estaban a menos de diez metros de ellos, y sin duda no tardarían en llegar hasta su posición. Desesperado, Cameron dejó a Rashid en el suelo e indicó a Yanira que permaneciese allí sin moverse. El chico reptó por la arena rojiza del desierto hasta una de las tiendas cercanas, con el fin de encontrar una solución que les permitiera salir vivos de allí, pero su cabeza no pensaba con claridad. Ya era difícil escapar de allí solo, pero no se imaginaba de qué forma podría sacar de aquel fortín de asesinos a una chica y a un herido junto con él, cuando en ese momento una luz interior se hizo en su cabeza. Si, era difícil pero por lo menos debían de intentarlo.

Regresó hasta donde estaban Yanira y el policía, y comprobó con horror como los guardias estaban a menos de tres metros de ellos. Cogió a Rashid por debajo de los brazos, y prácticamente se lo cargó en la espalda. Yanira no se despegaba de ellos ni siquiera unos milímetros. Corrieron con cuidado de no ser vistos hasta el lugar donde había estado Cameron tan solo unos segundos antes, y esperaron allí hasta que se presentara su oportunidad.

Dos hombres manejaban una especie de mando enorme en la explanada, junto a uno de los dos grandes camiones. Tanto Rashid como Yanira miraban a Cameron sin comprender que buscaban allí, pero éste les hizo un gesto pidiéndoles calma. Los dos hombres seguían manejando el gran mando con botones verdes, muy similar a los de las grúas que se utilizaban en la construcción. Un ruido como de aire comprimido escapó de uno de los laterales del camión, y una rampa comenzó a bajar lentamente. Dentro del compartimento del camión, esperaban dos quads en perfecta alineación. El mecanismo hidráulico de la compuerta se detuvo, y los dos hombres se dispusieron a sacar los vehículos de allí. Con un rugido atronador, los motores de los dos potentes quads despertaron, y al segundo después, los hombres corrían con las veloces motos en dirección a las colinas. Este era su momento. Rashid, que adivinó las intenciones de Cameron, abrió mucho los

ojos en señal de su estupefacción.

- ¡Estas loco!, ¿quieres que nos metamos ahí dentro?- preguntó el policía sin querer realmente obtener contestación-.

- Vamos Rashid, es el único lugar que se me ocurre, además es un modelo Unicat ex70- contestó como si aquel dato pudiese tranquilizar al policía-. ¡Es un modelo con capacidad de carga de sus plataformas de hasta mil kilos!, podrá con nosotros.

- Pero es que…

- Rashid, si nos quedamos aquí no sobreviviremos ni dos minutos más- cortó Cameron-.

El policía sopesó esa idea apenas unos segundos, y buscó el rostro suplicante de Cameron, haciéndole una señal afirmativa de que el chico tenía razón.

Se prepararon para salir lo más rápido posible, y cuando nadie miraba en la dirección del camión, salieron corriendo hacia aquel mastodonte. Yanira llegó la primera y los esperó allí para ayudar a meter dentro de la plataforma a Rashid. El policía quedó sorprendido con el enorme espacio que había en aquella plataforma, y dedicó una mirada a Cameron que se la devolvió a su vez con una pizca de petulancia. Se acomodaron al fondo del ancho espacio que mostraba aquel compartimento, y se taparon por completo con unas viejas sabanas destinadas a proteger los quads de la arena del desierto.

Richard y Ben ascendían la colina a buen paso, pero la fatiga estaba empezando a hacer mella en sus cuerpos. Decidieron parar un momento para descansar e hidratarse.

- Richard, ¿que crees que podemos encontrarnos en esa cueva?- preguntó Ben respirando entrecortadamente-.

- No lo sé Ben, pero seguro que es importante- respondió el profesor-. Por algo hay gente dispuesta a matar por ello.

Bebieron en silencio, y al cabo de poco reanudaron la marcha. Habían subido la parte más abrupta, pero en la oscuridad de la noche se hacía difícil la búsqueda, más aún cuando ninguno de los dos había estado allí jamás. Richard se orientaba según las indicaciones que Abdeb le había contado hacía unos días solamente, pero que al viejo profesor se le antojaban lejísimos. Ben seguía sus pasos intentando recordar por donde habían subido los alemanes esa tarde, e intentando buscar las huellas de los vehículos. Al fin, cerca de una gran roca, que medio tapaba la entrada, la vieron.

Estaba reforzada en su entrada con dos puntales que sujetaban una plancha de metal, en lo que podría denominarse el acceso de la cueva, ahora de bastante más anchura, sin duda cosa de los alemanes.

Una mezcla de sentimientos contradictorios cruzaron por la mente de Richard. Por un lado, a tan solo unos metros, estaba uno de los mayores sueños de su vida: encontrar el Arca de la Alianza, pero por otro lado, ese deseo había llevado a sus hijos y amigos a la situación en la que se encontraban en esos momentos. Las caras de Cameron y Joan le vinieron a la mente, y los recuerdos preciosos que guardaba junto a ellos a punto estuvieron de hacerle caer al suelo de pena. Ben lo observaba desde la distancia adivinando lo que pasaba por la cabeza de su amigo en esos momentos. Por fin Richard rompió la escena asumiendo su papel de arqueólogo, que en aquel instante le ayudaba más que el de padre.

- Vamos Ben, hay que encontrar el secreto que esconde esta cueva- dijo comenzando a andar hacia la entrada de la gruta-. Es necesario si queremos recuperar a mis hijos.

Ben siguió a su viejo amigo con una sonrisa en los labios. Era increíble la determinación que mostraba Richard en una situación tan difícil para él como aquella

El ruido del motor de un coche sacó a Joan de inmediato de su saco de dormir, y lo hizo precipitarse fuera de la tienda de campaña a toda velocidad. Con toda la prudencia de que pudo se acercó hasta la atalaya que le suponía el montículo de rocas en las que su pequeño campamento se resguardaba del frío de la noche desértica. Llegó justo a tiempo para ver como un Jeep negro cruzaba el desierto muy cerca de ellos a una velocidad tremenda. Joan tubo el tiempo justo de ver la parte trasera del Jeep, y a dos personas que viajaban en él. Las dos luces traseras rojas pronto se convirtieron en dos puntitos que brillaban con intensidad en aquel vasto paisaje yermo que era el desierto. Joan abandonó su posición en la improvisada atalaya en la que se había convertido el conglomerado de rocas, y que le había servido de ocasional puesto de vigía. Bajó a toda prisa hasta el lugar donde su tienda estaba montada, y despertó de una forma algo brusca a Khalid, que se puso en pie de un salto, pero que no dijo ni media palabra antes de empezar a vestirse con la misma rapidez que Joan. El chico sabía que era una tontería tal rapidez por que esos tíos tardarían todavía un rato en volver, pero no quería dejar pasar la oportunidad de seguir un

rastro que lo llevase hasta su padre.

Una vez recogida su ropa y la tienda, la metieron con cuidado en el maletero del viejo Lada. Una vez que hicieron eso, Joan le propuso a Khalid hacer turnos de vigilancia sobre las rocas, pero el niño no lo aceptó alegando que no podía dormir. Quería empaparse de aquella aventura lo máximo posible.

Nada más hubieron subido a lo alto de las rocas desde las que Joan había visto el Jeep, vieron dos potentes luces que se acercaban rápidamente en dirección contraria a la de antes. Joan estuvo tentado de lanzarse al suelo rocas abajo, pero se contuvo con bastante fuerza de voluntad. Por su parte Khalid no había movido ni un músculo, y sus pequeños ojos de color oscuro, miraban muy fijamente hacia las luces que se acercaban. Joan trató de prevenirle sobre el peligro de ser vistos, pero renunció a ello cuando observó que el chico había empotrado su frágil cuerpo entre dos salientes de la roca, que hacía imposible verlo desde la carretera.

Las dos luces estaban ya muy cerca, resultado de la gran velocidad a la que se acercaban. En solo unos segundos el Jeep negro estuvo al alcance de su vista, lo que le hizo sentir a Joan un escalofrío al pensar que podían haber sido descubiertos, pero el coche pasó a toda velocidad junto a ellos sin aminorar la marcha ni un ápice.

Tanto Joan como Khalid saltaron de la roca sin necesidad de transmitirse ninguna palabra y corrieron hasta el Lada. Aquellos tipos estaban volviendo a toda velocidad, así que solo podía significar una cosa: algo grave había pasado en su campamento que los requería.

Joan arrancó el motor del viejo Lada, que salió disparado por el desierto como un búfalo tras el Jeep negro.

Jaled disfrutaba viendo el mundo de color rojo. Le encantaban aquellos prismáticos nocturnos que le hacían poder ver a otros que no podían verlo a él. En la base redonda de la visión de sus prismáticos, unos números variaban según la posición donde mirase, y por el visor se reflejaban coordenadas del punto observado, e incluso tonos de voz de las personas, si éstas estaban lo suficientemente cerca como para captarlas. En esta ocasión no era el caso por que Alí no había querido correr riesgos, y había situado el enclave de su observatorio bastante lejos, en una colina desde la que era imposible que los alemanes los pudiesen ver.

Jaled no entendía la obsesión de Alí de no arrasar a aquellos desgraciados alemanes en el acto, pero confiaba en el Israelí, y si él había decidido no escoger esa opción, Jaled estaría de acuerdo.

En el campamento de aquellos alemanes estaban teniendo "fiesta" esa noche, con lo que el enorme Israelí no perdía detalle. Se habían organizado patrullas de rastreo tanto dentro como por fuera del campamento, y además varios hombres habían subido a toda velocidad por las colinas en quads y Jeeps, por lo que Jaled supuso que alguien se les había escapado.

Jaled dejó los prismáticos muy a su pesar, y se dirigió hasta la tienda de Alí para contarle el revuelo que se estaba produciendo en el campamento de los alemanes. Alí cambió radicalmente de rostro cuando su compañero le contó las noticias.

- Bien, supongo que el bueno del profesor se ha escapado- dijo para sí mismo Alí-. Eso va a suponer un pequeño cambio de planes para todos ¿no es cierto?-preguntó en dirección a Jaled, a lo que éste puso cara de no entender nada-.

- No sé de que está hablando señor- contestó el gigantón Israelí-.

- Pues que si no logran encontrar al bueno del profesor, tendremos que aguantar un poquito más nuestra…intervención.

Jaled, al que le cambió la cara, no quedó muy convencido con aquella idea. Él era un hombre de acción, y la inactividad le aburría intensamente.

- Pero señor, ¿que más da un simple profesor de historia?

- Jaled, el señor Smith no es un simple profesor de historia, además créeme, su participación es muy necesaria.

- Pero sigo sin entenderlo, además Alí, no sabes con seguridad que el profesor Smith esté con los alemanes.

- No, tienes razón pero la última noticia que tuve de él, era que había escapado, y que estaba buscando a sus hijos. Después no se ha vuelto a saber más de él, por lo que supongo que lo habrán capturado de nuevo.

- A lo mejor lo han eliminado.

- Nada de eso mi querido Jaled- contestó Alí sonriendo-. Ellos saben tan bien como yo de las capacidades del profesor Smith, y también saben que es el más indicado para llevarlos hasta el Arca.

- ¿Y que piensas hacer Alí?

- Nada.

- ¿Como?

- Lo que has oído Jaled, nada- concluyó el Israelí soltándose el pelo que llevaba atado en forma de cola de caballo-. Vamos a ejercer de meros observadores hasta que llegue nuestro turno, pero

no te impacientes, presiento que nuestra hora esta cerca.

En el campamento los hombres habían terminado de peinar el lugar, sin obtener resultado. En el centro de la explanada estaban todos los alemanes formando un gran círculo. En el centro de aquella formación estaba Jurgen, que los miraba a todos con cara de pocos amigos, repasando las caras de sus hombres uno a uno.

En el círculo estaba arrodillado el guardia que había estado custodiando la tienda de los prisioneros, y su compañero que mostraba en su cara la feroz paliza que le había propinado Cameron. Este último apenas se mantenía erguido, y su compañero tenía que sujetarlo a cada momento.

- ¡No sé de que manera os voy a hacer comprender la importancia de esta misión!- tronó el enorme albino.- habéis dejado escapar no solo a dos prisioneros, sino a un intruso, que se ha paseado por nuestro campamento como le ha venido en gana, ¡y se ha reído en nuestras narices!

En la cara de todos los hombres se veía el miedo reflejado, pero la de los dos guardias que estaban arrodillados en el centro, eran de puro terror.

- Estoy muy decepcionado con lo que ha pasado aquí esta noche- volvió a rugir para que lo oyeran todos su hombres-. Y realmente se debe imponer un castigo severo.

A cada frase que decía el alemán, los hombres apretados en círculo temblaban un poquito más, muestra del miedo que infundía sobre aquellos hombres el gigante albino. El guardia que se tambaleaba por culpa de los golpes y que estaba arrodillado junto a su compañero, finalmente no pudo más y se derrumbó en el suelo. Su compañero hizo ademán de levantarlo, pero Jurgen le señaló con un gesto que no lo tocase. El albino se acercó hasta el hombre caído en el suelo, y lo levantó como a un pelele de un fuerte tiron, colocándolo cara a cara con él.

- No eres digno ni de llevar la esvástica grabada en tu uniforme- le soltó con un desprecio absoluto-. Y quiero que sepas que me voy a encargar de que pases un infierno durante esta misión.

En ese momento un grito resonó en la noche. Baver salía de su tienda con uno de sus brazos levantados. Pegada a su oreja izquierda llevaba un pequeño móvil que se apresuró a colgar cuando ya se acercaba hasta el centro del círculo de hombres que rodeaban a Jurgen.

- *Ruhig*- repitió baver- quieto.

La utilización del idioma alemán alertó a Jurgen, que hasta en sus ojos se pudo apreciar algo de miedo.

- *¡Ich lasse diese verabscheuungswürdigen!*- bramó Baver acercándose directamente hasta donde Jurgen todavía sujetaba al guardia golpeado-. Déjame ese despreciable a mí!.

Todos los hombres se apretaban unos contra otros como si hubiese hecho acto de presencia el mismísimo demonio, y es que, en secreto, algunos consideraban eso mismo al señor Baver.

- *¡Ich möchte ihnen die wissen, dass nie wiede wird ein Teil des Reiches!*- escupió Baver a la cara del aterrorizado guardia-. ¡Quiero que mueras sabiendo que nunca serás parte del nuevo Reich!

Diciendo esto sacó una pistola de la funda oculta bajo los faldones de su uniforme. Todos reconocieron la pistola fetiche de Baver, una Walther PPK calibre 32 de color dorada, y con un grabado que ninguno de ellos conocía impreso en la culata. La pistola con la que Hitler supuestamente se suicidó.

- *¡Bitte Keine!*- gritaba el guardia, tal vez intentando invocar al espíritu benévolo de Baver en el mismo idioma-. ¡No por favor!

Un ruido atronador recorrió las colinas vacías del desierto, y en medio de aquel curioso circulo, un fogonazo iluminó durante milésimas de segundo los sorprendidos rostros de los hombres apiñados. La cabeza del guardia había desaparecido, y en su lugar no quedaba nada. El cuerpo decapitado yacía ahora en el suelo rodeado de un extenso charco de sangre, junto al otro guardia que seguía arrodillado.

- Señor, ¿que hacemos con éste?- dijo Jurgen señalando al otro guardia-.

Baver dirigió la mirada hacia el hombre arrodillado que miraba incrédulo el cuerpo sin vida de su compañero, cuando escuchó: “Unwürdig Stirbt”, “Muere indigno”. Y la cabeza del hombre que permanecía arrodillado explotó seguida de la detonación del arma.

- Y ahora Jurgen, dispón a tus hombres, tenemos trabajo- dijo casi escupiendo las palabras y volviéndose de nuevo a su tienda-. Tienes cinco minutos.

La oscuridad reinante dentro de la cueva no era el mayor de los obstáculos que Richard se estaba encontrando. A su asombro inicial por el perfecto estado de la gruta, se había sumado después una fuerte reacción de ira, ya que aquellos hombres habían llevado a

cabo un trabajo allí dentro de lo más rudimentario. La única cosa de las que habían dejado allí esos tipos y que a Richard le satisfizo, fueron unos halógenos situados en trípodes en todas las esquinas de la gruta, que le permitían ver con la claridad del día, todos los rincones de aquel magnifico lugar.

- Es maravilloso- exclamó Ben-. ¡Todo esta plagado de cuarzo!

- Efectivamente Ben, es cuarzo Hialino o como lo llaman algunos Cristal de roca- explicó Richard sonriente-. Es un material muy común en las cuevas de roca viva, pero eso no le quita su portentosa belleza ¿verdad?

- Verdad- ratificó Ben que seguía admirando los miles de puntitos blancos que destellaban por las paredes de la cueva-. Es alucinante.

- Si, la verdad es que lo son, además estos son claramente puros, lo sé por que son incoloros y solo brillan así, cuando la luz incide sobre ellos.

Ben asintió atento a la explicación de su amigo.

- ¡Pero venga, a lo que vamos!, necesito tu ayuda Ben- pidió Richard colocándose unos finos guantes de látex que había encontrado en una caja olvidada, seguramente por los alemanes-.

- ¡Yo no me pongo guantes!- exclamó Ben-. A mi no me da miedo ensuciarme las manos.

- No es cuestión de limpieza , pero creo que sería lo mejor para tu salud- contestó el profesor sonriendo una vez más-.

- Que tiene que ver eso con mi salud. Que pasa, crees que voy a coger alguna infección- bromeó socarrón Ben-.

- No, solo que te puedes envenenar.

- ¿Como?

- Si, creo que lo que le pasó a Nami, el primo de Abdeb fue fruto de una de las más antiguas tradiciones que…- Richard al ver la cara de extrañeza de Ben, decidió explicarse mejor-. Verás Ben, uno de los sistemas utilizados por los Guardianes del Arca, era el factor miedo. Las cosas que la gente temía, dejaba de buscarlas, por lo que utilizaban una mezcla de venenos muy potentes, que junto a unas hierbas alucinógenas creaban un efecto devastador. Los antiguos no solo buscaban la muerte por envenenamiento, eso por sí solo no era muy disuasorio, por lo que empleaban ese efecto de los alucinógenos para asociar los tesoros prohibidos con el castigo divino.

- ¿Quieres decir que además de envenenar a la gente, les hacían creer que eso se debía a un castigo enviado por Dios?

- Exacto, imagínate lo que suponía para aquellas gentes tan

creyentes que un ladrón cayera muerto casi al instante, presa de ataques epilépticos y con los ojos en blanco balbuceando que veía monstruos.

Ben se imaginó la escena, y un escalofrío le recorrió la columna, aunque tubo que admitir que como arma disuasoria nada mejor que el castigo de los dioses ante gente sumamente religiosa.

Se acercaron hasta la pared en la que descansaba el fresco con el que se había iniciado toda esa historia. Richard quedó maravillado al instante con lo que estaba viendo frente a él.

- ¡Es una historia!- exclamó entusiasmado-. Si te das cuenta, el principio del mural nos describe como el Arca era transportada por los Levitas, que eran los únicos que podían ejercer el derecho de transportarla por los campos de batalla en señal de que Dios estaba de su lado.

En la parte del mural de la pared que señalaba Richard aparecían unos hombres que portaban una caja de la que salían rayos de luz. De la caja sobresalían unas largas pértigas para poder sujetarla.

- ¿Que son esa especie de anillos de los que sale fuego?- preguntó Ben cada vez más intrigado-.

- Esos anillos estaban colocados en la base del Arca para poder pasar unas pértigas a través de ellos- siguió Richard-. A pesar de que el Arca se podía transportar, a nadie le estaba permitido tocarla, por lo que se cruzaban esas largas pértigas de madera a modo de sujeción.

Ben pareció satisfecho con aquella explicación, y continuó admirando aquella obra de arte plasmada en la pared. Mientras tanto Richard seguía buscando nexos en aquel fresco que le dieran alguna pista sobre lo que buscaban.

- Richard, si la encontramos, se la vas a dar a esos…- interrumpió Ben-.

- ¿Que?- contestó Richard-. ¿Dices si encontramos el Arca?

- Si.

- Claro que no, de todas formas, como ya me había imaginado, el Arca no está en esta cueva.

Esa confesión de su amigo tan contundente, dejó a Ben con la boca abierta y mirando como un bobalicon hasta el lugar en el que su amigo seguía indagando en el muro.

- ¿Como puedes estar tan seguro?- preguntó Ben-.

- Llevo muchos años buscando este tesoro Ben. Esta cueva constituye uno de los mayores hallazgos de la historia moderna, pero ni mucho menos es el lugar elegido para el reposo del Arca.

- ¿Y entonces que es esta cueva que la hace tan importante?

- Hasta ahora todo lo relacionado con el Arca solo habían sido especulaciones y teorías. Muchos estudiosos han forjado sus estudios a partir de relatos escritos en la Biblia, escrituras sagradas y habladurías populares, pero ninguno ha tenido nunca una prueba tangible de la existencia real del Arca. A partir de hoy eso podría cambiar. En esta cueva existen esos hechos reales, indicios, pero aunque este lugar es una piedra importante en el camino, no es la última, solo un escalón que lleva hasta otro más alto.

- Así que ésta no es la cueva llamada "El pozo de las almas"- atacó de nuevo Ben que estaba asombrado ante la enorme capacidad que desarrollaba su amigo para captar a su interlocutor-.

- No querido amigo- contestó Richard emitiendo una sonora carcajada-. El supuesto pozo de las almas nunca ha sido hallado, y no es más que otra teoría que está sin confirmar. Además el supuesto pozo de las almas fue excavado por los primeros caballeros del temple durante nueve años, ¿así que no crees que debería tener más longitud de la que tiene esta cueva?

- Ya, es que me había parecido…- respondió Ben algo azorado ante su ignorancia-.

- No te preocupes amigo, no digo que ese pozo no exista, pues creo que si, que es real, pero no es éste. Esta cueva es, como te he dicho antes, un escalón, lo que los antiguos llamaban una sala de mapas.

Ante esta nueva afirmación Ben se acercó pensativo hasta su amigo para contemplar lo que éste buscaba con sus dedos en el mural.

- Richard, y que crees que contiene esta cueva.

- Eso es lo que vamos a averiguar esta noche amigo, pero creo que nos dirá donde buscar. Ben acércate y ayúdame con esto, ¿podrías iluminar aquí?- Richard pidió a Ben que enfocase su linterna hacia un lugar en el muro en el que unos dibujos simbolizaban una guerra. Debajo de ellos habían escritas una palabras.

Ben sacó otra linterna más de su mochila, y la sujetó con una mano mientras que con la otra hacía lo propio con otra más potente. Richard paseaba la mano suavemente por la superficie en relieve del muro, hasta que dio con algo que lo hizo quedarse quieto como una estatua.

- ¡Ben rápido tráeme algo que tenga punta afilada!- pidió a su amigo excitado-. Por favor, ¡y date prisa!

Ben dejó una de las linternas en el suelo y corrió por la cueva

mirando en todas direcciones. En uno de los cajones de madera dejados allí por los alemanes había una especie de punzón pequeño, lo cogió y volvió hasta donde su amigo seguía con la cara pegada a pocos centímetros del mural de la pared. Nada más dárselo, Richard comenzó a presionar una de las partes del mural con obsesiva lentitud. Para Ben allí no había nada más irregular que en el resto del fresco, pero Richard había visto algo. Una porción pequeñísima del mural cedió de golpe haciendo un ruido sordo al encajar algún mecanismo, y de nuevo todo quedó otra vez en silencio. Richard estaba visiblemente nervioso, por lo que se secó los guantes de látex en una pernera del pantalón, y continúo con su búsqueda por la pared.

-¡Por Dios que es lo que has encontrado!- explotó Ben ansioso-.

- ¡Ben esto es algo asombroso!- exclamó Richard-. ¡Este mural es un rompecabezas!.

- Richard explícate o a mi me va a dar un ataque aquí mismo- anunció Ben llevándose la mano al pecho teatralmente-

El profesor sonrío de nuevo y se volvió hacia su amigo dejando visible en su cara la emoción que estaba sintiendo. Ben notó en ese momento lo que su amigo amaba aquella profesión suya de la arqueología, que durante muchos años había sido su vida.

- ¡Ben creo que he encontrado la solución al enigma de esta cueva!- anunció visiblemente emocionado-. Este mural nos está explicando como sucedió todo en realidad. Durante años se ha especulado mucho sobre la verdadera historia del Arca, pero este mural nos cuenta su verdadero recorrido por la historia. En la primera parte, nos esta contando como el Arca fue paseada por los monjes Levitas por los campos de batalla, algo que por otra parte ya sabíamos mediante las escrituras sagradas. En esta primera parte, la historia se cuenta en escritura cuneiforme, mezclada con el sumerio, indicándonos que es la parte más antigua, pero después cambia, y pasa a la escritura en arameo.

Viendo que Ben seguía sin entender muy bien lo que Richard le estaba explicando, el profesor intentó relatarlo de forma más clara. Además Ben no era ni paleógrafo ni arqueólogo, solo entendía de antigüedades.

- Verás Ben, lo que intento decir es que en la primera parte del mural había algo que no estaba en consonancia con el resto. La escritura cuneiforme se componía básicamente de signos en forma de cuña, de ahí el significado de cuneiforme, pero hacia el final de esta parte del muro, aparece la palabra Yahvé como un logograma, que es un signo único que se lee como una palabra completa, y era

como escribían los antiguos el nombre de Jesús. Simplemente he presionado esta letra, y algo ha cedido dentro de la pared, por lo que creo que si descubro nuevas indicaciones del muro, esta cueva nos mostrará su secreto.

- ¿Así de fácil?- respondió Ben atónito-.

- No amigo, no es así de fácil. La primera parte ha sido fácil por que el texto cuneiforme mostraba la discordancia de un una palabra escrita en arameo, pero ahora todo el texto esta escrito de igual manera.

- ¿Y como sabremos cual es la palabra que buscamos?

- Esta cueva fue puesta aquí no para ocultar el Arca, sino para decirles a aquellos dignos de saberlo donde se encuentra, por lo que creo que debemos leer el texto de la pared, y descubrir que puntos discordantes nos ofrece- explicó Richard volviendo la cara hacia el mural-.

Dicho esto el profesor pidió a su amigo que le alumbrase otro trozo de pared.

- En esta parte nos cuenta como el Arca fue llevada durante un tiempo por Josué frente a los muros de Jericó, hasta que éstos cayeron. Esa fue la llamada conquista de Canaán- explicaba Richard mientras seguía las líneas bajo los dibujos-. Pero continuemos con la historia.

El profesor cada vez estaba más abstraído con aquel mural, y su nariz casi rozaba la pared de éste.

- Luego una serie de confusas guerras por el desierto con el Arca al frente, nos llevan a Silo, a una especie de…abadía. Allí tubo lugar una guerra según nos cuenta el mural, pero no contra quien. En la actualidad hay miles de teorías, pero se dice que fue contra los filisteos.

- ¿Hasta ahora todo es normal?- preguntó inquieto Ben-.

- Si, hasta el punto que conocemos de los escritos en el antiguo testamento- contestó Richard volviendo su atención de nuevo hacia el mural-. Pero aquí, aquí hay algo…

- ¿Que has visto?- cortó Ben nervioso-.

- Aquí cuentan que cuando el arca fue devuelta a sus antiguos dueños, fruto de las desgracias que causó entre los infieles, fue trasladada por David de vuelta a Sión, pero que en el viaje murió un levita al intentar tocarla cuando se caía del carro en que la transportaban.

- ¿Y que tiene eso de raro?

- Que el que murió fue un joven, Oza, y no un levita.

Sin pensarlo dos veces Richard presionó la palabra que designaba el nombre del levita, y al instante otro crujido mecánico resonó en la cueva. El trozo de pared que Richard había pulsado con el punzón se hundió, y un chasquido sonó algo más atrás. Los dos se volvieron rápidamente y observaron como el trozo de pared que se había hundido la primera vez volvía a salir otra vez a la superficie, pero esta vez mostrando otro mensaje diferente del que mostraba anteriormente. Ben y Richard se acercaron hasta ella corriendo.

- ¿Has visto eso?, ha salido cuando has apretado en otro lugar- exclamó entusiasmado Ben-.

- Si, ya lo he visto, pero ahora muestra otra lectura, ¿que significa?- preguntó extrañado el profesor-.

- Parece un número- corroboró Ben-.

- En todo caso lo que parece ser es que solo sale a la superficie una respuesta cuando das con la siguiente.

- ¡Pues entonces a buscarla!- sugirió Ben con entusiasmo-.

Los dos se pusieron mano a la obra, Ben ofreciendo luz con dos linternas, y Richard devanándose los sesos con las indicaciones del mural.

La siguiente palabra que encontró el profesor en nueva discordancia, era la del nombre del jefe de los porteadores del instrumento sagrado. En el mural ponía el nombre de Obebedom, cuando el verdadero nombre era el de una mujer: Caath.

De la pared surgió el mismo ruido, como si algo encajase dentro de ella. Inmediatamente después algo chasqueó atrás, en la parte del muro que ya habían descifrado. Enseguida supieron de que se trataba, y desandaron sus pasos para ver la solución nueva que se les ofrecía. Allí estaba, otro numero. Richard no entendía este mensaje, pues la historia del muro se les acababa, y no habían descubierto nada nuevo. Confió que al final del muro la respuesta sería más esclarecedora. Ben rompió sus elucubraciones.

- Richard, no te ofendas pero siempre me había imaginado esto más difícil- explicó un poco avergonzado-. Parece que llevaras haciendo esto toda la vida.

- Bueno Ben, y en parte así es- contestó el profesor a su amigo sonriendo-. Como ya te he contado, esto no es ni siquiera el principio, solo pretendieron encaminar los pasos de alguien, a su modo de ver, digno de merecer saber la ubicación del tesoro, pero de ahí a que esto ya esté hecho hay un mundo.

- Ya, pero…

- Entiendo lo que quieres decir. Piensa amigo mío que en la

época en que se construyó esta cueva los libros no abundaban, y los que los tenían eran hombres de fe, reyes, y unos pocos elegidos. En estas letras se exige saber leer con claridad el arameo, y tener nociones de la escritura cuneiforme, algo a lo que no mucha gente tenía acceso por aquel entonces. Además yo llevo toda la vida leyendo teorías sobre el Arca, por lo que sé diferenciar entre los nombres correctos, pero no todo el mundo ha dedicado su tiempo a cosas como estas. Pero vayamos por pasos Ben, por que aún no hemos descubierto nada.

Volvieron al punto del mural donde lo habían dejado, y continuaron con la lectura de la historia del Arca. Richard cada vez se esforzaba más, por que las ultimas conexiones se lo estaban poniendo realmente difícil. El viejo profesor sudaba profusamente debido al esfuerzo mental que estaba realizando, y al extremo calor que aquella cueva había recogido durante todo el día del abrasador desierto.

Durante un rato tuvieron que parar por que Richard se había mareado. Se hidrataron y Ben procuró distraer la mente de su amigo durante un rato.

- ¡Oye, te acuerdas de aquel viaje Tailandia!- exclamó de repente Ben-. ¡Eso si que eran buenos tiempos!

- Oh ya lo creo amigo- respondió Richard recordando viejos tiempos-. Y también me acuerdo de que mientras yo investigaba en unos templos al oeste de Bangkok, tú jugabas a los médicos con cierta guía tailandesa.

Los dos explotaron en carcajadas mientras recordaban los numerosos viajes que habían hecho juntos por el mundo, hasta que Richard volvió a caer en la cuenta de por qué estaban allí.

- Bueno, volvamos al trabajo- concluyó Richard-. Todavía nos queda mucho y mis hijos nos necesitan.

- De acuerdo- aceptó sumiso Ben-.

Siguieron releyendo el texto de la pared una y otra vez, pero todas ellas Richard movía la cabeza en señal de frustración. Allí no había ninguna señal que lo ayudara a encontrar la solución. Ben temía por el estado de su amigo, que cada vez estaba más agotado. Profundos goterones de sudor resbalaban por su cara, mientras que sus ojos de un azul profundo, se apagaban a cada minuto que pasaba, producto del agotamiento.

En varios puntos Richard estuvo tentado de pulsar alguna palabra, pero no lo hizo por el miedo a perder la información de la que disponían hasta ahora, que no era mucha. Reflejos de una luz anaranjada surgieron por la boca de la cueva, y ambos se dieron

cuenta con asombro, de que estaba amaneciendo. Era increíble, ¡tantas horas llevaban con aquel galimatías! Con este nuevo dato el semblante de Richard aún se ensombreció más, cosa de la que también se dio cuenta Ben.

- ¿Estás bien?, se te ve preocupado- preguntó Ben-.

- ¡Claro que lo estoy!- voceó el profesor exaltado-. Esos hombres no tardaran mucho en volver, ya se ha hecho de día.

- Podemos volver…

- No, si nos vamos ahora se darán cuanta de que hemos estado aquí, y si descubren la solución antes que nosotros…mis hijos…- dejó la frase a medias-.

Ben comprendió lo que su amigo intentaba decir, y sin dudarlo alumbró otra vez hacia el muro, instando a Richard a volver a intentarlo. El profesor captó la intención de Ben, y volvió a mirar el fresco de la pared.

- Ben, lo siento- se disculpó Richard-. Siento como te he hablado antes, pero es que este tema me…

- No tienes que disculparte, solo averiguar que quiere decirnos este maldito muro- sentenció Ben-.

El profesor asintió y volvió a examinar la pared con fuerzas renovadas. No podía fallar a sus amigos y en especial a sus hijos. Nada más volver la vista hacia aquel punto del mural, su mirada se fijó en algo en lo que antes no había caído. Sus ojos se agrandaron casi cómicamente, y un grito salió de lo más profundo de su garganta.

- Eso es, ¡como he podido estar tan ciego!, esta claro que no soy tan listo como dicen las revistas de arqueología.

Los ojos de Richard apenas le cabían en las cuencas, y Ben lo miraba a caballo entre la alegría del descubrimiento y la preocupación por la cordura de su amigo. Richard corría a un lado y otro del mural, mirando y apuntando anotaciones en un trozo de papel arrugado que había sacado de su bolsillo.

- ¡Por Dios, pero que idiota he sido!- resoplaba el profesor mientras no cesaba de correr a lo largo de la cueva y de anotar frases ilegibles en el pequeño trozo de papel-.

- ¡Por el amor de Dios! ¿quieres decirme que es lo que has encontrado?- gritó Ben que se estaba poniendo muy nervioso a cada instante que pasaba-. Explícamelo aunque no logre entenderlo- le pidió necesitando sentirse parte de aquello-.

- ¡Es increíble amigo mío!- exclamó el viejo rebosante de alegría-. Todo este tiempo lo hemos tenido delante de nuestras narices y no lo habíamos visto, pero es que…

- ¡Richard!- gritó Ben cortando la creciente desmesura con la que se estaba tomando su reciente hallazgo-. ¡Necesito recordarte por qué, o por quien estamos aquí!

De la cara del profesor desaparecieron los gestos de la efusiva alegría profesional anterior, para dejar paso a un gesto de preocupación creciente al volver a la tremenda realidad.

- Siento habértelo dicho de forma tan cruda, pero es que nos estamos quedando sin tiempo y tanto tus hijos como los demás nos necesitan concentrados al máximo de nuestras capacidades- continuó Ben un poco dolorido por haber tenido que sacar tan bruscamente a su amigo de aquel estado de surrealista efusividad mostrado segundos antes-.

- Tienes razón en todo lo que me has dicho Ben- contestó el profesor con la cabeza gacha-. Gracias, pero dejemos eso para otro momento, ahora tenemos que resolver esto de una vez.

Rápidamente Richard empezó a cotejar sus anotaciones en el pequeño papel arrugado que había sacado del bolsillo, con diversas partes del mural. Rápidas ojeadas acababan con más notaciones, y sin detenerse pasaba a otra parte del mural. Con cada anotación el profesor parecía mas satisfecho, aunque esta vez no se dejó llevar por la euforia, sino que constantemente dirigía miradas nerviosas a su reloj. En pocos minutos aquellos hombres volverían a la cueva para seguir sus investigaciones.

- ¡Ben, ya lo tengo!- suspiró por fin Richard, a quien se le notaba el cansancio notablemente en la cara-. Todo el tiempo hemos estado mirando equivocadamente este mural. Este fresco no esta hecho para mostrarnos la historia real de la trayectoria del Arca, sino para decirnos donde está el Arca en sí. ¡Este mural es un mapa!

- ¿Un mapa?- repitió extrañado Ben-.

- Si. Antiguamente los mapas eran bastante más parecidos a los actuales de lo que la gente cree, solo que cuando algo no lo habían visitado todavía o estaba por descubrir, atribuían esa parte del mundo a lo divino.

- Si, creo que sé lo que quieres decir- intervino Ben con la cara iluminada. Por primera vez sabía de qué estaba hablando su amigo-. Te refieres a los Ángeles que se dibujaban en los márgenes y que soplaban para mostrar zonas de fuertes vientos ¿verdad?

- Exacto. O por ejemplo la palabra “Paraíso” para designar la zona norte del mundo. Los mapas por aquel entonces se hacían en forma de “T en O”, o lo que es lo mismo, la O era el océano que rodeaba a la tierra, y la T era la forma de los continentes divididos por ríos, en cuyo cruce mismo de los brazos de la T, en el centro de

aquella gran cruz terrestre estaba Jerusalén, o Tierra Santa.

Richard mostró un dibujo que llevaba arrugado en la cartera a Ben.

- Mira Ben, esto me lo regaló un amigo mío en uno de mis viajes- dijo orgulloso-. En el dibujo se ven claramente los tres continentes que existían en aquella época en forma de T o triangulo. Y eso es lo que debemos buscar aquí, en este mural.

- Sigo sin comprender la conexión- objetó Ben-.

- Esta muy claro amigo. El objeto real de este mural es mostrarnos en el mapa el punto donde tuvo el origen de casi todas las religiones hoy seguidas por el hombre, Jerusalén.

- Ahhhn entonces…

- Exacto Ben- cortó radiante Richard-. Y con ello revelarnos el lugar donde se halla el objeto principal de culto, el objeto más sagrado y venerado de esas creencias en la actualidad: El Arca.

Cameron estaba dolorido y aterido de frío, pero ni él, ni ninguno de sus compañeros de fuga se quejó lo más mínimo. No sabía las horas que llevaban escondidos en el compartimento estanco de aquel camión, pero lo que sí sabía era que no abandonaría aquel escondrijo hasta que hubiera pasado el peligro.

Por las pequeñas ranuras de la puerta hidráulica del camión se filtraban unos débiles rayos de sol, por lo que supuso que ya habría amanecido. Durante toda la noche había estado discutiendo consigo

mismo la necesidad de salir de allí, pues el policía necesitaba de atención médica, pero también había sopesado las repercusiones de salir y ser vistos. Todas aquellas discusiones mentales no habían servido para nada pues alguien tomó la decisión por él.

De repente, un ruido mecánico terminó de despertar a los tres fugitivos que se encontraban en un estado de duermevela. La compuerta del camión estaba bajando. Cameron se puso rápidamente en guardia, con Yanira y Rashid agazapados detrás. La puerta ya estaba casi abierta del todo, y los rayos cegadores del implacable sol de la mañana inundó todo aquel compartimento. Cameron se agarró con las dos manos a unos tiradores metálicos puestos allí para asegurar las motos, e hizo fuerzas arqueando su cuerpo para tener un mayor impulso en caso de necesitar salir a toda velocidad.

La puerta estaba abajo del todo, pero por ella no asomó nadie. La espera y la adrenalina estaban haciendo mella en el joven, que empezó a impacientarse. Decidió salir a ver lo que pasaba.

A pocos metros de la puerta del camión dos hombres charlaban amigablemente mientras se fumaban dos cigarrillos larguísimos. Junto a uno de ellos descansaba reluciente al sol de la mañana una de aquellas formidables motos de cuatro ruedas. No los habían descubierto, solo querían guardar las motos en su lugar. Rápidamente repasó las opciones que tenían, y llegó a la conclusión de que serían descubiertos de cualquier manera. La única cosa con la que ocultarse en aquel sitio era la vieja manta que usaban para cubrir las motos, y con seguridad las necesitarían para tal menester. Decidió que la única manera de salir de allí era actuando.

Volvió a cogerse del tirador metálico, y se preparó para acometer la aparición de aquellos hombres en cualquier momento. Solo tenía una oportunidad y no la iba a desaprovechar.

Una carcajada indicó a Cameron que ya se acercaban. Tensó su cuerpo, y por un momento deseó que se acercara el momento del combate. La adrenalina es lo que tiene.

Lo primero en aparecer fue el quad que colocaron en la posición correcta para meterlo en la parte baja del camión, cuando un rostro blanco como la nieve, pero que ya se estaba poniendo del color de una gamba cocida, apareció por el cuadrado de luz que provenía de fuera. El asombrado hombre se quedó quieto, como una liebre iluminada por las luces de un coche, mirando a la cara de Cameron, momento que aprovechó para impulsarse con todas sus fuerzas, y golpear en pleno rostro del sorprendido alemán. Un chorro de un líquido rojo brillante salpicó el sillón de la moto, y el hombre cayó

pesadamente al suelo. Cameron salió disparado por el mismo impulso, y acabó tirado en el suelo. Sin pensarlo arrancó el potente motor del quad, y saltó encima. Yanira salió también, medio arrastrando al policía, al exterior del camión. El potente rugido del motor del quad había alertado a los demás hombres, que ya se acercaban corriendo hacia ellos y blandiendo sus armas. Yanira intentó subir a Rashid a la moto, pero no pudo con él. Cameron tiró de la camisa del policía casi hasta arrancársela, pero comprobó que le iba a ser imposible subirlo sin bajarse él antes del asiento de la moto. Rashid se había desmayado por lo que no era de gran ayuda, y ellos ya estaban empezando a ser un blanco fácil para las armas de aquellos hombres, que no dudarían en disparar en cuanto los tuviesen a tiro.

Cameron saltó del sillón de la moto, y empujó a Rashid por las piernas hasta situarlo lo mejor que pudo encima del quad. Luego, subió él poniéndose al manillar, e indicó a Yanira que montara detrás para dejar al policía entre los dos, y así poder sujetarlo mejor. El hombre que había estado antes fumando cerca del camión ya había llegado hasta ellos y sujetó a Yanira por el pelo justo cuando Cameron ya empezaba a acelerar el motor de la potente moto. La chica dio un grito tremendo cuando salió parapetada hacia atrás cayendo de espaldas en el polvoriento suelo del desierto. Junto a ella, sonreía el gigante rubio que la había sujetado con el puño cerrado, que aún mantenía un mechón de cabellos largos de color oscuro.

Cameron frenó la moto, y metió la marcha atrás. Rezó por que aquella moto tuviese marcha atrás igual que suya, que descansaba en su garaje en Barcelona. La tenía, y las cuatro ruedas giraron a la vez hacia atrás a bastante velocidad. Algo sonó ha roto cuando uno de los protectores de metal de la moto chocó de lleno con la tibia del gigante rubio, que cayó al suelo gritando como un poseso y sujetándose la pierna derecha que estaba doblada en un ángulo inverosímil.

No hizo falta una invitación para que la chica se levantara del suelo a la velocidad del rayo, y saltase sobre el sillón azul de la moto. Un rugido sonó en las desiertas llanuras, y junto al oído izquierdo de Cameron pasó un proyectil silbando. Ese fue el detonante para sacar al chico de su letargo, que aceleró el motor levantando una nube de polvo, que hizo que los asesinos que disparaban como locos tras ellos, erraran los disparos. El quad traqueteó un poco al salir de la lisa superficie de la carretera a la llanura de arena por la que escapó Cameron, pero rápidamente se

estabilizó.

Habían conseguido salir de aquel campamento con vida, que era algo más de lo que él esperaba la noche anterior, y eso ya era un gran premio, pero no podía dormirse. Aquellos hombres a buen seguro los iban a seguir para darles caza. Además tenía que llevar al policía a un medico. Cameron dio un giro brusco al manillar rígido de la moto, y puso rumbo a Madaba. El rugido de los motores varios metros más atrás confirmaron la sospecha de Cameron: aquellos hombres iban de caza.

Jaled sonreía otra vez más mirando por los grandes prismáticos. Aquellos alemanes eran unos inútiles. Un chico, una chica y un moribundo se les habían vuelto a escapar, y ya iban dos. Observó como se organizaba la partida de caza de los fugitivos, y sintió unas ganas tremendas de entrar en acción. No sabía a que esperaba Alí, pero él no sería capaz de esperar mucho más. Si el jefe no quería entrar en acción, él tomaría el mando, aunque aquello supusiera tener que matar a su compañero Alí.

- ¿Te diviertes?- preguntó una voz a su espalda-.

- ¿Que?- pregunto Jaled dándose la vuelta-.

Alí estaba frente a él, con el cabello lacio y suelto, mojado sobre la espalda desnuda. El Israelí miraba con los ojos divertidos la expresión de miedo que se había reflejado en los ojos de su enorme compañero.

- Digo ¿que si te estás divirtiendo?- repitió el Israelí con los brazos en jarras-.

- Si, es como la televisión por cable- contestó el grandullón después del susto inicial. Además Alí era bueno en lo suyo, pero que Jaled supiera aún no sabía leer la mente-.

- Me alegro de que te guste, pero como alguien te vea mirando con esos prismáticos estamos perdidos, y te aseguro que te mataré yo mismo antes de que ellos lleguen hasta aquí- anunció Alí sin perder ni un segundo la sonrisa-. Y puedo hacerlo Jaled.

- No te preocupes jefe que no me verá nadie, solo que estoy un poco inquieto. Sabes que nunca he sido hombre de esperas.

- Ya lo sé amigo, pero te pido que tengas paciencia un poco más. Pronto llegará nuestro turno.

Dicho aquello el Israelí se volvió de nuevo hacia su tienda dejando solo a Jaled. Definitivamente pensó que no quería enfrentarse a su jefe, aquel tipo le daba miedo. Haría lo que le

habían mandado y esperaría, pero estaba deseando que llegara ya su hora.

Joan había tenido cuidado de que no lo vieran, pero cuando escuchó el sonido de los motores de varios vehículos, no pudo evitar sentir un miedo feroz. Si lo habían descubierto podía darse por muerto, y al igual que él, con casi toda seguridad, su familia. Había seguido al Jeep negro a bastante distancia, siguiendo la estela de polvo que levantaba en su veloz carrera. Cuando éste se detuvo habían buscado una de las muchas colinas circundantes que había en aquella zona, y se habían acomodado allí.

Joan sentía ahora que tal vez no había seguido al coche con la prudencia que había creído en un principio. El ruido de los motores crecía a cada momento, y se preparó para la aparición de aquellos tipos en lo alto de aquella colina. Tanto él como Khalid ocuparon sus asientos en el Lada, y se dispusieron a salir huyendo nada más ver a alguien asomar por la cima, pero aquello no pasó.

Los ruidos de motores se alejaron gradualmente. Por fin se decidió a investigar que había ocurrido, por lo que subió a lo alto de la colina. Una fila de coches se alejaba camino de Madaba. No pudo distinguir cuantos eran por que la enorme polvareda no dejaba ver mucho, pero se decidió a saber de una vez por todas que estaba pasando en aquel lugar, y donde estaba su familia. Montaron en el coche, y tomaron el camino contrario al que habían venido los coches, directamente hacia su emplazamiento. Tal vez allí pudiera encontrar por fin una respuesta.

Richard sonreía mientras revisaba sus notas. Ben observaba atento lo que hacía su amigo.

- Ben desde el primer momento tomamos el mural por un simple cartel informativo, así que no me fijé en la cronología de los lugares que mencionaba el relato, y solo en los fallos que cometía- explicó Richard-. Pero ahora creo que lo correcto es…

El profesor pulsó con el punzón la letra en la que aparecía el monte Sinaí como inicio de la historia del arca. Inmediatamente un trozo de la pared desapareció hundiéndose dentro de la roca, y en su lugar apareció una parte de un mapa antiguo del mundo.

Fascinado el profesor comenzó a pulsar lugares indicados en el

mural por orden cronológico, por donde el Arca había pasado, y a cada paso se completaba el mapa.

- ¡Lo hemos hecho Richard, lo hemos descubierto!- gritó exhultante Ben-. ahora toca el momento en que el Arca viajó hasta Elefantina, en Etiopia- Ben se acercó hasta el muro para pulsar la palabra correspondiente-.

- ¡No Ben, no toques nada!- gritó Richard. Ben se quedó paralizado por la reacción de su amigo-.

- ¿Que pasa Richard?- preguntó perplejo-.

- ¡Ya te he dicho que este mural esta envenenado!- contestó alarmado el profesor-.

- Pero si llevo guantes.

- No son suficientes. La forma de inocular el veneno se hacía por medio de unas imperceptibles esporas, que se introducen en la piel, directamente al torrente sanguíneo. Los guantes de látex no son suficientes, por eso uso este punzón- explicó el profesor-. Además no estoy seguro de que Elefantina sea la respuesta correcta.

- Lo siento, no sabía lo de las esporas- respondió Ben blanco como la cera-. ¿Que es eso de que no sabes lo de Elefantina?

- Lo del paso del Arca por Etiopia se debe a especulaciones sobre el hijo secreto de Salomón y la reina de Saba, pero nada de eso ha sido comprobado y tampoco sale documentado en el antiguo testamento.

- ¿Y entonces cual crees que es la próxima respuesta?, el mapa esta casi completo pero falta algo.

- Esta es la parte más difícil. No sé si el Arca realmente estuvo en Etiopia, o si por el contrario se perdió en el templo de Salomón.

- Richard, el tiempo se nos acaba, tenemos que decidir.

- De acuerdo, pulsemos Etiopia.

El profesor pulsó la palabra correspondiente, y un ruido atronador surgió de las entrañas de la cueva. El instinto de tantos años trabajando en el terreno arqueológico fue lo que salvó al profesor.

Solo un segundo después de pulsar la palabra, una enorme roca cayó del techo de la cueva en la que antes había estado Richard. Por suerte el hombre ya rodaba por el suelo de la gruta haciendo acto de una agilidad impropia para su edad.

- Parece que esa no era la respuesta- dijo Richard secándose el sudor de la frente a la vez que se levantaba del suelo-.

- Debemos tener cuidado- sentenció Ben asustado por lo que acababa de suceder-.

El profesor se acercó hasta la parte final del muro, que quedaba

en la zona más oculta de la cueva, y con mucha lentitud presionó la palabra “Templo”. El mural volvió a cambiar, y quedó completo.

Un enorme mapa del mundo ocupaba ahora el lugar donde antes había estado el mural del principio. En un punto central del mapa, una cruz roja señalaba una localización. Bajo la cruz, grabadas en la piedra, había una serie de números, y bajo ellos, una inscripción.

- Ahí está Ben, la localización actual del Arca- anunció el profesor-. Y debajo las coordenadas del lugar.

- Pero…esto es…- a Ben se le agolpaban las palabras en la boca, producto de la emoción-. ¿Que crees que querrá decir la inscripción de abajo?-.

- Supongo que una última pista, un último acertijo- concluyó Richard que ya estaba enfrascado en descifrar este último-.

רק לב טהור של

למצוא את הדרך

- ¿Que quiere decir, lo reconoces?- preguntó Ben-.

- Claro, es hebreo. Quiere decir “Solo los de corazón puro hallarán el camino”, pero no lo entiendo.

- Esta claro, solo las personas buenas lo pueden descifrar- añadió ufano Ben-.

- No, no es eso lo que no entiendo. Lo que no comprendo es por qué pasa de repente al hebreo.

- A lo mejor esa inscripción la hicieron los últimos que estuvieron en esta cueva. Igual no hace tanto tiempo, así que eso explicaría el por qué del hebreo.

- Seguro que tienes razón- dijo Richard no del todo convencido-. Ahora tenemos que apuntar las coordenadas y destruir el mapa. No podemos dejar que los alemanes lo vean.

Ben cogió uno de los puntales de hierro situados en una esquina, y se fue directo hacia el mapa, pero una voz lo detuvo.

- Por favor deje eso donde estaba- la voz, de un tono grave resonó en todos los rincones de la cueva-. No me gustaría tener que matarlo.

El pelo suelto le caía por la musculosa espalda. Incluso en un lugar como el que estaban en aquellos momentos, para el Israelí era esencial la comunicación espiritual con su Dios. Alí no hacía nada sin antes consultarlo con Él.

Calentó un poco de agua en un pequeño cazo metálico, y después procedió a purificar su cuerpo para que su alma hiciera lo mismo después. Cogió una pequeña cazoleta de metal, que sumergió dentro del recipiente de agua caliente. Antes había colocado con cuidado una sabana blanca en el suelo de la tienda. Se sentó en ella con las piernas cruzadas, pero algo rompió la placidez del momento. El móvil que había dejado en un rincón de la tienda, sonaba con insistencia. La ira enrojeció su sereno rostro, y pensó que tenía que haber desconectado el aparato antes de empezar con la ceremonia.

En la pantalla de cristal líquido apareció un número conocido. Pulsó la tecla de descolgar con algo de reticencia.

- Alí ya no puedo sostener por más tiempo esta situación- soltó la voz al otro lado, sin rodeos-. Debes explicarme lo que esta pasando.

- Tranquilízate Omar, ya te he explicado todo lo que necesitas saber- contestó algo irritado el Israelí-.

- Alí, sabes que confío en ti. Te conozco desde hace muchos años y nunca me has fallado, pero sabes que en este juego no solo participo yo- continuó nervioso Omar-. No puedo retener por más tiempo la información, me están apretando mucho.

- Omar, yo también confié en ti, y por eso te pido algo más de tiempo.

- Por lo menos explícame por que has dejado en Amman el ejército que me pediste.

- Ahora no son necesarios.

- ¡Por Dios, me estoy jugando no solo mi cargo, sino también mi vida!, lo sabes ¿verdad Alí?

- Si, lo sé Omar, pero sé lo que tengo que hacer.

- Alí, nuestros gobiernos, y aunque el mundo entero no lo sepa, llevan colaborando en secreto muchos años- expuso el hombre queriendo parecer más calmado sin conseguirlo-. Tanto mi gobierno como el tuyo, han colaborado conjuntamente y por medio del Mossad, durante muchas misiones y alguna que otra guerra, tú lo sabes bien.

- Si lo sé. Omar, yo mismo he dirigido esas operaciones durante años.

- Por eso debes comprenderme mejor que nadie. Alí, he puesto un ejército a tu disposición, he falsificado documentos con el fin de que pudieras moverte por mi país con total soltura, e incluso he destinado fondos públicos para esta misión, pero como bien sabes, todo se acaba sabiendo.

- ¿Quien lo sabe?- preguntó el Israelí cortante-.

- Por ahora nadie, pero han empezado a hacerme preguntas, y debo contestar al menos algunas.

- De acuerdo Omar, te entiendo, pero te pido un solo favor…

- Alí sabes que para mi es muy difícil…

- ¡Vamos Omar me lo debes!- cortó el Israelí-. He hecho muchas cosas por tu gobierno, concédeme al menos veinticuatro horas.

La línea quedó en silencio y Alí empezaba a impacientarse, cuando el altavoz volvió a crepitar.

- De acuerdo Alí, tienes veinticuatro horas más, pero pasado ese tiempo debo conceder algunas respuestas.

- Gracias Omar.

El teléfono se silenció, y el Israelí volvió a marcar pausadamente los números de su móvil. Al segundo timbrazo, una voz grave contestó en árabe.

- Tengo un trabajo para ti.

- ¿Quien es?

- Esa información te la haré llegar con uno de mis hombres. Espera mi mensaje.

- Ya sabes que la tarifa cambia en función del…afortunado.

- Solo haz bien el trabajo y serás un hombre rico.

- Ya soy un hombre rico.

- Bueno, pues un poco más.

- De acuerdo, espero a tu hombre.

- Adiós.

Alí lanzó el móvil con desinterés hacia una esquina, y continuó con el ritual de purificación. Había tenido que tomar una decisión importante sin antes consultar con Él, y eso lo irritaba sobremanera. Ahora tendría que calmarse antes de comenzar con el rito. Se acomodó encima de la blanca sabana, y recitó unas oraciones.

Cameron sentía la tensión del esfuerzo en sus antebrazos. Aquellas motos eran capaces de maniobrar por cualquier terreno, pero otra historia era hacerlo sobre montañas de arena, y con el peso extra de dos personas, sin contar que tras él varios vehículos cargados de asesinos se acercaban más a cada momento.

Por uno de los espejos laterales de la moto, observó como uno de los Jeep estaba prácticamente encima de ellos. Jamás conseguirían llegar hasta Madaba si no pensaba en algo.

Yanira sujetaba fuertemente a Rashid con los brazos, mientras

que con las piernas se aferraba a los estribos de la moto para no perder sujeción. La chica no había abierto la boca desde que se habían metido en el compartimento del camión, pero Cameron lo achacó a que se encontraba en estado de shock. El fenómeno motor del quad, los impulsaba a una velocidad de vértigo entre el irregular suelo del desierto, pero los Jeep ganaban terreno. Por el rabillo del ojo Cameron había contado dos Jeep, dos quads, y un enorme Hummer entre sus perseguidores. Sin duda aquellos hombres no querían que nadie se fuese de la boca y acabara delatando lo que hacían en aquella parte del mundo.

Uno de los Jeep negros se puso a su altura. Cameron vio como de una de las ventanillas salía un brazo que empuñaba una pistola. Un bufido se escuchó por encima del ruido de motores, y un destello hizo saltar chispas justo a unos milímetros de su muslo derecho. ¡Les estaban disparando!

El brazo volvió a aparecer, y Cameron supo que el hombre no fallaría por segunda vez. Tenía que hacer algo. Giró el manillar de la moto en un golpe seco, y golpeó el lateral del Jeep. El impacto no fue fuerte, pero lo suficiente para que el disparo saliera en dirección a las nubes. Una maldición y otra vez el brazo fuera, a punto para disparar de nuevo. Cameron supo que antes o después terminaría por acertar, así que optó por la única opción que se le ocurrió.

El quad se alejó del Jeep unos metros, y entonces, inesperadamente, se lanzó directamente hacia el costado del coche. El impulso que la moto había cogido al separase unos metros, y el salto inesperado del ultimo momento debido a una formación de arena, propulsó la moto contra el coche a una altura mayor de la esperada por el matón que aguantaba el arma. Una de las ruedas golpeó directamente en el brazo extendido del matón, partiéndole el hueso. Un alarido de dolor desgarró el aire, y el brazo desapareció en el interior del Jeep. La pistola había caído en el suelo, junto al quad. Cameron enderezó la moto que había quedado casi de lado, y recogió la pistola.

Otro de los Jeep estaba ahora muy cerca, por lo que Cameron tiro de la pestaña que aceleraba la moto y que salió zumbando y traqueteando por entre nubes de arena rojiza.

La maniobra de Cameron les había salvado de momento, pero ahora tenían los demás vehículos mucha más cerca. Una de las motos se acercaba por el costado, mientras que el segundo Jeep se situaba por detrás de ellos. El quad de sus perseguidores avanzaba más rápido debido a que solo viajaban dos personas sobre él, por lo que pronto los tuvo casi a su altura. Uno de ellos conducía mientras

que el otro apuntaba una enorme arma automática contra ellos. Si el hombre decidía disparar podían decir adiós, pues desde aquella distancia la ráfaga de disparos de un arma así, los dejaría fritos en menos de dos segundos. Entre la bruma del calor y el polvo, Cameron distinguió las primeras casas de Madaba, pero todavía quedaban muy lejos dada su situación.

El hombre del quad levantó el arma, y apuntó hacia él directamente. Cameron manejó el manillar del quad con una sola mano, mientras que la otra la mantuvo oculta en su regazo. Las dos motos estaban ahora casi paralelas. El Jeep negro se había situado a pocos centímetros por detrás de ellos, así que Cameron actúo con rapidez. Dio un giro brusco hacia la otra moto, y frenó suavemente. El hombre apretó el gatillo de su arma, pero sus disparos se fueron al vacío. La moto de ellos fue embestida por el Jeep, volviendo a quedar otra vez a la altura del otro quad. Cameron sacó rápidamente la mano oculta en su regazo, y efectuó un certero disparo que impactó en el pecho del conductor. El quad dio dos bandazos y acabó dando varias vueltas de campana, lanzando a los dos asesinos sobre las ardientes arenas del Wadi Rum.

Aquellos mercenarios ya habían tenido bastante, por lo que decidieron pasar a la acción. Los dos Jeep se pusieron en paralelo a la moto, y el enorme Hummer cerró el cerco situándose detrás, a pocos centímetros. Varias pistolas asomaron por las ventanas de los Jeep. Cameron intentó apurar las ventajas de su vehiculo y aceleró el motor del quad hasta su limite. La moto se vio impulsada de inmediato ganando unos pocos metros con respecto de sus perseguidores, pero estos se acercaron peligrosamente. El chico dirigió el quad hacia una duna de arena rojiza sin aflojar la velocidad. La moto alcanzó la cresta de arena saltando varios metros y cayendo suavemente sobre la otra cara, pero a los Jeep, más veloces pero menos efectivos en aquel terreno, se les hizo más difícil. La moto ganó terreno y Cameron exprimió aún más el motor.

Madaba estaba prácticamente a unos pocos kilómetros, pero Cameron calculó que les darían caza antes de llegar si no hacían algo.

El chico empezó a zigzaguear bajando algo la velocidad, pero levantando intensas nubes de un denso polvo rojo. ¡Había funcionado!, estaban más cerca de la ciudad. Cameron puso el motor a tope de revoluciones y enfiló la carretera que entraba en Madaba, pero entonces algo falló. El motor emitió un quejido, y comenzaron a perder velocidad.

Tanto Yanira como Cameron no pudieron evitar mirar atrás, y

observaron con terror como la moto que quedaba en pie ya estaba encima de ellos, y varios metros por detrás avanzaban a toda velocidad los tres coches. El quad se quedó quieto por completo a unos metros de la entrada de la ciudad, y Cameron se bajó de él con rapidez, afirmó los pies en la arena, y alzó su pistola ante los asesinos que se le echaban encima. Opondría resistencia hasta el final. La moto ya estaba encima de él, cuando se detuvo y dio media vuelta. Los tres coches hicieron lo mismo ante el desconcierto del chico, entonces una bocina resonó con estridencia unos metros detrás de él.

Un autobús repleto de turistas había frenado a pocos metros de la moto. Salían de Madaba y ellos estaban en medio de la carretera.

- ¿Señor, tienen algún problema?- preguntó el conductor del autobús, que había bajado para ver lo que ocurría-.

- Ahora ya no- contestó sonriendo Cameron para sí mismo-.

41

El arma dorada refulgía con luz propia en la penumbra de la cueva. Baver sonreía desde la entrada, seguido de cerca por Jurgen. El gigante alemán los miraba con cara de desprecio, mientras que Baver lo hacía con algo parecido a la admiración.

- Reconozco que no creía que lo resolvieran tan pronto, al fin y al cabo, este misterio lleva oculto en esta cueva por lo menos mil quinientos años- reconoció el alemán mientras se acercaba hasta ellos-. Me ha sorprendido señor Smith.

- Eso no es ningún honor para mi- escupió Richard-.

- Debería serlo créame- contestó el alemán sonriendo-. Nunca lanzo elogios al azar.

Ahora el arma dorada de Baver se encontraba a pocos metros de ellos. Richard lo miraba con odio mientras se estrujaba el cerebro pensando en como salir de allí. Ben se interpuso entre aquellos asesinos y su amigo alzando el puntal metálico a modo de arma.

- ¡No os acerquéis a nosotros asesinos!- bufó Ben-.

- Tranquilícese y baje el puntal- sugirió amenazante Jurgen-.

- ¡Vete al infierno maldito nazi!- rugió Ben-.

El rubio levantó su arma y encañonó al viejo, pero Richard se adelantó sabiendo lo que estaba a punto de suceder.

- ¿Donde están mis hijos?- preguntó desafiante-.

- ¿Sus hijos?, yo no tengo a sus hijos profesor- anunció extrañado Baver-.

- ¡No me mienta!, sé que usted secuestró a mi hijo Joan, y ahora también tiene a Cameron.

- No sé nada de su hijo menor se lo aseguro, y del mayor solo sé que mis hombres están tras él.

Richard estaba confuso. Aquello quería decir que había alguien más implicado en aquella historia, alguien que había secuestrado a su hijo. Además que era aquello de que sus hombres estaban tras Cameron, ¿habría conseguido el chico escapar? Deseaba que si.

- Ahora, señor Smith, comuníqueme si es tan amable de que se tratan sus descubrimientos.

- Que más da lo que yo le diga, lo descubrirá antes o después sin mi ayuda.

- Ya, pero prefiero que sea antes.

- Pues ya puede ir matándome, por que no le voy a decir nada- sentenció Richard-.

- No señor Smith, usted no me interesa muerto. Los vivos dan mejor la información.

- ¡No le vamos a decir nada a un nazi asesino como usted!- dijo con rabia Ben-.

La expresión apaciguada del rostro de Baver cambió de inmediato dando paso a una ira, que pugnaba por escaparse por todos los poros de su cara. Las manchas de viruela de la cara de Baver habían cambiado de color, y ahora estaban de un feo tono morado.

- No hable usted así de cosas que no entiende- interpeló entre dientes el alemán tratando de contener la rabia-.

- Que tengo que entender, ¿que mataron a millones de personas por conseguir un estupido sueño de una raza superior? ¡todos vosotros me dais asco!- escupió Ben-.

La Walther dorada que Baver sostenía en la mano refulgió durante un segundo en la oscuridad, y apuntó directamente hacia Ben. La mano del alemán temblaba ostensiblemente fruto de la rabia.

- Los nazis han sido desprestigiados durante años por gente interesada en que nosotros quedásemos como los malos- Baver hablaba lento, casi como escupiendo las palabras entre los dientes-. Pero nunca se habló de las cosas que hicimos por la humanidad.

- ¡Que hicieron por la humanidad maldito loco, matar a todos los que no eran rubios o no tenían los ojos azules!- Ben se estaba enfadando cada vez más-.

- ¡Estupido cállese de una vez!- terminó perdiendo los estribos Baver-. Seguro que usted ha deseado tener alguna vez un Volkswagen escarabajo, ¿a que si?, todos lo hemos deseado. Lo que no sabe nadie, es que ese coche fue mandado diseñar y construir por Hitler. Lo llamaron “volk” que es pueblo, y “wagen” que significa coche. No lo ven, “coche del pueblo”- terminó Baver como esperando una disculpa-.

- No me venga con monsergas de fanático. Hitler solo buscaba su propio provecho matando a inocentes.

- Mire señor Smith- Baver ahora dirigía la mirada hacia Richard, que había estado callado todo ese tiempo-. No me apetece meterme en discusiones sobre ideologías con su amigo, así que dígame, ¿que ha encontrado?

- Nada, ya se lo he dicho.

- ¡Ah no!, vaya creía que sería más sensato.

El alemán levantó el arma, y un fogonazo seguido de una detonación resonaron en la cueva. El cuerpo de Ben salió impulsado

hacia atrás. Del pecho del viejo empezó a brotar la sangre, y un delgado hilillo de humo. Richard tardó unos segundos en reaccionar, pero después se lanzó hacia donde su amigo yacía tirado en el suelo.

- ¡Ben! – Chilló el profesor-. ¡Amigo! ¿Estas bien?

De la boca de Ben salían espesos chorros de sangre que le caían por la ancha mandíbula. El brillo de sus azulados ojos, se hacía más acuoso por momentos.

- Hemos pasado buenos…momentos- dijo Ben tosiendo sangre-.

- No te preocupes amigo, seguro que todavía nos quedan unos cuantos.

- Ya, claro- Ben tosió más sangre, y ahora la barbilla estaba toda teñida de rojo-. Dame la mano- pidió-. Despídete de los chicos por mi, y diles que…

Ben tosió otra vez más, pero esta vez no volvió a hablar. Richard dejó con suavidad el cuerpo inerte de su amigo en el suelo, y se levantó con lentitud.

- ¡Eres un asesino de mierda!- le dijo a Baver con rabia-. Y te juro que antes o después te mataré.

- Siento lo de tu amigo, de veras, pero debía hacerte comprender que esto va en serio.

- Si lo que quieres es el secreto de la cueva míralo tu mismo- dijo Richard señalando hacia una esquina de la gruta-. No hay que ser tan listo para verlo.

Tanto Baver como Jurgen desviaron la mirada hacia el lugar que les había indicado el profesor con el dedo, momento que aprovechó el viejo. Se lanzó como un rayo hacia el mapa de la pared, y comenzó a golpearlo con el punzón como un loco. Cuando los dos alemanes se volvieron de nuevo, Richard ya había destrozado algunos números, y seguía aplicando el punzón con saña.

- ¡Apártese del mapa!- bramó Baver, que levantó el arma hacia Richard-.

En ese momento sucedió algo.

El suelo comenzó a temblar, y algunas piedras pequeñas cayeron del techo. El profesor detuvo su golpeo, y observó el filo del punzón. En el centro del mapa se había hundido el lugar que indicaba la ciudad de Jerusalén, justo en el punto donde estaba detenida la punta del punzón. Sin querer el profesor había dado con alguna pista oculta en aquel mapa.

Piedras más grandes cayeron del techo y obligaron a los dos alemanes a retroceder lentamente hacia la salida de la cueva. Richard mantenía el punzón contra la roca, que se estaba

hundiendo cada vez más, cuando de repente el suelo cedió bajo sus pies.

El profesor se vio a si mismo cayendo hacia la negrura de las profundidades, cuando se golpeó la cabeza contra una roca, y una oscuridad insondable se apoderó de él.

La casa estaba casi en penumbra. Solo una luz anaranjada salía de la única lámpara encendida de toda la habitación. A Omar le gustaba estar así, sentado en su amplio salón, en su cómodo sillón de orejas de piel marrón, y con un Chivas de doce años en la mano. Aquel era su momento del día, el único momento en que se permitía relajarse.

Se llevó el ancho vaso cuadrado hasta los labios, y se permitió oler el delicioso aroma de aquel líquido ambarino. Solo tomó un pequeñísimo sorbo, casi sin mojar los labios. Los grandes placeres se debían paladear despacio y con tranquilidad, sin embargo su mente no estaba relajada como en ocasiones anteriores. Alí se lo estaba poniendo muy difícil. No sabía como iba a poder explicar los movimientos extraoficiales que había realizado en los últimos días, y los organismos gubernamentales anexos al suyo ya habían empezado a sospechar algo. Aquella situación le podía deparar riquezas, poder y respeto, pero si la cosa salía mal, acabaría con su carrera, y eso no estaba dispuesto a permitirlo.

Al día siguiente expiraba el plazo que le había dado al Israelí, y si no recibía noticias satisfactorias de él en ese plazo, lo delataría. A quien iban a creer, a un ex-mercenario del Mossad, o a un respetable miembro del servicio de inteligencia. Por primera vez en el día se permitió relajarse de verdad, aquella reflexión lo había tranquilizado.

Admiró el amplio salón de su casa, y relajó los músculos de las piernas estirándolas. La gran pantalla de plasma de cuarenta y dos pulgadas permanecía apagada, y los muebles de estilo minimalista brillaban con el tono anaranjado que desprendía la lámpara de papel encendida. Giró la mirada hacia las cristaleras que daban acceso al patio, y admiró con placer la catarata situada en medio de las pequeñas palmeras que rodeaban el jardín.

Omar alargó la mano hasta una pequeña mesa contigua donde descansaban varios mandos a distancia, y cogió el que pertenecía a la televisión. De inmediato apareció en la pantalla el presentador de las noticias locales, con cara de póker anunciando un nuevo

atentado terrorista en algún país islamista que no llegó a escuchar. Omar sonrió pensando en los televidentes, y en lo fácil que era manipularlos. Los gobiernos, por medio de la televisión, manejaban a su antojo quienes serían los malos en el momento que más le conviniese. En realidad casi todos los gobiernos del mundo trabajaban conjuntamente, hasta que alguno no quería colaborar, y entonces se le echaba a los leones.

Subió el volumen para escuchar al presentador, con lo que no escuchó como se abría una de las cristaleras del jardín.

- Hola Omar- sonó una voz a la espalda del jordano-.

- Que coño…- Omar se había levantado sobresaltado derramándose la bebida por los pantalones-.

- Deja, no te levantes por mí- anunció la voz a su espalda-. Solo he venido para darte una noticia.

El hombre que acababa de entrar en su casa se sitúo frente a él. Omar lo reconoció, era un mercenario utilizado por él mismo en varias ocasiones.

- ¡Joder casi me matas del susto!- dijo Omar-.

- No será para tanto- respondió el hombre sonriendo-. O si.

El hombre sacó una pistola que llevaba escondida debajo de la camisa, y disparó directamente a la frente de Omar. El cuerpo del jordano quedó completamente inerte sobre el sofá de piel marrón. Un charco de sangre se estaba formando con rapidez sobre su ropa y el sillón.

- Alí dice que queda rescindido vuestro contrato- anunció el asesino limpiando el cañón del arma que aún humeaba-.

En la cara del jordano se reflejaba un rictus de sorpresa, que al asesino le hizo sonreír. Era increíble la expresión que ponía la gente cuando estaba a punto de morir. Realmente disfrutaba con su trabajo.

Ahora la sangre había llegado hasta el suelo manchando una preciosa alfombra blanca fabricada en Nepal. El asesino ya había desaparecido cuando esto sucedió.

Cameron había dejado a Rashid en el hospital de Madaba, y volvía de recoger el quad. Era increíble que se hubiesen quedado sin gasolina a punto de llegar a la ciudad. Casi les cuesta la vida aquel imprevisto. Suerte que había aparecido aquel autobús, si no en aquel momento estarían muertos casi con toda seguridad.

Yanira se había quedado con el policía en el hospital. Haciendo gala de la hospitalidad que caracterizaba a los jordanos, casi no les habían preguntado el motivo del mal estado de Rashid. En cualquier parte de Europa eso habría sido casi imposible, y los habrían cosido a preguntas, además de llamar a la policía.

Por otra parte Cameron tenía intención de acudir a ellos, pero prefería que fuese Rashid el que hablara con sus compañeros policías cuando estuviese mas recuperado. El chico sabía que no disponía de mucho tiempo antes de que aquellos asesinos volviesen a Madaba en busca de ellos, y el primer lugar en el que buscarían era el hospital.

Aparcó la moto en un callejón cercano y entró en la recepción del centro medico. La sala estaba atestada de gente con mala cara, y el calor hacía menos soportable la espera. Al parecer todos los hospitales eran igual en todos sitios.

Hacía una hora que Cameron había dejado solos a Rashid y a Yanira, por lo que suponía que ya debían de haber entrado a la consulta de urgencias. Paseó por la sala de espera, y no los encontró. Un cierto nerviosismo empezó a cundirle en el cuerpo, ¿y si habían regresado ya aquellos asesinos?, todo lo que habían luchado por escapar habría sido en vano. Preguntó en información de celadores si ya habían llamado a Rashid, y una educada muchacha le contestó que si, que ya había sido reconocido por un medico hacía una media hora más o menos. Ahora el nerviosismo empezó a hacer mella de verdad.

Dio otra vuelta por la sala de espera, pero seguía sin ver ni a Yanira ni a Rashid. Con las palmas de las manos sudadas por el nerviosismo, salió a la calle, y allí estaban, sentados en un banco, bajo un árbol al abrigo del implacable sol de la mañana. Cameron corrió hacia ellos sonriendo.

- ¿Pero que hacéis aquí?- preguntó nada más llegar a su altura.

- Ya le han dado el alta- informó la chica-.

- ¿A si, y que le han dicho?. En nuestro país esto se habría alargado durante días.

- Pues está bastante mejor de lo que indica su aspecto. Varios puntos en las heridas de la cara, unos calmantes para el dolor, y un vendaje para la costilla rota, y ¡sorpresa! otra vez nuevo.

- Me alegro, por que debemos irnos de aquí cuanto antes.

- ¿Donde están tu padre y Ben?- preguntó el policía medio adormilado-.

- No lo sé, espero que hayan escapado.

- Hay que volver a por ellos- sentenció el policía-.

- Aunque me gustaría, eso firmaría nuestra sentencia de muerte. Antes de hacerlo debemos pensar en algo, y tú debes mejorarte.

- ¡Yo ya estoy mejor!

- Aún así no podemos aparecer por allí otra vez sin tener un plan- se llevó la mano al mentón pensativo- Mira como me salió a mi la última vez que improvisé, casi hago que te maten.

Aunque a regañadientes, el policía aceptó que el chico tenía razón. Descansarían unas horas en algún hotel, y después pensarían en el siguiente paso.

Reservaron dos habitaciones en un hotel en la calle Prince Hussein, cerca de la comisaría de policía Beit`Alamat. Ya en la habitación que Cameron compartía con el policía, el chico se asomó al balcón de hierro, y admiró el bullicio de la calle. Rashid se había quedado dormido al instante, presa de los calmantes y del agotamiento, pero Cameron a pesar de que se sentía agotado, fue incapaz de conciliar el sueño. Su padre y su hermano acaparaban todos sus pensamientos. ¿Donde estaba Joan?, ¿y su padre?, y si su hermano no había sido secuestrado por los alemanes ¿quien lo había hecho? Las preguntas se le agolpaban en la cabeza y tenía intención de contestarlas, aunque eso supusiese tener que enfrentarse otra vez con aquellos animales.

Una ligera brisa llegaba hasta el balcón, y Cameron comenzó por primera vez en bastante tiempo, a relajarse. Se quedó dormido en una de las sillas de mimbre.

Baver repasaba una y otra vez mapas topográficos de la región en uno de los dos camiones. La huida de uno de los hijos del profesor con el policía y la hija de Abdeb, había sido una total falta de profesionalidad por parte de sus hombres, pero ahora eso no importaba, tenía una localización.

Los números de la pared que había descifrado el profesor antes de su…accidente habían resultado ser unas coordenadas. A pesar de que sus prisioneros habían escapado, esos números que ahora cotejaba con sus expertos serían una gran carta de presentación cuando llegara su mecenas. Él había llamado antes de su pequeño *affaire* en la cueva. Estaba a punto de llegar, el precursor de que ellos estuvieran allí pronto haría acto de presencia, y Baver quería tenerlo todo dispuesto para cuando hiciera su aparición. Baver tenía que reconocer que no le había hecho gracia ser el títere de nadie, y menos aún de alguien que todavía no había dado la cara, pero también sabía dar a las cosas el merito que tenían, y el mecenas

había sido hasta ahora de gran ayuda.

Un pitido en la pantalla de uno de los ordenadores lo devolvió a la realidad.

- ¿Que es eso?- preguntó Baver a uno de sus especialistas-.

- El ordenador ha concluido su trabajo. Ya tenemos la situación exacta de las coordenadas que usted me dio.

La cara de Baver se iluminó, y una media sonrisa asomó a sus labios.

- ¿Donde está ese lugar?- preguntó-.

- Muy cerca de aquí, a unos cuarenta kilómetros de Amman señor.

- ¿Esta seguro?

- Lo he comprobado tres veces, no hay duda. Estas coordenadas son las de Rihab.

- ¿Rihab, no es allí donde han encontrado varias iglesias antiguas?

- Si, y en concreto las coordenadas coinciden con una de ellas exclusivamente.

- ¿A cual?

- A la de la iglesia de San Jorge.

- ¿No es allí donde se ha descubierto la que dicen que es la iglesia más antigua de la historia?

- Allí es señor.

En los labios de Baver asomó una vez más aquella media sonrisa. Las cosas empezaban a encajar. El descubrimiento de esa iglesia había creado mucha controversia, pero si resultaba cierto lo que empezaba a creer Baver, lo que se había hablado hasta ahora de ella iba a quedarse en agua de borrajas.

- ¡Jurgen!- llamó Baver. El rubio apareció de inmediato, casi como si hubiese estado esperando en la puerta-. Organiza a tus hombres, nos vamos.

- Señor, ¿que hacemos con el árabe?- preguntó Jurgen con respecto a Abdeb-.

- Ya no nos hace falta. Lo dejo a tu elección.

El rubio asintió con la cabeza, y salió del camión en dirección al centro del campamento dando órdenes a sus hombres.

- Alí los alemanes se mueven- informó Jaled-.

- Está bien, por fin va a empezar el juego. Recoge las cosas y prepárate.

El Israelí salió de la Jaima que ocupaba Alí, y empezó a

desarmar su pequeño puesto de vigilancia. También Alí estaba cansado de esperar, pero debía tener paciencia. Él se lo había indicado así, y Alí siempre seguía al pie de la letra sus instrucciones.

Los alemanes estaban cumpliendo con su cometido sin desviarse ni un milímetro. Que mayor ironía que fuesen ellos, que tanto habían hecho sufrir a su pueblo, los que les ayudaran a hacerlo resurgir como lo que eran: El pueblo elegido.

El Israelí se alisó el pelo lacio, que caía mojado sobre su espalda, y se la recogió con especial cuidado haciéndose su ya habitual cola de caballo. La hora estaba cada vez más cerca, pero debía actuar rápido. No tardaría mucho en saberse lo de su "colaborador" Omar, y podían producirse problemas.

No le había gustado tener que acabar con Omar, pero no podía permitirse el lujo de que un hombre como él se volviese en su contra. Además, estaba seguro de que Omar habría optado por aliarse contra Alí en cuanto las cosas se hubiesen puesto feas. Había sido mejor así.

Fuera, Jaled se afanaba en recoger las Jaimas y demás artilugios para evitar dejar huellas de su paso. La costumbre del ejército lo obligaba a ello. Yasin lo ayudaba en silencio, y cuando Alí lo miró, no pudo menos que sentir una punzada de asco contra aquel hombre. Yasin era un depravado que había trabajado en el Mossad hasta que lo despidieron. Las atrocidades que había cometido ya no pudieron ser pasadas por alto por sus jefes. Alí no lo tenía en gran estima, pero debía de reconocer que en su trabajo, era inimitable. En pocas palabras, Alí prefería tenerlo bajo su mando que no en el contrario, pero en el caso de que fuese necesario el Israelí no iba a dudar en matarlo.

Después de haberse vestido por completo, comenzó a recoger su Jaima.

Un picor en la nariz y unas risas terminaron por despertarlo. Cameron despegó de la silla en la que se había dormido de un salto y en guardia. Allí, junto a él, estaba el policía con una servilleta de papel enrollada y con Yanira a su lado. Los dos reían, y Cameron comprendió el por qué del picor repentino de su nariz.

- ¡Que graciosos!, espero que lo mejor que tengáis que hacer no sea meterme cosas por la nariz- atacó Cameron a sus amigos que se habían puesto a reír más intensamente-.

- Perdona, es que creímos que estabas de guardia y queríamos comprobar que no estabas fingiendo que dormías- se burló Rashid-.

- ¡Vaya me alegro de ver que ya estás mejor!

- Si, gracias a ti y a Yanira- el policía dedicó una mirada de gratitud a la chica-.

- Pues entonces si ya estás recuperado tenemos que trazar un plan. Mi padre y el tuyo- señaló a Yanira- todavía están a merced de esos asesinos.

- Cameron, no podemos ir a por ellos en este momento- dijo Rashid-.

- ¿Pero que dices?, hace un momento te parecía buena idea.

- Era producto de las drogas que me habían dado en el hospital, pero ahora pienso con más claridad. Piénsalo, somos un chico, una chica y un poli herido. No tenemos ninguna oportunidad.

- Pues antes hemos escapado de allí sanos y salvos- recordó Cameron ceñudo-.

- Y lo has hecho de cine, pero ha sido suerte. Si aparecemos otra vez por allí sin tener un buen plan, podemos darnos por muertos.

- Pues a lo que íbamos, hay que elaborar un buen plan- siguió con tozudez Cameron-.

- Deja que hagamos las cosas sin precipitarnos. He pensado en algo.

- Dime de que se trata.

- Estamos en una zona muy turística, cerca del Monte donde están los alemanes. Tengo un amigo aquí en Madaba, un ex-policía. He pensado que vaya a investigar por nosotros, a él no lo conocen y podría hacerse pasar por un turista extraviado. Luego nos cuenta como están las cosas por allí, y después trazamos nuestro plan.

- Me parece bien, llámalo- sentenció Cameron-.

- Ya lo he hecho.

Abdeb rezaba por que su preciosa hija hubiese conseguido escapar. Había escuchado como los hombres habían localizado la fuga y habían salido en su busca. Las lágrimas le llenaban la cara. No podía dejar de pensar que su hija estaba metida en ese lío por culpa suya.

La abertura que hacía de puerta en la tienda de campaña se abrió de repente, y por ella apareció Jurgen. Llevaba un arma cruzada sobre el pecho, y una maliciosa sonrisa le llenaba el blanco

rostro. Abdeb supo por que estaba allí.

- ¿Has venido a matarme verdad?- preguntó con resignación-.

- Depende de ti- terció el grandullón-.

- ¿De mi?- preguntó sorprendido-. Que más queréis, ya os he dicho todo lo que sé.

- No es por eso por lo que estoy aquí. Ya no te necesitamos y me han encomendado encargarme de ti como me plazca.

- ¿Y como va a depender eso de mi?

- Mis hombres se aburren. Te propongo un juego,

- ¿Que juego?- Abdeb se temía lo peor-.

- Antes, en mi patria, los presos se ganaban la libertad demostrando que eran hombres de valor y fuerza- explicó el gigantón-. Te propongo que te enfrentes a uno de mis hombres. Sin armas, y si eres capaz de ganarle, vivirás.

- ¿Que elección tengo?- preguntó abatido-.

- Esa, o mueres aquí y ahora.

- Lucharé.

La sonrisa del rubio se hizo más grande, y de un tiron tremendo levantó a Abdeb del suelo. El árabe alzó las manos para que el rubio lo liberase de las esposas, a lo que éste soltó una estruendosa carcajada, y de una patada lo sacó de la tienda. Fuera esperaban varios hombres en corro aplaudiendo y vitoreando.

Jurgen se quitó la camisa color caqui, y se quedó con el torso al aire. La musculatura de aquel hombre era semejante a la de un toro bravo. Uno de los brazos de Jurgen se movió a una velocidad impresionante cogiendo por el cuello al árabe. Con un solo brazo levantó el cuerpo de Abdeb unos centímetros, para luego lanzarlo con violencia sobre el suelo arenoso. El aire se escapó de los pulmones de Abdeb, que veía como el gigantón se acercaba otra vez a por más.

Una patada en las costillas y luego otra, y otra más hicieron que el árabe terminara escupiendo sangre por la boca, mientras que el corro de hombres que lo rodeaban gritaban como posesos.

- ¡Maldito moro de mierda!- gritó con rabia Jurgen mientras lo volvía a patear en el costado-. ¡Os creéis los reyes del mundo, pero no sois más que moros apestosos!

A cada frase que gritaba Jurgen, Abdeb oía a sus hombres repetirlas con furia coreando a su jefe. Abdeb creía que los nazis sentían un odio visceral en contra de los judíos, pero en ese momento comprendió que sentían ese odio por todos los que no eran igual que ellos. Por algo anhelaba Hitler la raza aria.

Un dolor enorme en el pelo lo hizo ponerse de pie. El rubio lo

había levantado por el cabello, arrancándole varios mechones, que cayeron al suelo flotando. Otra vez estaba cara a cara con aquel animal, y Abdeb viéndole el rostro furioso deseó que lo hubiesen matado de un disparo.

Un fuerte golpe en la nariz dejó su visión en blanco. Un líquido espeso y caliente le bajaba por la barbilla empapándole el cuello. Otro golpe más en la sien casi le hizo perder el conocimiento, pero el alemán lo tenía sujeto por la camisa, y no lo iba a dejar caer tan fácilmente.

- ¡Me dais asco!, todos los de tu raza solo deberíais existir para poder limpiarnos el culo a nosotros- esta vez no hubo golpe, pero continuó la humillación. Jurgen lanzó un sonoro escupitajo a la cara de Abdeb acompañado de vítores y palmas-. ¡Vas a pedirme por favor que te pegue un tiro!

Jurgen soltó al árabe que cayó al suelo como un muñeco. Su cara bañada en sangre, estaba ahora cubierta de arena, y le parecía que le estaban atravesando las costillas con hierros candentes. El rubio se acercaba otra vez. Abdeb sabía que esta vez acabaría con él. Ya no aguantaría muchos golpes más, así que decidió morir matando, como se suele decir.

Juntó las manos y las apretó tanto como pudo, rodeándolas con la cadena de las esposas. Jurgen lo cogió otra vez del pelo, y Abdeb aguardó su momento. Otro dolor intenso en la raíz del cuero cabelludo. Más mechones de pelo al suelo, y otra vez cara a cara con aquel gigante. Esta vez fue más rápido el árabe.

Abdeb golpeó con todas sus fuerzas la cara del alemán, que encajó el golpe de lleno con cara de sorpresa. La cadena de las esposas golpeó directamente en el puente de la nariz del alemán, y de inmediato comenzó a brotar la sangre como si de una fuente se tratase. Jurgen cayó al suelo, y sin pensárselo, Abdeb comenzó a golpearle la cara con las suelas de sus zapatos. La furia no lo dejaba parar, y alternó los golpes de la cara con patadas por el cuerpo del alemán que se había hecho un ovillo. Una de las patadas impactó en los testículos del rubio, que soltó un alarido que recorrió la desierta meseta. Aquel grito fue el que sacó de la sorpresa a los hombres de Jurgen, que derribaron a Abdeb, y lo cosieron a patadas.

Un disparo resonó en la explanada, reverberando en las paredes de las colinas circundantes, y todo el mundo que quedó quieto.

Baver sostenía su pistola en alto, y se acercaba hasta el grupo de hombres que rodeaba a Abdeb que estaba caído en el suelo.

- Así no es como se juega en mi país- dijo acercándose a Abdeb-. Este hombre ha ganado su pelea en inferioridad de condiciones y

con las manos atadas.

- Señor, es que me ha pillado por sorpresa- se excusó Jurgen que ya se había levantado-. Si me hubieran dejado más tiempo habría acabado con él.

- Eso no es lo que yo he visto- sentenció Baver-. Si queremos iniciar una nueva dinastía, un nuevo Reich, no podemos empezar a ser injustos con nuestras propias reglas, y las reglas dicen que este hombre te ha ganado, y que debes dejarlo libre.

Abdeb seguía tendido en el suelo empapado de sangre por la cara, y con magulladuras por todo el cuerpo. Entre dos hombres lo levantaron y le quitaron las esposas.

- Vete Abdeb, te lo has ganado- dijo Baver-.

- Gracias señor- terció Abdeb con gratitud-.

- ¡Corre!- grito Baver.

Abdeb echó a correr todo lo que sus piernas le permitían e incluso se permitió el lujo de mirar atrás. El grupo de hombres ya se había disuelto. ¡Lo había conseguido! Saltó una duna de arena rojísima, y empezó a correr en dirección a Madaba.

- Claro que por otra parte, ¡a la mierda las reglas!- gritó Baver-.

Un rugido atronador salió de la Walther PPK, y el árabe cayó al instante tras la duna de arena.

- Ahora, déjate de tonterías y a ver si eres capaz de hacer las cosas bien por una vez- dijo Baver a Jurgen-. Quiero todo dispuesto en una hora. ¡Y ahh Jurgen, otra falta de profesionalidad como esta, y serás degradado como lo fue Claus! La mención de su antecesor estrellado en el suelo de aquella vieja nave, puso la piel de gallina al gigantón rubio.

Una musiquilla sonó en su cabeza. ¿Estaba muerto y aquello era la música de los ángeles? No, no lo creía, aquella música le sonaba de algo, pero no se asemejaba a nada divino, al menos desde su punto de vista. Intentó abrir los ojos, pero un dolor tremendo lo disuadió de ello. Con los ojos cerrados intentó ubicarse, de saber donde estaba, pero no lograba tocar nada que le diera una pista. No recordaba nada, pero lo que si notaba era una tremenda humedad. ¿Estaría cerca de un río?, ¿o tal vez de un lago? Otro pinchazo en la cabeza le indicó que estaba herido.

Intentó levantarse, pero no podía mover la pierna, ¿o tal vez si? Lo intentó otra vez, y consiguió moverla, aunque con bastante dolor. La oscuridad era absoluta, y la garganta le picaba en exceso,

como si hubiese estado respirando polvo de cemento.

De pronto cayó en la cuenta de donde estaba. La conmoción inicial le había nublado la mente, pero la realidad cayó sobre él con todo su peso. ¡Oh Dios mío Ben!

Se acordó de lo que había pasado en la cueva, ¿pero cuanto hacía de eso? No sabía el tiempo que llevaba inconsciente, ¿o quizá estaba muerto? No, el dolor de la pierna y de la cabeza le confirmaban que no era así.

Intentó orientarse, saber donde estaba, pero aquel lugar carecía de apoyos en los que agarrarse, y mucho menos de cualquier tipo de luz. Por fin encontró un saliente en la roca, y siguiéndolo a tientas intentó llegar hasta el final de la pared. La humedad de la pared rocosa le hizo resbalar más de una vez, pero no tenía intención de caerse, por lo que afianzaba sus pies a cada paso que daba. Durante unos segundos, que se le hicieron eternos, caminó tanteando la pared, hasta que tocó algo que no era de naturaleza mineral, sino hecho por la mano del hombre. Aquel objeto era de metal, y estaba más frío que la pared de roca de la cueva. Estaba anclado a la pared, y de su base fijada con lo que parecían tornillos o clavos, salía una palanca acabada en algo parecido al pelo de animal, que servía de mango. Lo cogió con fuerza y tiró de la palanca. No pasó nada por que el brazo de hierro ni se movió. Lo intentó una vez más, pero solo consiguió acabar con sus escasas reservas de energía.

Richard se puso a gatas sobre el suelo de aquella gruta, tanteó el suelo en busca de algo sólido con lo que hacer palanca, y lo encontró. Medio enterrado por la arena húmeda del suelo, había una piedra de roca sólida, tal vez desprendida del techo por la humedad. La cogió, y la descargó con fuerza sobre la palanca metálica. Nada. Lo intentó varias veces más, pero apenas consiguió que la palanca bajase unos centímetros. Agotado se dejó caer en el frío suelo y comenzó a llorar. Ben había muerto, sus hijos estaban desaparecidos, y él estaba atrapado en una maldita cueva sin poder hacer nada por ellos. La desolación oprimió su corazón, y dejó fluir las lágrimas abiertamente.

Después de unos minutos (no sabía cuantos), la desolación dio paso a la frustración, y con ella llegó después la ira. De un impulso, con la espalda en la fría roca, se volvió a levantar, cogió la roca, y comenzó a golpear la palanca una y otra vez con saña hasta que le sangraron las manos. Todavía seguía golpeando cuando un “click” metálico resonó en la negrura de la cueva, y de repente quedó cegado.

Durante un instante creyó que se había quedado ciego, pero

luego comprendió que era una reacción natural. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, y la luz blanca que inundaba aquel rincón bajo tierra lo había cegado por completo.

Cuando consiguió abrir los ojos sus pupilas se dilataron, y creyó estar viendo visiones. La estancia donde se encontraba, apenas un reducto agujero excavado en la roca, estaba iluminado mediante lámparas de aceite que colgaban de unos salientes en la propia roca. Lo que había tomado como una palanca de hierro, era en realidad un pedernal que pretendía hacer la chispa que luego corrió entre las lámparas, iluminando la estancia.

En el centro de la cueva, y por todo mobiliario, se hallaba una especie de atril de madera carcomida, en el cual descansaba una piedra tallada del tamaño de un folio. Richard se acercó hasta ella caminando despacio y la observó largo rato. Estaba escrita en latín. Richard pensó que en aquella cueva, desde que estaba en la superficie, ya había descubierto cuatro idiomas, algo insólito hasta ahora. Jamás se había encontrado nada que unificara la escritura cuneiforme, el arameo, el hebreo antiguo y el latín en un mismo hallazgo.

Oyó otra vez aquella musiquita tenue, pero la olvidó de inmediato. Tal vez se estuviera volviendo loco. También vio como un rayo de luz caía directamente sobre el atril, iluminando el trozo de piedra tallada como si fuera algo divino, pero tampoco a esto prestó atención. Richard solo tenía ojos para la escritura en latín que resplandecía delante de sus ojos.

Los tres disfrutaban de un delicioso tentempié a base de dulces de pistachos, dátiles y unos buñuelos fritos bañados en almíbar llamados *Awama* cuando llamaron a la puerta. Rashid se puso en pie como un resorte, y corrió hasta situarse junto a la puerta. Cameron también había salido corriendo, pero en dirección a la pequeña cocina que tenían en la habitación. Salió al instante armado con un enorme cuchillo de cortar la carne. Yanira por el contrario no se movió de su lugar en la mesa, aunque ya no comía y tenía la mirada clavada en la puerta.

- ¿Quien es?- preguntó el policía con cautela. Estaba preparado para saltar si se abría la puerta-.

- ¿Eres tu Rashid? Soy Samer- contestó la voz detrás de la puerta.

Rashid se relajó e indicó a Cameron que bajase el cuchillo. Abrió la puerta, y tras ella apareció un árabe con un poblado bigote, y un corpachón similar al de un campeón de lucha libre.

- *Ahlan Wa Sahlan*- saludó Rashid al hombre, a la vez que lo

invitaba a entrar-. Seas bienvenido.

- Igualmente amigo- contestó Samer dando un tremendo abrazo de oso a Rashid- os veo un poco tensos ¿no?- preguntó mirando el cuchillo que todavía sujetaba Cameron-.

- Lo siento amigo pero es que estamos en un buen lío. Pero pasa y toma algún pastelillo o algún *Awama* que sé que son tu debilidad- invitó Rashid-.

- No debería, pero que diablos- se relamió el árabe-.

Samer acercó una de las sillas a la mesa en la que todavía permanecía Yanira, y miró las bandejas de los dulces con verdadero entusiasmo. Sin pensárselo se llevo uno de los dulces de pistacho a la boca dejándose algunas migajas en el grueso bigote.

- ¡Hummm, estos dulces son el orgullo del país!- se vanaglorió el árabe haciendo gestos con las manos-.

- Aunque me encanta saber de tus gustos culinarios, me gustaría ir al grano Samer- bromeó sonriendo Rashid-.

- ¡Tu siempre así de relajado!- dijo Samer fingiendo enfado-. Bueno a lo que iba. No sé en que lío estaréis metidos, pero la gente que hay en el campamento al que me enviaste, no son pájaros de fiar.

- Cuéntame algo que no sepa.

- Pues esta mañana me coloqué mis mejores galas de turista, ya sabes sandalias de pescador, gorro de paja, camisa hawaiana y todo eso, y me fui a dar una vuelta por el dichoso campamento.

- ¿Y que has visto?- preguntó ansioso Cameron-.

- ¡Me echaron de allí tan rápido que casi se me pela el culo con la arena!- dijo llevándose un dátil a la boca. Luego miró a Yanira y junto las manos como si rezara-. Perdón, a veces soy un poco animal.

- No pasa nada- contestó la chica riendo.

- Bueno, pues lo que iba diciendo. Dos tipos más grandes que un luchador de sumo me cogieron por los brazos y amablemente me pidieron que saliese de allí con viento fresco. Eso si, dándome las correspondientes palmaditas en el cuello a modo de ¡Y no te pongas chulo!

- ¿Viste algo extraño?- continuó interrogando Rashid-.

- Pues la verdad es que había bastante movimiento- dijo Samer mirando con deseo una tetera plateada humeante-.

- ¿Quieres té?- preguntó Rashid mirando el rostro de su amigo-.

- Creí que nunca me lo ibas a decir.

Rashid vertió en una pequeña taza un líquido espeso y de color verde.

- Hummm, siempre se ve la vida con más animo cuando tomas un buen té verde- dijo relamiéndose teatralmente-.

- Continua Samer- alentó Rashid en tono socarrón-.

- Pues eso, que no sé lo que hacen allí esos tipos, pero lo que sea que buscan, o lo han encontrado, o ya no lo quieren encontrar.

- ¿Como?

- Pues eso, que esos tipos están levando anclas

- ¿Cuanto hace que has estado allí?- se interesó Cameron-.

- Una hora más o menos.

Rashid se llevó dos dedos al mentón sopesando cual debería ser su siguiente paso.

- Oye Samer ¿todavía sigues teniendo ese Ford Fiesta tuyo?

- Claro, ya sabes que el sueldo de policía no da para más en este pueblo dejado de la mano de Dios.

- ¿Te gustaría tener un quad Yamaha nuevecito?- preguntó el policía-.

- ¿Es que estamos en uno de esos concursos de la tele?- contestó en broma Samer-.

- Resulta que yo tengo uno aquí mismo, y te lo cambio por esa chatarra que tienes por coche.

- ¿Estas de broma?- inquirió perplejo el grandullón árabe-. ¡Si lo dices en serio te regalo hasta a mi mujer!

- Aunque es tentadora esa oferta, me vale con el coche.

- Ya sabía yo que no iba a ser tan fácil deshacerme de ella- se quejó dramáticamente-.

- Entonces ¿trato hecho?

- ¡Pues claro!, aquí están las llaves- respondió Samer levantándose de la mesa.

Rashid le dio las gracias por la ayuda, y el árabe se despidió de todos efusivamente.

- Teníamos que cambiar de vehiculo, además es más practico el coche-se excusó Rashid buscando la aprobación de todos-.

- Has tenido una muy buena idea- apoyó Cameron-. Ahora lo que tenemos que hacer es saber a donde van esos asesinos.

- Pues a por ellos- habló Yanira en una de las pocas veces que lo hacía-. Todavía tienen a mi padre.

Joan y Khalid habían subido a la colina por el mismo sitio por el que minutos antes lo habían hecho aquellos tipos. Habían decidido dejar el coche abajo, escondido, para no ser descubiertos con

facilidad. Siempre era más fácil ocultarte cuando ibas a pie.

Los chicos no sabían que se iban a encontrar en aquella colina, pero era la única pista factible que tenían en ese momento.

La ascensión fue dura por que el sol de la mañana ya calentaba con rabia, pero no se detuvieron en ningún momento. Joan ascendía rápido, pues su tono físico era envidiable, pero Khalid con varios años menos que él, lo hacía como si llevara ruedas de serie. ¡Además el tío no sudaba!

Llegaron a una zona en la que vieron restos de basura orgánica y residuos de metal. Bolsas de patatas fritas y latas de refrescos aparecían esparcidos aquí y allá, y en contados puntos, algunos que otro puntal de obra. Joan se acercó hasta lo que parecía un ordenador portátil sepultado de piedras y escombros, y entonces lo vio. El color desapreció de su cara, y un escalofrío recorrió su espalda a pesar del calor de la mañana.

Enterrado entre rocas y arena roja, estaba el reloj de su padre. Joan lo sacó de entre los restos, y lo reconoció al instante sin duda alguna. Era un Tag Heuer Carrera, y grabado alrededor de la esfera ponía: Cameron y Joan, mi tesoro más preciado.

Al chico se le escaparon las lágrimas y estuvo a punto de romper a llorar sin remisión. Khalid se había acercado hasta él, pero no dijo nada, solo observaba el dolor de su amigo. Las manos de Joan temblaban, y se preguntó que habría sido de su hermano.

Entonces en ese momento lo oyó.

Una musiquilla sonaba en algún lado de aquella colina.

El impacto de aquellas letras estaba creando en su frágil estado emocional una mezcla de dolor y abstracción, que a punto estaba de convertirse en obsesión. No veía nada, no oía nada. Para él, en ese momento solo estaban aquellas letras.

Richard había dejado de sentir dolor físico, de hecho en ese momento hubiera sido capaz de bailar un vals. Lo que acababa de encontrar era el mayor hallazgo desde los tesoros encontrados en el Valle de los Reyes. ¡Que diablos, mucho más importante! La euforia se desataba en su cabeza, y solo el sentimiento de culpa por la muerte de su gran amigo Ben conseguía igualar las fuerzas. Siguió leyendo.

Ahora que estás aquí, en la sala del

conocimiento, empieza tu verdadero viaje. Lo que hasta ahora habías leído o escuhado, ya no tiene ningún valor y solo lo tendrá aquello que conozcas desde este punto. Durante años hemos guardado los secretos, a la espera de la señal de Él, pero mucho me temo que no podremos llegar a ver el final. Confiamos en que seas el Enviado por nuestro Señor y honres su nombre como nosotros hemos hecho durante tantos años. Aprende a encontrar el camino y a honrar nuestro testimonio.

Ben no salía de su asombro. Aquellas palabras constituían la verdadera prueba de que su búsqueda de tantos años tenía un fundamento real. Bajo aquellas letras un símbolo en relieve ponía el punto final del grabado. Dos querubines alados se cogían de las manos rozando sus alas. Habían decorado el sello de los querubines con algo parecido al pan de oro, y Richard se sintió tentado de tocarlos. Lo hizo, y un ruido sordo como de roca contra roca zumbó durante un segundo por la cueva. Bajó la vista para mirar de donde provenía el ruido, y vio que en la parte inferior del atril de madera podrida, había aparecido un cajón. Dentro había un libro. Las cubiertas eran de un vivo color bermellón. El cuero en que estaba encuadernado se había agrietado, pero sorprendentemente estaba en perfecto estado de conservación. Richard calculó que aquel libro no debía de tener tantos años como la inscripción de la piedra, por lo que dedujo que había sido colocado allí posiblemente por el último guardián de los secretos, como mencionaba la piedra.

Absorto en aquel libro no escuchó aquella música que volvía a insistir. Tampoco reaccionó cuando unos rayos de luz cayeron sobre su rostro, y comenzó a sonar su nombre cada vez másfuerte.

42

El aire dentro de aquel coche era irrespirable, pero por lo menos tenían un vehiculo en el que pasaban totalmente desapercibidos.

Cameron conducía el pequeño Ford haciéndolo saltar entre formaciones de arena, que hacían la carretera bastante irregular. Además llevaban las ventanillas abiertas por completo, y el denso polvo rojizo del desierto jordano se les introducía sin piedad por la boca y los ojos.

Cameron ya había rodeado la colina donde habían instalado los alemanes su campamento, a modo de reconocimiento. Una de las ocasiones Rashid había simulado bajar del coche para echar una meadita, y se había aventurado sobre una de las miles de dunas repletas de matojos, que abarrotaban la estepa. No había tardado mucho en volver comunicando a los demás que Samer tenía razón, los alemanes estaban levantando el campamento. Cameron arrancó el motor del desvencijado Ford, y volvió sobre sus pasos de camino a Madaba.

A medio kilómetro más o menos, sitúo el coche tras una pequeña formación de arena y rocas donde había un trecho de sombra, y apagó el motor.

- Desde aquí podremos ver hacia donde se dirigen sin que ellos nos puedan ver a nosotros- informó Cameron-.

- No tenemos de qué preocuparnos- continuó el policía-. Uno de los inconvenientes de un gran convoy como el que llevan los alemanes, es que se puede seguir su rastro sin ninguna dificultad.

- Creo que deberíamos volver, aunque sea de pasada, por la explanada del antiguo campamento- interpeló Yanira-.

Aunque nadie lo dijo, los tres sabían a que venía aquella insinuación. Querían asegurarse de que los alemanes no dejaban nada olvidado, en especial alguna tumba. Si habían decidido quitar de en medio a Richard, Ben o a Abdeb, seguro que no los habían dejado abandonados. A nadie le gustaba que descubriesen un cadáver en un lugar donde horas antes solo has estado tú, por lo que lo encubrirían mediante una tumba.

- De acuerdo, tenemos tiempo- sentenció Rashid-. Daremos una pasada por el campamento de esos mal nacidos.

Pocos minutos después una nube enorme de polvo rojizo se alzó hacia el cielo. El campamento se movía.

Richard creyó estar viviendo un sueño. Unos rayos de luz cegadores lo habían deslumbrado haciendo imposible ver nada. Las pupilas de sus ojos habían recogido anhelantes la luz después de horas de oscuridad, y su visión había quedado reducida a tonos amarillos con pequeños puntitos blancos. Poco a poco su retina se fue acostumbrando a la luz, pero lo que vio le hizo creer más firmemente en la idea de un sueño.

De un círculo del techo, de donde provenía la luz, había asomado un rostro, una silueta vaga rodeada de luz cegadora, casi dolorosa. Aquella voz que surgía de aquel rostro no cesaba de gritar su nombre, pero algo aún más raro, aquella voz le sonaba familiar. Richard escuchó con más atención, cuando el corazón le falló durante un instante, tanto que al hombre le pareció que no volvería a reaccionar. ¡Había escuchado la palabra papa!

Por primera vez a Richard se le reveló la identidad de aquel rostro, y si, era alguien familiar. Joan gritaba su nombre asomado al círculo de brillante luz.

- ¿Joan eres tu?- preguntó el profesor en estado de trance-.

- ¡Si papa soy Joan!- contestó la voz desde arriba con jubilo-. ¿Estás bien?

- Si, yo estoy bien, ¿y tu que haces ahí?

- He venido para ayudarte- anunció exaltado Joan-. Papa te voy a lanzar una cuerda, átatela a la cintura, y nosotros tiraremos de ti.

En aquel instante cayó el extremo de una cuerda, que Richard se apresuró a rodear alrededor de su cintura. Al momento, se vio izado hacia arriba, lenta, pero inexorablemente.

Richard se agarraba con una mano a la cuerda, y con la otra sujetaba contra su pecho el libro encuadernado en piel que había encontrado en aquella mágica cueva.

Una vez hubo alcanzado el borde del agujero, tiró de su cuerpo todo lo que pudo para facilitar la labor de su hijo. El sol volvió a cegarlo temporalmente en cuanto estuvo fuera de la gruta, por lo que no pudo ver a Joan con claridad, pero al instante unos brazos lo rodearon por el cuello, y unos labios lo besaron repetidamente en la mejilla.

- ¡Papa estas vivo!, yo creía que habías…- gritó lleno de alegría Joan-. ¡Estaba tan preocupado!

- ¡Que alegría Joan! creía que esos animales te habían…- las palabras se atropellaron en su boca-.

- ¿Donde está Cameron?

- La última vez que lo vi, estaba tratando de esconderse de los

alemanes del campamento, allí abajo- dijo señalando hacia el pie de la colina cabizbajo-.

- Papa, los del campamento ya se han marchado, y no he visto a Cameron con ellos.

Richard no contestó, se llevó la mano que le quedaba libre al mentón, intentando ordenar sus ideas.

- Joan, tenemos que buscar a tu hermano. Dios sabe lo que podrían hacerle esos salvajes.

- ¿Sabes donde han ido?

- Tengo una ligera idea, pero no es segura, ¡así que en marcha!

Los dos enormes camiones MAN bullían de actividad dentro de sus confortables remolques. Un pequeño ejercito corría de un lado para otro tratando de satisfacer las ordenes de Baver, que de pie en uno de los rincones lanzaba gritos a diestro y siniestro.

El equipo de geólogos se había hecho con un plano por satélite de la zona de Rihab donde se hallaba situada la pequeña iglesia de San Jorge. Un ruidoso aparato colocado en una de las mesas, escupía informes sin parar llenos de acotaciones y curvas de terreno.

La información procedía de un satélite antiguo que la NASA había lanzado en 1981 llamado Magsat. Uno de los informáticos a las órdenes de Baver había conseguido piratear un acceso al satélite, que se utilizaba básicamente para el análisis de movimientos de placas tectónicas, pozos subterráneos de gas, y el estudio de las rocas subterráneas de metales valiosos.

- Señor, debería ver esto- dijo en voz baja un tipo calvo que agitaba un enorme papel en la mano-.

- ¿De que se trata Oliver?- preguntó pausadamente Baver-.

- Es una de las prospecciones que nos ha enviado la Magsat. Justo en el lugar donde se encuentra la iglesia.

El papel mostraba una larga línea de color verde con numerosas acotaciones de números en el margen, que abruptamente se curvaba en un ángulo ascendente.

- ¿Que significa esto?

- Señor, la exploración magneto-métrica se dispara justo en ese punto- Oliver dejó de hablar para ver si Baver captaba lo que le estaba diciendo, pero al ver la cara de irritación de el alemán continuó-. Esta prueba se realiza para saber el tipo de roca de cada terreno. Se mandan ondas magnéticas que son devueltas indicando

la cantidad de metal que contiene la roca…

- Y…

- Pues que justo en las coordenadas que usted nos dio, la cantidad de metal de la roca es enorme, por lo que las prospecciones son imposibles de realizar.

Lejos de mostrarse enfadado, Baver inclinó un poco el labio hacia un lado en lo que podía ser considerada una sonrisa. Oliver se mostró aliviado por la reacción de su superior.

- Muy bien Oliver gracias, eso solo demuestra que estamos en el buen camino. Vuelve al trabajo.

Baver se acercó hasta una de las mesas que estaban situadas en uno de los rincones más apartados de la febril actividad, y en ella encontró al paleógrafo árabe. No le gustaba tener que trabajar con aquel hombre, pero había tenido dificultades para encontrar a un paleógrafo, y bueno, aquel tipo surgió como caído del cielo. Baver sabía muy bien lo que haría con aquel maldito moro en cuanto terminara su trabajo.

- ¿Como va eso Mohammed?- preguntó el alemán cortésmente-.

- Ehh, ah bien- respondió el paleógrafo ensimismado en unos papeles-. Estoy refrescando mis conocimientos sobre las lenguas muertas y el hebreo antiguo. Creo que me van a ser necesarios.

- ¡Perfecto, así me gusta! Uno de los pilares de cualquier civilización es la constancia en el trabajo, siga así.

Baver continuó paseando por el camión con las manos a la espalda y observando lo que cada uno de sus empleados hacía en cada una de sus incomprensibles maquinas. El camino hacia Rihab era relativamente corto, pero en el desierto, y con los pesados camiones, se le estaba haciendo eterno. Tal vez, era producto de la impaciencia. A pocos kilómetros estaba el hallazgo más grande de la historia, el que le permitiría volver a hacer resurgir el régimen, el que iba a situar a Alemania en el lugar que sin duda le correspondía.

De repente se acordó de algo, y los ojos se le pusieron en blanco. No tenía ninguna gana de hacerlo, pero estaba obligado. El “Mecenas” había llegado por fin a la misión, y le había solicitado un informe de los últimos acontecimientos. Cogió una carpeta de color verde que descansaba en una de las cajas fuertes de las que disponía el camión, y se encaminó hacia la parte trasera del remolque. Allí, en el fondo, una puerta de acero separaba aquel apocalíptico desorden de gente con una habitación aislada que “El Mecenas” había hecho poner a su disposición. Marcó un número de seguridad en un panel numérico situado en un lateral de la puerta, y entró con

resignación.

Cameron paseaba por el lugar donde tan solo unos minutos antes había estado situado el campamento de los alemanes. Había rastros de hogueras, ropa sucia abandonada en el suelo, y las cosas típicas que quedan después de un asentamiento de varios hombres, pero ni rastro de su padre o su hermano. Yanira también buscaba con desesperación algún indicio sobre su padre, pero ni rastro.

- Cameron, aquí no hay nada- dijo Rashid poniéndole una mano en el hombro-. Aunque no lo creas, eso es bueno.

- ¿Ah si, y por que?- contestó el chico de malas maneras-.

- Por que no hay tumbas, ni…cadáveres.

Cameron reflexionó sobre lo que le acababa de mencionar el policía, y convino que tenía razón.

- Bueno, pues en ese caso aquí no se nos ha perdido nada- dijo el chico caminando hacia el viejo Ford-. ¡En marcha!.

Rashid lo miró y decidió que aquel chico le gustaba. Tenía una determinación digna de admirar en una situación tan complicada como la que estaba viviendo.

43

Richard caminaba con dificultad agarrado del hombro de Joan. Bajar la colina le había resultado más difícil de lo que creía en un principio. Estaba agotado, cansado y le dolía mucho la pierna, que se había golpeado al caer en la cueva.

El viejo Lada refulgía con los penetrantes rayos de sol que caían a plomo sobre su capó. Richard agradeció estar sentado en los cómodos asientos del coche, cuando de repente, oyó esa música otra vez. Era una melodía suave, casi imperceptible, y de repente por su cabeza cruzó la idea de que podía estar perdiendo el juicio, hasta que se fijó en que tanto Joan como el otro chico lo miraban extrañados.

- Papa, ¿llevas un móvil?- preguntó extrañado Joan-.

Al principio Richard no reaccionó. No podía pensar claramente debido al cansancio y a la tensión. Con un acto reflejo se llevó la mano al bolsillo lateral de su pantalón, y sacó un pequeño aparato que emitía luces chillonas y una suave melodía. ¡Era el móvil que Rashid les compró en el centro comercial! Richard ya ni se acordaba que lo tenía, pero allí estaba. Además, alguien estaba marcando el número de su teléfono, pero ¿quien podía ser? Richard no le había dado el numero a nadie, entre otras cosas por que no se lo sabía.

Descolgó como si el aparato le fuese a estallar entre las manos y dijo:

- ¿Hola?

- Por favor ayúdame- imploró una voz al otro lado-.

- Quien eres- cortó tajante el profesor-.

- Abdeb- fue la única respuesta, luego unos segundos interminables de estática en los que Richard se temió lo peor-. Por favor ayúdame, estoy en…creo que a unos doscientos metros de donde estaba el campamento…tras una…duna…tengo…sed.

La comunicación se cortó y la pantalla del móvil se volvió negra. Richard tardó unos segundos en reaccionar. Estaba con el móvil todavía pegado a la oreja, y dando bocanadas como un pez fuera del agua. Se le había acabado la batería.

El Ford avanzaba rápido pese a llevar demasiado peso para un motor tan pequeño. Las nubes de polvo que se levantaban nublaban la visibilidad casi por completo, pero aún así, Cameron maniobraba

el pequeño coche con soltura. Cada pocos metros accionaba el limpiaparabrisas pero eso solo movía más el polvo, así que desistió de hacerlo más.

Nadie hablaba, y cada uno estaba sumido en sus propias cavilaciones. No hacía falta prestar mucha atención para saber por donde habían pasado los alemanes, pues las marcas de las rodadas de los camiones no se desviaban de la pequeña senda que hacía de carretera. Cameron no paraba de darle vueltas a cabeza sobre como salir de aquella situación. En el caso de que consiguieran rescatar a su padre y a los demás, ¿los dejarían los alemanes tranquilos? No creía que eso pudiera pasar. Ellos sabían mucho de lo que allí estaba sucediendo y claro, eso para los intereses de los alemanes no cuadraba. No los dejarían en paz hasta que todos estuvieran muertos.

Una piedra del camino hizo saltar violentamente el coche, y sacó a los pasajeros de sus pensamientos.

- Esto no me gusta- dijo casi para sí el policía-. Los del servicio secreto todavía no han dado señales de vida, y créeme si están enterados de lo que esta pasando, eso es muy raro.

- Estarán esperando su oportunidad- respondió el chico moviendo el volante bruscamente para evitar otra enorme piedra del camino-.

- No, ese no es su estilo- contestó Rashid pensativamente-. A ellos les gusta tomar el mando, no esperar como chacales agazapados tras una duna.

- Bueno, eso les debe preocupar más a los alemanes que a nosotros.

- Según- dijo Yanira hablando por primera vez desde que se montaron en el coche-.

- ¿Según que?- preguntó molesto Cameron-.

- Si no estás contra sus intereses. En este país la corrupción está a la orden del día, sobre todo entre políticos y policías- se giró hacia Rashid- no te ofendas. Si no han actuado ya es por que hay más intereses de por medio, o sea que algún corrupto ha metido sus narices en el tema, por lo que va a ser difícil que le den publicidad al tema.

- Claro, esperaran pacientemente para luego actuar en silencio- interpeló el policía-. Tenemos que estar alerta, solo seremos un pequeño estorbo si ellos lo consideran así.

Durante un rato los tres pensaron en aquel tema en silencio.

- Mirad- dijo Yanira con calma rompiendo el silencio-.

A lo lejos una nube de polvo se elevaba hasta el cielo, y la parte

de atrás de uno de los relucientes Jeep se divisaba entre brumas. Allí estaba el convoy.

De repente los pesados camiones de delante giraron y tomaron un desvío. Cuando Cameron pasó por el lugar por donde habían girado los camiones, pudo ver un cartel que decía: RIHAB.

Khalid corría como un loco de una duna a otra. Se notaba que el chico tenía más experiencia que sus compañeros en buscar en el desierto, por que subía hasta la mitad de una duna, y bajaba de ella rápidamente aduciendo que por allí no había pasado nadie, pues no había huellas ni siquiera borradas por el viento, pues éstas dejan un leve surco en la arena rojiza. Al cabo de unos minutos un grito resonó en la llanura multiplicándose por mil. Era el chico, había encontrado algo.

Joan y su padre corrieron hacia el lugar donde Khalid les hacía señales con las manos desesperadamente. Al llegar allí lo vieron. Abdeb estaba tendido en la arena boca bajo, lleno de arañazos y moretones, y con la cabeza cubierta de sangre. Se temieron lo peor, pero como si estuviera leyéndoles el pensamiento, el hombre levantó un poco la mano, y la dejó caer de nuevo. Los tres se apresuraron a levantarlo del suelo. Abdeb abrió brevemente los ojos, pero los volvió a cerrar casi al instante. Joan le mojó los labios con un poco de agua de una cantimplora, y el árabe abrió los labios. Poco a poco empezó a beber con más ganas, hasta que dio tragos con fruición. Lo incorporaron un poco, y cuando se encontró mejor, lo trasladaron al fresco interior del coche.

Joan se sentó al volante, mientras que su padre y Khalid seguían profesando cuidadosas atenciones al árabe. Al poco abrió los ojos por completo, y los miró con atención. Parecía que le costaba enfocar un poco la vista a causa de la deshidratación.

- ¿Y mi hija?- preguntó con voz ronca-.

- Creemos que todavía la tienen esos hombres- contestó en voz baja Richard.-

- ¿Donde están?- preguntó con determinación-.

- Se han marchado, pero sabemos donde están- contestó Richard-.

Abdeb no contestó. Cerró los ojos y cayó en un estado de duermevela que sin duda le vendría muy bien. Al cabo de cinco minutos abrió los ojos y dijo con determinación:

- Decidme donde están y marchaos.

- No vamos a hacer eso Abdeb.

- No la voy a dejar sola.

- Ni nosotros a mi hijo.

Esta vez el árabe si cayó en un profundo sueño del que despertó cuando el coche detuvo su marcha. Tal y como había pensado Richard, los alemanes solo podían haber ido a un sitio. Antes de destruir el mural había memorizado la clave en forma de números. Las coordenadas de la iglesia estaban claras, ya que no hacía ni tan siquiera un mes que Richard había estado en Rihab estudiando los restos. Solo podía tratarse de un sitio: La iglesia de San Jorge.

Los camiones aparcaron en el centro, en lo que debía ser el punto principal del campamento. Los Jeep se situaron en uno de los lados, y los enormes Hummer en el otro. Se creó una barrera con los Quads en la zona libre donde se iban a plantar las tiendas de campaña, para tener los vehículos más rápidos a mano.

En cuanto los vehículos se detuvieron, los hombres a cargo de Baver salieron disparados, y empezaron a montar el campamento y los servicios anexos al recinto. En solo veinte minutos aparecían diseminadas ocho tiendas de campaña del tipo canadiense, y otras tres más del tipo iglú que se destinaban a guardar herramientas.

El primer problema que tubo que solucionar Baver fue que en la iglesia no estaban solos.

- Hola, soy el profesor de arqueología Michael Trent y trabajo para la universidad de Columbia, ¿quien es usted y que hace aquí?- se presentó de malos modos-.

Michael Trent era un hombre de unos cuarenta y dos años, de pelo rubio y profundos ojos azules. Su constitución física hacía preveer que había realizado bastante trabajo de campo, aunque sus títulos académicos fuesen apabullantes. Baver lo miró con curiosidad primero, y luego le dedicó una de sus repulsivas sonrisas de huron. Las marcas de viruela de la cara de Baver se habían puesto del color de las cerezas debido al fuerte calor de la región.

- Esto es una operación secreta del gobierno- contestó lacónicamente-. No debo ni tengo por que darle explicaciones, aunque si quiere saber algo, es bastante más importante de lo que usted esté realizando.

- ¡Eso son pamplinas, que demonios puede buscar el gobierno en una iglesia de Jordania de hace dos mil años!- contestó iracundo el americano-.

- Ya le he dicho que es información reservada, pero si insiste,

aquí tiene la orden, efectuada por el mismo gobierno Jordano-Baver le tendió un papel con el sello de la capital Hachemita en donde se explicaba que Baver tenia vía libre para hacer lo que le viniese en gana, básicamente-.

- Pero esto es…es un abuso. debían de haberme avisado antes, mis hombres están en medio de una…- las palabras se le entrecortaban al americano en los labios presa de una creciente ira-. Entonces que se supone que debo hacer, ¿marcharme así, sin más?.

- Eso es exactamente lo que debe hacer.

El americano frunció los labios hasta que se le pusieron blancos, y dio un giro casi teatral en dirección hasta donde sus hombres aguardaban noticias. Uno de los arqueólogos que esperaban a Michael cogió el papel que Baver le había dado, y lo inspeccionó de nuevo. Al cabo de un minuto, los cuatro americanos se montaron en un Jeep idéntico a los que tenían los alemanes y se fueron.

Lógicamente la orden que Baver le había dado al americano era falsa, pero para cuando pudieran constatarlo, él ya estaría muy lejos, y tendría en su poder el objeto que habían venido a buscar.

Rápidamente el alemán dio las órdenes pertinentes, y sus hombres se pusieron a trabajar en los alrededores de la entrada a la iglesia. Los geólogos inspeccionaban la profundidad y el espesor de las capas de tierra, mientras que los ingenieros buscaban pistas en la misma estructura de la iglesia. Los demás hombres de Baver, simplemente acondicionaban el lugar.

Al cabo de dos horas apareció Shulze con un grueso fajo de folios tamaño A4 bajo el brazo.

- Señor, tal y como ya sabíamos, la iglesia antigua está bajo la actual de San Jorge. Según el informe del hombre que la descubrió, el arqueólogo Abdel Qader Hussan, la iglesia fue cubierta por la actual que data del siglo III. Hasta ahora solo se ha descubierto una serie de bancos tallados en la piedra y una pequeña estancia que servía para vivir, además de una fuente interna a la que se llega atravesando un túnel…

- Cuéntame algo que no sepa- atajó bruscamente Baver-.

- Pues verá señor, lo que le quiero decir es que no hay nada más.

- ¡Como que no hay nada más imbecil!- rugió el alemán-. Ahí dentro está el mayor tesoro de la historia y lo vamos a descubrir.

Shulze no dio muestras de sentirse ofendido por el insulto, pero si inquieto.

- Señor, como ya le he dicho, los informes geológicos nos muestran que a ambos lados de la pequeña iglesia solo hay arena y piedra, mientras que debajo de ella hay una gruesa cantidad de roca

con un gran contenido mineral- continuó Shulze-. No hay nada que nos muestre más de lo que es esa pequeña iglesia.

- ¡Pues debe de estar escondido entre sus muros, en el suelo o en algún otro lugar, yo no soy arqueólogo, ni geólogo, para eso les tengo a ustedes!.

- Lo sé señor, pero es que…

- ¡He dicho que se deje de excusas y me encuentre ese tesoro!- bramó el alemán que cada vez más se estaba poniendo de color morado-. ¡ Esta en este lugar!

Cameron aparcó el Ford a una distancia prudencial, desde la que no pudieran ser vistos. El campamento se había formado muy rápido, parecía que había surgido de las entrañas del desierto. La actividad febril que se desarrollaba en la explanada de tierra frente a la iglesia bien podía haber pasado por el rodaje de la superproducción de una película americana.

El tipo con marcas de viruela en la cara, el que mandaba allí, estaba de pie en medio del campamento dando órdenes al gigantón rubio, y éste a su vez, las transmitía a voz en grito. Equipos de gente con todo tipo de maquinas extrañas corrían de un lado para otro al son de las ordenes que gritaba el albino, pero de Joan, Abdeb y los demás ni rastro.

- Como lo vamos a hacer- preguntó preocupado Cameron-. Eso es un fortín.

- Aunque estemos ansiosos, lo mejor será esperar- contestó Rashid-.

- Pero es que mi padre…-añadió lastimeramente Yanira-.

- Lo sé Yanira, y aunque mi familia también esta ahí, creo que Rashid tiene razón- contestó Cameron-. Debemos esperar y trazar un buen plan, de nada les serviría a nuestra familia que nos capturasen a nosotros también.

Se produjo un incomodo silencio, hasta que Rashid decidió relajar el ambiente.

- Amman esta a tan solo cuarenta kilómetros de aquí, creo que lo más prudente será que nos hagamos con ciertas cosas que nos van a hacer falta. No creo que esos cabrones se vayan a marchar pronto de aquí.

- Tienes razón Rashid- admitió Cameron-. Estamos en desventaja numérica, pero tenemos lo que en las películas siempre llaman “el factor sorpresa”.

- Exacto, compraremos algunas cosas y volveremos antes de que

caiga la tarde- concluyó el policía-. Esta noche les daremos una buena sorpresa.

Los tres se metieron otra vez en el pequeño Ford y pusieron rumbo a toda velocidad hacia Amman.

El viejo Lada se movía por el desierto con una sorprendente desenvoltura. Las ruedas absorbían el impacto de las piedras del camino de manera casi imperceptible. El aire acondicionado que había sido incorporado nuevo- ya que ese modelo no contaba con él de serie- les hacía muy cómodo el viaje, y gracias a los cuidados que Richard le profesaba a Abdeb, el árabe estaba ya bastante mejor, aunque tenía la cabeza apelmazada con costras secas de sangre. En realidad Abdeb había tenido bastante suerte, pues la herida de la cabeza había sido superficial, casi un arañazo.

Joan conducía ahora con cuidado, pues estaban cerca de donde los camiones habían parado y no quería encontrarse una patrulla de reconocimiento de esos mal nacidos. De repente los pelos de la nuca se le erizaron y se puso totalmente rígido. Una nube de polvo rojizo se acercaba hacia ellos a toda velocidad. Aquello solo podía significar una cosa: un coche venía en su dirección, y los únicos que andaban por aquel lugar eran los alemanes. Pensó en dar un volantazo y salir de la trayectoria de aquel vehiculo, pero no haría más que llamar la atención. Además no había donde esconderse, así que continuó al mismo ritmo, y rezó para que no los reconociesen.

Un viejo y desvencijado Ford con los cristales cubiertos de arena rojiza pasó silbando junto a ellos sin detenerse a mirarlos. Joan suspiró aliviado, e intentó mirar quien conducía, pero el polvo y la velocidad a la que pasó el coche no se lo permitieron.

Joan aparcó el Lada en la cima de una gran duna de arena rojiza pero bastante dura. Estaban a unos dos kilómetros del lugar donde los alemanes habían acampado, pero desde lo alto de la duna se podía divisar perfectamente el recinto de aquellos mercenarios.

Montaron el campamento por la cara interna para evitar que los alemanes pudieran verlos, pero nada más que tenían que subir unos metros para poder vigilar con ayuda de unos prismáticos los movimientos de aquellos sicarios.

- ¿Abdeb como te escapaste de esos animales?- preguntó Joan con interés, una vez que estuvieron sentados todos alrededor de unas apetitosas bolsas de patatas fritas, que Joan había comprado en Madaba-.

- Pues la verdad es que no me escapé- contestó el árabe con una

sonrisa (la primera desde que lo encontraron)-.

El árabe les relató como habían querido humillarlo y matarlo en público al no serles ya útil, pero que la pelea no fue tan bien como el rubio gigante esperaba.

- Supongo que pillé desprevenido a ese animal- dijo sonriendo al relatar la patada que le había dado a Jurgen en los testículos-.

Todos corearon el relato con carcajadas que ayudaron mucho a relajar el ambiente de tensión existente.

- Después el tipo de la cara picada, el que parece el jefe, me dijo que corriera, como en las películas.

- ¡Que hijo de puta!- exclamó Joan encolerizado-.

- Si, es un grandísimo cabron- a lo que todos volvieron a reír otra vez-. Pero supongo que por muy cabron que sea, tiene la puntería más desviada que un bizco apuntando al retrete. Me dio de refilón, pero me hice el muerto y recé para que no vinieran a comprobarlo.

- ¿Y como coño conservaste el móvil?- volvió a preguntar Joan-.

- Joan te he dicho mil veces que no digas tacos- reprendió el profesor a su hijo-.

- Lo siento- contestó el chico fingiendo cara de afectado-.

- Antes de irme con aquellos hombres- continuó Abdeb-. Me escondí el móvil por piezas en distintas partes de mi cuerpo. Esos imbéciles ni se preocuparon de registrarme, solo les interesaba pegarme.

- ¡Que listo el jodio!- bromeó Joan-.

- ¡Joan!.

La mirada de Richard fue más divertida que de reproche, por lo que los cuatro se echaron a reír de nuevo. Por un momento habían olvidado la situación en la que estaban metidos. Joan se levantó, y al rato volvió con una pequeña cafetera y un hornillo de viaje. Tanto Abdeb como su padre lo miraron atónitos.

- Que pasa, me apetecía un buen café, y no lo que tomáis aquí- se volvió hacia Khalid y Abdeb-. No ofenderos chicos, pero ese mejunje que tomáis por aquí, no debe ser bueno para la salud.

Joan había mostrado hospitalidad en este país que consideraba de mala educación decir que no al té o al café, así que creyó que podía decidir él mismo el tipo de café que tomarían los demás. Así que hizo manchados al estilo del mediterráneo para todos. El líquido negro humeante con su generosa ración de leche condensada no fue del desagrado de ninguno de los presentes, en especial de Khalid, que repitió varias veces.

- Tranqui Khalid que como sigas así no va a quedar espacio

suficiente en todo el desierto para enterrar tus cagadas- bromeó Joan-.

Cuando empezó a oscurecer decidieron hacer turnos para vigilar. Le tocó a Joan el primer turno. Subió con una botella de agua a la cima de la duna, y nada más sentarse una nube de polvo lo puso en alerta. El Ford que casi los echa de la carretera esa mañana volvía otra vez. A Joan le llamó poderosamente la atención aquello, por que no llegaron hasta el campamento sino que se escondieron un kilómetro al sur como habían hecho ellos antes. Enfocó la ruleta de los prismáticos, y accionó los infrarrojos. Lo que vio casi le hace caer de la duna. Su hermano acababa de salir de aquel coche.

Alí ya estaba cansado. Había sido paciente, había esperado que aquellos inútiles alemanes avanzasen más rápido, para después poder quitarles la miel de la boca, pero habían resultado aún más incompetentes de lo que él había pensado en un principio. Había seguido a aquellos asquerosos infieles hasta allí, esperando su momento hora tras hora, minuto tras minuto, pero se había agotado su paciencia.

- ¡Jaled ven aquí!- gritó el Israelí-.

- Dígame jefe- preguntó aquel armario sanguinario-.

- Será esta noche.

Por un momento Jaled creyó que no lo había oído bien. Había estado esperando aquello desde que salieron de Amman, y así, de repente, había llegado el momento.

- Avisa a tus hombres y comienza el despliegue.

- Señor que…

- Tu solo haz lo que te digo- atajó Alí-. Que se desplieguen en formación de escuadra, pero que a nadie se le ocurra pagar ni un solo tiro. Si alguien dispara antes de que dé la orden lo mataré yo mismo, ¿entendido?

- Si señor.

- Bien, cuando tus hombres estén en sus posiciones venid a mi Jaima tú y el loco de Yasin.

Al oír el nombre de Yasin un escalofrío recorrió el cuerpo del fornido mercenario que era Jaled. No pudo evitarlo, pues él había matado a mucha gente, pero siempre en combate o en una lucha justa, pero aquel loco era un sádico que torturaba desde mujeres hasta niños, sin importarle una mierda que es lo que habían hecho para merecerse aquella tortura.

- De acuerdo señor- contestó Jaled que salió disparado en dirección a las Jaimas de sus hombres-.

Alí contempló desde lo alto de la colina el campamento de los alemanes y después la iglesia de San Jorge, y empezó a recogerse el pelo que llevaba suelto, en la sempiterna coleta. Para él, aquello era el símbolo de que había llegado el combate. Se relamió los labios.

Ya había caído la noche y la temperatura había bajado considerablemente, por lo que los hombres de Baver habían cesado la actividad del día. Había grupos desperdigados de hombres que jugaban a las cartas, otros fumaban tranquilamente, y algunos hablaban y bebían alrededor del fuego. Cameron tenía claro que si querían intentar cualquier ofensiva, ésta debía llevarse a cabo por la noche. Además no estaba dispuesto a pasar otro día más a la espera de que los alemanes descubriesen algo bajo aquel sol abrasador del desierto. Rashid pensaba como él, por eso habían decidido trazar un plan y llevarlo a cabo aquella misma noche.

En aquellos momentos el policía estaba metiendo en una mochila de nailon el material que habían comprado esa misma mañana, y que pensaban que les sería útil. Las pocas opciones que tenían pasaban por entrar con sigilo y sin alertar a nadie, pero aún así, Rashid había preferido llevar armas.

Dibujaron la distribución del campamento en un folio en blanco. Era exactamente igual que la que habían montado horas atrás cerca de Madaba, lo que les otorgaba una ventaja añadida. Sabía por donde tenían que moverse, sabían donde estarían encerrados Richard y los demás, y sabían que debían aprovechar que aquellos tipos no los esperarían de nuevo. Nadie esta tan loco como para escapar de la muerte y volver a ella pocas horas después.

La estrategia se repasó una vez más hasta que todos tuvieron claro su papel. La idea había sido de Rashid y sobre el papel, parecía la más adecuada. Consistía en llegar al campamento por la zona sur, que era donde estaban montadas las cabinas de baño y duchas. Era una opción peligrosa por que por allí siempre pasaba gente, pero era la menos vigilada. Una vez allí, Cameron avanzaría bajo los camiones situados en círculo y que delimitaban la zona del perímetro exterior, mientras que el policía lo haría en sentido contrario, es decir ocultándose tras los Jeeps y los enormes Hummer. La intención era llegar a la zona central, donde estaban las tiendas principales, y desde allí intentar alcanzar la de los presos

con una ingeniosa maniobra de despiste. Cameron rogó que funcionase. Yanira esperaría en el coche con el motor en marcha para acelerar la posible fuga.

El plan estaba claro, solo faltaba esperar a la hora del toque de queda, y actuar.

Richard estaba totalmente enfrascado en la lectura del libro morado que había encontrado en la cueva, cuando Joan llegó corriendo y agitando los brazos como un poseso. Richard, Abdeb y Khalid se levantaron en guardia, pero se relajaron cuando Joan les hizo un gesto de tranquilidad con las palmas de las manos hacia abajo.

- Papa, no te vas a creer lo que acabo de ver- dijo entrecortadamente el chico-. Cameron…

- ¿Donde está, que le ha pasado?- preguntó alarmado Richard-.

- Nada, de eso se trata- contestó Joan sonriendo-. Acabo de verlo, ¡y no esta prisionero!

- ¿ Que no esta prisionero? Y ¿donde esta si puede saberse?- preguntó contrariado Richard-.

- Esta ahí abajo, haciendo lo mismo que nosotros pero en la dirección contraria.

- Desde donde lo has visto.

- Desde lo alto de la duna.

Salieron corriendo hasta allí, y una vez que estuvieron en lo alto de la duna, Richard tomó los prismáticos de las manos de Joan. Ahora se veía con claridad el Ford, pero no a sus ocupantes.

- ¿Estás seguro hijo de que era tu hermano?

- Si.

El profesor volvió a mirar, y esta vez si que lo vio. Era inconfundible, sin lugar a dudas el que estaba allí abajo era su hijo mayor. Estaba con el policía y con una chica, y parecían muy concentrados en algo.

- ¿Que harán allí?- preguntó Joan-.

- Probablemente lo mismo que nosotros, buscarnos.

- Pero eso es…

- Si hijo, una locura.

- Hay que avisarlos- sentenció Joan-.

- El problema es que estamos en línea recta con ellos, pero en el centro de esa línea están los alemanes. Cualquier intento de contacto con tu hermano puede ser visto, y con ello nuestro final y

el de ellos. Por otra parte, no hay posibilidad de llegar hasta ellos sin pasar por delante del campamento.

- Pero hay que hacer algo- insistió el chico-.

- Si, esperar a que se duerman y que antes de eso tú hermano no haga ninguna locura.

Sentado en la cómoda estancia del camión El Mecenas estudiaba todos los informes que Baver le había entregado aquel día. No eran muy alentadores pero no perdía la esperanza. Sabía que El Arca estaba en aquel lugar, lo presentía. Desde muy pequeño había sufrido los abusos de todo el mundo, desde el campo de concentración donde había vivido hasta los quince años, hasta el momento en que su vida cambió de repente. Aún así nunca había dejado de soñar con el día en que realizaría el sueño de su padre, que no era otro que volver a alzar el estandarte nazi y ver como el mundo entero se arrodillaba para besarlo.

No le había gustado tener que depender de hombres como Baver, que eran la esencia pura del salvajismo y los malos modos, pero no había tenido otra opción. Su identidad no podía ser relacionada con El Arca, por que eso hubiera trastocado seriamente sus planes. Bueno, lo importante es que ya estaba al mando y que la hora final se hallaba cerca, pese a lo que dijeran un montón de informes de hombres pedantes e ignorantes al mismo tiempo. Sentía un fuerte desprecio hacia todos ellos, pero hasta los más grandes de la historia habían tenido que echar mano de secuaces sin cerebro para llevar a cabo sus obras.

Los informes geológicos mostraban claramente que a excepción de lo que se veía a simple vista, no había en aquel lugar nada más que arena y piedras, pero él iba a demostrar que eso no era cierto. Tenía una clara idea del camino que debía seguir, y lo pondría en práctica mañana mismo. Había pensado hacer trabajar a los hombres hasta de noche, pero no era aconsejable. Esa panda de salvajes hormonados podrían destruir alguna pista vital y hacer con eso imposible llevar a cabo el descubrimiento. No, mañana sería el día, y él estaría al frente de los trabajos. Al fin se daría a conocer al mundo y dejaría de ser El Mecenas, para convertirse en el nuevo Führer.

La actividad del campamento se iba extinguiendo a medida que

caía la noche. Los hombres se habían retirado a dormir tras un agotador día de trabajo, y solo unos pocos permanecían jugando a las cartas y bebiendo como cosacos. Cameron los observaba desde la cima de la duna con los prismáticos, ansioso por entrar en acción y dar rienda suelta a su adrenalina.

- ¿Que pasa chico, tienes miedo?- preguntó Rashid desde atrás-.

- No, solo ganas de que esto termine de una vez.

- Yo también tengo ganas- confirmó el policía-. Venga ven, tenemos muchas cosas que hacer todavía.

- Ve tú, ahora mismo bajo.

El policía bajó la duna volviendo la cabeza hacia Cameron de vez en cuando. No le gustaba que el chico estuviera tan preocupado, pues eso podría conllevar a que improvisara y echara por tierra el plan.

Cameron observó una vez más como aquellos asesinos se relajaban, y no pudo menos que soltar una breve carcajada. Deseaba que llegase el momento de atacar solo para ver la cara que ponían. Un policía, una chica y un joven empresario dándoles para el pelo a unos matones a sueldo alemanes. Bueno, fuera como fuese, esta noche allí abajo habría movida. Lo que no podía ni imaginar Cameron hasta que punto.

Ya no podía ver a su hermano, pues hacía rato que las luces de su pequeña hoguera se habían apagado. Lógicamente no querían llamar la atención. El campamento de Cameron se hallaba más cerca del de los alemanes que el suyo, además de estar situado bajo una duna mucho más baja de la que ellos ocupaban. Joan estaba bastante inquieto, pues conocía a su hermano y sabía que no era de los que esperaban mucho tiempo para hacer las cosas. Bajó de la duna pensativo, y se encontró que Khalid estaba durmiendo junto a Abdeb, que debía de estar agotado, pero que junto a las brasas que habían quedado de la hoguera, su padre observaba algo recostado de lado. Se acercó más para ver lo que tanto le llamaba la atención, y por primera vez reparó en el libro de tapas de color bermellón. Richard sostenía el libro con una mano, mientras que con la otra acercaba un tizón ardiendo a modo de improvisada lamparita.

- ¿Que es eso papa?- preguntó Joan-.

- Ehhh, ah Joan eres tu- contestó desorientado el viejo-. Lo encontré en esa cueva.

- ¿Es importante?

- Pues todavía no lo sé bien. Es un galimatías. Empieza resumiendo hechos históricos muy antiguos contenidos en la Biblia, pero en una lengua muerta que además, me esta resultando muy difícil de seguir. Creo que la persona que lo escribió no estaba muy versada en la escritura.

- Papa, creo que debemos pensar como avisar a Cameron antes de que cometa una locura- dijo Joan preocupado-.

- Si hijo, yo también lo creo. Cuando despierte Abdeb pensaremos que hacer- dijo aquello sin mirar a Joan ni un solo instante, y concentrado en la lectura de aquel raro libro-.

El chico se dio cuenta de que su padre estaba en una de sus fases de abstracción, y de que por el momento, no iba a sacar nada en limpio de él, así que deambuló pensativo subiendo una de las caras de la duna arriba y abajo.

Justo en ese momento, cuando estaba cerca de la base de la duna lo oyó. Un silbido, apenas imperceptible, había sonado al otro lado de la duna. Aterrado corrió hasta la cima preparado para dar la voz de alarma en el mismo momento en que vislumbrara a los alemanes, pero lo que vio cuando alcanzó el borde lo dejo sin respiración. Aunque hubiese querido dar la alarma no lo habría conseguido por que la voz no le llegaba a la garganta. Al otro lado de la duna, y a unos doscientos metros por debajo de ellos, un pequeño ejercito marchaba en dirección a los alemanes.

Avanzaban en línea de uno, con fusiles enormes en ristre y preparados para escupir plomo a discreción. No eran muchos, alrededor de veinte, pero estaban fuertemente armados. Al frente de ellos avanzaba un hombre con el torso desnudo y con el pelo recogido en una coleta. Casi avanzaban en cuclillas, así que el avance se hacía muy lento, pero increíblemente silencioso.

Joan salió de su ensimismamiento, y corrió a toda velocidad hasta la base para avisar a su padre. Lo encontró en la misma posición en la que lo había dejado unos minutos antes.

- Papa, no te vas a creer lo que acabo de ver- dijo Joan entrecortadamente fruto de la carrera que se había pegado y del nerviosismo.

Richard levantó la cabeza del libro bermellón, y pestañeo desorientado.

Cameron avanzaba semiagachado en dirección al campamento. Tras él corría Rashid con una enorme mochila a la espalda. Estaban

a unos doscientos metros de la zona donde estaban situadas las enormes cabinas de los retretes y las duchas.

La actividad en el campamento había cesado casi por completo, a excepción de algunos guardias que deambulaban de aquí para allá con desgana.

Una vez que llegaron a el teórico refugio de las duchas, Rashid hizo un gesto con la mano como indicándole a Cameron la dirección que debía seguir, y le entregó un paquete pequeño envuelto en papel marrón. Cada uno se fue reptando hacia el lugar que habían convenido. Cameron corrió en cuclillas unos metros hasta alcanzar el primer camión. Gracias a dios no lo había visto nadie. Esa era una de las partes complicadas del plan.

Por su parte Rashid alcanzó la zona donde estaban aparcados los coches con bastante más dificultad. En dos ocasiones tubo que frenar su avance al descubrir un guardia, y en otra ocasión uno de aquellos tipos pasó tan cerca de él, que el policía creyó que lo habían descubierto, pero al final alcanzó su destino. Bajo uno de los enormes Hummer colocó un paquete idéntico al que le había dado a Cameron. Ahora en su mochila quedaban seis. Continuó arrastrándose hasta que llegó bajo el segundo Hummer y repitió la misma operación. Los guardias parecían haber desaparecido, y eso le dio mala espina.

Repitió la misma operación con los tres Jeep, y colocó los dos paquetes que le quedaban en un costado de la tienda que utilizaban los alemanes como almacén.

Cameron le hizo una seña desde el otro lado de que su parte ya estaba terminada, y él también le hizo la misma señal. Solo faltaba completar el último tramo del plan, que era verdaderamente donde se complicaba la cosa.

Rashid se acuclilló de nuevo, y empezó a correr a toda la velocidad que le permitieron sus piernas en dirección a las tiendas de campaña. Rogó por que no lo viera ningún guardia o todo se habría acabado. Cameron hizo lo mismo desde el lado contrario, y en unos segundos los dos se encontraban con la espalda pegada a una de las tiendas, respirando como peces fuera del agua. El policía sudaba copiosamente aunque la temperatura era bastante fresca. Rashid hizo un gesto con el dedo índice moviéndolo en círculos, y rodearon la tienda cada uno por un lado. Desde esa parte se podía ver el campamento de tiendas al completo, y a su vez podían ser descubiertos con suma facilidad. La tienda que les interesaba estaba solo unos metros a la izquierda de donde estaban, y no se veía ningún guardia cerca, así que se miraron a los ojos, y salieron

corriendo como locos hasta ella.

En ese momento ocurrió todo. Fue tan rápido que Cameron tardó incluso unos segundos en reaccionar, al igual que Rashid. La primera reacción de los dos fue tirarse al suelo. Desde allí tendidos, vieron el infierno que se desató a continuación.

Joan, Richard, Abdeb y Khalid observaron desde la cima de la duna como aquellos hombres armados hasta las cejas, avanzaban en línea recta hacia el campamento de los alemanes. No sabían quienes eran aquellos tipos, pero decidieron que esperarían acontecimientos desde allí, desde su posición estratégica en la duna.

Aquello cambió cuando Richard soltó un gemido mientras miraba a través de sus prismáticos. Dos hombres avanzaban también hacia el campamento desde el lado contrario al suyo. Sabía quien eran aquellos hombres, pero la evidencia se convirtió en certeza cuando la luz de uno de los focos de la zona de las duchas reveló la identidad de aquellos dos hombres. Cameron había entrado en el campamento. ¡Que oportuno!

- Joan, tengo que bajar a ese sitio- dijo en voz baja el profesor-. Esperadme aquí.

- ¡Ni de coña!, yo también he visto a Cameron. Voy contigo.

- Joan, no hay más que…

- He dicho que voy contigo- dijo el chico con determinación-.

- Todos vamos- se unió Abdeb-.

Richard miró las caras de los tres una por una, y supo que ya habían decidido y que no había posibilidad de replica. Cogieron a toda velocidad algunas cosas, y bajaron tras los hombres armados. Guardaron una buena distancia de seguridad, pues no querían ser descubiertos, pero aquellos hombres parecían concentrados solo en lo que tenían delante y no miraron atrás ni una sola vez.

Estaban a solo unos metros de los enormes camiones cuando un tremendo sonido amenazó con romperles los tímpanos. La onda expansiva los lanzó al suelo con tal violencia, que Joan creyó que se había partido el cuello. Durante unos segundos (o quizá minutos) ninguno de ellos pudo moverse del suelo, pero de repente unos

brazos alzaron a Joan en volandas. El chico estaba dispuesto a defenderse cuando vio que se trataba de Abdeb. Richard y Khalid ya estaban de pie junto a él.

- ¿Eso que coño ha sido?- preguntó aturdido el chico-.

No recibió respuesta por que empezaron a llover disparos desde todos los ángulos. Corrieron, o mejor dicho se arrastraron hasta la protección del camión, cuando se escuchó otra explosión, esta vez un poco más alejada. El ruido de las balas zumbaba por todo el campamento, y Joan vio miles de puntitos que parecían luciérnagas, cruzando de un lado a otro y destrozando a su paso todo cuanto tocaban.

- ¡Parece que a empezado la tercera guerra mundial!- exclamó asustado Abdeb-.

- Probablemente sean esos hombres que hemos visto viniendo hacia aquí- señaló Richard-. Van contra los alemanes, por que si esto fuese contra nosotros ya estaríamos muertos.

- ¿Pero quien co… narices son esos tíos?- preguntó Joan viendo la expresión severa de su padre-.

- No lo sé hijo, pero si están contra los alemanes nos van a venir de perlas, toda ayuda es poca.

- Si, pero Cameron aún está ahí fuera.

- Ya lo sé Joan, por eso debemos ir a buscarlo.

Salieron de la relativa protección del camión, y se aventuraron bajo la lluvia de balas que zumbaban en la oscura noche del desierto.

Ernest Baver escuchó la primera explosión cuando se disponía a acostarse en la mullida cama de uno de los camiones. Creyó que alguna caldera había explotado, pero ni por asomo se imaginaba lo que estaba pasando en realidad.

Buscó los pantalones color caqui que había dejado encima de una silla, y salió a la fría noche del desierto Jordano. Lo que vio le impactó tanto que casi le dolió. Una lluvia de balas, que a juzgar por el ruido y los destrozos que estaban causando, eran sin duda de gran calibre, brillaban desde todos los ángulos del campamento. Jurgen, que solo llevaba puesto unos pantalones de deporte cortos, gritaba y posicionaba a sus hombres desde el centro del círculo que formaban las tiendas de campaña. Había que reconocer que aquel gigante era tonto del culo, pero valiente hasta la medula. Las balas chispeantes silbaban junto a la cabeza rubia de Jurgen, pero él no parecía verlas y se mantenía firme lanzando órdenes.

El ataque por sorpresa había cogido desprevenido al alemán, pero era un hombre de guerra, y en pocos minutos sus hombres habían tomado la posición y presentaban dura batalla. Cuerpos inertes caían por todos lados, pero ahora, eran de ambos bandos.

La balanza acabó declinándose gracias a un factor inimaginable y que de ninguna manera había nacido para aquel fin.

Los paquetes que Cameron y Rashid habían colocado bajo los camiones y los coches, llegaron al fin de su cuenta atrás y explotaron. No eran explosivos en sí, pero buscaban aquel efecto. Rashid había fabricado los paquetes tan solo con azúcar, y algo de nitrato de potasio, que compró en una tienda de jardinería como fertilizante. Es increíble lo que se podía conseguir, si a varios productos caseros le añadías además, algo de pólvora de cartuchos de caza. Varios rugidos atronadores empezaron a resonar cada dos segundos bajo los vehículos, acompañados de un humo denso y que picaba en los ojos intensamente. El efecto que Cameron y Rashid habían querido conseguir con aquello era el de la distracción.

Habían calculado el tiempo que necesitarían para entrar en la tienda y hacerse con los prisioneros, y lo habían marcado en temporizadores conectados a los paquetes de aquellas bombas de humo. La confusión haría que pudiesen escapar con mayor facilidad.

Por el contrario las bombas caseras, hicieron salir de sus posiciones a los asustados Israelíes, que se convirtieron en un blanco fácil para las armas de los alemanes. Las balas rugieron en la noche, y los tableteos de los fusiles automáticos fueron sustituidos por los alaridos de los hombres cayendo heridos al suelo. Poco a poco los alemanes estaban ganando la batalla gracias al involuntario efecto de las bombas de humo de Rashid.

Alí observó como sus hombres perdían la ventaja del factor sorpresa, y empezaban a perder posiciones en la batalla. Esas inesperadas bombas habían sido determinantes, pero no se iba a rendir tan fácil. Al fin y al cabo él había estado en situaciones bastante más complicadas.

Se tocó la coleta a modo de ritual, hincó una rodilla en tierra, y empezó a montar partes de un fusil que llevaba en una bolsa de lona. Hasta ese momento Alí se había mantenido expectante, a la espera de cómo los hombres de Jaled machacarían a esos asquerosos alemanes, pero no había contado con las bombas de

humo. Pero no tardaría en solucionar el problema.

Terminó de colocar el receptor del cargador, y enfocó el visor nocturno Shacha. El rifle de asalto Tavor que había elegido Alí, se fabricaba desde los años 90 por la IWI (Israel Weapon Industries) y fue el fusil que empleó cuando militaba en las fuerzas especiales Tzahal (Fuerzas de Defensa de Israel). El arma le dejó tan impactado, que la simbiosis que adoptó con ella fue casi como un flechazo. Miles de veces se habían comentado los varios defectos que presentaba el arma, pero Alí no quería ni siquiera probar otra. Eso sería como si fuese infiel a su mujer con otra. Tranquilamente metió los proyectiles del tamaño 5.56 mm., y controló la respiración.

El corto fusil empezó a moverse rítmicamente en el hombro firme de Alí, escupiendo proyectiles con pausa y cadencia, como si estuviera bailando. A cada tableteo del arma, le seguía un alarido corto, dando a entender que el proyectil había hecho blanco. En menos de dos minutos Alí había acabado con diez alemanes que yacían inertes en el suelo, o bajo sus improvisadas trincheras.

Los hombres de Jaled, espoleados por su líder, ganaron posiciones, mientras que los alemanes reculaban poco a poco. La batalla terminaría en menos de cinco minutos.

Jurgen miraba horrorizado de un lado a otro como sus hombres caían muertos al instante. Ninguno lanzó estertores agónicos, simplemente morían de disparos certeros.

Se refugió detrás de una de las ruedas del camión, y buscó al tirador. Las ráfagas eran disparadas sin mesura, a discreción, y las únicas pausadas, de buen tirador, provenían de un lugar entre las duchas.

El alemán se arrastró entre tiendas, vehículos y balas hacia el lugar donde tableteaba lo que reconoció como un fusil de asalto tipo Bullpup. Él mismo llevaba colgado uno de la espalda, pero aún no había tenido ocasión de usarlo. Su modelo algo anticuado de Heckler & Koch era el que se usaba en la Alemania occidental entre los años 70 u 80. Que podía decir, era un sentimental. En unos segundos llegaría hasta el tipo que estaba abatiendo uno a uno a sus hombres y le daría a probar un poco de su medicina. No quería matar a ese hijo de puta de un disparo. Quería rebanarle el cuello con su cuchillo de combate, para luego desmontar su fusil, y desde el mismo sitio que ese tirador estaba utilizando, eliminar a los

cabrones que les habían atacado.

Durante una fracción de segundo lo vio. El muy cabron estaba usando una Tavor. Ese modelo ya solo lo usaban los Israelíes. “Joder, putos moros de mierda”. Durante esa fracción de segundo, los disparos del rifle cesaron. Alí y Jurgen se miraban fijamente. El Israelí se relamió los labios.

- ¡Joder esto es un puto infierno!- bramó Cameron por encima del rugido atronador de las balas-.

- ¡No te levantes, no levantes la cabeza ni un milímetro del suelo!- gritó a su vez el policía-.

- Joder, ¿pero como puede haber salido esto tan mal?- intentó hacerse oír Cameron bajo el aullido de las balas-. Quien son esos tíos?.

- No lo sé, pero no me voy a quedar a averiguarlo.

Rashid levantó un centímetro la cabeza, y constató con alivio que la mayor parte de aquella miniguerra, se llevaba a cabo en el otro lado del campamento. Trazó mentalmente el camino más seguro, y cuando estuvo preparado le dijo a Cameron que lo siguiera. Corrieron agachados unos diez metros hasta que alcanzaron la relativa protección de una enorme tienda de campaña de color verde militar. La tienda que era su objetivo estaba a tan solo unos cinco metros en paralelo de donde se encontraban, así que hicieron de tripas corazón, y corrieron hacia allí. En la entrada cada uno sacó sus pequeñas pistolas FN Browning de 9 mm., y entraron en la tienda. Allí no había nadie.

Desconcertados, pensaron donde podrían haber llevado a los prisioneros, pero llegaron a la conclusión de que con todo aquel follon no habían tenido tiempo de trasladarlos. Una fea suposición se cernió sobre ellos. Tanto Richard como Abdeb y los demás, nunca habían estado allí. Cameron se dejó caer en el suelo derrumbado, llorando.

En ese momento una voz familiar le dijo desde la puerta:

- Levanta de ahí niñata.

Cameron miró hacia allí, y vio como su hermano le sonreía desde la entrada de la tienda.

Baver sabía desde que comenzó esa aventura que podrían surgir problemas de este tipo, pero aquellos mal nacidos lo habían pillado con la guardia baja. Sabía quien los estaba atacando, pero nunca

creyó que aquellos cabrones tuvieran los huevos de venir a buscarlo en medio del desierto, ¡y en su propio campamento!. Desde la llegada a Jordania sabía que los putos moros andaban tras el tesoro que le correspondía por derecho, aunque hasta ahora los había tenido bien controlados. Además sinceramente, nunca pensó en una batalla abierta por parte de un gobierno. Ahora tras la cómoda atalaya de su refugio en el camión, veía como aquellos hombres que habían surgido en plena noche, les estaban haciendo daño. Confiaba en que Jurgen pudiera controlarlos, pero tendría aquello muy presente para próximos acontecimientos.

Vio como Jurgen se acercó reptando hasta un hombre que disparaba escondido, pero algo distrajo su atención en aquel preciso momento. El viejo arqueólogo que había descubierto la cueva estaba allí. También estaba el árabe al que creyó muerto en Madaba. Bueno, esta vez terminaría el trabajo.

Los observó hasta que entraron en una de las tiendas, entonces sacó de su funda la vieja Walther PPK y salió a la oscura noche.

Cameron abrazó a su hermano con lágrimas en los ojos, y luego buscó a su padre. Se fundieron en un calido abrazo hasta que Rashid rompió la escena.

- Estoy enternecido, pero debemos marcharnos.

- Yo no me voy sin mi hija- cortó tajante Abdeb-.

- Tu hija está a salvo con nosotros, fuera de aquí.

- ¿Donde?

- Cameron la rescató. Nos espera a unos dos kilómetros de aquí con un coche.

El árabe suspiró tremendamente aliviado. Sin más palabras comenzaron a salir despacio de la tienda. Uno a uno corrieron hasta la tienda más cercana, y esperaron a que llegaran los demás. Rashid iba el primero, seguido de Abdeb, Joan, Khalid, Cameron y por ultimo Richard. Ganaron la zona de los camiones sin contratiempos. Estaban a un paso de poder salir de allí, mientras que los disparos seguían silbando en la noche, pero ahora con menos intensidad.

De repente un rugido sonó cerca, muy cerca, seguido de un gemido. Cameron vio como Abdeb se desplomaba en el suelo, y como un charco de sangre se formaba alrededor de su cuerpo.

- ¡Abdeb!- gritó el chico-.

Rápidamente todos se agacharon formando un círculo alrededor del árabe. Sangraba profusamente y no se movía. Cameron le dio la

vuelta y comprobó que aún le latía el pulso. Una bala le había atravesado el omóplato y había salido limpiamente por delante. Sangraba mucho.

- Hay que sacarlo de aquí o morirá desangrado- gritó Cameron desesperado-.

- Nadie va a salir de este lugar.

La voz les pilló por sorpresa, y Cameron casi deja caer el cuerpo de Abdeb del susto. Justo delante de ellos estaba aquel tipo con la cara picada de viruela y que los miraba con una asquerosa sonrisa de huron. Llevaba un arma que refulgía de colores dorados.

- ¡Hijo de puta!- gritó Joan saltando hacia él-.

- Ah ah chaval- contestó Baver moviendo la pistola de un lado a otro en gesto negativo-. Ni lo intentes. No me importaría matarte, pero quiero que veas morir antes a tu querido padre.

- Por que no te quedas conmigo y los dejas marchar- dijo Richard-. Además ellos no saben una mierda y yo tengo algo que seguro que te interesa.

- ¡Vamos hombre!, no creerás que voy a caer en un truco como ese de película barata- ironizó Baver-. Además por que he de dejarlos marchar, les puedo matar a todos, y luego hacer que me digas lo que supuestamente sabes.

- Si haces eso no te diré nada- añadió duramente Richard-.

- Dame alguna prueba que me interese. Que sea buena o me cargo al niño- dijo señalando a Khalid-.

- Seguro que te has encontrado con que la iglesia no tiene nada más que unos bancos de piedra. Además, seguro que has hecho mediciones y prospecciones geológicas y nada de nada. Ahí, según las maquinas y los radares, no hay nada- viendo el gesto torcido del alemán continuó-. Pero yo te puedo mostrar como se entra.

- De acuerdo, tenemos un trato- dijo el alemán-.

Nada más decir esto, levantó el arma y disparó.

Jurgen se dio cuenta de que estaba perdido, el tirador tenia un fusil corto tipo bullpup en el hombro, y Jurgen también portaba el suyo, pero atado en bandolera. El fusil de Jurgen era del mismo tipo que el de aquel tirador, un arma corta de gran precisión, pero aquel tipo lo tenía entre las manos, mientras que Jurgen debía de armarlo todavía. No le daría tiempo ni a intentarlo. Para sorpresa del alemán, aquel tipo lanzó su fusil al suelo, claro signo de desafío, y para corroborarlo dejó a la vista un cuchillo de combate con sierra dentada en uno de sus lados. Jurgen no se lo pensó y aceptó el

duelo. Se deshizo de su fusil, y sacó de su funda un cuchillo igual al de aquel tipo. Avanzó a grandes pasos listo para el combate.

Ernest Baver apuntó durante una fracción de segundo, pero algo le hizo errar el disparo. Una luz potente le iluminó el rostro justo en el momento de disparar, lo que hizo que moviese unos centímetros el brazo. Aún así, su disparo hizo blanco, aunque no con la eficacia que habría querido.

El cuerpo del policía salió despedido por el impacto, y de inmediato comenzó a sangrar abundantemente. Después todo pasó muy rápido. Los dos chicos salieron corriendo hacia una de las zonas donde los Jeep permanecían aparcados. El árabe y el policía ya no eran motivos de preocupación, pero el chico mayor saltó hacia él como un tigre, por lo que Baver lo encañonó directamente a la cara. Un grito hizo que el chico se detuviese, por lo que Baver no disparó, aunque no por ello bajó el arma.

- ¡Ya está bien!- gritó alterado Richard-. Te llevaré hasta El Arca, pero no dispares.

Los dos chicos habían desaparecido, y los otros dos estaban muertos, o pronto lo estarían, por lo que decidió dejarlo estar.

- Ya has visto que voy en serio, ahora enséñame lo que quiero o mato a tu hijo- dijo Baver fríamente-.

Richard aceptó sumiso, y se acercó hasta el alemán.

- Tu hijo viene con nosotros.

- Pero que dices, él no es…

- Es mi seguro de que harás lo que yo te diga, si me engañas le vuelo la cabeza.

Cameron y Richard se miraron, y sin decir palabra comenzaron a caminar hacia la iglesia que se encontraba a unos metros de allí. Baver caminaba detrás de ellos sin bajar la pistola ni un segundo. Justo en el momento en que se giró para marcharse, divisó una silueta. Parecía una mujer. En las manos llevaba algo parecido a una linterna, pero no le dio más importancia.

Yanira bajó del montículo de arena hasta el lugar donde su padre seguía tendido. Al mismo tiempo aparecieron junto a ella Joan y Khalid. Se miraron con asombro, pero no comentaron nada. La aparición de la chica deslumbrando el rostro del alemán había sido vital

- ¡Por Dios, tenemos que llevarlo a un hospital!- gritó horrorizada Yanira viendo el cuerpo de su padre-.

- También tenemos que llevar a Rashid- añadió Joan cogiendo al policía y dándole la vuelta-.

Rashid sonreía, pero de la comisura de los labios le caía una fina gota de sangre. Una oscura mancha carmesí se agrandaba en su estomago.

- Tranquilos chicos, estoy bien- tosió y salpicó a Joan unas gotitas de sangre-. Apenas me ha rozado. Tenéis que daros prisa y llevar a un hospital a Abdeb.

Joan rompió la camisa del policía, y en efecto vio como el disparo le había impactado en un lado del estomago, a unos centímetros de la cadera. Nada grave pero podría morir desangrado si no le atendían.

- Os vamos a llevar a los dos- dijo Joan firmemente-. así que cállate esa boca de poli que tienes.

Rashid sonrió, pero al instante se le torció el gesto en una mueca de dolor. Yanira seguía acariciando la cabeza a su padre, y llorando sin consuelo.

- Khalid, ¿crees que puedes ayudar a Yanira a llevar los cuerpos al coche?- el chico asintió con decisión-. Pues llévatelos, yo voy a por mi padre.

- No podremos con ellos- sollozó Yanira que intentaba levantar en vano a su padre-.

Joan comprendió que era cierto. Morirían los dos si no los llevaban a un hospital. Ayudaría a trasladar a Abdeb y a Rashid, y luego iría a por su padre.

Levantaron a Abdeb entre Yanira y Joan, y luego el chico llamó a Khalid. Dejó caer el peso de Abdeb bajo el hombro del chico, que resistió con entereza. Luego volvió, y con un esfuerzo sobrehumano levantó a Rashid. El policía pesaba más que Abdeb, pero se podía mantener en pie con un poco de ayuda.

Comenzaron a caminar en la dirección que Yanira les indicó que había aparcado el viejo Ford. En un principio pensaron en llevarse un Jeep, pero ninguno tenía las llaves puestas, y buscarlas podría suponer un peligro más grande.

Con esfuerzo llegaron al viejo Ford, y acomodaron a Rashid y Abdeb en el asiento trasero. Cuando Joan indicó a Yanira que se marcharan, un disparo arrancó uno de los espejos retrovisores del coche.

- ¿Ya os vais nenitas, y sin despediros?.

A tan solo unos metros de ellos, Yasin los miraba con cara de

loco.

- Ya os dije en el hotel que acabaría por encontraros.

Los ojos de aquel hombre brillaron, y una sonrisa que era la misma encarnación del mal afloró a sus labios.

44

La entrada de la iglesia estaba iluminada por unos potentes focos que dotaban a la fachada un aspecto fantasmagórico. Richard encabezaba la marcha, seguido por su hijo Cameron, y tras ellos, muy cerca, Baver.

Entraron en la cámara salvando los tres escalones excavados en la roca, y que conducían a la sala principal. Se encontraron con un área circular de unos dos metros y medio de diámetro, y que su descubridor había considerado como el ábside de la iglesia.

Varios asientos de piedra decoraban la pequeña estancia, y junto al mosaico escrito en griego del suelo, constituían todo el mobiliario de la iglesia. En un túnel aparecían esparcidas varias herramientas de trabajo, que denotaban que los arqueólogos habían estado trabajando en aquel lugar hasta hacía poco. Unos planos cerca del túnel dejaban entrever que aquel era un conducto de agua parecido a un acueducto.

Richard sacó el pequeño libro bermellón, y comenzó a examinar sus páginas con bastante rapidez. Movía la cabeza con gesto negativo cada vez que pasaba de una página a otra, hasta que dio con lo que estaba buscando.

- ¡Aquí esta!, sabía que tenía un significado, pero no lo había visto claro hasta ahora- dijo Richard para sí mismo-.

- ¿Que has encontrado?- preguntó Baver-.

El profesor continuó su perorata como si no le hubiese escuchado. Se acercó hasta los bancos de piedra, y se sentó en uno de ellos. Comenzó a mirar hacia una pared, y al poco lo desechó. Se levantó y se volvió a sentar en otro. Tampoco le gustó. Continúo así hasta que al fin, en uno de los bancos situados más al centro, se sintió satisfecho.

- Cameron hijo, ven aquí- llamó Richard-.

- Dime papa.

- Que es lo que ves en esa pared del fondo- Richard señaló un trozo de pared excavado en la roca, y en la que no había nada a excepción de polvo de muchos siglos-.

- No veo nada papa.

- ¿Estás seguro?- volvió a preguntar con una sonrisa en los labios-. Fíjate bien.

- Papa, solo veo piedra y grietas producidas por los años- expresó Cameron confundido-.

- ¿Estás seguro de que son grietas?

El chico forzó aún más la vista confundido, pero no acertó a ver nada fuera de lo común. Una serie de grietas surcaban la pared desde el techo, hasta el centro de la pared, donde confluían todas.

- Hijo, recuerda lo que aprendiste de griego cuando eras pequeño, ¿que pone en la inscripción de la entrada?

-το 70 αγαπημένη από το Θεό και τη θεία.Pone:“los 70 amados por Dios y lo divino”.

-Exacto hijo- exclamó con emoción Richard-. Ven conmigo.

Baver no les quitaba ojo de encima, pero no intervino en ningún momento. Richard se acercó hasta la pared que habían estado mirando, e instó a Cameron a que observara con mayor atención. Después de varios minutos, Cameron agrandó los ojos, y miró con sorpresa a su padre, que le sonreía con displicencia.

-¡Papa, aquí hay setenta agujeros!- exclamó Cameron-.

-Exacto hijo.

-Setenta, al igual que los setenta amados- concluyó-.

-Eso es, ahora solo nos falta saber que quiere decir eso.

Richard abrió el libro y examinó varios pasajes desde la pagina veinticuatro, que es donde comenzaba la explicación sobre el camino seguido por los discípulos cristianos. Después de dedicarle varios minutos a la lectura de aquellas paginas, Richard por fin dio con algo.

-Aquí pone que los setenta cristianos expulsados necesitaban esconderse de los romanos, por lo que necesitaban agujeros que los ocultasen, y las llaves que estaban en su corazón.

-No lo entiendo papa- terció Cameron-. Que tiene eso que ver con esta pared.

-A los cristianos antiguos les gustaba mucho jugar con el sentido de las palabras. Los agujeros podrían interpretarse como cuevas, o como agujeros literalmente.

-Si, puede ser. Los agujeros los tenemos- dijo Cameron señalando los de la pared-. Pero ¿y la llave de su corazón?

-A menudo llamaban así a cosas que colgaban cerca del corazón, como medallones, broches y cualquier cosa que se pudiera llevar cerca del pecho.

Richard cerró el libro pensativo, y entonces lo vio. En la cubierta de color bermellón, brillaba en color dorado, una especie de símbolo que se asemejaba con dos querubines alados.

-Los querubines que guardan El Arca- susurró Richard-.

El profesor tocó uno de los bordes del símbolo, y constató que

era de metal. Rascó uno de los bordes con la uña, y cedió. Siguió rascando, y poco a poco saltó de su lugar en la tapa del libro.

En la mano daba bastante más sensación de ser un medallón. De la cara que estaba enterrada en la portada del libro, sobresalían muchos puntitos de unos dos centímetros aproximadamente.

Richard se acercó hasta la pared, y colocó el medallón por la parte de los puntos alargados sobre la pared. Casaba a la perfección con los agujeros de la pared.

De repente un ruido de mecanismo de roca sobre roca se abatió sobre la pequeña sala. Una nube de polvo densísima lleno la habitación, y los hizo toser hasta que poco a poco se disipó. Donde antes había estado una pared de roca sólida, ahora se veía la negrura de la entrada a un túnel.

Jurgen paró una patada baja que le lanzó Alí, y contraatacó con un directo que golpeó violentamente la mandíbula de aquel tipo.

- *Ich werde dich töten sehr langsam*- dijo con rabia el alemán-. Te voy a matar muy lentamente.

El combate podía parecer desigual, ya que Jurgen sacaba más de treinta centímetros al israelí, y unos veinticinco kilos más de puro músculo, pero Alí no perdía la sonrisa cada vez que el gigante le golpeaba. Es más, parecía gustarle. Aquellas sonrisas ponían cada vez más de los nervios al alemán, que golpeaba con furia el cuerpo del israelí.

-¡De que te ríes maldito cabron!- rugió Jurgen-.*Moor're a fucking shit*. Eres un maldito moro de mierda.

Jurgen escupía palabras de odio en su idioma natal. Aquel tipo le enfurecía de veras. Alí encajó otro derechazo que le hizo caer a la arena del desierto, pero se levantó de inmediato sorbiéndose la sangre de la comisura de la boca.

-Basta ya de jugar- dijo muy serio Alí-.

El gigante rubio rugió al escuchar las palabras del israelí, y cargó otra vez contra él. Esta vez Alí si respondió al ataque. Jurgen lanzó una sucesión de golpes rápidos con ambos puños, que Alí esquivó con elegancia, casi como si bailara. El israelí contraatacó con una patada lateral que impactó de lleno en la mejilla derecha del alemán, pero éste apenas pareció notarla y siguió con su frenético golpeo al aire.

En esta ocasión Jurgen si alcanzó al israelí golpeándolo fuertemente en el ojo derecho, y acto seguido le lanzó otro directo

que impactó en la sien izquierda. Alí se tambaleó, pero no cayó al suelo. La sonrisa se había borrado de su cara.

-Parece que ahora no estás tan contento- exclamó Jurgen sonriendo-.

-Esto no se ha acabado. De hecho aún no he empezado.

Alí se lanzó contra Jurgen a una velocidad endiablada, y lanzó una patada circular que adquirió más fuerza al ejecutarla con un ágil salto. El talón del israelí golpeó en la mandíbula del alemán, y un horrible sonido de huesos rotos crujió desde la cara de Jurgen.

El rubio cayó al suelo cubriéndose el rostro con ambas manos, que al cabo de un segundo se le llenaron de sangre. El alemán profería alaridos de dolor tendido en la arena, y el israelí se acercó, y le propinó una fuerte patada en las costillas. Y otra, y otra más. Ahora el israelí se empleaba con saña contra el cuerpo del alemán, que gemía con cada golpe que le propinaba su rival.

Inesperadamente Jurgen reaccionó cogiendo una de las piernas del israelí cuando iba a golpearlo, y retorciéndose con rapidez le golpeó con fuerza en los testículos. Los ojos de Alí parecieron salirse de las orbitas, y cayó de rodillas gimiendo. Jurgen se levantó con mucho esfuerzo. Su cara parecía un cuadro de Picasso. La mandíbula estaba torcida de una manera grotesca hacia la derecha, y la barbilla y el cuello estaban totalmente teñidos de rojo.

Jurgen agarró a Alí de la coleta, y le propinó un fuerte rodillazo en la cara. Miles de gotitas de sangre salpicaron la arena. La pelea se estaba volviendo una carnicería, y los dos hombres sangraban abundantemente por la boca, las cejas, la nariz y en algún que otro corte del pómulo.

El alemán no perdió ni un instante, y propinó una serie de repetidas patadas en el cuerpo del israelí, pero guardando las distancias- no quería que lo pillase por sorpresa-. La pelea parecía llegar a su fin, ya que el israelí estaba sufriendo una severa paliza, cuando éste se levantó tan velozmente, que a Jurgen no le dio tiempo a reaccionar.

El israelí sacó su cuchillo de combate de la funda donde momentos antes lo guardaba, y desafió al alemán. Jurgen hizo lo propio con su cuchillo, y durante unos instantes ambos contendientes se dedicaron a observarse. Parecían estar buscando algún punto débil en su adversario, cuando Alí se lanzó gritando como un poseso.

Jurgen se defendió como pudo, incluso llegó a alcanzar levemente el antebrazo de Alí, pero el combate duró poco más. Alí utilizó un método que había aprendido en la unidad del SWAT de

Israel llamado Kapap, y que se emplea en tácticas de combate cuerpo a cuerpo.

Con dos rápidos movimientos Alí proporcionó varios pinchazos a Jurgen, para luego trazar una trayectoria diferente y asestar varios cortes. El alemán sorprendido solo pudo limitarse a defenderse, hasta que Alí efectuó un clásico movimiento de Moshe Galisko destinado a acabar con el rival atacando a zonas desprotegidas, y hundió el cuchillo de arriba hacia abajo en el cuello de Jurgen. Rápidamente inició el golpe final hundiendo la afilada hoja del puñal en el pecho del gigante alemán, y girando la hoja para hacer más mortífera la herida. Jurgen cayó al suelo entre espasmos, y al poco se quedo quieto en la ardiente arena del desierto.

Alí recogió su fusil, se lo colgó a la espalda y se dirigió tranquilamente hasta la zona de las duchas. En medio de la sangrienta batalla que se desarrollaba entre los hombres de Jaled y los alemanes, Alí dedicó medio minuto a limpiar su cuchillo, y otros cinco a ducharse y quitarse la sangre que había empezado a secarse de su cuerpo. Cuando hubo terminado, se recogió la coleta, y decidió que la lucha con el alemán había sido un buen entrenamiento, pues el tío era duro, pero ahora debía encargarse del motivo principal por el cual estaban en aquel lugar. Así que comenzó a andar con paso tranquilo.

Yasin propinó una fuerte bofetada a Joan que hizo que al chico le lagrimease el ojo derecho. Khalid yacía tendido en el suelo fruto de un puñetazo que aquel sádico le había dado en plena cara.

Yanira saltó del coche, y golpeó con todas sus fuerzas a Yasin por la espalda, pero el hombre no pareció sentirlo, y se giró contemplándola con curiosidad.

-Soy más afortunado de lo que creía- dijo sonriendo Yasin-. No solo me encuentro con mis dos amigos, sino que también tengo la suerte de poder contar con una bellísima señorita.

-¡Ni te atrevas a tocarla maldito hijo de puta!- gritó Joan desde el suelo-.

-¿O si no qué?- repuso enfadado Yasin-. Mira chaval, tienes que saber que vais a morir todos aquí esta noche, pero antes de eso disfrutare a tope con vosotros.

Yasin cogió por el pelo a Yanira. Esta intentó soltarse, pero Yasin dio un fuerte tiron, y la inmovilizó.

-Ricura, siéntate en el suelo y espera tu turno. Tengo preparado

algo muy especial para ti.

Yasin lanzó a Yanira al suelo, y centró su atención en Joan. Levantó al chico del suelo con una fuerza brutal, y lo llevó hasta el coche. Luego recogió a Khalid que seguía inconsciente, y lo dejó junto a Joan. Los dos chicos estaban apoyados en el capó del Ford cuando Yasin empezó a bajarse los pantalones. Miraba a Joan con ansia mientras que hacía esfuerzos por soltarse la correa.

Yanira soltó un grito de ayuda viendo lo que se proponía hacer Yasin, pero este la abofeteó de nuevo. Yasin se puso delante de Joan vestido únicamente con unos calzoncillos, y empezó a romperle la camiseta ferozmente. Luego le quitó los pantalones, y contempló relamiéndose el cuerpo semidesnudo del chico. Repitió la misma operación con Khalid, que estaba volviendo a recuperar la consciencia, aunque ni siquiera se movió cuando aquel animal le quitó la tunica mugrienta.

Yasin contempló a los dos chicos, y decidió también unir a la chica al grupo. La desvistió de forma brutal, y la empujó junto a Joan y Khalid. Se mostró ante ellos con los brazos en jarras, y mirándolos lascivamente. Presentaba una abultada erección que empujaba los calzoncillos y pugnaba por salir.

Tardó un rato en decidir por cual de los tres empezaría, y al final se decantó por el chico pequeño. Lo haría así: chico, chica, chico. Se relamió.

Levantó a Khalid por el cuello, y lo apoyó contra el capó del coche, apretándole la cara contra el caliente metal. Le besó el cuello, y comenzó a morderle los lóbulos de las orejas. Joan intentó levantarse, pero aquel animal le había golpeado fuerte, y le dolía todo el cuerpo. Gritó con todas sus fuerzas, pero aquel maniaco ni lo miró.

Richard entró en el túnel bastante despacio. No se fiaba de que pudiera haber trampas colocadas con el fin de salvaguardar el secreto que durante años había permanecido oculto. Tras él, venía Cameron con Baver siempre pegado.

Allí dentro no se veía nada, así que Richard encendió su linterna, pero el polvo hacía imposible la visibilidad más allá de dos metros. En una esquina Richard pudo ver algo parecido a una mecha, por lo que sacó una caja de cerillas e intentó prenderla. No funcionó pues la mecha estaba húmeda por todo el tiempo que llevaba bajo tierra, pero aún así, Richard lo intentó de nuevo. Al tercer intento la mecha prendió, y un siseo resonó a lo largo del

túnel mientras que la mecha se consumía.

De repente comenzaron a sonar fogonazos a lo lejos, que progresivamente se acercaban hasta ellos. El último sonó muy cerca de la cabeza del profesor iluminando la estancia.

Colocadas a una distancia de un metro cada una, aparecían repartidas por toda la entrada, unas antorchas que se perdían en el final del túnel. Ahora la claridad era enorme, pero el aire se hizo irrespirable. Decidieron avanzar a buen paso antes de quedarse sin oxigeno.

Avanzaron unos veinte metros, hasta que llegaron a una sala bastante mejor iluminada, en la que había un atril en el centro. En la roca de la pared habían hecho pequeños orificios en los que se habían colocado pequeñas “bombillas” caseras fabricadas con aceite de oliva. La sala no era muy grande, pero daba la sensación de majestuosidad al estar tan bien iluminada. En algunas zonas se habían recubierto las paredes con madera, y se habían fabricado estanterías.

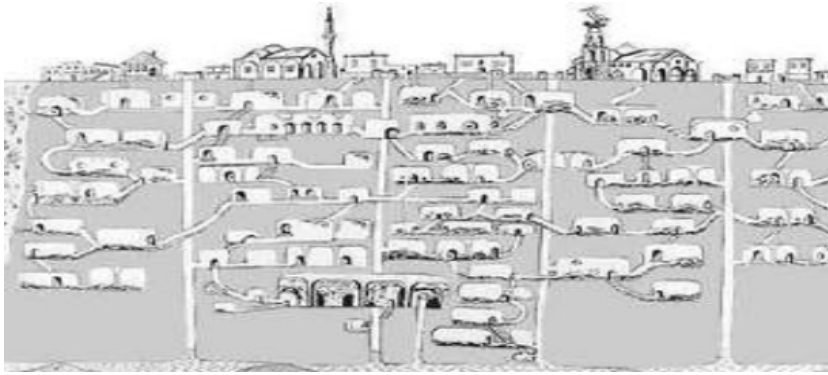
-Esta zona debía de ser la biblioteca- susurró Richard ensimismado-.

-No lo entiendo papa, ¿para que iba a querer nadie una biblioteca en un lugar escondido como este?

Richard no le contestó, a decir verdad ni lo oyó, pues ya estaba de camino hacia el atril del centro de la sala. Era un atril enorme, parecido más a una mesa de arquitectura que a un atril para dejar libros. Richard se quedó asombrado ojeando el contenido del atril, hasta que Cameron y Baver llegaron junto a él.

En aquella mesa, había un plano enorme de una construcción. Bajo el plano, aparecían varios puntos donde se podían leer varias frases explicativas sobre él.

Una serie de cuevas que parecían casas formaban una intrincada red de pasadizos, que conectaban unas con otras formando un increíble laberinto de varios niveles de profundidad. Junto al enorme plano había un pequeño libro, de apenas quince centímetros, que Richard cogió con sumo cuidado. Las páginas estaban amarillentas por el paso de los años, y parecían que de un momento a otro podrían desintegrarse. En aquel libro explicaba con todo lujo de detalles la distribución de los pasadizos y la historia de aquella maravillosa construcción.



- ¡Es increíble!, es exacta a la ciudad de Derinkuyu- exclamó fascinado Richard-.

- ¿Que es la ciudad de Derinkuyu?- preguntó boquiabierto Baver-.

- En 1963 un habitante de la ciudad de Derinkuyu, que esta en la capadocia- Turquía-, encontró por accidente una habitación que desconocía, y que estaba anexa a su casa. Ésta le llevó a otra, y a otra más. Se encontraron con una fantástica ciudad subterránea de más de ochenta y cinco metros de profundidad, aunque solo se han podido explorar cuarenta metros…

- ¿Y eso que tiene que ver con esta cueva?- preguntó malhumorado Baver-.

- Mucho, ¡Es que no lo ve!- exclamó Richard emocionado-. ¡Esto cambiará la historia! Desde que se descubrieron las casas-cueva de Derinkuyu, se han atribuido a los Hititas, pero en el año 1400…

- ¡Déjese de monsergas históricas y explíquemelo en palabras que pueda entender!- rugió Baver-.

- Pues que aquellas casas, en Turquía, debieron de ser construidas por cristianos huidos al imperio otomano- como Cameron y Baver seguían dando muestras de que seguían sin comprender, continuó-. La reproducción de este mapa que tenemos aquí, es exactamente igual al de las casas-cueva de la capadocia.

- ¿Y que relación tienen estas con las de Turquía?- preguntó Cameron a su padre-.

- Los cristianos fueron perseguidos durante muchos años por los romanos, los turcos y muchos otros. Se conocen migraciones de cristianos a Turquía gracias a las relaciones que algunos hombres influyentes iniciaron con los turcos, que en aquel momento luchaban contra los romanos. Una vez en Turquía debieron de esconderse para no verse perseguidos y asesinados por los ejércitos

otomanos. Supongo que algunos de aquellos cristianos, construyeron las casas-cueva para esconderse. Lo que hemos descubierto hoy, es la prueba viviente de que entre aquellos hombres había alguno que había aprendido la forma de vivir bajo tierra que se había desarrollado aquí, y la puso en práctica en Turquía.

- ¿Quieres decir que hay más sitios como este?- preguntó el alemán-.

- ¡Claro!. En la capadocia se conocen algunas ciudades subterráneas más, pero ninguna tan importante.

- Es impresionante- exclamó Cameron asombrado-.

- Pues a juzgar por los planos que tenemos aquí, esta es más grande que la cuidad de Derinkuyu, y aquella tiene alrededor de veinte niveles subterráneos.

- Bueno basta ya de charla- cortó Baver-. ¿Dice algo de interés el libro que tienes en las manos?

Baver señaló el libro bermellón que Richard había encontrado el cueva de Abdeb, y luego se fijó también en el pequeño ejemplar que había junto a los planos.

- En el libro más pequeño, se detalla con claridad las salas que se encuentran en cada nivel, y como acceder hasta ellas por los distintos túneles. Es como un plano de la cuidad. En el mío, parece estar detallado una especie de diario, pero no entiendo el idioma en el que está escrito.

Baver escuchó aquello con atención, y acto seguido sacó un pequeño móvil de un bolsillo lateral de su pantalón. Marcó un número y esperó contestación.

- ¿Si señor?- contestó una voz en el otro lado de la línea-.

- ¿Esta contigo el paleógrafo?

- Si, aquí está señor

- Tráelo a la entrada de la iglesia ahora mismo.

- Pero señor, es que…fuera están…disparando.

- Tienes cinco minutos- hizo una breve pausa-. O seré yo el que te dispare- colgó-. Ah, y dile a Jurgen que me envíe a Bernard y a Albert, y que traigan también un equipo completo de supervivencia. Bueno, ahora os voy a traer a un viejo amigo vuestro, y después todos juntos vamos a llegar al final de esta ridícula caverna.

Yasin resoplaba como un animal en celo. Solo el contacto con la piel de Khalid le estaba provocando una terrible erección. Además,

ya se estaba imaginando lo que venía después. Se daría un festín con la chica, pero acabaría de la mejor manera posible, con el chico blanco. Sentía debilidad por la piel suave y tersa de los europeos. Además sospechaba que el chico se resistiría, lo que aún le daba más morbo si cabe.

El pequeño que tenía aprisionado contra el coche no se resistió ni un momento. Estaba aterrado, y aquello sin duda lo había paralizado. Bueno, Yasin hubiese preferido lucha, pero no se puede tener todo.

Bajó una de sus fuertes manos, y apretó la nalga derecha del chico, que gimió al notar el contacto. Yasin se colocó de manera que podía vigilar a la chica y el chico. No quería sorpresas inesperadas. Se bajó los calzoncillos hasta las rodillas, y contempló como su pene se alzaba tieso hacia el cielo. Agarró de la nuca a Khalid, y le obligó a doblarse sobre el capó del coche. Tanteó entre la tunica del chico, pero antes de poder sentir ningún contacto con la piel de aquel chico, un fuerte golpe lo hizo caer al suelo. Desorientado intentó levantarse, pero otro tremendo golpe le abrió una brecha en la cabeza. Oyó una maldición, y algo que se rompía. Esta vez lo que le golpeó fue una pierna, pero con bastante debilidad. Otra maldición. Otra patada sin fuerza que le golpeó en las costillas, pero esta vez, Yasin reaccionó. Agarró con fuerza aquella pierna, y con un certero puñetazo, alcanzó la parte interna del muslo, junto a la entrepierna. Un gemido, y un cuerpo cayó al suelo. Yasin se levantó a toda prisa y pudo ver como un hombre que sangraba en abundancia por el estomago, se retorcía de dolor en el suelo.

- Tío, no sé quien eres, pero acabas de firmar tu sentencia de muerte- siseó Yasin-.

La primera patada impactó en la cabeza de Rashid, que se llevó las manos a la sien intentando protegerse de la próxima, pero ésta llegó directa a la herida del estomago. El policía aulló de dolor, intentando contener la perdida de sangre que se había avivado con el golpe. Rashid se vio alzado en volandas, y observó como aquel tipo se le acercaba hasta casi tocarle el rostro con la punta de la nariz. El policía no pudo ver bien su cara, pues tenía la vista borrosa, y solo veía miles de puntitos brillando en la neblina. Aquel asesino le dijo algo, pero Rashid solo distinguió las palabras: “matar” y “follarme a los crios”. Otro golpe en la nariz le hizo perder la consciencia.

Alí se sentía a gusto con su cuerpo, que para él era lo más importante del mundo. Ahora que se había purificado con la ducha, se sentía con fuerzas para cualquier cosa. Le dolía un poco la nariz y las costillas, pero nada que no se pudiera soportar.

Desde lejos observó como dos de aquellos asquerosos alemanes, se escondían agachados alejándose de las balas que inundaban el centro del campamento. Al principio pensó que eran sucios desertores que tenían miedo de morir, pero aquello cambió cuando distinguió la silueta de otro hombre, al que parecían escoltar. Aquel tipo era un árabe. Aquello no le cuadraba, ¿dos asquerosos nazis jugándose la vida para escoltar a un árabe?

Alí se olvidó por completo de la batalla que sus hombres estaban manteniendo con los alemanes, y decidió seguir a aquella extraña comitiva. Al cabo de un minuto, los vio entrar por la puerta de la iglesia. Aquello se ponía interesante. Sin prisas, se encaminó hacia la entrada por la que habían desaparecido aquellos infieles sacando su pequeña pistola, y acariciando el fusil que colgaba de su espalda.

Cuando Mohammed entró seguido por dos de aquellos rubios que parecían clones, y que portaban enormes mochilas, no pudo menos que soltar una exclamación de total fascinación. Con la boca abierta contempló la sala donde se situaba el atril sobre el que habían encontrado el libro, y los grabados en griego del suelo de la iglesia.

- Querido profesor, pase, pase, tenemos trabajo para usted- exclamó risueño Baver-.

- Pero esto, esto es…- las palabras se le atragantaban en la boca-.

La mirada del paleógrafo acabó por fin en Cameron, que lo miró sorprendido a su vez.

- ¿Que hace usted aquí?- dijo el chico furioso-. Está con ellos desde el principio.

- No, el señor Mohammed ha sido…" reclutado", para la causa después de que lo conocierais- adujo Baver-. De hecho, os debe a vosotros el honor de haberse unido a la misión.

- Señor baver, ¿Qué es esta sala?- preguntó Mohammed ignorando las miradas furiosas de Cameron-.

- Lo único que usted necesita saber es que ahora empieza su trabajo de verdad- añadió Baver-. Traduzca el libro que tiene el señor Smith.

Mohammed lo miró durante un segundo, y luego se acercó hasta

Richard, cogió el libro con las tapas de color bermellón que éste sostenía entre las manos y lo mantuvo frente a él. El paleógrafo ojeó el libro durante algunos minutos.

- Las primeras paginas son una mera introducción, a partir de la pagina doce comienza un diario- expuso Mohammed-.

- ¿Un diario?- preguntó el alemán-.

- Si, un diario. Es fácilmente reconocible, lo que no me cuadra son las partes entre capítulos donde se entremezclan los hechos puramente cotidianos del diario, con indicaciones sobre una construcción y textos encriptados.

- Eso tiene fácil explicación- intervino Richard-. El primer libro debe ser como dice Mohammed un diario, pero también contiene la forma de superar las posibles trampas que los antiguos cristianos, sin duda alguna, pondrían en este lugar. El segundo libro nos muestra el camino, y el primero como superarlo.

- Pues entonces como ya tenemos todo lo necesario, en marcha- exclamó Baver-.

Los dos rubios que habían traído a Mohammed empujaron a Richard y a Cameron hacia la entrada del túnel, que se abría paso en la negrura desde uno de los laterales de la cueva, y se colocaron justo detrás. La comitiva la cerraban Mohammed, y por ultimo Baver, que seguía con la pistola en su mano.

Yasin dejó caer a aquel tipo al suelo. Se había desmayado y no creía que le diese más problemas por el momento. Además estaba ansioso por empezar con los crios. Ya se encargaría de aquel hombre después.

Se dio la vuelta para poder observar a los asustados crios, pero de repente un dolor ciego se expandió por el puente de la nariz hasta explotar en la frente. Se tambaleó unos pasos hacia atrás, pero antes de recuperar el equilibrio otro latigazo de dolor le hizo perder por completo la verticalidad. Se tocó la nariz y descubrió que sangraba abundantemente. No podía ver nada, todo su cuerpo parecía centrarse en el intenso dolor de la nariz. Otro golpe más, pero esta vez en la oreja izquierda. De inmediato dejó de escuchar los sonidos nítidamente, para escuchar tan solo un profundo y prolongado pitido.

A pesar del intenso dolor que estaba padeciendo, hizo acopio de todo el esfuerzo que pudo reunir, y apoyó las manos en el suelo para intentar levantarse. Lo consiguió, pero apenas se podía sostener en pie. Intentó enfocar la mirada, pero todo a su alrededor

daba vueltas, así que se sintió mareado. El dolor de la nariz y la oreja lo estaba matando, pero se calmó. Yasin era un hombre curtido en batallas, y en más de una ocasión había sufrido heridas en combate, así que sabía que lo mejor en aquellas situaciones era olvidarse del dolor. Por fin logró concentrar su mirada en un punto fijo, y lo que vio le puso la piel de gallina.

Junto a él estaba el chico blanco. Tenía los labios contraídos en una mueca de ira que dejaba ver una fina hilera de dientes. En una de sus manos llevaba un trozo de madera- seguramente el mismo palo con que lo había golpeado aquel policía- y que ahora había quedado reducido a solo un pequeño trozo, que el chico blandía a modo de cuchillo.

Yasin decidió atacar, y con un terrorífico grito, se lanzó hacia el chico. Joan trató de clavarle el trozo de madera en la cara, pero falló cuando Yasin lo esquivó con un veloz movimiento. La punta del trozo de madera se clavó varios centímetros en el hombro de Yasin, pero este ni se inmutó y arrolló a Joan lanzándolo por los aires. Yasin comenzó a golpear frenéticamente el cuerpo caído de Joan a la misma vez que lanzaba alaridos furiosos. La sangre le caía por la cara y el brazo en grandes gotas, pero no dejó de golpear el cuerpo del chico ni un solo segundo.

De repente un ruido atronador retumbó por encima de los gritos animales de Yasin, y el golpeteo del hombre cesó. Los ojos de Yasin se quedaron muy quietos, y su cuerpo parecía presa de una parálisis completa, a excepción del brazo izquierdo, que se movía en pequeños espasmos. La boca de Yasin esbozó una sonrisa, y dos espesos goterones de sangre cayeron por sus comisuras, mientras que los ojos seguían fijos en Joan. Por fin, en lo que al chico le pareció una eternidad, el cuerpo de aquel hombre se derrumbó. En la espalda humeaba un enorme agujero por el que salía muchísima sangre.

Tras el cuerpo sin vida de Yasin, apareció Khalid empuñando el arma que Rashid había comprado en Amman esa misma mañana.

45

Las linternas alógenas que transportaban los dos gigantes rubios, alumbraban de sobra el estrecho pasadizo por el que caminaban Richard y los demás. Se habían adentrado por el túnel unos quinientos metros, pero no se veía el final de aquel claustrofóbico pasillo excavado directamente en la roca.

Cada pocos metros hacían una pequeña parada para comprobar el plano que portaba Richard, y constatar que iban por el camino correcto. En el dibujo de la ciudad subterránea aparecían dos túneles paralelos, pero por el momento no habían encontrado la salida del primero.

- ¿Mohammed, puede usted traducirme este texto?- preguntó Richard al paleógrafo mostrándole el libro.

- התחנה הראשונה בדרך תצטרך למצוא אותו בתוך עצמך – exclamó Mohammed-. Es una variante del hebreo, pera más antigua. Pone: "La primera parada del camino deberéis hallarla en vuestro interior".

- ¡Estupendo, más galimatías!- repuso exasperado Baver-.

- Solo son acotaciones al margen. Quiere decir que debemos seguir las instrucciones del libro para guiarnos con seguridad- explicó Richard-.

Por fin llegaron al final de aquel agobiante túnel, para dar con una sala bastante más amplia. Los techos, excavados directamente de la roca, eran bastante más altos que los de la sala donde habían encontrado el libro, y las paredes brillaban con luz propia gracias a miles de puntitos de cuarzo incrustados en la roca. De una claraboya excavada en el techo, brillaba un débil rayo de luz que confluía directamente contra un espejo, y hacia rebotar los rayos dorados por toda la sala.

La habitación estaba dominada por un enorme sello en una de las paredes laterales. Richard se acercó curioso, seguido de Cameron y Mohammed. En la parte superior del mural había varios dibujos en relieve de personas acarreando piedras enormes y trabajando en la construcción de lo que parecía ser una iglesia. En la parte inferior, varias hileras de palabras se superponían formando frases incomprensibles. Algunas de esas palabras sobresalían varios centímetros de la pared, y otras en cambio, formaban huecos que parecían haber sido cincelados en plena roca. A Richard le pareció un trabajo bastante tosco.

- Cameron no toques el mural con las manos desnudas- advirtió

Richard a su hijo-. Recuerda lo que le pasó a Nami.

- ¿Por que no se puede tocar la pared?- preguntó Baver-.

- Antiguamente se usaban potentes venenos mezclados con alucinógenos para cubrir superficies que se deseaban mantener alejadas de los curiosos. Así murió el primo de Abdeb.

- ¿Que se supone que es eso?- Cameron señaló la pared-.

A media altura del techo, unas pequeñas cabezas de león talladas en la roca, los miraban intensamente. Estaban colocadas a unos cinco metros entre sí, y con las bocas abiertas en un eterno rugido. Formaban una línea perfecta rodeando por completo la sala.

- No lo sé, parecen ser un símbolo o una especie de escudo de armas- apuntó Richard-.

El profesor se acercó hasta una de las paredes para observarlas mejor, cuando una de las baldosas de piedra del suelo cedió. Un audible sonido mecánico retumbó en la sala, y la boca del túnel por el que habían llegado quedó sellada por una enorme roca. Los dos alemanes desconcertados intentaron escapar, pero no llegaron a tiempo.

Inmediatamente después, de las bocas de los leones situados en la pared, empezó a caer una fina arena rojiza.

En pocos segundos el suelo se cubrió del fino polvo, y se fue acumulando con rapidez.

- ¿Que ha pasado?- preguntó aterrado Mohammed-.

- Creo que hemos puesto en funcionamiento una trampa- gritó Richard para hacerse oír por encima del rugido de la arena-.

- ¡Detenga esto de una vez!- chilló Baver alzando la pistola hacia Richard-.

Richard corrió hacia el fresco de la pared, y se puso a examinarlo. Luego hizo un gesto con la mano para que se acercaran Cameron y Mohammed.

- La solución tiene que estar en este mural- inquirió Richard extrañamente calmado-. Mohammed, usted intente traducir lo que pone desde la primera línea. Cameron, tú y yo intentaremos buscar otra solución por la sala. Fíjate en algo que no hayas visto cuando entramos.

Rápidamente Cameron se dirigió hacia una esquina de la habitación, y su padre a la opuesta. Mohammed gritaba frases desde el mural, mientras que Richard y Cameron inspeccionaban la sala desde el suelo al techo.

- ¡Aquí solo pone descripciones de cómo se realizó la construcción de la sala!- gritó nerviosamente el paleógrafo-. ¡Espera, aquí pone algo!

- Léenoslo en voz alta- ordenó Richard-.

- “En la búsqueda de la verdad, varios caminos confluyen hasta nuestro Señor, pero solo uno conlleva el encuentro con la sabiduría”.

- ¡Sigue!.

- “Y Dios dijo: De la tierra brotará la verdad, cuando el Arca de la Alianza y las tablas de la Ley pudieran por fin ser reveladas”.

En aquel momento desde un lado de la habitación Cameron profirió un grito que atrajo la atención de los demás.

- ¡Aquí hay algo!, de la boca de uno de esos leones a caído algo- Cameron corrió con dificultad a causa de la arena hasta el lugar donde había visto caer un objeto brillante-. ¡Aquí hay algo metálico!

- ¿Que es?- preguntó nervioso Richard-.

- No lo sé, se está enterrando.

El nivel de la arena crecía rápidamente, y casi les llegaba hasta los tobillos. Cameron buscó frenéticamente entre el polvo rojizo, y al fin levantó un objeto metálico para que todos pudiesen verlo.

Era un trozo de metal en relieve, del tamaño de un paquete de tabaco. Uno de sus bordes se curvaba en un ángulo perfecto de noventa grados, y en el otro lateral una suave estría indicaba que había sido cortado.

- No está completo, parece que lo han cortado por un lado- anunció Cameron gritando para hacerse oír entre el rugido salvaje de la arena cayendo-.

- *Auch hier etwas gesunken*- gritó uno de los gigantes rubios-.

- Dice que por allí también ha caído algo- tradujo Baver-.

Rápidamente el alemán cogió otro trozo de metal exactamente igual al que había cogido Cameron segundos antes, y lo mostró para que los demás lo viesen.

- ¡Rápido, llevádselos a Mohammed!- ordenó Richard-. Mohammed, tú te encargaras de colocar los trozos de metal en la pared, estoy seguro de que es el único lugar donde pueden coincidir. Los demás nos encargaremos de encontrar los trozos que caigan antes de que la arena los cubra.

- ¿Pero como sabré donde han de ser colocados?- preguntó el paleógrafo visiblemente nervioso por la tarea que le acababan de encomendar-.

- Échale imaginación- cortó Richard-. Seguro que ese muro nos quiere decir algo.

Rápidamente Cameron se puso de cara a la pared que le quedaba más cercana, al igual que su padre hizo lo mismo con la

suya. Los dos gigantes rubios no replicaron la decisión, y se ocuparon de una de las paredes, mientras que Baver se volvió hacia la restante con bastantes más reticencias.

Poco a poco fueron cayendo más trozos de metal, que rápidamente llevaban hasta donde Mohammed se afanaba por encajarlos como si de un puzzle se tratara. Hasta el momento no había tenido suerte, ya que no había conseguido colocar ninguno.

- ¿Como va eso Mohammed?- preguntó Richard-.

- ¡Muy mal!, aún no sé que pueden significar estos trozos de metal.

- Pues debe darse prisa. No nos queda mucho tiempo.

El paleógrafo apartó la mirada del mural durante un segundo para mirar a Richard. Su mirada le indicó al profesor que el paleógrafo estaba al borde del colapso emocional, y que casi parecía implorar ayuda.

- Baver, dile a uno de tus hombres que se haga cargo de mi pared.

- ¿Donde cree que va profesor? Aquí las órdenes las doy yo.

- Mohammed necesita ayuda, y si no quiere morir enterrado en esta sala, déjese de tonterías de gallito.

Baver no contestó, por lo que Richard dejó su sitio en un lateral de la sala para acercarse hasta el mural. Mohammed lo recibió con un profundo suspiro de alivio. Rápidamente Richard cogió los dos trozos metálicos que formaban ángulos de noventa grados, y observó el mural con atención.

- Estos trozos solo pueden estar colocados en alguna esquina- dijo pensativo el arqueólogo-. Por lo tanto debemos encontrar zonas en las que se formen escuadras perfectas de noventa grados.

- Solo las esquinas del mural son ángulos de noventa grados, y ya lo he probado. No encajan.

- Pues entonces deben de ir colocadas en otro sitio.

- Que le hace estar tan seguro de que se tienen que colocar en algún sitio.

- ¿Se le ocurre algo mejor?

- No.

- Pues a trabajar.

El nivel de la arena seguía subiendo inexorablemente. Hacía ya rato que no habían vuelto a ver ningún otro trozo de metal, y Cameron empezó a notar un creciente nerviosismo. Baver miraba constantemente hacia el mural de la pared contigua con los ojos desorbitados. Realmente estaba asustado, pero Cameron estaba seguro que moriría enterrado allí, antes de mostrar abiertamente el

miedo que sentía. Durante un segundo Cameron se preguntó si moriría en aquel lugar, hasta que un grito atrajo su atención.

- ¡Lo tengo!- grito Richard-. ¡Es el Arca!

- ¿Que dices papa?

- ¡He encontrado la solución! Las piezas metálicas coinciden con las dimensiones del dibujo del Arca de este mural.

En un lateral del muro, casi escondido, un dibujo en relieve de unos monjes Levitas transportaban unas largas pértigas, en cuyo centro reposaba una caja con unos querubines en la tapa. Richard colocó una de las piezas que acababan en ángulo en una de las esquinas inferiores del dibujo, y al instante retumbó en la sala un ruido como de piedras rozando entre sí. Sin perder ni un segundo puso en su lugar el otro trozo que formaba la base de la caja, y se produjo el mismo sonido de piedras arrastrándose.

Durante unos minutos Richard colocó el resto de piezas metálicas completando el dibujo del Arca, como si de un puzzle para niños se tratase, y a cada pieza le seguía el mismo ruido de piedras moviéndose.

Cuando el dibujo del Arca estuvo completo, Richard se alejó un poco para ver el resultado. Un precioso mosaico del Arca quedó reflejado en la pared, y casi como por obra de magia, los leones de la pared dejaron de escupir arena. Todos los presentes en la sala suspiraron al unísono, y luego comenzaron el lento y fatigoso recorrido por la arena para acercarse más al muro.

Cuando todos se hallaban juntos contemplando el mural, un escalofriante ruido de rocas, comenzó a sonar de nuevo, y de la boca de los leones surgió un nuevo vomito de arena tres veces mayor al que había caído tan solo unos minutos antes.

En solo unos instantes se vieron cubiertos de arena hasta el pecho.

Khalid lloraba de rodillas con el arma todavía en las manos. Joan se acercó hasta él para intentar consolarle, pero el chico rechazó su ayuda. Joan comprendió que Khalid necesitaba estar solo un rato. Además, él todavía tenía muchas cosas que hacer. Se acercó hasta Yanira, y le hizo un gesto para que se acercase hasta él.

- Yanira tienes que sacar de aquí a tu padre y a Rashid de inmediato- le dijo a la chica mirándola directamente a los ojos-.

Un pensamiento cruzó por la mente de Joan en ese mismo

momento, que se le antojó verdaderamente idiota. Por primera vez, se dio cuenta de lo bonita que era Yanira. Tenía unos profundos ojos almendrados, que le hicieron sentir vértigo. Desvió la vista, pero sus ojos se posaron en sus labios cuando la chica habló. Aquellos labios carnosos… ¡por Dios deseaba besarla! Joan se sintió realmente mal por estar pensando en aquello mientras su padre estaba Dios sabe donde, y justo al lado de él, dos hombres estaban a punto de morir desangrados. Por no hablar que habían estado a punto de morir a manos de un psicópata asesino. Pero le costaba tanto dejar de mirar a Yanira. Por un segundo dejó de escuchar lo que la chica estaba diciendo, y en su mente solo se repetía una y otra vez la imagen de Yanira y él besándose.

Con un terrible esfuerzo de concentración, alejó aquellos pensamientos de su cabeza. Ahora no podía pensar en aquello.

- Yanira, coge el coche y lleva a tu padre y a Rashid al hospital más cercano- la chica asintió-. Después acércate hasta la comisaría más próxima, y cuéntales lo que está sucediendo aquí.

- ¿Y si no me creen?- gimió la chica con angustia-.

- Diles que Rashid estaba con nosotros y que le han herido- contestó Joan no muy convencido-. Tal vez así te crean. ¡Corre no pierdas más tiempo!

Entre los dos llevaron al policía, y lo dejaron con cuidado en el pequeño coche. La cara de Rashid estaba totalmente manchada de sangre que había empezado a secarse. La herida del vientre se había abierto de nuevo, y estaba formando una horrible mancha color carmesí en la camisa del hombre.

- Khalid, ven aquí- llamó Joan-.

El niño se levantó, y se acercó hasta él arrastrando los pies.

- Khalid, debes ayudar a Yanira a llevar a Rashid y Abdeb al hospital.

El niño levantó la mirada, y durante unos segundos se quedó mirando a Joan fijamente a los ojos.

- No.

- ¿Que?

- Que no me voy.

- ¿Pero que quieres decir?, no es momento de perder el…

- He dicho que me quedo- cortó con determinación-. Yanira, ¿sabes llegar al hospital sin ayuda?

- Si, creo que si, al menos…

- No me necesitas para conducir, así que me quedo.

- ¡Pero estas loco!- se desesperó Joan-. Aquí te pueden…

- He dicho que me quedo. Tú me necesitas más que ella.

Joan observó los ojos del chico, y se dio cuenta de que no le iba a hacer cambiar de opinión, por lo que decidió no perder un tiempo vital para la vida de Abdeb y el policía en discusiones.

- Está bien Yanira, corre al hospital y haz lo que te he dicho.

La chica se sentó al volante y desapareció como una exhalación en medio de la oscuridad del desierto.

- Bueno amigo, ¿vamos a salvar a mi padre?

Khalid no contestó, pero esbozó una media sonrisa, que daba el visto bueno a la operación.

Alí sintió el contacto de una mano en el hombro, y rápidamente se giró haciendo una llave de artes marciales inutilizando la muñeca de su adversario. Amartilló la pistola, y se la puso en la sien a su atacante, pero una voz familiar hizo que se detuviese.

- ¡No tío, no dispares!- Jaled suplicaba con la voz entrecortada por el dolor de la muñeca retorcida-.

- ¿Que haces aquí?- preguntó Alí secamente-.

- Te he visto venir hacia aquí, y he pensado…nuestros hombres se están ocupando de los alemanes perfectamente solos, así que…

- Está bien- dijo Alí soltando la muñeca de su comandante-.

- ¿Donde vas?- preguntó Jaled frotándose la muñeca dolorida-. Aquí no hay nada.

- He visto entrar a dos de esos alemanes escoltando a un árabe, y además hace rato que no veo por aquí a Baver. Esto me huele mal, y creo que en esa iglesia hay algo.

- Voy contigo.

Alí miró a Jaled y observó como el Israelí estaba ansioso por tener más acción, así que pensó que podría serle útil en una confrontación.

- Está bien, vamos.

Los dos hombres se encaminaron a la entrada de la iglesia.

Joan y Khalid contemplaron horrorizados la matanza que se estaba desarrollando en el campamento. Varios alemanes aparecían desperdigados por el suelo, heridos o muertos, mientras que en el otro lado del campamento, gritos de dolor sonaban por parte de los Israelíes.

Se veían pocos hombres, pero los disparos no cesaban. Las armas seguían escupiendo balas desde varios rincones escondidos por toda la explanada del campamento.

Los dos chicos avanzaron agachados y lejos de la zona principal de fuego, hasta que consiguieron llegar a la entrada de la iglesia donde habían visto desaparecer a Richard y Cameron. La iglesia estaba en penumbra, pero algo más adentro, en una sala contigua, brillaban luces apagadas y titilantes. Khalid dio un paso para entrar, pero Joan lo detuvo.

- ¿Has escuchado eso?

- ¿El que?

- Me parece que he escuchado voces.

- Deben de ser de tu padre y tu hermano. Debemos ayudarles.

- No, creo que vienen de fuera.

En ese justo momento aparecieron Alí y Jaled. El Israelí miró a los chicos con asombro, y durante unos segundos, la mirada de aquel sicario se fundió con la de Joan.

- ¿Que diablos hacéis vosotros aquí?- preguntó Jaled-.

- Lo mismo podemos preguntaros nosotros- retó Joan.

- ¡Será cabron el enano este!, te vas a enterar…

- Jaled, déjate de tonterías o te quedas aquí- amenazó Alí-.

De repente un ruido ensordecedor retumbó en la sala. Alí se lanzó al suelo y desenfundó su arma. Jaled se quedó clavado en el suelo como si le hubiesen pegado los pies con cemento, mientras que Joan y Khalid se dieron cuenta de lo que estaba pasando. La entrada del túnel por la que se accedía a la cueva, se estaba bloqueando por una enorme piedra. Joan se lanzó de inmediato seguido de cerca por Khalid, pero el polvo que se estaba desprendiendo del techo, y la poca luz que había en la habitación, dificultaban mucho el avance. Finalmente no fueron capaces de llegar a su destino, y la entrada quedó sellada.

Durante unos segundos no ocurrió nada, pero de nuevo, sin previo aviso, comenzó otra vez el infernal ruido de rocas contra rocas. El polvo hizo imposible ver que estaba sucediendo, y tanto Joan como Khalid se arrojaron al suelo tapándose la cabeza con las manos pensando en un derrumbe.

Al cabo de unos segundos el ruido cesó, y el polvo se fue diseminando. En la pared opuesta a donde había estado la entrada del túnel, se había abierto otro túnel. Éste era bastante más grande que el anterior, y en el marco de la entrada se podía leer una inscripción en hebreo.

- ¡Que coño ha sido eso!- gritó nervioso Jaled-.

- Se ha cerrado una entrada y se ha abierto otra nueva- informó Alí levantándose del suelo-.

- ¡No me jodas, eso ya lo he visto! ¿pero por que ha pasado eso?

- Los que construyeron este lugar debían de tener varias entradas. Han debido de pasar por aquí esos alemanes, y la cueva nos ofrece otra alternativa.

Jaled no entendió ni una palabra de lo que su jefe le estaba diciendo, pero no quería discutir con él. Alí comenzó a caminar hacia la entrada del nuevo túnel, y Jaled lo siguió. Joan y Khalid también se levantaron y fueron hacia aquella entrada, pero el Israelí los detuvo.

- ¿Donde creéis que vais?

- Usted no sé, pero yo voy a ayudar a mi padre y a mi hermano.

Alí pareció confuso, pero al instante una luz se encendió en su cabeza.

- ¿Quien es tu padre?

- Mi padre es Richard, profesor de arqueología- contestó con orgullo Joan-.

- Así que eres hijo del americano. Muy bien, vendrás con nosotros.

El Israelí pensó que aquel chaval le podría ser útil en un posible intercambio. Joan no pareció muy conforme, y se soltó furioso de la mano de Alí que lo atenazaba del brazo.

- Yo no voy con nadie. Voy a buscar a mi padre, y si quieres seguirme, allá tú - replicó altivo Joan-.

- De acuerdo, vamos entonces contigo- contestó servicial Alí-.

Cuando pasaron por el arco de entrada a la cueva, Joan recitó por lo bajo unas palabras.

- ¿Que has dicho chaval?- preguntó de repente Alí-.

- ¿Que?

- ¿Que qué acabas de decir?

- Ah, nada, solo leía lo que pone ahí arriba- el chico señaló la inscripción del marco-

- ¿Y que pone?

- הצדיקים למצוא את דרכם , “ Los justos encontraran el camino”. Es hebreo- explicó Joan-. Mi padre se empeñó en que una profesora me lo enseñara en un viaje que hice con él a Jerusalén. Supongo que por mantenerme ocupado.

Alí miró al chico, y pensó que realmente había sido buena idea llevar a aquel mocoso con ellos. Quizá sirviera de algo realmente.

Richard se devanaba los sesos buscando una explicación. Creía que había dado con la clave, pero no había hecho más que acelerar

el proceso. La arena le llegaba ahora hasta los hombros, por lo que ninguno se podía mover. Mohammed y él estaban casi pegados al muro, y alejados unos metros por detrás de ellos se encontraban Cameron, Baver y los dos gigantes rubios que lloriqueaban como dos niños. Estaba seguro de que no se había equivocado, pero era evidente que había pasado algo por alto. La arena rugía con tal fuerza, que parecía un huracán en medio del mar. Por primera vez Richard se dio cuenta de que no encontraría la solución a tiempo, pero no por ello dejó de buscarla. Trató de decirle algo a su hijo, pero una bocanada de arena se le introdujo por la boca y lo hizo toser violentamente. Cameron gritaba unos metros detrás de él, sin duda queriendo decirle algo, pero el aullido de la arena no le dejó oír lo que decía. Mohammed lo miró con ojos suplicantes durante un segundo, hasta que la arena le cubrió la cara. Era el más bajito y por lo tanto la arena lo enterró antes que a los demás.

Richard vio con desesperación como desaparecía el paleógrafo bajo aquel polvo rojizo, y se abandonó a su destino. La idea de que Cameron también moriría allí lo hizo llorar, pero las lágrimas quedaron cubiertas po el polvo nada más salir de los ojos. Algo en su interior ardió con rabia cuando pensó en que su hijo moriría por su culpa. ¡Un momento!, algo en su interior, de repente una frase le inundo la cabeza: “La primera parada del camino deberéis hallarla en vuestro interior”.

Sin pensarlo dos veces, alargó la mano hasta el muro, y tocó el dibujo del Arca que había realizado con las piezas metálicas. El relieve del dibujo había crecido, y en el centro parecía más abultado. Dio un fuerte tiron, y las piezas de metal cayeron a la arena, siendo engullidas al instante. En el centro, donde antes había estado el simple dibujo en la roca del Arca, había ahora un agujero. Richard alargó la mano, y para su desesperación se dio cuenta de que no llegaba. ¡Por Dios solo unos centímetros! Las yemas de los dedos rozaron el agujero, pero no llegó a tocarlo.

Un golpe en la cabeza le hizo darse la vuelta, para encontrarse directamente con la mirada de Baver, que solo tenía una mano fuera de la arena, y la cabeza tapada hasta la nariz. El golpe que Richard había recibido había sido el del arma de Baver. Richard lo entendió al instante. Cogió el arma sin pensar, alargó el cañón hasta la boca del agujero, y presionó con todas sus fuerzas. En ese momento el rugido de la arena se hizo aún más atronador, y de repente Richard se desmayó.

Yanira atravesó a toda velocidad la entrada reservada para las ambulancias, y aparcó justo delante de las puertas correderas del hospital. Empezó a tocar el pito del coche con insistencia, hasta que un par de enfermeros acudieron a su encuentro. Rápidamente les relató las heridas que sufrían el policía y su padre, y siguió a la carrera las camillas que los transportaron hasta los quirófanos.

Una vez allí, a Yanira solo le quedaba esperar a que los médicos trabajasen, pero antes debía de hacer algo. Pidió a una celadora que le prestara un teléfono móvil, y que la llamara por el si surgía alguna complicación en las operaciones. La chica accedió con no pocas dudas, pero la desesperación en el rostro de Yanira terminó por convencerla.

La chica salió del hospital, y condujo hasta la comisaría más próxima. El policía de guardia era un hombre gordísimo que apenas se dignó a mirar a Yanira por encima del mostrador. La chica comenzó a ponerse nerviosa ante la pasividad de aquella mole con placa.

- ¡Oiga, es que no va ha hacerme caso!- exclamó indignada la chica-.

- Señorita, estamos hasta arriba de trabajo para que venga…

- ¡Acabo de llevar al hospital al policía de homicidios Rashid junto con mi padre!- empezó la chica-. Los dos están malheridos por disparos de bala, y si no quiere que hable directamente con el capitán Azid, herido en un atentado por los mismos que casi matan al detective Rashid, ¡mueva el culo de una vez!

El orondo policía sorprendido por las palabras de la chica, dejó un donuts de azúcar encima de unos papeles, y corrió hasta un teléfono que estaba en una mesita auxiliar.

- Sargento, tiene que escuchar esto- dijo el policía indicando a Yanira que se acercase hasta él-.

Richard tenía la boca pastosa, y cada vez que intentaba tragar agua, le venían tremendas arcadas. No podía ver nada, solo escuchaba la voz de su hijo, y sentía como le mojaban los labios con aquel líquido divino que era el agua.

- ¿Te encuentras mejor?

Richard abrió los ojos, y se encontró con los de su hijo Cameron. Alrededor de él también estaban los dos gigantes rubios y Baver.

- ¿Que, que…ha pasado?

- Papa, nos has salvado.

- ¿Como?, ¿que he hecho qué?- Richard estaba confundido hasta que recordó donde estaba. Se levantó de golpe, pero otra nausea hizo que se recostara de nuevo-. Pero como…

- Ahora descansa- tranquilizó Cameron-. Todos necesitamos descansar. No nos moveremos hasta que estemos recuperados.

- ¿Y Mohammed?

- Está inconsciente, pero por lo menos sigue vivo- contestó Cameron-.

- Cuando despierte me llamas- dijo muy lentamente el profesor, y luego se durmió-.

Cameron acomodó a su padre en el suelo de arenisca, y recorrió la fría sala en la que se encontraban. Aquello no le gustaba. Aquella sala era una especie de recibidor de una casa. Allí no había nada, solo la invitación a seguir por el pasillo que salía hacia la negrura, y que sin duda albergaría más peligros. Aún así, no podían volver atrás, así que lo mejor sería dormir, y esperar a que se hubiesen terminado las sorpresas. Aunque él no creía que eso fuese a pasar.

Joan estaba agotado, le dolían los pies y el estomago le rugía como un tigre de bengala. No habían parado de bajar por un estrecho túnel desde que entraron en aquella cueva, y de momento ni rastro de su padre o su hermano. En una ocasión creyó oír ruidos, pero resultaron ser animales pequeños que se ocultaron rápidamente en las miles de madrigueras naturales que habían sido excavadas en la roca.

Llegaron a una amplia caverna en la que el suelo de arena rojiza parecía una moqueta, y en la que, para alivio de Joan, Alí decidió que dormirían. Khalid no había pronunciado ni una sola palabra desde que habían entrado en aquella gruta, pero no se rezagó ni un momento tras los pasos de los Israelíes.

Ni Joan ni Khalid habían traído comida, pero el hombre de la coleta, les dio algo de carne de cordero seca, y té frío para beber. Joan comió como si fuese un condenado a la silla y aquella su ultima comida, pero Khalid apenas tocó la suya.

- Oye Khalid, ¿que diablos te pasa?- preguntó Joan en voz baja-.

- Nada.

- Si es por aquel tipo…sabes de sobra que se lo merecía.

- No es por eso. Solo que no me gusta esta situación.

- A mi tampoco, pero tenemos que encontrar a mi padre y a mi hermano.

- Lo sé, pero no me gustan estos tipos. No sabemos quien son, ni

que buscan.

- A mi solo me importa encontrar a mi padre, lo que busquen estos tipos me da igual.

- ¿Y que pasará cuando encuentren lo que buscan, acaso crees que nos dejaran irnos tan fácil? Ya has visto la que han organizado ahí fuera. Han matado a todos esos alemanes…

- Ya pensaremos en eso cuando llegue el momento ¿de acuerdo?, ahora descansa que falta nos va a hacer.

Khalid asintió, y se recostó en la fina arena rojiza, pero no se durmió hasta pasadas varias horas. Aquello no le gustaba, y no podía quitarse de la cabeza la cara de aquel tipo con coleta. Estaba seguro de haberlo visto antes.

Cameron despertó a su padre con mimo, pero aún así, el viejo se sobresaltó.

- Papa, ¿quieres comer algo?

El profesor asintió, y se puso de rodillas antes de intentar levantarse. La cabeza le dio un vuelco, pero no se mareó. A unos metros, sobre una roca que nacía del suelo de la habitación, Baver y sus dos hombres habían dispuesto una especie de mesa con alimentos y un termo. Al lado de Baver comía con fruición Mohammed, que lo saludó antes de volver a centrarse en la comida. Richard se acercó y quedó gratamente sorprendido al encontrar varios trozos de pan blanco, y unas cuantas tiras de carne mechada. Del termo salía un estupendo olor a té verde, que a Richard le recordó el que servían en la cafetería de la universidad de historia, donde había dado algunas clases.

Se sentó junto a Mohammed, y comió en silencio. Cuando hubo terminado se encontró con la mirada de Baver.

- ¿Como se encuentra profesor? Nada mejor para restablecerse que un buen desayuno.

- Muy cierto.

- Y bien, ¿que piensa hacer ahora?- interrogó Baver-.

- Es muy sencillo, nos quedaremos aquí hasta que Mohammed traduzca el diario- informó-.

- ¿Que?, estará de broma verdad- preguntó el alemán incrédulo-. ¡Debemos continuar!

- De eso nada. El diario estaba donde lo encontramos por una sencilla razón, la de avisarnos del camino que tenemos que recorrer, y ponernos en sobre aviso de las pruebas que tenemos que superar- explicó Richard-. Casi morimos antes, y no estoy dispuesto a volver

a pasar por lo mismo sin antes saber a que estoy jugando.

- Pero si nos quedamos aquí…

- Usted vaya si quiere, pero ni mi hijo ni yo le seguiremos- concluyó Richard-. De todas formas moriríamos, así que da igual que nos mate usted, o alguna trampa descabellada.

Baver se mordió con rabia el labio superior, pero reconoció que el viejo tenía razón.

- Está bien, pero les doy para descifrar el dichoso diario cuatro horas, después nos marcharemos.

Richard y Mohammed se pusieron de inmediato con el libro, mientras que Cameron inspeccionaba junto con los dos alemanes, las inmediaciones de la sala donde se encontraban.

- Veamos, estábamos en esta sala- dijo Richard colocando el plano de la ciudad en el suelo-. Según mi hijo, caímos junto con la arena de la primera prueba a un nivel inferior, por lo que debemos de estar por aquí.

Según le había contado Cameron a su padre, al pulsar el agujero con el cañón del arma, se había abierto el suelo, y habían caído como si formasen parte de un gigantesco reloj de arena. Después toda la arena había seguido cayendo por unos pequeños agujeros que estaban por todo el suelo de aquella habitación.

- Richard, solo hemos bajado un nivel- añadió Mohammed con preocupación-. ¿Ha visto la cantidad de niveles que faltan por recorrer?

- Todo a su tiempo- tranquilizó el profesor-. Ahora debemos saber a que nos enfrentamos.

Entre los dos cogieron el pequeño diario, y comenzaron a traducirlo fragmento por fragmento.

Joan y Khalid se miraron boquiabiertos observando la majestuosidad de aquel paisaje. Joan nunca hubiera creído que a varios metros bajo tierra, y en un lugar tan inhóspito como aquel, pudieran encontrar una maravilla como la que estaban viendo.

A tan solo unos metros fluía salvaje un río subterráneo que había aparecido casi de la nada. Habían escuchado el agua correr, pero habían pensado que se trataría de un nacimiento, en ningún caso habían imaginado algo similar a lo que estaban viendo sus ojos.

Desde donde se encontraban el caudal del río era bastante escaso, pero abruptamente se ensanchaba hasta convertirse en un lago ancho y sereno.

- Alí, deberías ver esto- gritó a lo lejos Jaled, que se había separado de ellos para investigar-.

Los tres corrieron río abajo, y en un repecho, oculto desde la zona alta, había un pequeño embarcadero. La madera estaba podrida en algunos lugares, pero por lo demás se conservaba en bastante buen estado. Amarrado a un tronco se balanceaba tranquilamente una barcaza de remos bastante desvencijada.

- Alí, no se puede avanzar- comunicó Jaled-. El único camino es por el río.

- Pues iremos por el río- atajó con determinación el israelí-.

- Pero, es que…la barca.

- Súbete.

- ¿Que?

- Que te subas a la barca.

Jaled miró indeciso la pequeña embarcación, y después hizo lo mismo con su jefe. Al final decidió hacer lo que Alí le había mandado. Aquel grandullón subió primero el pie izquierdo, y luego el derecho, y viendo que resistía, incluso se permitió el lujo de dar un pequeño saltito.

- Está bien, si resiste tu peso resistirá también el nuestro- dijo el israelí saltando a la barcaza ágilmente-.

- Nosotros no vamos a subirnos en ese trasto- sentenció Khalid-.

- Esta bien, ahí os quedáis- Alí soltó el cabo, y la barca se alejó despacio de la orilla.

Joan saltó sin pensárselo y casi se cae al agua.

- Khalid si no quieres venir lo entiendo. Vuelve por donde hemos venido y espérame a la salida.

El chico se lo pensó un instante, pero con un elegante salto, aterrizó en la superficie de la barca.

- Ya te he dicho que yo voy donde vayas tú- afirmó Khalid-.

La barca se adentró despacio, arrastrada por la suave corriente, hasta la entrada de un túnel excavado en la roca. Alí encendió una de sus linternas.

“Me llamo Abiel, y mi nombre significa sirviente de Dios. Es muy difícil para mí escribir estas letras, mas debo hacerlo, pues es mi cometido como constructor del habitáculo.

Los cristianos hemos estado huyendo muchos años, pero una noche el Señor nos indicó lo que debíamos hacer. Él nos dijo que buscáramos nuestro lugar, y en aquel sitio sagrado colocáramos el santasactorum.

Muchos años buscamos ese lugar, pero al fin nos fue mostrado el camino, y a mi se me encomendó la construcción. Ahora, después de mucho esfuerzo, esta terminado y es por ello que debo dejar constancia de sus maravillas"

-Este es el comienzo del diario- mostró Richard a los demás-. Está claro que nos quiere decir algo que…

- ¿Pero de que nos vale el diario de un hombre que murió hace miles de años?- cortó Baver con impaciencia-.

- ¡Es de vital importancia!- sentenció Richard-. El libro estaba en este lugar por un motivo en concreto, que no es otro que comunicarnos la historia de donde nos encontramos, y advertirnos de los peligros que esta ciudad encierra.

Baver sopesó aquella información lentamente, y terminó levantándose de la roca donde había permanecido sentado.

- Está bien, pero eso lo harán usted y el paleógrafo a medida que avancemos por este lugar. Es mi última palabra, y la acataran.

Richard intentó replicar, pero Baver sacó su arma- que había recuperado de entre la arena- y zanjó la discusión.

- Muy bien, cojan sus cosas. Continuamos con nuestro camino.

Todos hicieron lo que Baver había dicho, y se adentraron en el siguiente túnel con la única luz de las débiles lámparas de aceite.

La barca se mecía suavemente a la deriva entre formaciones rocosas inverosímiles. En algunos puntos el camino del río parecía detenerse, pero con ayuda de los remos consiguieron sortear los estrechos recodos que algunas rocas presentaban al adentrarse en la superficie del río.

En una ocasión creyeron que el río se terminaba tan de repente como había surgido, pero solo se perdía unos instantes bajo un estrecho túnel, para surgir en una amplia laguna. El paisaje interior de la caverna era realmente abrumador, con zonas de roca que casi impedían el paso de la barcaza en algunos puntos. Los cuatro tripulantes contemplaron boquiabiertos las anchas formaciones rocosas del techo de la gruta, mientras que manejaban los remos para evitar colisionar con alguna enorme mole de piedra surgida del fondo de aquel río subterráneo.

Pasaron junto a otro embarcadero pequeño, pero la suave corriente se transformó en una bravía marejada que les impidió llegar hasta él. Durante una hora viajaron sin contratiempos, hasta que de la oscuridad surgió, como de la nada, una enorme boca de

un túnel por el que se perdía el río. Intentaron estabilizar la pequeña barca, pero el agua se había vuelto demasiado turbulenta para poder hacer nada con unos simples remos. Durante un segundo se vieron empujados sin remisión hasta la boca del túnel, y entonces la visión se tornó en la oscuridad más profunda cuando accedieron a el.

Alí encendió una de sus lámparas, pero apenas iluminaban más allá de unos metros por delante de la proa, así que solo pudieron luchar contra la corriente, y evitar chocar contra las rocas más inmediatas.

De repente un rugido atronador se apoderó por completo del túnel apagando sus gritos, que se extinguían en el ruido nada más ser pronunciados. No había sitio en la orilla donde atracar, pues todo era roca viva, por lo que se dirigían directos hacia el autor de aquel rugido.

El primero en verlo fue Joan, pero el chico apenas pudo articular palabra para avisar a los demás. Justo delante de ellos, a tan solo unos metros, el río se perdía en la oscuridad de una garganta estrecha de donde salían volutas de vapor al aire. Sin duda acababan de encontrarse con una catarata.

Llevaban caminando varias horas y no sabían si era de día o de noche. En alguna ocasión se encontraron algún tragaluz que les dejó ver débiles rayos de sol, pero desde hacía rato ya habían descendido tanto que las ventanas excavadas en la roca solo les trasmitieron oscuridad.

- Tengo hambre, ¿que hora debe de ser ya?- preguntó el paleógrafo-.

- No lo sé, pero creo que podemos hacer un alto- anunció Baver-. A mi también me apetece comer algo.

De inmediato los dos rubios comenzaron a sacar latas de conservas de sus enormes mochilas, y en pocos segundos dispusieron una comida digna de un marqués. Mientras tanto Richard y Mohammed seguían enfrascados en la lectura del diario. El paleógrafo tenía el libro en la mano, y traducía las frases mientras que Richard las copiaba en una pequeña libreta de anillas.

“La ciudad sagrada consta de veinte niveles, de los cuales se ramifican otros veinte subniveles entre los que se encuentran el almacén, la lavandería, y por supuesto la iglesia…”

- Un momento, ¿esta ciudad tiene también iglesia?- preguntó asombrado el paleógrafo-.

- No sé que más cosas tiene este sitio, pero en la ciudad de Derinkuyu, había hasta un bar, además de establos, cocinas y varias tiendas de comida- explicó Richard-

- No me llego ni a imaginar como conseguía esa gente construir esta maravilla, además de preocuparse por esconderse para no morir ante sus perseguidores.

- Por eso seguimos estudiándolos.

El paleógrafo dejó vagar durante unos instantes su imaginación, y volvió a la traducción del diario.

"1. Lavandería 2. Almacén 3.4.5.6. Tiendas 7. Iglesia 8. Establo 9. Escuela. En los próximos niveles se encuentran las casas personales, hasta el nivel dieciséis. Los restantes son para Dios"

- Espera, ¿que es todo esto?- preguntó Mohammed-.

Richard buscó en su bolsa de lona sin contestar, y sacó con manos temblorosas el plano que habían encontrado en la entrada de la ciudad, lo desplegó y apoyó un puntero en varios sitios del mapa.

- ¿Que estás haciendo?

- En el mapa hay varios sitios, en cada nivel, que están marcados por minúsculos símbolos. Creo que no son símbolos sino números.

- ¿Y eso que mas da?, no tiene relevancia ninguna si son símbolos o …

- ¡Pues claro que la tiene no te das cuenta! El diario nos esta enumerando las cosas que hay en la ciudad, y el plano las esta situando- explicó Richard-. Según el diario, el numero uno es la lavandería, que esta situada aquí- señaló un lugar en el plano-.

- Pero no podemos saber si eso es así, o solo una mera coincidencia.

- Solo hay una manera de saberlo, ir a verlo por nosotros mismos.

- ¡Está loco, cuanto menos nos movamos por este sitio mejor!

- No, lo que se supone que es la lavandería está a tan solo unos metros de distancia. Debemos ver si podemos fiarnos de lo que nos dice el plano.

Baver interrumpió el debate que mantenían el arqueólogo y el paleógrafo.

- ¿Han descubierto algo que yo deba saber?

- Si, bueno, tal vez tengamos…algo- titubeó Mohammed-.

- Bueno, en todo caso supongo que podrá esperar hasta que hayamos comido ¿verdad?

- Si, creo que puede esperar- contestó aliviado Mohammed-.

Los tres se acercaron hasta el centro de la habitación, donde los dos gigantes albinos habían dispuesto la mesa en el suelo de fina arena rojiza. Cameron saludó a su padre con la boca llena de Konafa, un pastel jordano.

En el mantel improvisado había una pequeña cestita de pan, miel, y tazas con humeante té verde. En una bandeja de plata, varios trozos de pastel desafiaban a ser comidos sin pensarlo, y junto a aquel manjar, un pulcro servilletero decoraba la mesa a modo de distinción. Aquello parecía un alegre paseo por el campo más que una misión de espeleología.

- Que quieren que les diga, me gusta comer bien- sonrió Baver contestando a las caras asombradas de los dos hombres-.

En la aséptica habitación no se oía ni una mosca, a excepción del zumbido de las maquinas que controlaban las constantes vitales. Yanira dormitaba en una incomoda silla de la que no se había movido en toda la noche, pero de la que ya empezaba a estar harta. Se desperezó un poco, y sintió un pinchazo en el cuello. Se lo masajeó con ambas manos, y se levantó con un crujido de huesos. ¡Maldita silla de hospital!, prefiero dormir en el suelo.

Se acercó hasta la cama de su padre, y comprobó que todo seguía normal. Los médicos le habían dicho que había tenido bastante suerte, la bala no le había afectado ningún órgano vital, por lo que la recuperación sería bastante rápida, y la vida de Abdeb no corría ningún peligro.

Otra cosa era Rashid. El policía todavía se encontraba en estado crítico, pues había perdido mucha sangre y la bala le había perforado el intestino. No dejaban pasar a nadie para verlo, pero aún así, Yanira se acercaba cada vez que podía hasta la unidad de cuidados intensivos para intentar saber el estado actual del policía.

Contempló el cuerpo de su padre tendido en aquella cama de hospital, y le entraron unas ganas tremendas de llorar. Su cara estaba totalmente amoratada, tenía varias costillas rotas, y un disparo en el hombro. Se recostó con cuidado sobre su pecho y comenzó a gemir, luego sin pensar, soltó todo lo que llevaba dentro, y comenzó a llorar desconsoladamente, hasta que una mano en su cabeza la sobresaltó. Su padre acababa de despertar.

Ibrahim Abaza era un buen policía, o al menos sus compañeros así lo consideraban. Llevaba más de diez años como agente de la ley, en los que había visto multitud de atrocidades, había luchado contra un numeroso grupo de delincuentes, y había metido entre rejas a muchos de ellos, pero llevaba por lo menos un año sumido en una pequeña crisis profesional. No tenía nada que ver con sus meritos como policía, ya que nadie lo cuestionaba nunca como tal, y todo el mundo insistía en que era la persona idónea para sustituir al viejo capitán de la policía Azid. No, era más bien una cuestión de sensaciones.

Ibrahim siempre había sabido que la corrupción entre los policías era frecuente, y más en un país pobre, pero la cosa se había descontrolado enormemente, y ya ni siquiera se intentaba ocultar. Cada día se encontraba con informes mal redactados, o con algunos en los que no encajaban correctamente ninguna de sus piezas. Había luchado abiertamente contra algunos de sus colegas, pero siempre era inútil, así que al final había acabado desistiendo de volver a hacerlo. Todos los días se sentaba en una silla, en un minúsculo despacho, con una minúscula mesa, y leía montones de inconexos informes hasta que le dolía la cabeza y se marchaba a casa. Para Ibrahim el trabajo policial había dejado de ser interesante.

Ibrahim se echó hacia atrás en su vieja silla, y se desperezó aburrido. Había pensado en marcharse a casa pronto y llevar a su hijo a ver una película. En el centro cultural Al-Hussein se había inaugurado la semana de cine de acción, y esa tarde emitían la película Transformers, que su hijo Mechal estaba loco por ver. A Ibrahim le gustaba ir con su hijo al centro cultural, ya que no era un cine común, sino que era un teatro habilitado para emitir películas de vez en cuando, pero con un encanto que no poseían los cines de las grandes superficies de ocio. Definitivamente le apetecía el plan, por lo que decidió leer un último informe, y dar por concluida la jornada laboral. Se acercó hasta la pila de carpetas que se elevaba precariamente encima de un archivador, y cogió uno al azar. Se lo llevó a su mesa y lo abrió.

Nada más leer las primeras palabras de aquel informe supo que se le había jodido el plan de la película.

Abdeb miraba con los ojos vidriosos a su hija, mientras ella lloraba de alivio sobre el pecho de su padre.

- Creía, creía que tú…- sollozó la chica-.

- Tranquila Yanira, estoy bien- contestó lentamente Abdeb-. Hija, ¿me puedes traer un vaso de agua?

La chica se levantó como una exhalación, y salió de la habitación para regresar segundos después con un vaso de plástico lleno hasta arriba de agua. Abdeb bebió con dificultad pero con ansia.

- Hija, ¿que ha pasado?, ¿como he llegado hasta aquí?, ¿donde están los demás?

- Tranquilízate papa- contestó abrumada Yanira-. Estas en el hospital Jordan. Te he traído yo, junto con el policía.

- Rashid.

- ¿Que?

- Que se llama Rashid.

- Eso. ¡Te han disparado!- puntualizó horrorizada Yanira-.

- ¿Como está Rashid?- preguntó Abdeb haciendo caso omiso a sus propias heridas-.

- Esta ingresado en la UCI. Le han disparado en el estomago y ha perdido mucha sangre. Tiene el intestino perforado y varias costillas rotas además de fracturas por todo el cuerpo- Abdeb hizo un mohín al oír el estado en el que se encontraba el policía-.

- ¿Y los demás?

- No lo sé.

- ¿Como que no lo sabes?

- Papa, huí de allí contigo y con el polic…Rashid- se excusó Yanira-.

- ¿Y donde se quedaron el profesor y los demás?- preguntó alarmado Abdeb que había empezado a respirar con dificultad-.

- Papa, debes tranquilizarte, todavía no estás recuperado y podrías…

- ¡Tonterías!. Dime que ha pasado con los demás- insistió Abdeb-.

- Al profesor y a Cameron se los llevó Baver a la iglesia de San Jorge. Joan fue en su busca después de ayudarme a meteros a ti y a Rashid en el coche.

- Debes buscar ayuda- Abdeb se había puesto muy serio y le costaba respirar-. Si no les ayuda nadie van a morir todos en ese sucio desierto.

- ¿Pero que puedo hacer yo?, ya he ido a la policía y no me han hecho caso.

- Vuelve a la primera comisaría que encuentres y les dices que eres amiga del capitán Azid- Yanira asintió intentando recordar lo

que decía su padre-. También debes decirles que Rashid estaba con nosotros y que casi le matan…

La puerta se abrió de repente y entró un enfermero resoplando. Primero miró con sorpresa a Abdeb que estaba despierto, y luego centró su atención en Yanira.

- ¿Se llama usted Yanira?- preguntó casi sin aliento el enfermero-.

- Si, soy yo. ¿Que pasa?- Yanira se temió lo peor con el poli al que había registrado como familiar suyo para que la dejaran visitarlo-.

- Un policía está al teléfono. Dice que es teniente y que es importante.

Yanira miró al enfermero sin comprender lo que pasaba, y después buscó ayuda en su padre. Éste asintió, y la joven salió de la habitación seguida del enfermero.

Ibrahim escuchó la temblorosa voz de la chica, y decidió no avasallarla demasiado.

- Hola, soy Ibrahim Abaza teniente de la policía de Amman- se presentó-. Tengo un informe en mi mesa que dice que ha estado usted aquí esta mañana.

- Así es, pero me han dicho que estaban muy ocupados y que no podían ayudarme- contestó dubitativa-.

- Si, solo es que he leído el informe de su denuncia y he sentido curiosidad por algunas de las cosas que usted ha mencionado- Ibrahim no quería que la chica se asustara, por lo que decidió llevar la conversación de forma distendida-. Según he podido leer aquí, usted ha informado de que le han disparado a su padre.

- Si, y a un policía de esta ciudad también- dijo Yanira para darle mas fuerza a su argumento-.

- Si, eso también lo he leído. ¿Podría repetirme que es lo que ha pasado?

- Ya se lo he contado a sus hombres.

- Ya, pero quiero oírlo yo personalmente.

- Pues ha habido un tiroteo en el desierto, cerca de Rihab. A mi padre le han disparado en un hombro, y a Rashid le han dado en el estomago…

- ¿En Rihab, Rashid?, un momento, nadie me había dicho que el policía herido era Rashid.

- Pues así es señor.

- Vale, ¿donde esta usted en este momento?

- En el Jordan Hospital, con mi padre.

- Señorita, no se mueva de allí, en cinco minutos nos vemos en el hall de información del hospital.

- Pero es que…

- Necesito hablar de esto más a fondo y en persona.

Ibrahim colgó el teléfono y dejó a Yanira con una extraña sensación de miedo y alegría. Por fin alguien parecía interesado en ayudar.

La habitación era bastante amplia, pero las enormes rocas superpuestas en un lateral de la estancia, la dejaban casi sin sitio para pasar de un lado a otro. La estancia solo contenía varias piedras que habían sido vaciadas dejándolas huecas en su interior. En uno de los lados de cada roca, se había limado la superficie creando una especie de estrías que estaban bastante ennegrecidas.

- Pues me temo que esta es una de las primeras lavanderías de la historia- exclamó Richard-.

- ¿Que son esas enormes piedras?- preguntó Baver-.

- Pues una versión antigua de pilas de lavado- explicó Richard-. Las piedras se vaciaban para crear unos huecos dentro, donde se sumergía la ropa, que luego era frotada y puesta a secar en la zona rugosa de la piedra.

- ¡Y a nosotros que nos importa una lavandería de hace más de dos mil años!- estalló Baver-.

- No es la lavandería lo que nos importa, sino el hecho de que los planos y el libro marcan el camino correcto para recorrer esta ciudad subterránea.

- Pues entonces perfecto. ¿Por donde seguimos ahora?- dijo Baver ansioso-.

- Según el libro, aún debemos bajar varios niveles para encontrar las casas-vivienda. Desde allí nos podemos dirigir hasta la zona religiosa. Si en esta ciudad está el Arca, debe encontrarse allí.

- ¡Entonces andando!

Se pusieron en camino de nuevo. El grupo lo abrían Richard y el paleógrafo, que guiaban a los demás con el libro y el plano abierto. Tras ellos caminaba cabizbajo Cameron, y cerraban la comitiva Baver seguido de los dos gigantes albinos.

Yanira se retorcía las manos nerviosa, cuando un hombre alto y delgado se acercó hasta ella.

- ¿Yanira?- preguntó-.

- Si soy yo, usted debe ser el policía.

- Ibrahim Abaza, teniente de la policía de Amman. Me gustaría que me acompañara un momento a algún lugar más…cómodo.

- Pero es que mi padre…

- No se preocupe, solo tardaremos unos minutos.

Se dirigieron hasta una sala en la que un cartel rezaba "SALA DE REUNIONES".

- La dirección del hospital nos ha cedido amablemente el salón durante unos minutos- explicó el hombre-. Así estaremos más tranquilos.

Yanira estaba muy nerviosa, y el policía lo notó, así que intento relajar la situación.

- No debe preocuparse, solo tengo algo de interés en algún punto de su historia. Luego me marcharé y la dejaré tranquila con su padre.

- De acuerdo, ¿que quiere saber?

- ¿Quien ha disparado a su padre y al detective Rashid?- soltó Ibrahim a bocajarro-.

- No sé quien son exactamente, lo que si sé es que son alemanes.

- ¿Como lo sabe?

- Me lo dijo mi padre- mintió. No quería tener que explicarle toda la historia al completo, y pensó que así simplificaría más el proceso-.

- ¿Y se puede saber que hacen en Jordania unos alemanes disparando a un policía y a un civil?

- Yo solo sé lo que me ha contado mi padre- contestó Yanira-. La cosa comenzó cuando ese americano le encargó a mi padre buscar unas reliquias…

- Eso no es nuevo en este país, siga.

Yanira le contó a Ibrahim en líneas generales, lo que había pasado desde que aquellos tipos habían irrumpido en su casa, y Rashid hiciera su primera aparición. A cada paso de la historia que Yanira le contaba al policía, éste asentía con asombrado interés pero sin decir una palabra. Cuando la chica acabó, sentía que había desaparecido un gran peso de su cuerpo.

- Tiene que hacer algo, esos chicos aún están allí, con esos asesinos- gimió Yanira-.

- Hummm, es que…verás, eso que me has contado parece un poco cogido con pinzas- dudó el policía-. Aún así, haré algunas averiguaciones y trataré de hacer lo que pueda.

Se despidieron y el policía le prometió a Yanira llamarla al

hospital si surgía algo nuevo.

Ibrahim salió por la puerta principal del Jordan Hospital, y conectó su teléfono móvil.

- Kadi, soy Ibrahim Abaza- dijo sin preámbulos- quiero en mi mesa un informe de todo lo que encuentres sobre pasajeros alemanes que hayan entrado en el país en los últimos tres meses. También quiero que me pases el informe sobre la muerte de Omar Meshad. Si, el director del servicio de inteligencia, y ah también quiero todo lo que seas capaz de encontrar sobre un tal Richard Smith, es arqueólogo.

- Oído cocina- apuntó Kadi-.

- Oye Kadi.

- ¿Si señor?

- Es importante, lo quiero para hoy a las tres.

- Se hará lo que se pueda. ¡Desde luego usted hace que me gane el sueldo a base de bien!

- Para eso estoy- contestó con una leve sonrisa-. Gracias Kadi.

Ibrahim cortó la llamada, y levantó el brazo para llamar la atención de un taxi a un. No sabía que paso debería dar a continuación y creía que a buen seguro aquella chica no le había mentido. Muchos años de experiencia hacían que un buen poli supiera cuando le mentían, además, en aquel caso habían cosas que no cuadraban. La muerte de Omar había supuesto una pequeña conmoción entre sus compañeros, pero se había tapado el caso rápidamente, y no se había permitido a la policía meter las narices en el asunto. Además la historia de la chica coincidía con el atentado que mantenía en el hospital al capitán de la policía Azid. Aquello olía mal y quería llegar al fondo, pero no sabía a quien más preguntar, pues Rashid estaba inconsciente en una cama de hospital.

Un taxi hecho pedazos atendió a su llamada, y cuando se sentó detrás a Ibrahim casi le da un vuelco el estomago. El taxi olía a incienso y comida rápida bastante especiada. El taxista se giró y le mostró una amplia sonrisa que dejó al descubierto una dentadura amarillenta.

- ¡Hola, me llamo Abdullah, como el rey!

- Muy bien.

- Ah, y soy Kurdo.

- ¡Genial, pero puede arrancar este maldito trasto!

- ¡Vaya, si parece que todos los policías tienen el mismo mal genio!- contestó el kurdo-.

El rugido del agua era ensordecedor y la negrura conforme se adentraban más en la caverna era totalmente claustrofóbica. A pesar de estar totalmente apretados en la estrecha barca, los gritos entre ellos quedaban reducidos a murmullos, por lo que se comunicaban mediante gestos.

Jaled, presa del pánico, intentó que la pequeña barca diese la vuelta con ayuda de un remo, pero la corriente era demasiado fuerte y casi lo hizo caer al agua enrabietada. La cara del grandullón israelí era una mascara de puro terror cuando miró a Joan, y con gesto de impotencia le comunicó que no sabía nadar.

El chico dudó si había oído bien, pero Jaled se lo volvió a repetir casi al borde de las lágrimas. Joan se acercó todo lo que pudo, y le gritó en la oreja que no se preocupara, que saldrían de aquella.

Khalid luchaba frenéticamente con una pequeña lata achicando agua de la barca, pero por cada litro de agua evacuado, se colaban otros cinco. Joan calculó que estaban a unos cincuenta metros de la catarata, pero no podía decirlo a ciencia cierta. En aquella cueva no se veía más allá de tres o cuatro metros, y el ruido de las aguas embravecidas podía llevar a engaño con gran facilidad, pero durante un segundo, Joan dejó de pensar en la catarata, el río, su familia o cualquier otra cosa. Su pensamiento se desvió hacia Alí. Aquel hombre emitía una personalidad sobrecogedora incluso allí, en medio de un río subterráneo y a punto de morir.

Alí miraba hacia el negro horizonte de la cueva escrutando la oscuridad con las manos a la espalda. A pesar del fuerte vaivén de la barca que daba bandazos sin parar, Alí no se sujetaba a nada, por el contrario allí estaba, firmemente de pie sin moverse ni un centímetro y con una serenidad que casi rozaba en lo ridículo. Joan no pudo dejar de preguntarse quien era aquel tipo, y que hacía en un sitio como aquel.

De repente Alí se movió con una rapidez extrema que pilló por sorpresa completamente a sus tres acompañantes. Se lanzó hasta la parte delantera de la barca, y le arrebató a Jaled el remo de las manos con violencia. A la velocidad del rayo se inclinó por el lado derecho del bote casi hasta la cintura, y comenzó a hundir el remo en las aguas revueltas. Tanto Joan como Jaled y Khalid se habían quedado de piedra, y no reaccionaron ni movieron un solo músculo en ayuda de Alí, que daba la impresión de caerse por la borda con cada empellón que recibía la barcaza. Durante una fracción de segundo Alí quedó suspendido en el aire cuando un fuerte empujón del remo hizo virar la pequeña embarcación, pero se recuperó con

un fuerte impulso de sus piernas y volvió a quedar recostado sobre el borde sin parar de mover el remo. La barca había quedado lateralmente a la fuerza del agua, de forma precaria sobre la corriente que arremetía con violencia el casco y hacía que cada golpe del agua estuviese a punto de hacer volcar la pequeña embarcación.

Un grito sacó de su ensimismamiento a Joan, que había oído como Alí ordenaba que hiciesen de contrapeso en la popa, mientras que él seguía con su frenético movimiento de remo. Sin pensárselo mucho, Joan se situó donde le había ordenado el israelí, y observó como Khalid hacía lo mismo, sin embargo Jaled seguía paralizado. Durante unos segundos que parecieron eternos, la barca dio tres bandazos, y al cuarto se escoró peligrosamente hacia un costado, pero Joan y Khalid la equilibraron con el peso de sus cuerpos, hasta que de repente, todo cesó. El ruido del agua se apagó, las gotas dejaron de salpicarles en la cara, y el traqueteo se convirtió en un suave movimiento rítmico a tenor de las pequeñas olas que aún les alcanzaban desde la parte trasera.

Descendieron durante un corto trayecto por una estrecha sima excavada de forma natural en la roca, y sin previo aviso, salieron a la luz.

En medio de aquel conjunto de galerías estrechas y cataratas ocultas en la oscuridad, se había formado una amplia laguna donde la luz del sol llegaba desde muchos metros arriba. Los rayos eran débiles debido a la gran altura desde la que llegaban, pero suficientes para ver con claridad y sin necesidad de las lámparas. Observaron con admiración y asombro el fantástico paisaje de la laguna, y se estremecieron al presenciar la catarata de más de cincuenta metros que caía a plomo unos metros más allá de donde estaban ahora mismo.

- Hemos rodeado la catarata- informó Alí-. He visto una pequeña gruta antes de llegar a la caída. Seguramente hemos descendido varios niveles.

- ¿Pero como…?- preguntó Jaled que aún estaba en estado de shock mirando la enorme caída de la catarata, que formaba remolinos de vapor tan solo a unos metros de ellos.

- Esa gruta debía estar ahí por algún motivo- explicó Alí-. Seguramente solo la conocían las gentes de esta ciudad. Seguro que muchos han muerto en ese río.

Jaled se estremeció mirando a su jefe, mientras que éste sonreía sardónicamente.

- En cualquier caso nuestro…" paseo" en barca ha terminado-

siguió Alí-. A partir de ahora seguiremos a pie.

A unos cien metros delante de ellos, había otro pequeño embarcadero donde la extensa laguna moría. El ruido del agua se escuchaba muchos metros mÁs al fondo de aquellas rocas, pero el camino del río había terminado en aquella laguna, al menos de momento.

Ibrahim no salía de su asombro. Jamás había sido un hombre afortunado, al menos en su trabajo. Nunca había recibido pistas en una investigación de modo casual, ni ninguna vecina cotilla había visto al asesino de un crimen, ni habían anotado el numero de una matricula que escapara del escenario de un robo, pero por primera vez en su vida, había tenido suerte. Resulta que cuando se encontraba bloqueado con el nuevo caso, coge un taxi, y encuentra un confidente de primera mano. Aquel taxista Kurdo, ¡pues resultaba que había estado metido de lleno en el caso!

Abdullah le contó con pelos y señales como se había encontrado con Rashid, y como desde el día anterior habían esquivado disparos, atropellos y perseguido a unos asesinos rubios, que parecían ser alemanes. Ibrahim escuchó el resto de la historia mientras el kurdo se fumaba un horrible puro, y después le pidió al taxista que lo llevase a la comisaría. Juntos entraron en una habitación donde se le tomó declaración al taxista, que accedió de buen grado a verse envuelto en la investigación. Acto seguido Ibrahim salió de la habitación mientras otro policía seguía con el kurdo.

El teniente entró en su despacho, cogió el teléfono y tecleó un numero que llevaba muchos años sin marcar.

- ¿Lawzi?

- Soy yo, ¿que quiere?

- Prepara a tus hombres, solo por si acaso.

- Ibrahim, ya sabes que mis hombres no salen del cuartel para hacer excursiones al campo- contestó Lawzi molesto-.

- De momento tengo que confirmar una cosa, pero te aseguro que si no me equivoco, esto va a ser algo más movido que un picnic por el parque.

- De acuerdo, espero tu llamada.

- Lawzi.

- ¿Que?

- Necesito que estéis listos para actuar de inmediato.

- Ibrahim, somos un SRT del ejercito.

- ¿Y que coño es eso?

- Son las siglas de equipos de respuesta inmediata.

- Pues me alegro. Te llamaré.

Ibrahim colgó y volvió a marcar otro número. Necesitaba información rápida y solo conocía a un hombre que se la podía proporcionar.

Todos los miembros de la pequeña "expedición" estaban exhaustos, incluso los dos gigantes rubios que parecían tanques. Llevaban caminando por túneles y pasillos varias horas y debido a la profundidad se les hacía difícil respirar. Habían descubierto que el mapa y el libro detallaban con todo lujo de detalles los rincones de aquella magnifica ciudad subterránea, pero aún así el avance había sido trabajoso y difícil.

Se habían encontrado hasta ahora con un almacén que suponían había albergado trigo y otros cereales, con varias cuevas destinadas a proporcionar productos como alimento y utensilios de trabajo, y con alguna que otra casa excavada directamente en la cueva. Habían encontrado muchas cosas con un alto valor arqueológico, pero nada que les indicara por que aquel pueblo se había recluido escondido del mundo, y sobre todo nada que hiciera pensar que el Arca estaba escondida allí.

Durante varias horas habían estado descendiendo a través de pasillos interminables, y recodos excavados en la roca viva, hasta que por fin se detuvieron a descansar en una pequeña plaza donde fluía una pequeña fuente.

- Es increíble lo de esta ciudad- se maravilló Cameron-. Parece una urbanización de lujo de hace miles de años.

- Si hijo, te sorprendería lo poco que hemos avanzado en ingeniería en dos mil años- explicó Richard-. Solo hemos cogido cosas y las hemos mejorado.

- Pero esta fuente…

- Verás Cameron, la fuente solo es una salida del agua. Hace dos mil años no existía el sistema de grandes bombas de agua, por lo que se canalizaba agua de pozos o ríos hasta un lugar accesible para todos. Debe de haber algún río subterráneo en esta ciudad.

Cenaron en el centro de la plaza, y como siempre los dos alemanes prepararon una comida digna del Palace. Luego cada cual se buscó su sitio para dormir, a excepción de Mohammed y Richard que seguían enfrascados en la lectura del diario.

"La tarea de esta construcción se me está haciendo muy ardua, pues

los obreros no entienden el acto sagrado que están realizando, y cada vez piden más compensaciones en forma de trigo y vino.

Cada noche rezo a nuestro señor para que por fin esté acabada la obra que honre su nombre, y para que lleguen pronto mis hermanos de su lucha, con buenas nuevas y a salvo.

Mañana comienzan las obras de la iglesia y esta noche me cuesta conciliar el sueño. Debe ser un templo especial para albergar a nuestro señor y su legado, y tengo instrucciones muy claras de mis hermanos de cómo se debe construir. La verdad es que me empiezan a fallar las fuerzas después de tanto tiempo escondido bajo la montaña. Ansío ver las estrellas y el sol, pero aún tengo fe suficiente para cumplir el encargo de nuestro señor"

"Han pasado muchos días desde que no escribo aquí mis pensamientos, y debo pedir disculpas, pero la construcción de la iglesia está siendo trabajosa y difícil, pero también satisfactoria. Los planos han sido retocados un poco y eso nos hace ir algo más lentos, pero tengo fe en que será una maravillosa casa del señor"

"Temo por mi vida. Los obreros se están amotinando y centran sus iras en mi persona. No quedan muchas viandas, por lo que no les puedo ofrecer vino y comida como me piden. Espero que mis hermanos lleguen pronto"

"Mis suplicas han sido escuchadas por fin. Mañana llega del norte mi hermano Godofredo con noticias de nuestra cruzada. Me ha prometido que trae comida y nuevos obreros. Muchos buenos cristianos están dispuestos a colaborar con nuestra grandiosa obra, y han partido con él hacia aquí."

- Este hombre lo tuvo que pasar realmente mal aquí solo- replicó Mohammed casi en susurros-.

- La verdad es que le fue encomendada una misión bastante difícil, pero por aquel entonces los cristianos estaban muy perseguidos y debían de mantener grandes batallas para sobrevivir- explicó Richard-. Supongo que "sus hermanos" estaban librando guerras muy lejos, así que no estaban mejor que él.

- Es verdad. Oye, que te parece si descansamos nosotros

también, estoy muerto y mañana…

- Muy bien Mohammed, yo también estoy cansado.

Se fueron cada uno a su lugar elegido para pasar la noche, y se quedaron profundamente dormidos, hasta que bien entrada la madrugada un tremendo ruido los despertó. Parecía como si un rayo hubiese caído en la mismísima plaza.

- Kadi dime que tienes algo- soltó Ibrahim nada más oír la voz de su colaborador-.

- Te veo un poquito desesperado- bromeó el chico-.

- No lo sabes bien. Creo que aquí pasa algo gordo.

- Pues entonces esto te va a encantar- a Kadi le entusiasmaba la idea de aportar pruebas a un caso delicado, y aquel parecía un caso bastante difícil-. ¿Estás sentado?, bueno da igual, el caso es que la muerte de Omar ha sentado en las alturas bastante mal…

- Cuéntame algo que no sepa.

- *Piano piano,* amigo mío. Pues como te estaba contando, parece ser que el bueno de Omar llevaba varios meses destinando fondos del gobierno a investigaciones que no existían- dejó que la bomba hiciese efecto en el policía, y continuó-. Como lo oyes, además varios agentes del servicio de inteligencia han confesado trabajar para Omar en un caso secreto, pero lo mejor es que ese caso ¡no tiene nada que ver con ninguna acción abierta del gobierno!

- ¿Me estás queriendo decir que el director del servicio de inteligencia destinaba fondos y recursos para una investigación personal?- exclamó estupefacto Ibrahim-.

- *"Exactement mon ami"*. Y no solo eso- continuó divertido Kadi-. Supuestamente los del servicio de inteligencia no sabían nada, pero Omar hacía tratos con gente que no son bien vistos entre las altas esferas.

- ¿A que te refieres?

- Pues que Omar llevaba tiempo siendo sometido a seguimiento por la policía, y se le pusieron unos escuchas en el teléfono…

- ¡No me jodas!, ¿la policía pinchó el teléfono de un director del servicio de inteligencia?

- Si, por orden directa de, y aquí viene lo bueno, nuestro buen capitán Azid.

- ¡Joder, esto es muy extraño! Azid pincha el teléfono de Omar por que sospecha que está metido en algo sucio, y acto seguido el capitán de la policía sufre un atentado que casi le mata en su propia

casa.

- Si, y además la niña de sus ojos Rashid, también está ahora en el hospital.

- Si, demasiadas coincidencias- apuntó Ibrahim que cada vez le resultaba más negra aquella historia-.

- Pero eso no es todo cariño- siguió Kadi-. Adivina, ¿a que no sabes con quien mantenía conversaciones el bueno de Omar?

- ¡No estoy de humor para adivinanzas!

- Pues con Alí Boushiki- dejó caer Kadi-.

- ¿El antiguo jefe de comando del Mossad?

- *Yes*.

- ¿Y que coño pintan los Israelíes con el servicio de inteligencia Jordano?

- No sé, el teniente de la policía eres tú, averígualo.

- Vale, gracias Kadi te debo una.

- Solo con que me des un día libre me conformo.

- Hecho.

Ibrahim cortó la comunicación y se dirigió hasta la habitación donde el kurdo estaba siendo sometido a un interrogatorio. Al principio Ibrahim no creyó las palabras de aquel loco taxista, pero ahora muchas piezas estaban empezando a encajar, y la historia de aquel kurdo encajaba a la perfección. El teniente de la policía suspiró, aquel día iba a ser muy largo.

46

Desde que habían dejado la barca, nadie había dicho ni una sola palabra, a excepción de las órdenes de Alí indicando el camino que debían seguir. Durante varias horas habían descendido por suaves terraplenes de arena roja como la sangre sin encontrar ni un rastro de civilización, y justo cuando Joan creía que se habían perdido en aquella gruta, encontraron algo que hizo que se quedaran mudos de asombro.

Justo delante de ellos se alzaba imponente una pared de piedra roja de unos cincuenta metros de alta. En el centro de esa enorme muralla de piedra se abría como la boca de un animal, una entrada tallada directamente sobre la misma piedra.

Se acercaron hasta la entrada y observaron que medía unos quince metros de alta por seis de ancha, y que la habían construido de forma cruciforme. Estaba tallada toscamente, pero tenía que haber sido un trabajo durísimo, pues había sido excavada directamente de la pared de roca sólida de la montaña, y teniendo en cuenta las herramientas de aquellos años no debía de haber sido tarea fácil.

Alí encabezó la marcha como siempre, y Joan, Khalid y Jaled le siguieron todavía con la boca abierta impresionados. Cruzaron la entrada en forma de cruz, y enseguida notaron un descenso considerable de la temperatura. Dentro no se veía ni el más mínimo detalle, por lo que caminaron unos metros tentando el suelo con la punta del pie. Alí sacó una de las potentes linternas que portaba, e iluminó justo delante de él. Una imponente sala les recibió en la penumbra, dejando adivinar un altar a unos metros desde donde se encontraban ellos. Alí se encaminó hacia el altar con nerviosismo, pero cuando dio el primer paso, una piedra del suelo cedió. De repente un infernal ruido de rocas se abatió por toda la sala, y una enorme piedra circular selló la entrada.

Una serie de fogonazos comenzó desde el fondo, donde se encontraba el altar, y siguió de forma rítmica hasta llegar al lugar donde se encontraban ellos. En un segundo toda la sala había quedado totalmente iluminada por cientos de lamparitas pequeñas que emanaban un humo negro y un intenso olor a aceite quemado.

Lo que habían tomado por un altar quedó ahora visiblemente iluminado. Varias columnas de piedra rodeaban el montículo donde se encontraba el pequeño altar, y unos escalones facilitaban el

acceso para subir. Alí avanzó con firmeza, y subió a la iluminada tarima. Le siguieron los demás de forma automática, casi sin pensar.

El montículo simulaba un pequeño presbiterio donde se encontraba el sagrario, que era una pequeña caja de madera. Alí la abrió y se encontró con un pequeño cáliz de metal oxidado, y con unas letras grabadas en la roca que lo sostenía:

"HIC EST ENIM CALIX SANGUINIS MEI"

- ¿Que demonios es esto?- preguntó molesto Alí.

Joan se acercó hasta el israelí, y contempló durante unos segundos el cáliz y la inscripción. Después dijo despreocupadamente:

- Son las palabras que se dicen en la consagración de la misa, ¿por dios, es que nunca has ido a misa?- nada más dijo esto se arrepintió por ser tan estupido-. Ah claro, que eres judío.

- ¿Y que quiere decir?- preguntó Alí haciendo caso omiso de la metedura de pata del chico.

- Ah nada, creo que bendice el vino y lo convierte en la sangre de Cristo. Algo así como "Este es el cáliz de mi sangre".

Alí observó el pequeño vaso que sostenía en las manos, y después recorrió la estancia con la mirada. En un rincón, casi escondido, había una pila de piedra en forma de hoja. Alí se acercó hasta ella, y llenó el vaso con un agua negruzca y que olía a podrido, a continuación la colocó en el lugar donde había estado durante más de dos mil años, y esperó, pero no pasó nada. El israelí recitó en voz alta las palabras que estaban grabadas en el improvisado sagrario, pero tampoco ocurrió nada.

Joan se acercó hasta el altar, apartó al israelí, y cogió la copa, la levantó sobre su cabeza con ambas manos, y pronunció de forma solemne el sacramento de la eucaristía como lo había visto hacer miles de veces a los curas. Luego bajó el cáliz, miró dentro y observó con repugnancia el líquido asqueroso y negruzco. Pensó que ahora tocaba bebérselo, pero lo lanzó al suelo. Nada más dejar la copa vacía en su sitio, ésta se hundió un milímetro sobre el soporte en el que descansaba, y una pesada roca cedió al fondo de la pared dejando al descubierto una pequeña puerta.

Richard miraba asombrado la enorme roca que se había desprendido del techo de la cueva. Debía de pesar al menos tres toneladas, y había caído unos veinte metros al lado de donde estaba durmiendo el profesor.

Acto seguido otro ruido atronador se escuchó en la plaza, y

vieron horrorizados como otra enorme roca caía tan solo a unos metros de su hijo Cameron.

- ¡Tenemos que salir de aquí, esto se esta viniendo abajo!- exclamó con terror Mohammed-.

El grupo recogió las escasas pertenencias que tenían, y salieron corriendo hacia la entrada del siguiente túnel. Nada más entrar en el nuevo pasillo descubrieron la causa de aquellos derrumbamientos.

Ibrahim no entendía como aquella mierda no había salpicado mucho antes. Tenía en su mesa presupuestos realizados por Omar que hasta un niño de diez años se daría cuenta que eran más falsos que los dientes de su abuela. Omar había pagado a mercenarios, traficantes de armas y asesinos con dinero del gobierno, y luego estaban las cintas del teléfono de Omar. Ibrahim las había escuchado varias veces y aún no terminaba de creérselas. En aquellas grabaciones se escuchaba a la perfección que Omar había hecho tratos con Alí Boushiki para proporcionarle armas y todo tipo de cosas necesarias para llevar a cabo una operación de ataque desproporcionada. Lo que no entendía era que estaba buscando Alí en su país, y por que Omar había sentido la tentación de aliarse con uno de los mayores mercenarios y asesinos de los países árabes, pero pensaba descubrirlo.

Después de su charla con el taxista kurdo había llegado a la conclusión de que solo tenía una posibilidad de llegar al fondo de todo aquello rápidamente.

Se levantó de su silla como un resorte, y descolgó el teléfono de su mesa.

- Hospital Jordan, ¿en que puedo ayudarle?- contestó una mujer al otro lado de la línea-.

- Necesito hablar con una persona, soy Ibrahim, teniente de la policía.

El policía dio los datos de Yanira, y le hicieron esperar durante varios minutos hasta que por fin se puso la chica.

- ¿Diga?

- Yanira soy Ibrahim, de la policía.

- Ah si, dígame.

- ¿Crees que podrías llevarme hasta el punto exacto donde están esos hombres que han disparado a tu padre y a Rashid?

- Si, creo que si.

- Pues necesito pedirte un favor, quiero…

- Lo haré- cortó Yanira-.

- Está bien, en una hora te recojo en el hospital.

- De acuerdo.

Ibrahim colgó y llamó a Lawzi para comenzar los preparativos del equipo de asalto, luego llamó a su casa y le dijo a su mujer que no le esperara despierta.

En el centro de una gran explanada, se alzaba imponente una iglesia en perfecto estado de conservación. Los grandes portones que daban acceso al santuario estaban abiertos de par en par, y uno de ellos había golpeado contra una extensión de la roca que había ido creciendo con los años, provocando así la caída de las rocas menos agarradas al techo.

Las dimensiones de la iglesia eran descomunales para tratarse de una construcción que se hallaba bajo tierra, pero que en la superficie no habría dejado de ser una iglesia de pueblo.

Medía aproximadamente unos veintiséis metros de largo por diecisiete de ancho, y mostraba una impresionante visión de tres naves.

- ¡Es como la iglesia de Getsemaní!- contó con la boca abierta Richard-. Es…sencillamente increíble!.

- ¿Getsemaní, el mismo Getsemaní donde Jesús rezó por última vez?- preguntó Cameron-.

- En efecto hijo. Existe una iglesia en Jerusalén a la que se le llama “la iglesia de la agonía”. Si en esta ciudad hay algún objeto sagrado no se me ocurre mejor lugar que éste para enterrarlo.

- ¡Pues adentro!- ordenó Baver-.

Cruzaron las puertas de la iglesia, y se encontraron con tres ábsides separados en tres naves por ocho columnas y dos semicolumnas. La nave central era la principal, y bastante más ancha que las otras dos anexas. Dos sacristías refulgían revestidas con pan de oro, dentro de un ábside incrustado en un amplio macizo rectangular. La impresión que causaba el efecto de los tres ábsides, era que había tres iglesias diferentes dentro de una sola.

- Es…increíble- balbuceó Richard-. Es exactamente igual a la iglesia de la agonía.

- ¿Que es eso?- preguntó Baver señalando un punto de la nave principal-.

- Es el Presbyterium, la parte más sagrada de la iglesia. En Getsemaní es la parte donde se destaca el lugar de la agonía de Jesús.

Baver se adelantó hasta el lugar que había señalado, y desapareció entre las anchas columnas. Al rato los llamó con un grito. Oculta por el presbiterio, se hallaba un bloque de roca de un metro cuadrado, sobre la que habían sido talladas unas letras.

- ¿Por qué si este es lugar más sagrado hay aquí un bloque de piedra?- preguntó Baver mirando directamente a los ojos de Richard-.

- En la iglesia de la agonía hay uno igual, y se cree que esta destinado a marcar el punto exacto de la agonía de Jesús.

- ¿Y que pone en la inscripción?

- Gath-Smane -dijo Mohammed-. Que quiere decir "prensa de aceite" literalmente. Es arameo y la traducción la convierte en la palabra Getsemaní que conocemos actualmente.

- ¿Por qué prensa de aceite?

- Es lógico, Getsemaní era un huerto de olivos. Desde el inicio de la cristiandad se respeta mucho a ese árbol.

Cuando Mohammed buscó a Richard con la mirada, se encontró con que éste ya no estaba junto a él. El profesor se había acercado hasta una de las columnas, y había descolgado una de las lámparas que se encontraban encendidas, como por arte de magia, cuando ellos entraron.

Se acercó hasta la roca, y vació el contenido de la lámpara de aceite sobre un pequeño hueco de la lapida. El líquido viscoso chorreó por un estrecho canal, y desapareció debajo de la piedra. Al poco rato la roca se movió y dejó al descubierto unas escaleras que descendían hasta la más absoluta oscuridad.

- En las sagradas escrituras dice que la sangre de Cristo goteó hasta las entrañas de la tierra. Aquí no tenemos sangre, pero la palabra Getsemaní nos dejaba otra alternativa. De todas formas, la densidad de la sangre es 1050 Kg. /m3, y la del aceite es de 0.8 Kg. /m3 se parecen mucho, y había que intentarlo- se explicó Richard con una sonrisa-.

Baver los miró a todos a la cara, y le indicó a Cameron que bajará el primero por las oscuras escaleras.

Joan sudaba copiosamente desde que habían entrado por las puertas que daban acceso directamente a un pasillo excavado en plena roca. A excepción de Alí, todos respiraban con dificultad por la ausencia de aire, y el avance cada vez se les hacía más difícil por la intensa oscuridad. Además de todo eso una creciente sensación de claustrofobia se adueño del chico, pues aquel pasadizo era tan

estrecho que debían caminar en muchas ocasiones, de lado entre las altas paredes de roca.

Joan había perdido la noción del tiempo desde que entraran en aquel lugar, pero calculaba que llevaban más de dos horas caminando entre aquellos estrechos muros.

Por fin la angosta senda acabó de repente, y Joan respiró aliviado al llegar a una amplia sala con un suelo de baldosas negras y blancas, al estilo de un gran tablero de ajedrez. La sala estaba llena de arcones de madera enormes, que estaban situados a unos cinco metros unos de otros. Sobre cada arcón había colocado un palo acabado en un gancho, y del gancho colgaban unas llaves. Al fondo de la sala había una enorme puerta de metal oxidado, con varias cerraduras. De la pared contigua a la puerta, colgaba un racimo de llaves de gran tamaño, y de un color naranja por culpa del oxido.

Los cuatro se acercaron hasta la enorme puerta, asombrados de las dimensiones de aquella sala.

- ¿Y esto que coño será?- preguntó Jaled-.

- No lo sé, pero seguro que tendremos que averiguarlo- contestó Joan-.

Joan tocó la ancha puerta con la yema de los dedos, y notó que al contrario que el resto de la sala, estaba helada. Intentó coger el mazo de llaves, pero pesaban demasiado para sacarlas él solo del clavo en el que estaban colgadas.

Una inscripción dominaba el vano de la puerta, y Alí le pidió a Joan que la tradujese.

- כבישים רבים להוביל יהוה, אבל רק אחת נכונה-

Joan trató de recordar las clases que su padre le había obligado a tomar, y se arrepintió de no haber prestado mayor atención.

- Está en hebreo, y dice: “Todos los caminos conducen al señor, pero solo uno es el correcto”.

- ¿Y eso que quiere decir?, ¡joder estoy harto de acertijos!- gritó exasperado Jaled.

- ¡Esperad, ahí pone algo más!- gritó Khalid-.

Bajo la inscripción en grandes letras que acababa de leer Joan, había otra más pequeña, y con algunas de sus palabras borradas de la piedra a causa del mucho tiempo que llevaban allí.

- Si, es verdad, voy a acercarme un poco más para ver si lo puedo leer. Creo que pone: *“Estáis en la sala de las llaves. Infinitas son las acciones del señor, al igual que las llaves de esta sala. Solo una encaja con la puerta que da acceso al santuario, pero elige bien. Las*

buenas elecciones conducen al cielo, las malas al averno".

- Tenemos que encontrar la llave que abre esa puerta- dijo con decisión Alí-. Creo que esos baúles deben estar aquí por alguna razón.

- ¡Abrámoslos!- Jaled se estaba empezando a poner nervioso-.

- No, primero debemos asegurar nuestras acciones, si hacemos algo mal podemos quedarnos encerrados aquí para siempre.

Alí, Joan y Khalid se acercaron hasta uno de los cofres y observaron algo que antes se les había pasado. El baúl estaba marcado con un numero, en concreto el numero seis.

- Creo que cada uno tiene su orden. Este debemos abrirlo en el sexto lugar.

- Bien, a buscar el número uno- indicó Alí-.

Mientras que Joan y los demás buscaban el cofre numero uno, Jaled miraba con ansia la enorme puerta.

Las tumbas se apilaban unas tan encima de otras, que casi era imposible leer un nombre sin leer también el de arriba. Cameron paseó la vista por aquel lúgubre pasillo, en el que los nichos se arracimaban desde el mismo suelo hasta el techo rocoso, y de repente, pese a estar sudando a chorros, un frío terrible le recorrió la espalda. La certeza de que aquello no iba a salir bien se apoderó de lo más profundo de su ser, hasta que le dolió el estomago.

Richard no parecía sentir lo mismo, mas bien al contrario, pues no dejaba de examinar las tumbas y el pequeño diario sin cesar.

Siguieron caminando por aquel estrecho osario, hasta que Cameron se detuvo de golpe. Allí no había salida. Una pared de color ocre se alzaba al final de aquel pasillo desafiante y cortando el camino.

- ¡Aquí no hay salida, tendremos que buscar otro sitio por donde seguir!- gritó a modo de aviso para los demás-.

De repente, y como si alguien hubiese oído las palabras de Cameron, la losa por la que habían descendido hasta aquel túnel, se cerró. Durante unos segundos nadie reaccionó, hasta que Baver encendió una de sus potentes lámparas alógenas.

- ¡Genial, ahora estamos atrapados con un montón de tumbas!- espetó Cameron-.

- Arcosolio.

- ¿Que?

- Que no son tumbas hijo, son arcosolios- apuntó Richard-.

- ¡Y eso que coño importa papa, estamos atrapados!

- ¡Jovencito, modera tu lenguaje!- reprendió Richard-. Además es muy importante.

- Explíquese profesor- exigió Baver-.

- Pues bien, en el siglo III se solían enterrar a los santos o mártires en arcosolios como estos. También las personas notables o importantes tenían así su santa sepultura…

- ¡Al grano!- dijo nervioso Baver, al que no le interesaba lo más mínimo las clases de historia-.

- Vale, pues si os dais cuenta, aquí hay muchos arcosolios, pero no todos son iguales.

El grupo se dio la vuelta, y efectivamente pudo comprobar que lo que decía Richard era cierto. En varios lugares del muro de roca, se alternaban tumbas con ornamentados huecos en arco, y otras que solo eran lapidas colocadas sin cuidado.

- Los arcosolios terminaban por lo general con el arco que servía de capilla funeraria, pero los nichos no. Las tumbas más pobres se practicaban directamente sobre el muro, tapándolo después con argamasa.

- ¿Y que nos importa a nosotros como fuesen enterrados unos desgraciados?- adujo Baver que se estaba poniendo nervioso-.

- Mucho, por que los arcosolios son obras de albañilería, y las tumbas no. Simplemente se agujereaba el muro de la pared, y se metían ahí los cuerpos.

- ¡Entonces ya entiendo lo que quieres decir papa! La pared no debe de tener más de un metro y medio de ancho, y ¿cuanto pueden medir las tumbas?

- ¡Exacto hijo! Si excavamos al fondo de las tumbas deberemos de salir al otro lado del muro- concluyó Richard-. Pero tenemos que hacerlo con cuidado, no siempre las tumbas son grandes, por lo que si elegimos la incorrecta podremos pasarnos horas cavando para nada. Además, creo que no podemos permitirnos el lujo de desperdiciar oxigeno.

En efecto todos habían notado la falta de oxigeno y les costaba respirar más de lo común. Sin mediar palabra, se pusieron a buscar la tumba más apropiada para ser exhumada.

47

Ibrahim conducía a toda velocidad entre el trafico de Amman. Yanira estaba sentada a su lado blanca como la cera, y apenas había pronunciado palabra desde que el policía la recogió en el hospital.

La chica no hubiera vuelto a ese sitio jamás, pero su padre, y el recuerdo de Joan, Cameron y los demás, la había convencido.

Ibrahim pulsó uno de los botones del coche patrulla, y al instante sonaron los tonos de una llamada.

- ¿Si?

- Lawzi soy yo.

- Vaya, otra vez.

- Me encanta tu entusiasmo. ¿Estas preparado?

- Ya te he dicho las otras quinientas veces, que siempre estamos preparados ¡parece que nunca hayas trabajado en la policía!

- Lo siento, pero es que esto me huele realmente mal.

- No te preocupes Ibrahim, mis hombres cumplirán su parte del plan.

Colgó y aceleró poniendo la sirena para evitar el tráfico del medio día.

- No te preocupes Yanira, cogeremos a los cabrones que le hicieron eso a tu padre. Si es que todavía están allí.

La explanada principal del campamento era un autentico campo de batalla. Cuerpos sin vida aparecían tirados aquí y allá, unos muertos, otros en camino de encontrarse en la misma situación. Los alemanes que aún quedaban en pie habían ido retrocediendo hasta cobijarse bajo los enormes camiones MAN. Los israelíes habían visto que la batalla estaba ganada, y avanzaban terreno disparando sus fusiles de asalto contra todo bicho viviente.

Desde la muerte de Jurgen los alemanes carecían de líder, y aquello estaba decidiendo la batalla a favor de los israelíes, que aunque no contaran con Alí ni Jaled, si que habían recibido refuerzos por parte del ejercito secreto de Omar.

Los alemanes estaban sitiados y tan solo unos metros separaban a los israelíes de conseguir la victoria total.

Joan localizó el cofre número uno, y como un loco probó las llaves que colgaban sobre él. A la quinta llave, la cerradura emitió un débil quejido y se abrió. Dentro solo había un trozo de papel amarillento y lleno de arrugas. Leyó lo que ponía, pero le pareció un galimatías sin sentido:

La esperanza de todos los hombres buenos a sido y siempre será el camino correcto y el alma limpia la que conduce a Dios. Durante la vida terrenal la búsqueda de Dios, esta reservada para todos los hombres y a menudo algunos encuentran el camino que les lleva a la verdad, pero Dios es justo, y conoce a sus hijos y todos son especiales a sus ojos y por ello, los perdonara el día del juicio.

Aquello era especie de salmo sin sentido, y Joan no veía la manera en que aquellos versos bíblicos le podían ayudar en una situación como la suya. De repente el suelo se movió. No fue un pequeño temblor, sino que Joan notó como las losas bajo sus pies se movían como en un ligero vaivén. Alí lo miró durante un segundo sin comprender, y Joan le contestó con la mirada que él no había hecho nada.

Un grito sobresaltó a Joan, y cuando giró la cabeza en la dirección de la que había venido, se encontró con Jaled junto a la gran puerta de metal.

- ¿Que has hecho Jaled?- gritó Alí que también lo había visto-.

- Esto no son más que chorradas, lo que hay que hacer es probar todas las llaves a ver cual es la verdadera.

Nada más acabó de pronunciar aquellas palabras, el suelo por donde habían entrado a la sala se vino abajo. Un rugido espantoso sonó en la habitación cuando las losas empezaron a desprenderse y a caer hacía una negrura insondable. Joan estaba bastante cerca del lugar donde habían empezado a caer las losas, y pudo ver la oscuridad del abismo que había debajo, y como las losas negras y

blancas caían hacia el fondo.

- ¡No toques nada más!- gritó desesperado Joan intentando huir del borde del abismo-.

Las losas se partían y crujían de forma estruendosa formando ecos en la habitación. De repente el suelo bajo Joan crujió, y se vino abajo. El chico braceó intentando agarrarse a algo, y encontró la húmeda madera del cofre. Se agarró a la tapa mientras las losas cedían bajo sus pies. Durante un segundo creyó que podría salir con vida de aquella, pero en ese momento el suelo bajo él se desmoronó, y Joan cayó al vacío junto con el cofre al que estaba sujeto.

El calor era sofocante y se hacía muy difícil respirar con normalidad. Cameron se afanaba intentando despegar una lapida con el nombre ilegible por el paso de los años, mientras que su padre y Mohammed buscaban otras alternativas entre los nichos. Los dos alemanes habían vaciado una de las tumbas, y sin remordimientos ningunos, habían lanzado los huesos del difunto al suelo, que se convirtieron en polvo con el golpe. Mientras, Cameron seguía en su lucha con la pesada lapida, y uno de los gigantes rubios se metió en la tumba ahora vacía. Su enorme cuerpo apenas cabía en el estrecho agujero, pero aún así se contorsionó hasta que estuvo dentro. Al cabo de unos minutos salió lleno de polvo indicando que la tumba era poco profunda, y que tendrían que excavar mucho hasta encontrar la salida al otro lado.

Durante dos horas continuaron con el saqueo de las tumbas, pero la enorme cantidad de nichos, y la creciente falta de oxigeno y calor, hizo que tuvieran que parar un rato a hidratarse.

Cameron y los dos alemanes estaban completamente cubiertos de sudor y tierra seca, mientras que Baver, Richard y Mohammed respiraban con bastante dificultad. Al cabo de veinte minutos comenzaron con su laboriosa tarea, pero un grito de Richard frenó la actividad.

-¡Dejad de excavar!, creo que ya sé cual es la tumba que buscamos.

Se acercaron para ver lo que quería decir el profesor, y entonces lo entendieron. Una pequeña lapida aparecía medio escondida entre dos tumbas con sendos arcos en relieve. Baver iluminó con la linterna para ver mejor, y leyeron: *“Abiel, fiel sirviente de Dios”*.

Durante un segundo Joan se sintió ingrávido, notó como caía, y como el cofre le golpeó en la cabeza, pero luego solo recordó la oscuridad. Abrió los ojos, y por un momento solo vio figuras borrosas. Se frotó los ojos, y la cara de Khalid apareció ante él. Junto a Khalid también estaba Alí, que lo miraba con curiosidad.

- ¿Estás bien Joan?- preguntó preocupado el chico-. Creí que el golpe del cofre te había matado.

Joan se tocó la frente, sobre la ceja derecha, y se manchó los dedos de sangre.

- Si, has recibido un golpe muy fuerte en la cabeza- informó Khalid-. Te has desmayado.

- Pero, pero yo…

- El chico te ha salvado- interrumpió Alí-. Se ha lanzado como un león y ha conseguido agarrarte antes de que cayeras por el precipicio, por suerte el derrumbe ha terminado.

Alí se levantó buscando con la mirada a Jaled, y de repente soltó un agudo grito.

- Jaled, ¡deja las llaves!

- He fallado con la primera, pero ahora tendré más suerte.

El enorme israelí sujetaba el racimo de llaves con una mano, mientras que con la otra pasaba frenéticamente las llaves con los dedos intentando decidir con cual de ellas probaría suerte de nuevo.

Uno de los rubios entró en la pequeña tumba de Abiel, y sacó a tirones los huesos que descansaban en su interior. A Richard le pareció repugnante la forma en la que estaban tratando los restos del hombre que había construido aquella maravilla arquitectónica en la que se encontraban, pero no había otra manera de salir de aquel lugar.

En un principio al profesor le pareció raro que el constructor de aquella ciudad, y escritor del diario, hubiese terminado enterrado en aquel lugar, casi abandonado y con toda la pinta de haber sido repudiado por sus semejantes, pero dejó las especulaciones por el momento.

Una nube de polvo se elevó hasta el techo de la cripta cuando los huesos se hicieron pedazos contra el suelo, y a los pocos segundos el alemán profirió un grito de alegría. Al otro lado de la tumba no había más que una fina pared de argamasa hecha con arena rojiza, que el alemán deshizo de unos cuantos golpes. En el otro extremo, un ancho pasillo de baldosas marrones se perdía en la

oscura silueta de una entrada a un túnel.

Con algo de esfuerzo cruzaron todos al otro lado, y emprendieron el camino por el pasillo hacia el oscuro túnel. Richard se fijó antes de dejar atrás la tumba, en las palabras que aparecían cinceladas en una de las paredes, del que hasta ahora había sido el nicho de Abiel: *“ Sobre mi cuerpo se halla el camino verdadero”*

Alí profirió un grito aterrador, pero su compañero no atendía a razones ni del mismísimo israelí. Siguió contando con los dedos las llaves, hasta que una centró su atención. Alí corrió hacia él con una velocidad endiablada, pero ya era demasiado tarde, Jaled había introducido otra llave, y estaba intentando girarla sin éxito.

- ¡Chicos, corred!- gritó Alí volviéndose hacia Joan y Khalid-.

De repente volvió a suceder la misma escena que minutos antes casi le cuesta la vida a Joan. El suelo se estremeció, y las baldosas comenzaron a caer hacia el pozo de oscuridad que se cernía bajo ellos. Joan y Khalid corrieron hacía la puerta donde se encontraba Jaled con el rostro desencajado, pero de inmediato supieron que no llegarían hasta allí. Alí había alcanzado la enorme puerta de hierro y forcejeaba con Jaled por el racimo de llaves, mientras que a su alrededor crecía el ruido y el denso polvo rojizo del suelo.

Khalid había tomado ventaja y parecía que lograría escapar, pero Joan, más lento por el dolor que le produjo la caída de hacía unos minutos en la pierna, perdía velocidad a cada paso que daba. De repente Khalid se frenó y esperó a su amigo pese a los gritos desesperados de Joan de que se fuera. Los ojos del chico mostraban una determinación casi antinatural, y no movió ni un músculo. Joan resbaló con una baldosa suelta, y casi cayó de espaldas en la oscura sima que se abría a pocos metros de él, pero logró recuperar el equilibrio y continuó con su frenética escapada aferrándose con pies y manos al suelo que temblaba bajo su cuerpo.

Algunos baúles habían caído al fondo del precipicio junto con las baldosas y la mochila que portaba Alí. De repente Joan sintió que ya no pisaba el suelo, y con un acto reflejo, levantó los pies y miró hacia abajo. Una negrura interminable se cernía bajo sus pies suspendidos en el aire. Como en un sueño a cámara lenta, se vio izado de un tiron brutal, y aterrizó sobre uno de aquellos baúles, golpeándose el hombro. Se volvió como impulsado por una corriente eléctrica, y vio a Khalid tendido en el suelo junto a él. El brazo le colgaba inerte en un ángulo imposible, pero Joan apenas

tubo tiempo para pensar en aquello. Cogió a Khalid por la cintura, y se arrastró sobre las rodillas y el brazo que le quedaba libre hacia una zona más segura. El temblor iba menguando poco a poco, cuando un grito sobresaltó a Joan. Alí gritaba a pleno pulmón mirando hacia un lugar del fondo de la sala.

- ¡Las llaves!

El racimo de llaves había caído por culpa del forcejeo con Jaled cerca del borde del precipicio, a punto de precipitarse al vacío. Jaled torció el gesto, y en sus ojos apareció reflejada la pura desesperación. Se lanzó corriendo hacia las llaves sorteando baúles que se habían caído por el movimiento del suelo, y se puso de rodillas junto al manojo de llaves.

- ¡Las tengo!- gritó eufórico-.

- ¡Sal de ahí!- le ordenó Alí-.

De repente la tierra emitió un último estertor, y el suelo bajo los pies de Jaled desapareció. Durante una fracción de segundo todos pudieron contemplar los ojos incrédulos del israelí, y al segundo después, Jaled desapareció en el abismo. Alí permaneció impasible ante los gritos horribles que llegaban desde el borde por donde el israelí había caído. Se acercó despacio y con cuidado al lugar donde tan solo unos segundos antes había estado Jaled, y recogió algo del suelo. Mostró las llaves a Joan y Khalid, y echó un vistazo hacia el oscuro agujero por donde había caído su amigo.

- Por lo menos ese estupido de Jaled no se ha llevado a la tumba las llaves- dijo en tono neutro-. Y ahora quiero salir de aquí ya.

Durante una larga hora habían caminado por aquel estrecho túnel envueltos en una total oscuridad. Hacía un calor sofocante y era difícil respirar a causa del denso polvo que se levantaba con sus pasos. Desde que salieran de la tumba no habían encontrado nada, salvo oscuridad y polvo, y empezaban a pensar si no se habrían equivocado de camino, cuando por fin, el túnel acabó. Frente a ellos se alzaba majestuosa una masa de roca, en la que miles de puntos de cuarzo brillaban a pesar de no contar con un solo rayo de luz. En la cima de aquella mole de piedra se elevaba una iglesia pequeña y muy antigua, con una enorme puerta de arco apuntado.

Desde donde se encontraban no podían ver con claridad la estructura de la iglesia, pero Richard quedó conmocionado y emitió una serie de balbuceos sin sentido, que los demás no pudieron interpretar.

- Es…imposible, no puede ser que…- balbuceó el viejo-.

- ¿Que pasa papa?

- Es…es esa iglesia. Juraría que es…, no, ¡no puede ser!

- Si sabe algo que no sepamos los demás me gustaría saberlo- exigió Baver-.

Richard lo miró por un momento a los ojos con la mirada perdida, como buscando respuesta para sí mismo, pero al rato reaccionó y contestó volviendo a mirar hacia la iglesia que descansaba en lo alto de aquella pared de piedra.

- Esa iglesia, es la iglesia del Santo Sepulcro.

- ¿Como, pero esa iglesia no está en Jerusalén?

- Así es, bueno, no digo que sea la misma evidentemente, pero es idéntica.

- ¡Pero que les pasa a estos tipos! En una ciudad subterránea se han dedicado a construir imitaciones de las iglesias más sagradas del cristianismo, ¡esto no tiene sentido!- se exasperó Cameron-.

- Es solo una valoración a la ligera, desde aquí abajo no puedo decir que sea la misma iglesia con certeza.

- Lo que nos deja otro dilema- apuntó Baver-.

- ¿Cual?

- Como subimos hasta allí arriba.

El grupo dirigió la mirada hasta la pared rocosa, y todos permanecieron callados sopesando las posibilidades.

Durante una hora trabajaron en silencio abriendo baúles y recopilando las notas de su interior. Khalid y Alí trabajaban con los baúles, mientras que Joan leía las notas una y otra vez intentando descifrar el significado de aquellas inconexas palabras.

Algunos baúles habían caído al precipicio junto con parte del suelo, pero por lo menos no se había producido ningún movimiento de tierra más, aunque trabajaban con mucho cuidado y pendientes de cualquier nuevo temblor que pudieran notar.

La habitación había quedado vacía en dos de sus tres partes, por lo que de vez en cuando, se oían ruidos lejanos en la sala que procedían del abismo que se abría tan solo a unos metros de donde ellos estaban trabajando. Una vez que todos los baúles estuvieron abiertos, los tres juntaron las notas e intentaron ayudar a Joan a descifrar aquel dichoso enigma.

- No lo entiendo, en estas notas solo aparecen frases cáusticas y relacionadas con Dios o la religión, pero nada que tenga que ver con llaves, puertas o salas que se vienen abajo- dijo Joan

desesperado-.

- ¿Has encontrado al menos alguna relación entre las notas, algo que nombren en común?- preguntó Alí-.

- No, solo frases espirituales, bueno lo único que menciona en cada nota es el nombre de Dios, pero…

- No creo que tenga nada que ver. Dios estaba en casi todos los escritos de la época.

Durante unos minutos ninguno de los tres dijo una sola palabra, solo miraban una y otra vez las notas, hasta que Joan soltó un taco que resonó en toda la sala.

- ¡Lo tengo!

- ¿Como que lo…?.

- ¡No sé como he podido ser tan estupido, estaba delante de mis narices todo el rato!

Joan reunió todas las notas y las examinó juntas durante unos segundos.

- Alí, ¿tienes algo con lo que podamos escribir?

- Si, aquí llevo una pluma- el israelí sacó una sofisticadísima pluma Parker Sonnet modelo Slim con chapados en oro-. ¿Que pasa, me gusta firmar con clase?- se justificó el israelí sonriendo-.

Joan cogió la pluma y garabateó algunas letras en la parte posterior de una de las notas. Luego repasó las otras, y escribió algunas letras más. La impaciencia crecía en Alí, cuando por fin Joan les mostró el resultado de lo que había estado haciendo. Sobre las frases de las notas Joan había subrayado algunas palabras. Tanto Khalid como el israelí no entendieron lo que el chico les quería decir.

- Al principio creía que eran frases al azar, solo citas bíblicas y todo eso, pero solo tenía que mirar un poco mejor- empezó Joan con una gran sonrisa-. Desde que era pequeño mi padre se ha empeñado en someterme a miles de enigmas sencillos para encontrar mis regalos de cumpleaños y navidad, algunos de ellos eran bastante sencillos, pero con el tiempo se empezaron a complicar cada vez más

- No me digas que esas notas son juegos de niños- interrumpió Alí nervioso-.

- No, al contrario. Los primeros cristianos utilizaban muchas versiones de códigos en el lenguaje para cifrar sus mensajes, no olvidemos que buena parte de su vida la han pasado huyendo, y escondiendo sus tesoros. Bueno, pues en definitiva, lo que tenemos aquí son sencillos acrósticos.

- ¿Acrósticos?

- Si, son composiciones poéticas con algún mensaje oculto- explicó Joan-. Normalmente se encuentra en la primera silaba de cada verso, aunque también puede ir en la media o en el final.

- ¿Pero y como sabes que es eso lo que tenemos aquí?- preguntó Alí-.

- Después de repasarlo mucho, me he dado cuenta- Joan cogió la hoja en la que había garabateado con la pluma de Alí, y se la mostró a los otros-.

L*a esperanza de todos los hombres buenos*

A *sido y siempre será el camino correcto y el alma*

L*impia la que conduce a Dios. Durante la vida terrenal*

L*a búsqueda de Dios, esta reservada para todos los hombres.*

A *menudo algunos encuentran el camino que les lleva a la*

V*erdad, pero Dios es justo, y conoce a sus hijos, y todos son*

E*speciales a sus ojos y por ello, los perdonará el día del juicio*

- Si veis las primeras silabas de cada verso que he subrayado, nos deja un mensaje: **LA LLAVE.**

- ¡Es verdad!- exclamó entusiasmado Khalid que llevaba el brazo en un improvisado cabestrillo que le había hecho Alí-.

- ¿Eso quiere decir que en las otras notas también había mensajes verdad?- preguntó el israelí-.

- Si, pero me ha sido más difícil encontrarlos que el primer código- explicó Joan-. En la segunda ya no estaban en la primera silaba, sino que la clave estaba oculta de forma gradual, es decir la primera silaba del primer verso, la segunda del segundo verso, y así sucesivamente- Joan mostró lo que quería decir.

Con la mano en el pecho Jesús realizó el

milagro de

l**O**s panes y los peces, y dio de comer a los hambrientos.

Te**R**minó de hacer el milagro, y convocó a sus hombres, que

Cor**R**ieron en su busca para atender la llamada de su señor.

Temi**E**ron haber hecho algo que creara la ira de su Señor, por ello

confe**C**cionaron una vasija grande, y la llenaron de oro y Él

contes**T**ó que no hacía falta tal cosa para congraciarse con Él,

blanque**A**d vuestra alma, y esa será mi recompensa" contestó Él.

- En esta nota el mensaje oculto es la palabra **CORRECTA**- explicó Joan-.

- O sea que tenemos dos palabras: "La llave correcta", de momento- terminó Alí-.

- Si, eso es. Teníamos siete baúles, lo que nos hace pensar que era un mensaje de al menos siete palabras o más- continuó Joan-. Lo peor es que algunos baúles se han perdido en el precipicio y no he podido completar el mensaje entero, pero esto es lo que he sacado en claro. De la primera nota: La llave. De la segunda: Correcta. En la tercera: La encontrareis.

- La llave correcta la encontrareis- repitió Alí-.

- En efecto, pero el baúl cuatro y cinco se han perdido, lo que nos deja con el seis y el siete, y esto es lo que ponía en el seis: Santísima, y en el siete: Trinidad.

- O sea: La llave correcta la encontrareis…Santísima Trinidad, ¡pues vaya mierda!- explotó Alí-. Salimos de un acertijo y nos metemos en otro. ¡Que diablos quiere decir eso de la Santísima Trinidad!

- Creo que yo lo sé- susurro Khalid-.

Joan y Alí lo miraron asombrados, y el chico con una mueca de dolor al mover el brazo, cogió el racimo de llaves que sujetaba el israelí.

Cameron notó como los brazos dejaron de responderle durante un segundo, y buscó un saliente para descansar. La pared era bastante inclinada, pero había muchos huecos y cavidades que proporcionaban múltiples puntos de apoyo, aún así, Cameron estaba agotado.

Durante años había practicado deportes de riesgo, algunos de ellos extremos, pero la diferencia era mucha cuando lo haces por diversión y sabes que lo puedes dejar cuando quieras, o hacerlo por supervivencia pura y dura.

Después de una fuerte discusión en la que Richard se había opuesto con uñas y dientes, se había llegado a la conclusión que el único capaz de subir aquella pared era Cameron. Tanto su padre como el paleógrafo no podían por razones obvias- superaban ambos los sesenta años-, Baver tenía pánico a la escalada, y los dos alemanes no eran los más indicados para hacerlo, lo primero debido a sus más de ciento cuarenta kilos cada uno.

Cameron ya había superado más de la mitad de la pared, pero no era la ascensión lo que le preocupaba, sino qué hacer cuando estuviera arriba. Los alemanes solo llevaban en sus mochilas el equipo más básico de escalada, que no incluía ningún dispositivo para poder alzar a su padre y a los demás hasta la cima. Le dolían las manos y tenía serias heridas producidas por las rocas cortantes en los dedos y en los antebrazos, pero aún así, no le parecía una subida de las más difíciles que había practicado en su vida. Salió del pequeño balcón donde había estado descansando, y de un salto se agarró con las dos manos a un saliente de piedra que estaba a un metro sobre su cabeza. Luego con un pie, alcanzó otro punto de apoyo, y se impulsó hacia arriba hasta alcanzar otro saliente, un metro más arriba.

Veinte minutos después Cameron estaba tendido sobre la fina arena de la cima de la pared sudando a chorros. Descansó unos minutos, y después buscó algo a lo que poder atar la cuerda que llevaba alrededor del pecho.

Cameron se había fabricado un arnés con cuerdas que llevaban los alemanes en sus mochilas, y con la ayuda de un mosqueton y un ocho, debía de idear algún medio para que los demás pudieran subir a la cima sin la necesidad de escalar por si solos.

Encontró un árbol grueso, que sin duda aguantaría bien el peso, y realizó una lazada alrededor del tronco. Acto seguido se soltó el arnés casero, y se agarró un extremo de la cuerda a su cintura. Se acercó hasta el borde, y lanzó el arnés al grupo que lo esperaba abajo. Ahora debía de subir Baver, como ya lo habían hablado, pues

cuando éste estuviera arriba, le podría ayudar a tirar con más fuerza de la cuerda. Además era el más delgado del grupo.

Baver se ajustó el arnés con la ayuda de uno de los gigantes rubios, y se acercó hasta la pared. Cameron empezó a caminar hacia atrás, y a medida que ganaba metros, la cuerda tiraba del cuerpo de Baver hacia arriba. El alemán no hacía mucho por ayudar a Cameron, ya que el pánico le había atenazado los músculos, y apenas pataleaba para alejarse de la pared cortante. Cameron hizo un soberano esfuerzo para llevar al alemán a la cima, por lo que hubo de descansar varios minutos antes de acometer el próximo ascenso.

Le tocó el turno al paleógrafo, que aunque con poca soltura, intentó ascender por sus propios medios, con lo que la tarea de subirlo se hizo más fácil. Además con la ayuda de Baver, Cameron tuvo que hacer un esfuerzo menor. Cuando el árabe estuvo en la cima le tocó a Richard subir. El profesor era un escalador experto, pero hacía muchos años que no practicaba la escalada, aún así, solo necesitó un empujón de la cuerda en contadas ocasiones. Entre todos izaron a los alemanes con bastante esfuerzo debido al peso de ambos, pero al final todos alcanzaron la cima de la pared rocosa.

Descansaron durante unos minutos en los que aprovecharon para hidratarse, y luego contemplaron con asombro la espectacular vista de la iglesia que se alzaba ante ellos majestuosa.

Khalid sostenía en las manos el racimo de llaves de la que había escogido una. Los tres estaban ante la enorme puerta de hierro, y se miraban entre ellos con cierta dosis de miedo.

- Si fallamos esta vez no habrá tiempo de reacción- informó Alí-. Caeremos por el precipicio.

- Ya lo sé, pero debemos intentarlo. No se me ocurre otra idea mejor, y no podemos volver por donde hemos venido- contestó Joan-.

- Está bien, probemos.

Khalid había elegido una llave con tres dientes en su extremo. Cada llave contenía un número de dientes, de las cuales Jaled ya había probado una con cinco dientes, y otra con seis. Khalid llegó a la conclusión de que la santísima trinidad eran, como sabía todo el mundo, tres personas distintas en uno solo: Dios, Padre y Espíritu Santo. Joan sabía que la palabra “Trinidad” estaba compuesta por

“Tri”, y “Unidad” que era el significado de tres personas unidas, así que el número tres se le antojaba perfecto. Además no tenían más opciones.

Khalid introdujo la llave en la cerradura, que era un simple agujero practicado en la puerta, sin cerradura ni otros orificios, imposible de descifrar si por dentro constaba de dos dientes o tres, y tras un momento de vacilación, la giró. Durante unos segundos no ocurrió nada, pero después se escuchó en toda la sala un sonido sordo, y la pesada puerta se abrió de par en par, dejándoles ante sí la vista de un altar enorme de oro macizo.

Ibrahim aparcó el coche patrulla en el borde del camino, tras una duna que les servía de parapeto. Se asomó al borde de un precipicio, y se quedó helado pese al tremendo calor del desierto.

En una explanada bajo él, había un campamento formado por varias tiendas de campaña, camiones y varios vehículos todoterreno. Por el suelo había cadáveres por todos los rincones, y todavía retumbaban los disparos de las automáticas en el valle. Sacó unos pequeños prismáticos y comprobó que todavía quedaban hombres vivos que buscaban su botín de guerra tras la victoria. Rebuscó en el fondo de sus bolsillos, y sacó su móvil.

- Lawzi, ven inmediatamente, esto es una carnicería- le dijo al auricular-.

Ante la gran puerta de entrada de arcos apuntados, el grupo de Richard se sintió entre sobrecogido y emocionado. Aquel descubrimiento era uno de los más importantes de la historia y probablemente ellos eran los primeros en entrar en aquel recinto en más de dos mil años.

- Esta no es exactamente la iglesia del Santo Sepulcro como había creído desde lejos- susurró Richard-.

- ¿Como dices?

- En un principio y desde la distancia, me pareció que esta era una reproducción de la iglesia más sagrada de Jerusalén, pero no es así.

- Pues yo he visto fotos y es igual a ésta- añadió Cameron-.

- Se parece mucho, pero no es la misma. La iglesia que se puede ver hoy en día en Jerusalén está restaurada después de que en el año 614 fuese saqueada y quemada por los persas. Luego fue

reconstruida y vuelta a derrumbar varias veces más, hasta que casi no se conservan en ella más que unas cuantas cosas de la original.

- ¿A que viene ahora esta clase de historia?- se quejó Baver-.

- Esta iglesia- continuó Richard haciendo caso omiso al comentario del alemán-. Es la original, sin reconstrucciones ni pequeñas aportaciones por partes de las diferentes religiones. Creo que no es tan antigua como pensamos, pero si que tiene más de original que la actual iglesia del Santo Sepulcro.

Caminaron a lo largo de un pasillo central abierto, decorado con columnas impresionantes que se perdían al final de la colina.

- Este el Cardo Maximus, y en la antigüedad recorría gran parte de la ciudad como calle principal- informó el profesor-.

Avanzaron por un extenso patio hasta llegar a la entrada de la iglesia. Una creciente sensación de irrealidad y temor se les agolpó en el estomago. Sobre la puerta de entrada brillaba un extenso mosaico, que todos menos los dos rubios reconocieron en el acto.

- Es el mosaico de Madaba- informó Richard-.

- Es exactamente el mismo- recalcó Mohammed-.

- ¿Y que pinta aquí este mosaico?- preguntó Baver-.

- Madaba fue una de las ciudades bíblicas más importantes. Muchas iglesias tenían allí su sede. El mosaico de Madaba data del siglo IV, y supongo que fue puesto ahí para orientar a los posibles hermanos de los cristianos de la ciudad a encontrarla.

La puerta de la iglesia no estaba cerrada, por lo que pudieron entrar sin dificultad al interior del templo. Un frío helado les caló hasta los huesos, y mezcla del frío, y mezcla de temor, a todos se les puso la carne de gallina.

Justo delante de ellos, se alzaba imponente la Piedra de la Unción, de una brillante roca caliza, rodeada en sus extremos de un marco de mármol rosado. En la actualidad, en la iglesia del Santo Sepulcro, varias lámparas de distintas religiones cuelgan sobre la piedra en la que fue ungido Jesús antes de su entierro, pero la piedra que observaban ahora Richard y su grupo, solo estaba coronada por una lámpara decorada con ricos ribetes en oro, propia de la religión católica.

- Esto no me cuadra- dijo Richard casi en un susurro que retumbó entre aquellas gruesas paredes-.

- ¿Que es lo que no te cuadra?- le preguntó su hijo-.

- Aquí a la izquierda debería estar la piedra de las tres mujeres, y a la derecha, antes de subir al altar de la crucifixión, debería estar la capilla de Adán.

- A lo mejor tendrían la intención de construirlas pero no les dio

tiempo.

- Puede ser, pero las capillas de la religión católica romana si están todas.

- ¡ Vamos hombre, estamos en una iglesia que simula a la más sagrada del mundo a varias decenas de metros bajo tierra en una ciudad subterránea, y lo único que le extraña es que faltan capillas de griegos y armenios!- explotó Baver-.

- Solo digo que…

En ese momento el profesor cortó en seco la discusión. Al fondo de la iglesia se acababan de oír unos pasos y voces apagadas. El grupo permaneció expectante y con los cinco sentidos en alerta, cuando el ruido de pasos acelerados aumentó, y el sonido de unos golpes apagados resonó en las paredes en penumbra de la iglesia.

48

Ibrahim estaba de los nervios. Se había producido una matanza y el grupo de asalto de Lawzi estaba tardando más de lo previsto. Ibrahim observó que en pocos minutos el tiroteo que se había producido en la explanada varios metros bajo él, había acabado. Tras la rueda de un enorme camión se defendían como jabatos tres tipos, únicos supervivientes de la batalla, y que estaban atrincherados durante muchas horas, mientras que un pequeño ejercito les cerraba el perímetro de huida poco a poco. En pocos minutos no tendrían escapatoria y serian abatidos, y si el pequeño ejercito desaparecía después de acabar el trabajo, él solo no sería capaz de detenerlos.

De repente el policía escuchó un sonido apagado, y en menos de dos segundos tenía ante sí un camión del que empezaron a salir hombres de la parte trasera, provistos con cascos y gafas contra el molesto polvo del desierto, y armados hasta los dientes con MP5 y cuchillos especiales “corvos”.

En tan solo unos segundos, una veintena de hombres se habían apostado en el borde de la duna, y esperaban órdenes de Lawzi.

- Bien Ibrahim, aquí estamos- dijo Lawzi con una sonrisa burlona-. ¿A quien hay que detener?

En pocos segundos el policía le puso al tanto de lo que había pasado tan solo unos metros más abajo, y la expresión de la cara de Lawzi cambió del todo.

- Entonces esto ya es una razón de peso, estamos hablando de un asalto de ejércitos enemigos en tierra Jordana.

- Eso es. Ah Lawzi, necesito que no haya bajas, o al menos no muchas.

- No te preocupes.

- No, quiero decir de verdad. Necesito a esos tíos vivos. Muertos no saben hablar.

Lawzi sonrió, y comenzó a dar órdenes a sus hombres con determinación militar.

Cameron se hallaba escondido tras un altar ricamente decorado, y listo para atacar en cualquier momento. Sus definidos músculos estaban en tensión, y tenía los dientes apretados, listo para el combate. No sabían quien podía estar en aquella iglesia, pero por

fin podrían encontrar algunas respuestas si lograban capturarlos.

El sonido de las voces estaba ya muy cerca de donde se encontraba él, y los pasos retumbaban en el eco formado por las gruesas paredes de la iglesia. A unos metros por detrás de Cameron, estaban los dos alemanes listos para contraatacar, y por detrás de ellos, Baver, Richard y Mohammed esperaban agazapados.

Cuando el sonido de los pasos se encontraba ya justo a su lado, Cameron salió de detrás del altar, y se lanzó contra uno de sus enemigos lanzando un grito. El ataque pilló desprevenido a su adversario, que cayó al suelo bajo el joven, que lo inmovilizó con las piernas y le lanzó un puñetazo que el otro esquivó con rapidez.

- ¡Cameron soy yo!- gritó-.

Cameron alzó la mirada y se quedó helado al ver a su hermano tendido bajo él.

El combate fue desigual y duró muy poco. Los hombres de Lawzi habían pillado desprevenidos al ejército de mercenarios y los habían desarmado en cuestión de minutos. Varios hombres habían muerto en el intercambio de disparos, pero en general, había sido una operación bastante limpia.

En la explanada se encontraban arrodillados y con las manos esposadas por detrás de la cabeza, los supervivientes, así como los tres hombres rubios que habían resistido al ataque, y que se habían rendido de inmediato al ver a los hombres de Lawzi. Ibrahim se paseó entre aquellos mercenarios examinándolos uno a uno, y al rato habló en voz alta para que todos lo escucharan.

- Quiero saber quien manda aquí.

La respuesta fue un silencio sepulcral.

- No lo voy a repetir otra vez, si no sale el responsable de esto ahora mismo, os ejecuto a todos ahora mismo- se tiró un farol-.

Un hombre enjuto con varias cicatrices en la cara se adelantó al resto.

- No sabemos donde están nuestros superiores, nosotros solo hemos sido contratados.

- Bien, ¿por quien?

El hombre dudó un segundo, pero se decidió a contestar.

- Nosotros fuimos contratados por un hombre llamado Jaled, que seguía las ordenes de un tal Alí.

- Boushiki- contestó para sí mismo el policía-. ¿Y vosotros?- dijo dirigiéndose hacia los tres alemanes.

- Estamos con Baver.

- ¿Quien es ese Baver?

- No lo sabemos señor, solo obedecemos ordenes de Jurgen. A él le manda Baver, pero hace mucho que no vemos a Jurgen.

- Nosotros tampoco encontramos a Jaled. Ni a Alí- saltó el otro hombre-.

Ibrahim reflexionó durante un segundo, y se volvió hacia uno de los enormes camiones MAN que estaban aparcados delante de él.

- Está bien, tú y tú- dijo señalando a los que habían hablado- venid conmigo a los camiones. Necesito hablar más largo y tendido sobre esto.

Ibrahim se fue al camión seguido de los dos hombres, y de dos policías de Lawzi.

- Lawzi.

- Que.

- Espera aquí y vigila que nadie se escape. Vuelvo ahora mismo.

- ¿Pero que haces aquí?- preguntó Cameron asombrado-.

- He vuelto para ayudaros- espetó Joan contento de ver a su hermano y a su padre sanos y salvos-.

- Pero…pero ¿como has llegado hasta aquí?

- Las explicaciones para luego- intervino Baver-. Ahora tenemos que encontrar lo que hemos venido a buscar.

Richard se acercó hasta su hijo y le dio un prolongado abrazo, luego miró con desconcierto a Khalid y al israelí que acompañaban a su hijo.

- ¿Habéis entrado por una puerta bastante antigua situada en la parte de atrás de la iglesia verdad?- preguntó el profesor a su hijo-.

- Si, ¿como lo sabes?

- Estamos en una replica exacta de la iglesia del Santo Sepulcro- explicó Richard-. Pero no la que conocemos en la actualidad, sino la que se construyó en el siglo III D.c., por lo tanto hay dos entradas, por la que hemos entrado nosotros y la primera que se construyó.

- ¿Y entonces a donde debemos dirigirnos ahora?- preguntó Baver-.

- Sin duda a la parte más representativa y sagrada, está bajo aquella enorme cúpula- el viejo señaló una cúpula enorme rodeada de columnas-. Allí está la sepultura de Cristo.

El grupo se puso en marcha conjuntamente hacia el lugar que había señalado Richard. En cabeza abría el grupo el profesor, que

cerraba atentamente Baver y sus dos enormes ayudantes. El alemán no paró de echarle miradas de desconfianza al extraño que había llegado con los dos chicos.

Ibrahim había tomado como cuartel general improvisado una de las cabinas de los camiones. Ante él se hallaban fuertemente custodiados a punta de pistola los dos hombres que había capturado tras el tiroteo.

El alemán sudaba copiosamente y estaba visiblemente nervioso, al contrario que su homónimo israelí, que descansaba tranquilamente en una de las cómodas sillas de cuero del camión.

Ibrahim decidió separarlos y empezó por atacar al alemán. Cuando el israelí fue trasladado a otra parte del camión, y se quedó con el rubio, comenzó a desplegar todas sus artes intimidatorias que había aprendido en la academia de la policía.

- Bueno, supongo que sabrás que estás metido en un buen lío.

- Yo no he hecho nada malo- titubeó el alemán-.

- No, solo estás acusado de asesinato en un país que no es el tuyo, de llevar armas destinadas al ejército únicamente, y de intento de robo de obras de arte pertenecientes a un país árabe- exageró el policía-. Yo diría que son cargos visiblemente duros.

- Yo no he hecho nada de eso.

- ¡Venga, no me vengas con excusas baratas! Tal vez tú no lo hayas hecho, pero tus superiores se han marchado y te han dejado con la mierda hasta el cuello. Tú pagarás por ellos.

- Yo solo fui contratado para una misión de exploración, no sé nada de robar arte ni de matar a nadie- lloriqueó el alemán-.

Ibrahim sabía que tenía al tipo donde quería, si sabía algo no tardaría en cantar a pleno pulmón.

- Está bien, podemos hacer un trato.

- ¿Un trato?

- Si, eso es, un trato. Cuéntame que hacían en realidad tus jefes en Jordania y tal vez haga la vista gorda contigo.

El alemán se lo pensó durante un segundo, y el policía optó por darle el golpe definitivo.

- Vamos, tal vez no veamos más el pelo a tus jefes, pero a ti te tenemos aquí. No lo hagas más difícil para ti, te estoy ofreciendo un buen trato.

El alemán suspiró, y comenzó a hablar sin parar hasta que ya no tubo nada más que decir. Ibrahim había conseguido averiguar lo que le interesaba, más fácil de lo que había pensado.

El israelí divagaba con la mirada de un lado a otro del camión, mientras que el policía estaba sentado tras una lujosa mesa. Ibrahim sabía que aquel individuo sería bastante más difícil de engañar que el alemán, por lo que optó por intentarlo de otra manera.

- Alí Boushiki se encuentra detenido en la comisaría de Amman- mintió-. En cuanto mis hombres estén listos te llevaremos allí para que te encuentres con él, pero si no quieres verlo cara a cara lo comprenderé.

- Eso es un farol.

- Piensa lo que quieras. En diez minutos estaremos camino de Amman y tienes que decidir que quieres hacer. Si quieres un abogado te lo puedo conseguir, pero si tienes alguno de tu confianza podrás llamarlo.

- ¿De que se me acusa?

- Hemos encontrado a Alí cerca de Madaba con obras de alto valor para nuestro país. Como sabrás no nos gusta que los israelíes vengan a Jordania a robarnos, y penamos con severidad los cargos por trafico de antigüedades.

El israelí se había puesto más tenso al oír que su jefe había sido pillado con obras de arte, pues sabía que habían ido a aquel desierto por algo relacionado con ciertos objetos antiguos. Por primera vez el hombre pareció titubear.

- Yo no tengo nada que ver con esos objetos.

- Cuéntaselo al juez. Alí ha declarado que todos los de su equipo ibais a medias.

- ¡Eso es mentira!- vociferó nervioso-. Él nunca nos incluye en nada, solo cobramos y ya está.

- Pues eso no es lo que dice Alí.

- ¡Me importa una mierda lo que diga ese cabron, solo hemos seguido a esos jodidos alemanes para quitarles lo que guardan en esa iglesia vieja!

- Pues parece que Alí lo ha conseguido y ahora pretende que pinguéis todos.

- Él y Jaled dan las órdenes, nosotros solo cobramos por seguirlas sin preguntas.

- Vale, yo te creo, pero necesito algo más consistente para interceder por ti- dijo en tono conciliador el policía-.

- Solo sé que Alí y Jaled buscaban a los alemanes por algo que habían encontrado. Una vez les escuché decir que El Arca estaba en la iglesia vieja que esta ahí detrás, y que esperarían para cogerlo de

las manos de los alemanes.

- ¿Cuando fue la ultima vez que viste a Alí?

- Lo vi entrando en la iglesia con Jaled. Supongo que escaparía por alguna puerta trasera, por que no lo he visto salir.

- A lo mejor ha salido sin que lo vieras.

- Si hubiese salido lo habría visto. Mi equipo tenía rodeada y vigilada toda el área del campamento.

- De acuerdo gracias.

- ¿Me va a ayudar?- preguntó suplicante-.

- Haré lo que pueda.

Ibrahim suspiró cuando se llevaron a aquel tipo de la habitación. Ahora tenía las cosas mucho más claras, pero aún faltaban muchos flecos por aclarar. Lo principal ahora era saber que había sido de los jefes de ambos bandos, y de los secuestrados.

49

Tras subir un escarpado tramo de escaleras, el grupo se encontró a la derecha con una sala en la que se disponían ricamente decorados dos altares. Richard entró a paso ligero en la sala, y la observó detenidamente. Tras ojear los dos altares, se volvió hacia el grupo que lo miraba expectante.

- Esta sala está incompleta.

- ¿Como que incompleta?

- En la iglesia actual existen tres altares, aquí se ha omitido el de los ortodoxos griegos, por lo que supongo que los constructores de esta iglesia no tenían en absoluto en cuenta las demás religiones, aunque fuera la misma religión cristiana.

- Quieres decir que para los cristianos que realizaron esta obra no existía ninguna otra etnia más que la suya, ¿es eso?

- Exacto.

- ¿Y que son esos dos altares?- preguntó Baver-.

- Este es el de la crucifixión- dijo el profesor señalando uno de ellos profusamente más decorado-. En el actual hay cerca de cuarenta lámparas de todas las religiones. Actualmente en el Santo Sepulcro, los cristianos romanos tienen una parte de la iglesia, los ortodoxos griegos otra, los coptos, los sirios, y así un sinfín de etnias que creen que la suya es la palabra de Dios correcta. En esta iglesia solo veo rasgos de la religión cristiana.

- ¿Ese otro altar es el del Stabat Mater?- preguntó Joan-.

- Si hijo, ese es el lugar que los cristianos adoran, donde según ellos María rezó a los pies de la cruz.

Dejaron la sala después de revisar los dos altares y comprobar que allí solo había polvo, y siguieron caminando hacia la enorme cúpula que albergaba la sepultura de Cristo.

Salieron a la amplia estructura central de la iglesia, desde donde se podía ver con claridad capillas destinadas a la Virgen María, a Santa Elena y a otros santos, y observaron fascinados las enormes columnas que rodeaban la cúpula dominante. Richard contó dieciocho columnas, aunque doce de ellas estaban dispuestas en grupos de tres alrededor del sepulcro.

El propio sepulcro se hallaba majestuoso en el centro de la cúpula, un poco alzado del suelo.

- Esta es la única parte de la iglesia que se conserva igual en la actualidad- informó Richard-.

- ¿Se supone que ahí esta enterrado Jesús?- preguntó Baver-.

- No, se supone que esa tumba albergó su cuerpo hasta el momento de la ascensión.

El grupo se acercó hasta la sagrada tumba, y durante unos segundos la contemplaron en silencio. Luego Baver dio instrucciones de que se moviera la pesada lapida. Entre los dos grandes alemanes, Cameron, Joan, Alí y Khalid empujaron la pesada losa de mármol que se movió apenas unos centímetros. Mientras tanto Baver, Richard y Mohammed observaban nerviosos la exhumación.

Tras no pocos esfuerzos la pesada losa quedó desplazada lo suficiente como para poder ver lo que había dentro. Tanto Baver como Richard se abalanzaron a mirar el interior.

El nicho estaba ennegrecido por el paso de los años, pero dentro no había nada. La cara de decepción entre los presentes se hizo patente.

- ¡No sé que esperabais encontrar ahí dentro, por Dios es una iglesia abandonada!- exclamó Mohammed-.

- ¡Esperad un momento!- gritó Joan que había seguido mirando el interior de la tumba-. ¡Aquí hay algo!

El grupo se abalanzó al borde del sepulcro al mismo tiempo, y se agolparon alrededor. Joan intentaba rascar algo en el fondo de la tumba.

- ¡En el fondo de la piedra hay una grieta, y he notado una corriente de aire!- exclamó excitado el chico-.

Todos vieron lo que Joan quería decir, y rápidamente Alí y Cameron corrieron a coger unos grandes candelabros de oro que estaban situados cerca del sepulcro. Los dos alemanes los imitaron, y al cabo de unos segundos los cuatro golpeaban con furia la losa de piedra del interior de la tumba.

Al cabo de unos minutos, los cuatro estaban coordinados de forma perfecta, y mientras que los alemanes golpeaban el lecho de piedra, Alí y Cameron retiraban los restos de piedra y escombro que se formaba en el interior. Cuando hubieron acabado, un murmullo generalizado recorrió a los presentes. En el interior del sepulcro había ahora un agujero por el que se veían claramente unas escaleras que se internaban en una oscuridad insondable.

Cameron fue el primero en bajar.

La humedad y el calor se hicieron patentes en cuanto bajaron

por las escaleras. Descendieron muy despacio, pues a pesar de las linternas no se distinguía más allá de unos cuantos escalones por delante. Cuando el grupo entero estuvo abajo, la oscuridad todavía era más cerrada, por lo que se distribuyeron las pocas linternas por grupos. Cameron, que iba el primero tenía una, Mohammed que caminaba en cuarto lugar llevaba otra, y Baver que cerraba el grupo tenía la tercera.

Durante varios metros caminaron por un estrecho pasadizo excavado directamente en la roca, hasta que llegaron a una sala más amplia.

Nada más entrar en aquella sala Cameron tropezó con algo y cayó al suelo. El chico lanzó un gruñido seguido de una exclamación de horror cuando se estrelló contra un montón de troncos secos, que crujieron y se partieron con un sonido de ramas rotas.

Cameron se levantó, y se quedó helado cuando enfocó con la linterna al suelo. Lo que había tomado por troncos eran miles de huesos secos y quebradizos. En aquella sala había cientos de ellos amontonados en pilas, o diseminados por el suelo. Lo que había partido al caerse no había sido otra cosa que un fémur amarillento.

Yanira se frotaba las manos con gesto nervioso cuando el policía entró en la pequeña sala del camión donde estaba ella, y le ofreció una taza de té humeante. La chica la aceptó sin decir una palabra, y luego se quedó mirando fijamente a Ibrahim.

- No te preocupes, si tus amigos están ahí dentro los encontraré.

- Eso no me preocupa- susurró Yanira-. Lo que me preocupa es que los encuentre vivos.

- ¿Y por que no habrían de estarlo? Si se los han llevado ha sido por un motivo en especial, los necesitan vivos.

- Usted no conoce a esos hombres- sollozó la chica-. Son unos asesinos.

La puerta de la habitación se abrió de golpe, y un policía entró a toda prisa.

- Señor, debería ver esto.

- ¿Que ha pasado?

- Hemos encontrado una serie de…documentos en una de las cabinas del camión que creo que debería ver.

- Está bien, salgo en un segundo.

Ibrahim se volvió de nuevo hacia la chica, y le puso una mano tranquilizadora en la espalda. Yanira se encogió levemente con el

contacto, pero se sintió reconfortada.

- Te prometo que los encontraré sanos y salvos.

Cuando el policía salió del camión, Yanira se sintió algo más tranquila. Aunque solo lo conocía de unas horas, confiaba en aquel hombre.

Cameron no paraba de frotarse las manos compulsivamente para desterrar cualquier rastro que el polvo de aquellos huesos había dejado en su cuerpo. Una y otra vez miraba horrorizado aquel montón informe de huesos, y un escalofrío le recorría la espalda.

- Esta sala es un osario- informó Richard-. Lo que no sé es que pinta en esta parte de la iglesia.

De repente Mohammed llamó la atención de Richard, y éste acudió a la llamada del paleógrafo.

- ¿Que pasa Mohammed?

- Mira esto- dijo el paleógrafo señalando un esqueleto que estaba apoyado en una pared-. Mira lo que tiene en la mano.

El profesor se acercó hasta el esqueleto y comprobó que entre los huesos demasiado largos de la mano, aquel cadáver sujetaba algo. Richard intentó cogerlo, y los largos y finos huesos se quebraron con un desagradable ruido a ramas secas. Aquel cadáver sujetaba un montón de hojas de libro casi en descomposición. Richard las cogió con sumo cuidado, y las metió entre las demás hojas del diario que guardaba para que no se deshiciesen.

Richard no se habría dado cuenta si el paleógrafo no se lo hubiera dicho:

- ¿Has visto el tipo de escritura de esas hojas? Advirtió Mohammed-.

Richard abrió de nuevo el diario, y contempló durante unos segundos la letra de aquellas hojas que sostenía el esqueleto. Se quedó de piedra. Sin duda, aquellos papeles los había escrito el mismo dueño del diario: Abiel.

"Durante muchos años he esperado la llegada de mis hermanos, pero mucho me temo que, o han perecido, o se han olvidado de mi. He sido designado para llevar a cabo una importante obra, pero me siento desbordado y no sé si podré cumplir esta importante empresa para mi Señor."

"Hoy me han llegado malas noticias del exterior. He sido informado de que corre peligro nuestra tarea de construir la ciudad que albergará a

los nuestros, por que el ejército enemigo nos ha descubierto. Para ellos solo existe nuestro tesoro, y para nada nuestra palabra, así que debemos ocultar nuestra existencia."

"Seguimos los trabajos a marchas forzadas con el miedo pendiendo de nuestras cabezas. Los hombres se están muriendo de cansancio, y las mujeres y los niños de inanición, pero la fe nos da fuerzas para continuar."

"Se que he descuidado escribir mis letras en este diario durante mucho tiempo, pero es que la situación en la ciudad ha sido critica. Nos hemos visto obligados a ocultarnos en los niveles más inferiores de la ciudad por que la iglesia exterior ha sido saqueada y nuestros hombres armados de la superficie masacrados. Debo terminar mi trabajo sin demora."

"Por fin la iglesia de Nuestro Señor está terminada. Sabemos que nos queda poco, pero gracias al Señor nuestro legado estará a salvo de los indeseables que lo buscan sin descanso. No sé el tiempo que aguantaremos aquí abajo, pero por fin podemos respirar sabiendo que pronto estaremos junto a Él."

"Ya vienen. Esta mañana han derribado la última puerta y solo es cuestión de tiempo que lleguen. Estamos preparados."

Richard leía las páginas escritas por Abiel con asombro y admiración por la fe inquebrantable de ese hombre. Mientras tanto Cameron y los demás buscaban algo que les diese una pista sobre como continuar por aquel laberinto de niveles y pasadizos que era aquella ciudad.

- ¿Como va la lectura?- preguntó Mohammed acercándose-.

- Este pobre hombre trabajó sin descanso durante años para terminar muriendo en este osario sin poder disfrutar de su obra.

- Eran malos tiempos para los cristianos.

Richard se había dado cuenta de que aquellas hojas que habían arrancado de las manos de Abiel formaban parte del diario que había encontrado en aquella cueva hace unas horas que ya le parecían muy lejanas.

- Esta parte del diario fue escrita por Abiel ya al final. He visto que las últimas páginas están arrancadas, y es muy probable que sean las que hemos cogido de sus propias manos.

- Pero eso no tiene sentido, por que arrancaría esas hojas en concreto- se extrañó Mohammed-.

- No lo sé, es lo que quiero averiguar. Tal vez en las próximas hojas nos lo aclare.

- Además, ¿por que fue construida una tumba para él si su cuerpo nunca fue enterrado en ella?

- Tal vez quería ser enterrado allí, pero no pudo ser. Piensa que bajaron aquí huyendo de alguien.

Mientras el profesor y el paleógrafo seguían leyendo las paginas encontradas del diario, un grito resonó haciendo eco en la oscura habitación.

- ¡Venid, he encontrado algo!

El grupo, incluidos Richard y Mohammed corrieron hasta la zona en la que Khalid estaba tendido sobre el suelo. Delante del chico se veía con claridad una oquedad en la roca, que había sido cubierta parcialmente con piedras caídas de algún desprendimiento. Rápidamente todos se sumaron a la tarea de apartar las piedras, y al cabo de unos minutos, una cueva estrecha quedó al descubierto.

Cuando todas las linternas enfocaron el interior, se quedaron paralizados por largo rato. El primero en actuar fue Baver, que se abalanzó sobre la entrada y se perdió parcialmente en la oscuridad.

Desde fuera solo se alcanzaba a vislumbrar una parte del objeto que había dentro de la pequeña cueva, pero todos sabían lo que estaban viendo. Unas alas doradas de querubín no dejaban lugar a la duda.

Ibrahim repasó los folios que su equipo había encontrado en el cajón de una de las habitaciones del camión una vez más. No entendía que podía ser aquello, pero se juró que lo averiguaría.

Había varias páginas con cuentas bancarias de las que se habían transferido mucho dinero a un banco de Jordania. Luego, tan solo una semana después, el dinero se retiró por alguien llamado Scott Bergman. También había varias facturas de material del ejército comprado en una tienda Jordana, y pagada al mismo nombre. Ibrahim sabía que solo miembros del estado podían comprar esos artículos con una autorización personal, pero allí estaban aquellas facturas.

También aparecían la compra de los dos camiones MAN UNICAT, y los diferentes coches que estaban aparcados en la explanada, pero lo más raro que encontró Ibrahim fueron planos del

subsuelo desde Madaba hasta Amman, y una carta escrita en alemán de un tal Baver para alguien llamado “El Mecenas”, que a su vez había respondido a Baver comunicándole su llegada inminente al campamento.

Por el momento el policía no había encontrado ni a Baver, ni al mecenas, ni tampoco a los turistas secuestrados, por no decir de los dos jefes del mini ejercito israelí que habían abandonado en el combate a los suyos. El policía decidió que la respuesta estaba en aquella vieja iglesia de San Jorge, y se preparó para montar un equipo con conocimientos de espeleología.

Durante unos minutos el único en reaccionar fue Baver, pero luego todo ocurrió muy rápido. El alemán intentaba iluminar la pequeña cueva, y soltaba gritos de alegría que retumbaban como truenos en la sala. De repente un sonido metálico resonó claramente cerca de ellos, y Alí sacó un fusil de asalto de una funda escondida en su espalda. Desafiando las leyes de la gravedad, uno de los alemanes se movió con la rapidez de un quáter back de rugby, y realizó un placaje limpio sobre el israelí. El fusil salió despedido, y en décimas de segundo el otro gigante rubio ayudaba a su compañero a reducir al israelí.

Baver escuchó el jaleo y salió de la cueva. Al ver a sus dos hombres enzarzados en la pelea, desenfundó su arma y apuntó, pero se mantuvo a la espera.

Los alemanes eran dos moles, pero Alí se defendía con destreza y los mantenía a raya con precisos movimientos de artes marciales. El grupo restante estaba petrificado mirando la pelea sin saber como actuar, cuando Alí se lanzó sobre el cuello de uno de los alemanes, se situó por detrás, y con una precisa llave lo inmovilizó. Su compañero intentó ayudarle, pero Alí cerró aún más la presa sobre el cuello del rubio, y este emitió un leve quejido de dolor. De repente, Alí efectuó un movimiento seco, y el cuello del alemán crujió como si fuese la rama de un árbol al partirse. El israelí soltó al rubio, que se desplomó con el cuello partido sobre la arena rojiza. La sonrisa del israelí se ensanchó, y se pareció a la de un depredador que acaba de cazar a su presa.

El gigante que se mantenía en pie, se quedó inmóvil durante unos segundos. De sus ojos caían dos grandes lágrimas que fueron a parar al labio superior. Como impulsado por una descarga eléctrica, el alemán saltó sobre Alí, y le propinó dos grandes puñetazos sobre

el pecho y la cara. El israelí retrocedió ante el ataque, aunque intentó hacer frente a su enemigo, pero el rubio golpeaba con frenesí presa de una rabiosa locura.

-¡Hazlo pedazos, ese cabron ha matado a tu hermano!- gritó Baver apuntando con la pistola-.

El rubio ni se inmutó ante las palabras de su jefe, y él seguía pegando al israelí con una furia asesina. Alí se defendió con patadas precisas al cuerpo del alemán, pero éste ni pareció sentirlas, y continuó con su ataque.

Alí cayó al suelo presa de un derechazo tremendo, y cuando el alemán se le echaba encima, sacó el cuchillo modelo curvo que utilizaban las fuerzas especiales israelíes, y se lo hundió en el pecho al gigantón, que murió en el acto.

Incluso Baver se quedó pasmado unos segundos, que permitieron al israelí coger de nuevo su fusil y encañonar a Baver. Un disparo seguido de un aullido de dolor resonó en la oscura cueva.

Ibrahim había llamado a los hombres que hubiesen realizado en alguna ocasión trabajos de rescate en cuevas o algo parecido. Solo disponía de unos pocos miembros, pero consideró que eran suficientes.

El policía dio las órdenes pertinentes a seguir en su ausencia, y se colgó la mochila con todo tipo de material de supervivencia y espeleología. Ibrahim era ya un policía curtido, pero se sentía nervioso como un recién salido de la academia, todo aquello era nuevo para él.

Durante los siguientes diez minutos organizó el grupo que entraría con él en la iglesia, y trasladó al oficial que se quedaría al mando sus instrucciones. Cuando todo estuvo dispuesto, se encaminó hacia la entrada de la iglesia de San Jorge.

El disparo acertó de pleno en el estomago de Alí, que por un momento pareció sorprendido, como si no creyese lo que acababa de pasar. Richard miró a Baver, pero éste estaba tan sorprendido como el israelí. Aún sostenía el arma levantada, pero con el brazo inerte, sin fuerza. Baver no había disparado al israelí.

Alí se desplomó de rodillas y soltó su fusil de asalto llevándose las manos al estomago para intentar taponar la herida, que sangraba profusamente. Durante unos segundos aguantó en aquella posición, hasta que las fuerzas se le escaparon, y se desmayó sobre

el cuerpo del gigante rubio que había matado él mismo, tan solo unos segundos antes.

Baver y los demás miraron en la dirección desde la que había venido el disparo y todos se quedaron mudos de asombro. Richard se frotó los ojos incrédulo, y sintió que las pocas fuerzas que le quedaban en su cuerpo se le escapaban.

En la puerta de entrada al osario, impertérrito y con la mirada de acero que le conferían sus ojos azules estaba Ben.

Ibrahim se encontró el primer problema nada más cruzar la puerta de la iglesia. Era evidente que por allí había pasado alguien, pues había huellas de pisadas por todos lados. Además en la pared más alejada de la puerta se reconocían fácilmente en la arena unos surcos profundos, señal de que se había arrastrado algo muy pesado en aquel lugar. El policía miró la pared, y constató con asombro que la roca que reposaba sobre aquel muro había sido movido, pero eso era imposible ¡aquella roca debía de pesar al menos 500 kilos!

Durante varios minutos buscaron otra entrada alternativa infructuosamente, y al cabo de media hora decidieron salir de aquel lugar y buscar una entrada fuera de la iglesia.

Ibrahim estaba hecho un lío. Era evidente que los tipos a los que buscaba habían entrado por allí, pero ahora parecía que se los había tragado la tierra, literalmente.

- ¿Ben?, pero tu estabas…- las palabras se atragantaron en la boca de Richard-. ¡Amigo mío!

- Quédate donde estas Richard- habló Ben en tono neutro-.

- Pero, tú…

- Ya es hora de que me quite la mascara que llevo puesta más de cuarenta años- terció Ben-. Baver, coge estas esposas y átalos a todos en aquel rincón.

El alemán estaba tan absorto como los demás, pero sin saber por qué, hizo lo que le decía aquel hombre. Ben decidió explicárselo.

- Soy el Mecenas.

- ¿Que quieres decir con eso Ben?- preguntó todavía en estado de shock Richard-.

- Amigo mío, no me llamo Ben, en realidad mi nombre verdadero es Noam Grum. Soy judío nacido en Belem. Mi padre fue

un carpintero que vivió y murió casi toda su vida en Mauthausen, casi no lo conocí.

- ¿Pero que estás diciendo?- contestó asombrado Richard-.

- Mi padre adoptivo se llamaba Himmler y con él crecí y aprendí todo lo que sé.

- ¿Tu padre era un nazi?

- Si, y yo también aprendí a serlo- Ben se movió hacia el centro de la sala con la pistola apuntando directamente a Richard-. Cuando solo era un crío ya destacaba por mi capacidad para los números y las letras. Poco a poco trabajé para los nazis en Mauthausen redactando cartas en alemán, y encargándome de facturas de compras. Cada vez más a menudo me sacaban de aquel mundo de hambre, que era el campo de concentración, para ayudar en alguna tarea a los alemanes. Aquello me gustaba, y cuando mi padre murió a causa de una infección, Himmler me acogió como a su hijo. Ya no me sentía judío, al contrario, odiaba a esos sucios despojos de la humanidad.

- ¿Te estás escuchando?- soltó Richard-.

- ¡Cállate!- rugió Ben-. Durante años viajé con mi padre por el mundo buscando cosas…interesantes para el Führer. Cuando mi padre murió dejó inacabadas muchas investigaciones, y me hizo prometer que yo las acabaría por el Reich. La que más obsesionaba a mi padre era la búsqueda del Arca de la Alianza. Esos sucios judíos pretendían quedarse con ella y ser el pueblo dominador.

- Estás loco.

- Si, puede ser, pero ahora yo tengo el Arca y el imperio volverá a reinar.

- ¡Himmler estaba loco, se le consideró el mayor asesino de la Alemania nazi!- explotó Richard-.

Ben se le acercó y le golpeó en la cabeza con la culata de la pistola. Cameron saltó hacia él, y Ben le disparó en el brazo. El chico dio un violento bandazo hacia atrás, y cayó contra la pared. Los gritos de Richard salvaron a Cameron de otro disparo que habría sido definitivo.

- ¡No Ben, no lo hagas!- gritó desesperado Richard-.

- ¡He dicho que os calléis todos!- bramó con la cara enrojecida-. ¡Y tu Baver, cuanto vas a tardar en atarlos a todos de una vez!

Baver se apresuró en recoger a Cameron que se había desmayado, y terminó de esposarles las manos a todos. Ben se movió entre el grupo esposado en el suelo, y los miró con desprecio.

- No creas que me ha sido fácil imitar todos estos años a un buen ciudadano, y esconderme entre todos esos libros mientras que

buscaba financiación para esta última misión- continuó Ben-.

- ¡Pero eres mi amigo desde hace veinticinco años!- sollozó Richard-.

- No creas que todo ha sido fingido amigo. Realmente has sido la única persona por la que realmente he sentido algo de afecto en todos estos años.

- Pues suéltanos Ben, no diremos nada a nadie.

- Me gustaría Richard, pero el Reich es más fuerte que mi corazón y debo mataros.

Ben apuntó directamente a la cara de Richard, y puso el dedo en el gatillo.

Ibrahim llevaba cinco horas buscando una entrada alternativa cuando decidió hacerlo por las malas. Apostó hombres por todo el perímetro de la iglesia para evitar que pudiera salir nadie por alguna rendija inesperada, y llamó a la comisaría de Amman.

- Comisaría de policía nº 2 de Amman ¿que desea?- contestó una voz lacónica de mujer-.

- Cira soy Ibrahim, necesito hablar con Mahamadou, el de explosivos- pidió el policía-.

- Ahora mismo le paso.

Sonó una musiquilla de espera, y a los pocos segundos una voz grave ocupó el auricular.

- ¿Si?

- Mahamadou soy el teniente Ibrahim, necesito que me traigas al desierto cerca de Nihab una cantidad de explosivo suficiente para quitar de en medio una roca de al menos cinco toneladas.

- De acuerdo, la tendré para mañana- contestó inexpresivo el artillero-.

- No, no me has entendido, es un asunto de vida o muerte, te necesito aquí en menos de media hora.

- ¡Pero estas lo…!- Mahamadou había estado a punto de llamar loco a un superior-. Necesito más tiempo.

- Tienes una hora y es la última oferta.

- De acuerdo lo intentaré.

- ¡Ah Mahamadou!.

- Que.

- Debes ser meticuloso en la cantidad, no quiero hacer daño a nada que no sea esa roca.

- No se preocupe.

Ibrahim cortó la conversación, y se sentó a fumar el primer

cigarrillo del día. Con los nervios se le había olvidado fumar y ahora lo necesitaba de verdad.

El policía intentó imaginar que estaría pasando en ese momento en las entrañas de la iglesia, pero ni siquiera pudo conseguir hacerse una idea.

Joan improvisó a la desesperada.

- Los nazis solo sois un puñado de locos egocéntricos- dijo en voz alta-.

Ben miró al chico, y por un momento se olvidó de Richard. Se acercó hasta Joan, y le apuntó a la sien.

- Querido Joan, te he querido como a mi hijo, te he visto crecer, así que no me pongas esto más difícil- dijo Ben con pena en la voz-.

- Pues si tanto me quieres deja que nos vayamos.

- Nada me gustaría más, pero no puedo. El Reich debe resurgir, y para eso mis planes deben seguir la línea marcada.

- ¿Y cuales son tus planes, matar a todos los que te rodean?

- Joan, no puedes entenderlo, esto es más grande que tú y yo. El futuro del mundo está en juego.

- ¡Eso son locuras de un viejo chalado!

Ben pareció endurecerse cuando escuchó la palabra loco, pero al cabo de unos segundos, rompió a reír a carcajadas.

- Chico, no sabes las veces que he escuchado la palabra loco, y luego esa misma gente lloraba suplicando un poco de ayuda.

- ¡Los nazis solo han hecho sufrir a la gente!

- ¡Cállate, no sabes lo que dices!- bramó Ben apuntando de nuevo a Joan-. Seguro que alguna vez has soñado con conducir un coche de la marca Volkswagen ¿verdad? Pues entérate listillo, fue Hitler el que mandó construir un coche para el pueblo y así nació Volk- Wagen (coche- pueblo).

- ¿Y la invención de un coche justifica el asesinato de millones de personas?- contraatacó Joan-.

- El avance siempre a acarreado consecuencias. Pero no solo es un coche lo que le debemos hoy en día al pueblo nazi, los ordenadores que tanto utilizas joven Joan, también se los debes a Hitler. La medicina neuronal, mapas detallados del cerebro, incluso el actual formato de televisión son…

- ¡Claro, a base de experimentar con prisioneros judíos!- explotó Joan-. Ben, a causa de esos avances murieron horriblemente miles de personas en las sucias camillas de algún cirujano loco en campos

de concentración.

- ¡Mi verdadero padre murió en una de esas camillas!- bramó Ben-. Mi padre y yo fuimos trasladados desde Auswicht a Mauthausen cuando apenas había prisioneros judíos allí. Pasamos momentos muy difíciles, hasta que mi padre sufrió una isquemia cerebral…

- ¿Una isquemia?

- Si, es un infarto, pero en el cerebro. Hoy en día es tratable, pero por aquel entonces no se conocía remedio alguno. Gracias a las pruebas medicas que un cirujano nazi le practicó a mi padre, pudo vivir un par de años más sin tener que ser ayudado hasta para mear. Un día y sin previo aviso, una arteria del cerebro quedó taponada y mi padre murió, yo pasé varios días sin comer, y habría muerto de no ser por Himmler. Él me acogió como a un hijo y me convirtió en lo que soy.

- Solo lo hizo por que le convenía tener a un chico de los recados- dijo Joan. Ben entró en cólera y le golpeó en la cabeza con la culata del arma.

- No tienes ni idea de lo que es ser judío en un campo de concentración. Desde que me fui a vivir con Himmler volví a nacer.

Ben se paseó desconcertado por la habitación murmurando palabras ininteligibles que solo podía escuchar él mismo, hasta que reaccionó y centró su atención en el Arca.

- Baver, intenta sacar el Arca de esa sucia cueva.

El alemán hizo lo que Ben le había mandado, pero apenas tocó la superficie rugosa de la madera de acacia en la que estaba fabricada el Arca, y un ruido tremendo retumbó en la sala. La puerta por la que habían entrado se taponó en cuestión de segundos por una enorme roca de más de dos toneladas y medio metro de grosor.

- ¿Pero que coño ha pasado?- gritó histérico Ben-.

- Es lo que había intentado decirte Ben- susurró cabizbajo Richard-. Todo esto, no es más que una trampa.

- ¿Que quieres decir Richard?

- He leído el final del diario, las hojas que habían sido arrancadas del original.

- ¿Y?

- Esto, todo lo que hemos visto- hizo un gesto abarcando la sala-. Es solo una gigantesca trampa.

Un tipo pequeño y endeble colocaba las cargas con sumo cuidado mientras que Ibrahim lo miraba con sumo interés. Un líquido viscoso blanco metido en cartuchos huecos, había sido colocado sobre una base de material plástico parecido a la plastilina, a la que se le estaba acoplando numerosos cables de distintos colores. El hombrecillo trabajaba meticulosamente y sudaba como un animal, mientras que comprobaba con un minúsculo aparato, que los cables habían sido conectados de forma adecuada. Cuando hubo terminado, se levantó y enjugándose el sudor sonrió ampliamente a Ibrahim.

- ¿Que demonios es eso que acabas de poner ahí?- preguntó el policía-.

- RDX querido amigo. Ya tenía ganas de utilizar esta maravilla.

- ¿Y por que narices no has puesto dinamita como siempre?

- Progreso amigo progreso- contestó Mahamadou-. La roca que necesitas volar es bastante gruesa, y una detonación con dinamita no nos asegura no dañar cualquier otra cosa. Este explosivo es material del ejército, es mucho más estable y más fácil de controlar, además de ser bastante más potente.

- ¿Cuando estará listo para detonar?

- Eso es lo bueno amigo, ya lo está.

- Muy bien, pues vuela esta mierda de una vez.

El hombrecillo sonrió pícaramente, y comenzó a prepararse para la explosión.

- ¿Que quieres decir Richard?- preguntó nervioso Ben-.

- Encontré un diario de un hombre llamado Abiel- explicó el viejo-. Es el constructor de toda esta ciudad. En un principio creí que era un diario de bitácora, como los que usan los marineros para apuntar sus avances, pero ahora sé, que no es así.

- ¿Y que es?

- En un principio esta ciudad debía ser construida para ocultar a los cristianos perseguidos, y así fue durante varios años. Una facción armada velaba en el exterior por que la construcción de la ciudad se realizase con garantías, pero algo salió mal. Los cristianos que vivían fuera de la ciudad fueron aniquilados y este lugar fue descubierto. Dentro de esta ciudad estaban escondidos los tesoros más valiosos de la cristiandad, por lo que no podían caer en manos de los romanos, los turcos o cualquiera que los buscaba, por eso se tomó otra decisión.

- No te creo- consiguió decir Ben balbuceante-.

- Ah no, pues escucha- Richard sacó las hojas que había arrancado de las manos de Abiel, y leyó en voz alta-.

"Han pasado años, no me imagino cuantos, pues he perdido la noción del tiempo. Las noticias de mis hermanos de fuera son las peores que podría haber imaginado. Todos han sido capturados, y la ciudad descubierta. Ya creo oír los pasos de las legiones demoníacas que nos asedian, pero no obtendrán lo que buscan."

"Esta mañana se ha decidido que abandonaremos la ciudad, aunque no todos. Algunos nos quedaremos para dar mayor verosimilitud a nuestra mentira. Nuestras reliquias serán trasladadas, y mi obra solo quedará como lugar de sacrificio."

"Algunos ya han abandonado la ciudad entre lagrimas, y otros esperamos a nuestros perseguidores. Nunca creí que realizaría un trabajo para Dios, y que este acabaría siendo un sepulcro para nuestros asesinos. Solo me consuela saber que nuestras reliquias estarán a salvo. La mejor forma de ocultar algo es haciendo creer que ya se ha encontrado, por eso debemos hacer lo posible por darles a los demonios lo que buscan. Que Dios me perdone"

- Durante años se ha creído que el Arca y los demás tesoros estarían escondidos por algún lugar de este desierto, pero eso es lo que Abiel y sus hermanos nos hicieron creer adrede- continuó Richard-.

- ¿Me quieres decir que todo esto, toda esta ciudad, solo fue construida para alejar a los buscadores de tesoros de su objetivo real?

- Al principio no, pero así acabó al final.

- ¡Tonterías!- rugió Ben-. Baver, ¿que tal vas con el Arca?

- Señor, yo solo no puedo con ella, es demasiado pesada- era increíble lo rápidamente que Baver había aceptado a Ben como a su jefe, aún sin conocerlo-.

- Espera un momento, voy a hacer algo y te ayudo.

Ben se dirigió hasta los cuerpos de los gigantes alemanes muertos, y rebuscó durante unos segundos en sus mochilas. Al cabo de unos minutos sacó una bolsa de lona, y se dirigió hacia una de las paredes laterales.

Durante cinco minutos trabajó sin descanso colocando unas cajitas en distintos puntos de la pared, cuando terminó se acercó

hasta Baver, y juntos sacaron el arca de su agujero en la cueva.

Un solo vistazo de los presentes al Arca bastó para sobrecogerles los corazones. Los dos querubines alados de la tapa, refulgían como la luz más viva del sol- a pesar de que allí dentro no había luz solar-. El contrachapado de oro que bordeaba la fina madera de acacia, parecía reflejarse en todas las paredes de aquella oscura sala. Ben miraba el Arca con codicia, y en sus ojos, un reflejo dorado abarcaba por completo el iris de color azul. Durante unos minutos todos contemplaron embobados la belleza casi divina de aquella creación, y se sintieron relajados y en paz. Desde luego el Arca, de por sí sola, emanaba algún tipo de poder hipnótico sin tener que hacer uso de los poderes divinos que se le suponían.

- Aquí está, el objeto más sagrado y poderoso de la cristiandad- susurró exhultante Ben-.

- Es maravillosa amigo, pero como sabes que es la autentica- terció Richard-. Ya sabes que a lo largo de la historia se han encontrado miles de replicas.

- Es esta- atajó-. Tú lo sabes y yo también.

- ¿Y que vas a hacer ahora con ella? Sabes que supondrá un golpe tremendo para el mundo. Se sucederán las masacres en las miles de guerras santas que salpicaran la Tierra en cada ciudad.

- Puede ser que en un principio pase lo que dices mi buen amigo, pero pronto llegará un régimen que pondrá orden.

- ¿Tú?

- Así es, yo. Ya sabes lo que dice la Biblia, el que posea el Arca dominará los ejércitos y derrocará a los infieles. Quien no se una al régimen será aniquilado- los ojos azul cielo de Ben brillaban reflejando una locura en estado puro-.

- Dime una cosa Ben.

- Habla.

- ¿Por que me has engañado durante tanto tiempo?

- No te lo tomes como algo personal Richard. En realidad sabía que si alguien en el mundo encontraría el Arca serías tú, por lo que procuré estar cerca cuando eso ocurriera.

- ¿Y por que me hiciste creer que habías muerto?

- Verás Richard, estaba en punto muerto con la búsqueda del Arca cuando supe que habías encontrado algo. Después mandé a mis hombres a por ti, sabiendo que confiarías en mí para ayudarte. Hasta que no estuviera aquí en Jordania, no podía revelar mi identidad, por que no sabía si me lo habías contado todo, pero una vez que la cosa se puso en marcha se me hizo muy difícil seguir con la mentira y dirigir esta excavación a la vez, así que simulé mi

muerte y solucionado el problema.

- Eres un hijo de puta ¿lo sabes verdad?- dijo Richard en tono neutro-.

- Puede ser, pero voy a conseguir lo que nadie ha logrado jamás.

Ben dio por terminada la conversación, y ayudó a Baver a llevar el Arca a un punto alejado de la pared donde había colocado las cajitas cinco minutos antes.

- ¿Que es eso Ben?- preguntó Cameron señalando las cajitas de la pared-.

- Son cantidades controladas de C4.

- ¡Estás loco, vamos a volar por los aires imbecil!- tronó Cameron-.

- No, solo los que estáis más cerca de la pared- dijo Ben sonriendo-. He estudiado planos de satélites de estas paredes mil veces. Las más situadas al norte son débiles y van a parar al desierto por medio de unos cañones naturales excavados en la roca durante miles de años.

Cameron miró de reojo a su padre y a su hermano, necesitaba ganar tiempo.

- ¿De verdad crees que con el Arca podrás controlar el mundo iluso?- Cameron quería hacer olvidar a Ben las cargas de explosivos, al menos por un momento-.

- Cameron, siempre has sido un poco obstinado, pero hasta a ti te será fácil imaginar las consecuencias de este descubrimiento- Ben sujetaba con firmeza el detonador-. El Arca es la presencia de Dios en la tierra. El Éxodo lo dice una y otra vez, " Es la prueba absoluta de los mandamientos de Dios".

- ¡Eso no es más que una caja!- se burló Cameron-.

- Cuando salga a la luz todas las religiones se unirán en una, la mía.

Cameron tensó los músculos cuando Ben pulsó el botón que accionaba los detonadores de las cargas.

Ibrahim notó la explosión hasta en lo más hondo de sus huesos, y asombrado miró con rabia a Mohammed, que mantenía el dedo sobre e botón del detonador. El artillero le hizo un gesto rápido de que no había sido él, y el policía se sintió desorientado por un momento. Estaba claro que había escuchado una explosión, pero las cargas que Mohammed había colocado aún estaban en su sitio, a la espera de que las detonaran, ¿entonces, que había sido aquella

explosión? Rápidamente el policía mandó a sus hombres a revisar todos los alrededores de la iglesia.

Cameron apenas podía respirar por culpa del intenso polvo rojizo que se le acumulaba en la garganta. Intentó levantarse, pero un lacerante dolor en la pierna y el costado le hicieron desistir al instante. Llamó a voces a su padre y a su hermano, pero nadie contestó. Esperó nervioso a que el polvo se disipara un poco, y notó como la cabeza le daba vueltas. Al cabo de varios minutos pudo distinguir con claridad una estrecha brecha en la pared, y rayos de luz penetrando por ella.

Las siluetas oscuras de Ben y Baver se recortaron contra la luz, y le permitieron ver a Cameron como salían con el Arca a cuestas, luego le entraron unas nauseas tremendas, y se desmayó.

Ibrahim se quedó mudo cuando encontró, junto a sus hombres, un agujero en la piedra de la montaña que no había estado ahí tan solo cinco minutos antes. Una intensa polvareda y olor a pólvora invadía el agujero, cuando dos figuras salieron al exterior portando una caja de madera sobre los hombros.

A partir de ese momento la situación se le fue de las manos al policía, y la operación se vino abajo en unos segundos.

Uno de los hombres desenfundó una pistola con tonos dorados, y antes de que el arma estuviera del todo fuera de su funda, recibió tres disparos en el pecho y uno en el cuello. Su compañero, un hombre mayor, soltó la caja e intentó esconderse tras ella, pero antes de que pudiera hacerlo, recibió dos disparos en el brazo y otros dos en el pecho y la cabeza. Ibrahim gritó desesperado un “alto el fuego”, pero ya era inútil, los dos hombres habían muerto en el acto.

El policía se acercó hasta los cuerpos, y certificó la muerte, después examinó la caja, que con los disparos y el golpe se había abierto, y se llevó las manos al mentón pensativo. ¿Por que dos hombres arriesgarían su vida por una caja chapada en oro, que además estaba vacía?

Los trabajos de retirar los escombros de la explosión se

prolongaron durante todo el día, y parte de la noche. Por fin, con el amanecer se pudo dejar libre por completo un camino de acceso para las maquinas y los camiones que debían desalojar las rocas desprendidas de la explosión. Ben había estudiado muy bien los mapas de geología del lugar y había hecho un gran trabajo con las cargas de C4. La explosión había abierto la única galería que ascendía desde la gruta hasta la superficie.

Se esperaba que en tres días estuviera apuntalada la cueva para empezar los trabajos de investigación sobre lo que había sucedido en aquel lugar. Lo que no esperaba nadie, fue lo que descubrió el conductor de una excavadora, que buscando un lugar alejado para hacer sus necesidades, descubrió el cuerpo de un chico. Durante tres horas se trabajó sin descanso bajo la supervisión de Ibrahim, que llevaba sin dormir cuarenta y ocho horas seguidas y parecía un cadáver. Se encontraron varios cuerpos más entre los escombros.

Se trasladó a los heridos al hospital Arab Medical de Jordania, donde ingresaron de urgencia. Los dos chicos habían salido de peligro, pero el hombre mayor estaba en pronóstico muy grave, junto con un árabe y un adolescente en estado critico. Junto a ellos se habían encontrado dos cadáveres

Epílogo

La habitación olía demasiado a ambientador de rosas y disimulaba el desagradable olor de hospital. Un jarrón lleno de flores reposaba sobre una de las desconchadas mesillas de noche, y el televisor contaba la historia sobre un esperpéntico rescate de un caballo. El enfermo levantó un dedo para pulsar el botón de llamada, pero no le dio tiempo. La cuidadora que había velado por él noche y día acudió al instante.

- ¿Que tal nos encontramos hoy viejo cascarrabias?- preguntó sonriendo la chica-.

- Perfectamente Yanira, ya puedes irte a tu casa.

- ¡Otra vez, mira que eres pesado!

Aunque el viejo le había pedido mil veces que no se preocupara por él, Yanira había seguido estando en el hospital día tras día.

- ¿Sabe que día es hoy?- preguntó la chica con una sonrisa radiante-.

- Pues…no.

- ¡Es veintitrés de diciembre, mañana es nochebuena!

A Richard se le alumbró el rostro sabiendo por qué lo decía la chica.

- ¿Van a venir?- preguntó el viejo entusiasmado-.

- Claro, están deseando. No paran de llamar preguntando como estás.

Cameron y Joan esperaban al pie de la cama esperando que su padre despertara de su pequeña siesta matutina. Hubieran querido levantarlo, pero la enfermera les había dicho que aquel sueñecito le venía muy bien al viejo.

Era increíble que a pesar del estado lamentable de Cameron cuando ingresó en el hospital aquel día hace dos meses, hubiera mejorado de aquella forma. Solo una leve cojera delataba sus heridas.

Cuando Richard despertó y vio a sus dos hijos, se le saltaron las lagrimas y se abrazó fuertemente con los dos.

- Perdona papa, nos hubiera gustado venir antes, pero ya sabes que…

- No pasa nada hijo, he estado muy bien atendido- dijo Richard mirando con malicia a Yanira.

Cameron y Joan habían salido del hospital una semana después de su ingreso, pero tuvieron que abandonar Jordania y volver a España por motivos burocráticos. Habían pasado casi dos meses sin poder ver a su padre.

- ¿Que tal por España Cameron, me cuidas bien la empresa?

- Ya sabes que si papa- sonrió Cameron-. Me basta con una sola mano para manejar a todos aquellos vagos.

- Muy bien, ¿y tu Joan, como vas con la universidad?

- ¡Joder papa, hasta en la cama del hospital me vas a dar la chapa con las notas!

Todos se echaron a reír y solo pararon cuando entró Abdeb con un ramo de rosas nuevas.

- ¡Abdeb que alegría!- dijeron los chicos al unísono abrazándolo-.

- Yo también me alegro de veros a los dos. Bueno, ¿os quedáis para cenar mañana no?

- Como podríamos faltar, además a mi padre le dan el alta hoy, y debemos celebrarlo.

La cena de nochebuena en casa de Abdeb fue perfecta. Habían acudido Richard, Cameron y Joan, además de Ibrahim su esposa y su hijo. También estaba Rashid y Khalid

- Bueno, Yanira y yo tenemos algo que anunciar- dijo Cameron levantándose de la silla y golpeando una copa al más puro estilo de las películas-. ¡Vamos a casarnos!

Los vítores y los besos se sucedieron durante largo rato. La cena transcurrió de forma distendida hasta que se trató de lo sucedido dos meses atrás.

- Todavía no logro comprender como fue capaz Ben de hacer lo que hizo- empezó Joan-.

- Hijo, solo Dios sabe lo que pasó de joven ese hombre. Desde que podía caminar pasó la niñez de un campo de concentración a otro, vio morir a toda su familia, y si es cierto que fue acogido por el mismísimo Himmler, lo que realmente me extraña es que no nos diéramos cuenta antes de su locura.

- ¿Como pudo asociarse con los nazis si ellos le habían hecho ser tan desgraciado?

- Tenían sus métodos hijo, pero aún así, creo que Ben hubiese aceptado sin pensar a su nueva familia. Ten en cuenta que estaba solo en el mundo.

Durante unos segundos todos se imaginaron por lo que había

pasado Ben, y casi llegaron a comprenderlo por un momento. También la pena los embargó de nuevo cuando recordaron a Mohammed. El bueno del paleógrafo no lo había logrado

- ¿Bueno, y ahora que va a pasar con la ciudad subterránea?- preguntó Cameron-.

- Ahora el que tiene algo que anunciar soy yo- dijo Richard levantándose de la mesa-. El gobierno de Jordania me ha comunicado que van a realizar un meticuloso estudio arqueológico sobre la ciudad, y me han pedido que supervise personalmente la excavación.

- ¡Que bien papa!- se alegró Joan-.

Su sucedieron de nuevo las felicitaciones y abrazos, y después Richard continuó.

- Eso no es todo. He pedido un ayudante personal y me han dado vía libre para contratar a quien quiera. He pensado que ya que está en paro, y además han organizado esta cena de navidad solo por nosotros, quiero pedirte que trabajes conmigo Abdeb- dijo Richard mirando al árabe que se había quedado de piedra-.

- ¿Yo, pero si no sé nada…

- Lo que necesitas saber ya te lo enseñaré yo- cortó el viejo-.

- Será un placer trabajar con usted- dijo Abdeb-.

- Papa, ¿que va a pasar con la cueva donde se encontró el Arca?- preguntó Joan-.

- Nada hijo, allí no queda nada de interés. La explosión arrasó con la cueva casi por completo, y el gobierno ha decidido que no queda nada de valor que estudiar allí.

- ¿Y el Arca, que ha pasado con ella?

- Está en un almacén del gobierno hasta que se decida que hacer con ella, pero es un tema delicado por que no es mas que una burda imitación. Estaba contrachapada en oro y es muy antigua, pero nada más.

- ¿No había nada dentro?

- Nada.

- ¿Entonces crees que la verdadera estará en algún lugar de la ciudad?

- Ni siquiera sé si existe hijo. La historia del Arca es tan vieja como los antiguos testamentos, pero solo es eso, una historia. Puede ser que existiera en realidad, y puede que fuera obra de Dios, pero también puede ser una historia falsa o que la propia Arca fuese destruida hace muchos años.

- Bueno, si existe seguro que tú la encontrarás- terció Joan haciendo reír a los presentes-.

- Seguro hijo, seguro.

2 meses atrás. Un día después de la explosión de la cueva

Alí despertó con un regusto amargo en la boca, y le costaba horrores respirar. Intentó levantarse, pero un dolor lacerante le subió desde el estomago hasta el pecho. Intentó contenerse, pero vomitó algo que le supo a hierro.

Sus brazos y sus piernas estaban doblados en un ángulo inverosímil, y se acordó de una explosión, y de caer varios niveles rebotando contra las afiladas piedras de la pared.

El israelí escuchaba a muchos metros sobre su cabeza el trasiego de maquinas taladrando la piedra y excavando, e intentó pedir ayuda. La voz se le ahogó en la garganta y vomitó de nuevo.

Se arrastró sobre unas rocas, y entonces lo vio. Un brillo dorado refulgía tras unas enormes rocas. Reptó hasta allí, y sentada majestuosamente sobre un lecho de mármol, se alzaba imponente el Arca de la Alianza.

Los dos querubines alados parecían mirarlo directamente a él, mientras que Alí se arrastraba sobre la tierra. Cuando por fin llegó hasta ella, sintió una paz enorme al tocarla, y con un esfuerzo tremendo, levantó la tapa mirando en su interior.

Con la visión de su contenido, Dios vino a por él, y Alí murió sonriendo.